

# AMANTE CONSAGRADO

LA HERMANDAD DE LA DAGA NEGRA 6

"TO DIE FOR." —SUZANNE BROCKMANN

J. R.  
WARD



SIGNET

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR





# AMANTE CONSAGRADO

*- Lover Enshrined -*

La Hermandad de la Daga Negra 6

*- The Black Dagger Brotherhood -*

J. R. Ward

## Glosario de términos y nombres propios



**Ahstrux nohtrum.** Guardia privado con licencia para matar que es nombrado para ese puesto por el Rey. Puede ser hombre o mujer.

**Ahvenge.** Acto de mortal retribución típicamente llevado a cabo por un macho para vengar a su amada.

**Attendhente.** Elegida que sirve a la Virgen Escriba de una manera particularmente cercana.

**Chrih.** Símbolo que simboliza una muerte honorable, en la Antigua Lengua.

**Cohntehest.** Conflicto entre dos machos que compiten por el derecho de ser el compañero de una hembra.

**Doggen:** Miembro de la clase servil en el mundo de los vampiros. Los doggens mantienen las antiguas tradiciones de forma muy rigurosa, y son muy, conservadores en cuestiones relacionadas con el servicio prestado a sus superiores. Sus vestimentas y comportamiento son muy formales. Pueden salir durante el día, pero envejecen relativamente rápido. Su esperanza de vida es de quinientos años aproximadamente.

**Dhunhd.** Infierno.

**Ehros.** Una Elegida entrenada en materia de artes sexuales.

**Las Elegidas:** Vampiresas destinadas a servir a la Virgen Escriba. Se consideran miembros de la aristocracia, aunque de una manera más espiritual que temporal. Tienen poca, o ninguna, relación con los machos, pero pueden aparearse con guerreros con objeto de reproducir su especie si así lo dictamina la Virgen Escriba. Tienen la capacidad de predecir el futuro. En el pasado, eran utilizadas para satisfacer las necesidades de sangre de miembros solteros de la Hermandad, pero dicha práctica ha sido abandonada por los hermanos.

**Esclavo de sangre:** Vampiro hembra o macho que ha sido sometido para satisfacer las necesidades de sangre de otros vampiros. La práctica de mantener esclavos de sangre ha caído, en gran medida, en desuso, pero no es ilegal.

**Exhile dhoble.** El gemelo malvado o maldito, es el que nace en segundo lugar.

**Ghardian.** Vampiro custodio o protector de un individuo. Existen varios grados, siendo el más poderoso el de una hembra sehclued. También llamado *Whard*.

**Glymera.** Núcleo social de la aristocracia vampírica.

**Hellren:** Vampiro macho que elige a una hembra como compañera. Los machos pueden tener más de una hembra como compañera.

**Hermandad de la Daga Negra:** Guerreros vampiros entrenados para proteger a su especie contra la Sociedad Restrictiva. Como resultado de una cría selectiva en el interior de la raza, los miembros de la Hermandad poseen una inmensa fuerza física y mental, así como una enorme capacidad para curarse de sus heridas con rapidez. La mayoría no son propiamente hermanos de sangre. Se inician en la Hermandad a través de la nominación de uno de sus miembros. Agresivos, autosuficientes y reservados por naturaleza, viven apartados de los humanos y tienen poco contacto con miembros de otras clases, excepto cuando necesitan alimentarse. Son objeto de leyendas y muy respetados dentro del mundo

de los vampiros. Sólo se puede acabar con ellos si se les hiere gravemente con un disparo o una puñalada en el corazón.

**Leahdyre.** Persona con poder e influencia.

**Leelan:** Término cariñoso, que se puede traducir de manera aproximada como «lo que más quiero».

**Lewlhen** n. Regalo.

**Lheage.** Término respetuoso que usan los que son sometidos sexualmente, refiriéndose al que los domina.

**Mahmen.** Madre. Usado de ambas formas para identificarlas cariñosamente.

**Mhis.** Trata del enmascaramiento de un ambiente físico dado; la creación de un campo de ilusión.

**Nalla.** Amada. Lo utilizan los machos.

**Newling.** Virgen, no fecundada.

**Nullum.** Amado. Lo usan las hembras.

**El Ocaso o Fade:** Reino atemporal donde los muertos se reúnen con sus seres queridos durante toda la eternidad.

**El Omega:** Ente místico y malévolo que pretende la extinción de los vampiros a causa de un resentimiento hacia la Virgen Escriba. Existe en un reino intemporal y posee grandes poderes, aunque no tiene capacidad de creación. Supremo de la Sociedad Restrictiva.

**Pheursom.** Término que se refiere a la potencia de los órganos sexuales del macho. La traducción literal sería como «digno de penetrar a una hembra».

**Periodo de Necesidad:** Época fértil de las vampiresas. Generalmente dura dos días y va acompañado de unos intensos deseos sexuales. Se presenta aproximadamente cinco años después de la transición de una hembra, a partir de ahí, una vez cada década. Todos los machos responden de algún modo si se encuentran cerca de una hembra en periodo de necesidad. Puede ser una época peligrosa, con conflictos y luchas entre machos, especialmente si la hembra no tiene compañero.

**Primera Familia:** El rey y la reina de los vampiros, y los hijos nacidos de su unión.

**Princeps:** El rango más alto de la aristocracia de los vampiros, sólo superado por los miembros de la Primera Familia o las Elegidas de la Virgen Escriba. El título es hereditario, no puede ser otorgado.

**Pyrocant:** Se refiere a una debilidad crítica en un individuo. Dicha debilidad puede ser interna, como una adicción, o externa, como un amante.

*Rahlman.* Salvador

**Restrictor:** Miembro de la Sociedad Restrictiva. Se trata de humanos sin alma que persiguen vampiros para exterminarlos. A los restrictores se les debe apuñalar en el pecho para matarlos; de lo contrario, son eternos. No comen ni beben y son impotentes. Con el tiempo, su cabello, su piel y el iris de sus ojos pierden pigmentación hasta convertirse en seres rubios, pálidos y de ojos incoloros. Huelen a talco para bebés. Tras ser iniciados en la Sociedad por el Omega, conservan un frasco de cerámica dentro del cual ha sido colocado su corazón después de ser extirpado.

**Rythe:** Forma ritual de salvar al honor. Lo ofrece alguien que haya ofendido a otro. Si es aceptado, el ofendido elige un arma y ataca al ofensor, que se presenta ante él sin protección.

**Sehclusion.** A petición de la familia de una hembra, el Rey puede conferirle este estado de reclusión legal. Coloca a la hembra bajo la autoridad y custodia de su *whard*, que generalmente es el macho mayor de la familia. Su *whard*, tiene derecho de determinar su forma de vida, restringiendo a voluntad toda interacción que ella tenga con el resto del mundo e individuos.

**Shellan:** Vampiresa que se ha unido a un macho tomándolo como compañero. En general, las hembras eligen a un solo compañero debido a la naturaleza fuertemente territorial de los machos apareados.

**Sociedad Restrictiva:** Orden de cazavampiros convocados por el Omega con el propósito de erradicar la especie de los vampiros.

**Symphath.** Subespecie del mundo vampírico caracterizada, entre otras peculiaridades, por su habilidad y deseo de manipular las emociones de los demás, con el propósito de un intercambio de energía. Históricamente, han sido discriminados y durante ciertas épocas, cazados por los vampiros guerreros. Están cercanos a la extinción. No tienen conciencia y se les llama también, *comedor de pecados*.

**Trahyner.** Palabra usada entre machos que denota mutuo respeto y afecto. Traducida libremente como «querido amigo».

**Transición:** Momento crítico en la vida de los vampiros, cuando él o ella se convierten en adultos. A partir de ese momento, deben beber la sangre del sexo opuesto para sobrevivir y no pueden soportar la luz solar. Generalmente, sucede a los veinticinco años. Algunos vampiros no sobreviven a su transición, sobre todo los machos. Antes del

cambio, los vampiros son físicamente débiles, sexualmente ignorantes e indiferentes, e incapaces de desmaterializarse.

**Tumba:** Cripta sagrada de la Hermandad de la Daga Negra. Usada como sede ceremonial y como almacén de los frascos de los restrictores. Entre las ceremonias allí realizadas se encuentran las iniciaciones, funerales y acciones disciplinarias contra los hermanos. Nadie puede acceder a ella, excepto los miembros de la Hermandad, la Virgen Escriba o los candidatos a una iniciación.

**Vampiro:** Miembro de una especie separada del *Homo sapiens*. Los vampiros tienen que beber sangre del sexo opuesto para sobrevivir. La sangre humana los mantiene vivos, pero su fuerza no dura mucho tiempo. Después de su transición, que generalmente sucede a los veinticinco años, son incapaces de salir a la luz del día y deben alimentarse de la vena regularmente. Los vampiros no pueden «convertir» a los humanos con un mordisco ni con una transfusión sanguínea, aunque, en algunos casos, son capaces de procrear con la otra especie. Pueden desmaterializarse a voluntad, pero tienen que buscar tranquilidad y concentración para conseguirlo, y no pueden llevar consigo nada pesado. Son capaces de borrar los recuerdos de las personas, siempre que sean a corto plazo. Algunos vampiros son capaces de leer la mente. Su esperanza de vida es superior a mil años, y en algunos casos incluso más.

**Virgen Escriba:** Fuerza mística consejera del rey, guardiana de los archivos vampíricos y encargada de otorgar privilegios. Existe en un reino atemporal y posee grandes poderes. Capaz de un único acto de creación, que empleó para dar existencia a los vampiros.

**Wahlker.** Individuo que ha muerto y ha vuelto a la vida desde el Fade. Se les otorga un gran respeto y son reverenciados por sus tribulaciones.

**Whard.** Vampiro custodio de una hembra *sehcluded*.



## Prólogo



*Hace veinticinco años, tres meses, cuatro días, once horas, ocho minutos, y treinta y cuatro segundos...*

El tiempo no era, a decir verdad, una pérdida que se escurría hacia el infinito. Era maleable y no inmutable, hasta el último segundo del mismo presente. Arcilla y no hormigón. Y eso era algo por lo cual el Omega se sentía agradecido. Si el tiempo hubiera sido inalterable, no tendría en brazos a su hijo recién nacido.

Los niños nunca habían sido su objetivo. Y sin embargo, en ese momento, se sintió renovado.

—¿Está muerta la madre? —le preguntó al Restrictor Jefe que venía bajando las escaleras. Era gracioso, si le hubieran preguntado al asesino qué año pensaba que era, éste hubiera contestado 1983. Y de cierta forma, hubiera estado en lo correcto.

El Restrictor Jefe asintió.

—No sobrevivió al parto.

—Las hembras vampiro raramente lo logran. Es una de sus pocas virtudes. —Y en este caso, oportuna. Matar a la madre después que le proporcionara tan buen servicio, parecía una descortesía.

—¿Qué desea que haga con el cuerpo?

El Omega observó a su hijo estirar la mano y agarrarle el pulgar. Tenía fuerza al apretar.

—Qué extraño.

—¿El qué?

Era difícil expresar lo que sentía. O tal vez ese era el tema. No había esperado sentir nada.

Se suponía que su hijo sería la reacción defensiva contra la Profecía del Destructor, una respuesta calculada en la guerra contra los vampiros, una estrategia para asegurar la

supervivencia del Omega. Su hijo hallaría una forma nueva de luchar y mataría a esa raza de salvajes antes que el Destructor purgara la esencia del Omega hasta no dejar nada.

Hasta ese momento, el plan se había ejecutado de forma perfecta, empezando con el rapto de la hembra de vampiro que el Omega había inseminado y concluyendo aquí, con este recién llegado al mundo.

El niño levantó la vista hacia él, moviendo la boquita. Olía dulce, pero no porque fuera un restrictor.

Imprevisiblemente, el Omega no deseaba soltarlo. Ese niño en sus brazos era un milagro, una ambigüedad vivita y coleando. Al Omega no se le había otorgado un acto de creación, como a su hermana, pero no se le había negado el don de la reproducción. No era capaz de crear toda una nueva raza completa. Pero si podía recrear una parte de sí mismo a partir del estanque genético.

Y así lo había hecho.

— ¿Amo? — dijo el Restrictor Jefe.

Realmente no quería soltar al bebé, pero para hacer este trabajo, su hijo debía vivir con el enemigo, ser criado como uno más de ellos. Su hijo debía aprender su lenguaje, su cultura y sus costumbres.

Su hijo debía saber dónde vivían para poder ir a masacrarlos.

El Omega se forzó a sí mismo a entregarle la criatura al Restrictor Jefe.

— Déjalo en el lugar de reunión que te prohibí que saquearas. Arrópalo y déjalo, y a tu regreso te absorberé en mí.

*Después de lo cual morirás, ya que ese es mi deseo,* terminó el Omega mentalmente.

No podía haber filtraciones. Ni errores.

Mientras el Restrictor Jefe se dedicaba a adularlo, lo que en cualquier otro momento hubiera despertado el interés del Omega, salió el sol sobre los campos de trigo de Caldwell, Nueva York. Desde el piso superior, un suave y burbujeante sonido creció, hasta convertirse en un estallido y el olor a quemado anunció la incineración del cuerpo de la hembra, junto con toda la sangre que había en aquella cama.

Lo que era sencillamente adorable. La pulcritud era importante, y esta era una granja nueva, construida especialmente para el nacimiento de su hijo.

— Ve — ordenó el Omega —. Ve y cumple con tu deber.

El Restrictor Jefe partió llevándose al niño, y mientras observaba cómo se cerraba la puerta, el Omega anheló tener a su retoño. Indudablemente estaba sufriendo por la falta del niño.

Sin embargo, tenía la solución para calmar su angustia al alcance de la mano. El Omega deseó estar en el aire y catapultó la forma corpórea que había asumido hacia el «presente», a la misma sala de estar en la que se encontraba.

El transcurso del tiempo se hizo evidente en un rápido envejecimiento de la casa en la que estaba. El empapelado palideció y se desprendió de la pared a jirones. Los muebles se deterioraron y se desgastaron en concordancia con más de dos décadas de uso. El techo se ensombreció, pasando de un brillante color blanco a un deslucido amarillo, como si hubiera habido fumadores exhalando durante años. En el vestíbulo, las tablas del suelo se curvaron en las esquinas.

En el fondo de la casa, sintió a dos humanos discutiendo.

El Omega flotó a través de la inmunda, y envejecida cocina, que apenas unos segundos antes se había visto brillante como el día que había sido construida.

Cuando entró a la habitación, el hombre y la mujer dejaron de pelear, quedando congelados por la conmoción. Y entonces se ocupó del tedioso asunto de desocupar la granja de ojos curiosos.

Su hijo regresaba al redil. Y el Omega necesitaba verlo aún más de lo que necesitaba ponerlo a trabajar.

Cuando el mal tocó el centro de su pecho, se sintió vacío y pensó en su hermana. Ella había dado a luz una nueva raza, una raza concebida por la combinación de su voluntad y la biología que encontró disponible. Había estado muy orgullosa de sí misma.

Su padre también lo había estado.

El Omega comenzó a matar vampiros sólo para mortificarlos a los dos, pero pronto había aprendido que los actos malvados le nutrían. Claro que su padre no pudo detenerlo, ya que como resultaron ser las cosas, las acciones del Omega —nah, en realidad su misma existencia— era necesaria para equilibrar la bondad de su hermana.

Se debía conservar un equilibrio. Era el principio esencial de su hermana, la justificación que le daba al Omega, y el precepto que su padre recibió del suyo. La misma base del mundo.

Y así resultó ser que la Virgen Escriba sufriera y el Omega obtuviera satisfacción. Con cada muerte acaecida a su raza, ella se dolía, y bien que él lo sabía. El hermano siempre había sido capaz de percibir a su hermana.

Sin embargo, ahora, eso era aún más cierto.

Cuando el Omega se imaginaba a su hijo, solo en el mundo, se preocupaba por el niño. Esperaba que estos veintitantos años hubieran sido tranquilos para él. Pero eso era propio de un padre, ¿verdad? Se suponía que los padres se preocupaban por sus hijos, los alimentaban y los protegían. Sin importar como fuera tu alma, ya fuera virtuosa o pecadora, deseabas lo mejor para aquel que habías traído al mundo.

Era increíble darse cuenta que después de todo, tenía algo en común con su hermana... era impresionante saber que ambos deseaban que los hijos que habían engendrado sobrevivieran y prosperaran.

El Omega miró los cuerpos de los humanos que acababa de extinguir.

Por supuesto, que eso era un asunto de mutua exclusividad, ¿no es cierto?

## Capítulo 1



El hechicero había regresado.

Phury cerró los ojos y dejó que su cabeza cayera hacia atrás, hasta apoyarla contra la cabecera de la cama. Ah, demonios, qué es lo que estaba diciendo. El hechicero nunca se había ido.

*Compañero, a veces me cabreas, dijo lentamente la tenebrosa voz dentro de su cabeza. En verdad lo haces. ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?*

Todo lo que habían pasado juntos... eso era muy cierto.

El hechicero era la causa de la apremiante necesidad de humo rojo que sufría, siempre en su cabeza, siempre machacando acerca de lo que no había hecho, lo que debería haber hecho, lo que podría haber hecho mejor.

Debería. Sería. Podría.

Bonita rima. Su realidad era la misma que la de los espectros del anillo del *Señor de los Anillos*; lo llevaba hacia el humo rojo con la misma seguridad que si el bastardo le atara las cuatro patas como a un animal y lo tirara en la parte trasera de un coche.

*En realidad, macho, serías más bien el parachoques delantero.*

Exactamente.

En su mente, el hechicero aparecía con la forma de un espectro del anillo de pie en medio de un vasto páramo gris lleno de cráneos y huesos. Con su peculiar acento británico, el bastardo se aseguraba que Phury nunca olvidara sus errores, la contundente letanía lo inducía a encender uno tras otro, sólo para evitar meterse en el armario donde guardaba las armas y tragarse el plomo de un calibre cuarenta.

*No lo salvaste. No los salvaste. La maldición cayó sobre ellos por culpa tuya. Es tu culpa... es tu culpa...*

Phury tomó otro porro y lo prendió con el encendedor de oro.

Era lo que en el Antiguo País llamaban el *exhile dhoble*.

El segundo gemelo. El gemelo malvado.

Nacido tres minutos después de Zsadist, el nacimiento con vida de Phury había llevado la maldición de la inestabilidad a su familia. Dos hijos nobles, ambos respirando, era demasiada buena fortuna, y ciertamente se había restablecido el equilibrio: a los pocos meses, su gemelo había sido apartado de la familia, vendido como esclavo, y durante un siglo, habían abusado de él de todas las formas posibles.

Gracias a la perra viciosa que había sido su ama, Zsadist llevaba cicatrices en el rostro, la espalda, las muñecas y el cuello. Y cicatrices aún peores por dentro.

Phury abrió los ojos. Rescatar el cuerpo físico de su hermano no había sido suficiente; se había necesitado del milagro que era Bella para resucitar el alma de Z, y ahora ella estaba en peligro. Si la perdían...

*Entonces todo volvería al lugar adecuado y el balance permanecería intacto para la siguiente generación, dijo el hechicero. ¿Honestamente, crees que tu gemelo acabaría con la bendición que representa un niño nacido vivo? Tú debes tener hijos más allá de cualquier límite. Él no debe tener ninguno. Esa es la forma en que funciona el equilibrio. Oh, y también tomaré a su shellan, ¿ya te mencioné eso?*

Phury agarró el mando a distancia y puso «*Che Gelida Manina*».

No funcionó. Al hechicero le gustaba Puccini. El espectro del anillo sencillamente comenzó a danzar alrededor del campo de esqueletos, aplastando con sus botas lo que encontraba bajo sus pies, sus pesados brazos oscilaban con elegancia, sus ropas negras y rasgadas semejaban la crin echada hacia atrás de la regia cabeza de un semental. Frente a un vasto horizonte de un ruin color gris, el hechicero danzaba y reía.

Tan. Malditamente. Jodido.

Sin mirar, Phury estiró el brazo hacia la mesita de noche para tomar la bolsita de humo rojo y sus papeles de enrollar. No tenía necesidad de medir la distancia. Este conejo sabía bien dónde estaban sus zanahorias.

Mientras el hechicero voceaba *La Bohème*, Phury enrolló dos porros gorditos para poder fumar sin interrupciones, fluidamente, y también fumaba mientras preparaba los refuerzos. Al exhalar, lo que salía de sus labios olía a café y chocolate, pero con tal de embotar al hechicero, igualmente hubiera seguido utilizando la cosa aunque se hubiera sentido como basura ardiente bajo su nariz.

Demonios, estaba llegando al punto en que encender un jodido basurero, le hubiera parecido bien e incluso estupendo, si con eso lograba algo de paz.

*No puedo creer que no valores más nuestra relación,* dijo el hechicero.

Phury se concentró en el dibujo que tenía en el regazo, en el que había estado trabajando durante la última media hora. Después de echarle un rápido vistazo para orientarse, hundió la punta de la pluma en el frasco de plata pura que tenía apoyado contra la cadera para mantenerlo equilibrado. El estanque de tinta que había dentro parecía la sangre de sus enemigos, emitía el mismo denso y aceitoso brillo. Sin embargo en el papel, era de un rojo profundo tirando a marrón y, no de un vil color negro.

Nunca usaría el color negro para retratar a alguien que amaba. Traía mala suerte.

Además, esa tinta color sangre era precisamente el color de los reflejos que tenía Bella en su cabello color caoba. Así que iba a juego con el tema.

Cuidadosamente, Phury sombreó la extensión de su perfecta nariz, entrecruzando las finas trazas de la pluma hasta obtener la densidad adecuada.

El dibujo a tinta era muy parecido a la vida misma: un error, y todo quedaba arruinado.

*Maldita sea.* El ojo de Bella no estaba del todo bien nivelado.

Torciendo el antebrazo para no arrastrar la muñeca por encima de la tinta fresca que acababa de poner, trató de corregir el error, dándole forma al párpado inferior de forma que la curva del mismo estuviera más en ángulo. Sus trazos marcaron delicadamente la hoja de papel Crane. Pero el ojo aún no funcionaba.

Sí, estaba mal, y él debería saberlo, considerando cuanto tiempo había pasado dibujándola una y otra vez durante los últimos ocho meses.

El hechicero hizo una pausa en medio de un *mid-plié* y señaló que esa frecuente rutina de la «pluma y la tinta» era un asunto de mierda. Dibujar a la *shellan* embarazada de tu gemelo. Honestamente.

*Sólo un perfecto y jodido bastardo se obsesionaría con una hembra que ha sido tomada por su gemelo. Y aún así, tú lo hiciste. Debes sentirte muy orgulloso de ti mismo, compañero.*

Sí, el hechicero siempre tenía ese acento británico por alguna razón.

Phury dio otra calada e inclinó la cabeza hacia un lado para ver si un cambio de perspectiva ayudaba. Nop. Aún no estaba bien. Y a decir verdad, tampoco lo estaba el

cabello. Por alguna razón había dibujado a Bella con su largo y oscuro cabello recogido en un moño, con mechones sueltos haciéndole cosquillas en las mejillas. Ella siempre lo usaba suelto.

Daba igual. De todas formas, era más que adorable, y el resto de su rostro estaba como habitualmente lo retrataba: su mirada amorosa dirigida hacia la derecha, sus pestañas delineadas, su mirada delatando una combinación de calidez y devoción.

Zsadist se sentaba a su derecha en las comidas. De forma que la mano que utilizaba para pelear estuviera libre.

Phury nunca la dibujaba mirándolo a él. Lo cual tenía sentido. Tampoco en la vida real, atraía su mirada. Estaba enamorada de su gemelo, y no habría cambiado eso, ni por todo el anhelo que sentía por ella.

El área del dibujo iba desde la parte alta del moño hasta los hombros. Nunca dibujaba su vientre de embarazada. Nunca se dibujaba a las mujeres embarazadas del esternón hacia abajo. Eso también era mala suerte. Al igual que un recordatorio de lo que más temía.

Las muertes eran frecuentes en los partos.

Phury pasó la punta de los dedos por el rostro, evitando la nariz, donde la tinta aún estaba secándose. Era hermosa, incluso con el ojo que no estaba bien, y el cabello que se veía diferente, y los labios que eran menos llenos.

Éste estaba terminado. Era el momento de empezar otro.

Desplazando la mano hacia la parte inferior del dibujo, comenzó a trazar la curva de la hiedra en la curva de su hombro. Primero una hoja, luego un tallo floreciente... después más hojas, curvándose y engrosándose, cubriéndole el cuello, amontonándose contra su mandíbula, esparciéndose hasta su boca, extendiéndose sobre sus mejillas.

Ida y vuelta hacia el frasco de tinta. La hiedra apoderándose de ella. Hiedra cubriendo los trazos de su pluma, ocultando su corazón y el pecado que vivía en él.

Lo más difícil para él era cubrir su nariz. Eso siempre era lo último que hacía y cuando ya no podía posponerlo por más tiempo, siempre sentía que le ardían los pulmones como si fuera él, el que se viera privado de la libertad de respirar.

Cuando la hiedra hubo cubierto la imagen, Phury hizo una pelotita con el papel y lo tiró a la papelería de bronce que había al otro lado de la habitación.



En qué mes estaban ahora... ¿agosto? Sí, agosto. Lo que significaba... que todavía tenía un año de embarazo por delante, asumiendo que pudiera conservarlo. Como muchas hembras, ya estaba haciendo reposo en cama, ya que el parto prematuro era motivo de gran inquietud.

Aplastando la colilla del porro, extendió la mano para agarrar uno de los dos que acababa de hacer y se dio cuenta que ya se los había fumado.

Estirando su única pierna entera, dejó a un lado la tabla de dibujo que tenía en el regazo y volvió a agarrar su kit de supervivencia: una bolsita de plástico de humo rojo, un delgado paquete de papel de fumar, y su macizo encendedor de oro. En cuestión de un momento había enrollado uno nuevo, y mientras inhalaba la primera bocanada, sopesó su reserva.

Mierda, era escasa. Muy escasa.

Las contraventanas de hierro descubriendo las ventanas lo calmaron. La noche, en toda su oscura gloria, había caído y, su llegada le otorgaba la libertad de escapar de la mansión de la Hermandad... y la posibilidad de ir al local de su distribuidor, Rehvenge.

Moviendo la pierna que no tenía pie ni pantorrilla a través de la cama, se estiró para alcanzar la prótesis, la ajustó por debajo de la rodilla derecha, y se puso de pie. Estaba lo suficientemente aturdido como para sentir que el aire que lo rodeaba era como algo que tuviera que atravesar y para que pareciera que la ventana hacia la que se dirigía estaba a kilómetros de distancia. Pero estaba todo bien. Se sintió consolado por la habitual confusión, aliviado por la sensación de flotar mientras caminaba desnudo por la habitación.

El jardín que estaba abajo se veía resplandeciente, iluminado por el brillo que salía del conjunto de puertas francesas de la biblioteca.

*Así era como se debía ver una vista trasera*, pensó. Todas las flores lozanas, llenas de vida, los árboles frutales cargados con peras y manzanas, los senderos limpios, el arbusto de boj podado.

No se parecía al lugar en el que había crecido. Para nada.

Justo debajo de su ventana, las rosas de té estaban en plena floración, sus gordas corolas irisadas, se sostenían orgullosamente sobre los tallos espinosos. Las rosas trasladaron su línea de pensamiento hacia otra hembra.

Mientras Phury inhalaba otra vez, se imaginó a esa hembra, a la que tendría todo el derecho de estar dibujando... a la cual, de acuerdo a la ley y las costumbres, debería estarle haciendo mucho más que dibujarla.

La Elegida Cormia. Su primera compañera.

De cuarenta.

Hombre, ¿cómo demonios había terminado como *Primale* de las Elegidas?

*Te lo dije*, respondió el hechicero. *Tendrás infinidad de hijos, todos los cuales tendrán que sufrir la alegría de tomar de ejemplo a un padre cuyo único mérito ha sido decepcionar a todos los que lo rodean.*

De acuerdo, aunque el bastardo fuera muy desagradable, ese era un punto muy difícil de discutirle. No se había emparejado con Cormia como exigía el ritual. No había regresado al Otro Lado a ver a la Directrix. No había conocido a las treinta y nueve hembras con las que se suponía que tenía que yacer y fecundar.

Phury fumó con más ímpetu, el peso de esas significativas minucias aterrizó en su cabeza, brasas ardientes arrojadas por el hechicero.

El hechicero tenía una excelente puntería. Pero a decir verdad, había tenido mucha práctica.

*Bueno, en definitiva, compañero, eres un blanco fácil. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto.*

Al menos Cormia no se estaba quejando por el incumplimiento de sus deberes. No había deseado ser la primera compañera, la habían forzado a aceptar ese papel: el día del ritual, tuvieron que atarla a la cama ceremonial, extendida para su uso como un animal, absolutamente aterrorizada.

En el mismo instante que la había visto, había vuelto al modo en que venía programado por defecto, el modo de salvador absoluto. La había traído aquí, a la mansión de la Hermandad de la Daga Negra y la había puesto en un dormitorio contiguo al de él. Tradición o no, no había manera en el infierno en que él fuera a forzar a una hembra, y supuso que si se tomaban un tiempo para conocerse las cosas serían mucho más fáciles.

Si... *no*. Cormia se había vuelto introvertida, mientras él estaba ocupado con el asunto diario de tratar de evitar implosionar. En los últimos cinco meses, no habían logrado estar más unidos, y no se habían acercado a una cama. Cormia raramente hablaba

y sólo se asomaba para las comidas. Si salía de su habitación, era sólo para ir a la biblioteca a buscar libros.

Vestida con una túnica blanca larga, se parecía más a una sombra con olor a jazmín que algo hecho de carne y hueso.

Aunque la vergonzosa realidad era, que estaba contento con el estado actual de las cosas. Había pensado que era bien consciente del compromiso sexual que asumía cuando tomó el lugar de Vishous como *Primale*, pero la realidad era mucho más intimidante de lo que lo había sido el concepto. Cuarenta hembras. Cuarenta.

Cuatro-cero.

Debió haber perdido el maldito juicio cuando tomo el lugar de V. Dios sabía que su único intento de perder la virginidad no había sido demasiado feliz... y eso que había sido con una profesional. Aunque, tal vez, tratar el asunto con una prostituta podía haber sido parte del problema.

¿Pero a quién demonios más podría haber acudido? Era un ignorante célibe de doscientos años de edad. ¿Se suponía que se lanzara sobre la adorable y frágil Cormia, bombeara dentro de ella hasta correrse, y luego saliera disparado hacia el Santuario de las Elegidas e hiciera como Bill Paxton en *Big Love*?

¿En qué *demonios* había estado pensando?

Phury se puso el porro entre los labios y abrió la ventana. Cuando el denso perfume veraniego de la noche se deslizó dentro de la habitación, volvió a pensar en las rosas. Había visto a Cormia con una el otro día, una que evidentemente había tomado del ramo que Fritz siempre ponía en la salita de estar del segundo piso. Estaba de pie cerca del florero, con la rosa de un pálido color lavanda entre dos de sus largos dedos, tenía la cabeza inclinada hacia el capullo, la nariz encima del gordo pimpollo. Llevaba el cabello rubio recogido, como siempre, trenzado sobre la cabeza y, se le habían escapado unos delicados mechones que caían hacia delante y se curvaban formando un rizo natural. Justo igual que los pétalos de una rosa.

Se sobresaltó cuando lo descubrió mirándola fijamente, devolvió la rosa a su lugar, y rápidamente se fue a su dormitorio, cerrando la puerta sin hacer ni un sonido.

Sabía que no podía tenerla aquí para siempre, lejos de todo lo que le era familiar y de todo lo que ella era. Y tenían que completar la ceremonia sexual. Ese era el trato que él

había hecho, y ese era el papel que ella le había dicho que sin importar cuán asustada hubiera estado en un principio, estaba lista para desempeñar.

Miró hacia su escritorio, allí había un pesado medallón de oro que era del tamaño de una gran pluma fuente. Labrado en una arcaica versión de la Antigua Lengua, era el símbolo del *Primale*: no sólo la llave para todos los edificios del Otro Lado, sino que también la tarjeta de presentación del macho que estaba a cargo de las Elegidas.

La fuerza de la raza, como era conocido el *Primale*.

El medallón había vuelto a sonar hoy, como ya lo había hecho antes. Cada vez que la Directrix lo convocaba, la cosa vibraba, y teóricamente se suponía que debía arrastrar su trasero hacia lo que debería haber sido su hogar, el Santuario. Había ignorado la convocatoria. Como había ignorado las otras dos.

No deseaba oír lo que ya sabía: cinco meses sin sellar el pacto que había hecho en la ceremonia del *Primale*, era abusar de la situación.

Pensó en Cormia, metida en esa habitación de huéspedes contigua a la suya, manteniéndose apartada. Sin nadie con quien hablar. Lejos de sus hermanas. Había tratado de llegar a ella, pero la ponía nerviosa como el infierno. Y era comprensible.

Dios, no tenía idea cómo pasaba las horas sin volverse loca. Necesitaba una amiga. Todo el mundo necesita amigos.

*Sin embargo, no todo el mundo se los merece*, señaló el hechicero.

Phury se volvió y se encaminó hacia la ducha. Al pasar junto a la papelera, se detuvo. Su dibujo había empezado a desenvolverse de la bola que él había formado, y entre el arrugado lío, vio la cubierta de hiedra que había añadido. Durante medio segundo, recordó lo que había debajo, recordó el cabello recogido y los mechones cayendo sobre una suave mejilla. Mechones que seguían la misma curvatura que los pétalos de una rosa.

Sacudiendo la cabeza, continuó su camino. Cormia era adorable, pero...

*Desearla sería lo apropiado*, terminó la oración el hechicero. *Por lo que ni en un millón de años seguirías ese camino. Podría arruinar tu perfecto récord de logros.*

*Oh, espera, quise decir de cagadas, compañero. ¿No es así?*

Phury puso Puccini a todo volumen y se metió en la ducha.

## Capítulo 2



Al anochecer, cuando se levantaron las contraventanas, Cormia estaba muy ocupada.

Sentada sobre la alfombra oriental de su habitación, con las piernas cruzadas, estaba pescando en un recipiente lleno de agua, buscando guisantes. Cuando Fritz le había traído las legumbres, estaban duras como piedras, pero después de estar en remojo durante un rato se pusieron lo suficientemente blandas como para poder usarlas.

Cuando logró capturar uno, estiró la mano hacia la izquierda y tomó un palillo de una pequeña cajita blanca que decía, en letras rojas, MONDADIENTES SIMMONS, 500 TOTAL.

Tomó el guisante y lo empujó hasta el final del palillo, luego tomó otro guisante y otro palillo, e hizo lo mismo y con ellos formó un ángulo recto. Continuó haciéndolo, creando primero un cuadrado, y luego un cubo tridimensional. Satisfecha, se inclinó hacia delante y lo acopló a otra pieza igual, rematando al colocarla, la última esquina de una base de cuatro lados que formaba una estructura de aproximadamente un metro y medio de diámetro. Ahora, continuaría hacia arriba, construyendo pisos con la estructura.

Los palillos eran todos iguales, idénticos trozos de madera, y los guisantes también eran parecidos, redondos y verdes. Ambos le recordaban el lugar de donde provenía. La similitud era importante en el Santuario atemporal de las Elegidas. La similitud era lo más importante.

Aquí, en este lado, muy pocas cosas eran similares.

La primera vez que había visto palillos había sido en la planta baja, después de las comidas, cuando el Hermano Rhage y el Hermano Butch los sacaron de una fina caja de plata al salir del comedor. Una noche, cuando emprendía el camino de regreso a su habitación, sin motivo alguno, había tomado un puñado. Trató de ponerse uno en la boca, pero no le gustó el seco sabor a madera que tenía. Sin estar muy segura de qué más podía hacer con ellos, había dejado los palillos en la mesita de noche y los manipulaba para formar figuras.

Cuando Fritz, el mayordomo, entró a limpiar, notó sus maquinaciones y un rato más tarde regresó con un recipiente de guisantes sumergidos en agua tibia. Le enseñó cómo hacerlo para que el sistema funcionara. Un guisante entre dos palillos. Luego añadías otra sección y otra y otra más, y antes que te dieras cuenta tenías algo agradable a la vista.

Cuando sus diseños crecieron y se volvieron más ambiciosos, comenzó a planear con anticipación todos los ángulos e intersecciones, para así reducir los errores. También había comenzado a trabajar en el suelo, donde tenía más espacio.

Inclinándose hacia delante, inspeccionó el dibujo que había hecho antes de empezar, el que usaba para guiarse. El siguiente nivel sería de menor tamaño, lo mismo que el que iba después de ese. Luego añadiría una torre.

Pensó que sería bueno que tuviera algo de color. Pero ¿cómo introducirlo dentro de la estructura?

Ah, el color. La liberación de la vista.

Estar de este lado tenía sus desafíos, pero una cosa que amaba absolutamente eran todos los colores. En el Santuario de las Elegidas, todo era blanco: la hierba y los árboles, los templos, la comida y la bebida, los libros de oraciones.

Con sentimiento de culpa, le echó un vistazo a sus textos sagrados. Era difícil argumentar que había estado adorando a la Virgen Escriba en su pequeña catedral de guisantes y palillos.

Alimentar el ego no era el objetivo de las Elegidas. Era un sacrilegio.

Y la anterior visita de la Directrix de las Elegidas debería habérselo recordado.

Queridísima Virgen Escriba, no quería pensar en eso.

Levantándose, aguardó a que se le pasara el mareo, y luego fue hacia la ventana. Debajo estaban las rosas de té, y observó cada uno de los arbustos, examinándolos en busca de nuevos pimpollos, pétalos caídos y hojas nuevas.

Estaba pasando el tiempo. Podía darse cuenta por la forma en que cambiaban las plantas, su ciclo de floración duraba tres o cuatro días por cada flor.

Una cosa más a la que acostumbrarse. En el Otro Lado, no existía el tiempo. Había periodicidad en los rituales, las comidas y los baños, pero no existía la alternancia del día y la noche, no se medía en horas, no había cambio de estaciones. El tiempo y la existencia eran estáticos, lo mismo que el aire, la luz y el paisaje.

En este lado, había tenido que aprender que existían los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses y los años. Para marcar el paso del tiempo se utilizaban relojes y calendarios, y había aprendido a leerlos, así como también había logrado entender los ciclos de este mundo y a la gente que había en él.

Fuera, en la terraza, divisó a un *doggen*. Tenía un par de tijeras de podar y un gran cesto rojo y recorría los arbustos, recortándolos para darles forma.

Pensó en los ondulados prados blancos del Santuario. Y los inmóviles árboles blancos. Y las blancas flores que siempre estaban lozanas. En el Otro Lado, todo estaba congelado en el lugar adecuado, para que no se necesitara podar ni segar, nunca se producía ningún cambio.

Aquellos que respiraban ese quieto aire estaban igualmente congelados aún cuando se movían, viviendo y aún así sin vida.

Sin embargo las Elegidas ciertamente envejecían. Y también fallecían.

Miró por encima del hombro hacia el escritorio cuyos cajones estaban vacíos. El pergamino que la Directrix había venido a entregar descansaba sobre su lustrosa superficie. La Elegida Amalya, en el desempeño de su cargo de Directrix, había sido la autora de tales cordiales saludos en honor al día de su nacimiento y había aparecido para cumplir con su deber.

Si Cormia hubiera estado en el Otro Lado, también hubiera habido una ceremonia. Aunque, por supuesto, que no para ella. El individuo cuyo nacimiento se celebraba no recibía derechos especiales, ya que en el Otro Lado no existía el yo. Solo el conjunto.

Pensar por ti mismo, pensar en tu persona, era considerado blasfemia.

Ella siempre había sido una pecadora encubierta. Siempre había tenido ideas errabundas, distracciones e impulsos. Los cuales nunca prosperaron.

Cormia levantó la mano y la puso sobre el cristal de la ventana. El vidrio a través del cual miraba era más delgado que su meñique, tan claro como el aire, apenas se podía considerar una barrera. Hacía rato que deseaba bajar al lugar donde estaban las flores, pero estaba esperando... no sabía que estaba esperando.

La primera vez que había venido a este lugar, se había sentido atormentada por una sobrecarga de sensaciones. Había todo tipo de cosas que no reconocía, como antorchas adosadas a las paredes que tenía que encender para obtener luz, y máquinas que hacían

cosas como lavar los platos o mantener la comida fría o crear imágenes en una pequeña pantalla. Había cajas que sonaban a cada hora, y vehículos de metal que transportaban a las personas de un lado a otro, y cosas que zumbaban, que pasabas por el suelo hacia delante y hacia atrás y lo dejaban limpio.

Había más colores aquí que en todas las joyas que había en la tesorería. Olores también, tanto ricos como feos.

Todo era muy distinto, y también lo eran las personas. De donde ella venía, no había machos, y sus hermanas eran intercambiables: Todas las Elegidas usaban la misma túnica blanca, se recogían el cabello trenzándolo de la misma forma y llevaban una perla con forma de lágrima alrededor del cuello. Todas caminaban y hablaban con idéntica tranquilidad y hacían las mismas cosas al mismo tiempo. ¿Aquí? Era el caos. Los Hermanos y sus *shellans* usaban distintas ropas y conversaban y reían de formas completamente distintas e identificables. Les gustaban ciertas comidas, pero había otras que no, algunos dormían hasta tarde y otros no dormían en absoluto. Algunos eran graciosos, otros eran feroces, algunos eran... hermosos.

Una era definitivamente hermosa.

Bella era hermosa.

Especialmente a los ojos del *Primale*.

Cuando el reloj comenzó a sonar, Cormia flexionó los brazos acercándolos a su cuerpo. Las comidas eran una tortura, dándole una muestra de lo que sería cuando ella y el *Primale* regresaran al Santuario.

Y mirara los rostros de sus hermanas con similar admiración y placer.

Hablando de cambios. Al principio, había estado aterrorizada del *Primale*. Ahora, pasados cinco meses, no deseaba compartirlo.

Con su melena multicolor, sus ojos amarillos, y la voz sedosa y grave, era un macho espectacular, en la plenitud de la edad para aparearse. Pero eso no era lo que realmente la atraía. Era el epítome de todo lo que consideraba meritorio: siempre estaba pendiente de los demás, nunca de sí mismo. En la mesa de la cena, era quien se preocupaba de preguntar a cada una de las personas cómo estaba, siguiendo de cerca las heridas recibidas, los malestares estomacales y las ansiedades tanto grandes como pequeñas.



Nunca requería que le prestaran atención a él. Nunca atraía la conversación a asuntos que trataran acerca de él. Era infinitamente comprensivo.

Si había un trabajo difícil, se ofrecía voluntario. Si había que hacer un recado, quería hacerlo él. Si Fritz se tambaleaba por el excesivo peso de una fuente, el *Primale* era el primero en levantarse de su silla para ayudarlo. Por lo que había oído en la mesa, era un guerrero para su raza, un profesor para los reclutas y un muy, pero muy buen amigo para todo el mundo.

Ciertamente, era el ejemplo adecuado de las desinteresadas virtudes de las Elegidas, el perfecto *Primale*. Y en algún momento de los segundos, horas, días y meses de su estancia allí, ella había pasado de estar en el camino del deber para meterse en el enredado bosque de la elección. Ahora deseaba estar con él. No existía ningún *tengo que, debo hacer, es preciso*.

Pero lo quería para ella sola.

Lo que la convertía en una hereje.

En la puerta contigua a la suya, la magnífica música que el *Primale* escuchaba siempre que estaba en su habitación se detuvo. Lo que significaba que se dirigía hacia la planta baja para la Primera Comida.

El sonido de un golpe en su puerta la hizo saltar y girarse en redondo. Mientras la túnica se asentaba contra sus piernas, captó el olor del humo rojo filtrándose en su habitación.

¿El *Primale* había venido a buscarla?

Rápidamente comprobó el estado de su moño, y se metió algunos mechones sueltos detrás de las orejas. Abrió la puerta, apenas una rendija, y furtivamente miró su rostro antes de hacerle una reverencia.

*Oh, querida Virgen Escriba...* el *Primale* era tan espléndido como para quedarse mirándolo durante largo rato. Sus ojos eran amarillos como los citrinos, su piel de un cálido tono dorado, su largo cabello tenía una espectacular mezcla de colores, desde el pálido rubio, pasando por un profundo color caoba hasta llegar a un cálido color cobrizo.

Él se inclinó realizando un rápido y breve movimiento con la cabeza a modo de saludo, una formalidad que ella sabía que le disgustaba. Si bien, lo hacía por ella, porque

sin importar cuantas veces él le hubiera dicho que dejara de ser formal, ella no podía evitar serlo.

— Escucha, he estado pensando... — dijo.

En el titubeo que siguió, le preocupó que la Directrix hubiera ido a verlo. Todo el mundo en el Santuario estaba esperando que la ceremonia se completara, y todos eran conscientes que eso todavía no había ocurrido. Estaba empezando a sentir una urgencia que nada tenía que ver con lo atraída que se sentía por él. Con cada día que pasaba, el peso de la tradición se estaba volviendo cada vez más opresivo.

Él se aclaró la garganta.

— Hemos estado aquí un tiempo, y sé que el cambio ha sido duro para ti. Estaba pensando que debes sentirte un poco sola y que tal vez te gustaría tener algo de compañía.

Cormia se llevó la mano al cuello. Esto era bueno. Había llegado el momento de que estuvieran juntos. Al principio, no había estado lista para él. Ahora lo estaba.

— En verdad pienso que para ti será bueno — dijo con su hermosa voz —, tener algo de compañía.

Hizo una profunda reverencia.

— Gracias Su Gracia. Estoy de acuerdo.

— Estupendo. Tengo a alguien en mente.

Cormia se enderezó lentamente.

*¿Alguien?*

John Matthew siempre dormía desnudo.

Bueno, al menos después de haber pasado por la transición, dormía desnudo.

Le ahorraba lavados.

Con un gemido, metió la mano entre sus piernas y se tocó la erección que estaba dura como una piedra. Como siempre, la cosa lo había despertado, tan fiable como un reloj despertador y tan erguida como el jodido Big Ben.

También tenía un temporizador. Si se ocupaba de ella, podía descansar, más o menos, otros veinte minutos antes de que volviera a cargarse. Generalmente, la rutina era tres veces antes de dejar la cama y otra más en la ducha.

Y pensar que alguna vez había deseado esto.

Concentrarse en ideas poco atractivas no ayudaba, y aunque sospechaba que correrse en realidad empeoraba las cosas, ignorar su polla estaba fuera de la cuestión: cuando unos meses atrás, como experimento, había dejado de complacerse, después de transcurridas unas doce horas había estado listo para follarse un árbol, de tan caliente que estaba.

¿No existía algo así como un anti-Viagra? ¿Cialis? ¿Reversalis? ¿Flaccidillina?

Rodando para ponerse boca arriba, sacó una pierna por el costado, apartó las mantas de su cuerpo, y comenzó a acariciarse. Esta era su posición preferida, aunque si se corría muy fuerte, se doblaba sobre sí mismo y se apoyaba sobre el lado derecho en mitad del orgasmo.

Como *pretrans*, siempre había deseado tener una erección, porque suponía que ponerse duro lo convertiría en un hombre. La realidad no había funcionado de esa manera. Ciertamente que, por su enorme cuerpo, sus innatas habilidades de guerrero y la permanente erección que tenía, hacía que por fuera estuviera ondeando la bandera de Herman.

Por dentro, aún se sentía tan pequeño como se había sentido siempre.

Arqueó la espalda y bombeó dentro de su mano impulsándose con las caderas. Dios... de todas formas se sentía bien. Esto siempre se sentía bien... siempre y cuando fuera su palma la que hiciera el trabajo. La primera y única vez que una hembra lo tocó, su erección se había desinflado más rápido que su ego.

Así que, en realidad ahí tenía su anti-Viagra: en la forma de otra persona.

Pero ese no era el momento de recomponer los males de su pasado. Su polla se estaba preparando para estallar; lo sabía por el entumecimiento. Justo antes de correrse la cosa se ponía toda boba, por el espacio de un par de golpes, y eso era lo que le estaba sucediendo en ese momento mientras movía la mano arriba y abajo sobre la húmeda vara.

*Oh, si... aquí viene...* la tensión en sus testículos creció como si fuera un cable retorcido y sus caderas se balancearon incontrolablemente, abrió los labios para poder jadear más fácilmente... y como si eso no fuera suficiente, su mente se unió a la acción.

*No... joder... no, ella otra vez no, por favor no...*

*Mierda, demasiado tarde.* En medio del remolino sexual, su mente se aferró a la única cosa que garantizaba que se multiplicara el efecto: una hembra vestida de cuero con un corte de cabello varonil y hombros tan compactos como los de un boxeador.

*Xhex.*

Con un inaudible resuello, John se volvió para tumbarse sobre un costado y comenzó a eyacular. El orgasmo siguió y siguió mientras fantaseaba acerca de ellos dos teniendo sexo en uno de los baños del club, dónde ella era jefa de seguridad. Y mientras las imágenes se desplegaban en su cerebro, su cuerpo no dejaba de eyacular. Podía seguir haciéndolo durante diez minutos seguidos, literalmente, hasta que quedaba cubierto por la sustancia que salía de su polla y las sábanas quedaban completamente empapadas.

Intentó cercar sus pensamientos, trató de tomar el control... pero falló. Simplemente siguió eyaculando, acariciándose con la mano, el corazón retumbándole y el aliento atascado en la garganta mientras se imaginaba junto a ella. Menos mal que había nacido sin laringe, de lo contrario, toda la mansión de la Hermandad hubiera sabido exactamente lo que estaba haciendo una y otra y otra vez.

Solo después de obligarse a retirar la mano de su polla, se calmó la cosa. Mientras su cuerpo disminuía el ritmo, se quedó tendido, tan débil como si se hubiera desmayado, respirando contra la almohada, con el sudor y otras cosas secándose sobre su cuerpo.

Bonito despertador. Bonita sesión de ejercicio. Bonita forma de matar el tiempo. Pero esencialmente vacía.

Sin ninguna razón en particular, sus ojos recorrieron el lugar y se fijaron en la mesita de noche. Si abriera el cajón, cosa que nunca hacía, encontraría dos cosas: una caja color rojo sangre del tamaño de un puño y un viejo diario forrado en cuero. Dentro de la caja había un pesado anillo de sello de oro que llevaba el emblema que representaba su linaje, como hijo del guerrero de la Daga Negra Darius, hijo de Marklon. El antiguo diario contenía los pensamientos de su padre, narrando un período de dos años de su vida. También se lo habían regalado.

John nunca había usado el anillo y nunca había leído las anotaciones.

Había varias razones para mantenerse apartado de ambos, pero la principal era que Darius no era el macho al que consideraba su padre. Era otro hermano. Un hermano que ahora ya hacía ocho meses que se consideraba Desaparecido En Acción.

Si iba a usar algún anillo, sería uno que luciera el emblema de Tohrment, hijo de Hharm. Como forma de honrar al macho que había llegado a significar tanto para él en tan corto tiempo.

Pero eso no iba a ocurrir. Era probable que Tohr estuviera muerto, sin importar lo que dijera Wrath, y en cualquier caso, nunca había sido su padre.

No queriendo caer en una depresión, John se obligó a levantarse del colchón y tambaleándose, se metió en el baño. La ducha le ayudó a espabilarse, al igual que vestirse.

Esa noche no tenía clase de entrenamiento, así que iba a pasar algunas horas abajo en la oficina y luego se encontraría con Qhuinn y Blay. Tenía esperanzas que hubiera mucho papeleo del que ocuparse. Esa noche no tenía muchas ganas de ver a sus amigos.

Los tres iban a ir hasta el otro lado de la ciudad al... *Dios, al centro comercial.*

Había sido idea de Qhuinn. Como la mayoría de las ideas. En opinión del tipo, el guardarropa de John necesitaba una inyección de elegancia.

John bajó la vista y contempló sus Levi's y su camiseta blanca Hanes. Lo único llamativo que usaba eran las zapatillas: un par de Nike Air Max negras. Y ni siquiera esas eran tan llamativas.

Tal vez Qhuinn tuviera razón al decir que John era víctima de la moda, pero vamos ¿a quién tenía que impresionar?

El nombre que estalló en su mente hizo que maldijera y que tuviera que acomodarse: *Xhex.*

Alguien golpeó a su puerta:

— ¿John? ¿Estás ahí?

John se metió la camiseta dentro del pantalón y se preguntó qué motivo tendría Phury para ir en su busca. Estaba al día en los estudios y le iba bien en el combate cuerpo a cuerpo. ¿Tal vez se tratara del trabajo que había hecho en la oficina?

John abrió la puerta.

*Hola,* dijo en el Lenguaje por Señas Americano.

— Ey. ¿Cómo estás? — John asintió y luego frunció el ceño cuando el Hermano cambió y se puso a hablar en LSA. — *Me preguntaba si podrías hacerme un favor.*

— *Lo que quieras.*

– Cormia está... bueno, al estar de este lado se ha visto sometida a muchos retos. Creo que sería genial si tuviera alguien con quien pasar algo de tiempo, ya sabes... alguien centrado y discreto. Sin complicaciones. Así que, ¿crees que podrías hacer los honores? Solo habla con ella, o llévala a dar una vuelta por la casa o... lo que sea. Yo lo haría pero...

*Es complicado*, pensó John para sí mismo.

– *Es complicado*, dijo Phury por señas.

Una imagen de la silenciosa y rubia Elegida asomó en la mente de John. Los últimos meses, había observado a Cormia y Phury evitar mirarse sistemáticamente, y se había preguntado -como sin duda lo hacían todos los demás- si habrían sellado el trato.

John pensaba que no. Aún se veían muy, pero que muy incómodos.

– *¿Te importaría?*, dijo Phury por señas. *Me imagino que debe tener preguntas o... no sé, cosas de las que hablar.*

A decir verdad, no parecía que la Elegida tuviera ganas de salir en grupo. Durante las comidas siempre mantenía la cabeza baja, nunca pronunciaba una palabra y sólo comía la comida de color blanco. Pero si Phury se lo pedía, ¿cómo podía negarse John? El Hermano siempre lo ayudaba con sus posturas de lucha y respondía sus preguntas fuera del aula y era el tipo de persona por la que querías hacer cosas buenas, dado que él era bondadoso con todo el mundo.

– *Claro*, respondió John. *Estaré encantado de hacerlo.*

– *Gracias*. Phury le palmeó el hombro satisfecho, como si hubiera solucionado algo. *Le diré que se reúna contigo en la biblioteca, después de la Primera Comida.*

John bajó la vista y miró lo que llevaba puesto. No estaba seguro que los vaqueros fueran lo suficientemente elegantes, pero su armario estaba lleno con más de lo mismo.

Tal vez sería bueno que él y los chicos fueran de compras. Lo único malo era que no lo hubieran hecho antes.

## Capítulo 3



Por tradición, una vez que eras inducido en la Sociedad Restrictiva, se te conocía solo por la primera letra de tu apellido.

El señor D debería haber sido conocido como señor R, R de Roberts. El tema era que en el momento en que fue reclutado la identidad que había estado usando había sido Delancy. Así que se había convertido en el señor D, y los últimos treinta años se le había conocido por ese nombre.

Aunque en realidad no era importante. Los nombres nunca importaban nada.

Al entrar en una curva de la Ruta 22, el señor D bajó una marcha, pero pasar a tercera no le ayudó demasiado a pasar la curva. El Ford Focus parecía tener noventa años. También tenía olor a naftalina y piel reseca.

Caldwell, Nueva York, era una extensión de unos ochenta kilómetros de campos de trigo y pastizales para vacas, con granjas dispuesta de forma que asemejaban un gran callejón y mientras lo atravesaba, se encontró a sí mismo pensando en horquillas. Había matado a su primera persona con una. En Texas, cuando tenía catorce años. A su primo, Big Tommy.

El señor D se había sentido orgulloso de sí mismo al no haber recibido ningún castigo por ese crimen. Ser pequeño y aparentar estar desvalido, había sido su boleto de salida. El viejo y querido Big Tommy había sido un rufián, con manos grandes como jamones y una vena mezquina, así que cuando el señor D corrió gritando hacia su mamá, con el rostro golpeado, todo el mundo había creído que su primo había tenido un ataque de ira y se merecía lo que le había ocurrido. Ja. El señor D había seguido a Big Tommy al granero y lo había irritado lo suficiente como para obtener un labio hinchado y el ojo negro que necesitaba para declarar que había sido en defensa propia. Luego había agarrado la horquilla que había apoyado de antemano contra una de las cuadras y se había puesto manos a la obra.

Solo quería saber lo que sentiría al matar a un ser humano. Los gatos, las zarigüeyas y los mapaches que atrapaba y torturaba estaban bien, pero no eran humanos.

La hazaña fue más difícil de lo que había pensado. En las películas, las horquillas sencillamente atravesaban a la gente como una cuchara atraviesa la sopa, pero eso era mentira. Los dientes de la cosa se habían quedado atascados en las costillas de Big Tommy, de tal forma que había tenido que apuntalar un pie en la cadera de su primo para lograr hacer la palanca suficiente que le permitiera tirar de ella para liberarla. Con la segunda arremetida, le había atravesado el estómago, pero se había vuelto a atascar otra vez. Probablemente, en la columna vertebral. De nuevo, tuvo que meter el pie. Para cuando Big Tommy dejó de aullar como un cerdo herido, el señor D estaba jadeando, aspirando el dulce aire con polvo de heno del granero, como si hubiera muy poco en el ambiente.

Pero no había sido un fracaso total. El señor D realmente había disfrutado de las expresiones cambiantes que había visto en el rostro de su primo. Primero, había habido enfado, lo que provocó que golpeará al señor D. Después, incredulidad. Al final, horror y terror. Cuando Big Tommy había tosido, escupiendo sangre y jadeando, se le habían desorbitado los ojos con genuino miedo, del tipo que tu madre siempre quiso que tuvieras cuando hablaba del Señor. El señor D, el enano de la familia, el pequeñito, se había sentido de más de dos metros de altura.

Había sido la primera vez que saboreaba el poder y quería sentir esa sensación nuevamente, pero había llegado la policía y había habido muchas habladurías en la ciudad, así que se había obligado a sí mismo a portarse bien. Trabajar en una planta procesadora de carne había mejorado su habilidad con los cuchillos, y cuando estuvo listo, volvió a utilizar el mismo tipo de emboscada que había utilizado con Big Tommy: una pelea de bar con un matón. Había enfurecido al bastardo y luego lo había atraído a una esquina oscura. Un destornillador, y no de la clase de los que se beben, hizo el trabajo.

Las cosas habían sido más complicadas que con Big Tommy. Una vez que el señor D se lanzó contra el matón, no fue capaz de detenerse. Y era más difícil sacarse de la manga lo de la defensa personal cuando el cuerpo había sido apuñalado siete veces, arrastrado hasta detrás de un coche, y desmembrado como si de un cacharro estropeado se tratara.



Después de meter al muerto en unas cuantas bolsas pesadas, el señor D llevó a su coleguita a realizar un viaje por carretera, encaminándose hacia el norte. Usó el propio Ford Pinto del tipo para recorrer esos kilómetros, y cuando el cuerpo comenzó a despedir olor, encontró lo más parecido que había a una colina en la parte rural de Mississippi; puso el coche de espaldas a la pendiente, y le dio un empujón en el parachoques delantero. El maletero, con su apestosa carga, fue a estrellarse contra un árbol. La explosión de la bomba fue algo realmente excitante.

Después hizo autostop hasta Tennessee y luego se mantuvo haciendo trabajos raros a cambio de alojamiento y comida. Mató a dos hombres más antes de irse a Carolina del Norte, donde casi lo atrapan in fraganti.

Sus víctimas siempre eran grandes y fornidos hijos de puta. Y así fue como se convirtió en restrictor. Se fijó como objetivo a un miembro de la Sociedad Restrictiva y cuando, a pesar de su tamaño, casi mata al hombre, el asesino se quedó tan impresionado que le pidió al señor D que se uniera a ellos para cazar vampiros.

Parecía un buen trato. Una vez superada la etapa de «voy a ser un buen perro por unas pocas golosinas».

Después de su inducción, el señor D había sido destinado a Connecticut, pero hacía dos años se había mudado a Caldie, en la época que el señor X, el Restrictor Jefe de ese entonces, había intentado tirar un poco demasiado de las riendas de la Sociedad.

En treinta años, el señor D nunca había sido convocado por el Omega.

Un par de horas antes, eso había cambiado.

La convocatoria le había llegado en forma de un sueño cuando estaba durmiendo, y no había necesitado de los modales que su madre le había enseñado para *Répondez S'il Vous Plaît* de forma afirmativa. Pero no podía evitar preguntarse si iba a sobrevivir a la noche.

Las cosas no iban demasiado bien para la Sociedad Restrictiva. Al menos, no desde que el profetizado Destructor había metido su caballo en el establo.

Por lo que el señor D había escuchado, el Destructor había sido un policía humano. Un policía humano con sangre de vampiro, con el cual el Omega había jugado obteniendo muy malos resultados. Y por supuesto, la Hermandad de la Daga Negra acogió al tipo y le dio un buen uso. No eran ningunos tontos.

Ya que una muerte a manos del Destructor no significaba solamente un asesino menos.

Si te agarraba el Destructor, tomaba el fragmento de Omega que estaba dentro de ti y lo absorbía. En vez del paraíso eterno que te prometían cuando te unías a la Sociedad, terminabas atrapado dentro de ese hombre. Y con cada asesino que se destruía de esa forma, una parte del Omega se perdía para siempre.

Antes, si peleabas contra los Hermanos, lo peor que te podía pasar era que fueras al paraíso. ¿Ahora? Cada vez más frecuentemente te dejaban medio muerto hasta que el Destructor pudiera ir a inhalarte hasta convertirte en cenizas, robándote tu merecida eternidad.

Así que últimamente las cosas habían estado muy tensas. El Omega se había comportado más tempestuosamente de lo que era habitual en él, los asesinos estaban irritables por tener que estar mirando continuamente por encima del hombro, y la cantidad de nuevas afiliaciones era las más baja de todos los tiempos, ya que todo el mundo estaba tan preocupado por salvar su propio pellejo que no se ocupaba de buscar sangre nueva.

Y había habido gran movimiento entre los Restrictores Jefe. Aunque eso siempre había sido igual.

El señor D giró a la derecha, hacia la Ruta Rural 149 y avanzó casi cinco kilómetros hasta la siguiente RR, el cartel de la cual había sido aplastado, probablemente con un bate de béisbol. La sinuosa ruta era sólo una senda congelada llena de baches, y tuvo que disminuir la velocidad, para que sus tripas no terminaran todas revueltas: el coche tenía la misma suspensión que podrías encontrar en un horno. Lo que equivalía a nada.

Una cosa mala que tenía la Sociedad Restrictiva era que te daban «Pedazos De Mierda» para conducir.

*Bass Pond Lane...* estaba buscando la ruta Bass Pond La... ahí estaba. Giró el volante, pisó el freno con fuerza, y apenas tuvo tiempo de desviarse hacia la salida de la ruta.

Sin contar con alumbrado público, se pasó de largo el estropeado terreno cubierto de malezas que había estado buscando, por lo que tuvo que poner la palanca de cambio en reversa, y conducir marcha atrás. La granja estaba en peor estado que el Focus, era solo un

nido de ratas que tenía el techo flojo y cuyas paredes apenas se sostenían en pie, y que estaba ahogado en un mar del equivalente neoyorquino del kudzu: la hiedra venenosa.

Después de aparcar en la carretera, ya que no había una entrada para coches, el señor D se apeó y se acomodó el sombrero de cowboy. La casa le recordaba su hogar, con el cartón alquitranado asomando, las ventanas sobresalientes, y el césped repleto de malas hierbas de hombre pobre. Era difícil evitar pensar que su gorda madre, que vivía recluida en la casa, y su agotado padre granjero no fueran a estar allí esperándole.

*Debían haber muerto hace tiempo*, pensó mientras caminaba. Él había sido el menor de siete hijos, y ambos eran fumadores.

La puerta con mosquitera casi había perdido el enrejado y el marco estaba oxidado. Cuando la abrió, chirrió como un cerdo atrapado, chilló como Big Tommy, como lo hacía la puerta que tenía en aquel entonces en su hogar. Golpeó la segunda puerta y no obtuvo respuesta, así que se quitó el sombrero de cowboy y empujó contra la puerta, usando la cadera y el hombro para hacer saltar el cerrojo.

Dentro olía a humo de cigarrillo, moho y muerte. Los primeros dos olores eran rancios. El de muerte era fresco, del tipo jugoso, con un deje afrutado que te hacía desear salir a matar algo para poder unirlo a la fiesta.

Y había otro olor. El persistente olor dulzón en el aire le indicó que el Omega había estado allí recientemente. O tal vez otro asesino.

Con el sombrero entre las manos, atravesó las oscuras habitaciones del frente de la casa y entró en la cocina que estaba al fondo. Allí estaban los cuerpos. Dos, yaciendo sobre el estómago. No podía definir el sexo de ninguno, ya que habían sido decapitados y ninguno de los dos llevaba falda, pero los charcos de sangre que estaban donde deberían haber estado sus cabezas se habían unido, de tal manera que parecía que estuvieran agarrándose de las manos.

De hecho, era verdaderamente adorable.

Miró una mancha negra que había al otro lado de la habitación, en el pedazo de pared que había entre el refrigerador dorado que se utilizaba para la cosecha y la endeble mesa de formica. La mancha dejada por el estallido de una bomba, significaba que un compañero asesino había mordido el polvo, de una manera muy dura, a manos del Omega. Evidentemente, el Amo había despedido a otro Restrictor Jefe.

El señor D pasó por encima de los cadáveres y abrió el refrigerador. Los restrictores no comían, pero sentía curiosidad por saber qué guardaba la pareja allí. *Ah. Más recuerdos.* Había un paquete abierto de mortadela Oscar Mayer y estaban a punto de quedarse sin mayonesa.

Igual ahora ya no tenían que preocuparse de no poder hacerse sándwiches.

Cerró el refrigerador y se inclinó hacia atrás apoyándose contra...

La temperatura de la casa bajó veinte grados, como si alguien hubiera encendido el aire acondicionado central y hubiera puesto el dial en «*Para congelarse las pelotas*». A eso le siguió el viento, azotando la quietud de la noche de verano, creciendo en fuerza hasta que la granja gimió.

*El Omega.*

El señor D lo pensó en el mismo instante en que la puerta delantera se abrió de golpe. Lo que entró por el pasillo era una niebla oscura como la tinta, fluida y transparente, rodando a lo largo de las tablas del suelo. Se condensó frente al señor D, elevándose para formar una silueta masculina.

— Amo — dijo El señor D, e hizo una reverencia, doblándose a la altura de la cintura, mientras sentía agitarse su negra sangre en las venas por el miedo y el amor que sentía.

La voz del Omega le llegó como a través de una larga distancia y tenía una cadencia eléctrica cargada de estática.

— Te nombro Restrictor Jefe.

El señor D se quedó sin aliento. Ese era el más alto honor, el puesto de más autoridad en la Sociedad Restrictiva. Ni siquiera había soñado con obtenerlo. Tal vez podía haber esperado hacer una suplencia de alguien en ese trabajo.

— Grac...

El Omega se evaporó, se adelantó y envolvió el cuerpo del señor D como una capa de alquitrán. Mientras el dolor se apoderaba de cada hueso de su cuerpo, el señor D sintió que giraban su cuerpo y que lo empujaban con la cara por delante hacia el mostrador, el sombrero salió volando de sus manos. El Omega tomó el control, y ocurrieron cosas que el señor D nunca hubiera consentido.

De todas maneras, el consentimiento no existía dentro de la Sociedad. Sólo pronunciabas un sí, y ese era en el momento en que entrabas a ella. Todo lo demás que venía después, estaba fuera de tu control.

Cuando pasaron lo que parecieron siglos, el Omega salió del cuerpo del señor D y se vistió, con una blanca túnica cubriéndolo de la cabeza a los pies. Con elegancia casi femenina, el mal se arregló las solapas, sus garras habían desaparecido.

O tal vez, sencillamente se hubieran desgastado hasta convertirse en muñones, después de todo el trabajo de desgarrar y arrancar.

Debilitado y sangrando, el señor D se dejó caer y se apoyó sobre la marcada superficie del mostrador. Deseaba vestirse, pero no había quedado mucho de sus ropas.

— Los acontecimientos han llegado a un punto culminante — pronunció el Omega —. La incubación se ha completado. Llegó el momento de dejar caer el capullo.

— Sí, señor — ¿Cómo si pudiera darle otra respuesta? —. ¿Cómo puedo servirle?

— Tu misión consiste en traerme a este macho. — El Omega extendió la mano con la palma vuelta hacia arriba y apareció una imagen flotando en el aire.

El señor D estudió el rostro, la ansiedad golpeó su cerebro, poniéndolo a toda velocidad. Seguramente, necesitaría más detalles aparte de esta borrosa fotografía translúcida.

— ¿Dónde lo encuentro?

— Nació aquí y vive en Caldwell, entre los vampiros. — La voz del Omega parecía salida de una película de ciencia ficción, haciendo eco al desplazarse misteriosamente —. Sólo han transcurrido unos meses desde su transición. Creen que es uno de ellos.

Bueno, eso seguro que reducía las posibilidades.

— Puedes formar un equipo con otros — dijo el Omega —. Pero debe ser capturado vivo. Si alguien lo mata, me rendirás cuentas a mí.

El Omega se inclinó hacia un lado y puso la palma sobre el empapelado, en la pared en que estaba la mancha que había dejado la explosión de la bomba. La imagen de un civil ardió allí, quedando impresa sobre una franja de desvaídas flores amarillas.

El Omega inclinó la cabeza y miró la imagen. Luego, con mano gentil y elegante, acarició el rostro.

— Él, éste, es especial. Encuéntralo. Tráelo de regreso aquí. Hazlo con rapidez.

No había necesidad de pronunciar el, *o si no...*

Cuando el mal desapareció, el señor D se inclinó y recogió su sombrero. Afortunadamente, no se había estropeado ni ensuciado.

Frotándose los ojos, consideró todas las formas que tenía de meter la pata. Un vampiro macho en algún lugar de Caldwell. Iba a ser como buscar una aguja en un pajar.

Tomando un cuchillo de pelar del mostrador, lo usó para recortar la imagen del empapelado. Después de desprenderla con cuidado, estudió el rostro.

Los vampiros eran reservados por dos razones: no querían que los humanos se inmiscuyeran en los asuntos de su raza, y sabían que eran perseguidos por los restrictores. Sin embargo acudían a lugares públicos, especialmente los machos que acababan de pasar por la transición. Agresivos y temerarios, los jóvenes frecuentaban los lugares más sórdidos del centro de Caldwell porque había humanos con los que tener sexo y peleas en las que involucrarse y todo tipo de cosas divertidas para inhalar, beber o fumar.

El centro. Formaría un escuadrón y se dirigiría a los bares del centro. Aunque no encontraran al macho enseguida, la comunidad vampírica era pequeña. Era probable que otros civiles conocieran a su víctima, y recabar información era una de las especialidades del señor D.

Al demonio ida y vuelta con el suero de la verdad. Denle un buen martillo y un trozo de cadena, y se convertía en una máquina que hacía que un par de labios comenzaran a balbucir.

El señor D arrastró su dolorido y agotado cuerpo escaleras arriba y tomó una meticulosa ducha en el asqueroso baño de los muertos. Cuando hubo terminado, se puso un pantalón de trabajo y una camisa, que naturalmente, eran demasiado grandes para él. Después de enrollarse las mangas de la camisa y cortar siete centímetros y medio de las piernas del pantalón, se peinó el cabello blanco, alisándolo contra el cráneo. Antes de salir de la habitación, se puso un poco de Old Spice que encontró en el escritorio del tipo. La cosa era casi todo alcohol, como si la botella hubiera estado allí por mucho tiempo, pero al señor D le gustaba ir elegante.

De regreso en la planta baja, cruzó la cocina, tambaleándose, y tomó la tira de papel con el rostro impreso. Devorando las facciones con los ojos, se dio cuenta que a pesar de

que todavía le seguía doliendo todo el cuerpo, se estaba excitando igual que como lo haría un sabueso.

La caza había comenzado y sabía exactamente a quien iba a utilizar. Había un equipo de cinco restrictores con los que había trabajado alguna que otra vez en el transcurso de los últimos dos años. Eran buenos tipos. En fin, *buenos*, probablemente no fuera la palabra adecuada. Pero podías tratar con ellos, y ahora que era el Restrictor Jefe podía darles órdenes.

De camino a la puerta delantera, se detuvo frente a los cadáveres, se puso el sombrero y se dio un golpecito en el borde del mismo, a modo de saludo.

—Os veré después.

Qhuinn entró al estudio de su padre de muy mal humor, y seguro como el infierno que no iba a salir de allí sintiéndose resplandeciente, ni nada parecido.

*Allá vamos.*

En el instante en que entró a la habitación, su padre soltó un extremo del *Wall Street Journal*, que quedó flotando en el aire, para poder presionar los nudillos contra su boca y luego tocarse cada lado del cuello. Una rápida frase en la Antigua Lengua salió de sus labios en un murmullo, luego devolvió el periódico a su lugar.

—Se requiere mi presencia en la fiesta de gala —dijo Qhuinn.

—¿No te lo informó uno de los *doggen*?

—No.

—Les ordené que te informaran.

—Entonces, eso vendría a ser un no. —Su intención al presionarlo para que le respondiera, era la misma que al preguntárselo la primera vez, solo quería incordiarlo.

—No puedo entender por qué no te lo informaron. —Su padre descruzó las piernas y las volvió a cruzar, la raya de sus pantalones era tan afilada como el borde de su copa de jerez—. Realmente, me gustaría decir las cosas una sola vez. No creo que sea mucho...

—No vas a responderme, ¿verdad?

—...pedir. Es decir, el trabajo de los criados es, realmente, bastante evidente. Su propósito es servir, y a decir verdad no me gusta tener que repetir las cosas.

Su padre balanceó en el aire el pie de la pierna que tenía cruzada sobre la otra. Sus mocasines con flecos eran de Cole Haan, como siempre: caros, pero no más llamativos que un susurro aristocrático.

Qhuinn bajó la vista hacia sus New Rocks. El grosor de las suelas era de cinco centímetros en la planta y siete centímetros y medio en el tacón. El cuero negro le llegaba hasta la base de las pantorrillas y en la parte delantera se entrecruzaban los cordones que pasaban a través de tres pares de hebillas cromadas.

En la época que recibía una asignación, antes de que el cambio no solucionara su defecto, había ahorrado durante meses para comprarse esas shitkickers de tipo duro e hijo de puta, y después de pasar por el cambio, las había comprado a la primera oportunidad. Eran el premio que se otorgaba a sí mismo por haber sobrevivido a la transición, porque tenía bien claro que no debía esperar nada de sus padres.

El día que Qhuinn se las había puesto para asistir a la Primera Comida, a su padre casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Deseabas alguna otra cosa —dijo su padre desde detrás del *WSJ*.

—Nah. Seré bueno y me iré tranquilamente. No te preocupes.

Dios bien sabía que ya lo había hecho antes en reuniones oficiales, aunque en realidad, ¿a quién querían engañar? La *glymera* era bien consciente de su existencia y de su pequeño «problema», y los estirados esnobs eran como elefantes. Nunca olvidaban nada.

—A propósito, tu primo Lash tiene un nuevo empleo —murmuró su padre—. En la clínica de Havers. Lash piensa convertirse en médico, así que está haciendo prácticas después de clases. —El periódico bajó de golpe y tuvo un breve vistazo del rostro de su padre... lo que curiosamente resultó ser mortal, porque Qhuinn alcanzó a ver el brillo anhelante en los ojos de su viejo—. Lash es una fuente de orgullo para su padre. Un digno sucesor en las responsabilidades de la familia.

Qhuinn miró la mano izquierda de su padre. En el dedo índice, ocupando todo el espacio que había debajo del gran nudillo, se veía un sólido anillo de oro que ostentaba el escudo de la familia.

Todos los machos jóvenes de la aristocracia obtenían uno después de haber pasado por la transición, y los dos mejores amigos de Qhuinn los tenían. Blay usaba el suyo todo el tiempo, salvo cuando estaba luchando o iba al centro de la ciudad, y a John Matthew le



habían dado uno, aunque no lo usaba. Y tampoco eran los únicos en tener vistosos pisapapeles. En su clase de entrenamiento en el Complejo de la Hermandad, cada uno de los reclutas que pasaba por el cambio, regresaba con un anillo de sello en el dedo.

Escudos familiares impresos sobre trescientos gramos de oro: quinientos dólares.

Que tu padre te regale uno cuando te conviertes en un verdadero macho: no tiene precio.

La transición de Qhuinn había ocurrido unos cinco meses atrás. Hacía cuatro meses, tres semanas, seis días y dos horas que había dejado de esperar que le dieran su anillo.

Aproximadamente.

Hombre, a pesar de la fricción existente entre él y su padre, nunca se le hubiera ocurrido pensar que no iba a darle uno. Pero ¡Sorpresa! Una nueva forma de sentirse ajeno al rebaño.

Hubo otra sacudida de periódico y esta vez fue con impaciencia, como si su padre estuviera ahuyentando una mosca para que se apartara de su hamburguesa. Aunque, por supuesto, él no comía hamburguesas, porque eran demasiado vulgares.

—Voy a tener que hablar con ese *doggen* —dijo su padre.

Qhuinn cerró la puerta al salir, y cuando se volvió para ir hacia el vestíbulo, casi se choca con un *doggen* que venía de la biblioteca que había en la habitación de al lado. La doncella uniformada dio un salto hacia atrás, se besó los nudillos y se palmeó las venas que corrían a ambos lados de su garganta.

Mientras huía, murmurando la misma frase que su padre, Qhuinn se acercó a un antiguo espejo que colgaba de la pared cubierta de seda. Aún a pesar de las ondas que tenía el descascarado espejo y las manchas oscurecidas que habían quedado donde el material reflectante se había desprendido, su problema era obvio.

Su madre tenía los ojos grises. Su padre tenía los ojos grises. Su hermano y su hermana tenían los ojos grises.

Qhuinn tenía un ojo azul y otro verde.

Ahora bien, obviamente había habido ojos azules y verdes en su linaje. Sólo que no uno de cada color en la misma persona, e imagínate, la disparidad no era algo divino. La aristocracia se rehusaba a tolerar defectos, y los padres de Qhuinn no sólo estaban firmemente atrincherados en la *glymera*, ya que ambos pertenecían a alguna de las seis

familias fundadoras, sino que además su padre había llegado a ser *leahdyre* del Consejo de Princesps.

Todo el mundo había esperado que la transición solucionara el problema, y tanto el color azul como el verde hubieran sido aceptables. Sí, bueno, *denegado*. Qhuinn salió del cambio con un gran cuerpo, un par de colmillos, un fuerte anhelo sexual... y con un ojo azul y otro verde.

Qué noche. Había sido la primera y única vez que su padre se había descontrolado. La primera y única vez que había golpeado a Qhuinn. Y desde ese entonces, nadie de la familia ni del personal doméstico volvió a mirarlo a los ojos.

En su camino de salida, no se molestó en despedirse de su madre. Ni de su hermano mayor ni de su hermana.

Desde el momento de su nacimiento, había sido marginado por su familia, dejado de lado, apartado por algún tipo de daño genético. De acuerdo al código de valores de la raza, el único aspecto favorable de su patética existencia residía en el hecho que hubiera dos jóvenes saludables, y normales en la familia, y que el macho mayor, su hermano, fuera considerado apto para procrear.

Qhuinn siempre había pensado que sus padres deberían haberse detenido en dos, que tratar de tener tres hijos saludables era una apuesta demasiado alta contra el destino. Sin embargo, no podía cambiar la mano que le había tocado. Tampoco podía evitar desear que las cosas fueran diferentes.

No podía lograr que dejara de importarle.

Aunque la gala consistiera solo de un grupo de figuras usando vestidos y trajes de pingüino, deseaba estar con su familia en el gran baile de final de verano de la *glymera*. Quería colocarse hombro a hombro junto a su hermano y que por una vez en la vida le tomaran en cuenta. Deseaba vestirse como el resto del mundo y usar su propio anillo de oro y tal vez, bailar con alguna de las nobles hembras que aún no tenían pareja. En la brillante multitud de la aristocracia, deseaba que lo reconocieran como a un ciudadano, como uno más de ellos, como un macho y no como un estorbo genético.

*No iba a suceder.* A los ojos de la *glymera*, era menos que un animal, no más apto para el sexo que un perro.

*Lo único que faltaba era la correa, pensó, mientras se desmaterializaba hacia la casa de Blay.*

## Capítulo 4



Al este, en la mansión de la Hermandad, Cormia esperaba al *Primale* en la biblioteca y a quien fuera con quien, según él, debía pasar algo de tiempo. Mientras se paseaba entre el sofá y el sillón de cuero, oía a los hermanos hablar en el vestíbulo, discutiendo acerca de la próxima fiesta de la *glymera*.

La voz del hermano Rhage retumbó:

— Ese manojo de egocéntricos, prejuiciosos, holgazanes-carentes-de...

— Cuidado con las referencias a los vagos — interrumpió el hermano Butch —. Se me podrían aplicar algunas.

— ...parásitos, hijos de puta estrechos de miras...

— No te cortes, dinos lo que realmente sientes — dijo alguien más.

— ... pueden coger su Gala Fakata y metérsela por el culo.

El Rey rió en voz baja.

— Menos mal que no eres diplomático, Hollywood.

— Oh, tienes que dejarme enviarles un mensaje. Mejor aún, dejemos que mi bestia acuda como emisario. Haré que destruya el lugar. Esos bastardos se lo merecen, por como trataron a Marissa.

— Sabes — anunció Butch —, siempre he pensado que tienes medio cerebro. A pesar de lo que digan los demás.

Cormia dejó de pasearse cuando el *Primale* apareció en la entrada de la biblioteca, con un vaso de oporto en la mano. Estaba vestido con el atuendo que acostumbraba a usar en la Primera Comida cuando no estaba enseñando: un par de perfectos pantalones de vestir hechos a medida, color crema en esta ocasión; camisa de seda negra, como era habitual; un cinturón negro, cuya hebilla era un H alargada y dorada. Sus zapatos de punta cuadrada habían sido lustrados hasta quedar brillantes y llevaban la misma H del cinturón.

Hermes, creyó haberle oído por casualidad en una cena.

Llevaba el cabello suelto, las ondas caían sobre sus fuertes hombros, algunas por delante y otras por detrás. Olía a lo que los hermanos llamaban aftershave, y también al humo con fragancia a café que se acumulaba en su habitación.

Sabía exactamente cómo olía su dormitorio. Había pasado un solo día yaciendo junto a él en esa habitación, y todo acerca de aquella experiencia había sido inolvidable.

Aunque este no era el momento de recordar lo que había ocurrido entre ellos en esa gran cama, cuando había estado dormido. Ya era bastante difícil estar en su compañía con toda una habitación entre los dos y gente fuera en el vestíbulo. Para añadirle encima esos momentos en los que él había presionado su cuerpo desnudo contra el suyo...

— ¿Disfrutaste de la cena? — preguntó él, tomando un sorbo de su vaso.

— Sí, claro. ¿Y Su Gracia?

Estaba a punto de replicar cuando John Matthew apareció tras él.

El *Primale* se giró hacia el joven y sonrió.

— Ey, hombre. Me alegro de que hayas venido.

John Matthew la miró desde el otro lado de la biblioteca y alzó la mano a forma de saludo.

Se sintió aliviada por la elección. No conocía a John más que a los demás, pero durante las comidas, permanecía callado. Lo cual hacía que su tamaño no fuera tan intimidante como habría sido si fuese ruidoso.

Se inclinó ante él.

— Su Gracia.

Cuando se enderezó, sintió sus ojos fijos en ella y se preguntó qué veía. ¿Hembra o Elegida?

*Que pensamiento tan raro.*

— Bueno, que os divirtáis. — Los brillantes ojos dorados del *Primale* se apartaron de ella —. Estoy de servicio esta noche, así que estaré fuera.

*Luchando*, pensó Cormia, con una punzada de miedo.

Deseó lanzarse sobre él y decirle que tuviera cuidado, pero eso no le correspondía, ¿verdad? En principio apenas si era su Primera Compañera. Por otra parte, él era la fuerza de la raza y difícilmente necesitaba de su preocupación.

El *Primale* palmeó el hombro de John Matthew, la saludó con la cabeza, y salió.

Cormia se inclinó a un lado para poder observar cómo el *Primale* subía las escaleras. Su modo de andar era grácil mientras subía, a pesar de la extremidad faltante y la prótesis que llevaba. Era tan alto, orgulloso y encantador, y odió el hecho de que pasarían horas antes de su regreso.

Cuando apartó la mirada, John Matthew estaba cerca del escritorio, tomando un pequeño bloc y una pluma. Mientras escribía, sostenía el papel cerca de su pecho, con las grandes manos ahuecadas. Parecía mucho más joven de lo que sugería el tamaño de su cuerpo mientras trabajaba en su nota.

En las raras ocasiones en las que tenía algo que decir en la mesa, le había visto comunicarse con las manos, y eso la había hecho suponer que quizás era mudo.

Giró el cuaderno hacia ella haciendo una mueca, como si no estuviera muy convencido de lo que había escrito.

*¿Te gusta leer? La biblioteca tiene un montón de libros buenos.*

Lo miró a los ojos. Que encantador tono de azul tenían.

—¿Cuál es el problema con tu voz? Si se me permite preguntar.

*Ningún problema. Hice un voto de silencio.*

Ah... lo recordó. La Elegida Layla había mencionado que había asumido tal compromiso.

—Te he visto utilizar las manos para hablar —dijo.

*Lenguaje por Señas Americano*, escribió él.

—Es una forma elegante de comunicarse.

*Cumple su cometido.*

Escribió algo más y después le mostró nuevamente el bloc.

*He oído que el Otro Lado es muy diferente. ¿Es cierto que todo es blanco?*

Alzó el ruedo de su túnica, como para mostrar un ejemplo de cómo era el lugar del que venía.

—Sí. El blanco es todo lo que tenemos. —Frunció el ceño—. Todo lo que necesitamos, más bien.

*¿Tenéis electricidad?*

—Tenemos velas, y hacemos las cosas a mano.

*Suena anticuado.*

No estaba segura de qué significaba eso.

— ¿Eso es malo?

Él sacudió la cabeza.

*Creo que es guay.*

Cormia conocía el término de haberlo oído en la mesa de la cena, pero todavía no entendía por qué esa palabra infundía un juicio positivo a las cosas.

— Es todo lo que conozco — Se acercó a una de las altas y estrechas puertas con paneles de cristal —. Bueno, hasta ahora.

Sus rosas estaban tan cerca, pensó.

John silbó, y ella miró sobre el hombro hacia el bloc que sostenía de cara a ella.

*¿Te gusta estar aquí?* había escrito. *Y por favor quiero que sepas que puedes decirme que no, no te estoy juzgando.*

Manoseó su túnica.

— Me siento muy diferente a todos. Me pierdo en las conversaciones, aunque hablo el idioma.

Hubo un largo silencio. Cuando volvió a mirar a John, éste estaba escribiendo, su mano se detenía de vez en cuando un rato, como si estuviera escogiendo una palabra. Tachó algo. Escribió algo más. Cuando hubo terminado, le entregó el cuaderno.

*Sé lo que es eso. Por ser mudo, muchas veces me siento fuera de lugar. Mejoró después de mi transición, pero aún ocurre. Sin embargo aquí nadie te juzga. Nos agradas a todos, y nos alegramos de que estés en la casa.*

Leyó el párrafo dos veces. No estaba segura de cómo responder a la última parte. Había asumido que se la toleraba porque el *Primale* la había traído.

— Pero... Su Gracia, creía que habías asumido el voto de silencio.

Él se ruborizó, y ella dijo:

— Lo siento, eso no me concierne.

Él escribió y después le mostró sus palabras. *Nací sin laringe.* La siguiente frase estaba tachada, pero fue capaz de captar la esencia. Había escrito algo así como: *Pero aún así puedo luchar bien y soy listo y todo.*

Podía entender el subterfugio. Las Elegidas, como la *glymera*, valoraban la perfección física como evidencia de una crianza apropiada y la fuerza de los genes de la raza. Muchos

habrían visto su silencio como una deficiencia, e incluso las Elegidas podían ser crueles con aquellos a los que consideraban inferiores a ellas.

Cormia extendió el brazo y posó la mano en el antebrazo de él.

—Creo que no todas las cosas tienen que ser dichas para que se entiendan. Y resulta bien obvio que eres adecuado y fuerte.

Las mejillas de él se arrojaron de color, e inclinó la cabeza para ocultar los ojos.

Cormia sonrió. Parecía perverso que se relajara ante la torpeza de él, pero en cierto modo se sentía como si estuvieran al mismo nivel.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó.

La emoción titiló en su rostro cuando volvió a coger el cuaderno.

*Ocho meses o así. Me acogieron porque no tenía familia. Mi padre fue asesinado.*

—Lamento mucho tu pérdida. Dime... ¿te quedas porque te gusta estar aquí?

Hubo una larga pausa. Luego escribió lentamente. Cuando le mostró el cuaderno, este decía: *No me gusta ni más ni menos de lo que me gustaría cualquier otra casa.*

—Lo que te convierte en un desplazado como yo —murmuró ella—. Aquí, pero sin estar aquí.

Asintió, después sonrió, revelando unos brillantes colmillos blancos.

Cormia no pudo evitar devolver la expresión a ese apuesto rostro.

Allá en el Santuario, todo el mundo había sido como ella. ¿Aquí? Nadie lo era en absoluto. Hasta ahora.

*Entonces ¿tienes alguna pregunta que te gustaría formular?,* escribió él. *¿La casa? ¿El personal? Phury dijo que podías tener alguna.*

*Preguntas... oh,* se le ocurrían unas pocas. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo había estado el *Primale* enamorado de Bella? ¿Había habido alguna vez algún sentimiento por parte de ella? ¿Alguna vez habían yacido juntos?

Enfocó sus ojos en los libros.

—En este momento no tengo ninguna pregunta. —Sin ninguna razón en especial, añadió—: Acabo de terminar *Las Amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos.

*Han hecho una película de ese. Sarah Michelle Gellar, Ryan Phillippe y Reese Witherspoon.*

—¿Una película? ¿Y quiénes son todas esas personas?

Escribió durante un rato.



*Conoces la televisión, ¿no? ¿Ese panel plano que está en la sala de billar? Bueno, las películas se ven en pantallas incluso más grandes, y a la gente que aparece en ellas se le llama actores. Fingen ser otras personas. Esos tres son actores. En realidad, todos son actores, cuando están en la tele o en las películas. Bueno, la mayoría de ellos.*

—Sólo he echado un vistazo a la sala de billar. No he entrado en ella. —Sentía una curiosa vergüenza al admitir lo poco que se había aventurado fuera—. ¿La televisión es la caja brillante con imágenes?

*Esa misma. Puedo mostrarte como funciona ¿quieres?*

—Por favor.

Salieron de la biblioteca entrando en el mágico vestíbulo multicolor de la mansión, y como siempre, Cormia levantó la mirada hacia el techo, que flotaba tres pisos por encima del suelo de mosaico. La escena bosquejada arriba era de guerreros montados en grandes corceles, todos ellos partiendo hacia la lucha. Los colores eran escandalosamente brillantes, las figuras majestuosas y fuertes, el fondo de un azul brillante con nubes blancas.

Había un guerrero en particular con el cabello veteado de rubio al que tenía que evaluar cada vez que pasaba. Tenía que asegurarse que estaba bien, aunque fuera ridículo. Las figuras nunca se movían. Su lucha siempre estaba a punto de comenzar, nunca en curso.

Al contrario que la de la Hermandad. Al contrario que la del *Primale*.

John Matthew abrió el camino hacia la habitación verde oscuro que estaba enfrente de donde tomaban las comidas. Los Hermanos pasaban mucho tiempo allí; con frecuencia oía sus voces flotando a la deriva, contrastadas por suaves chasquidos, la fuente de los cuales ella no podía identificar. No obstante, John resolvió ese misterio. Cuando pasaba junto a una mesa plana cubierta por un fieltro verde, tomó una de las muchas bolas multicolores de su superficie y la hizo rodar. Cuando ésta chocó con una de sus compañeras, el golpe seco explicó el sonido.

John se detuvo delante de una lona gris vertical y recogió un delgado aparato negro. Al instante, apareció una imagen a todo color y el sonido salió de todas partes. Cormia dio un respingo hacia atrás cuando un rugido llenó la habitación y objetos parecidos a balas pasaron a toda velocidad.

John la tranquilizó mientras el estrépito se desvanecía gradualmente, y después escribió en su bloc.

*Lo siento, he bajado el volumen. Eso es una carrera de NASCAR. Hay personas en los coches y corren alrededor de una pista. El más rápido gana.*

Cormia se aproximó a la imagen y vacilando un poco la tocó. Todo lo que sintió fue una superficie lisa y elástica parecida a una tela. Miró detrás de la pantalla. Nada más que pared.

— Asombroso.

John asintió y le ofreció el delgado aparato, agitándolo arriba y abajo, como animándola a cogerlo. Después de mostrarle cómo manejarse entre la multitud de botones, retrocedió.

Cormia apuntó la cosa hacia las imágenes en movimiento... e hizo que las imágenes cambiaran. Una y otra vez. Al parecer había un interminable número de ellas.

— Ningún vampiro, sin embargo — murmuró, mientras aparecía otro paisaje ampliamente iluminado por el sol —. Esto es sólo para humanos.

*Sin embargo, nosotros la miramos también. Hay vampiros en las películas... sólo que normalmente, no de los buenos. Ni las películas, ni los vampiros.*

Cormia se hundió lentamente en el sofá que había enfrente de la televisión, y John se acomodó en una silla junto a ella. La interminable variación resultaba cautivadora, y John le explicaba cada «canal», haciendo observaciones para ella. No sabía cuánto llevaban allí juntos, pero él no parecía impacientarse.

Se preguntó qué canales vería el *Primale*.

Finalmente, John le mostró cómo apagar las imágenes. Ruborizada por la excitación, miró hacia las puertas de vidrio.

— ¿Se está a salvo fuera? — preguntó.

*Mucho. Hay una enorme barrera de contención rodeando el Complejo, además de cámaras de seguridad por todas partes. Más aún, estamos aislados por mhis. Ningún retractor ha conseguido jamás entrar aquí, y ninguno lo hará... oh, y las ardillas y los venados son inofensivos.*

— Me gustaría salir.

*Y a mí me encantará acompañarte.*

John se metió el bloc bajo el brazo y se acercó a uno de los juegos de puertas de cristal. Después de abrir el cerrojo de bronce, abrió una de las hojas haciendo un galante gesto con el brazo para que pasara.

El aire cálido que se apresuró a entrar olía de modo distinto al que había en la casa. Este era rico. Complejo. Tórrido con su aroma a jardín y calor húmedo.

Cormia se levantó del sofá y se aproximó a John. Más allá de la terraza, el paisaje de jardines que había contemplado de lejos durante tanto tiempo se extendía a lo largo de lo que parecía ser una vasta distancia. Con sus coloridas flores y frondosos árboles, la vista no se parecía en nada a la monocromática extensión del Santuario, pero era igual de perfecta, igual de encantadora.

—Hoy es el día de mi nacimiento —dijo sin ninguna razón en particular.

John sonrió y aplaudió. Después escribió: *Debería haberte traído un regalo.*

—¿Regalo?

*Ya sabes, un presente. Para ti.*

Cormia inclinó el cuerpo hacia afuera y echó la cabeza hacia atrás. El cielo allí arriba se veía de un oscuro azul satinado con luces titilantes marcando sus pliegues.

*Maravilloso, pensó. Simplemente maravilloso.*

—Esto es un regalo.

Salieron de la casa juntos. Las piedras lisas de la terraza se sentían frías bajo sus pies desnudos, pero el aire era cálido como un remanso, y le encantó el contraste.

—Oh... —Respiró profundamente—. Qué encantador...

Dando vueltas y vueltas, lo miró todo: La montaña majestuosa que era la mansión. Las mullidas y oscuras copas de los árboles. El césped ondulado. Las flores en sus pulcras secciones.

La brisa que lo barría todo era gentil como un hálito, cargada de una fragancia demasiado compleja e impetuosa para etiquetarla.

John la dejó adelantarse, sus pasos cautelosos los llevaron cerca de las rosas.

Cuando llegó a ellas, extendió la mano y acarició los frágiles pétalos de una rosa florecida tan grande como la palma de su mano. Después se inclinó e inhaló su perfume.

Cuando se enderezó, comenzó a reír. Sin ninguna razón en absoluto. Era solo que... súbitamente su corazón había cobrado alas y estaba elevándose en su pecho, el letargo que

había estado atormentándola como una plaga durante el mes pasado se disipaba frente a una brillante oleada de energía.

Era el día de su nacimiento y estaba fuera.

Miró a John y le encontró mirándola fijamente, con una sonrisita en el rostro.

*Lo sabe*, pensó. Él sabía cómo se sentía.

—Quiero correr.

Él abrió los brazos abarcando la extensión de césped.

Cormia no se permitió pensar en los peligros de lo desconocido ni en la dignidad que las Elegidas supuestamente debían asumir junto con sus túnicas blancas. Dejando a un lado el gran peso de lo «apropiado», se recogió la túnica y corrió tan rápido como sus piernas pudieron llevarla. La hierba elástica amortiguaba sus pies y su cabello flameaba a su espalda y el aire azotaba su rostro.

Aunque permaneció ligada a la tierra, la libertad que sentía en el alma la hizo volar.

## Capítulo 5



En el centro, en el distrito de los clubes y las drogas, Phury volaba a través de un callejón de la calle Décima, sus shitkickers golpeaban contra las mugrientas calles, mientras su impermeable negro ondeaba tras él. Aproximadamente a catorce metros por delante de él, había un restrictor, y dadas sus posiciones, técnicamente Phury era el perseguidor. En realidad, el asesino no intentaba escapar con todo ese levantar talones. El bastardo lo que quería era internarse profundamente entre las sombras para que pudieran luchar, y Phury estaba totalmente de acuerdo con eso.

La regla número uno en la guerra entre la Hermandad y la Sociedad Restrictiva era: nada de peleas en presencia de humanos. Ninguno de los dos bandos necesitaba ese tipo de problemas.

Esa era casi la única regla.

El dulce olor a talco de bebé llegó hasta Phury, la estela de su enemigo era un infernal olor nauseabundo que empalagaba la nariz. Sin embargo valía la pena soportar la peste, porque ésta iba a ser una gran pelea. El asesino tras el que iba tenía el cabello tan blanco como el vientre de un pescado... lo cual significaba que el tipo llevaba en la Sociedad un montón de tiempo. Por razones desconocidas, todos los restrictores palidecían con el tiempo, perdiendo su propio color de cabello, ojos y piel a medida que ganaban experiencia en cazar y matar vampiros inocentes.

Menudo intercambio. Cuando más asesinabas, más te parecías a un cadáver.

Esquivando un contenedor de basura y saltando sobre lo que esperaba fuera una pila de harapos y no un indigente muerto, se figuró que en otros cuarenta y cinco metros él y su amiguito restrictor iban a conseguir por fin algo de privacidad. Las entrañas del callejón eran una vía sin salida, sin iluminar, rodeadas por edificios de ladrillos sin ventanas y...

Había un par de humanos en él.

Phury y su asesino se detuvieron en el seco, debido a la desilusión que se llevaron. Manteniendo una distancia saludable el uno del otro, evaluaron la situación mientras los dos humanos se les quedaban mirando.

—Joder, largaos de aquí —dijo el de la izquierda.

Vale, este era obviamente un caso de *tratus interruptus*. Y el tipo de la derecha era definitivamente el comprador en el intercambio, y no sólo porque no estuviera intentando hacerse cargo de la intrusión. El bastardo sarnoso temblaba dentro de sus sucios pantalones, tenía los ojos febriles abiertos de par en par, la piel cetrina se veía cerosa y salpicada de acné. Hay que decir, sin embargo, que seguía concentrado en los bolsillos de la chaqueta de su distribuidor, en absoluto preocupado por la posibilidad de ser despachado por Phury o el asesino.

Nah, el yonki estaba a punto de conseguir su siguiente dosis, y claramente le aterraba la idea de volver a casa sin lo que necesitaba.

Phury tragó con fuerza y observó esos ojos vacíos de «no hay nadie en casa» rebotar en todas direcciones. Dios, él había sentido ese punzante pánico... había bailado el tango con él justo antes de que las contraventanas se hubieran levantando en la casa, debido a la llegada de la noche.

El camello apoyó una de las manos en la parte baja de la espalda.

—He dicho, fuera de aquí.

*Joder*. Si el capullo sacaba un arma, se iba a desatar un infierno porque... Bueno, vale, el asesino también estaba metiendo la mano bajo su chaqueta. Profiriendo una maldición, Phury se unió a la fiesta posando una mano en la culata de la SIG que llevaba en la cadera.

El camello se detuvo, comprendiendo claramente que todo el mundo tenía artillería pesada. Después de hacer una especie de evaluación de riesgo, el tipo levantó las manos vacías ante sí.

—Pensándolo bien, quizás sea yo el que se marche.

—Buena elección —dijo el restrictor arrastrando las palabras.

El adicto no creía que fuera tan buena idea.

—No, oh, no... No, necesito...

—Después. —El camello se abrochó la chaqueta como un comerciante cerraría su tienda.

Y ocurrió tan rápido, que nada podría haberlo detenido. De ninguna parte, el adicto sacó un cuchillo y con un torpe tajo, más producto de la suerte que de la habilidad, rajó la garganta de su distribuidor de lado a lado. Mientras la sangre salpicaba por todas partes, el comprador saqueó la tienda del camello, revisando los bolsillos de la chaqueta y metiéndose los paquetes de celofán que encontraba en los bolsillos traseros de sus vaqueros. Cuando el asalto hubo terminado, huyó como una rata, encorvándose sobre sí mismo, se escabulló, demasiado entusiasmado con el billete de lotería premiado que había obtenido, como para molestarse por los dos auténticos asesinos que se interponían en su camino.

Sin duda, el restrictor le dejó marchar motivado sólo por el hecho de despejar el campo para que la auténtica batalla pudiera comenzar.

Phury dejó que el humano se fuera porque se sentía como si se estuviera mirando en un espejo.

La ofensiva alegría en el rostro del adicto fue un absoluto enganche mental. Estaba claro que el tipo había cogido el tren expreso hacia el paraíso de los adictos, y el hecho de que fuera gratis era solo una pequeña parte del premio. La auténtica bendición era el lujurioso éxtasis de extremo placer que obtendría.

Phury conocía ese subidón orgánico. Lo experimentaba cada vez que se encerraba en su dormitorio con una bolsa grande y gorda de humo rojo y un paquete fresco de papel de fumar.

Estaba... celoso. Estaba tan...

Una larga cadena de acero le atrapó por un lado de la garganta y se envolvió alrededor de su cuello, una serpiente de metal con una endemoniada cola retráctil. Cuando el restrictor tiró, se le clavaron los eslabones cortando todo tipo de cosas: la respiración, la circulación, la voz.

El centro de gravedad de Phury cambió de sus caderas a sus hombros, y cayó hacia adelante, colocando las manos ante sí para evitar que lo plantaran de cara en el suelo. Cuando aterrizó a cuatro patas, obtuvo un breve y vívido vistazo del camello, que gorgoteaba como una cafetera a tres metros de distancia.

El distribuidor extendió una mano, y movió lentamente los labios ensangrentados.

*Ayúdame... ayúdame...*

La bota del restrictor golpeó la cabeza de Phury como si fuera un balón de fútbol, el crujiente impacto hizo que el mundo se pusiera a dar vueltas y vueltas mientras el cuerpo de Phury hacía de peonza. Terminó chocando contra el camello, y el peso muerto del hombre moribundo detuvo sus giros.

Phury parpadeó y jadeó. En lo alto, el resplandor de la ciudad ocultaba la mayoría de las estrellas de la galaxia, pero no afectaba a las que daban vueltas alrededor de su campo visual.

Oyó un jadeo ahogado junto a él, y durante una fracción de segundo fijó sus ojos encandilados en el vecino de al lado. Evidentemente el Grim Reaper le estaba oficiando de comité de bienvenida al camello, cuyo último aliento escapaba a través de la segunda boca que le habían abierto en la garganta. El tipo olía a crack, como si fuera consumidor, además de vendedor ambulante.

*Este es mi mundo*, pensó Phury. Este mundo de bolsitas de celofán y fajos de billetes, de consumir y preocuparse por la siguiente dosis le ocupaba incluso más tiempo que la misión de la Hermandad.

El hechicero apareció de pronto en su mente, de pie como Atlas en aquel campo de huesos.

*Tienes toda la razón este es tu jodido mundo, maldito bastardo chiflado. Y yo soy tu Rey.*

El restrictor tiró de la cadena, interrumpiendo al hechicero y haciendo que las estrellas que Phury tenía en la cabeza brillaran aún más.

Si no volvía al juego que tenía entre manos, la asfixia iba a ser su mejor y única amiga.

Subiendo las manos a los puñeteros eslabones, se aferró a ellos con sus grandes puños, y se irguió hasta quedar en una posición en que pudiera ejercer fuerza, luego enrolló el látigo de acero alrededor de su pierna ortopédica. Utilizando la pierna como palanca, empujó contra los eslabones que quedaron bajo la suela de su shitkicker y logró aflojarlos lo suficiente como para poder respirar.

El asesino se echó hacia atrás como en el esquí acuático, y la prótesis se debilitó bajo la presión, alterándose el ángulo en que estaba apoyado el pie falso. Con un movimiento rápido, Phury liberó su pierna de la cadena y aflojó la resistencia en su extremo tensionando el cuello y los hombros preparándose para el tirón que vendría. Cuando el



asesino salió volando contra la pared de ladrillo de *Limpieza en seco Valu-rite*, la fuerza y el peso corporal del no-muerto levantaron a Phury del suelo.

Durante una fracción de segundo la cadena quedó floja.

Eso fue suficiente para que Phury girara, se sacara la cadena del cuello, y empuñara una daga.

El restrictor estaba aturdido por el golpe contra el edificio, y Phury aprovechó la ventaja que le dio su conmoción, lanzándose hacia adelante con la hoja en la mano. La punta y el eje del compuesto de acero se introdujeron profundamente en el suave y vacío vientre del restrictor, haciendo brotar un chorro que corrió lustroso y negro.

El asesino bajó la mirada totalmente confundido, como si las reglas del juego hubieran cambiado en medio de la partida y nadie se lo hubiera dicho. Bajó las manos blancas para tratar de contener el flujo de dulce y malvada sangre y luchó inútilmente contra el torrente.

Phury se limpió la boca con el reverso de la manga, mientras un hormigueo de anticipación se encendía en su interior.

El restrictor echó una mirada a su rostro y perdió su expresión ausente. El miedo inundó sus pálidas facciones.

—Eres él... —susurró el asesino mientras sus rodillas cedían—. El torturador.

La impaciencia de Phury se marchitó un poco.

—¿Qué?

—He oído... hablar de ti. Primero despedazas... luego matas.

¿Tenía una reputación en la Sociedad Restrictiva? Bueno, en fin. Había estado haciendo puré de restrictores desde hacía ya un par de meses.

—¿Cómo sabes que soy yo?

—Por cierto... estás... sonriendo.

Mientras el asesino se deslizaba hasta el suelo, Phury fue consciente de la horripilante sonrisa que estaba luciendo.

Era difícil saber que era más horrible: que la sonrisa estuviera allí o que él no hubiera reparado en ella.

De repente, las pupilas del restrictor se dispararon hacia la izquierda.

—Gracias... joder.

Phury se quedó congelado cuando sintió el cañón de un arma presionado contra su riñón izquierdo y una nueva oleada de talco para bebé invadió su nariz.

A no más de cinco manzanas de distancia en dirección este, en su oficina privada en el ZeroSum, Rehvenge, alias el Reverendo, maldijo. Odiaba a los incontinentes. Los *odiaba*.

El humano que se columpiaba sobre sus pies delante del escritorio acababa de mearse en los pantalones, la mancha apareció formando un oscuro círculo azul en la entrepierna de sus ajustados Z Brand.

Parecía como si alguien le hubiera pegado en su virilidad con una esponja mojada.

—Oh, por amor de Dios. —Rehv sacudió la cabeza en dirección a los Moros que componían su guardia privada y, que en ese momento servían de percha a ese pedazo de mierda. Trez y iAm mostraban ambos la misma expresión asqueada que él.

La única gracia que se les había concedido, supuso Rehv, era que el par de Doc Martens del tipo parecía funcionar bien como orinal. No goteaba nada.

—¿Qué he hecho? —chilló el tipo, el tono de su voz sugería que sus pelotas estaban en algún lugar al norte de sus húmedos calzoncillos. Un poco más arriba y podría haber sido un contralto—. No he hecho nad...

Rehv cortó la negativa de raíz.

—Chrissy apareció con un labio partido y un ojo negro. Otra vez.

—¿Crees que lo hice yo? Vamos, la chica ejerce la prostitución para ti. Podría haber sido cual...

Trez planteó una objeción a su testimonio, cerrando la mano del hombre y apretando el puño con fuerza como si exprimiera una naranja.

Cuando el ladrido de dolor del acusado bajó hasta convertirse en un quejido, Rehv recogió ociosamente un abrecartas de plata. La cosa tenía forma de espada, y probó la punta con la yema del dedo índice, lamiendo rápidamente la gota de sangre que dejó atrás.

—Cuando solicitaste trabajo aquí —dijo—, diste una dirección, el 1311 de la calle Veintitrés. Que también, es la dirección de Chrissy. Llegáis y os marcháis juntos al final de la jornada. —Cuando el tipo abrió la boca, Rehv alzó la mano—. Sí, soy consciente que

eso no es concluyente. Pero ves ese anillo que tienes en la mano... Espera, ¿por qué estás intentando ocultar el brazo tras la espalda? Trez, ¿podrías ayudarlo a colocar esa palma sobre mi mesa?

Cuando Rehv golpeó un lugar de su escritorio con la punta del abrecartas, Trez forzó al robusto humano como si el tipo no pesara más una bolsa de la lavandería. Sin ningún esfuerzo en absoluto, plantó la mano del bastardo delante de Rehv y la sostuvo allí.

Rehv se inclinó hacia delante y trazó el anillo de graduación del Instituto Caldwell con el abridor.

—Sí, ¿sabes? Ella tiene una curiosa marca en la mejilla. Cuando la vi por primera vez, me pregunté que sería. Es de este anillo, ¿verdad? Le diste un revés, ¿no? Le diste en el rostro con esto.

Mientras el tipo tartamudeaba como el motor de una barcaza, Rehv trazó otro círculo alrededor de la piedra azul del anillo, y luego con la afilada punta acarició los dedos del hombre, uno por uno, desde los huesudos nudillos de la mano hasta el final de las uñas planas en la punta de los dedos.

Los dos nudillos mayores estaban magullados, la pálida piel tenía un tono púrpura y estaba hinchada.

—Parece que no sólo le diste un revés —murmuró Rehv, todavía acariciando los dedos del hombre con el abrecartas.

—Ella lo pidió...

El puño de Rehv se estrelló contra el escritorio con tanta fuerza, que el teléfono multilínea dio un salto para volver a caer hecho un lío, el receptor rebotó y quedó fuera del soporte.

—No te *atrevas* a terminar esa frase. —Rehv luchó por no desnudar los colmillos cuando estos brotaron en su boca—. O que Dios me ayude, te haré comer tus propias pelotas ahora mismo.

El maldito asno se quedó inerte mientras un sutil *beep-beep-beep* reemplazaba al tono de marcación del teléfono. ¡Am, calmado como siempre, extendió tranquilamente la mano hacia adelante y volvió a colocar el receptor en su lugar.

Mientras una gota de sudor caía por la nariz del humano y aterrizaba en el dorso de su mano, Rehv controló su furia.

—Bien. ¿Por dónde íbamos antes de que casi consiguieras que te castráramos? Oh, sí. Manos... estábamos hablando de manos. Curioso, no sé qué haríamos sin dos. Quiero decir, no podrías conducir un coche de marchas, por ejemplo. Y tú tienes palanca, ¿no? Sí, he visto ese alucinante Acura que conduces por ahí. Bonito coche.

Rehv posó su propia mano sobre la lustrosa madera, justo al lado de la del tipo y como haciendo comparaciones, señaló las marcadas diferencias con el abrecartas.

—Mi mano es más grande que la tuya en longitud... y amplitud. Los dedos son más largos. Mis venas destacan más. Tú tienes un tatuaje de... ¿Qué hay en la base de tu pulgar? Una especie de... ah, el símbolo chino de fuerza. Sí, yo tengo mis tatuajes en otra parte. Qué más, veamos... tu piel es más pálida. Demonios, vosotros los chicos blancos realmente tenéis que pensar un poco en broncearos. Pareces muerto sin algo de rayos UVA.

Cuando Rehv alzó la mirada, pensó en el pasado, en su madre y su colección de moratones. Le había llevado mucho tiempo, demasiado en realidad, enderezar las cosas en su caso.

—¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre tú y yo? —dijo—. Mira... mis nudillos no están magullados por golpear a una mujer.

Con un movimiento rápido, alzó el abrecartas en alto y lo bajó tan fuerte que la punta no solo atravesó la carne; sino que penetró en la teca del escritorio.

La mano que había apuñalado era la suya.

El humano gritó, Rehv no sintió nada.

—No te atrevas a desmayarte, maricón de mierda —escupió Rehv cuando los ojos del capullo comenzaron a girar—. Vas a observar esto cuidadosamente para que recuerdes mi mensaje.

Rehv arrancó el abridor del escritorio al levantar la mano, de forma que ésta sirvió de vaina y liberó la hoja. Sosteniendo la mano en alto donde el hombre pudiera observarla, retorció el abridor de un lado a otro con inexorable precisión, creando un portal a través de su piel y huesos, ampliando la incisión hasta formar una pequeña ventana. Cuando hubo terminado, retiró la hoja y la dejó cuidadosamente junto al teléfono.

Con la sangre goteando por dentro de su manga y formando un charco sobre su codo, miró al hombre a través del agujero.

—Te estaré vigilando. En todas partes. Todo el tiempo. Si vuelve a aparecer con otro «moratón» a causa de «un resbalón en la ducha» voy a marcarte como a un calendario, ¿me captas?

El hombre se inclinó a un lado y vomitó sobre la pernera de su pantalón.

Rehv maldijo. Debería haber sabido que ocurriría algo así.

*Puñetero bastardo matón de pacotilla.*

Y menos mal que ese tonto, con la pasta parcialmente digerida escurriéndose sobre sus meados pantalones Doc Martens, no sabía de lo que Rehv era realmente capaz. Este humano, como los demás del club, no tenía ni idea de que el dueño del ZeroSum no solo era un vampiro, sino un *sympath*. El hijo de puta se hubiera cagado encima, y que asco hubiera sido aquello. Ya era bastante húmedamente obvio que no usaba pañales.

—Tu coche es ahora mío —dijo Rehv mientras levantaba el teléfono y marcaba el número del servicio de limpieza—. Considéralo un pago con multas y recargos por el efectivo que has estado sisando de mi bar. Estás despedido por eso, y por distribuir heroína clandestinamente dentro del ámbito de mi código postal privado. Posdata, ¿la próxima vez que intentes cultivar la parcela de otro? no marques tus paquetes con la misma águila que luces en tu jodida chaqueta. Hace que sea demasiado fácil identificar al camello oportunista. Oh, y como he dicho, será mejor que esa dama mía no aparezca con algo más que una uña partida o te haré una visita. Ahora, sal cagando leches de mi oficina y no vuelvas a entrar en este club nunca más.

El tipo estaba tan sacudido que no discutió mientras se arrastraba como un borracho hacia la puerta.

Rehv volvió a estampar su puño ensangrentado contra el escritorio, para llamar la atención de todo el mundo.

Los Moros se detuvieron al igual que el imbécil. El humano fue el único que miró sobre el hombro, y había terror absoluto en sus ojos.

—Una. Última. Cosa. —Rehv mostró una sonrisa tensa, ocultando sus afilados caninos—. Si Chrissy renuncia, voy a asumir que lo hace porque tú la obligas a hacerlo, y acudiré a ti para cobrarme las pérdidas pecuniarias. —Rehv se inclinó hacia adelante—. Y que te quede claro, no necesito el dinero, pero soy un sádico, así que se me pone dura

haciendo daño a la gente. La próxima vez, me cobraré en tu pellejo, no con tu cartera o con lo que haya aparcado en la entrada de tu casa. ¿Llaves? ¿Trez?

El moro metió la mano en el bolsillo de atrás de los Z Brands del tipo y le lanzó un llavero.

—No te preocupes por los papeles —dijo Rehv mientras lo atajaba—. Para enviar a tu mierda-cura al lugar que tengo planeado, no necesito papeles de transferencia de propiedad. Adiós, por ahora.

Cuando la puerta se cerró tras el drama, Rehv miró fijamente al anillo de llaves. En la etiqueta que pendía de él se leía, *SUNY NEW PALTZ*.

—¿Qué? —dijo sin levantar la vista.

La voz de Xhex fue baja, y surgió de una esquina oscura de la oficina, desde la cual siempre observaba cómo transcurrían los juegos y la diversión.

—Si lo hace otra vez, quiero ocuparme personalmente.

Rehv apretó las llaves en un puño y se reclinó en su silla. Incluso aunque se negara, si Chrissy volvía a aparecer marcada, su jefa de seguridad probablemente le diera una patada en el culo de todos modos. Xhex no era como sus otros empleados. Xhex no se parecía a ninguna otra persona.

Bueno, eso no era totalmente cierto. Era como él. Medio *sympath*.

O en este caso, medio sociópata.

—Vigila a la chica —le dijo—. Si ese hijo de puta se pone en marcha de nuevo con su anillo de promoción, lanzaremos una moneda para ver quien consigue joderle.

—Vigilo a todas las chicas. —Xhex se acercó a la puerta, moviéndose con tranquilo dominio. Estaba constituida como un hombre, alta y musculosa, pero no era tosca. A pesar de su corte de cabello a lo Annie Lennox y su cuerpo firme, no era solo la típica perra con su voluminosa figura de marimacho y su clásico uniforme de camiseta negra sin mangas y pantalones negros de cuero. No, Xhex era letal y elegante como la hoja de un cuchillo: rápida, decidida, agraciada.

Y como a todas las dagas, le encantaba derramar sangre.

—Es el primer martes del mes —dijo al tiempo que ponía una mano sobre la puerta.

Como si él no lo supiera.

—Me marchó en media hora.

La puerta se abrió y se cerró, el sonido del club al otro lado floreció, para luego apagarse.

Rehv alzó la palma. El flujo de sangre ya se estaba deteniendo, y el agujero se cerraría en otros veinte minutos. Para medianoche no quedaría ni rastro de la perforación.

Pensó en el momento en que se había empalado a sí mismo. No sentir para nada tu cuerpo era una especie de extraña parálisis. Aunque te movías, no reconocías el peso de la ropa sobre tu espalda o si los zapatos te apretaban o si el suelo bajo tus pies era irregular o resbaladizo.

Echaba de menos su cuerpo, pero o tomaba la dopamina y trataba con los efectos secundarios o bailaba el tango con su lado malvado. Y esa era una jodida lucha que no estaba seguro de poder ganar.

Rehv palmeó su bastón y se levantó cuidadosamente de la silla. Como resultado de su entumecimiento, el equilibrio era una putada y la gravedad no era su amiga, así que el viaje hasta el panel de la pared llevó más tiempo del que debería. Cuando llegó, colocó la palma sobre un cuadrado sobresaliente y el panel de una puerta corrediza se deslizó, en plan *Star Trek* y toda esa mierda.

La oscura suite de dormitorio y baño que se reveló, era uno de sus tres apartamentos de soltero, y por alguna razón era el que tenía la mejor ducha. Probablemente porque con sólo un par de cientos de metros cuadrados, podías hacer que todo el lugar tuviera un clima tropical con solo accionar la maldita cosa.

Y cuando tienes frío todo el tiempo, ese era un serio valor añadido.

Se desnudó, abrió el agua y se dio un rápido afeitado mientras esperaba a que el chorro alcanzara un calor nuclear. Mientras se pasaba la cuchilla por las mejillas, el hombre que le devolvía la mirada era el mismo de siempre. Con una cresta mohawk. Ojos color amatista. Tatuajes en el pecho y abdomen. Una polla larga yaciendo relajada entre las piernas.

Pensó en el sitio al que tenía que ir esa noche y su visión cambió, una neblina roja reemplazó gradualmente todos los colores a la vista. No se sorprendió. La violencia tenía una forma muy persuasiva de liberar su naturaleza malvada, como si fuera comida exhibida ante un hambriento, y hacía solo un momento había podido darle un dulce lametazo al plato ahí mismo, en su oficina.

En circunstancias normales, este sería el momento de tomar más dopamina. Su química salvadora mantenía lo peor de sus impulsos *sympath* a raya, intercambiándolos por hipotermia, impotencia y entumecimiento. Los efectos secundarios apestaban, pero tenías que hacer lo que tenías que hacer, y las mentiras requerían un cierto coste.

Así como cierto grado de actuación.

Su chantajista exigía actuación.

Rodeando con la mano su polla, como protegiéndola de lo que iba a tener que hacer esta noche, avanzó y probó el agua. Aunque el vapor había espesado el aire hasta que sintió como si estuviera respirando crema, la jodida mierda no estaba lo bastante caliente. Nunca lo estaba.

Se frotó los ojos con la mano libre. El rojo de su visión persistía, pero ese era un buen síntoma. Mejor encontrarse con su chantajista en igualdad de condiciones. Maldad contra maldad. *Symphath* contra *sympath*.

Rehv se colocó bajo el chorro, limpiando la sangre que había derramado. Mientras se enjabonaba la piel, se sentía ya sucio, absolutamente impuro. Para cuando llegara el amanecer, la sensación solo iba a empeorar.

Si... sabía precisamente por qué sus chicas empañaban el vestuario al final de sus turnos. A las putas les encanta el agua caliente. Jabón y agua caliente. Algunas veces eso y una esponja era lo único que te ayudaba a sobrevivir a la noche.



## Capítulo 6



John siguió a Cormia con la vista mientras corría y giraba sobre el césped, con la túnica blanca flotando detrás de ella, en parte pareciendo una bandera, en parte asemejándose a unas alas. No sabía que a las Elegidas se les permitiera correr sin destino alguno y descalzas y le dio la sensación que estaba rompiendo algunas reglas.

Bueno, bien por ella. Era algo digno de contemplar. Con su alegría, entraba en la noche pero no formaba parte de su oscuridad, era como una luciérnaga, un brillante punto que bailaba destacando contra el denso bosque que se veía en el horizonte.

*Phury debería ver esto, pensó John.*

Sonó su teléfono emitiendo un pitido y lo sacó del bolsillo. El mensaje de texto era de Quinn y decía: *Puedes hacer q Fritz t lleve con Blay ahora? Estamos listos.* Le respondió a su amigo: *Si.*

Guardó la BlackBerry y deseó como el infierno ser capaz de desmaterializarse. Se suponía que debías intentarlo por primera vez un par de semanas después de tu transición y ni Blay ni Quinn habían tenido problemas con el «arriba y desaparezco». ¿En cuanto a él? Era como cuando había comenzado a entrenar y siempre era el más lento, el más débil, el peor. Todo lo que tenías que hacer era concentrarte en el lugar donde querías ir y desear estar allí. Al menos en teoría. ¿Él? Simplemente se pasaba un montón de tiempo con los ojos cerrados y se le arrugaba todo el rostro como si fuera un sharpei, tratando de forzar sus moléculas para que atravesaran la habitación, y quedándose exactamente en el mismo lugar. Había oído decir que a veces podía llevarte hasta un año después de pasar por la transición poder lograrlo, pero tal vez era algo que nunca sería capaz de hacer.

En cuyo caso necesitaba conseguir un bendito permiso de conducir. Se sentía como si tuviera doce años con todo el asunto de «puedes llevarme aquí». Fritz era un gran chofer, pero vamos. John deseaba ser un hombre, no estar a cargo de un *doggen*.

Cormia dio una vuelta y regresó, acercándose a la casa. Cuando se detuvo frente a él, dio la impresión que su túnica quería seguir corriendo, los pliegues oscilaron hacia delante

antes de acomodarse sobre su cuerpo. Tenía la respiración agitada, las mejillas del color de las cerezas y su sonrisa era más grande que la luna llena.

Dios, con el cabello rubio suelto y ese bonito rubor, era la perfecta chica de verano. Podía imaginársela claramente en un campo sentada sobre una manta a cuadros, comiendo pastel de manzana cerca de una jarra de limonada helada... usando un bikini rojo y blanco.

Vale, sintió que eso estaba fuera de lugar.

—Me gusta estar afuera —dijo ella.

*Al exterior le agradas, escribió y se lo enseñó.*

—Desearía haber venido antes aquí. —Miró las rosas que crecían alrededor de la terraza. Cuando se llevó la mano al cuello, él tuvo la sensación que deseaba tocarlas, pero sus reservas estaban retornando.

Se aclaró la garganta para que lo mirara.

*Puedes recoger una si lo deseas, escribió.*

—Yo... yo creo que lo haré.

Se acercó a las rosas como si fueran venados a los que pudiera espantar, con las manos a los costados, avanzando lentamente por el suelo de pizarra con los pies descalzos. Fue directamente hacia las rosas de un pálido color lavanda, pasando de largo los descarados pimpollos rojos y amarillos.

Estaba escribiendo, *ten cuidado con las espinas*, cuando ella extendió la mano, dio un grito, y volvió a retirarla. En la punta del dedo le brotó una gota de sangre, que a la luz del tenue brillo de la noche parecía negra en contraste con su piel blanca.

Antes de pensar en lo que estaba haciendo, John se inclinó y utilizó su boca. Succionó rápido y lamió aún más rápido, y se quedó aturdido tanto por lo que estaba haciendo como por lo delicioso que le parecía.

En el fondo de su mente, se dio cuenta que necesitaba alimentarse.

*Mierda.*

Cuando se enderezó, ella lo estaba mirando fijamente, con los ojos muy abiertos, y absolutamente inmóvil.

*Doble mierda.*

*Lo siento, garabateó. No quería que te manchara la túnica.*

*Mentiroso. Deseaba probar su sabor.*

—Yo...

*Elige tu rosa, pero ten cuidado con las espinas.*

Asintió y lo volvió a intentar, sospechaba que lo hizo en parte porque deseaba la flor y en parte para llenar el incómodo silencio que él había provocado.

La rosa que eligió era un ejemplar perfecto, justo a punto de florecer, con un tallo púrpura y plateado con el potencial de alcanzar el tamaño de un pomelo.

—Gracias —dijo. Estaba a punto de responder de nada, cuando notó que estaba hablando con la planta y no con él.

Cormia se volvió a mirarlo.

—Las otras flores estaban en invernaderos con agua.

*Vayamos a conseguir un jarrón, escribió. Así es como se llaman aquí.*

Asintió y se encaminó hacia los ventanales que daban a la sala de billar. En el momento en que entró, dirigió la vista hacia fuera. Sus ojos se aferraron al jardín como si fuera un amante al que nunca volvería a ver.

*En otro momento podemos volver a salir, escribió en el bloc. ¿Si estás de acuerdo?*

Su rápido gesto afirmativo fue un alivio, considerando lo que acababa de hacer.

—Eso me gustaría.

*También podríamos ver una película. En la sala de proyección de la planta alta.*

—¿Sala de proyección?

Cerró las puertas tras ellos.

*Es una habitación que está especialmente diseñada para ver cosas.*

—¿Podríamos ver la película ahora?

El tono firme de su voz lo hizo reconsiderar un poco la impresión que tenía de ella. La reserva de su suave tono tal vez sólo se debiera al entrenamiento, decidió, y no a su personalidad.

*Debo salir. Pero, ¿podría ser mañana por la noche?*

—Bien. Lo haremos después de la Primera Comida.

Vale, la sumisión definitivamente no tenía nada que ver con su personalidad. Lo que lo hizo preguntarse cómo lidiaba con todo el asunto de ser una Elegida.

*Tengo clases, pero, ¿podríamos reunirnos después de que termine?*

—Sí. Y me gustaría aprender más acerca de todo lo que hay aquí. —Su sonrisa iluminó toda la sala de billar como si de un fuego ardiente se tratara, y al girar sobre un pie le recordó esas bonitas bailarinas que asoman en los joyeros.

*Bueno, estoy aquí para enseñarte, escribió.*

Se detuvo, y el cabello suelto siguió balanceándose.

—Gracias John Matthew. Serás un buen maestro.

Cuando levantó la vista hacia él, más que su rostro o su cuerpo lo que notó fue su colorido: el rojo de las mejillas y los labios, el lavanda de la flor que tenía en la mano, el brillante verde pálido de sus ojos, el amarillo de los botones de oro de su cabello.

Sin ninguna razón aparente, pensó en Xhex. Xhex era como una tormenta de truenos, hecha de matices de negro y gris acerado, poder controlado pero no menos letal debido al control. Cormia era como un día soleado con el aspecto de un arco iris lleno de luz y calidez.

Se puso la mano sobre el corazón y se inclinó ante ella, luego se fue. Mientras subía hacia su habitación, iba cavilando si le gustaba más la tormenta o la luz del sol.

Luego se dio cuenta que no era libre de elegir a ninguna de las dos, así que en realidad no importaba.

De pie en el callejón con la nueve milímetros presionada contra el hígado de un Hermano, el señor D estaba más alerta que un gato de granero. Hubiera preferido poner el extremo de su arma sobre la sien del vampiro, pero eso hubiera requerido una escalera. Verdaderamente, los bastardos eran enormes.

Hacía que el primo Big Tommy no pareciera más alto que una lata de Bud. E igual de frágil.

—Llevas el cabello como el de una chica —dijo el Señor D.

—Y tú hueles como un baño de burbujas. Al menos yo me lo puedo cortar.

—Llevo puesto Old Spice.

—La próxima vez inténtalo con algo más fuerte. Como estiércol de caballo.

El señor D lo aguijoneó con el cañón del arma.

—Quiero que te pongas de rodillas. Con las manos detrás de la espalda y la cabeza gacha.

Mientras el Hermano obedecía, él se quedó donde estaba, sin hacer ningún movimiento para tratar de sacar las esposas de acero. A pesar de que era una mariconada de su parte, este vampiro no era el tipo de cosa que desearías que se te escapara de las manos, y no sólo porque la captura de un Hermano era una hazaña de las que se narraban en los libros de historia. El señor D tenía a una cascabel agarrada por la cola, y era bien consciente de ello.

Comenzó a sacar las esposas de su cinturón...

Y la marea cambió en un abrir y cerrar de ojos.

El Hermano giró sobre una rodilla y levantó la palma de la mano golpeando el cañón del arma. Por reflejo el señor D apretó el gatillo, y la bala salió disparada hacia el cielo, volando inútilmente hacia el infinito.

Antes de que el sonido del disparo dejara de resonar, el señor D estaba de espaldas en el suelo, absolutamente aturdido y confundido, una vez más había perdido su sombrero de cowboy al ser derribado.

Al bajar la mirada, los ojos del Hermano estaban muertos, sin vida, de una forma que ni el brillante color amarillo podía cambiar. Pero en definitiva tenía sentido. Nadie en su sano juicio intentaría un giro de desviación cuando estaba de rodillas de la forma en que lo había estado. A no ser que ya estuvieras muerto.

El hermano levantó el puño sobre su cabeza.

*Seguro como el demonio que eso iba a doler.*

El señor D se movió rápidamente, liberándose del agarre que lo sujetaba por el hombro y arrastrándose hacia un costado. Luego con un rápido golpe, pateó con ambos pies la pantorrilla derecha del Hermano.

Hubo un crujido y... Santa mierda, una parte de su pierna salió volando. El hermano vaciló, de ese lado los pantalones de cuero quedaron flojos de la rodilla para abajo, pero no había tiempo para dedicarse a largar un montón de *que-mal-di-to-demo-nio*. El gran bastardo se cayó, derrumbándose como un edificio.

El señor D se apartó precipitadamente de su camino, luego saltó sobre los despojos, condenadamente seguro de que si no tomaba el control del campo de juego terminaría

comiéndose sus propios intestinos. Pasó una pierna por encima del Hermano, agarró un puñado de ese cabello de mariquita, y tiró hacia atrás con fuerza mientras trataba de agarrar el cuchillo.

No lo logró. El hermano que había estado quieto, se encabritó debajo de él, levantándose del pavimento e irguiéndose. El señor D se aferró con las piernas y le puso un brazo alrededor del cuello que era grueso como su muslo...

En un instante, la tierra se inclinó salvajemente y —*mierda*— el Hermano se dio la vuelta como una tortuga y se dejó caer de espaldas, convirtiendo al señor D en el colchón.

Fue como si se te cayera una losa de granito sobre el pecho.

El señor D perdió el sentido durante medio segundo, y el hermano tomó la ventaja, deslizándose hacia un lado y usando el codo como ariete contra sus tripas. Cuando el señor D gruñó y comenzó a resollar, se vio el destello de una daga negra siendo desenfundada, luego el Hermano se elevó sobre sus rodillas.

El señor D se preparó para recibir una puñalada, pensando que había sido Restrictor Jefe por menos de tres horas, y ese era un pobre desempeño.

Pero en vez de ser apuñalado en el corazón, el señor D sintió que le sacaban la camisa fuera de los pantalones. Cuando la blancura de su estómago destacó en la noche, levantó la vista horrorizado.

Este era el Hermano al que le gustaba rebanar antes de matar. Lo que significaba que lo que se acercaba no era una muerte sencilla. Este iba a ser un largo y sangriento proceso. Claro que no era el Destructor, pero el bastardo iba a hacer que el señor D trabajara para ganarse un paseo hasta las Puertas Nacaradas.

Y los restrictores podrían estar muertos, pero sentían el dolor como cualquier otro.

Phury debería haber estado recobrando el aliento y buscando la parte inferior de su pierna y no preparándose para jugar a Sweeney Todd con ese asesino que tenía el tamaño de una pinta de cerveza. Dios, se diría que el hecho de escaparse por un pelo del encuentro con esa bala que llevaba su nombre le devolvería el suficiente juicio para cerrar el trato y largarse de esa mierda de callejón antes de que llegaran más enemigos.

Nop. Mientras exponía el estómago del restrictor, sintió que se quedaba congelado hasta la médula y al mismo tiempo animado por la excitación, vibrando como si estuviera

entrando a su habitación con una bolsa llena de humo rojo y ningún plan para salir en las siguientes diez horas.

Era igual al adicto que había huido, se sentía genial como en «he ganado el premio gordo de la lotería».

La voz del hechicero interrumpió su expectación, como si su excitación fuera la carne podrida que atrajera al espectro.

*Este asunto de las carnicerías es una sangrienta forma de distinguirse, pero bueno, ser un mero soldado fracasado es un poco prosaico, ¿no es así? Y tú pertenecías a una familia noble hasta que los arruinaste. Así que golpea fuerte, compañero.*

Phury se concentró en la piel ondulante que había expuesto y dejó que la sensación que le producía la daga en la mano y el miedo paralizante que embargaba al restrictor se filtraran dentro de él. Cuando su mente se calmó, Phury sonrió. Este era su momento. Le pertenecía. Tendría, durante el tiempo que le llevara hacer lo que fuera que deseara hacerle a este ser malvado, la paz que lo libraría del caos que provocaba la voz del hechicero.

Al hacer este tipo de daño, se curaba a sí mismo. Aunque fuera por poco tiempo.

Acercó la daga negra a la piel del restrictor y...

*—No te atrevas.*

Phury miró sobre su hombro. Su gemelo estaba de pie en la boca del callejón, una gran sombra negra con la cabeza rapada. El rostro de Zsadist no era visible, pero no necesitabas ver su ceño fruncido para que te taladrara. La furia emanaba de él en oleadas.

Phury cerró los ojos y luchó contra una ira atroz. Maldita fuera, lo estaban estafando. Definitivamente lo estaban estafando.

En un rápido flash back al pasado, pensó en la cantidad de veces que Zsadist le había exigido que lo golpeará, que lo golpeará hasta que el rostro de Z quedaba bañado en sangre. ¿Y el hermano pensaba que esta mierda con el restrictor estaba mal? ¿Qué mierda? Sin lugar a dudas el asesino había matado su buena cuota de vampiros inocentes. ¿Cómo podía ser esto peor que pedirle a tu hermano de sangre que te golpee hasta convertirte en pulpa, aún sabiendo que se le descomponía el estómago y que luego pasaba días con la mente hecha un lío?

—Vete de aquí —dijo Phury, afianzando su presa sobre el restrictor cuando éste empezó a retorcerse—. Esto es asunto mío. No tuyo.

—Y una mierda no es asunto mío. Y me dijiste que no volverías a hacerlo.

—Da la vuelta y vete, Z.

—¿Para que cuando lleguen refuerzos puedan reventarte?

El asesino que Phury tenía agarrado se arqueó tratando de liberarse, y era tan pequeño y fibroso, que casi lo logra. *Ah, no, demonios*, pensó Phury, no iba a perder su recompensa. Antes de pensar en lo que estaba haciendo, le hundió la daga en la barriga y arrastró la hoja por la zona del intestino.

El grito del restrictor fue más fuerte que la maldición que profirió Zsadist, y en ese momento a Phury no le afectó ninguno de los dos sonidos. Estaba mortalmente cansado de todo, hasta de sí mismo.

*Bravo*, susurró el hechicero. *Justo donde te quiero*.

En el transcurso del siguiente aliento Zsadist cayó sobre él, sacándole la daga de la mano con un tirón y arrojándola al otro lado del callejón. Mientras que el restrictor se desmayaba, Phury se levantó de un salto para enfrentarse a su gemelo.

El problema fue que no tenía la parte inferior de la pierna.

Cuando cayó pesadamente contra los ladrillos, supo que debía parecer un borracho, y eso lo cabreó más todavía.

Z levantó su prótesis y se la tiró desde el otro extremo del callejón.

—Vuelve a ponerte esa mierda.

Phury atrapó la cosa con una mano y se dejó deslizar hacia abajo contra el frío y rasposo exterior del edificio de la tintorería.

*Mierda. Atrapado. Tan jodidamente atrapado*, pensó. Y ahora iba a tener que lidiar con sus hermanos abalanzándose sobre él.

¿Por qué no habría ido Z a otro callejón? ¿O a este mismo pero en otro momento?

Demonios, necesitaba esto, pensó Phury. Porque si no descargaba algo de su furia, se iba a volver completamente loco, y si Z, después de todo su jodido masoquismo, no podía entender eso. *Que se fuera. A. La. Mierda.*

Zsadist desenvainó la daga, y apuñaló al primer restrictor devolviéndolo al Omega, y luego se quedó de pie junto a la mancha quemada.



—Por la mierda de diez caballos —dijo su gemelo en la Antigua Lengua.

—La nueva loción para después de afeitarse de los restrictores —musitó Phury, frotándose los ojos.

—Creo que deberías considerar esto que tengo aquí —pronunció un estrangulado acento de Texas.

Z se giró velozmente y Phury levantó la cabeza. El pequeño restrictor había recuperado su arma y estaba apuntando a Phury mientras miraba a Z.

La respuesta de Z fue alzar su SIG y apuntar al asesino.

—Todos estamos ligados —dijo la cosa mientras se agachaba emitiendo un gruñido para levantar un sombrero de cowboy. Se acomodó el Stetson en la cabeza, luego volvió a sujetarse el estómago para mantenerlo dentro—. Ves, si me disparas, mi mano apretará el gatillo y voy a hacer volar a ese amigo tuyo que está allí. Si yo le disparo a él, tú me vas a llenar de plomo. —El restrictor respiró hondo y exhaló el aire con otro gruñido—. Pienso que es un empate, y no tenemos toda la noche. Ya se ha disparado un tiro, y quien sabe quién lo habrá oído.

El bastardo tejano tenía razón. El centro de Caldwell después de la medianoche no era como el Valle de la Muerte al mediodía. Había gente en los alrededores, y no todos eran de la variedad de humanos drogados. También había policías. Y vampiros civiles. Y otros restrictores. Ciertamente que, el callejón estaba bien escondido, pero sólo ofrecía una relativa privacidad.

*Bien dicho, compañero,* dijo el hechicero.

—Mierda —maldijo Phury.

—Sí, señor —murmuró el asesino—. Sinceramente creo que ahí mismo estamos.

Como si hubieran respondido a una señal comenzaron a sonar sirenas de policía y cada vez estaban más cerca.

Nadie se movió, ni siquiera cuando el patrullero dobló la esquina a toda velocidad y se acercó derrapando por el callejón. Si, alguien había oído el disparo cuando Phury y John Wayne-ito habían estado luchando, y quienquiera que fuera había dejado que sus dedos hicieran el recorrido hacia el teléfono.

El estático cuadro vivo que se desarrollaba entre los edificios quedó alumbrado por los faros del coche de la policía, cuando éste se detuvo con un chirrido.

Dos puertas se abrieron abruptamente.

— ¡Arrojen sus armas!

El retractor pronunció lentamente y en voz tan baja como la brisa de una noche de verano.

— Alguno de vosotros puede hacerse cargo de esto, ¿verdad?

— Preferiría volarte el culo — respondió Z.

— ¡Arrojen sus armas o disparo!

Phury entró en acción, obligando con su mente a los humanos a entrar en un estado de somnolencia y haciendo que el que estaba a la derecha se metiera en el coche y apagara los faros.

— Muy agradecido — dijo el retractor, mientras comenzaba a dirigirse hacia la salida del callejón. Mantenía la espalda hacia el edificio, su vista sobre Zsadist y el arma apuntando a Phury. Cuando la cosa pasó junto a los policías, tomó el arma de la agente que tenía más cerca, desprendiendo, lo que indudablemente era una nueve milímetros, de la mano de la mujer que no opuso ninguna resistencia.

El asesino levantó esa arma en dirección a Z. Con ambos brazos ocupados, la negra sangre fluyó libremente saliendo de sus entrañas.

— Os dispararía, pero entonces el pequeño jueguito de control mental dejaría de funcionar sobre este par de representantes de lo mejor del equipo de Caldwell. Supongo que voy a tener que portarme bien.

— ¡Dios! ¡Maldita sea! — Z cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro, como si quisiera salir disparado.

— Por favor, no tomes el nombre del Señor en vano — dijo el asesino cuando llegó a la esquina por donde había aparecido la policía—. Y que tengan ustedes una buena noche, caballeros.

El pequeño tipo se fue rápido, ni siquiera se sintió el eco de sus pisadas cuando salió pitando.

Phury indujo a los polis para que entraran nuevamente en el patrullero e hizo que la hembra llamara a la estación e informara que su investigación no había revelado ningún altercado ni disturbio público en el callejón. Pero la falta del arma... eso era ciertamente un

problema. *Maldito asesino*. Ningún recuerdo implantado resolvería el hecho de que una nueve milímetros había desaparecido.

— Dale tu arma — le dijo a Zsadist.

Mientras avanzaba, su gemelo iba sacando las balas del cargador. No limpió el arma antes de dejarla en el regazo de la mujer. No había razón para hacerlo. Los vampiros no dejaban huellas digitales identificables.

— Tendrá suerte si después de esto conserva la cordura — dijo Z.

Si. No era su arma y estaba vacía. Phury hizo lo mejor que pudo, por implantarle el recuerdo de que había comprado esa nueva arma y que al probarla se dio cuenta que las balas estaban defectuosas y por eso se deshizo de ellas. No era una gran tapadera. Especialmente considerando que a todas las armas de la Hermandad se les borraba el número de serie.

Phury indujo al oficial que estaba detrás del volante a dar marcha atrás con el coche patrulla hasta salir del callejón. ¿El destino? La comisaría para tomarse un descanso.

Cuando estuvieron a solas, Z giró la cabeza y miró a Phury a los ojos.

— Quieres amanecer muerto.

Phury comprobó su prótesis. No había sufrido daño alguno, al menos para un uso cotidiano, sólo se había desprendido de la parte donde se incrustaba debajo de su rodilla. De todos modos ya no era lo suficientemente segura para luchar.

Levantando la pernera del pantalón de cuero, la volvió a ajustar, luego se puso de pie.

— Me voy a casa.

— ¿Me escuchaste?

— Sí. Lo hice. — Enfrentó la mirada de su gemelo y pensó que era increíble que el tipo le hiciera semejante pregunta. El deseo de morir de Z había sido su fuerza motriz hasta que había conocido a Bella. Lo cual, si comparabas lapsos de tiempo, había ocurrido hacía unos diez minutos.

Las cejas de Z se fruncieron sobre unos ojos que se habían vuelto negros.

— Ve directo a casa.

— Sí. Directo a casa. Así lo haré.

Cuando se estaba volviendo, Z le dijo bruscamente:

—¿No olvidas algo?

Phury pensó en todas las veces en que había perseguido a Zsadist, desesperado por impedir que su hermano se suicidara o matara a alguien. Pensó en los días en que no podía dormir preguntándose si Z iba a lograrlo porque rehusaba beber de una hembra vampiro e insistía en alimentarse sólo de sangre humana. Pensó en la dolorosa tristeza que sentía cada vez que miraba el rostro arruinado de su gemelo.

Luego pensó en la noche en que había mirado su propio rostro en el espejo y se había rapado el cabello y arrastrado el filo de la hoja a través de su propia frente y mejilla para poder asemejarse a Z... y así ser capaz de tomar el lugar de su gemelo y quedar a merced de la sádica venganza de los restrictores.

Pensó en la pierna que se había arrancado de un disparo para salvarlos a ambos.

Phury miró por encima de su hombro.

—No. Lo recuerdo todo. Absolutamente todo.

Sin ningún tipo de remordimiento, se desmaterializó y reasumió su forma en la calle Trade.

En la acera de enfrente al ZeroSum, con el corazón y la mente chillando, fue compelido a avanzar, a cruzar la calle, de la misma forma que si hubiera sido elegido para esta misión de autodestrucción, como si le estuvieran haciendo señas para que se acercara, como si le hubieran convocado con un golpecito en el hombro, dado por el huesudo dedo índice de su adicción.

No podía rechazar la invitación. Lo que era aún peor, no deseaba hacerlo.

Al aproximarse a las puertas delanteras del club, sus pies —el real y el que estaba hecho de titanio— estaban al servicio del hechicero. Ambos lo llevaron directamente a atravesar la puerta delantera, a pasar por delante del guardia de seguridad que estaba en la puerta del área VIP, a pasar junto a las mesas de las personas importantes, hasta llegar a la oficina de Rehvenge.

Los Moros asintieron y uno de ellos habló a través de su reloj. Mientras esperaba, Phury era bien consciente que estaba atrapado en un círculo vicioso, dando vueltas y vueltas como la cabeza de un taladro, clavándose cada vez más hondo. Con cada nuevo nivel en el que se hundía, abría vetas más profundas y ricas de sustancias venenosas, que se entretejían con los cimientos de su vida y tiraban de él haciéndolo caer aún más bajo. Se

estaba dirigiendo hacia la fuente, hacia la consumación con el infierno que era su último destino, y cada barrera que atravesaba en su camino descendente le brindaba un malévolos estímulo.

El Moro de la derecha, Trez, asintió y abrió la puerta que llevaba a la oscura cueva. Aquí era donde pequeños pedacitos del Hades eran distribuidos en bolsitas de celofán, y Phury entró con temblorosa impaciencia.

Rehvenge salió de una puerta corrediza, sus ojos color amatista tenían una expresión perspicaz y levemente contrariada.

—¿Ya terminaste con tu dosis habitual? —preguntó en voz baja. Phury pensó que el «devorador de pecados» lo conocía demasiado bien.— Es *symphath*, Remmy. —Rehv se dirigió lentamente hacia su escritorio, apoyándose en su bastón—. «Devorador de Pecados» es un demérito muy desagradable. Y no es preciso que mi lado malo se entere en qué andas. Así que, ¿cuánto te vas a llevar esta noche?

El macho se desabrochó la impecable chaqueta negra cruzada y se dejó caer en una silla de cuero negro. Su peinado estilo mohawk brillaba como si acabara de salir de la ducha, y olía bien, a una combinación de Cartier para hombre y alguna clase de champú aromático.

Phury pensó en el otro proveedor, el que había muerto en el callejón hacía un momento, el que se había desangrado mientras intentaba pedir una ayuda que nunca llegó. Que Rehv estuviera vestido con algo salido de la Quinta Avenida no cambiaba lo que era.

Phury bajó la vista y se contempló a sí mismo. Y se dio cuenta de que sus ropas tampoco alteraban la realidad de quien era.

Mierda... una de sus dagas había desaparecido.

La había dejado en el callejón.

—Lo habitual —dijo, sacando mil dólares del bolsillo—. Sólo lo habitual.

## Capítulo 7



En la planta alta en su dormitorio color rojo sangre, Cormia no podía librarse de la sensación de que al salir al exterior, había desatado una cadena de eventos, que no podía predecir como culminaría. Lo único que sabía era que detrás de la cortina de terciopelo que cubría el escenario, las manos del destino estaban manipulando los hechos, y que cuando las dos mitades volvieran a abrirse, algo nuevo iba a ser revelado.

No estaba segura de confiar en que el destino hiciera que el próximo acto de la obra fuera a ser uno del cual disfrutara. Pero estaba atrapada en la audiencia sin ningún lugar adónde ir.

Salvo que, en realidad, eso no era enteramente cierto.

Yendo hacia la puerta, abrió una rendija y miró el pasillo que iba hacia el ala oriental en dirección a lo alto de la gran escalera.

La sala de las estatuas estaba hacia la derecha.

Cada vez que subía al segundo piso, captaba un atisbo de las elegantes figuras dispuestas en el pasillo con ventanas y se quedaba fascinada. Por su formalidad y sus cuerpos congelados con túnicas blancas, le recordaban al Santuario.

Su desnudez y masculinidad, le eran absolutamente ajenas.

Si podía salir, podía ir a ver las estatuas de cerca. Seguro que podía.

Descalza se deslizó suavemente por el pasillo, pasó por delante del dormitorio del *Primale*, luego frente al de Rhage y Mary. El estudio del Rey, que estaba justo en lo alto de las escaleras, estaba cerrado, y el vestíbulo mucho más abajo estaba vacío.

Cuando dobló la esquina, las estatuas se extendían a lo largo de un tramo que parecía no tener fin. Situadas del lado izquierdo, estaban iluminadas desde arriba por luces empotradas y separadas unas de otras por ventanas en arco. A la derecha, frente a cada una de las ventanas, había puertas que asumió que llevaban a más dormitorios.

Interesante. Si ella hubiera diseñado la casa, hubiera puesto las habitaciones del lado dónde estaban las ventanas para que hubieran disfrutado del beneficio de la vista al jardín.

De la forma en que estaban dispuestas ahora, si es que había triangulado correctamente la disposición de la mansión, los dormitorios tenían vista al ala opuesta, la que servía de límite en el lado contrario del patio del frente. Atractivo, ciertamente, pero era mejor tener vistas arquitectónicas en los pasillos, y paisajes de jardines y montañas en los dormitorios. Al menos, en su opinión.

Cormia frunció el ceño. Últimamente había estado teniendo extraños pensamientos de ese estilo. Pensamientos acerca de cosas y personas y hasta plegarias que no siempre tenían un cariz positivo. Las opiniones fortuitas la hacían sentir intranquila, pero no podía evitarlas.

Tratando de no pensar acerca de dónde provenían o qué significaban, dobló la esquina y enfrentó el pasillo.

La primera estatua era de un macho joven —un macho humano, a juzgar por su tamaño— que estaba cubierto de ricas vestiduras que caían desde su hombro derecho hasta la cadera izquierda. Sus ojos apuntaban a media altura, y el rostro tenía una expresión serena, ni triste ni alegre. Su pecho era amplio, y la parte superior de sus brazos era fuerte y aún así elegante, tenía el estómago plano y se le marcaban las costillas.

La siguiente estatua era similar, sólo que los miembros estaban dispuestos de diferente forma. Y la siguiente estaba en otra posición también distinta a las anteriores. La cuarta también... salvo que ésta estaba completamente desnuda.

El instinto hizo que deseara pasar de largo rápidamente. La curiosidad demandaba que se detuviera y mirara.

Era hermoso en su desnudez.

Miró por encima del hombro. No había nadie en los alrededores.

Extendiendo la mano, tocó el cuello de la estatua. Sintió el mármol cálido, lo que la sorprendió, pero luego se dio cuenta de que su fuente de calor era el foco que estaba encima.

Pensó en el *Primale*.

Habían pasado un día en la misma cama, ese primer día que pasó aquí con él. Había tenido que pedirle si podía unirse a él en su dormitorio y yació junto a él, y cuando se tendieron bajo las sábanas, la incomodidad se había apoderado de ellos extendiéndose como una manta de cardos sobre ambos.

Pero luego se había quedado dormida... sólo para despertarse con el enorme cuerpo de un macho apretándose contra ella, con una dura y cálida longitud apoyada contra su cadera. Se había sentido demasiado aturdida como para hacer algo aparte de consentir, sin palabras, que el *Primale* despojara a su cuerpo de la túnica, reemplazándola por su propia piel y el peso de su fuerza.

Ciertamente, las palabras no siempre eran necesarias.

Con una lenta caricia, pasó la punta de sus dedos a través del cálido pecho de mármol de la estatua, deteniéndose en un pezón que resaltaba de la plana base de músculos. Más abajo, las costillas y el estómago seguían un exquisito diseño de ondulaciones. Suave, tan suave.

La piel del *Primale* era igual de suave.

Su corazón comenzó a latir más fuerte cuando alcanzó la cadera de la estatua.

El cosquilleante calor que sintió no tenía nada que ver con la piedra que tenía delante. En su mente, era al *Primale* al que estaba tocando. Era su cuerpo el que estaba debajo de sus dedos. Era su sexo y no el de la estatua el que la atraía.

Su mano vagó más abajo hasta que se detuvo revoloteando justo encima del hueso púbico.

El sonido de alguien irrumpiendo en la mansión rebotó desplazándose hacia arriba desde el vestíbulo.

Cormia dio un salto hacia atrás alejándose de la estatua, tan rápido que tropezó con el ruedo de su túnica.

Cuando sintió fuertes pisadas que tomaban por asalto la escalera y subían pesadamente hacia el segundo piso, se puso a cubierto en el nicho de una de las ventanas y espió desde la esquina.

El Hermano Zsadist apareció en lo alto de las escaleras. Estaba vestido para luchar, con dagas sobre su pecho y un arma en la cadera... y a juzgar por la forma en que apretaba la mandíbula parecía que aún estaba en medio de un combate.

Después de que el macho pasó dando zancadas y salió de su campo visual, oyó que golpeaba en lo que debían ser las puertas del estudio del Rey.

Moviéndose silenciosamente Cormia anduvo por el pasillo, y se detuvo en una esquina más cercana al lugar donde estaba el Hermano.



Oyó una brusca orden, y luego el sonido de una puerta abrirse y cerrarse.

La voz del Rey resonó atravesando la pared contra la que estaba apoyada.

— ¿No te estás divirtiendo esta noche, Z? Te ves como si alguien hubiera cagado en tu jardín delantero.

Las palabras del Hermano Zsadist fueron sombrías.

— ¿Ya ha vuelto Phury?

— ¿Esta noche? No, que yo sepa.

— Maldito bastardo. Me dijo que venía a casa.

— Tu gemelo dice muchas cosas. ¿Por qué no me das un 411 con la bomba dramática en curso?

Aplastándose contra la pared, con la esperanza de pasar desapercibida, rezó para que nadie entrara en el pasillo. ¿Qué había hecho el *Primale*?

— Lo sorprendí haciendo California Rolls de carne de restrictor.

El Rey maldijo.

— Pensé que te había dicho que dejaría de hacerlo.

— Así lo hizo.

Hubo un quejido, como si el Rey estuviera frotándose los ojos y tal vez las sienes.

— Entonces dime exactamente con qué te encontraste.

Se produjo una larga pausa.

La voz del Rey se hizo aún más baja.

— Z, tío, háblame. Si es que voy a tomar cartas en el asunto, debo saber a lo que me enfrento.

— De acuerdo. Lo encontré con dos restrictores. Se le había desprendido la pierna, y tenía una marca de quemadura alrededor del cuello como si hubiera sido estrangulado con una cadena. Estaba inclinado sobre el estómago de un asesino con la daga en la mano. Maldita sea... no era consciente de lo que ocurría a su alrededor. No me vio hasta que hablé. Podría haber sido otro jodido restrictor, ¿y si lo hubiera sido? En este momento, lo estarían torturando o estaría más muerto que los muertos.

— ¿Qué *coño* voy a hacer con este tipo?

La voz de Z asumió un tono tenso.

— No quiero que lo echés.

—No es tu decisión. Y no me mires de esa forma... sigo siendo tu jefe, impulsivo HDP. —Se produjo un silencio—. Mierda, estoy comenzando a pensar que tu gemelo necesita que lo fletemos vía aérea a ver a un condenado psiquiatra. Es un peligro para sí mismo y para los demás. ¿Le dijiste algo?

—Nos pescaron los del DPC...

—¿En esto también había *polis* involucrados? *Cristo...*

—Así que no, no armé un escándalo.

Las voces sonaron amortiguadas hasta que el Hermano Zsadist dijo un poco más alto:

—¿Has pensado lo que le haría eso? La Hermandad es su vida.

—Tú fuiste el que me llamó la atención acerca de este tema. Usa la cabeza. Una semana de rotación y unas pequeñas vacaciones no van a ser suficientes para solucionar esto.

Hubo otro silencio.

—Mira, debo ir a ver cómo está Bella. Sólo te pido que hables con Phury antes de obligarlo a abandonar su hogar. A ti te escuchará. Y devuélvele esto.

Cuando algo pesado golpeó lo que probablemente fuera el escritorio, Cormia se zambulló en una de las habitaciones de huéspedes. Un momento después oyó los pesados pasos del Hermano Zsadist dirigiéndose hacia su habitación.

*Peligro para sí mismo y para los demás.*

No podía imaginarse al *Primale* tratando brutalmente a sus enemigos ni poniéndose en peligro debido a un descuido. Pero, ¿por qué iba a mentir el Hermano Zsadist?

*No lo haría.*

Repentinamente se sintió exhausta, se sentó en la esquina de la cama y miró ociosamente a su alrededor. La habitación tenía el mismo matiz lavanda que su rosa favorita.

*Qué hermoso color, pensó, dejándose caer sobre el edredón.*

Ciertamente hermoso, aunque no logró apaciguar sus crispados nervios.

La Galería Caldwell tenía dos pisos con Hollister, H&M, Express, Banana Republic y Ann Taylor, y estaba ubicada en la zona residencial de la ciudad. Con JCPenny, Lord&Taylor, y Macy's anclados en los extremos de los tres radios del plano de distribución, estaba sólidamente ubicada en medio de dicha encrucijada, como suele pasar con los centros comerciales, y la multitud que atraía era una proporción de tres partes de adolescentes y una parte de inquietas y abnegadas madres. En la zona de restaurantes podías encontrar McD's, KuikWok, California Smoothie, Auntie Anne's, y Cinnabon. Los kioscos que estaban en los pasillos centrales vendían cosas tejidas, muñecas con cabezas móviles, teléfonos móviles, y calendarios con animales.

El lugar olía a aire rancio y fresas de plástico.

Santa mierda, estaba en el centro comercial.

John Matthew no podía creer que estuviera en el centro comercial. El perfecto ejemplo de un alucinante regreso al punto de partida

Al lugar le habían modernizado el aspecto desde la última vez que lo había visto, habiendo reemplazado los matices de beige por unos motivos jamaicanos en rosa y verde océano. Todo, desde las baldosas del suelo, hasta las papeleras, desde las plantas falsas dispuestas en macetas hasta las fuentes gritaban: *Somos lo máximo*.

Era algo parecido a un cincuentón vistiendo una camisa hawaiana. Un desequilibrio alegre y poco atractivo.

Dios, cómo habían cambiado las cosas. La última vez que había estado aquí, había sido un huérfano huesudo caminando junto a un grupo de otros niños no deseados. Ahora aquí estaba, con colmillos en la boca, zapatos del número cuarenta y ocho y medio y un gran cuerpo que provocaba que la gente no deseara meterse en su camino.

No obstante, seguía siendo un huérfano.

Y hablando de huérfanos, por favor, podía recordar muy claramente esos paseos al centro comercial. Todos los años, el St. Francis llevaba a sus pupilos a La Galería antes de Navidad. Lo que era un poco cruel, ya que ninguno de los niños tenía dinero para comprar ninguna de las brillantes y bonitas cosas que estaban a la venta. John siempre había sentido miedo de que los echaran o algo así, porque ninguno llevaba una bolsa de compra que habilitara al grupo a usar los baños.

Pero, esa noche, eso no iba a ser un problema, pensó mientras se palmeaba el bolsillo trasero. En su cartera había cuatrocientos dólares que había ganado trabajando en la oficina del centro de entrenamiento.

Qué alivio era tener verdes para gastar y sentirse parte integrante de la multitud de paseantes.

— ¿Te olvidaste de la cartera? —le preguntó Blay.

John negó con la cabeza.

*La tengo.*

Al frente, a unos pasos de distancia, Qhuinn iba en la delantera y se movía rápido. Había estado ansioso desde que habían entrado, y cuando Blaylock se detuvo frente a Brookstone, el tipo miró el reloj con viva impaciencia.

— Mueve el culo, Blay —dijo bruscamente—. Sólo tenemos una hora antes que sea la hora del cierre.

— ¿Qué te pasa? —dijo Blay frunciendo el ceño—. Estás tenso como el demonio, y no de una buena manera.

— Sí, lo que tú digas.

Apresuraron el paso, pasando grupos de adolescentes que se mantenían juntos asemejándose a bancos de peces, cada uno separado por especie y sexo: las chicas no se juntaban con los chicos; los góticos y los pijos no se mezclaban. Los límites eran muy claros, y John recordó exactamente cómo funcionaba todo eso. Él había estado fuera de todo grupo, así que había sido capaz de observarlos a todos.

Qhuinn se detuvo frente a Abecrombie and Fitch.

— Urban Outfitters es demasiado fuerte para ti. Vamos a A-and-F que es más de tu estilo.

John se encogió de hombros y dijo por señas:

*Sigo pensando que no necesito una tonelada de ropa nueva.*

— Tienes dos pares de Levi's, cuatro camisetas Hanes, y un par de Nikes. Y ese polar.

— La palabra *polar* fue pronunciada con el mismo entusiasmo que *carne de animal atropellado*.

*También tengo sudaderas para el entrenamiento.*

—Las que seguramente te pondrían en la portada de GQ. Amigo mío —Qhuinn entró en la tienda—. Hagámoslo.

John lo siguió junto con Blay. Dentro, la música estaba muy alta, la ropa estaba amontonada y las fotos en blanco y negro de los modelos que había en la pared mostraban montones de gente perfecta.

Qhuinn comenzó a moverse entre hileras de camisas colgadas con expresión hastiada, como si esa mierda fuera algo que usaría su abuela. Lo que tenía sentido. Era definitivamente un hombre de Urban Outfitters, con una gruesa cadena colgando de su vaquero negro azulado, la camiseta Affliction con el diseño de una calavera y alas, y las botas negras que eran grandes como su cabeza. Llevaba el cabello oscuro de punta, y siete remaches de bronce de cañón en la oreja izquierda, que iban desde el lóbulo hasta la parte superior del cartílago.

John no estaba completamente seguro de dónde más estaba perforado. Había algunas cosas que sencillamente no necesitabas saber acerca de tus amigos.

Blay, que encajaba perfectamente en esa tienda, se separó y fue a la sección de vaqueros lavados, que parecían gustarle. John se quedó atrás menos preocupado por la ropa que por el hecho de que la gente estaba mirándoles. Por lo que tenía entendido, los humanos no podían percibir a los vampiros, pero, hombre, por alguna razón, ellos tres estaban llamando mucho la atención.

—¿Puedo ayudarles?

Se volvieron. La chica que había preguntado era tan alta como Xhex, pero la comparación entre las dos mujeres terminaba justo allí. A diferencia de la hembra de las fantasías de John, ésta punteaba bien alto en la escala femenina y sufría de un síndrome de Tourette pero relacionado con el cabello, una condición que se manifestaba en un incesante movimiento de cabeza y un impulso evidentemente irresistible de acariciar sus maravillosos rizos castaños. Pero se daba maña. De alguna manera se las arreglaba para manejar todo ese jugueteo con el cabello sin tropezar con ninguno de los exhibidores de camisetas.

Francamente, era algo impresionante. Aunque no necesariamente bueno.

Ahora bien Xhex nunca...

*Joder. ¿Por qué Xhex siempre era el modelo?*

Cuando Qhuinn le sonrió a la muchacha, planes de la variedad de «a cuatro patas» llamearon en sus ojos.

—Justo en el momento adecuado. Definitivamente necesitamos ayuda. Mi amigo aquí necesita una inyección de buena onda. ¿Puedes echarle un cable?

*Oh. Dios. No.*

Cuando la chica miró a John, su ardiente mirada lo hizo sentir como si le hubiera agarrado lo que tenía entre las piernas y le hubiera medido la polla de un apretón.

Se puso a cubierto detrás de un exhibidor de camisas «nuevas con aspecto de usadas».

—Soy la gerente —dijo, arrastrando las palabras en una clara rutina de seducción—. Así que estás en buenas manos. Todos vosotros.

—Geeeeeenial. —Los ojos desiguales de Qhuinn recorrieron las suaves piernas de la muchacha—. ¿Por qué no te pones a trabajar con él? Yo miraré.

Blay fue a pararse junto a John.

—Cualquier cosa que elijas, yo la revisaré primero, y luego se la llevaré al probador.

John suspiró de alivio y gesticuló un rápido gracias en dirección a Blay por acudir en su rescate una vez más. El segundo nombre del tipo era amortiguador. De verdad.

Desafortunadamente, la gerente sólo sonrió aún más ampliamente.

—Dos por uno, a mi me suena perfecto. Quién lo hubiera dicho, no sabía que esta noche íbamos a tener una rebaja en dulces de hombre.

*Vale, esto iba a ser horrible.*

Sin embargo, una hora después, John se sentía mejor. Resultó ser que Stephanie, la gerente, tenía buen ojo, y una vez que comenzaron a hablar de ropa se enfrió con lo de las insinuaciones. John se vio metido dentro de unos vaqueros rasgados, un montón de esas camisas desteñidas, y un par de camisetas sin mangas, que hasta él tuvo que admitir que destacaban sus bíceps y sus pectorales como algo digno de verse. Le embutieron un par de gargantillas, al igual que una sudadera con capucha negra.

Cuando terminaron, John fue hacia la caja registradora con la mierda doblada en el brazo. Cuando dejó la ropa, miró el puñado de pulseras que había en una canasta. Entre la maraña de cuero y concha, vio un destello de lavanda, y escarbó entre la pila para llegar a

él. Sacando una pulsera entretejida con abalorios del color de la rosa de Cormia, sonrió y subrepticamente la puso debajo de una de sus camisetas sin mangas.

Stephanie le hizo la cuenta.

El total era de seiscientos dólares. *Seis. Cientos. Dólares.*

John rezongó. Sólo tenía unos cuatro...

—Yo lo cubro —dijo Blay, entregando una tarjeta negra y echándole un vistazo—: Puedes pagarme el resto después.

A Stephanie se le salieron los ojos de las órbitas al avistar el plástico, luego entrecerró los ojos fijándolos en Blay, como si le estuviera cambiando el precio a él.

—Nunca antes había visto una AmEx negra.

—No tiene importancia. —Blay comenzó a husmear un puñado de collares.

John le apretó el brazo a su amigo y golpeó el mostrador para llamar la atención de Stephanie. Extendió su dinero, pero Blay sacudió la cabeza y comenzó a hablarle por señas.

*Págame el resto después, ¿vale? Sé que eres de fiar, y enfrentémoslo, ¿Realmente quieres regresar aquí a recoger la mierda que no puedes pagar ahora? Yo no.*

John frunció el ceño, encontrando difícil argumentar contra esa lógica.

*Pero te pagaré el resto, dijo por señas después de entregarle los cuatrocientos.*

*Cuando los tengas, respondió Blay. En el momento que te venga bien.*

Stephanie pasó la tarjeta por la maquinita, marcó el precio, y esperó con la punta de los dedos sobre la tira de papel. Unos segundos después hubo un sonido chirriante, y luego cortó el papel y se lo dio a Blay junto a un Bic azul.

—Entonces... ya vamos a cerrar.

—¿Ah, sí? —Quinn apoyó la cadera contra el mostrador—. ¿Y exactamente qué quiere decir eso?

—Sólo me quedará yo aquí. Soy una buena jefa. Dejo que los demás se vayan temprano.

—Pero entonces te quedarás sola.

—Así es. Es verdad. Absolutamente sola.

*Mierda, pensó John. Si Blay era el amortiguador, Quinn era el Rey de las complicaciones.*

El tipo sonrió.

—Sabes, mis amigos y yo no nos sentiríamos bien si te dejáramos aquí con tu soledad.

*Oh, sí... sí que lo harían, John pensó. Tus amigos se sentirían perfectamente bien acerca de ello.*

Trágicamente, la lenta sonrisa de Stephanie cerró el trato. No iban a ir a ninguna parte hasta que Qhuinn se metiera dentro de su caja registradora.

Al menos era rápido. Diez minutos después, la tienda estaba vacía y en la parte delantera la cortina con verja de seguridad había sido puesta en su lugar. Y a él lo estaban arrastrando por la cadena que llevaba en sus vaqueros hacia un beso francés.

John se aferró a sus dos grandes bolsas mientras que Blay se entretuvo mirando camisas que ya había mirado.

—Vayamos a un probador —dijo la gerente contra la boca de Qhuinn.

—Perfecto.

—A propósito, no tenemos por qué ir solos. —La chica miró por encima del hombro, y su mirada aterrizó en John. Y la mantuvo allí—. Hay mucho lugar.

*De ninguna forma, pensó John. De ninguna maldita forma.*

Los ojos dispares de Qhuinn brillaron agitados, y por detrás de la espalda de la chica dijo por señas:

—*Ven con nosotros John. Es hora de que lo hagas.*

Stephanie eligió ese momento para tomar el labio inferior de Qhuinn entre sus blancos dientes y su muslo entre las piernas. Un tipo sólo podía imaginarse las cosas que ella iba a hacerle. Antes de que él la tomara.

John negó con la cabeza.

—*Me quedaré aquí.*

—*Vamos. La primera vez puedes observarme. Te mostraré cómo se hace.*

El hecho de que Qhuinn lo estuviera invitando no era sorprendente. Él practicaba sexo con parejas regularmente. Sólo que aún nunca le había pedido a John que se le uniera.

—*Vamos, John, ven a la parte de atrás con nosotros.*

—*No, gracias.*

Una mirada oscura atravesó los ojos de Qhuinn.



— *No siempre puedes quedarte a un lado, John.*

John apartó la vista. Hubiera sido más fácil enfadarse con el tipo si él no pensara exactamente lo mismo.

— Está bien — dijo Qhuinn —. Volveremos en un rato.

Con una sonrisa indolente, deslizó las manos sobre el culo de la chica y la levantó. Mientras caminaba hacia atrás, la falda se deslizó hacia arriba enseñando unas bragas rosadas y unos cachetes blancos.

Cuando la pareja estuvo en el probador, John se volvió hacia Blay para decirle por señas algo así como qué pendón que era Qhuinn, pero frenó sus manos. Blay estaba mirando en la dirección que habían desaparecido los otros dos con una extraña expresión en el rostro.

John silbó bajo para captar su atención.

*Puedes ir a la parte trasera, sabes. Si deseas estar con ellos. Yo estoy bien aquí.*

Blay sacudió la cabeza un poco demasiado rápido.

— Nah. Me quedo aquí.

Salvo que, cuando se escuchó un gemido, sus ojos regresaron al probador y se mantuvieron fijos allí. A juzgar por el tenor del sonido, era difícil distinguir quien lo había emitido, y la expresión de Blay se volvió aún más tirante.

John volvió a silbar.

*¿Estás bien?*

— Bien podríamos ponernos cómodos. — Blay fue hasta detrás de la caja registradora cerrada y se sentó en un taburete —. Estaremos aquí por un buen rato.

*Seguro*, pensó John. Lo que fuera que estaba molestando al tipo era un asunto reservado.

John se sentó de un salto sobre el mostrador y dejó que sus piernas quedaran colgando. Cuando sonó otro gemido, comenzó a pensar en Xhex y tuvo una erección.

*Genial. Simplemente fabuloso.*

Estaba sacándose la camisa de los pantalones para cubrir su pequeño problema cuando Blay preguntó:

— Entonces, ¿para quién es la pulsera?

*Para mí*, dijo rápidamente por señas John.

—Sí, seguro. No hay forma que eso entre en tu muñeca. —Hubo una pausa—. No tienes que decírmelo si no quieres.

*Honestamente, no es gran cosa.*

—Vale. —Después de un minuto, Blay dijo—: Así que, ¿después de aquí quieres ir al ZeroSum?

John mantuvo la cabeza gacha mientras asentía.

Blay rió suavemente.

—Pensé que podrías querer. Igual que estaría dispuesto a apostar, que si decidimos ir mañana de noche, tú también estarías de acuerdo.

*Mañana por la noche no puedo, dijo por señas sin detenerse a pensarlo.*

—¿Por qué no?

Mierda.

*Simplemente no puedo. Debo quedarme en casa.*

Aún les llegó otro gemido más desde la parte trasera, y luego comenzó un golpeteo rítmico y atenuado.

Cuando los sonidos cesaron, Blay respiró hondo, como si hubiera estado corriendo a intervalos y acabara de terminar el entrenamiento. John no podía culparlo. A él también le gustaría dejar la tienda lo antes posible. Con las luces bajas y sin nadie más en los alrededores, toda esa ropa colgada presentaba un aspecto siniestro.

Además, si se iban a ZeroSum lo más rápido posible, tenía la esperanza de tener aún un buen par de horas para poder espiar a Xhex, y eso era...

Patético, en realidad.

Los minutos pasaban lentamente. Diez. Quince. Veinte.

—Mierda —murmuró Blay—. ¿Qué mierda están haciendo?

John se encogió de hombros. Con la clase de preferencias que tenía su amigo, cualquiera iba a saberlo.

—¿Ey, Qhuinn? —Gritó Blay. Cuando no hubo respuesta, ni siquiera un gruñido, se bajó de la banqueta—. Voy a ver qué pasa.

Blay fue hacia los probadores y golpeó. Después de un momento, asomó la cabeza por la puerta. Repentinamente le brillaron los ojos, se le aflojó la mandíbula y se ruborizó

desde la raíz de su cabello pelirrojo todo el camino hacia abajo hasta las palmas de sus manos.

Bieeeeeen. Evidentemente la sesión no había terminado. Y fuera lo que fuera lo que estaba sucediendo valía la pena verlo, ya que Blay no se retiró inmediatamente. Después de un momento su cabeza subió y bajó lentamente, como si estuviera respondiendo una pregunta formulada por Qhuinn.

Cuando Blay regresó a su lugar tras la registradora, tenía la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. Guardó silencio mientras se subía nuevamente a la banqueta, pero comenzó a golpetear con el pie a una velocidad de aproximadamente un kilómetro por minuto.

Era obvio que el tipo ya no quería quedarse más tiempo allí, y John podía entenderlo perfectamente.

Infiernos, podrían estar en el ZeroSum.

Donde trabajaba Xhex.

Cuando lo golpeó ese feliz pensamiento obsesivo, John deseó golpearse la cabeza contra el mostrador. Tío... claramente, la palabra patético, tenía una nueva definición.

Y era J-O-H-N M-A-T-T-H-E-W.

## Capítulo 8



Uno de los muchos problemas de la vergüenza era que de hecho no te volvía más bajito, ni más silencioso, ni menos visible. Solo te sentías como si lo fueras.

Phury estaba de pie en el patio de la mansión con la mirada fija en la amenazadora fachada del hogar de la Hermandad. De un severo color gris, con un montón de oscuras y ceñudas ventanas, el lugar era como un gigante al que hubieran enterrado hasta el cuello y no estuviera nada feliz con la inmersión en tierra.

No estaba más listo para entrar en la mansión de lo que ésta parecía querer darle la bienvenida.

Cuando se alzó una brisa, miró hacia el norte. Era la típica noche de agosto en el norte del estado de Nueva York. Aún era verano, con sus frondosos y gruesos árboles, la fuente funcionando y grandes jarrones a ambos lados de la entrada de la casa. Sin embargo el aire era diferente. Menos seco. Menos fresco.

Las estaciones, como el tiempo, eran implacables, ¿no?

No, eso no era correcto. Las estaciones no eran más que una medida de tiempo, al igual que los relojes y calendarios.

*Me estoy haciendo viejo, pensó.*

Cuando su mente comenzó a divagar en direcciones que parecieron peores que la patada en el culo que probablemente le esperara en la mansión, atravesó la entrada y entró en el vestíbulo.

Desde la sala de billar le llegó la voz de la Reina, acompañada por el sonido hueco de un cuarteto de bolas de billar chocando gentilmente unas contra otras. La maldición y la risa que siguió a eso tenían ambas acento de Boston. Lo cual significaba que Butch, que podía dar una paliza a cualquier otro habitante de la casa, acababa de perder con Beth. Otra vez, evidentemente.

Oyéndolos, Phury no pudo recordar la última vez que había jugado al billar o simplemente había estado en compañía de sus hermanos... aunque si lo hubiera hecho,

tampoco hubiera estado completamente relajado. Nunca lo estaba. Para él, la vida era una moneda que tenía el desastre en una cara y el esperar al desastre en la otra.

*Necesitas otro porro, macho,* dijo el hechicero arrastrando las palabras. *Mejor aún, acaba con todo el fardo. No cambiará el hecho de que eres un estúpido bastardo, pero incrementará las posibilidades de que prendas fuego a la cama cuando te desmayes sobre ella.*

En ese plan, Phury decidió afrontar el desagradable asunto y subir las escaleras. Si tenía suerte, la puerta de Wrath estaría cerrada...

No lo estaba, y el Rey estaba en su escritorio.

La mirada de Wrath se alzó de la lupa que estaba sujetando sobre un documento. Incluso a través de sus gafas envolventes, era perfectamente obvio que el tipo estaba cabreado.

—Te estaba esperando.

En la cabeza de Phury, el hechicero ondeó con elegancia su túnica negra y se sentó en un sofá reclinable tapizado en piel humana.

*Mi reino por unas palomitas y unas mentas. Esto va a ser espectacuLLLLLAAAAr.*

Phury entró en el estudio, sus ojos apenas registraron las paredes de un tono azul francés, los sofás de seda color crema y la encimera blanca de la chimenea. El persistente olor a retractor en el aire le dijo que Zsadist acababa de estar donde él estaba.

—Supongo que Z ya ha hablado contigo —dijo, porque no había razón para no llamar al pan, pan y al vino, vino.

Wrath bajó la lupa y se recostó en su silla tras su escritorio Luis XIV.

—Cierra la puerta.

Phury se encerró con él.

—¿Quieres que hable yo primero?

—No, ya has hablado suficiente. —El Rey alzó sus enormes shitkickers y las dejó caer sobre el delicado escritorio. Aterrizaron como balas de cañón—. Hablas más que suficiente.

Phury esperó que recitara su lista de fracasos por cortesía, no por curiosidad. Era bien consciente de su posición: intentando hacer que le mataran en el campo de batalla; asumiendo el cargo de *Primale* de las Elegidas pero sin completar la ceremonia,

involucrándose más allá de lo debido en la vida de Z y Bella; no prestándole la suficiente atención a Cormia; fumando todo el tiempo...

Phury se concentró firmemente en su Rey y esperó a que una voz que no fuera la del hechicero enumerara sus cagadas.

Salvo que nada ocurrió. Wrath no dijo absolutamente nada.

Lo cual parecía sugerir que los problemas eran tan grandes y obvios que sería como señalar la detonación de una bomba y decir: *Chico, eso ha sido realmente ruidoso... además, va a dejar un cráter en el pavimento, ¿eh?*

— Pensándolo bien — dijo Wrath —, dime qué debería hacer contigo. Dime qué coño debería hacer.

Cuando Phury no replicó, Wrath murmuró:

— ¿Sin comentarios? ¿Quiere decir que tampoco tienes ni idea de qué hacer?

— Creo que ambos sabemos cuál es la respuesta a eso.

— No estoy tan seguro de ello. ¿Qué *crees* que tengo que hacer?

— Sacarme de circulación por un tiempo.

— Ah.

Más silencio.

— ¿Entonces así están las cosas? — preguntó Phury. *Hombre, realmente necesitaba un porro.*

Las shitkickers se unieron con un golpe de los talones.

— No sé.

— ¿Eso significa que quieres que luche? — lo cual sería un desenlace mejor de lo que se habría atrevido a esperar —. Te doy mi palabra...

— Jódete. — Wrath se puso de pie con un rápido movimiento y rodeó el escritorio —. Le dijiste a tu gemelo que regresarías aquí, pero apuesto dólares contra pilas de mierda que fuiste a ver a Rehvenge. Le prometiste a Z que terminarías con el asunto de los asesinos y no lo hiciste. Dijiste que serías el *Primale* y no lo eres. Demonios, hablas hasta por el culo de cómo vas a irte a tu dormitorio a dormir un poco, pero todos sabemos lo que haces allí. ¿Y esperas honestamente que acepte tu palabra en algo?

— Entonces dime qué quieres que haga.

Desde detrás de sus gafas de sol, los ojos pálidos y desenfocados del Rey lo escudriñaban.

—No estoy seguro de si un tiempo fuera y una puñetera terapia te vayan a ayudar, porque tampoco creo que vayas a hacerla.

Un temor frío se enroscó como un perro herido y mojado en las entrañas de Phury.

—¿Vas a echarme de una patada?

Había ocurrido antes en la historia de la Hermandad. No con frecuencia. Pero había pasado. Le vino a la mente Murhder... mierda, si, probablemente había sido el último en ser expulsado.

—No es tan simple como eso, ¿verdad? —dijo Wrath—. Si quedas fuera, ¿dónde deja eso a las Elegidas? El *Primale* siempre ha sido un Hermano, y no solo a causa del linaje. Además, Z no se lo tomaría bien, incluso cabreado como está ahora contigo.

*Genial.* Sus redes de seguridad consistían en el hecho de ahorrarle a su gemelo un puñetero dolor de cabeza y en ser la puta de las Elegidas.

El Rey fue hasta las ventanas. Fuera, los árboles en flor se balanceaban con el creciente viento.

—Mira, esto es lo que creo —Wrath se quitó las gafas de la nariz y se frotó los ojos como si tuviera un dolor de cabeza—. Deberías...

—Lo siento —dijo Phury, porque era todo lo que podía ofrecer.

—Y yo. —Wrath volvió a dejar las gafas en su lugar y sacudió la cabeza. Mientras volvía a su escritorio y se sentaba, su mandíbula se tensó junto con sus hombros. Abriendo un cajón, sacó una daga negra.

La de Phury. La que había dejado en el callejón.

Z debía haber encontrado la maldita cosa y la había llevado a casa.

El Rey giró el arma en su mano y se aclaró la garganta.

—Dame tu otra daga. Estás fuera de las rondas de forma permanente. El asunto de si vas a consultar o no a un psicólogo y cómo vas a manejar las cosas con las Elegidas no es de mi incumbencia. Y no tengo ningún consejo para ti, porque lo cierto es, que harás lo que te dé la gana. Nada de lo que yo te exija o pida va a marcar una diferencia.

El corazón de Phury se detuvo por un momento. De todos los desenlaces que había previsto para esta confrontación, nunca había considerado la posibilidad de que Wrath se lavara las manos en el asunto.

—¿Todavía soy un Hermano?

El Rey simplemente se quedó mirando fijamente la daga... lo cual proporcionó a Phury la respuesta de tres palabras: *sólo de nombre*.

Algunas cosas no hacía falta decir las, ¿no?

—Yo hablaré con Z —murmuró el Rey—. Diremos que tienes un permiso administrativo. No más trabajo de campo para ti, y ya no asistirás a las reuniones.

Phury sintió un sobresalto, como si hubiera estado cayendo de un edificio y acabara de hacer contacto visual con el pavimento que tenía su nombre escrito.

No más redes. No más promesas que romper. Por lo que al Rey concernía, tenía que arreglárselas por sí mismo.

*Mil novecientos treinta y dos*, pensó. Había estado en la Hermandad durante solo setenta y seis años.

Llevándose la mano al pecho, palmeó el mango de la daga que le quedaba, desenfundó el arma de un solo tirón, y la colocó sobre el absurdo escritorio azul pálido.

Hizo una reverencia ante su Rey y abandonó la habitación sin más palabras.

*Bravo*, gritó el hechicero. *Qué pena que tus padres estén ya muertos, compañero. Estarían tan orgullosos en este soberbio momento... espera, traigámoslos de vuelta, ¿quieres?*

Dos imágenes rápidas le golpearon: Su padre desmayado en una habitación llena de botellas de cerveza vacía, su madre yaciendo en una cama con el rostro vuelto hacia la pared.

Phury volvió a su habitación, sacó su alijo, lió un porro, y lo encendió.

Con todo lo que había pasado esa noche, y con el hechicero haciendo el papel de anti-Oprah, o fumaba o gritaba. Así que fumó.

Al otro lado de la ciudad, Xhex no se sentía muy feliz mientras salía del ZeroSum por la puerta trasera para escoltar a Rehvenge hasta su Bentley a prueba de balas. Rehv no



parecía sentirse mejor que ella, su jefe no era más que una lúgubre sombra oscura vistiendo un abrigo largo de piel mientras avanzaba lentamente por el callejón.

Le abrió la puerta del conductor y esperó a que, con ayuda de su bastón, se deslizara en el asiento acolchado. A pesar de que esa noche había una temperatura de veintiún grados, Rehv encendió la calefacción y se cerró las solapas del abrigo sobre el cuello... una señal de que aún no se le habían ido los efectos secundarios de su último chute de dopamina. Aunque eso sucedería bastante pronto. Siempre iba sin tomar medicación. De otra forma no sería seguro.

No era seguro, y punto.

Durante veinticinco años, había deseado acudir con él para cubrirle la retaguardia durante estos encuentros con su chantajista, pero ser rechazada cada vez que lo pedía terminó provocando que se diera por vencida y mantuviera la boca cerrada. No obstante, el coste de su silencio era un puñetero mal humor.

— ¿Te hospedarás en tu refugio? — dijo.

— Sí.

Cerró la puerta y le observó marchar. Nunca le había dicho donde se celebraban las reuniones, pero ella más o menos podía adivinar la ubicación aproximada. El sistema GPS del coche indicaba que iba al norte del estado.

Dios, odiaba lo que él tenía que hacer.

Gracias a la cagada que se había mandado dos décadas y media atrás, el primer martes de cada mes Rehv tenía que prostituirse para protegerlos.

La princesa *symphath* a la que servía era peligrosa. Y estaba hambrienta de él.

Al principio, Xhex había esperado que la perra los delatara de forma anónima tanto a él como a Xhex, con lo que los deportarían a la colonia *symphath*. Pero había sido más lista que eso. Si los despachaba, tendrían suerte si sobrevivían seis meses, incluso con lo fuertes que eran. Los mestizos no podían compararse con los purasangres, y además, la princesa estaba emparejada con su propio tío.

Que era un poderoso déspota posesivo como nunca se había visto.

Xhex maldijo. No tenía ni idea de por qué Rehv no la odiaba, y no podía comprender cómo podía soportar la parte sexual del asunto. Aunque tenía la sensación que estas noches eran el motivo por el cual él cuidaba tanto de sus chicas. Al contrario de los chulos

comunes, sabía exactamente cómo se sentían las prostitutas, sabía exactamente qué se sentía al follar con alguien a quien no deseabas porque tenían algo que tú necesitabas, ya fuera dinero o silencio.

Xhex aún tenía que encontrar una salida para ambos, y lo que hacía la situación más insostenible era que Rehv había dejado de buscar la liberación. Lo que una vez había sido una situación crítica se había convertido en la nueva realidad. Dos décadas después, todavía seguía follando para protegerlos, y seguía siendo culpa de Xhex, y cada primer martes del mes, acudía y hacía lo impensable con alguien a quien odiaba... y esa era su vida.

—Joder —le dijo al callejón—. ¿Cuándo va a cambiar esto?

La única respuesta que obtuvo fueron páginas de periódico y bolsas de plástico que volaron en su dirección impulsados por una ráfaga de viento.

Cuando volvió al club, sus ojos se ajustaron a los láseres destellantes, sus oídos absorbieron la música psicodélica y su piel registró un leve descenso de la temperatura.

La sección VIP parecía relativamente tranquila con tan sólo los clientes habituales, pero de todas formas intercambió miradas con sus dos gorilas. Después de que estos asintieran indicando que todo estaba despejado, comprobó a las chicas que trabajaban en el mostrador. Observó como las camareras vaciaban sus bandejas al repartir las nuevas rondas de bebidas. Midió los niveles de las botellas tras la barra VIP.

Cuando llegó a la cuerda de terciopelo, miró al gentío de la zona principal del club. La gran multitud de la pista de baile se movía como un océano inestable, agitándose y separándose sólo para volver a unirse otra vez. En la periferia había parejas y tríos manoseándose mientras seguían girando, los láseres rebotaban sobre rostros en sombras y cuerpos unidos a otros cuerpos.

Esa noche había relativamente poca circulación. A medida que la semana avanzaba lentamente, la asistencia crecía hasta que la concurrencia alcanzaba el máximo las noches del sábado. Como jefa de seguridad, para ella el viernes era normalmente el día más intenso, con idiotas que pretendían quemar los residuos de una mala semana laboral consumiendo demasiadas drogas y terminaban con una sobredosis o provocando disputas.

A decir verdad, como los gilipollas con adicciones eran el pan nuestro de cada día en el club, la mierda podía deteriorarse en cualquier momento de cualquier noche.

Menos mal que ella era muy buena en su trabajo. Rehv manejaba la venta de drogas, alcohol, y mujeres, se ocupaba de la flota de corredores de apuestas deportivas que trataban con la mafia de Las Vegas, y de la contratación de ciertos proyectos especiales que implicaban «refuerzos». Ella estaba al cargo de mantener el ambiente del club bajo control para que los negocios pudieran funcionar con la menor interferencia de la policía humana y los patrocinadores idiotas como fuera posible.

Estaba a punto de ir a comprobar cómo marchaba el nivel del entresuelo cuando vio a aquellos a los que ella denominaba «los chicos» entrando por la puerta delantera.

Retrocediendo hasta quedar entre las sombras, observó a los tres jóvenes machos traspasar la cuerda de terciopelo de la sección VIP y dirigirse a la parte de atrás. Siempre iban a la mesa de la Hermandad si estaba vacía, lo cual quería decir que o era un asunto de estrategia, ya que la mesa estaba cerca de una salida de emergencia y en una esquina, o habían recibido instrucciones de la plana mayor de sentarse allí y cuidar sus modales.

«Plana mayor» refiriéndonos al Rey, Wrath.

Si, los chicos no eran lo que considerarías el típico grupito de gallitos de pelea, pensó mientras los veía acomodarse. Por infinidad de razones.

El de los ojos disparejos era un problema buscando pista de aterrizaje, y dicho y hecho, tras pedir su Corona se levantó y fue a la parte principal del club a buscar alguna falda. El pelirrojo permaneció en su lugar, lo cual no la sorprendió para nada. Ese era el inevitable jefe de los niños exploradores, recto como una regla. Lo que la hacía sospechar respecto a lo que podría haber debajo de esa inocente imagen de pastel de manzana.

De los tres, sin embargo, el mudo era el verdadero problema. Su nombre era Tehrror, también conocido como John Matthew, y el Rey era su *whard*. Lo cual para Xhex, significaba que el chico era como un plato de porcelana china en una barraca de feria. ¿Si algo llegaba a ocurrirle? El club era eliminado.

Joder, en los últimos meses, el chico había cambiado. Le había visto antes de que pasara por la transición, todo flacucho y débil, completamente frágil, pero ahora estaba frente a tremendo macho grandote... y los machos grandes podían dar problemas si decidían comenzar a repartir golpes por ahí. Aunque hasta ahora John había sido del tipo

de «sentarse y observar», los ojos del chico eran demasiado viejos para su joven semblante, lo que sugería que había superado cosas muy jodidas. Y las cosas muy jodidas tendían a ser el combustible para el fuego cuando la gente estallaba.

Ojos Dispare, también conocido como Qhuinn, hijo de Lohstrong, volvió con un par de «listas y dispuestas», dos rubias que evidentemente coordinaban el color de sus trajes para que hiciera juego con sus cosmopolitans: lo poco que vestían, era de color rosa.

El pelirrojo, Blaylock, no era muy experto en esos juegos, pero eso no era problema, porque Qhuinn tenía bastante experiencia para los dos. Demonios, el tío tenía suficiente como para cubrir a John Matthew también, salvo que ese no jugaba. Al menos, Xhex nunca lo había visto.

Después de que los compañeros de John desaparecieran en la parte de atrás con las barbies, Xhex se acercó al chico sin ninguna razón aparente. Cuando la vio se puso rígido, pero siempre ocurría lo mismo, así como también siempre solía observarla. Cuando eras la jefa de seguridad, la gente tendía a querer saber dónde estás todo el tiempo.

— ¿Cómo va? — preguntó.

Él se encogió de hombros y jugueteó con su botella de Corona.

*Apuesto a que desearía que tuviera una etiqueta para arrancar, pensó.*

— ¿Te importa si te pregunto algo?

Se le desorbitaron un poco los ojos, pero luego volvió a encogerse de hombros.

— ¿Por qué nunca vas a la parte trasera con tus amigos? — no era, por supuesto, puñetero asunto suyo, y lo que es más, no sabía por qué le importaba. Pero demonios... tal vez era por toda la mierda del «primer martes del mes». Estaba buscando una forma de sacárselo de la cabeza.

— Les gustas a las chicas — le animó —. Las he visto mirándote. Y tú las miras a ellas, pero siempre te quedas aquí.

John Matthew se ruborizó tan profundamente que Xhex pudo ver la tonalidad rojiza de su piel incluso bajo la luz tenue.

— ¿Ya te has vinculado? — murmuró, incluso más curiosa —. ¿El Rey te ha elegido una hembra?

Negó con la cabeza.

De acuerdo, tenía que dejarle en paz. El pobre chico era mudo, ¿así que cómo esperaba que le respondiera?

—¡Quiero mi bebida ahora! —la retumbante voz de un hombre se elevó por encima de la música, y Xhex giró la cabeza. A dos mesas de distancia, uno de esos tipejos con pinta de matón estaba imprecando a una camarera, claramente en el tren expreso a Capulloville.

—Discúlpame —le dijo Xhex a John.

Cuando el bocazas extendió su garra de oso y aferró la falda de la camarera, la pobre chica perdió el control de su bandeja y los cócteles salieron volando.

—¡He dicho que me des mi bebida *ahora*!

Xhex se colocó detrás de la camarera y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—No te preocupes. Este ya se marcha.

El hombre se levantó de su asiento en toda su estatura de alrededor de dos metros.

—¿Ah sí?

Xhex se acercó hasta que estuvieron «pechos contra pecho». Fijó su mirada en la de él, sus impulsos *sympath* gritaban para ser liberados, pero se concentró en las púas de metal que llevaba sujetas alrededor de los muslos. Tomando fuerzas del dolor que se infligía a sí misma, luchó contra su naturaleza.

—Te marcharás ahora —dijo suavemente—, o te sacaré de aquí arrastrándote por los pelos.

El aliento del tipo olía como un emparedado de atún del día anterior.

—Odio a las lesbianas. Siempre te has creído más dura de lo que eres en realidad...

Xhex agarró la muñeca del hombre, la giró en un pequeño círculo, y le retorció el brazo subiéndoselo hasta la parte alta de la espalda. Después le rodeó los tobillos con su pierna y le empujó haciéndole perder el equilibrio. Aterrizó como un trozo de carne, cuando su cuerpo cayó sobre la alfombra de pelo corto, el aliento salió despedido de su boca en forma de maldición.

Con un movimiento rápido, se inclinó, enterró una mano en su cabello engominado, y cerró la otra alrededor del cuello de su chaqueta. Al arrastrarlo hacia la salida lateral, en realidad estaba realizando múltiples tareas: creando una escena, cometiendo asalto y agresión, y corriendo el riesgo de que se ocasionara un tumulto si sus colegas del Salón de

los Estúpidos del Culo se involucraran en el asunto. Pero había que montar un espectáculo de vez en cuando. Todos y cada uno de los imbéciles titulados de la sección VIP estaban observando, al igual que sus gorilas, que ya de por sí eran personas irritables, y las chicas, la mayoría de las cuales tenían problemas para lidiar con caracteres coléricos lo cual era absolutamente comprensible.

Para mantener la paz, tenías que ensuciarte las manos de tanto en tanto.

Y considerando la cantidad de producto para el cabello que utilizaba este bocazas, iba a tener que lavárselas cuando esto acabara.

Cuando alcanzó la salida lateral que estaba junto a la mesa de la Hermandad, se detuvo para abrir la puerta, pero John llegó allí primero. Como un absoluto caballero, la abrió de par en par y la sostuvo así con su largo brazo.

—Gracias —le dijo.

Fuera en el callejón, lanzó al bocazas de espaldas y registró sus bolsillos. Mientras yacía allí boqueando como un pez en el fondo de un bote, la búsqueda supuso otra infracción por su parte. Tenía poderes policiales en el terreno que era propiedad del club, pero el callejón era técnicamente propiedad de la ciudad de Caldwell. Sin embargo, si quería ser exacta, el código postal del trabajito que estaba realizando era irrelevante. La búsqueda habría sido ilegal de todas formas, ya que no tenía causa probable para creer que llevara drogas encima u armas ocultas.

De acuerdo con la ley, no podías registrar a alguien sólo por ser un chupapollas.

Ah... pero, mira, aquí era donde el instinto rendía beneficios. Además de su cartera, le encontró una buena cantidad de coca encima, al igual que tres tabletas de X. Rompió las bolsas de celofán ante los ojos del hombre.

—Podría hacer que te arrestaran. —Sonrió cuando él comenzó a tartamudear—. Sí, sí, no es tuya. No sabes cómo llegó allí. Eres inocente como un bebé de dos añitos. Pero mira lo que hay sobre esa puerta.

Cuando el tipo no respondió lo bastante rápido, le cogió la mandíbula con una mano y le giró el rostro de un tirón.

—¿Ves ese ojito rojo que parpadea? Es una cámara de seguridad. Así que esta mierda... —agitó los paquetes ante la cámara, después abrió la cartera— ...estos dos gramos de cocaína y tres dosis de éxtasis que han salido del bolsillo del pecho de su traje,

señor... Robert Finlay... han sido grabados digitalmente. Uh... mira esto, tienes dos niños preciosos. Apuesto a que preferirán desayunar contigo mañana en vez de comer con una canguro porque tu esposa está intentando sacarte de la cárcel.

Volvió a meterle la cartera en el traje y se quedó con las drogas.

—Me gustaría sugerir que la forma adecuada de manejar esto es que tomemos caminos separados. No vuelvas a entrar en mi club nunca más. Y yo no enviaré tus pelotas del tamaño de diez centavos a la cárcel. ¿Qué dices? ¿Tenemos un trato o no?

Mientras él consideraba si aceptaba la oferta del banquero o abría otro caso, Xhex se puso en pie y retrocedió un poco a fin de disponer de espacio para lanzarle una patada si era necesario. Sin embargo, no creía que esa mierda fuera a ser necesaria. La gente que iba a pelear tenía el cuerpo tenso y los ojos avizores. Bocazas estaba laxo como agua de fregar, era evidente que se había quedado sin gas y sin ego.

—Vete a casa —le dijo.

Y lo hizo.

Mientras se alejaba tambaleante, Xhex se metió las drogas en el bolsillo de atrás.

—¿Disfrutaste del espectáculo, John Matthew? —dijo sin darse la vuelta.

Cuando miró sobre su hombro, se le atascó el aliento en la garganta. Los ojos de John brillaban en la oscuridad... el chico estaba mirándola fijamente con el tipo de decidida concentración que adquirirían los machos cuando querían sexo. Sexo duro.

*Santa... mierda.* Lo que veía no era a un niño.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, se extendió hasta la mente de él con una pincelada de su naturaleza *symphath*. Estaba pensando en... él sobre una cama con sábanas enmarañadas, tenía la mano entre las piernas sobre una polla gigantesca, su mente visualizándola a ella mientras se masturbaba.

Lo había hecho muchas veces.

Xhex giró sobre los talones y se le acercó. Cuando llegó a su altura, él no retrocedió, y eso no la sorprendió. En ese crudo instante, no era ningún torpe jovencito que corta y huye. Era todo macho animal, enfrentándola de igual a igual.

Lo cual resultaba... oh, que la jodieran, eso no era atractivo. Realmente. No. Era. Atractivo.

*Mierda.*

Cuando levantó la mirada hacia él, pretendía decirle que fijara esas brillantes canicas azules en las mujeres humanas del club y la dejara a ella en paz. Pretendía decirle que ella estaba más allá de sus límites y que hiciera desaparecer su fantasía. Pretendía espantarlo, como había hecho con todos los demás excepto con el endurecido y medio muerto Butch O'Neal, antes de que se convirtiera en un Hermano.

En vez de eso, dijo en un tono bajo.

—La próxima vez que pienses así en mí, pronuncia mi nombre mientras te corres. Hará que sea incluso mejor.

Cuando se inclinó de lado para abrir la puerta del club, le rozó el pecho con el hombro.

La áspera inspiración de él se demoró en su oído.

Cuando volvió al trabajo, se dijo a sí misma que su cuerpo estaba caliente por el esfuerzo que había efectuado arrastrando al caraculo hasta la puerta.

No tenía absolutamente nada que ver con John Matthew.

Cuando Xhex volvió a entrar en el club, John se quedó allí de pie como un maldito idiota. Lo cual tenía sentido. La mayor parte de su sangre había abandonado su cerebro para lanzarse hacia la erección que había crecido dentro de sus nuevos vaqueros gastados A&F. El resto de la mierda estaba en su rostro.

Lo cual significaba que su cerebro se había quedado vacío.

¿Cómo *demonios* había sabido lo que hacía cuando pensaba en ella?

Uno de los moros que custodiaban la oficina de Rehvenge salió.

—¿Entras o sales?

John volvió arrastrando los pies hasta el reservado, apuró su Corona en dos tragos, y se alegró cuando una de las camareras llegó con una nueva sin tener que pedirla.

Xhex había desaparecido en la zona principal del club, y la buscó, intentando ver a través de la cascada de agua que separaba la sección VIP de las otras.

No obstante, no necesitaba ojos para saber donde estaba. Podía sentirla. En medio de los cuerpos que había en el club, sabía cuál era el de ella.

Estaba junto a la barra.



Dios, el hecho de que pudiera manejar a un tío de dos veces su tamaño sin derramar una gota de sudor era excitante como el infierno.

El hecho de que no pareciera ofendida por que John hubiera fantaseado con ella era un alivio.

El hecho de que quisiera que pronunciara su nombre cuando se corría era... le hacía desear correrse en ese mismo instante.

Suponía que esto respondía a la pregunta acerca de si prefería un día soleado o una tormenta, ¿no? Y también le indicaba exactamente lo que iba a hacer en cuanto llegara a casa.

## Capítulo 9



Pasadas las granjas rurales de Caldwell que se extendían como un mosaico, llegando mucho más al norte que las ciudades que había a lo largo de los retorcidos flancos del Río Hudson, a aproximadamente tres horas de la frontera canadiense, las Montañas Adirondack brotaban de la tierra. Majestuosas, con una alfombra de pinos y cedros sobre sus cabezas y hombros, la cordillera había sido creada por glaciares que se habían desplazado hacia abajo desde la frontera de Alaska, antes que a esa tierra se la conociera como Alaska y antes de que existieran humanos y vampiros para considerarla una frontera.

Cuando la última edad de hielo se retiró a los libros de historia que serían escritos mucho más tarde, el gran valle tallado fue lo que quedó en la tierra antes ocupada por el resultado del derretimiento de los icebergs. Durante generaciones de humanos, a las inmensas charcas geológicas se les asignaron nombres como Lago George o Lago Champlain, Lago Saranac y Lago Blue Mountain.

Los humanos, esos molestos y parasitarios conejos con sus muchos, muchos hijos, se asentaron a lo largo del curso del Río Hudson, buscando el agua, como hicieron muchos otros animales. Pasaron siglos y se levantaron ciudades y se estableció la «civilización», con todas sus intrusiones en el medioambiente.

No obstante, las montañas siguieron siendo las amas. Incluso en la era de la electricidad, la tecnología, los automóviles y el turismo, las Adirondacks dictaban el paisaje de esta región del norte de Nueva York.

De modo que, en medio de todos esos bosques, había un montón de parajes solitarios.

Conduciendo por la I-87, también conocida como Autopista Norte, las salidas se iban distanciando cada vez más unas de otras, hasta que encontrabas trechos donde podías avanzar cinco kilómetros, diez kilómetros, quince kilómetros sin encontrar un desvío en la carretera. E incluso si ponías el indicador y tomabas por una de las rampas que se

desviaban a la derecha, todo lo que encontrabas era un par de tiendas, una gasolinera y dos o tres casas.

La gente podía ocultarse en las Adirondacks.

Los vampiros podían ocultarse en las Adirondacks.

Al final de la noche, cuando el sol se preparaba para una gran y ostentosa entrada al escenario, un macho caminaba a través de los densos bosques de Saddleback Mountain, solo, arrastrando su cuerpo marchito por el suelo como habría hecho con una bolsa de basura en su vida anterior. Su hambre era todo lo que le movía, su primordial instinto de buscar sangre era lo que le mantenía en pie y luchando para caminar entre las ramas.

Más allá entre una maraña de ramas de pino, su presa estaba inquieta, nerviosa.

El venado sabía que estaba siendo rastreado, pero no podía ver que le perseguía. Alzando el morro, olisqueó el aire, moviendo las tensas orejas adelante y atrás.

La noche era fría, en este paraje de la Saddleback Mountain, ubicado tan al norte y a tan elevada altitud. Dado que al macho no le quedaba mucho sobre la espalda excepto harapos, le castañeteaban los dientes y tenía las yemas de los dedos azules, pero no se habría puesto más ropa encima si la hubiera tenido. Alimentar su hambre de sangre era la máxima concesión que le hacía a su existencia.

No acabaría con su propia vida. Había oído hacía mucho que si cometías suicidio, no podías entrar en el Fade, y allí era donde tenía que terminar. Así que pasaba sus días en un angosto ancho de banda de sufrimiento, esperando a morir de hambre por desnutrición o resultar gravemente herido.

El proceso estaba llevando un tiempo endemoniadamente largo. No obstante, su escapada de su vieja vida meses y meses atrás le había traído a estos bosques por azar más que por designio. Había pretendido enviarse a sí mismo a otra parte, a un lugar incluso más peligroso.

Sin embargo, ya no podía recordar cuál había sido ese lugar.

El hecho que en este lejano y profundo punto de las Adirondacks no se encontrara con sus enemigos le había salvado al principio, pero ahora le frustraba. Estaba demasiado débil como para desmaterializarse por ahí intentando encontrar asesinos, y tampoco estaba lo suficientemente fuerte para realizar largas caminatas.

Estaba atrapado aquí en las montañas, esperando a que la muerte le encontrara.

Durante el día, se ocultaba del sol en una cueva, una cavidad en el granito de la montaña que era su refugio. No dormía mucho. El hambre y los recuerdos le mantenían implacablemente alerta y consciente.

Por delante, su presa dio dos pasos alejándose.

Tomando un profundo aliento, se obligó a sí mismo a juntar fuerzas. Si no hacía esto ahora, estaría acabado por esta noche, y no solo porque el cielo estuviera comenzando a iluminarse por el este.

Precipitadamente, desapareció y tomó forma alrededor del cuello del venado. Sujetándolo por las delgadas ancas, hundió los colmillos en la yugular que surgía desde su tembloroso corazón lleno de pánico.

No mató al encantador animal. Tomó sólo lo suficiente como para sobrevivir otro oscuro día y otra noche aún más oscura.

Cuando terminó abrió los brazos de par en par y dejó que el animal se alejara saltando en su vuelo cuadrúpedo. Oyéndolo escapar ruidosamente a través de la falda del bosque, envidió la libertad del animal.

Fue poca la energía que retornó al macho. Últimamente, había poco margen entre la energía que consumía para alimentarse y la que conseguía a cambio. Lo que significaba que el final estaba cerca.

El macho se sentó sobre el lecho de agujas de pino en descomposición del bosque y miró hacia arriba a través de las ramas. Por un momento, imaginó que el cielo nocturno no era oscuro, sino blanco, y que las estrellas de arriba no eran la luz reflejada de fríos planetas, sino las almas de los muertos.

Imaginó que estaba mirando al Fade.

Lo hacía con frecuencia, y entre la gran pléyade de destellos de arriba, encontró los dos que había tomado como propios, los dos que le habían quitado: un par de estrellas, una más grande y de resplandor superbrillante, la otra más pequeña y más vacilante. Estaban cerca una de otra, como si la pequeña buscara el abrigo de su m...

El macho no podía pronunciar esa palabra. Ni siquiera en su cabeza. Al igual que no podía pronunciar los nombres que asociaba con las estrellas.

Sin embargo no importaba. Esas dos eran suyas.

Y pronto se uniría a ellas.

## Capítulo 10



El reloj que había junto a Phury cambió haciendo que el visor digital formara un patrón de palitos: once y once de la mañana.

Comprobó su alijo. Era un poco escaso, e incluso fumado como estaba tuvo un acceso de taquicardia. Mientras procesaba las matemáticas intentó fumar más despacio. Hacía aproximadamente siete horas que estaba sumergiéndose dentro de la abierta bolsita de humo rojo... así que si hacía una extrapolación, iba a terminarla a las cuatro de la tarde.

El sol se ponía a las siete y media. No lograría llegar al ZeroSum antes de las ocho.

Una zona muerta de cuatro horas. O, para ser más precisos, cuatro horas durante las que probablemente estaría demasiado lúcido.

*Si quieres, dijo el hechicero, puedo leerte un cuento para dormir. Este es el no va más. Se trata de un macho que se moldea a sí mismo a imagen y semejanza de su padre alcohólico. Termina muerto en un callejón. Nadie le llora. Un clásico, prácticamente shakesperiano.*

*A no ser que ya lo hayas oído antes, compañero.*

Phury subió el volumen del «*Donna non vidi mai*» e inhaló con fuerza.

Cuando la voz del tenor remontó los acordes según los dictados de Puccini, pensó en Z cantando. Que voz tenía ese hermano. Como el órgano de una iglesia, su rango iba de las alturas líquidas a bajos tan profundos que convertían tu médula en un tambor de resonancia, y si oía algo una vez, podía reproducirlo perfectamente. Después dar su propio giro a la melodía o pensar en algo completamente nuevo. Su talento podía con todo: ópera, blues, jazz, rock and roll antiguo. Era su propia radio XM.

Y siempre era él el que conducía los cánticos en el templo de la Hermandad.

A Phury le resultaba duro asumir que nunca volvería a oír esa voz en la caverna sagrada.

O por la casa, ya que estábamos en ello. Habían pasado meses desde la última vez que Z había cantado algo, probablemente porque la preocupación por Bella no le ponía de

un humor muy Tony Bennett, y no había forma de saber si volverían o no, a oír sus conciertos improvisados.

El destino de Bella sería el que decidiera eso.

Phury tomó otra calada del porro. Dios, deseaba ir a verla. Quería asegurarse por sí mismo de que estaba bien. La confirmación visual era tan diferente a una abundancia de «ninguna noticia son buenas noticias».

Pero no estaba en condiciones de visitar a nadie, y no sólo porque estuviera fumado. Extendiendo el brazo, se puso las manos en el cuello y tanteó la magulladura de la cadena que había estado envuelta alrededor de su garganta. Sanaba rápidamente, pero no tan rápido, y los ojos de Bella funcionaban muy bien. No había razón para disgustarla.

Además Z estaría con ella, y estar cara a cara con su gemelo era como jugar a la ruleta rusa, considerando como habían quedado las cosas en ese callejón.

Un traqueteo sobre la cómoda le hizo alzar la cabeza.

Al otro lado de la habitación, el medallón *Primale* estaba vibrando, el antiguo talismán de oro funcionaba como un busca. Lo observó moverse sobre la madera, danzando en pequeños círculos como si estuviera buscando un compañero entre el juego de cepillos de plata colocados junto a él.

No iba a ir al Otro Lado. De ningún modo. Tener que lamer las botas de la Hermandad ya era suficiente por un día.

Terminando su porro, se levantó y abandonó su habitación. Cuando salió al pasillo, miró hacia la puerta de Cormia por costumbre. Estaba ligeramente entreabierta, lo cual era inusual, y oyó un sonido como de sacudida.

Se acercó y llamó.

— ¿Cormia? ¿Estás bien?

— ¡Oh! Sí... sí, lo estoy. — Su voz sonaba amortiguada.

Como ella no dijo nada más, se asomó.

— Tu puerta está abierta. — Bueno, para eso no había que ser Einstein —. ¿Quieres que la cierre?

— No tuve la intención de dejarla así.

— ¿Te importa si entro? -dijo preguntándose cómo le habría ido con John Matthew

— Por favor.

Abrió la puerta del todo...

*Oh... guau.* Cormia estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, trenzándose el cabello húmedo. Había una toalla cerca, lo cual explicaba el sonido de sacudida, y su túnica... su túnica estaba abierta formando una profunda V y la suave hinchazón de sus pechos estaba en peligro de quedar totalmente expuesta.

¿De qué color serían sus pezones?

Rápidamente miró a otra parte. Sólo para encontrar una sola rosa color lavanda en un jarrón de cristal junto a la mesita.

Cuando su pecho se tensó sin ninguna buena razón, frunció el ceño.

— Entonces ¿John y tú habéis disfrutado?

— Sí, claro. Es realmente encantador.

— ¿De veras?

Cormia asintió mientras colocaba una cinta de satén blanco alrededor del extremo de la trenza. A la tenue luz de la lámpara, la gruesa cuerda de cabello relucía como si fuera de oro, y odió verla enrollar la larga extensión en círculos en la base de su nuca. Deseaba mirar su cabello un rato más, pero tuvo que conformarse con los mechones que ya comenzaban a soltarse alrededor de su rostro.

*Menudo retrato presenta,* pensó, deseando tener su pluma y algo de papel. *Qué extraño... parece diferente,* pensó. Si bien, quizás fuera porque había color en sus mejillas.

— ¿Qué habéis hecho?

— Yo corrí fuera.

Phury sintió como se profundizaba su ceño.

— ¿Porque algo te asustó?

— No, porque era libre.

Tuvo una intensa visión de ella corriendo sobre la hierba en el patio de atrás, con el cabello flameando a su espalda.

— ¿Y qué hizo John?

— Observar.

Ah sí.

Antes de que Phury pudiera decir nada, ella continuó:

— Tenía razón, él es muy amable. Esta noche va a mostrarme una película.

— ¿Lo es?

— Me enseñó a usar la televisión. Y miré lo que me dio. — Extendió la muñeca. En ella había un brazalete hecho de cuentas color lavanda y eslabones de plata —. Nunca había tenido nada como esto antes. Lo único que he tenido desde siempre es mi perla de Elegida.

Cuando tocó la lágrima iridiscente que tenía en la garganta, él entrecerró los ojos. Parecía tan cándida, tan pura y encantadora como el capullo de rosa que había al otro lado de la habitación.

La atención que había tenido John hacia ella hizo que Phury viera su negligencia más claramente.

— Lo siento — dijo ella con voz queda —. Me quitaré el brazalete...

— No. Te queda bien. Precioso.

— Dijo que era un regalo — murmuró ella —. Me gustaría conservarlo...

— Y así lo harás. — Phury tomó un profundo aliento y recorrió el dormitorio con la mirada, divisando una compleja estructura hecha de palillos de dientes... *¿y guisantes?* —. ¿Qué es eso?

— Ah... sí. — Ella se acercó rápidamente, como si quisiera proteger lo que quiera que fuera.

— ¿Qué es?

— Es algo que está en mi cabeza. — Se giró hacia él. Luego le dio la espalda —. Sólo algo que he estado haciendo.

Phury atravesó la habitación y se arrodilló junto a ella. Con cuidado, pasó los dedos por un par de uniones.

— Es fantástico. Parece la forma de una casa.

— ¿Le gusta? — Se arrodilló —. En realidad simplemente lo inventé.

— Me encanta la arquitectura y el arte. Y esto es... las líneas son geniales.

Ella inclinó la cabeza a un lado como si evaluara la estructura, y él sonrió, pensando que él hacía lo mismo al estudiar sus dibujos.

En un impulso, dijo:

— ¿Te gustaría ir al pasillo de las estatuas? Estaba a punto de ir a dar una vuelta. Está pasando las escaleras.



Cuando alzó los ojos hacia los suyos, había un reconocimiento en ellos que le tomó por sorpresa.

Tal vez no era que tuviera un aspecto muy diferente, comprendió. Era que le estaba mirando de un modo diferente.

*Mierda*, tal vez de verdad le gustara John. Gustarle como para sentirse *atraída* por John. Menuda vuelta de rosca sería esa.

—Me gustaría ir con usted —dijo ella—. Me gustará ver el arte.

—Bien. Eso está... bien. Vamos. —Se puso de pie y extendió la mano sin ninguna razón aparente.

Después de un momento, ella deslizó su palma en la de él. Mientras afianzaban el apretón el uno sobre el otro, Phury comprendió que la última vez que habían tenido algún contacto físico había sido en aquella estrambótica mañana en su cama... cuando había tenido aquel sueño erótico y despertado con su cuerpo duro sobre el de ella.

—Vamos —murmuró. Y la condujo hacia la puerta.

Cuando salieron al pasillo, Cormia no podía creerse que su mano estuviera en la del *Primale*. Después de haber deseado pasar algún rato en privado con él durante tanto tiempo, era surrealista que finalmente no sólo tuviera eso, sino además un auténtico contacto físico.

Mientras se dirigían a donde ella ya había estado, él dejó caer su mano pero permaneció cerca. Su cojera apenas se notaba, sólo una ligera sombra en su andar elegante, y como de costumbre resultaba para ella más precioso que cualquier obra de arte que tuviera posibilidad de contemplar.

Sin embargo estaba preocupada por él, y no sólo por lo que había oído decir.

La ropa que llevaba no era la misma que vestía para las comidas. Eran los pantalones de cuero y la camisa negra con que había estado luchando, y estaban marcadas con manchas.

*Sangre*, pensó. *Suya y de los enemigos de la raza*.

Eso no era lo peor. Había una línea pálida alrededor de su cuello, como si algún daño le hubiera sobrevenido a la piel allí, y tenía magulladuras también, en el dorso de las manos y el costado de la cara.

Pensó en lo que el Rey había dicho sobre él. *Un peligro para sí mismo y para los demás.*

—Mi hermano Darius era coleccionista de arte —dijo el *Primale* mientras pasaban frente al estudio de Wrath—. Como todo lo demás en esta casa, todas estas eran suyas. Ahora son de Beth y John.

—¿John es hijo de Darius, hijo de Marklon?

—Sí.

—He leído sobre Darius. —Y sobre Beth, la Reina, siendo esta su hija. Pero no había nada sobre John Matthew. Qué raro... como hijo del guerrero, debería haber estado enumerado en la página delantera junto con el resto de la progenie del Hermano.

—¿Has leído la biografía de D?

—Sí. —Había estado buscando información sobre Vishous, el Hermano al que originariamente había estado prometida. Sin embargo, si hubiera sabido quien iba a terminar siendo el *Primale* tendría que haber buscado en las hileras de volúmenes de cuero rojo las de Phury, hijo de Ahgony.

El *Primale* hizo una pausa ante la entrada del pasillo de las estatuas.

—¿Qué hacéis cuando muere un Hermano? —preguntó—. Con sus libros.

—Una de los escribas marca todas las páginas en blanco con un símbolo negro *chrih*, y la fecha es anotada en la página delantera del primer volumen. También se practican ceremonias. Las realizamos por Darius y por consideración... esperamos para practicarlas en el caso de Tohrment, hijo de Hharm.

Él asintió una vez y avanzó, como si no hubieran estado discutiendo nada de particular importancia.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo ella.

Hubo una pausa.

—Estas estatuas son todas del período greco-romano.

Cormia se cerró más las solapas de la túnica en el cuello.

—Lo son.

El *Primale* pasó por alto las primeras cuatro estatuas, incluyendo el desnudo completo, *gracias a la Virgen Escriba*, pero se detuvo junto a una a la que le faltaban partes.

—Están un poco hechas polvo, pero considerando que tienen dos mil años, es un milagro que alguna parte de ellas haya sobrevivido. Eh... espero que el desnudo no te ofenda.

—No. —Pero se alegraba de que él no supiera cómo había tocado la que estaba desnuda—. Creo que son hermosas sin importar si están cubiertas o no. Y no me importa que sean imperfectas.

—Me recuerdan al lugar donde crecí.

Ella esperó, agudamente consciente de lo mucho que deseaba que él terminara el pensamiento.

—¿En qué modo?

—Teníamos estatuas. —Frunció el ceño—. Sin embargo, estaban cubiertas de hiedra. Todo el jardín lo estaba. Había hiedra por todas partes.

El *Primale* reanudó el paseo.

—¿Dónde creció? —preguntó.

—En el Antiguo País.

—¿Sus padres están...?

—Las estatuas fueron compradas en los cuarenta o cincuenta. Darius experimentó una etapa tridimensional, y como siempre odió el arte moderno, esto fue lo que compró. —Cuando llegaron al final del pasillo, se detuvo delante de la puerta de uno de los dormitorios y la miró fijamente—. Estoy cansado.

*Bella está en esa habitación*, pensó ella. Resultaba obvio por su expresión.

—¿Ha comido? —le preguntó, pensando en que sería encantador llevarle en dirección opuesta.

—No me acuerdo. —Bajó la mirada a sus pies, calzados con shitkickers—. Buen... Dios. No me he cambiado, ¿no? —Había una extraña vacuidad en su voz, como si la comprensión de ese hecho le hubiera dejado en blanco—. Debería haberme cambiado. Antes de hacer esto.

*Extiende el brazo*, se dijo a sí misma. *Extiende el brazo y coge su mano. Igual que él cogió la tuya.*

—Debería cambiarme —dijo el *Primale* quedamente—. Tengo que cambiarme.

Cormia respiró hondo, y, extendiendo el brazo, le cogió la mano. Estaba fría al tacto. Alarmanamente fría.

— Volvamos a su habitación —le dijo—. Volvamos allí.

Él asintió pero no se movió, y antes de saber lo que pasaba, era ella la que le estaba conduciendo a él. O a su cuerpo, en cualquier caso. Presentía que su mente se había marchado a alguna otra parte.

Le llevó a su habitación, hacia los confines de mármol de su baño, y cuando le detuvo, él se quedó allí de pie donde le había dejado, delante de dos lavabos y el amplio espejo. Mientras abría la cámara que rociaba agua, a la que llamaban ducha, él esperó tan pacientemente como si estuviera inconsciente.

Cuando el chorro de agua estuvo lo bastante cálido bajo su mano, se giró hacia él.

— Su Gracia, todo está listo. Puede lavarse.

Los ojos amarillos de él miraban directamente hacia delante, a uno de los espejos, pero no había ningún signo de reconocimiento hacia el reflejo de su apuesto rostro. Era como si un extraño le confrontara en el cristal, un extraño en el que no confiaba ni aprobaba.

— ¿Su Gracia? —dijo ella. La inmovilidad de él era alarmante, y de no haber estado de pie, habría comprobado el latido de su corazón—. Su Gracia, la ducha.

*Puedes hacerlo*, se dijo a sí misma.

— ¿Puedo desvestirle, Su Gracia?

Después de que asintiera levemente, se colocó ante él y vacilantemente alzó las manos hasta los botones de la camisa. Uno por uno los desabrochó, la prenda negra se abrió gradualmente exponiendo su amplio pecho. Cuando soltó el botón del ombligo, tiró de los faldones para liberarlos de los pantalones y siguió. Todo el rato, él permaneció inmóvil y no opuso resistencia, con los ojos fijos en el espejo, incluso cuando ella separó las dos mitades de la camisa y las retiró de sus hombros.

Era magnifico a la tenue luz del baño, dejando en vergüenza a todas las estatuas. Su pecho era enorme, la amplitud de sus hombros era casi tres veces la de los de ella. La cicatriz en forma de estrella de su pectoral izquierdo parecía haber sido tallada en su piel por otra parte lisa y sin vello, y deseó tocar ese lugar, trazar los radios que irradiaban desde el centro de la marca.

Deseó presionar los labios sobre él allí, pensó, presionarlos sobre su corazón. Sobre la insignia de carne de la Hermandad.

Dejando caer la camisa al borde de la profunda bañera, esperó a que el *Primale* acabara de desvestirse. No hizo nada parecido.

— ¿Debería... quitarle los pantalones?

La cabeza de él asintió.

Cuando le soltó la hebilla del cinturón, le temblaron los dedos, después desabotonó el botón de los pantalones de cuero. El cuerpo de él se movía adelante y atrás por los tirones, pero no mucho, y la asombró lo sólido que era.

Dulce Virgen Escriba, olía de un modo fantástico.

La cremallera de cobre bajó lentamente, y tuvo que sostener las dos mitades de la cinturilla unidas a causa del ángulo en el que estaba operando. Cuando las soltó, la parte delantera se abrió de golpe. Bajo el cuero, llevaba un apretado taparrabos negro, lo cual fue un alivio.

En cierto modo.

La protuberancia de su sexo la hizo tragar con fuerza.

Estaba a punto de preguntarle si debía continuar cuando levantó la mirada y comprendió que él se había ido, a todos los efectos. O seguía con lo que estaba haciendo, o lo metía bajo el agua parcialmente vestido.

Mientras tiraba del cuero hacia abajo deslizándolo por los muslos hasta las rodillas, sus ojos estaban fijos en la carne masculina acunada por el suave algodón. Recordó cómo la había sentido cuando él se había apoyado contra su cuerpo durante su sueño. Lo que estaba mirando ahora había parecido mucho más grande entonces, y había estado rígida cuando se presionó contra su cadera.

Ese era el cambio de la erección, ¿no? Las lecciones previas de la Directrix sobre el ritual marital habían sido detalladas sobre lo que ocurría cuando los machos estaban listos para el sexo.

También había narrado en forma detallada el dolor que sufrían las hembras cuando el miembro se endurecía.

Obligándose a dejar de seguir con esa línea de pensamiento, se puso de rodillas para terminar de sacarle los pantalones y comprendió entonces que debería haberle quitado las

botas primero. Luchando por abrirse paso entre los pliegues de cuero de los tobillos, se las arregló para sacar una bota apoyándose en las piernas de él y obligándole a cambiar el peso. Continuó con el trabajo en la otra... y se encontró con el pie que no era auténtico.

Siguió, sin detenerse siquiera un momento. Su afección no le importaba, aunque deseaba saber cómo había resultado tan gravemente herido. Debía haber sido luchando. Sacrificar tanto por la raza...

Los pantalones salieron del mismo modo que las botas: con una serie de tirones torpes que el *Primale* no pareció advertir. Simplemente se quedaba de pie sobre cualquiera que fuera el pie que ella le dejaba apoyado sobre el mármol, tan firme como un roble.

Cuando finalmente levantó la mirada de nuevo, no quedaba nada más que dos adornos en su cuerpo: el taparrabos, que tenía las palabras Calvin Klein alrededor de la cinturilla, y las barras y el pie de metal que llenaban el hueco entre la rodilla derecha y el suelo.

Se acercó y abrió la puerta de la cámara de agua.

—Su Gracia, su baño chorreante está listo.

La cabeza de él giró hacia ella.

—Gracias.

Con un rápido movimiento se quitó el taparrabos y caminó hacia ella, desnudo.

La respiración de Cormia se detuvo. El enorme sexo colgaba suave y largo de su base, la cabeza redondeada se balanceaba ligeramente.

—¿Te quedarás mientras me ducho? —preguntó.

—Qué... ah, ¿es lo que desea?

—Sí.

—Entonces yo... Sí, me quedaré.

## Capítulo 11



El *Primale* se metió detrás del cristal, y Cormia observó cómo se colocaba bajo la ducha y cómo su magnífico cabello se aplastaba al mojarse. Con un gemido, arqueó la espalda y subió las manos a la cabeza, el cuerpo formando una elegante y poderosa curva mientras el agua corría a través del cabello y sobre el pecho.

Cormia se mordió el labio inferior cuando extendió la mano y cogió un frasco. Hubo un ruido como de succión cuando lo apretó sobre su palma una... dos veces... Lo devolvió a su lugar, luego se llevó las manos hacia el cabello para masajear sus mechones. La espuma se deslizó hacia abajo recorriéndole los antebrazos hasta llegar a los codos para caer sobre las baldosas a sus pies. El perfume especiado que flotaba en el aire le recordó al aire libre.

Sintiendo las rodillas poco estables, y la piel tan caliente como el agua en la que él estaba, Cormia se sentó en el borde de mármol del jacuzzi.

El *Primale* tomó una pastilla de jabón, la frotó entre sus palmas, y se lavó los brazos y los hombros. Por el aroma supo que era del mismo tipo que el que ella usaba y se mezclaba magníficamente con lo que fuese que hubiera usado para lavarse el cabello.

Para su mortificación, pensó que la espuma que le bajaba por el torso, las caderas y los fuertes y suaves muslos era digna de sus celos, y se preguntó si le habría dejado unírsele. No había forma de saberlo con seguridad. A diferencia de ciertas hermanas, no podía adivinar los pensamientos de otras personas.

Pero sinceramente, ¿podría imaginarse estando de pie frente a él con las manos sobre su piel bajo esa ducha caliente...?

Sí. Sí, podía.

El *Primale* bajó el jabón, hacia el pecho y el estómago. Luego ahuecó las manos sobre lo que estaba entre sus muslos, deslizando las manos por encima y debajo de su sexo. Al igual que con el resto de sus acciones, se movió con decepcionante economía de movimientos.

Fue una extraña tortura, un dolor placentero observarle en un momento privado. Quiso que durara para siempre, pero supo que tendría que arreglárselas con los recuerdos.

Cuando cerró el agua y salió, le dio una toalla tan rápidamente como pudo para escudar de su vista esa pesada y oscilante carne masculina.

Mientras se secaba, sus músculos se flexionaban bajo la piel dorada, contrayéndose con fuerza y aflojándose al estirarse. Después de envolverse la toalla alrededor de las caderas, alcanzó otra y se secó el cabello frotando los espesos y mojados mechones de atrás hacia delante. El agitar de la toalla parecía retumbar en la habitación de mármol.

O tal vez fuese el golpeteo de su propio corazón.

Cuando terminó, tenía el cabello enmarañado, pero al levantar la vista para mirarla no pareció notarlo.

—Debería irme a la cama ahora. Tengo cuatro horas que ocupar, y tal vez podría comenzar a hacerlo ahora.

No supo a qué se refería, pero asintió.

—Bien, pero su cabello...

Se lo tocó, como si recién se diera cuenta que lo llevaba pegado a su cabeza.

—¿Le gustaría que lo cepillara? —preguntó.

Una extraña expresión le cruzó el rostro.

—Si quieres. Alguien... Alguien me dijo una vez que soy demasiado rudo con él.

*Bella, pensó ella. Bella se lo había dicho.*

No sabría decir por qué, pero estaba mortalmente segura...

¡Oh! ¿A quién estaba engañando? Había dolor en su voz. Así fue cómo lo supo. El tono fue el equivalente verbal para lo que había en sus ojos cuando se sentaba frente a la hembra en la mesa del comedor.

Y aunque le pareció mezquino, Cormia quiso cepillarle los rizos para reemplazar a Bella. Quería imprimir un recuerdo suyo sobre el que tenía de la otra hembra.

La posesividad era un problema, pero no podía cambiar la forma en que sentía.

El *Primale* le entregó un cepillo, y aunque esperaba que se sentara en el borde de la profunda bañera, salió del baño y se sentó en la chaise que estaba cerca de la cama. Puso las palmas encima de las rodillas, inclinó la cabeza y la esperó.



Mientras se acercaba, pensaba en los cientos de veces que había cepillado el cabello de sus hermanas en el baño. En este momento, sin embargo, el objeto que tenía en la mano con todas esas cerdas, era una herramienta que no estaba segura de cómo usar.

— Avíseme si le hago daño — dijo.

— No lo harás — se estiró y tomó el mando a distancia. Cuando presionó un botón, esa música que él siempre escuchaba, la ópera, se extendió por la habitación.

— ¡Qué hermoso! — dijo, dejando que los sonidos del tenor se filtraran dentro de ella —. ¿Qué idioma es?

— Italiano. Es Puccini. Una canción de amor. Es acerca de un hombre, un poeta, que encuentra a una mujer cuyos ojos le roban la única riqueza que tiene... Una mirada a sus ojos y los sueños, visiones y castillos en el aire le fueron robados y reemplazados por la esperanza. Ahora le está diciendo quien es él... y al final del solo le preguntará quién es ella.

— ¿Cuál es el nombre de la canción?

— «*Che Gelida Manina*».

— La escucha a menudo, ¿verdad?

— De todos los solos éste es mi favorito. Zsadist...

— Zsadist, ¿qué?

— Nada — sacudió la cabeza —. Nada...

Cuando la voz del tenor se elevó, le extendió los rizos sobre los hombros y empezó por las puntas, pasando el cepillo por las ondas con cuidadosas y suaves cepilladas. El áspero ruido de las cerdas se unió a la ópera, y el *Primale* debió sentirse relajado por ambos, porque su pecho se expandió cuando inspiró lenta y profundamente.

Aún cuando ya se lo había desenredado completamente, siguió haciéndolo, continuó pasando la mano libre tras el rastro del cepillo para alisarlo. A medida que el cabello se iba secando, asomaban sus colores y regresaba su espesor, después de cada pasada los rizos quedaban formados, surgiendo la melena que tan bien conocía.

No podía seguir con esto para siempre. Y era una pena.

— Creo que terminé.

— No has hecho el frente.

En realidad, lo había hecho, en su mayor parte.

— Bien.

Lo rodeó y se detuvo frente a él, y no hubo forma de ignorar la forma que abrió los muslos, como si quisiera que se colocara entre ellos.

Cormia entró en el espacio que le había hecho entre sus piernas. Tenía los ojos cerrados, las pestañas doradas descansaban sobre sus altos pómulos, y sus labios estaban ligeramente abiertos. Alzó la cabeza hacia ella con la misma clase de invitación, ofrecida por su boca y sus rodillas.

Ella la aceptó.

Volviendo a pasar el cepillo a través del cabello, siguió la parte suelta que se había formado en el centro. Con cada tirón, los músculos del cuello se le tensaban para conservar la cabeza en su lugar.

Los colmillos de Cormia salieron disparados, desde su paladar.

En ese preciso instante él abrió los ojos. Y se encontró con el brillante amarillo de su mirada.

— Tienes hambre — dijo con un tono extrañamente gutural.

Dejó caer a un lado la mano en la que llevaba el cepillo. Habiendo perdido la voz, lo único que pudo hacer fue asentir. En el Santuario, las Elegidas no necesitaban alimentarse. Sin embargo, aquí, de este lado el cuerpo le exigía sangre. Debido a lo cual había estado luchando contra el letargo.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes? — Inclino la cabeza hacia un lado—. Aunque si es debido a que no me quieres a mí, está bien. Podemos encontrar alguien más para que utilices.

— Por qué... ¿Por qué no le querría?

Se golpeó ligeramente la pierna artificial.

— No estoy entero.

Era cierto, pensó tristemente. No estaba entero, aunque no tenía nada que ver con la parte faltante de una extremidad.

— No quise imponerme — dijo—. Ese es el único motivo. Me parece atractivo, con o sin la parte inferior de la pierna.

La sorpresa centelleó en su rostro, y luego emitió un extraño sonido de bombeo... un ronroneo.

—No es una imposición. Si quieres tomar de mi vena, te la daré.

Se quedó inmóvil, sostenida por la mirada de sus ojos y la forma en que los rasgos de su rostro cambiaron cuando algo, que no había visto antes en ningún otro rostro, se apoderó de su expresión.

Lo deseaba, pensó. Urgentemente.

—Arrodíllate —dijo con un enigmático tono de voz.

Cuando Cormia se puso de rodillas, el cepillo se le cayó de la mano. Sin decir palabra, el *Primale* se inclinó hacia ella y la rodeó con sus enormes brazos. No la atrajo hacia él. Le deshizo el peinado, todo, el moño y luego la trenza.

Al extenderle el cabello sobre los hombros, emitió un gruñido, y ella se dio cuenta que a él le temblaba todo el cuerpo. Sin previo aviso, le agarró de la nuca y la arrastró hacia su garganta.

—Toma de mí —demandó.

Cormia dejó escapar un siseo que sonó como una cobra, y antes de saber lo que estaba haciendo, le clavó los colmillos en la yugular. Cuando lo mordió, él soltó una maldición y su cuerpo saltó.

*Santa Madre de las Palabras...* Su sangre era fuego, primero en la boca luego en sus entrañas, una omnipotente ola que la llenó de fuera hacia dentro, dándole una fuerza que nunca había conocido antes.

—Más fuerte —dijo mordiéndose los labios—. Chúpame...

Pasó los brazos por debajo de los de él, le hundió las uñas en la espalda y succionó con fuerza de su vena. Se mareó... no, espera, la estaba empujando hacia atrás, llevándola hacia abajo, al suelo. No le importaba lo que le hiciera o dónde terminaran, porque mientras lo tomaba se sentía consumida por ese sabor abrumador. Todo lo que necesitaba era la fuente de vida que tenía en sus labios, bajando por su garganta y dentro del estómago, y eso era todo lo que importaba.

La túnica... le estaba subiendo la túnica hasta las caderas. Muslos... los de ella abriéndose, esta vez abriéndose bajo las manos de él...

*Sí.*

El cerebro de Phury estaba sobre una repisa en alguna parte, fuera de su alcance, fuera de su vista. Era puro instinto con la alimentación de su hembra, su polla a punto de acabar, enfocado únicamente en entrar en ella antes de que eso sucediera.

Todo acerca de ella, acerca de él, repentinamente era diferente. Y urgente.

Necesitaba estar dentro de ella de todas las formas posibles, y no sólo *dentro* del tipo temporal que el sexo proveía. Necesitaba permanecer en ella, marcarla completamente, llenarla de su sangre y su simiente, y luego repetir el proceso de nuevo mañana y al otro día y al día siguiente. Tenía que estar sobre toda ella para que cada maldito idiota del planeta supiera que si se le acercaba, iba a tener que enfrentarse a él que le haría escupir los dientes y necesitar tablillas para los brazos y las piernas.

*Mía.*

Phury tiró bruscamente de la túnica apartándola del camino de su sexo y... oh, sí, ahí estaba. Podía sentir el calor surgir y...

—Mierda —gimió. Estaba mojada, resbaladiza, derramándose.

Si hubiese habido alguna manera de mantenerla en su vena mientras él bajaba hacia su centro, habría cambiado de posición inmediatamente. Pero lo mejor que podía hacer era hundir su mano en ella, para luego metérsela dentro de la boca y chupar...

Phury tembló ante el sabor, lamiendo y chupándose los dedos mientras sus caderas empujaban hacia delante y la cabeza de su polla se acomodaba en su entrada.

Justo cuando presionaba y sentía que la carne de ella cedía ante él... ese maldito, hijo de puta de medallón *Primale* sonó en el escritorio que había justo al lado de ellos. Estridente, como una alarma de incendios.

*Ignóralo, ignóralo, ignóra...*

La boca de Cormia rompió el contacto con su garganta, y levantó los ojos, muy abiertos y desenfocados por la lujuria de sangre y el sexo, hacia el sonido metálico.

—¿Qué es eso?

—Nada.

La cosa se sacudió aun más fuerte, como si estuviera protestando. Era eso o bien estaba celebrando el hecho de que había arruinado el momento.

Tal vez se hubiese puesto de acuerdo con el hechicero.

*De nada*, tarareó el hechicero.

Phury salió de encima de Cormia y la cubrió. Con una obscena y viciosa retahíla de maldiciones, se apartó hasta quedar recostado contra la cama y puso la cabeza entre las manos.

Ambos quedaron jadeantes y la porquería de oro esa continuó vibrando y dándose golpes contra el juego de cepillos.

El sonido de la cosa le recordó que no había privacidad entre él y Cormia. El manto de la tradición y las circunstancias los rodeaban y cualquier cosa que hicieran tenía enormes repercusiones que iban mucho más allá que la simple alimentación y el sexo entre un macho y una hembra.

Cormia se puso de pie como si supiera exactamente el tenor de sus pensamientos.

—Gracias por el regalo de su vena.

No había nada que pudiera decir en respuesta. Tenía la garganta demasiado llena de frustración y maldiciones.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, supo exactamente por qué se había detenido, y no tenía nada que ver con la interrupción. De haber querido, podía haber continuado.

Pero la cosa era, que si dormía con ella, tenía que dormir con todas ellas.

Se acercó a la mesita de noche, tomó un porro, y lo encendió.

Si se acostaba con Cormia, no habría vuelta atrás. Tendría que crear cuarenta Bellas... Fecundar a cuarenta Elegidas y dejarlas a merced de la cama de parto.

Tendría que ser un amante para todas ellas, un padre para todos sus niños y un líder para todas las tradiciones, en un momento que sentía que apenas podía lidiar con sus días y sus noches sin nadie más de quien ocuparse que de sí mismo.

Phury clavó los ojos en la resplandeciente punta del cigarro. Fue una conmoción darse cuenta de que habría tomado a Cormia si sólo se hubiese tratado de ellos. La deseaba muchísimo.

Frunció el ceño. Jesús... La había deseado todo el tiempo, ¿cierto?

Pero era más que eso. ¿Verdad?

Pensó en ella cepillándole el cabello, y se dio cuenta conmocionado, de que realmente había logrado calmarle en esos momentos y no sólo a través de las cepilladas.

Su misma presencia le relajaba, desde la esencia de jazmín y la forma en que se movía tan fluidamente, hasta el suave sonido de su voz.

Nadie, ni siquiera Bella, podía relajarlo. Hacer que el pecho se le relajase. Permitiéndole respirar profundamente.

Cormia podía.

Cormia lo hacía.

Lo cual significaba que a estas alturas la ansiaba más o menos a todo desolado nivel de su existencia.

*Y eso no la convierte en una chica afortunada, dijo el hechicero lenta y pesadamente. Oye, por qué no le dices que quieres convertirla en tu nueva droga de primera calidad. Se sentirá extasiada al saber que puede ser tu siguiente adicción, a la que usarás en un intento de huir de la basura que hay en tu jodida cabeza.*

*Se sentirá emocionada, compañero, porque ese es el sueño de toda muchacha... y además, todos sabemos que eres el Rey de las relaciones saludables. Un verdadero ganador de la medalla de oro en ese departamento.*

Phury dejó caer la cabeza hacia atrás, inhaló profundamente, y sostuvo el humo hasta que los pulmones le ardieron como un incendio de matorrales.

## Capítulo 12



Aquella tarde, mientras la noche caía sobre Caldwell sin hacer absolutamente nada por mejorar la humedad ambiente, el señor D estaba en el cálido baño de la planta alta de la granja despegándose el vendaje que había aplicado horas y horas antes sobre sus tripas. La gasa estaba manchada de negro. El parche de piel bajo ella había mejorado mucho.

Al fin le estaba saliendo algo bien, aunque se tratara sólo de eso. Hacía menos de veinticuatro horas que había asumido el cargo de Restrictor Jefe y sentía que alguien había meado en el depósito de gasolina de su camioneta, alimentado a su perro con carne podrida e incendiado su granero.

Debería haber permanecido como soldado.

Aunque no era como si hubiera tenido elección.

Tiró el vendaje sucio en el cubo que la gente muerta aparentemente utilizaba como papelera y decidió no reemplazarlo. A juzgar por el gran dolor que había sentido y cuán profundamente había penetrado la daga negra, el daño interno debía haber sido realmente importante. Pero para los restrictores, el tracto intestinal era inservible. Que sus tripas fueran un enmarañado desastre no era para nada importante, en tanto la hemorragia fuera restañada.

Hombre, la pasada noche apenas si había logrado salir con vida de aquel callejón. El señor D estaba condenadamente seguro de que, si no hubieran refrenado al hermano con el cabello de marica, éste le hubiera destripado como a un pez gato.

Un golpe en la plata baja hizo que levantara la cabeza. Las diez en punto.

Al menos eran puntuales.

Frenó su vehemencia, recogió su Stetson, y bajó las escaleras. Fuera había tres camionetas y un coche usado en el camino de tierra y dos escuadrones de restrictores en el porche delantero. Mientras dejaba entrar a los chicos, pensó que los jodidos le sobrepasaban por al menos treinta centímetros y podía decir que no estaban demasiado impresionados por su promoción.

— Al comedor — les dijo.

Mientras los ocho desfilaban, tiró de la correa de su pistolera, sacó la Magnum 357, y la apuntó hacia el último que había entrado en la casa.

Apretó el gatillo una vez. Dos veces. Tres veces.

El ruido fue como un trueno; nada de aquellos sutiles estallidos que obtienes con una nueve milímetros. Los proyectiles entraron en la parte baja de la espalda del restrictor, arrasando su columna vertebral y reventando en un agujero a través de su torso. El tipo golpeó la andrajosa alfombra con un golpe sordo, levantando una pequeña nube de polvo.

Mientras el señor D enfundaba su arma, se preguntaba cuándo habría sido aspirado el lugar por última vez. Probablemente no desde que había sido construido.

— Me temo que tengo que probar mis espuelas — dijo rodeando al asesino que se retorció.

Mientras una sangre negra y grasienta rezumaba sobre la alfombra marrón, el señor D puso el pie sobre la cabeza del asesino y sacó la sección de empapelado sobre la que el Omega había grabado la imagen.

— Quiero asegurarme de que la otra noche quedaron las cosas claras — les dijo mientras levantaba la imagen—. Encontráis a este macho. U os liquidaré uno por uno y comenzaré con un nuevo equipo.

Los asesinos clavaron los ojos en él guardando un silencio colectivo, como si tuvieran un único cerebro y estuviera dando vueltas para tratar de entender el nuevo orden de su mundo.

— Ahora, dejad de mirarme y mirad esto que tengo aquí — sacudió la imagen—. Traédmelo. Vivo. U os juro por mi Señor y Salvador que encontraré algunos sabuesos nuevos y les daré a comer vuestras tripas. ¿Estamos en la misma sintonía?

Uno por uno asintieron mientras el hombre caído emitía un gemido.

— Bien — el señor D apuntó a la cabeza del restrictor con el cañón de la Magnum e hizo volar a aquel hijo de puta en pedacitos—. Ahora pongámonos en movimiento.



Aproximadamente veinticuatro kilómetros al este, en el vestuario del centro de entrenamiento subterráneo, John Matthew se enamoraba. Lo que no era algo que esperara que ocurriera en aquel lugar en particular.

—Zapatillas de Ed Hardy —dijo Qhuinn, mientras levantaba un par de zapatillas—. Para ti.

John alargó la mano y las cogió. Muy bien, eran geniales. Negras. Suela blanca. Diseño de calaveras en cada una, con la firma de Hardy en los colores del arco iris.

—Guau —dijo uno de los otros reclutas que iba de camino a la puerta de salida del vestuario—. ¿Donde las has conseguido?

Qhuinn enarcó las cejas hacia el tipo.

—Están chulas, ¿eh? —Eran de Qhuinn, pensó John. Probablemente, se moría por usarlas y debía haber ahorrado para adquirirlas.

—Pruébatelas, John.

—*Son impresionantes, pero realmente, no puedo.*

Cuando el último de sus compañeros salió, la puerta se cerró con suavidad y las bravatas de Qhuinn disminuyeron. Agarró las zapatillas, las puso a los pies de John, y levantó la vista.

—Siento haberte tomado el pelo anoche. Ya sabes, en A y F, con aquella chica... me porté como un imbécil.

—*Está todo bien.*

—No, no es así. Estaba de mal humor y la tomé contigo, y eso *no* está bien.

Ves, ese era el tema con Qhuinn. Podía extralimitarse y podía ser que se saliera de sus casillas, pero siempre volvía y te hacía sentir como si fueras la persona más importante en el mundo para él y que de verdad sentía haber herido tus sentimientos.

—*Eres un maniático. Pero, realmente no puedo aceptarlas...*

—¿Fuiste criado en un establo? No seas groseeeeeero amigo mío. Son un regalo.

Blay sacudió la cabeza.

—Acéptalas, John. Vas a perder esta discusión, y nos ahorrará la comedia.

—¿Comedia? —Qhuinn se levantó de un salto y adoptó la pose de un orador romano

—. ¿Sabéis diferenciar vuestro culo de vuestro codo, joven escriba?

Blay se ruborizó.

— Venga ya...

Qhuinn se lanzó sobre Blay, aferrándose a los hombros del tipo y dejando que soportara todo su peso.

— Sujétame. Tu insulto me ha dejado sin aliento. Estoy boquituerto.

Blay gruñó y se revolvió para evitar que Qhuinn cayera al suelo.

— Se dice boquiabierto.

— Boquituerto suena mejor.

Blay estaba intentando no sonreír, no dejarse conquistar, pero tenía los ojos chispeantes como zafiros y se le estaban poniendo las mejillas coloradas.

Con una silenciosa carcajada, John se sentó en uno de los banquillos del vestuario, sacudió vehementemente un par de calcetines blancos, y se los puso bajo sus nuevos vaqueros gastados.

— *¿Estás seguro, Qhuinn? Porque tengo la sensación de que me van a quedar bien y tú podrías cambiar de idea.*

Repentinamente, Qhuinn se despegó de Blay y se acomodó la ropa con un enérgico tirón.

— Y ahora ofendes mi honor. — Enfrentando a John, se estiró adoptando una postura de esgrima —. Touché.

Blay se echó a reír.

— Es *en garde*, condenado idiota.

Qhuinn le lanzó una mirada sobre el hombro.

— *Ça va*, Brutus?

— *¡Et tu!*

— Eso quiere decir *tutu*, creo, y ya puedes guardarte el travestismo para ti mismo, perverso. — Qhuinn irradió una brillante sonrisa, que demostraba los doce niveles distintos de satisfacción que sentía por ser tan listillo. — Ahora ponte las jodidas zapatillas, John, y terminemos con esto. Antes de que tengamos que poner a Blay en un pulmón de acero.

— ¡Querrás decir, sanatorio!

— No, gracias, tomé un gran almuerzo.

Las zapatillas le sentaban perfectamente y de alguna manera hicieron que John se sintiera más alto, aunque todavía se tenía que poner de pie con ellas.

Qhuinn hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y actuó como si estuviera apreciando una obra maestra.

—Se ven bien. Sabes, quizás deberíamos endurecer tu aspecto un poco. Hacerte usar algunas cadenas. Ey, podríamos perforarte la oreja como la mía y añadir más negro...

—¿Sabes por qué a Qhuinn le gusta el negro?

Todos ellos giraron las cabezas y miraron hacia las duchas. Lash estaba saliendo de ellas, sosteniendo una toalla blanca delante de sus partes privadas, con el agua chorreando por sus amplios hombros.

—Es porque es daltónico, ¿cierto, primo? —Lash deambuló hasta su taquilla y la abrió con fuerza provocando que golpeará contra la de al lado—. Sabe que tiene los ojos de distinto color sólo porque la gente se lo dice.

John se pudo en pie, notando que las zapatillas tenían una tracción impresionante. Lo cual, dada la forma en que Qhuinn estaba mirando el culo desnudo de Lash, podría serle útil en cuestión de segundo y medio.

—Si, Qhuinn es *especial* ¿no es verdad? —Lash se enfundó un par de pantalones de camuflaje y una camiseta sin mangas, luego se deslizó un anillo de sello de oro en el dedo índice de la mano izquierda, haciendo toda una exhibición al respecto—. Algunas personas no encajan y nunca lo harán. Es jodidamente lamentable que sigan intentándolo.

—Vámonos, Qhuinn —susurró Blay

Qhuinn apretó los dientes.

—Deberías cerrar la boca, Lash. De verdad.

John se puso frente al rostro de su amigo y dijo por señas.

—Solo déjalo estar y vamos a lo de Blay a relajarnos, ¿de acuerdo?

—Ey, John se me acaba de ocurrir una pregunta. Cuando ese humano te violó en el hueco de la escalera, ¿gritaste con las manos? ¿O solo respiraste muy fuerte?

John se quedó inmóvil, absolutamente devastado. Y lo mismo les pasó a sus dos amigos.

Nadie se movió. Nadie respiró.

El vestuario se quedó tan silencioso que el gotear de las duchas sonaba como un redoble de tambor.

Lash cerró su taquilla con una sonrisa y miró a los otros dos.

—Leí su expediente médico. Está todo allí. Lo enviaron con Havers para hacer terapia porque mostraba signos de —Lash hizo comillas en el aire— «estrés postraumático». Así que vamos, John, cuando el tipo te violó, ¿intentaste gritar? ¿Lo hiciste, John?

*Seguramente. Que. Esto. Era. Una. Pesadilla,* pensó John mientras sus pelotas se encogían.

Lash se rió mientras embutía los pies en las botas de combate.

—Miraos. Los tres golpeados por el estupor. Parecen los tres Retardateros chupapollas.

La voz de Qhuinn adquirió un tono que nunca antes había asumido. No era un matiz fanfarrón, ni un arrebató de ira. Era una dureza llena de peligrosa frialdad.

—Mejor ruega que esto no se sepa. Que nadie lo sepa.

—¿O qué? Vamos Qhuinn. Soy un hijo primogénito. Mi padre es el hermano mayor de tu padre, ¿realmente piensas que puedes tocarme? Hmmm... nah, no me parece, muchachito. Ni un poco.

—Ni una palabra, Lash.

—Si seguro. Si me perdonáis, me voy. Vuestra pandilla me está quitando las ganas de vivir. —Lash cerró la taquilla y caminó hacia la puerta. Naturalmente, se detuvo y miró sobre su hombro, alisándose el cabello rubio—. Apuesto que no gritaste, John. Apuesto que pediste más. Apuesto que le suplicaste...

John se desmaterializó.

Por primera vez en su vida, se movió de un lugar a otro a través del aire. Tomando forma frente a Lash y plantando su cuerpo contra la puerta para bloquear la salida del tipo, miró hacia atrás a sus amigos y descubrió sus colmillos. Lash era suyo y sólo suyo.

Cuando ambos asintieron, comenzó el combate.

Lash se preparó para el primer puñetazo, con las manos en alto y el peso distribuido en sus muslos. Entonces en lugar de lanzar un puñetazo, John se agachó, arremetió, y

apretó la cintura del bastardo con un abrazo de oso, estrellándolo de espaldas contra la hilera de taquillas.

Lash no pareció desconcertado en lo más mínimo y se vengó propinándole un rodillazo que casi le parte la cara a John. Retrocediendo por el golpe, John se tambaleó, pero luego contraatacó, agarrando a Lash por el cuello, enganchando los pulgares bajo la mandíbula del chico, y apretando fuerte. Le dio un cabezazo en la nariz, destrozando a la maldita cabrona, haciendo que brotara un geiser, pero a Lash no le importó una mierda. Sonrió a través de la sangre que corría hacia su boca y le lanzó un puñetazo bajo, directo al abdomen que envió el hígado de John hasta sus pulmones.

Intercambiaban golpes adelante y atrás, adelante y atrás, golpeándose ambos contra hileras de taquillas, banquillos y papeleras. En algún momento, un par de reclutas intentaron entrar pero Blay y Qhuinn los obligaron a salir y bloquearon la puerta.

John agarró a Lash por el cabello, lo echó atrás y le mordió la parte alta del hombro. Cuando éste tironeó, la carne se desgarró, y los dos giraron, en tanto Lash unía sus palmas y le daba a John un golpe en la sien con las dos manos unidas. El impacto lo lanzó hacia la ducha bailando claqué, pero logró recobrar el equilibrio antes de caer. Desafortunadamente, sus reflejos no fueron lo bastante rápidos para evitar que le conectara un golpe en la mandíbula.

Fue como si le hubieran golpeado con un bate de béisbol, y se dio cuenta que Lash de algún modo se había deslizado un par de viejos puños americanos... probablemente porque necesitaba la ventaja, dado que John era más grande. Otro golpe aterrizó en algún lugar del rostro de John, y de repente estalló el 4 de Julio en su cabeza, fuegos artificiales por todas partes. Antes de que pudiera parpadear para aclararse la visión, su rostro fue estampado contra la pared embaldosada de la ducha y retenido en el lugar.

Lash extendió la mano hasta llegar a la parte delantera de los pantalones de John.

—¿Qué te parecería una repetición, John, muchacho? —espetó el tipo—. ¿O a tu culo solo le gustan los humanos?

La sensación de un gran cuerpo presionando el suyo desde detrás congeló a John en el lugar.

Debería haberlo alterado. Debería haberlo vuelto irracional. Sin embargo, volvió a ser el frágil chico que había sido, indefenso, asustado y a merced de alguien mucho, mucho

más grande. En el acto fue transportado adónde había estado en aquel decrepito hueco de escalera, presionado contra la pared, atrapado y dominado.

Se le anegaron los ojos con lágrimas. *No, esto no... esto otra vez, no.* Llegado de ninguna parte, resonó un grito de guerra, y se vio libre del peso que comprimía su cuerpo.

John cayó de rodillas y vomitó en el suelo de baldosas mojadas.

Cuando sus arcadas remitieron, se dejó caer sobre el costado y se enroscó, adoptando una posición fetal, temblando como el maricón que era...

Lash estaba tumbado sobre el embaldosado junto a él... y tenía la garganta cortada de lado a lado.

El chico estaba intentando respirar, intentando contener la sangre, y no estaba consiguiéndolo.

John levantó la vista horrorizado.

Qhuinn permanecía sobre ellos, jadeando. En la mano derecha tenía un ensangrentado cuchillo de caza.

— Oh, Jesús... — dijo Blay —. ¿Qué coño hiciste, Qhuinn?

Esto era malo. Lo suficientemente malo como para alterarte la vida para siempre. La de todos ellos. Lo que había empezado como una reyerta... era probable que acabara con un asesinato.

John abrió la boca para pedir ayuda. Naturalmente, nada salió de ella.

— Traeré a alguien — dijo Blay, y salió corriendo.

John se incorporó, se quitó rápidamente la camisa, y se inclinó sobre Lash. Quitando las manos del chico, presionó lo que había estado en su espalda contra la herida abierta y rogó que la sangre parara. Lash encontró sus ojos, después levantó sus manos como para ayudar.

*Quédate quieto,* articuló John. *Solo quédate quieto. Puedo oír que se aproxima alguien.*

Lash tosió y de su boca salió sangre, salpicándole el labio inferior para luego deslizarse por su barbilla. Mierda, la sustancia roja lo cubría todo.

Pero habían hecho esto antes, se dijo John. Ambos habían luchado justo aquí en esta misma ducha, y en aquella oportunidad el desagüe también se había teñido de rojo, y todo había salido bien.

*No esta vez,* le advirtió una voz dentro de su mente. *No esta vez...*

Luego estalló con un rugido de pánico, y empezó a rezar para que Lash viviera. Después rezó por volver atrás en el tiempo. Luego deseó que esto fuera un sueño...

Alguien estaba de pie junto a él y decía su nombre.

— ¿John? — levantó la vista. Era la doctora Jane, el médico privado de la Hermandad, y la *shellan* de Vishous. El traslúcido y fantasmal rostro estaba calmado, su voz regular y tranquilizadora. Cuando se arrodilló, se volvió tan sólida como él—. John, necesito que retrocedas para poder echarle un vistazo ¿de acuerdo? Quiero que lo sueltes y te apartes. Has hecho un buen trabajo pero ahora debo ocuparme yo de él.

Él asintió. Pero aún así, tuvo que tocarle las manos para hacerlo soltar su camisa.

Alguien lo levantó. Blay. Si, era Blay. Lo sabía por la loción para después de afeitar que usaba el tipo. Jump de Joop!

Había muchas otras personas en el vestuario. Rhage estaba justo al lado de la ducha, y junto a él estaba V. Butch también estaba allí.

Qhuinn... ¿Dónde estaba Qhuinn?

John miró a su alrededor y lo vio un poco más alejado. Ya no tenía el ensangrentado cuchillo en la mano, y Zsadist estaba al lado del chico, con aspecto amenazante.

Qhuinn estaba más pálido que las baldosas blancas, sus ojos dispares no parpadeaban al contemplar a Lash.

— Estás bajo arresto domiciliario en casa de tus padres — le dijo Zsadist a Qhuinn—. Si muere, serás acusado de asesinato.

Rhage se acercó a Qhuinn, como si pensara que el duro tono de Z no estaba siendo de ayuda.

— Vamos, hijo. Vayamos a recoger tus pertenencias de la taquilla.

Fue Rhage el que acompañó a Qhuinn cuando salió del vestuario, y Blay los siguió.

John permaneció justo donde estaba.

*Por favor deja que Lash viva, pensó. Por favor...*

Joder, no le gustaba la forma en que la doctora Jane sacudía la cabeza mientras se ocupaba del chico, abrió el maletín de médico con brusquedad, los instrumentos volaban mientras intentaba suturar el cuello de Lash.

— Cuéntame.

John saltó y volvió la cabeza. Era Z.

— Cuéntame cómo ocurrió, John.

John volvió a bajar la vista hacia Lash y revivió la escena. Oh, Jesús... no quería hablar de los porqués. Aunque Zsadist conocía su pasado, no podía obligarse a decirle al Hermano la razón por la que Qhuinn había perdido el control.

Quizás era porque todavía no podía creer que su pasado hubiera resurgido de esa forma. Quizás era porque la antigua pesadilla acababa de ser reanudada.

Quizás era porque era un cobarde que no podía dar la cara por sus amigos.

A Z se le tensó el labio desfigurado.

— Escucha John, Qhuinn está hundido en la mierda. Legalmente todavía es menor, pero esto es ataque con arma mortal contra un primogénito. La familia va a ir tras su cabeza, aunque Lash sobreviva, y vamos a necesitar saber qué ha ocurrido aquí.

La doctora Jane se levantó.

— Está cerrada, pero corre el riesgo de sufrir un paro cardíaco. Quiero llevarlo con Havers. *Ya*.

Z asintió y le hizo señas a los dos *doggen* que tenían la camilla, para que se adelantaran.

— Fritz está listo con el coche, y yo iré con ellos.

Mientras levantaban a Lash del suelo, el Hermano clavó sus implacables ojos en John.

— Si quieres salvar a tu amigo, vas a tener que decirnos qué fue lo que pasó.

John observó al grupo sacar a Lash del vestuario.

Cuando la puerta se cerró con suavidad, le temblaron las rodillas, y miró el estanque de sangre que había en el centro de la ducha.

En una esquina del vestuario, había una manguera que era usada para la limpieza diaria de las instalaciones. John forzó a sus pies a cubrir la distancia hasta donde estaba montada en la pared. Desenrollándola, abrió el agua, acercó el extremo a la ducha, después giró la boquilla para abrirla. Deslizó el pulverizador hacia delante y hacia atrás una y otra vez, moviéndolo centímetro a centímetro, desplazando la sangre hacia el desagüe, donde era tragada con un sonido de borboteo.

Atrás y adelante. Atrás y adelante.



Las baldosas pasaron del rojo al rosa y luego al blanco. Pero eso no conseguía limpiar el desastre. *Mierda*. Ni en lo más mínimo.

## Capítulo 13



Phury sentía manos sobre su piel, pequeñas manos de dedos ligeros, que viajaban hacia abajo por su estómago. Se encaminaban a la unión de sus muslos, y le daba gracias a Dios por eso. Su erección estaba hinchada, ardiente y hambrienta de alivio, y cuanto más se acercaban las manos, más se alzaban y retrocedían sus caderas, su trasero se tensaba y relajaba mientras se dejaba llevar por los embates que se moría por realizar.

Su polla goteaba... podía sentir la humedad en su estómago. ¿O quizás ya se había corrido una vez?

Oh, esas manos, haciéndole cosquillas sobre la piel. Ese toque especial como una pluma hacía que su erección se tensara aún más, como si pudiera extenderse más y ponerse en el camino de esas manos si lo intentaba con suficiente fuerza.

Manos pequeñas, dirigiéndose a su...

Phury despertó con una sacudida que lanzó su almohada disparada fuera de la cama.

— *Mierda.*

Bajo el embrollo de mantas, su polla latía, y no por la acostumbrada necesidad que sentía un macho cuando se despertaba en medio de la noche. No... esto era específico. Su cuerpo deseaba algo muy específico de una hembra en particular.

Cormia.

*Está justo en la habitación de al lado, se señaló a sí mismo.*

*Y menudo premio eres tú, devolvió el disparo el hechicero. ¿Por qué no acudes a ella, compañero? Estoy seguro de que estará verdaderamente emocionada al verte después de cómo la dejaste ir la noche pasada. Sin decirle ni una palabra. Sin siquiera un gesto de reconocimiento por la gratitud que te demostró.*

Incapaz de discutirlo, Phury miró la chaise longue.

Era la primera vez que alimentaba a una hembra.

Cuando se tocó el cuello buscando la marca del mordisco, notó que había desaparecido, había sanado del todo.

Uno de los grandes hitos de su vida se había cumplido... y eso le entristecía. No es que se arrepintiera de haber estado con ella. En absoluto. Pero desearía haberle dicho que era su primera vez.

Apartándose el cabello de los ojos, miró al reloj. Medianoche. ¿*Medianoche*? Tío, había dormido alrededor de ocho horas, claramente a causa de la alimentación. Sin embargo no se sentía descansado. Tenía el estómago revuelto y le palpitaba la cabeza.

Extendió la mano en busca del porro del despertar, que había preparado antes de caer rendido, y se detuvo de repente. Le temblaba tanto la mano, que dudaba de su capacidad para poder levantar la cosa, y se quedó mirando fijamente su palma, ordenándole mentalmente que se estuviera quieta, lo cual no tuvo ningún efecto en lo absoluto.

Le llevó tres intentos conseguir agarrar el porro de la mesita de noche, y observó sus torpes intentos desde la distancia, como si fuera la mano de algún otro, el porro de algún otro. Una vez que el manojo de hojas y papel estuvo entre sus labios, luchó por colocar el encendedor en posición y accionar la rueda de pedernal.

Dos caladas y el temblor se detuvo. El dolor de cabeza se evaporó. Su estómago se calmó.

Desafortunadamente, un traqueteo recorrió la habitación y los tres volvieron: sobre la cómoda el medallón *Primale* volvía a comenzar otra de sus rutinarias danzas.

Dejó la cosa donde estaba y se dedicó a fumar el porro mientras pensaba en Cormia. Dudaba que ella le hubiera dicho que necesitaba alimentarse. Lo que había ocurrido durante las horas diurnas en esta habitación había sido una combustión espontánea generada por la lujuria de sangre de ella, y no podía tomarlo como señal de que Cormia le deseara sexualmente. La noche anterior no se había negado al sexo, cierto, pero eso era muy diferente a desearle específicamente a él, ¿no? La necesidad no era igual que la elección. Ella necesitaba la sangre de él. Él necesitaba el cuerpo de ella.

Las Elegidas necesitaban que los dos cumplieran con el programa.

Aplastando lo poco que le quedaba del porro, miró a través de su dormitorio hacia el escritorio. El medallón finalmente se había detenido.

Le llevó menos de diez minutos ducharse, vestirse de seda blanca, y pasarse la tira de cuero del medallón *Primale* por la cabeza. Cuando la pieza de oro se aquietó entre sus pectorales, resultó ser una carga cálida, probablemente a causa del ejercicio.

Viajó directamente al Otro Lado, en su calidad de *Primale* tenía una dispensa especial por lo que podía obviar el pasaje previo por el patio de la Virgen Escriba. Tomando forma en la parte delantera del anfiteatro del Santuario, donde todo el asunto había comenzado cinco meses atrás, encontró difícil de creer que realmente hubiera tomado el lugar de Vishous como *Primale*.

Era algo así como ver su mano temblorosa: Éste simplemente no era él.

Sí, salvo que en realidad sí lo era.

Frente a él, bajo la extraña e implacable luz del Otro Lado, brillaba la blanca plataforma con su pesada cortina blanca. Aquí no había sombras, ya que no había sol en el pálido cielo, y aún así había suficiente iluminación, como si cada cosa fuera su propia fuente de luz. La temperatura era de veintiún grados centígrados, ni demasiado frío ni demasiado cálido, y no había ninguna brisa que acariciara la piel ni hiciera ondear la ropa. Todo era de un suave y tranquilizante color blanco.

El lugar era el paisaje equivalente a lo que en música sería el Muzak.

Caminando sobre la corta hierba blanca, atravesó la parte trasera del anfiteatro grecorromano, y se dirigió hacia los diversos templos y habitaciones. En los alrededores, se extendía un bosque blanco que rodeaba todo el Complejo, y cortaba cualquier posible vista del horizonte. Se preguntó qué habría al otro lado. Probablemente nada. El Santuario daba la sensación de ser la maqueta de un arquitecto o la de un tren, como si, al caminar hasta el borde todo lo que fueras a encontrar fuera una caída pronunciada hacia un gigantesco suelo alfombrado de pared a pared.

Mientras continuaba su camino, no estaba seguro de cómo conseguiría llamar la atención de la Directrix, pero igual no tenía ninguna prisa porque eso ocurriera. Para retrasarlo, fue al templo del *Primale* y utilizó su medallón de oro para abrir las puertas dobles. Después de atravesar el vestíbulo de mármol blanco, entró a la única y majestuosa habitación del templo y miró la plataforma de la cama con sus sábanas blancas de satén.

Recordó el aspecto que había tenido Cormia atada y desnuda, con una sábana blanca cayendo desde arriba y acumulándose en su garganta para ocultarle el rostro. Él había arrancado la cosa y había quedado horrorizado al ver sus ojos llorosos y aterrorizados.

Había sido amordazada.

Levantó la vista hacia el techo, donde había estado colgada la cortina que le cubría el rostro. Había dos diminutos ganchos de oro incrustados en el mármol. Deseó sacarlos con un jodido martillo hidráulico.

Mientras miraba hacia arriba, recordó involuntariamente la conversación que había tenido con Vishous justo antes de que toda esta mierda del *Primale* le hubiera caído encima. Los dos habían estado en el comedor de la mansión y V había dicho algo sobre que había tenido una visión de Phury.

Phury no había querido entrar en detalles, pero de todas formas se los había dado, y las palabras que el hermano había pronunciado le resultaban extrañamente claras ahora, como una conversación grabada: *Te vi de pie en una encrucijada en un campo immaculado. Era un día tormentoso... sí, muchas tormentas. Pero cuando tomaste una nube del cielo y la envolviste alrededor del pozo, la lluvia dejó de caer.*

Phury miró los dos ganchos con los ojos entrecerrados. Había arrancado la sábana de allí y había envuelto a Cormia. Y ella había dejado de llorar.

Ella era el pozo... el pozo que se suponía él debía llenar. Ella era el futuro de la raza, la fuente de nuevos Hermanos y Elegidas. El manantial.

Como lo eran todas sus hermanas.

—Su Gracia.

Se dio la vuelta. La Directrix estaba de pie en el umbral del templo, su larga túnica blanca rozaba el suelo, y tenía el cabello oscuro recogido en lo alto de la cabeza. Con su tranquila sonrisa y la paz que irradiaba de sus ojos, tenía la expresión beatífica de los espiritualmente iluminados.

Envidió toda esa serena convicción.

Amalya le hizo una reverencia, su cuerpo lucía delgado y elegante con el vestido ceremonial de Elegida.

—Me complace verte.

Él le devolvió la reverencia.

—Y a mí verte a ti.

—Gracias por esta audiencia. —Se irguió y hubo una pausa.

Él no la llenó.

Cuando finalmente ella lo hizo, pareció estar escogiendo sus palabras con mucho cuidado.

—¿Pensé que tal vez te gustaría reunirse con alguna otra Elegida?

*¿Qué tipo de reunión tendrá ella en mente?*, se preguntó.

*Oh, sólo una merienda tardía*, intervino el hechicero. *Con emparedados de sexo oral, bollos en forma de sesenta y nueve y manos llenas de tus nueces.*

—Cormia está bien —dijo él, esquivando la oferta.

—La vi ayer. —El tono de la Directrix era amable pero neutral, como si no estuviera de acuerdo con él.

—¿De veras?

Ella hizo otra reverencia.

—Perdóname, Su Gracia. Era el aniversario de su nacimiento, y la costumbre requería que le diera un pergamino. Cuando no pude dar contigo, me aparecí ante ella. Intenté ponerme en contacto contigo de nuevo durante el día.

*Dios mío, ¿el cumpleaños de Cormia había llegado y pasado y ella no había dicho nada al respecto?*

Sin embargo, se lo había dicho a John, ¿no? He ahí el motivo para el brazalete.

Phury deseó maldecir. Él debería haberle regalado algo.

Se aclaró la garganta.

—Lamento no haber respondido.

Amalya se irguió.

—Es tu prerrogativa. Por favor, no te disculpes.

En el largo silencio que siguió, leyó la pregunta en los amables ojos de la Directrix.

—No, no se ha hecho aún.

Los hombros de la mujer se encorvaron.

—¿Se ha negado a ti?

Él volvió a pensar en el suelo delante de su *chaise longue*. Había sido él quien se había detenido.

—No, soy yo.

—Ninguna falta podría ser nunca tuya.

—Falso. Y confía en mí en esto.

La Directrix se paseó, manoseando el medallón que pendía de su cuello. Era una copia exacta del que llevaba él, sólo que el de ella estaba suspendido de una cinta de satén blanco, y la cadena de él era negra.

Se detuvo junto a la cama, rozando ligeramente con los dedos la almohada.

—Pienso que tal vez debieras conocer a alguna de las otras.

*Oh, demonios, no.* No iba a dejar a Cormia por otra Primera Compañera.

—Veo a donde quieres llegar con esto, pero el problema no es que no la desee.

—Está bien, pero aún así, deberías conocer a otra.

Estaba claro que esa era la forma que tenía la Directrix de exigirle que se acostara con Cormia o eligiera a otra Primera Compañera. No podía decir que le sorprendiera. Habían pasado cinco largos meses.

Dios, a lo mejor eso resolvería algunos problemas. El problema era que tomar otra Primera Compañera sería equivalente a lanzar una maldición sobre Cormia. Las Elegidas lo verían como que había fallado, y ella se sentiría igual, aunque ese no sería el caso en lo absoluto.

—Como ya he dicho, me va bien con Cormia.

—Indudablemente... sólo que ¿quizás el emparejamiento sería más probable con alguna otra de nosotras? Layla, por ejemplo, es bastante hermosa de cara y extremidades, y está adiestrada como *ehros*.

—No voy a hacerle eso a Cormia. La mataría.

—Su Gracia... ya está sufriendo ahora mismo. Lo vi en sus ojos. —La Directrix caminó lentamente hacia él—. Y además, el resto de nosotras estamos atrapadas en nuestra tradición. Teníamos grandes esperanzas que nuestras funciones volvieran a ser lo que habían sido. Si tomas a otra como Primera Compañera y completas el ritual, nos librarás a todas de esta carga de futilidad, y eso incluye a Cormia. Ella no es feliz, Su Gracia. No más que tú.

Pensó en ella otra vez, en esa cama, atada... Cormia no había deseado esto desde el principio, ¿verdad?

Pensó en ella tan callada en la mansión. Pensó en ella que no se sentía lo bastante cómoda como para decirle que tenía que alimentarse. Pensó en ella no diciendo nada sobre su cumpleaños. Nada sobre su deseo de salir. Nada sobre esas construcciones de su dormitorio.

Un paseo por un pasillo no compensaba lo mucho que la había abandonado.

—Estamos atrapados, Su Gracia —dijo la Directrix—. Tal y como están las cosas ahora, todos estamos atrapados.

¿Y si estaba aferrándose a Cormia porque, siendo ella su Primera Compañera, no tendría que preocuparse por todo el asunto del sexo? Desde luego, quería protegerla y hacer lo correcto por ella, y esas eran verdades honorables, pero sus ramificaciones le protegían a él también.

Había Elegidas que lo deseaban, que le deseaban a él. Cuando prestó juramento había sentido sus miradas fijas.

Había dado su palabra. Y estaba endemoniadamente cansado de romper los votos que había hecho.

—Su Gracia, ¿puedo pedirle que venga conmigo? Deseo mostrarle un lugar aquí en el Santuario.

Siguió a Amalya fuera del Templo *Primale*, y los dos permanecieron en silencio mientras bajaban la colina hacia un conjunto de estructuras blancas de cuatro pisos con columnas.

—Es la residencia de las Elegidas —murmuró ella—, pero tú y yo no nos dirigimos a ella.

*Menos mal*, pensó él, echándole un vistazo.

Mientras pasaba de largo, notó que ninguna de las ventanas tenía cristales, e imaginó que no había razón para molestarse en ello. No había insectos ni animales... ni tampoco lluvia, supuso. Y la falta de cristaleras significaba, por supuesto, que no había barreras entre él y las Elegidas que le devolvían la mirada desde sus habitaciones.

Había una hembra en cada ventana de cada habitación de cada edificio.

*Oh, Jesús.*

—Aquí estamos. —La Directrix se detuvo delante de una estructura de un sólo piso y abrió un par de puertas dobles. Cuando las abrió del todo, el corazón de Phury se hundió.



Cunas. Filas y filas de cunas blancas vacías.

Mientras intentaba seguir respirando, la voz de la Directrix se hizo cada vez más triste.

—Este solía ser un lugar de alegría, lleno de vida, prolífico con el futuro. Si sólo tomaras a otra... ¿Te sientes indispuesto, Su Gracia?

Phury retrocedió. No podía respirar. No podía... respirar.

—¿Su Gracia? —Ella extendió la mano.

Él se apartó de un tirón.

—Estoy bien.

*Respira, demonios. Respira... Esto es lo que aceptaste. Enfréntalo.*

En su mente, el hechicero le daba un ejemplo tras otro de cómo él decepcionaba a la gente, empezando en el presente con Z y Wrath y esa mierda de los restrictores, yendo todo el camino hasta el pasado exponiendo sus fracasos ante sus padres.

Era deficiente en todos los aspectos de su vida, y también, se sentía atrapado en todas partes.

Al menos Cormia podía verse libre de esto. Libre de él.

La voz de la Directrix se tensó llena de alarma.

—Su Gracia, quizás deberías tomarte un descanso...

—Tomaré a otra.

—Tú...

—Tomaré a otra Primera Compañera.

La Directrix pareció atónita, pero luego hizo una profunda reverencia.

—Su Gracia, gracias... gracias... Verdaderamente eres la fuerza de la raza y nos liderarás a todos...

La dejó seguir recitando frases vacías mientras la cabeza le daba vueltas y se sentía como si hubieran dejado caer una carga de hielo seco en sus entrañas.

La Directrix aferró su medallón, la alegría impregnaba su rostro sereno.

—Su Gracia, ¿qué prefieres en una pareja? Tengo a un par en mente.

Perforó categóricamente a Amalya con ojos duros.

—Tiene que desear esto. Sin coerción. Ni ataduras. Tienen que desearlo. Cormia no lo deseaba, y eso no fue justo para ella. Yo me ofrecí voluntario para esto, ella no tuvo elección.

La Directrix le puso una mano en el brazo.

—Entiendo, y es más, estoy de acuerdo. Cormia nunca encajó en ese papel, de hecho por esa causa tuvo que ser coaccionada específicamente para ser Primera Compañera por la Directrix anterior. Yo nunca sería tan cruel.

—Y Cormia estará bien. Quiero decir, no la echaréis de aquí, ¿entendido?

—Será bienvenida de vuelta a su lugar. Es una buena hembra. Sólo que no... tan bien adaptada a esta vida como algunas de nosotras.

En los silenciosos instantes que siguieron, tuvo una imagen de ella desvestiéndole para la ducha, sus cándidos e inocentes ojos verdes mirándole mientras abría torpemente el cinturón y los pantalones de cuero.

Ella sólo quería hacer lo que era correcto. Por aquel entonces, cuando todo este lío había empezado, aunque había estado aterrada, habría hecho lo correcto por seguir con su tradición y le habría tomado. Lo que la hacía más fuerte que él, ¿no? Ella no estaba huyendo. Era él, el que estaba poniendo pies en polvorosa.

—Le dirás a las otras que no soy digno de ella. —Cuando la Directrix se quedó boquiabierta, la señaló con el dedo—. Es una maldita orden. Les dirás... que ella es demasiado buena para mí. Quiero que la eleven a un rango especial. La quiero puñeteramente consagrada, ¿me entiendes? Hazle justicia o convertiré este lugar en ruinas.

Cuando fue evidente que la mente de la Directrix era un mar de confusión, la ayudó a recomponerse recordándole:

—Éste de aquí es mi mundo. Yo doy las órdenes, ¿no es así? Yo soy la fuerza de la maldita raza, así que harás lo que te digo. Ahora asiente.

Cuando ella lo hizo, se tranquilizó un poco.

—Bien. Me alegro que estemos de acuerdo. Ahora, ¿Es necesario hacer otra ceremonia?

—Ah... ah, cuando pronunciaste las p-palabras ante Cormia, te uniste con todas nosotras. —Volvió a poner la mano sobre su medallón pero esta vez Phury tuvo el

presentimiento que no fue en un arrebató de alegría. Era más bien como si necesitara sostenerse de algo para recuperar la confianza.

— ¿Cuándo... vendrás aquí para quedarte?

Pensó en el embarazo de Bella. No podía perderse el nacimiento, y tal y como iban las cosas entre él y Z, puede que éste ni siquiera le avisara.

— No durante un tiempo. Podría ser un año.

— Entonces debo enviar a la primera de ellas a que se encuentre contigo en el Otro Lado, ¿verdad?

— Sí. — Le dio la espalda a la guardería, sintiendo como si todavía necesitara más aire

—. Escucha, voy a pasear un rato.

— Le diré a las demás que te concedan privacidad.

— Gracias, y lamento ser tan inflexible. — Hizo una pausa—. Una última cosa... quiero ser yo el que hable con Cormia. Se lo diré yo.

— Como desees. — La Directrix hizo una profunda reverencia—. Necesitaré un par de días para preparar ritualmente...

— Solo avísame cuándo vayas a enviar a una de ellas.

— Sí, Su Gracia.

Cuando se marchó, se quedó mirando fijamente el paisaje blanco, y después de un rato, el espacio cambió ante sus ojos, alterándose hasta formar otro panorama completamente distinto. Desaparecieron todos los bien ordenados e incoloros árboles y la hierba que había parecido estar cubierta por una fina capa de nieve. En vez de eso, vio los sofocados jardines de la casa que su familia tenía en el Antiguo País.

Detrás de la enorme casa de piedra en la que había crecido había habido un jardín amurallado de alrededor de una hectárea de extensión. Dividido en cuadrantes por pasillos empedrados con guijarros, se había pretendido que fuera una muestra de especímenes de plantas y que ofreciera un lugar de belleza natural y calma para la mente. Las paredes de mampostería que encerraban el paisaje habían estado dominadas por cuatro estatuas en las esquinas, las figuras reflejaban las etapas de la vida, desde un infante en brazos de su padre, luego un joven y atlético macho de pie solo, pasando por el macho sujetando a una cría en brazos, para terminar sentado en su sabia vejez con el hijo adulto de pie tras él.

Recién construido el jardín, debía haber sido verdaderamente elegante, un auténtico espectáculo, y Phury podía imaginar la alegría de sus padres mientras lo contemplaban en todo su esplendor como recién emparejados.

Él no había conocido ninguna de las perfecciones prometidas en la elegante armazón del diseño. Lo que había visto del jardín había sido sólo el caos de la negligencia. Para cuando fue lo bastante mayor como para ser consciente de lo que le rodeaba, los lechos de flores habían quedado cubiertos de rastros, los bancos de reflexión estaban nadando entre algas acuáticas, y la hierba había invadido los caminos. Lo más triste para él eran las estatuas. La hiedra se enroscaba alrededor de éstas, consumiéndolas más y más cada año, las hojas oscurecían cada vez más lo que la mano del escultor había deseado mostrar.

El jardín era la representación visual de la ruina de su familia.

Y él había deseado arreglarlo. Todo.

Después de su transición, que casi le había matado, se había alejado de la debacle de la casa familiar, y podía recordar la partida tan claramente como veía en su mente el miserable jardín. La noche de su marcha había estado marcada por una luna llena de octubre, y había empaquetado algunas de las viejas y más finas ropas de su padre bajo su brillante luz.

Phury había tenido sólo un plan impreciso: retomar el rastro que su padre había dejado enfriar. En la noche del secuestro de Zsadist, había quedado claro que la niñera se había llevado al niño, y Ahgony, como habría hecho cualquier padre, había ido tras ella buscando venganza. Sin embargo, la mujer había sido lista, y él no había encontrado nada concreto hasta pasados dos años. Siguiendo pistas, sospechas y una trama de rumores, el Hermano había buscado por todo el Antiguo País y finalmente había localizado la mantita de bebé de Zsadist entre las cosas de la mujer... que había muerto sólo una semana antes.

Este fallo por escaso margen fue sólo otra página en la tragedia.

Había sido en ese momento en el que Ahgony había sido informado que su hijo había sido recogido por un vecino y vendido en el mercado de esclavos. El vecino había tomado el dinero y huido, y aunque Ahgony había acudido al tratante de esclavos más cercano, había demasiado niños sin padres siendo comprados y vendidos para rastrear a Zsadist.

Ahgony se había rendido, había vuelto a casa y empezado a beber.

Ya que Phury se preparaba para retomar la búsqueda de su padre, parecía apropiado vestir los trajes y sedas de su progenitor. También era importante. Aparentar ser un caballero sin dinero podría hacerle más fácil el infiltrarse en las grandes casas, que era donde se retenía a los esclavos. Con el viejo guardarropa de su padre, Phury podría ser tomado por otro vago bien educado, buscando pagar por su manutención con su ingenio y su encanto.

Vestido a la moda de veinticinco años atrás, y con una maltratada maleta de cuero en la mano, se enfrentó a sus padres para contarles lo que tenía planeado hacer.

Sabía que su madre estaba en cama en el sótano de la casa, porque era allí donde vivía. También sabía que no le miraría cuando entrara. Nunca lo hacía, y no la culpaba por ello. Él era la réplica exacta del que le había sido arrebatado, el recordatorio vivo, andante y parlante de su tragedia. Que fuera un individuo separado de Zsadist, que llevara luto por la pérdida como hacía ella, porque había perdido a la mitad de sí mismo desde que su gemelo había sido raptado, que necesitara apoyo y cariño, estaba más allá de la comprensión de ella a causa de su propio dolor.

Su madre nunca lo había tocado. Ni una sola vez, ni siquiera para bañarle cuando había sido niño.

Después de llamar a la puerta, Phury había puesto cuidado en decirle quien era antes de entrar para que pudiera prepararse psicológicamente en consecuencia. Cuando no respondió, abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral, llenando el marco de la puerta con su recién transformado cuerpo. Cuando le dijo lo que iba a hacer, no estaba seguro de lo que esperaba de ella, pero no consiguió nada. Ni una sola palabra. Ni siquiera levantó la cabeza de su andrajosa almohada.

Había cerrado la puerta y acudido a las habitaciones de su padre.

El macho había perdido el conocimiento, borracho entre las botellas de cerveza barata que le mantenían, si no cuerdo, al menos lo suficientemente cerca de la enajenación mental como para no pensar demasiado. Tras intentar espabilarle, Phury había garabateado una nota, dejándola sobre el pecho de su padre, después había subido las escaleras y salido de la casa.

De pie en los restos de la terraza llena de hojas de la que una vez había sido la grandiosa casa familiar, había escuchado la noche. Sabía que había muchas posibilidades

de que no volviera a ver nunca a sus padres, y le preocupaba que el único *doggen* que quedaba muriera o resultara herido. Y entonces, ¿qué harían ellos?

Mirando a la majestuosidad de lo que una vez había sido, presintió que su gemelo estaba en algún lugar en la noche, esperando a ser encontrado.

Mientras una hilera de lechosas nubes pasaba a la deriva descubriendo la cara de la luna, Phury había buscado profundamente dentro de sí mismo alguna clase de fuerza.

*La verdad, había dicho una voz baja dentro de su cráneo, podrías buscar hasta contar mil amaneceres e incluso encontrar el cuerpo vivo de tu gemelo, aunque indudablemente no quedará nada que pueda ser rescatado. No estás a la altura de esta tarea, y además, tu destino decreta que fallarás sin importar cuál sea la meta que te impongas, y atraerás sobre todos la maldición del exhile dhoble.*

Había sido el hechicero hablando por primera vez.

Y mientras las palabras calaban en él, en ese momento en que se sentía demasiado débil para el viaje que tenía por delante, hizo su voto de celibato. Levantando la vista hacia el gran disco brillante en el cielo negro azulado, juró por la Virgen Escriba que se mantendría apartado de toda distracción. Sería el salvador puro y concentrado. Sería el héroe que traería de vuelta a su gemelo. Sería el sanador que resucitaría al amargado y enmarañado amasijo de su familia y los devolvería a su anterior condición de salud y belleza.

Sería el jardinero.

Phury volvió al presente cuando el hechicero habló.

*Pero yo tenía razón, ¿no? Tus padres murieron ambos prematuramente y en la miseria, tu gemelo fue usado como una puta, y tú eres un demente.*

*Yo tenía razón, ¿verdad compañero?*

Phury volvió su atención a la extraña e inmensa extensión blanca del Otro Lado. Era tan perfecta, todo estaba en orden, no había nada fuera de lugar. Los tulipanes blancos con sus tallos blancos se balanceaban en sus lechos alrededor de los edificios. Los árboles no se desbordaban fuera de la linde del bosque. No había ni una mala hierba a la vista.

Se preguntó quién segaba el césped, y tuvo el presentimiento de que la hierba, como todo lo demás, simplemente crecía así.

Debía ser agradable.

## Capítulo 14



En la mansión de la Hermandad, Cormia comprobó el reloj que había en su buró otra vez. Hacía una hora que John Matthew debería haber ido a buscarla para ver una película y esperaba que nada hubiese salido mal.

Paseándose un poco más, se dio cuenta que esa noche su habitación le parecía demasiado pequeña, demasiado atestada, aunque no tuviera ningún mueble nuevo y estuviera absolutamente sola.

Queridísima Virgen Escriba, tenía demasiada energía.

Era por la sangre del *Primale*.

Eso y una aplastante e insatisfecha urgencia.

Se detuvo al lado de la ventana, se llevó la yema de los dedos a los labios, y recordó el sabor de él, su textura. Qué arrebató tan insensato, qué éxtasis tan glorioso. Pero, ¿por qué se habría detenido? Esa pregunta había estado dándole vueltas en la cabeza. ¿Por qué no había seguido? Sí, el medallón lo había convocado, pero como *Primale* todo se hacía según sus términos. Él era la fuerza de la raza, el gobernante de las Elegidas, libre de ignorar a cualquiera y a todos a voluntad.

La única respuesta la había hecho enfermar del estómago. ¿Había sido por sus sentimientos hacia Bella? ¿Había pensado que estaba traicionando a la que amaba?

Era difícil definir qué era peor: él estando con ella y todas sus hermanas, o él no estando con ninguna de ellas porque le había entregado el corazón a otra.

Mirando fuera, hacia la noche, estaba segura de que se iba a volver loca si se quedaba en su habitación, y sus ojos se vieron atraídos hacia la piscina con su superficie ondulante. El suave movimiento le recordaba los profundos baños del Otro Lado, y llevaba implícita la promesa de brindarle un pacífico respiro de todo lo que tenía en mente.

Antes de darse cuenta Cormia había abandonado el dormitorio, traspasado la puerta y estaba fuera en el pasillo. Moviéndose rápida y silenciosamente sobre sus pies descalzos bajó por la magnífica escalera hacia el vestíbulo y cruzó el suelo de mosaicos. En la sala de

billar, usó la puerta que había utilizado John la noche anterior para salir al exterior y se liberó de la casa.

De pie sobre las frías piedras de la terraza, dejó que sus sentidos se extendieran en la oscuridad y recorrió con los ojos lo que podía ver del sólido muro que rodeaba propiedad. Parecía no haber ningún peligro. Nada se movía entre las flores y árboles del jardín excepto el denso aire de la noche.

Miró hacia atrás, a la sólida casa. Las luces brillaban en las ventanas enmarcadas de hierro, y podía ver a los *doggens* moviéndose en su interior. Había mucha gente cerca por si necesitaba ayuda.

Entrecerró las puertas casi cerrándolas por completo, recogió el ruedo de su túnica, y corrió atravesando la terraza en dirección al agua.

La piscina era rectangular y estaba rodeada con las mismas piedras negras planas que cubrían la terraza. A su alrededor había sillas largas hechas de tiras entretejidas y mesas con superficies de cristal. En uno de los costados, había un dispositivo negro con un tanque blanco. Las flores en macetas le aportaban color.

Arrodillándose, probó el agua, a la luz de la luna su superficie parecía aceitosa, probablemente porque el fondo de la piscina estaba hecho de hileras de las mismas piedras negras que la rodeaban. La forma en que estaba construida no se parecía a los baños de su hogar; no había niveles graduales para meterse, y sospechaba que tenía una profundidad considerable. Sin embargo, no corrías peligro de quedar atrapada. A intervalos regulares en los laterales, había agarraderas curvas que se podían utilizar para ayudarte a salir del agua.

Primero metió un dedo del pie y luego el pie entero, la superficie de la piscina ondeó por la penetración, como si el agua aplaudiera animándola.

A su izquierda había escaleras, peldaños poco profundos que eran claramente el modo de entrar. Fue hacia ellos, se quitó la túnica y entró desnuda en la piscina.

Su corazón palpitaba con fuerza, pero ah, el lujo de la suavidad del agua lo reguló. Continuó avanzando hasta que estuvo cubierta por ese suave abrazo móvil desde el pecho hasta los talones.

Qué encantador era.



El instinto le indicó que empujara con los pies, y así lo hizo, su cuerpo se deslizó hacia adelante en un movimiento ingrávito. Descubrió que si sacaba los brazos hacia arriba y luego los volvía a meter podía desplazarse, yendo dondequiera que escogiera... primero a la derecha luego a la izquierda, entonces adelante, adelante, adelante hasta el final, donde un delgado borde sobresalía por encima del agua.

Terminada la exploración, Cormia se puso de espaldas y se quedó flotando, mirando el cielo. Las luces centellantes que veía allí arriba la hicieron pensar en el lugar que ocupaba entre las Elegidas y en su deber de ser una más entre muchas, una molécula que era parte de un todo. Ella y sus hermanas eran indistinguibles dentro de la magnífica tradición a la que servían: eran como el agua, imperceptibles y fluidas, sin límites; igual que las estrellas de allí arriba, eran todas iguales.

Mirando el cielo de la tierra, tuvo otro de aquellos fortuitos pensamientos heréticos, sólo que éste no era sobre el diseño de la casa o acerca de lo que alguien llevaba puesto o si le gustaba determinada comida o no.

Este fue directamente a su alma y la marcó como a una pecadora y una hereje:

Ella no quería ser una de muchas.

No con el *Primale*. No para él.

Y no para sí misma.

Al otro lado de la ciudad, Qhuinn estaba sentado en la cama y tenía la mirada fija en el teléfono móvil que descansaba en la palma de su mano. Había escrito un texto que iba dirigido a Blay y a John, y sólo estaba esperando para enviar al cabrón.

Había estado sentado allí por lo que parecían varias horas, pero probablemente había sido sólo una como mucho. Después de haberse dado una ducha para lavarse la sangre de Lash, había plantado el culo en el suelo y se había preparado para lo que venía.

Por alguna razón, no podía dejar de pensar en la única cosa agradable, al menos que él recordara, que sus padres habían hecho por él. Había sido aproximadamente tres años atrás. Se había pasado meses dándoles la lata para que le permitieran ir a Connecticut a lo de su primo Sax. Saxton ya había pasado la transición y era un poco salvaje, así que naturalmente era el héroe de Qhuinn. Y naturalmente, los padres no aprobaban a Sax ni a

sus padres... quienes no estaban del todo interesados en las cargas sociales que se autoimponía la *glymera*.

Qhuinn había pedido, suplicado y gimoteado y no había logrado nada por sus esfuerzos. Y luego cuando menos lo esperaba su padre le había informado que había logrado salirse con la suya e iba a pasar el fin de semana en el sur.

Alegría. Una completa y jodida alegría. Había empacado tres días antes, y cuando se subió en la parte trasera del coche después del anochecer y lo condujeron hacia la frontera con Connecticut, se había sentido como si fuera el Rey del mundo.

Sí, eso había sido un gesto agradable de parte de sus padres.

Claro, que luego se enteró del motivo por el que lo habían hecho.

La aventura con Sax no había funcionado del todo bien. Terminó bebiéndose todo lo bebible con su primo durante las horas diurnas del sábado y se había puesto tan enfermo a base de una combinación letal de Jägermeister y gelatinas hechas con vodka, que los padres de Sax habían insistido que fuera a su casa para recobrarse.

Ser llevado de vuelta por uno de sus *doggen* había sido el paseo de la vergüenza, y lo que era peor, a cada rato tenía que pedirle al chofer que se detuviera para vomitar un poco más. La única gracia era que los padres de Sax habían consentido en no decirles nada a sus padres... con la condición de que él hiciera una confesión completa cuando lo hubiesen dejado frente a la puerta principal de su casa. Era evidente, que ellos tampoco querían tratar con su padre y madre.

Cuando el *doggen* estacionó delante de la casa, Qhuinn había calculado que simplemente les diría que se había sentido indispuerto, lo cual era cierto, y que había pedido que lo trajeran de regreso a casa, lo cual no era cierto y nunca lo sería.

No obstante las cosas no se desarrollaron según lo planeado.

Todas las luces del lugar estaban encendidas, la música se derramaba en el aire, proveniente de una carpa levantada en la parte de atrás. Había velas encendidas en cada una de las ventanas; y gente pululando por todas las habitaciones.

—Que bien que consiguieras volver a tiempo —había dicho el *doggen* que estaba al volante en un tono feliz—. Hubiera sido una pena que te perdieras esto.

Qhuinn se había bajado del coche con su equipaje sin notar el momento en que el criado se había ido.

Por supuesto, había pensado. Su padre había culminado su período como *leahdyre* de la *glymera* después de un distinguido período de servicio encabezando el Consejo de Princeps. Esta era la fiesta para celebrar la tarea cumplida y realizar el traspaso del cargo al padre de Lash.

Y este era el motivo por el cual el personal había estado tan ajetreado el último par de semanas. Había supuesto que su madre estaba atravesando otro de sus períodos anuales de limpieza general, pero no. Toda la pulcritud había sido en previsión de esta noche.

Qhuinn se había dirigido a la parte de atrás de la casa, pegándose a las sombras lanzadas por los setos y arrastrando la mochila por el suelo. La carpa había tenido un aspecto encantador. Las arañas titilaban con luces que derramaban su brillo sobre las mesas revestidas con hermosos arreglos de flores y velas. Todas y cada una de las sillas habían sido decoradas con lazos de satén, y en los pasillos había caminadores que delimitaban la disposición de los asientos. Supuso que la combinación de colores de todo el diseño sería en tonos de turquesa y amarillo, reflejando las dos ramas de su familia.

Contempló los rostros de los invitados, reconociendo a todos y cada uno de ellos. Todo su linaje estaba allí, junto con las principales familias de la *glymera*, y todos los invitados estaban vestidos formalmente, las hembras luciendo vestidos de gala, los hombres de frac. Había jóvenes revoloteando como luciérnagas entre los adultos y los de edad avanzada estaban sentados al margen sonriendo.

Había permanecido allí en la oscuridad, sintiéndose como parte de los trastos de la casa que habían sido retirados antes de que llegaran los invitados, otro objeto inútil, y feo que debía ser escondido en un armario, para que nadie lo viera. Y no fue la primera vez que deseó meterse los dedos dentro de las cuencas de sus ojos y presionar, para destruir así lo que lo había destruido a él.

Repentinamente, la banda se había quedado en silencio, y su padre se había dirigido hasta el micrófono que estaba al frente de la pista de baile. Cuando todos los invitados se reunieron, la madre de Qhuinn, su hermano y su hermana fueron a situarse detrás de su padre, los cuatro brillaban de un modo que no tenía nada que ver con las luces resplandecientes.

—Si me prestan su atención —había dicho su padre en la Antigua Lengua—, me gustaría tomarme un momento para saludar a las familias fundadoras que están aquí esta

noche. —Una ronda de aplausos—. Los otros miembros del Consejo. —Ronda de aplausos—. Y al resto de ustedes que forman parte del corazón de la *glymera* así como los que forman parte de mi línea de descendencia. —Ronda de aplausos—. Estos diez años pasados como *leahdyre* han sido todo un desafío, pero hemos progresado mucho, y sé que mi sucesor tomará las riendas con mano firme. Con la reciente ascensión del Rey, es incluso más primordial que nuestros intereses sean puestos en orden y se tengan en consideración. A través del continuo trabajo del Consejo, procuraremos que la raza avance según nuestra visión... sin miramientos ante la oposición poco meritoria de aquellos que no entienden el problema tan completamente como lo hacemos nosotros...

Hubo una resonante aprobación en este punto, seguida de un brindis por el padre de Lash. Luego el padre de Qhuinn se había aclarado la garganta y había echado un vistazo a las tres personas que tenía detrás. Con una voz ligeramente ronca, había dicho:

—Ha sido un honor servir a la *glymera*... y aunque echaré de menos mi puesto, sería negligente por mi parte no confesar que me complace muchísimo tener más tiempo para mi familia. Verdaderamente, ellos son la razón de mi vida y debo agradecerles la calidez y luminosidad que aportan a mi corazón cada día.

La madre de Qhuinn había hecho volar un beso y había parpadeado rápidamente. Su hermano se había puesto todo orgulloso hinchando el pecho como un petirrojo, con la adoración a su héroe pintada en los ojos. Su hermana había aplaudido y dado brinco, haciendo saltar sus rizos de la alegría.

En aquel momento, el rechazo demostrado a él como hijo, hermano y miembro de la familia había sido tan absoluto que ninguna palabra dirigida a él o hablada sobre él podría haber intensificado su agobiante tristeza.

Qhuinn abandonó los recuerdos cuando el golpe de su padre aterrizó bruscamente en la puerta, el golpe de los nudillos rompió el asimiento del pasado, quebrando repentinamente la escena que tenía en mente.

Presionó el botón de enviar en el móvil, se puso el teléfono en el bolsillo de la camisa, y dijo:

—Entre.

No fue su padre quien abrió la puerta.

Era un *doggen*, el mismo mayordomo que le había dicho que ese año no debía asistir al baile de la *glymera*.

Cuando el sirviente le hizo una reverencia, no tenía intención que fuera un gesto de respeto específico, y Qhuinn no lo tomó de ese modo. Los *doggen* le hacían reverencias a todo el mundo. Joder, si interrumpían a un mapache asaltando la basura, su primer movimiento antes de ahuyentarlo sería la vieja rutina de «inclinémonos por la cintura».

—Supongo que me voy —dijo Qhuinn cuando el mayordomo rápidamente hizo los típicos gestos con la mano para protegerse del mal de ojo.

—Con todo el debido respeto —dijo el *doggen*, con su frente todavía apuntando a sus pies—, su padre ha solicitado que abandonara la propiedad.

—Genial. —Qhuinn se levantó con la bolsa de lona en la cual había empacado su colección de camisetas y sus cuatro pares de vaqueros.

Mientras balanceaba la correa sobre su hombro, se preguntó por cuánto tiempo estaría pago el servicio de su móvil. El último par de meses había estado esperando que se lo cortaran, desde que su pensión había desaparecido repentinamente.

Tenía el presentimiento de que el T-Mobile, al igual que él estaba Bien Jodido.

—Su padre solicitó que se le entregara esto. —El *doggen* no se irguió al extender la mano que sostenía un pesado sobre de tamaño comercial.

El impulso de decirle al sirviente que tomara la maldita cosa y que la enviara por correo aéreo al culo de su padre fue casi irresistible.

Qhuinn tomó el sobre y lo abrió. Después de mirar los papeles, tranquilamente los plegó y los volvió a guardar. Se metió la cosa en la parte de atrás de la pretina de sus vaqueros, y dijo:

—Iré a esperar mi transporte.

El *doggen* se enderezó.

—Al final del camino de entrada, si me hace el favor.

—Sí. Seguro. Bien. —*Lo que sea*—. Necesitas un poco de mi sangre, ¿no es así?

—Si usted fuera tan amable. —El *doggen* sostuvo una copa de cobre, el fondo de la cual estaba forrado en cristal negro.

Qhuinn usó su navaja del ejército suizo, porque el cuchillo de caza le había sido confiscado. Abriendo una veta con la hoja a través de su palma, cerró el puño para exprimir algunas gotas rojas dentro de la copa.

Cuando saliera de la casa, iban a quemar la sangre como parte de un ritual de limpieza.

No se trataba solamente de desechar algo defectuoso; se estaban librando del mal.

Qhuinn dejó su dormitorio sin mirar atrás y camino por el pasillo. No se despidió de su hermana, aunque oyó que estaba practicando con la flauta, y dejó a su hermano en paz para que siguiera recitando versos en latín. Tampoco se detuvo en la sala de dibujo de su madre cuando la oyó hablando por teléfono. Y seguro como la mierda que continuó caminando en línea recta cuando pasó frente al estudio de su padre.

Todos estaban al tanto de su partida. La prueba estaba en el sobre.

Cuando llegó a la planta baja, no cerró la magnífica puerta principal de un golpe. No había ninguna razón para montar un espectáculo. Todos sabían que se marchaba, que era el motivo por el cual todos estaban tan calculadamente ocupados en vez de estar tomando el té en la sala de estar.

Apostaba que se reunirían tan pronto el *doggen* les dijera que estaba fuera de la casa. Apostaba que tendrían algún Earl Grey y un par de bollos. Apostaba que exhalarían un profundo, profundo suspiro de alivio y luego se lamentarían acerca de lo difícil que iba a ser mantener las cabezas en alto después de lo que él le había hecho a Lash.

Qhuinn vagó por el largo y sinuoso camino de entrada. Cuando llegó a las grandes puertas de hierro, estaban abiertas. Después de que las traspasara, se cerraron con un sonido metálico como si le hubieran dado una patada en el culo.

La noche de verano era cálida y húmeda, un relámpago brilló hacia el norte.

Las tormentas siempre venían del norte, pensó, y esto ocurría en ambas estaciones tanto en verano como en invierno. En los meses fríos, las que venían del norte podían sepultarte bajo tanta nieve que te sentías como un...

*Guaa.* Estaba tan alterado, que estaba hablando del clima consigo mismo.

Dejó la bolsa en el bordillo de la acera.

Supuso que ahora debería mandarle un mensaje a Blay para ver si podía recogerlo. Desmaterializarse con el peso de la bolsa sería complicado y nunca le habían dado un coche, así que eso es lo que había. No iba a ninguna parte rápidamente.

Justo cuando iba a agarrar el teléfono, éste sonó. Era un mensaje de Blay: *Tienes que venir a quedarte con nosotros. Déjame recogerte.*

Comenzó a devolverle el mensaje a su amigo, pero entonces pensó en el sobre y se detuvo. Poniendo el teléfono en la bolsa, se echó la cosa con sus pertenencias a la espalda y comenzó a andar a lo largo del camino. Se dirigió al este, porque debido a la forma en que estaba dispuesto el camino, al elegir fortuitamente qué dirección tomar decidió ir hacia la izquierda y eso apuntaba al este.

Joder... ahora realmente era un huérfano. Parecía que sus íntimas sospechas se habían vuelto realidad. Siempre pensó que era adoptado o alguna mierda, porque nunca encajó con su familia... y no sólo debido al asunto de los globos oculares dispares. Estaba cortado de una tela diferente. Siempre lo había estado.

En parte quería enfadarse, realmente enfurecerse por haber sido expulsado de la casa, pero ¿qué era lo que esperaba? Nunca había sido uno de ellos, y derribar a su primo hermano con un cuchillo de caza, aun si hubiese estado totalmente justificado, era imperdonable.

También le iba a costar a sus padres unos cuantos verdes de los grandes.

En casos de asalto —o de asesinato, si Lash muriera— si la víctima era un miembro de la *glymera*, él o su familia debían pagar una suma, cuyo montón dependía del valor relativo del herido o muerto. ¿Un joven macho, post transición que además era el primogénito de una de las familias fundadoras? Sólo la muerte de un Hermano o de una hembra noble embarazada sería más costosa. Y sus padres eran los responsables de cubrir el pago, no Qhuinn, ya que legalmente no era considerado un adulto hasta un año completo después de su transición.

Lo bueno, supuso, consistía en que como todavía era técnicamente menor, no lo condenarían a muerte. Pero aun así, definitivamente iban a acusarlo, y la vida tal y como la conocía había concluido oficialmente.

*Hablando de un cambio total.* Estaba fuera de la *glymera*. De su familia. Del programa de entrenamiento.

Salvo someterse a un chapucero cambio de sexo, era difícil imaginar qué más podría hacerse para joder su identidad.

Como estaban las cosas, tenía hasta el alba para decidir donde iría a esperar la noticia acerca de qué iba a pasar con él. Blay sería la opción obvia, excepto por un gran, gordo y peludo problema: darle cobijo a una persona desterrada por la *glymera* sería como una bomba H para el estatus social de esa familia, así que eso era un «de ninguna manera». Y John no podría acogerlo tampoco. El tipo vivía con los Hermanos, y eso significaba que el lugar de su residencia era tan confidencial que no podía tener invitados, mucho menos un invitado a pasar la noche de forma semi-permanente.

Uno que había asaltado salvajemente a un compañero de entrenamiento. Y estaba esperando por su mono naranja.

Dios... John. Aquella mierda que Lash había dicho.

Esperaba que no fuera verdad, pero temía que si lo fuera.

Siempre había asumido que John se mantenía apartado de las mujeres porque era aún más torpe socialmente de lo que era Blay. ¿Ahora? Obviamente el tipo tenía serios problemas... y Qhuinn se sentía como un imbécil de proporciones épicas por darle la lata a su compañero acerca del sexo como lo había hecho.

No era de extrañarse que John nunca hubiera querido tomar a una hembra cuando iban al ZeroSum.

*Maldito Lash.*

Mierda, pasara lo que pasara como consecuencia de lo que había hecho con aquel cuchillo, no se arrepentía de nada. Lash siempre había sido un bastardo, y Qhuinn había pasado años queriendo reventarle el morro al hijo de puta. ¿Pero lanzarse sobre John de esa forma? Realmente esperaba que el chico muriera.

Y no sólo porque un cruel bastardo menos en el mundo era una cosa buena.

La realidad era, que Lash tenía una gran boca, y mientras él respirara aquella información sobre John no estaba segura. Y eso era peligroso. Había algunos en la *glymera* que considerarían que una mierda como esa era una castración total. Si John alguna vez esperaba convertirse en un Hermano y ser respetado en la aristocracia, si tenía la esperanza de aparearse y formar una familia, nadie podía saber que había sido violado por un macho, mucho menos un macho *humano*.



Mierda, el hecho de que hubiera sido un humano hacia que todo esto fuera astronómicamente peor. A los ojos de la *glymera*, los humanos eran ratas que caminaban en dos patas. ¿Ser dominado por uno de ellos? Inaceptable.

No, pensaba Qhuinn mientras caminaba solo, no cambiaría ni una cosa de lo que había hecho...

## Capítulo 15



Después de limpiar el área de las duchas del vestuario, John entró en la oficina, se sentó en el escritorio y sólo Dios supo cuánto tiempo pasó mirando fijamente los papeles, que debería haber estado acomodando. En el silencio reinante, sentía que le latía el labio hinchado al igual que los nudillos, pero esas eran simples molestias menores en medio del rugido que le embotaba la cabeza.

La vida era demasiado jodidamente extraña.

La inmensa mayoría de ésta pasaba a un ritmo previsible, los acontecimientos se sucedían a una velocidad por debajo del límite o como mucho lo igualaban. No obstante, de vez en cuando, las cosas ocurrían a la velocidad de un rayo, como un Porsche que te pasaba en la carretera y la fuerza de su velocidad succionaba tus puertas. La mierda llegaba de la nada y lo cambiaba todo en un sólo instante.

La muerte de Wellsie había sido así. La desaparición de Tohr había sido así.

El ataque de Qhuinn a Lash había sido así.

Y la horrible cosa que le había pasado a John en el hueco de la escalera... sí, eso, también.

Esta era la versión del destino de ir un paso por delante.

Evidentemente la garganta de Lash había estado destinada a ser cortada por Qhuinn en aquel momento, y el tiempo se había acelerado para que no pudiera haber ninguna interferencia de nadie o de nada más.

Desistiendo del trabajo administrativo, John abandonó el escritorio y se dirigió hacia la parte posterior del armario. Mientras entraba en el túnel subterráneo que lo llevaría de regreso a la mansión, se odió a sí mismo por desear que Lash no sobreviviese. No le gustaba pensar que era tan cruel y además, si Lash moría, las cosas serían más difíciles para Qhuinn.

No obstante, no quería que su secreto fuera de público conocimiento.

Cuando entró al vestíbulo, su teléfono emitió un pitido. Era Qhuinn: *he djado ksa No sé cuánto tiempo funcionará el tel. M entregaré cuando Wrath kiera.*

Mierda. John le respondió rápidamente a su amigo: *Blay stá lsto para ir a rcogert.*

No hubo respuesta.

Lo intentó otra vez: *¿Q? spera a Blay, no t vayas sin él. Pdes kedart hasta l jueves.*

John se detuvo al pie de la escalera y esperó una respuesta. La que obtuvo un minuto después, era de Blay: *No t preocups, me ocupo d Q. T aviso qando tnga noticias d él. Si va mal? Lo rcojo.*

Jodidas gracias.

Generalmente, John habría ido a encontrarse con sus amigos en casa de Blay, pero aun no podía enfrentarse a ellos. ¿Cómo harían para no pensar en él de manera diferente? Es más, lo que le había ocurrido iba a quedar grabado en sus mentes, tal y como le había sucedido a él en un principio.

Inmediatamente después del ataque, no podía dejar de pensar en lo que le habían hecho. Luego había pensado en ello durante la mayor parte del día y todo el tiempo durante la noche. Después era a veces durante el día, luego cada dos días; hasta llegar a pasar una semana entera sin pensar en ello. Las noches le habían costado mucho, mucho más tiempo, pero finalmente hasta los sueños se habían secado también.

Sí, en ese momento no tenía ningún interés en mirar a sus amigos a los ojos sabiendo lo que estaban pensando. Imaginando. Preguntándose.

Nop, todavía no podía estar con ellos.

Y además, no podía librarse de la sensación que todo el asunto de Lash era culpa suya. Si él no acarreará con todo ese bagaje, el tipo no lo habría sacado a relucir delante de sus amigos y no se habrían peleado y Qhuinn no se hubiera puesto todo «Rambo» con su primo hermano.

Otra vez, aquella jodida mierda del hueco de la escalera le causaba problemas. Era como si los efectos secundarios de lo que le había ocurrido, no fueran a acabarse nunca, jamás.

Cuando John pasaba frente a la biblioteca en su camino hacia la planta alta, se le antojó entrar y se puso a explorar las estanterías hasta que llegó a la sección legal... que tenía unos seis metros de altura. Dios, debía haber aproximadamente setenta volúmenes

sobre leyes en la Antigua Lengua. Claramente los vampiros eran tan litigantes como los humanos.

Hojeó algunos tomos y a partir del código penal se hizo una idea de lo que podía ocurrir. Si Lash moría, Qhuinn tendría que responder ante Wrath por un cargo de asesinato y las cosas no pintaban bien, ya que Qhuinn no había sido atacado, por lo que no podría argumentar defensa propia. Su mejor opción era alegar homicidio justificado por una causa de honor, pero incluso eso conllevaría un tiempo en la cárcel, junto con una elevada multa que tendría que ser pagada a los padres de Lash. Por otra parte, si Lash vivía, sería una cuestión de agresión y lesiones con arma mortal, que también conducía a un tiempo entre rejas y una multa.

Ambos resultados planteaban el mismo problema: De acuerdo con lo que John sabía, la raza no poseía cárceles, el sistema penal de los vampiros se había ido degradando a lo largo de cuatrocientos años antes de la ascensión de Wrath. Por lo tanto Qhuinn estaría bajo arresto domiciliario en algún sitio hasta que la prisión fuera construida.

Era difícil imaginar que los padres de Blay estuvieran de acuerdo con mantener a un criminal bajo su techo indefinidamente. Entonces, ¿adónde iría el chico?

Con una maldición, John regresó los volúmenes encuadernados en cuero de los estantes. Mientras se giraba para alejarse, captó una visión a la luz de la luna y se olvidó de lo que acababa de leer.

Al otro lado de los ventanales de la biblioteca, Cormia salía de la piscina, los cristales de agua goteaban sobre su cuerpo desnudo, tenía la piel tan suave que parecía pulida, los largos y elegantes brazos y las piernas eran gráciles como una brisa de verano.

*Oh... guau.*

¿Cómo demonios podía Phury mantenerse alejado de ella?

Cuando se puso la túnica, se volvió hacia la casa y al verlo se quedó inmóvil. Cuando levantó la mano para saludarla torpemente se sintió como un mirón. Ella vaciló, como si no estuviera segura de si la habían sorprendido haciendo algo indebido, después le devolvió el saludo.

Abriendo la puerta, hizo los signos sin pensar:

*De verdad siento llegar tarde.*

Oh, eso era brillante. Ella no sabía el LSA...

— ¿Sientes haberme visto o haber llegado tarde? Supongo que me has dicho una de esas dos cosas. — Cuando él le dio un toquecito al reloj, ella se ruborizó un poco —. Ah, es por haber llegado tarde.

Cuando asintió, se le acercó, sus pies no hacían ningún ruido pero dejaban huellas húmedas sobre las losas.

— Te esperé... Oh, queridísima Virgen Escriba. Estás herido.

Se tocó la contusión de la boca, deseando que su vista no hubiera sido tan buena en la oscuridad. Comenzó a hacer signos para desviar su atención, se sintió frustrado por la barrera de la comunicación y tuvo un golpe de inspiración.

Sacando el teléfono, escribió en el aparato: *De cualquier forma me gustaría ver una película, si te parece.*

Hasta el momento había sido una noche infernal, y sabía que cuando los Hermanos regresaran de la clínica y se supiera qué suerte había corrido Lash, las cosas iban a ponerse aun más difíciles. Como apenas podía soportar estar en su propia piel, mucho menos en su propia mente, la idea de sentarse en la oscuridad con ella y distraerse, era todo lo que podía soportar en ese momento.

Ella lo estudió durante un rato, entrecerrando los ojos.

— ¿Estás bien?

*Sí, bien,* escribió. *Lamento haber llegado tarde. Realmente me gustaría ver una película.*

— Entonces sería un placer para mí — dijo haciendo una reverencia —. No obstante, me gustaría enjuagarme y cambiarme.

Los dos volvieron a entrar a la biblioteca, subieron por la gran escalera y él se sintió impresionado. Ella no se había comportado como si estuviera demasiado incómoda, considerando todo lo que había visto y eso era atractivo, verdaderamente lo era.

Arriba, se dispuso a aguardarla mientras entraba en su habitación y suponía que iba a estar allí un rato, pero regresó al instante. Y tenía el cabello suelto.

*Oh, dulce Jesús, qué visión.* Los rizos rubios le caían hasta las caderas, el color era algo más oscuro que el pálido habitual del trigo debido a que estaba húmedo.

— Mi cabello está mojado. — Ruborizándose, le mostró un puñado de horquillas doradas —. Me lo recogeré en cuanto esté seco.

*No por mi causa,* pensó John mientras la miraba fijamente.

— ¿Su Gracia?

John se espabiló y lideró el camino por el pasillo de las estatuas hasta las puertas batientes que marcaban la entrada a las habitaciones del personal. Las sostuvo abiertas para Cormia y luego se encaminó a la derecha, hacia una puerta acolchada con paneles de cuero que abrió ampliamente para revelar escalones alfombrados con brillantes luces embutidas.

Cormia se recogió la túnica blanca y comenzaron a subir y al seguirla, intentó no fijar la vista en las puntas del cabello que se rizaba sobre la parte baja de su espalda.

La sala de proyecciones de la tercera planta tenía el auténtico aire de las de la Metro-Goldwyn-Mayer de los años 40, dado por las paredes art decó negras y plateadas con relieves en forma de flor de loto y los recargados candelabros de pared de oro y plata. Las butacas del aforo eran de la calidad que encontrarías en un Mercedes y no en un estadio de béisbol: Veintiuna butacas de cuero estaban agrupadas en tres secciones, los pasillos marcados con más luces pequeñas. Cada uno de los súper acolchados «palacios para el culo» era del tamaño de una cama gemela, y en total tenían más porta-bebidas que un Boeing 747.

A lo largo de la pared trasera de la sala de proyección había miles de DVDs y allí también había bocadillos. Junto con una máquina de palomitas de maíz, que no estaba conectada, ya que no le habían avisado a Fritz que iban a ir, había un dispensador de Coca-cola y una auténtica máquina de caramelos.

Se detuvo e inspeccionó los Milk Duds, los Raisinets, los Swedish Fish, los M&Ms y los Twizzlers. Estaba hambriento pero también sentía náuseas y tuvo que someterse ante la aceitosa sensación que tenía en el estómago, pero pensó que tal vez a Cormia le gustaría comer algo. Mientras estaba ocupada mirando lo que la rodeaba con los ojos muy abiertos, sacó M&Ms, porque eran un clásico, y una bolsa de Swedish Fish por si acaso no le gustara el chocolate. Sacó dos vasos, los llenó con toneladas de hielo y sirvió dos ricas y oscuras cocas.

Silbando bajo para obtener su atención, le hizo señas con la cabeza, hacia la parte delantera. Cormia lo siguió, aparentemente fascinada por las luces insertadas en la parte baja de los peldaños. Una vez que consiguió instalarla en una de las butacas, corrió escaleras arriba e intentó pensar qué diablos poner.

Bien, las de terror, directamente descartadas, tanto por la delicada sensibilidad de ella como por la pesadilla real en la que había estado sumergido él esa noche más temprano. Desde luego... eso eliminaba aproximadamente el cincuenta por ciento de la colección, ya que por lo general era Rhage el que encargaba películas a Fritz.

John evitó la sección de Godzilla porque le recordaba a Tohr. Comedias gamberras como *American Pie* y *Wedding Crashers* no tenían la categoría suficiente para ella. La colección de Mary de películas extranjeras profundas y significativas eran... sí, eran demasiado serias para que John se sentara a mirarlas incluso en una buena noche. Buscaba evasión, no una clase diferente de tortura agobiante. ¿De acción trepidante? De algún modo no pensaba que Cormia fuera a comprender las sutilezas de Bruce Willis, Sly Stallone o Arnold.

Eso le dejaba esas películas de mujeres que los hombres odian. Pero, ¿cuál? Estaban los clásicos de John Hughes: *Sixteen Candles*, *Pretty in Pink*, *The Breakfast Club*. La sección de Julia Roberts con *Mystic Pizza*, *Pretty Woman*, *Steel Magnolias*, *My best Friend's Wedding*... Jennifer Aniston hilera sobre hilera de poco memorables. Todo lo de Meg Ryan de los años noventa...

Sacó un estuche.

Mientras daba vueltas la cosa entre sus manos, pensó en Cormia bailando sobre la hierba. *Bingo*.

John justo se estaba dando la vuelta cuando sonó su teléfono. El texto de grupo era de Zsadist, quien evidentemente todavía estaba en la clínica de Havers: *Lash no tiene buena pinta. Tratamiento en curso. Os mantendremos al corriente*.

El mensaje era un toque para todos los de la casa y mientras John lo releía, se preguntó si debería reenviárselo a Blay y a Qhuinn. Al final, se volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, imaginando que esos dos ya tenían bastante con que lidiar sin tener que andar recibiendo noticias sobre el estado de Lash. Si el tipo moría, entonces John se pondría en contacto con sus amigos.

Hizo una pausa y miró a su alrededor. Era completamente surrealista estar haciendo algo tan normal como pillar una película y lo sintió vagamente inadecuado. Pero en ese momento lo único que podía hacer era esperar. Él y todos los demás implicados estaban en punto muerto.

Mientras se acercaba al aparato de DVD y ponía el disco sobre la negra bandeja de la máquina, todo lo que podía ver era a Lash tirado sobre aquellas baldosas, con miedo en los ojos y sangre saliendo a borbotones de su cuello.

Comenzó a rezar para que Lash lo consiguiera.

Incluso si eso significaba que tenía que vivir con miedo a que su secreto quedara expuesto, era mejor eso, a que Qhuinn fuera condenado como un asesino y que John cargara con una muerte sobre su conciencia.

*Por favor Dios, deja que Lash viva.*



## Capítulo 16



En el centro de la ciudad en el ZeroSum, Rehv había tenido una noche de mierda y su jefa de seguridad la estaba empeorando. Xhex estaba de pie delante de su escritorio con los brazos cruzados, mirándolo por encima de la nariz como si fuera mierda de perro en una noche calurosa.

Se frotó los ojos y después le dedicó una mirada feroz.

— ¿Y por qué me dices que me quede aquí?

— Porque estás intoxicado y asustas al personal.

*Lo cual demostraba que al menos tenían medio cerebro, pensó.*

— ¿Qué pasó anoche? — le preguntó suavemente.

— ¿Te dije que compré ese solar cuatro bloques más abajo?

— Sí. Ayer. ¿Qué pasó con la Princesa?

— Esta ciudad necesita un club Gótico. Creo que lo llamaré La Máscara de Hierro. —

Se inclinó hacia la brillante pantalla de su ordenador portátil —. El flujo de efectivo aquí es lo suficientemente fuerte como para cubrir un préstamo para construcción. O simplemente podría emitir un cheque, aunque eso haría que nos practicaran otra auditoria. El dinero sucio es jodidamente complicado de manejar, y si me vuelves a preguntar por la jodida noche pasada, voy a sacarte a patadas en el culo de aquí.

— Bueno, parece que hoy nos dio por ser corteses.

Cuando los colmillos salieron disparados dentro de su boca, se le tensó el labio superior.

— No me provoques, Xhex. No estoy de humor.

— Mira, puedes mantener la boca cerrada, está bien, pero no descargues la mierda que tienes en la cabeza sobre el personal. No tengo ningún interés de terminar limpiando los restos interpersonales de tus... ¿Por qué te estás frotando los ojos otra vez?

Estremeciéndose, le echó una mirada al reloj. En medio de su visión plana y enrojecida, comprendió que tan sólo habían pasado tres horas desde la última dosis de dopamina.

—¿Ya necesitas otra dosis? —preguntó Xhex.

No se molestó en asentir, tan sólo abrió el cajón y sacó un frasquito de cristal y una jeringuilla. Quitándose la americana, enrolló una manga, se hizo un torniquete en el brazo y luego intentó meter la fina cabeza de la aguja a través del sello rojo que tenía el recipiente.

No podía lograr dar en el blanco. Sin la percepción de profundidad, navegaba a través de un espacio vacío, intentando emparejar la punta de la aguja con la cima de la pequeña botella y obteniendo un montón de saltos fallidos.

Los *sympaths* sólo veían matices de rojo y en dos dimensiones. Cuando la medicación no funcionaba, ya fuera porque estaba nervioso o se había saltado una dosis, su cambio en la visión era el primer síntoma del problema.

—Mira, déjame.

Cuando una oleada de mareos lo atravesó, se percató de que no podía hablar, por lo que negó con la cabeza y continuó tratando de meter la jeringuilla. En el ínterin, su cuerpo comenzó a despertarse de su estado de profunda congelación, las sensaciones inundaron sus brazos y piernas provocando un leve hormigueo.

—Vale, ya tuve suficiente de tu ego. —Xhex dio la vuelta al escritorio poniéndose en modo polivalente—. Solo déjame...

Él intentó bajarse la manga de la camisa a tiempo. No lo consiguió.

—*Jesucristo* —siseó ella.

Apartó el antebrazo alejándolo de ella, pero era demasiado tarde. Muy, muy tarde.

—Déjame hacerlo —dijo Xhex, poniéndole la mano sobre el hombro—. Simplemente relájate, jefe... y deja que cuide de ti.

Con manos sorprendentemente suaves, cogió la jeringuilla y el frasco, después extendió el calamitoso antebrazo lleno de hematomas sobre el escritorio. Había estado pinchándose tanto últimamente que a pesar de lo rápido que sanaba, sus venas estaban diezmadas, todas hinchadas y agujereadas, llenas de hoyos asemejándose a carreteras con tránsito pesado.

—Vamos a utilizar el otro brazo.

Mientras estiraba el derecho, Xhex atravesó la tapa del frasco con la aguja sin problemas, succionando la que debería haber sido su dosis normal. Él negó con la cabeza y levantó dos dedos para que ella doblara la dosis.

—Eso es demasiado —le dijo.

Se abalanzó para coger la jeringuilla, pero ella la puso fuera de su alcance.

Golpeó el escritorio con el puño, y la atravesó con la mirada, con una cruda demanda en su expresión.

Pronunciando un par de palabras bien escogidas, sacó más medicación del frasco y luego se puso a buscar una toallita desinfectante dentro del cajón, mientras él la observaba, rasgó la cosa para abrirla y desinfectó una zona sobre el pliegue del codo. Después de pincharlo, lo liberó del torniquete y puso el equipo sobre el escritorio.

Él se aflojó en la silla y cerró los ojos. El rojo persistía incluso con los párpados cerrados.

—¿Cuánto hace que está sucediendo esto?—le preguntó tranquilamente—. ¿Las dosis dobles? ¿El inyectarte sin desinfectar el lugar previamente? ¿Cuántas veces por día haces esto?

Se limitó a sacudir la cabeza.

Momentos más tarde, la oyó abrir la puerta y decirle a Trez que acercara el Bentley. Justo cuando se estaba preparando para lanzarle un «de ninguna jodida manera», ella sacó uno de los abrigos de marta cibelina del armario.

—Vamos a ir a ver a Havers —dijo—. Y si discutes conmigo, voy a llamar a los muchachos y van sacarte de esta oficina como una alfombra enrollada.

Rehv la miró furioso.

—No eres... el jefe aquí.

—Cierto. Pero ¿piensas que si les dijera a tus muchachos como tienes de infectado el brazo se demorarían siquiera en respirar antes de moverte a pulso? Si eres agradable, puede que acabes en el asiento trasero del coche en vez de en el maletero. Si eres un gilipollas, serás el adorno del capó.

—Que te jodan.

—Lo intentamos, ¿recuerdas? Y a ninguno de los dos nos gustó.

Mierda, *eso* era algo que no necesitaba que le recordaran en ese momento.

—Sé simpático, Rehv. No vas a ganar esta vez, así que ¿por qué te molestas en discutir? Cuanto antes vayas, antes regresarás. —Se miraron furiosamente el uno al otro hasta que ella dijo—. Bien, omite lo de la dosis doble. Permite que Havers te mire el brazo. Una palabra: septicemia.

¿Cómo si el doctor no fuera a imaginarse lo que estaba ocurriendo en cuanto le viera el brazo?

Rehv palmeó su bastón y se levantó lentamente de la silla.

—Tengo demasiado calor... para llevar abrigo.

—Y yo lo llevaré para que cuando la dopamina te haga efecto y te enfríes, y no pilles un resfriado.

Xhex le ofreció el brazo sin mirarlo porque sabía que era un gilipollas demasiado lleno de orgullo como para apoyarse en ella de otra manera. Y él necesitaba apoyarse en ella. Estaba débil como la mierda.

—Odio cuando tienes razón —dijo.

—Lo que explica por qué siempre tienes tan mal genio.

Juntos caminaron lentamente saliendo de la oficina hacia el callejón.

Allí estaba el Bentley esperando, con Trez detrás del volante. El moro no formuló preguntas ni hizo comentarios, como era su costumbre.

Y, por supuesto, todo ese aplastante silencio siempre hacía que te sintieras peor cuando ya de por sí estabas actuando como un imbécil.

Rehv no hizo caso al hecho de que Xhex lo colocara en el asiento de atrás y se deslizara a su lado como si estuviera preocupada de que pudiera marearse en el coche o alguna mierda así.

El Bentley arrancó con la suavidad de una alfombra mágica y eso era jodidamente pertinente, ya que él sentía como si estuviera viajando en una. Con su naturaleza *sympath* combatiendo contra su sangre de vampiro, se estaba balanceando entre su lado malo y su lado medio decente y los cambios gravitatorios de su moralidad lo hacían sentir nauseoso como la mierda.

Tal vez Xhex había tenido razón al preocuparse de que fuera a tener ganas de vomitar.

Doblaron a la izquierda en Trade, conectando con la Décima Avenida y aceleraron en dirección al río, donde cogieron la carretera. Cuatro salidas más allá, se salieron de la carretera y se deslizaron por un distrito de clase alta, donde las grandes casas, erigidas sobre parcelas grandes como parques estaban apartadas de la carretera asemejando reyes que esperaban que se arrodillaran ante ellos.

Con su vista roja y bidimensional Rehv no percibía mucho con los ojos. Pero con su lado *sympath*, sabía demasiado. Podía sentir a la gente en las mansiones, conocía a los habitantes por la huella emocional que emitían, gracias a la energía que liberaban sus sentimientos. Mientras que su vista era plana como una pantalla de TV, su percepción de la gente era en tres dimensiones. Quedaban registrados como un modelo de rejilla psíquico, su interacción de alegría y tristeza, culpa y lujuria, cólera y sufrimiento creaban estructuras que para él eran tan sólidas como sus casas.

Aunque su mirada no podía penetrar los muros de contención y los árboles estratégicamente plantados, no podía abrir brechas en las piedras y la argamasa de las mansiones, su naturaleza maléfica veía a los hombres y mujeres por dentro tan claramente como si estuvieran desnudos de pie delante suyo y sus instintos cobraran vida. Se concentró en las debilidades que se filtraban por aquellas rejillas emocionales, encontrando las partes más débiles en las estructuras de la gente, deseando socavarlas aún más. Era un gato astuto persiguiendo a un ratón manso, el cazador con garras que quería jugar con ellos hasta que sus pequeñas cabezas sangraran por sus sucios secretos, sus oscuras mentiras y sus vergonzosas preocupaciones.

Su parte maléfica los odiaba con sosegada indiferencia. Su naturaleza *sympath*, consideraba que los débiles no eran dignos de heredar la tierra. Deberían comerla hasta morir atragantados. Y después debías machacar sus cadáveres en el fango de su sangre para llegar hasta la siguiente víctima.

—Odio las voces en mi cabeza —dijo.

Xhex le echó un vistazo. En el resplandor del asiento trasero, su severo y elegante rostro le resultó curiosamente hermoso, probablemente porque era la única que realmente entendía los demonios contra los que luchaba y esa conexión la hacía adorable.

—Es mejor aborrecer esa parte de ti —dijo ella—. El odio te mantiene a salvo.

—Combatir esto es un coñazo.

—Lo sé. Pero, ¿Tolerarías que fuera de otro modo?

—A veces, no estoy tan seguro.

Diez minutos más tarde, Trez traspasó las puertas de la propiedad de Havers y para entonces las manos y los pies de Rehv volvían a estar entumecidos y su temperatura central había descendido. Mientras el Bentley daba la vuelta dirigiéndose a la parte posterior para luego detenerse frente a la entrada de la clínica, el abrigo de marta cibelina fue como un regalo del cielo y se acurrucó dentro de él para calentarse. Cuando salió del coche, notó que la visión enrojecida también había retrocedido, su vista volvía a percibir la paleta llena de colores del mundo normal, y su percepción de profundidad volvía a colocar los objetos en la orientación espacial a la que estaba acostumbrado.

—Me quedo aquí fuera —dijo Xhex desde el asiento trasero.

Ella nunca entraba a la clínica. Claro que, considerando lo que le habían hecho, podía entender el por qué.

Palmeó su bastón y se apoyó en él.

—No tardaré mucho.

—Tardarás tanto tiempo como sea necesario. Trez y yo te esperaremos.

Phury regresó del Otro Lado y tele-transportó el culo directo hacia el ZeroSum. Se abasteció con iAm ya que Rehv no estaba y el moro había quedado a cargo, después se fue a casa y corrió hasta su dormitorio.

Antes de golpear a la puerta de Cormia para decirle que era libre de volver al Santuario, iba a tener que fumarse un porro para tranquilizarse un poco. Y cuando hablara con ella, iba a prometerle que nunca la visitaría como *Primale* y también le diría que iba a protegerla de las habladurías y las críticas.

También iba a aclararle que lamentaba haberla mantenido apartada durante el tiempo que habían pasado en este lado.

Al sentarse sobre la cama, con los papeles de fumar en la mano, intentó ensayar lo que le diría... y terminó pensando en cómo ella lo había desvestido la noche anterior, en sus elegantes y pálidas manos tirando de su cinturón antes de pasar a ocuparse de la pretina de los pantalones de cuero. Como un torrente, una inyección de rabioso erotismo

al rojo vivo, se apoderó de la cabeza de su polla y aunque hizo todo lo posible para no pensar en ello, fingiéndose tranquilo, calmado y absolutamente controlado era como estar en la cocina de una casa en llamas.

Tendías a notar el calor y todas las alarmas contra incendios que se disparaban.

Ah... pero no duró. El coche de bomberos y su equipo de enmascarados enguantados llegó en forma de una imagen de todas aquellas cunas vacías. El recuerdo fue como un arma cargada apuntada sobre su cabeza y seguro como la mierda extinguió sus llamas.

El hechicero apareció en su mente, de pie en su campo lleno de cráneos, delineado contra el cielo gris.

*Mientras crecías, tu padre estaba borracho noche y día. ¿Recuerdas como te hacía sentir eso? Dime, compañero, ¿qué tipo de papá vas a ser para todos esos hijos de tus entrañas, considerando que estás fumado veinticuatro horas al día los siete días de la semana?*

Phury dejó lo que estaba haciendo y pensó en el número de veces que había recogido a su padre de entre las malas hierbas del jardín y lo había arrastrado de vuelta a la casa justo cuando el sol comenzaba a salir. Tenía cinco años la primera vez que lo había hecho... y había estado aterrorizado, temiendo no ser capaz de llevar el tremendo peso de su padre a cubierto lo suficientemente rápido. Qué horror. Aquel enredado jardín le había parecido grande como una selva y sus pequeñas manos perdían una y otra vez el asidero sobre el cinturón de su padre. Su rostro había estado bañado con lágrimas de pánico mientras comprobaba el progreso del sol una y otra y otra vez.

Cuando finalmente había logrado entrar a su padre en la casa, Ahgony había abierto los ojos y había abofeteado a Phury cruzándole la cara con una mano tan grande como una sartén.

*Yo pretendía morir allí, idiota.*

En ese momento se había producido un instante de silencio; luego su padre había estallado en llanto, lo había agarrado, abrazado y le había prometido que nunca intentaría matarse otra vez.

Salvo que había habido una próxima vez. Y una próxima vez. Y una próxima vez. Siempre con el mismo intercambio al final.

Phury seguía rescatándole, porque estaba empeñado en que al volver a casa Zsadist encontrara un padre.

El hechicero sonrió.

*Y aún así eso no fue lo que ocurrió, ¿verdad, compañero? Tu padre murió de todos modos y Zsadist nunca lo conoció.*

*A fin de cuentas, es bueno que empezaras a fumar así Z puede experimentar la herencia familiar de primera mano.*

Phury frunció el ceño y miró a través de las puertas dobles del cuarto de baño hacia los servicios. Cerrando el puño alrededor de la bolsa de humo rojo, comenzó a levantarse, decidido a tirarla por la taza.

El hechicero se rió.

*No serás capaz de hacerlo. No hay forma que puedas renunciar a ello. Joder. Ni siquiera puedes dejarlo durante cuatro horas por la tarde sin que te de un ataque de pánico. Honestamente, ¿puedes imaginarte los próximos setecientos años de tu vida sin fumar nunca más? Vamos, compañero, sé razonable.*

Phury se volvió a sentar en la cama.

*Oh, mira, tiene cerebro. Qué impresión.*

Su corazón lo estaba matando mientras terminaba de lamer y retorcer el porro que tenía en la mano y se lo ponía entre los labios. En el momento en que sacaba el encendedor, sonó el teléfono al otro lado de la habitación.

La intuición le dijo quién era y cuando sacó el móvil de los pantalones de cuero, vio que tenía razón. Zsadist. Y el hermano había llamado tres veces.

Mientras contestaba deseó que su porro ya estuviera encendido.

— ¿Sí?

— ¿Dónde estás?

— Acabo de volver del Otro Lado.

— Vale, pues lleva tu culo a la clínica. Hubo una pelea en el vestuario. Pensamos que John Matthew la inició, pero Qhuinn la terminó acuchillando a Lash en el cuello y el chico ya ha tenido un paro cardíaco. Dicen que lo han estabilizado, pero nadie sabe qué va a pasar. Acabo de intentar llamar a sus padres otra vez, sólo obtengo el buzón de voz, probablemente debido a esa fiesta. Te quiero aquí cuando ellos lleguen.

Wrath no debía haberle dicho a Z la gran patada en el culo que le habían dado.

— ¿Hola? — dijo bruscamente Zsadist —. ¿Phury? ¿Tienes algún problema conmigo?



—No. —Con un rápido giro a la tapa del encendedor y un golpe del pulgar, obtuvo fuego. Se volvió a poner el canuto en la boca, se inclinó para encenderlo y se preparó para lo que vendría—. Pero igualmente, no puedo ir.

—¿Qué significa que no puedes? Mi *shellan* está embarazada y confinada a la cama y yo me las arreglé para venir. Te necesito como representante del programa de adiestramiento y como miembro de la Hermandad...

—No puedo.

—¡*Jesucristo*, puedo oírte fumando! ¡Deja los jodidos porros y haz tu maldito trabajo!

—Ya no soy un Hermano.

Se hizo un absoluto silencio en el teléfono. Luego la voz de su hermano, baja y casi inaudible dijo:

—Qué.

No era una pregunta. Era más bien como si Z supiera la respuesta, pero esperase un milagro de todos modos.

Phury no podía dejar así a su gemelo.

—Mira... Wrath me echó de la Hermandad. Anoche. Asumí que te lo había dicho. — Phury inhaló con fuerza y dejó que el humo saliera de entre sus labios lentamente como la melaza. Tan sólo podía imaginarse cómo se vería su gemelo en ese momento, el RAZR apretado en un puño, los ojos negros por la cólera y el labio superior deformado retirado hacia atrás.

El gruñido que se disparó en su oído no fue una sorpresa.

—Genial. Bien hecho cabrón.

El teléfono quedó muerto.

Phury marcó el número de Z y fue remitido al buzón de voz. Tampoco fue una sorpresa.

*Mierda.*

No sólo quería suavizar las cosas con Zsadist; quería saber qué demonios había pasado en el centro de entrenamiento. ¿Estaba John bien? ¿Lo estaba Qhuinn? Ambos muchachos tenían un temperamento vivo, como todos los machos recién pasados por la transición, pero eran de buen corazón.

Lash debía haber hecho algo horrible.

Phury fumó el porro en un tiempo record. Mientras enrollaba otro y lo encendía, decidió que Rhage le contaría los detalles. Hollywood era siempre una fuente de...

El hechicero negó con la cabeza. *Comprendes, compañero, que Wrath no apreciará que sigas metiendo las narices en todos los asuntos de la Hermandad. Aquí sólo eres un invitado, un jodido bastardo. Ya no eres parte de la familia.*

Arriba en la sala de proyección, Cormia se reclinó en un asiento que era tan cómodo como lo había sido el agua de la piscina, la rodeaba completamente, como la palma de un amable gigante.

Las luces se atenuaron y John bajó a la parte delantera de la sala.

Escribió algo en el teléfono y luego le mostró la pantalla.

*¿Estás lista?*

Cuando asintió, la sala oscura quedó alumbrada por una imagen enorme y el sonido comenzó a llegar de todas partes.

—¡Queridísima Virgen!

John extendió la mano y la puso encima de la de ella. Después de un momento, se calmó y se concentró en la pantalla propiamente, que estaba bañada en matices de azul. Las imágenes de humanos aparecían y desaparecían, machos y hembras bailando juntos, con los cuerpos muy juntos y las caderas girando al compás de la música.

Letreros en español de color rosa aparecían a intervalos regulares.

—¿Esto es lo mismo que la televisión? —preguntó—. ¿Funciona de la misma manera?

John asintió en el mismo momento que las palabras *Dirty Dancing* aparecían en rosa.

Repentinamente, apareció una máquina de esas a las que llamaban coche, bajando por una carretera rodeada de colinas verdes. Había gente en el coche. Una familia de humanos con un padre, una madre y dos hijas.

Una voz femenina inundó la habitación:

—Era el verano de 1963...

Cuando John le puso algo en la mano, apenas si pudo soportar apartar la mirada de la pantalla el tiempo suficiente para ver lo que era. La cosa resultó ser una bolsa, una bolsa

pequeña, de color marrón oscuro que estaba abierta en la parte de arriba. Él hizo la pantomima de coger algo de ella y ponerlo en su boca, así que metió la mano dentro. Al sacarla tenía pequeñas piezas redondas multicolores y vaciló.

Definitivamente no eran blancos. E incluso estando de este lado sólo había comido comida blanca, como era tradición.

Pero francamente, ¿qué daño podría hacer?

Echó un vistazo a su alrededor, incluso sabiendo que no había nadie más con ellos y después, sintiéndose como si violara la ley, se metió unos cuantos en la bo...

*¡Queridísima... Virgen... Escribe!*

El sabor hizo que su lengua cobrara vida de una manera que le hizo pensar en la sangre. ¿Qué *era* este alimento? Cormia miró la bolsa. Había un par de personajes de dibujo animado en la parte delantera del paquete que se parecían al dulce. M&M's, era lo que se leía.

Tenía que comerse la bolsa entera. Ahora mismo. No importaba que lo que estaba dentro no fuera blanco.

Cuando comió más y gimió, John se echó a reír y le dio una bebida en un vaso alto que decía *Coca Cola* sobre un fondo rojo. Dentro repiqueteaba el hielo y había un palito perforando la tapa. Él levantó la suya y chupó del palito. Ella hizo lo mismo y después regresó a su bolsa mágica y a la pantalla.

Ahora había un grupo de gente alineada al borde de un lago, intentando seguir el ejemplo de una bonita hembra rubia que se movía hacia la derecha y después hacia la izquierda. La joven hembra, Baby, la que había estado hablando al principio, luchaba por conseguir que su cuerpo siguiera el paso que todos los demás seguían.

Cormia se volvió hacia John para hacerle una pregunta y vio que estaba mirando su teléfono con el ceño fruncido como si estuviera contrariado.

Algo había pasado más temprano esa tarde. Algo malo. John estaba mucho más adusto de lo que nunca lo había visto, pero también era increíblemente reservado. Aunque quería ayudar de cualquier forma posible, no iba a presionarlo.

Como ella se guardaba muchas cosas para sí misma, entendía la importancia de la privacidad.

Dejándolo en paz, se acomodó en la butaca y permitió que la película la envolviera. Johnny era apuesto, aunque no tanto como el *Primale* y oh, como se movía cuando sonaba la música. Y la mejor parte era ver a Baby mejorar en el baile. Mirarla moverse torpemente, practicar, tropezar y finalmente hacer los movimientos bien hacían que su corazón la aclamara.

— Adoro esto —le dijo Cormia a John—. Me siento como si lo estuviera viviendo.

En el teléfono de John apareció.

*Tenemos más películas. Toneladas de ellas.*

— Quiero verlas. —Tomó un trago de la fría bebida—. Quiero verlas todas...

De repente, Baby y Johnny se quedaron solos en el espacio privado de él.

Cormia se quedó paralizada cuando se acercaron uno al otro y comenzaron a bailar en privado. Sus cuerpos eran tan diferentes, Johnny era mucho más grande que Baby, mucho más musculoso y aún así la tocaba con reverencia y cuidado. Y no era el único que acariciaba. Ella le devolvía las caricias, le recorría la piel con las manos y parecía que le encantaba lo que estaba sintiendo.

Cormia separó los labios y se irguió, acercándose más a la pantalla. En su mente, el *Primale* tomó el lugar de Johnny y ella se convirtió en Baby. Juntos se acariciaban el uno al otro con el cuerpo, friccionando las caderas, haciendo desaparecer la ropa. Estaban solos en la oscuridad, en un lugar seguro donde nadie podía verlos ni interrumpirlos.

Era lo que había pasado en el dormitorio del *Primale*, sólo que aquí no se detenían y no había otras implicaciones, ninguna pesada tradición, ningún miedo al fracaso y sus treinta y nueve hermanas quedaban fuera del escenario.

Tan simple. Tan real, aunque estuviera sólo en su mente.

Esto era lo que quería experimentar con el *Primale*, pensó, mirando fijamente la película. Esto era lo que quería.

## Capítulo 17



Cuando John se sentó junto a Cormia, comprobó su teléfono otra vez por dos razones. La escena sexual le hacía sentir torpe, y estaba desesperado por saber algo de Qhuinn y Lash.

*Maldita sea.*

Le envió otro mensaje de texto a Blay, que le contestó inmediatamente diciendo que tampoco había tenido noticias y pensaba que iba siendo hora de sacar las llaves del coche.

John dejó el teléfono sobre su muslo. Era imposible que Qhuinn hubiera hecho algo realmente estúpido. Estúpido como colgarse en el cuarto de baño. *Nah. De ninguna manera.*

Su padre, sin embargo, era capaz de cualquier cosa. John nunca conoció al hombre, pero había oído las historias de Blay... y visto la prueba en ese ojo negro que Qhuinn había lucido la noche después de su transición.

John sintió que su pie temblaba ligeramente y lo detuvo colocando la palma en su rodilla. Como el hijo de puta supersticioso que era, seguía pensando en el cuento de viejas que decía que las malas noticias siempre venían de tres en tres. Si Lash moría, quedarían dos más.

Pensó en los Hermanos, afuera en las calles con los restrictores. Y Qhuinn en alguna parte, solo en la oscuridad noche. Y Bella con su embarazo.

Comprobó el teléfono otra vez y gesticuló una maldición.

—Si necesitas irte —dijo Cormia—, estaré encantada de quedarme aquí sola.

Comenzó a negar con la cabeza, y ella le detuvo al tocarle ligeramente el antebrazo.

—Ocúpate de lo que sea. Es obvio que has tenido una tarde difícil. Te pediría que hablaras de ello, pero no creo que lo hagas.

Sólo porque estaba en su mente, escribió: *Me gustaría poder regresar y no ponerme los zapatos.*

—¿Perdona?

Bien, mierda, ahora tenía que explicarse o quedaría como un idiota.

— *Algo malo ha ocurrido esta noche. Justo antes que pasara, mi amigo me dio este par de zapatillas que llevo puestas. Si no me las hubiera puesto, los tres nos habríamos ido antes... Vaciló, pensando que él y sus amigos se hubieran ido antes de que Lash saliera de la ducha... de que sucediera lo que sucedió.*

Cormia lo miró por un momento.

— ¿Te gustaría saber lo que yo pienso?

Cuando asintió, le dijo:

— Si no hubieran sido las zapatillas, te hubieras demorado dondequiera que estuvieras por otra razón. Hubiera sido otra persona poniéndose algo. O una conversación. O una puerta que no se abriera. Del mismo modo que tenemos libre albedrío, el destino absoluto es inmutable. Lo que se supone que debe ocurrir, ocurre, de una forma o de otra.

Dios mío, cuando estaba en la Oficina del centro de entrenamiento, había seguido la misma línea de pensamiento. Salvo que...

— *No obstante es mi culpa. Se trataba de mí. Todo ocurrió debido a mí.*

— ¿Ofendiste a alguien? —cuándo John negó con la cabeza, preguntó—: Entonces ¿cómo puede ser culpa tuya?

No podía entrar en detalles. De ninguna manera.

— *Simplemente lo es. Mi amigo hizo algo horrible para salvar mi reputación.*

— Pero esa fue su elección como macho de valía. —Cormia le apretó el antebrazo—. No lamentes su libre albedrío. En lugar de ello, pregúntate qué puedes hacer tú para ayudarlo ahora.

— *Me siento tan malditamente impotente.*

— Esa es tu percepción. No la realidad —dijo en voz baja—. Ve y piensa. El camino vendrá a ti. Lo sé.

Su tranquila fe en él era aún más poderosa porque se percibía en su rostro, no simplemente en sus palabras. Y era exactamente lo que él necesitaba.

— *Eres realmente estupenda,* escribió.

Cormia enrojeció de placer.

— Gracias, señor.

— *Sólo John, por favor.*

Le entregó el mando a distancia y se aseguró de que supiera cómo manejarlo. Cuando lo entendió a la primera, no se sorprendió. Era muy parecida a él. Sus silencios no significaban que no fuese lista.

Se inclinó ante ella, lo que lo hizo sentirse un poco extraño pero parecía ser lo adecuado, y luego se largó de allí. Mientras bajaba las escaleras hasta el segundo piso, envió un mensaje de texto a Blay. Habían pasado cerca de dos horas desde la última vez que habían tenido noticias de Qhuinn, y definitivamente era hora de ir a investigar. Como era probable que tuviera sus efectos personales con él, la desmaterialización no era una opción, así que no podía haber ido lejos, porque no tenía coche. ¿A menos que hubiera pedido a uno de los *doggen* de la familia que le llevara a alguna parte?

John empujó las puertas dobles, que se abrían hacia el pasillo con estatuas y pensó que Cormia tenía mucha razón: quedarse sentado sobre el culo no ayudaría a Qhuinn, mientras lidiaba con el problema de ser expulsado de su familia, y no iba a alterar el hecho de si Lash vivía o moría.

Y por muy incómodo que se sintiese por lo que sus amigos habían oído, ambos eran más importantes que esas palabras que habían sido pronunciadas tan cruelmente en el vestuario.

Justo cuando llegaba a las escaleras, su teléfono se iluminó con un mensaje de texto. Era de Zsadist: *Lash tuvo un paro. No pinta bien.*

Qhuinn caminaba por un lado del camino, con la mochila golpeándole el trasero a cada paso que daba. Más adelante, un relámpago culebreó en el cielo e iluminó los robles, convirtiendo sus troncos en lo que parecía una línea de gamberros de hombros anchos. El trueno que siguió no estaba muy lejos, se sentía el ozono en el aire. Tenía el presentimiento de que estaba a punto de empaparse.

Y así fue. Al principio, las gotas de tormenta eran gruesas y espaciadas, pero después se volvieron más pequeñas y frecuentes, como si las grandes hubieran saltado de las nubes primero y las crías las hubieran seguido sólo después de que fuera seguro hacerlo.

El agua que caía sobre la mochila de nailon sonaba como pequeños estallidos, y el cabello en lo alto de su cabeza comenzó a aplastarse. No tomó medidas para protegerse,

porque la lluvia iba a ganar. No tenía paraguas y no estaba dispuesto a pararse bajo un roble para refugiarse.

Extra-crujiente no era considerado para nada buena pinta.

El coche se detuvo en el camino detrás de él, unos diez minutos después que hubiera comenzado a llover. Los focos delanteros iluminaron su espalda y delinearon su sombra en el pavimento frente a él. El resplandor se volvió más brillante cuando el quejido del motor dejó de acercarse.

Blay había venido tras él.

Se detuvo y se dio la vuelta, escudándose los ojos con el antebrazo. Bajo las luces la lluvia formaba un fino diseño blanco, y la niebla flotaba frente a los faros, recordándole algunos episodios de *Scooby-Doo*.

—¿Blay, podrías apagar las largas? Me están cegando.

La noche se volvió oscura y las cuatro puertas del coche se abrieron, no se veía ninguna luz interior.

Lentamente Qhuinn dejó caer la mochila al suelo. Éstos no eran restrictores, eran machos de su especie. Lo cual, en vista que estaba desarmado, era sólo moderadamente reconfortante.

Las puertas se cerraron con una sucesión cíclica de *pams*. Cuando otro rayo relampagueó en el cielo, tuvo un atisbo de a qué se enfrentaba: los cuatro vestían de negro y llevaban capuchas que cubrían sus facciones.

Ah, sí. La tradicional guardia de honor.

Qhuinn no corrió cuando uno por uno fueron sacando sus garrotes negros; se colocó en posición de lucha. Iba a perder y perder a lo grande, pero maldita sea, caería con los puños ensangrentados y los dientes de estos chicos en el suelo.

La guardia de honor le rodeó en la clásica posición para dar una paliza, y él dio vueltas en el lugar, esperando el primer golpe. Éstos eran tipos grandes, todos de su tamaño, y su propósito era exigir una compensación física a su cuerpo por lo que le había hecho a Lash. Como esto no era un *rythe*, sino una revancha, podía defenderse.

Entonces Lash debía de haber sobrevivido...

Le dieron con uno de los garrotes en la parte de atrás de la rodilla, y fue como ser electrificado por un Taser. Se esforzó por conservar el equilibrio, sabiendo que si caía



estaba jodido, pero alguien más se encargó de su otra pierna dándole un formidable golpe seco en el músculo del muslo. Cuando aterrizó sobre sus manos y rodillas, los garrotes le golpearon los hombros y la espalda, pero se abalanzó y atrapó a uno de los guardias por ambos tobillos. El tipo intentó apartarse, pero Qhuinn conservó su premio, causando un brusco cambio en el centro de gravedad del hombre. Afortunadamente, mientras el bastardo caía como un yunque, fue lo bastante amable como para llevarse a uno de sus amigos con él.

Qhuinn necesitaba un garrote. Esa era su única posibilidad.

En un arranque impresionante, intentó tomar el arma del que había derribado, pero otro garrote le golpeó de lleno en la muñeca. El dolor fue como un anuncio de neón rezando *Estás jodido*, y su mano quedó instantáneamente incapacitada, colgando floja e inútil de su brazo. Lo bueno era que era un hijo de puta ambidextro. Agarró el garrote con la izquierda y se lo clavó al que estaba delante de él, justo en la rodilla.

Después de eso las cosas se pusieron divertidas. Ponerse de pie estaba descartado, así es que fue letalmente rápido en tierra, yendo tras sus piernas y testículos. Era como estar rodeado de perros de presa que se abalanzaban y se retiraban, según hacia dónde se girase.

Estaba comenzando a pensar que realmente podría mantenerlos apartados, cuando uno de ellos cogió una piedra del tamaño de un puño y se la lanzó a la cabeza. Se agachó a tiempo pero la muy perra rebotó en el suelo... y le dio justo en la sien. Se detuvo durante un instante, y eso fue todo lo que necesitaron. Se amontonaron sobre él, y comenzó la verdadera paliza. Encogiéndose como una pelota, puso los brazos sobre su cabeza protegiéndose los órganos vitales y el cerebro lo mejor que pudo mientras lo machacaban.

Se suponía que no le matarían.

Realmente no deberían.

Pero uno de ellos le pateó la parte baja de la espalda, dándole directamente en los riñones. Cuando se arqueó, porque no pudo evitarlo, abrió un hoyo en su defensa que dejó al descubierto la parte baja de su barbilla. Fue allí donde le asestaron la segunda patada.

Su mandíbula no absorbía bien los golpes... de hecho, era un amplificador, ya que sus dientes inferiores golpeaban ruidosamente contra los superiores y el cráneo absorbía

todo el embate del impacto. Atontado, se aflojó, al soltar los brazos, su posición defensiva se debilitó.

Se suponía que no le matarían, ya que si estaban haciendo esto, era porque Lash aún seguía con vida. Si el tipo hubiera muerto, habría sido llevado frente al Rey por los padres de su primo, quienes hubieran exigido su ejecución, aunque técnicamente fuera menor de edad. No, ésta paliza era un ojo por ojo por una lesión corporal. O al menos, así se suponía que debía ser.

El problema fue que, le patearon hasta ponerlo de espaldas, y luego uno de ellos tomó impulso y plantó ambas botas de combate en el centro del pecho de Qhuinn.

Su aliento salió disparado. Su corazón dejó de bombear. Todo se detuvo.

Y entonces fue cuando oyó la voz de su hermano:

—No vuelvas a hacer eso. Va contra las reglas.

Su hermano... ¿*Su hermano...*?

Entonces, esto no era por el agravio a Lash.

Esto venía de parte de su propia familia, para vengar la ofensa a su honor.

Mientras Qhuinn boqueaba tratando de respirar sin que sus intentos le valieran de nada, los cuatro se pusieron a discutir entre ellos. La voz de su hermano era la más alta.

—¡Es suficiente!

—¡Jodido bastardo mutante, merece morir!

Qhuinn perdió interés en el drama cuando se dio cuenta que su corazón todavía no había comenzado a funcionar nuevamente... y ni siquiera el repentino pánico que sintió al comprenderlo le sirvió de patada de arranque a la maldita cosa. Su vista se convirtió en un tablero de ajedrez y comenzaron a entumecerse las manos y los pies.

Fue en ese momento que vio la luz brillante.

Mierda, el Fade venía a por él.

—¡Cristo! ¡Vámonos!

Alguien se agachó hasta él.

—Volveremos por ti, cabrón. Y la próxima vez, sin tu jodido hermano.

Hubo un revuelo de botas, una serie de abrir y cerrar de puertas, y luego un chirrido cuando el coche arrancó. Cuando otro coche se acercó, se percató que las luces que brillaban sobre él no eran las de la otra vida, sino alguien conduciendo otro coche.

Yaciendo en el lamentable estado en que lo habían dejado, tuvo un fugaz pensamiento de que tal vez él mismo podría golpearse el pecho. Como en *Casino Royale* y hacerse la reanimación cardio-pulmonar a sí mismo.

Cerró los ojos. Bueno, si sólo pudiera hacerlo al estilo 007... Ni hablar, no tenía ni la más mínima posibilidad. No podía lograr que sus pulmones fueran más allá de inspiraciones superficiales y su corazón no era más que un inútil nudo de músculos dentro de su pecho. El hecho que ya no sintiera dolor, era aún más preocupante.

La siguiente luz blanca que le iluminó era como la niebla que flotaba sobre la carretera, una niebla suave y apacible que le bañaba y le calmaba. Cuando lo iluminó, pasó de estar aterrorizado a absolutamente impertérrito. Esto, lo supo, no era un coche. Ahora si era el Fade.

Se sintió levitar alejándose del pavimento elevándose, ingrávido, hasta que estuvo frente a la entrada de un pasillo blanco. En el extremo más alejado, había una puerta que se sintió compelido a abrir. Caminó hacia ella con urgencia creciente, y en el momento en que la alcanzó, agarró el picaporte. Cuando su mano envolvió el metal caliente, tuvo la vaga idea que una vez que la atravesara, todo acabaría. Estaba en un punto intermedio mientras no abriera la puerta y cruzase hacia lo que había al otro lado.

Una vez que estuviera dentro, no habría forma de regresar.

Justo cuando estaba a punto de girar la mano, vio una imagen en los paneles de la puerta. Estaba borrosa e hizo una pausa, tratando de averiguar lo que era.

*Oh... Dios...* pensó, cuando se dio cuenta de lo que veía.

*Santa... mierda.*

## Capítulo 18



Cormia no estaba en su habitación, ni en el baño.

Mientras Phury bajaba al vestíbulo para buscarla, tomó una decisión. Si se topaba con Rhage, no le iba a hacer las preguntas que tenía en mente. La mierda con los estudiantes, los restrictores y la guerra ya no eran su territorio, y sería mejor que se acostumbrara a ello.

Las cuestiones sobre los Hermanos y los estudiantes ya no eran asunto suyo.

Cormia era su responsabilidad. Ella y las Elegidas. Y, maldición, ya iba siendo hora de que lo enfrentara.

Cuando llegó a la arcada que conducía al comedor Phury se detuvo en seco.

— ¿Bella?

La *shellan* de su gemelo estaba sentada en una de las sillas junto al aparador, tenía la cabeza inclinada y la mano en la barriga. Respiraba con pequeños resoplidos.

Levantó los ojos hacia él y sonrió débilmente.

— Hola.

*Oh, Dios.*

— Hola. ¿Qué haces?

— Estoy bien. Y antes que digas... que debería estar en la cama... justo me dirigía hacia allí... —sus ojos se desplazaron hacia la gran escalera—. Es sólo que en estos momentos parece un poco lejos.

En nombre del decoro, Phury siempre había tenido cuidado de no buscar la compañía de Bella fuera de las comidas comunitarias, incluso antes de que Cormia se mudara a la casa.

Sin embargo este no era el momento para mantener las distancias.

— ¿Por qué no me permites llevarte?

Hubo una pausa, y se preparó para rebatir sus argumentos. Tal vez, ella lo dejara al menos cogerla del brazo...

—Sí. Por favor.

*Oh... mierda.*

—Mírate, comportándote tan razonablemente.

Sonrió, como si no se estuviera llevando el susto de su vida, y fue hacia ella. Parecía ligera como el aire cuando la recogió pasándole un brazo bajo las piernas y el otro alrededor de la espalda. Olía como las rosas que florecen por la noche y algo más. Algo... no completamente correcto, como si las hormonas del embarazo estuvieran desequilibradas.

Tal vez estuviera sangrando.

—Así qué, ¿cómo te sientes? —preguntó en una voz sorprendentemente calmada mientras la llevaba hacia la escalera.

—Igual. Cansada. Pero él bebé está dando muchas patadas, lo que es bueno.

—Eso ciertamente es bueno. —Llegó al segundo piso y recorrió a zancadas el pasillo de las estatuas. Mientras Bella apoyó la cabeza sobre su hombro, y se estremeció un poco lo que le hizo querer echar a correr.

Precisamente cuando llegaban a su habitación, las puertas al final del pasillo se abrieron. Cormia las atravesó y titubeó, abriendo mucho los ojos.

—¿Podrías abrir esta puerta? —le preguntó.

Ella dio un paso adelante y abrió el camino para que él pudiera pasar al interior de la habitación. Se dirigió sin vacilar a la cama y depositó a Bella en el nido creado por las sábanas y mantas que estaban dobladas.

—¿Te gustaría comer algo? —le preguntó, intentando entablar conversación para ir llevándola poco a poco a la parte de «vamos a llamar a la doctora Jane».

Un poco del antiguo brillo volvió a sus ojos.

—Creo que ese es el problema... comí demasiado. Terminé con dos potes de helado Ben&Jerry de menta con pepitas de chocolate.

—Buena elección, si se trata de hundir la cuchara. —Intentó sonar despreocupado al sugerir —: ¿Y qué te parece si llamo a Z?

—¿Para qué? Sólo estoy cansada. Y antes que lo preguntes, no, no estuve de pie más que la hora que me fue permitida. No lo molestes, estoy bien.

A lo mejor, pero aun así iba a llamar a su gemelo. Sólo que no delante de ella.

Echó un vistazo sobre su hombro. Cormia estaba justo afuera de la habitación, una figura silenciosa, vestida de túnica, y con el hermoso rostro lleno de inquietud. Se volvió hacia Bella.

—Ey, que dices ¿te gustaría tener un poco de compañía?

—Me encantaría. —Le sonrió a Cormia—. Tengo en TiVo una maratón de *Project Runway* y estaba a punto de verlos. ¿Quieres hacerme compañía?

Cormia lo miró rápidamente a los ojos, y debió ver la súplica en su mirada.

—No estoy segura de qué es eso, pero... sí, me gustaría hacerte compañía.

Cuando entró, le cogió el brazo y susurró:

—Voy a buscar a Z. Si muestra algún signo de dolor, pulsa asterisco Z en el teléfono, ¿de acuerdo? Ese es él.

Cormia asintió y dijo bajito:

—Cuidaré de ella.

Apretándole un poco el brazo, murmuró:

—Gracias.

Después de despedirse, cerró la puerta y caminó por el pasillo unos cuantos metros antes de llamar a Z a su móvil.

*Contesta, Contesta...*

Contestador.

*Mierda.*

—Ese no es él. *¡Ese no es él!*

De pie bajo la lluvia, en la parte más alejada del callejón junto al McGrider, el señor D quería coger al asesino que tenía frente a él y usarlo como guardia dormido en medio de la calle Trade.

—¿Qué mierda te pasa? —el restrictor gruñó mientras apuntaba al vampiro civil que estaba a sus pies—. Este es el tercer macho que atrapamos esta noche. Más de lo que hemos capturado en un año...

El señor D sacó rápidamente su navaja de muelle.

—Y ninguno es el que estamos buscando. Así que vuelve a armarte y sal a la calle o me comeré tus huevos para el desayuno.

Cuando el asesino dio un paso atrás, el señor D se agachó y cortó la chaqueta del civil. El macho se había desmayado y daba la impresión de estar enfermo, el traje parecía irle holgado y era muy necesario que le hicieran una limpieza en seco. Su ropa estaba toda manchada de sangre roja, y su rostro era como un test Rorschach, puras manchas.

Buscando la cartera, el señor D tuvo que reconocer que hasta cierto punto estaba de acuerdo con su subordinado, pero se lo guardó para sí mismo. Era difícil creer que habían logrado llevar a cabo tres secuestros en una noche... pero aun así tenía un susto que se cagaba en los pantalones como si hubiera estado chupando ciruelas durante días.

El problema era que, no tenía buenas noticias para llevarle al Omega, y eran sus Levi's los que estaban en peligro.

—Llévate esta cosa a la casa de la calle Lowell —dijo mientras un monovolumen azul pálido lleno de refuerzos entró en el callejón—. Cuando vuelva en sí, házmelo saber. Veré si puede decirnos algo sobre el que estamos buscando.

—Lo que usted diga, jefe. —*Jefe* fue pronunciado como *gilipollas*.

El señor D consideró sacar su navaja y despellejar al hijo de puta donde estaba. Pero como ya había despachado a un asesino esa noche, se obligó a enfundar la hoja y guardar el arma de vuelta en su abrigo. En ese momento mermar el grupo no era una buena idea.

—Yo que tú cuidaba mis modales, muchacho —murmuró mientras dos restrictores salían del monovolumen y se acercaban para recoger al civil.

—¿Por qué? Esto no es Texas.

—Cierto. —El señor D inmovilizó los grandes grupos de músculos del asesino, agarrando al cabrón por las pelotas, y retorciéndole las joyas de esa corona como si fueran de goma. El asesino gritó, probando que aunque fuera impotente, el punto débil de un hombre seguía siendo la mejor forma de conseguir su atención.

—De todas formas no hay necesidad de ser grosero —murmuró el señor D mientras levantaba la vista hacia el rostro transfigurado del tipo—. ¿Tu madre no te enseñó nada?

La respuesta que le dio podría haber sido cualquier cosa desde el salmo veintitrés hasta un chiste de una rubia o incluso podría haber estado recitando una lista de la compra, por todo lo que se entendió.

Precisamente, cuando el señor D abría la mano, sintió que le picaba cada centímetro cuadrado de la piel.

Estupendo. La noche se ponía cada vez mejor.

—Encerrad a ese macho —dijo el señor D—, luego volvéis aquí. No hemos acabado por esta noche.

Para cuando el monovolumen se fue, estaba listo para frotarse una hoja de lija por todo el cuerpo. La increíble picazón significaba que el Omega quería verlo, ¿pero adonde diablos podría ir para tener una audiencia? Estaba en el centro, y la propiedad más cercana de la Sociedad Restrictiva estaba a unos buenos diez minutos en coche y considerando que no tenía noticias para compartir, pensaba que no era una buena idea retrasarse ni aunque fuera un poco.

El señor D corrió por Trade y verificó los edificios abandonados. Al final, decidió que no podía correr el riesgo de tener una audiencia con el *Omega* en ninguno de ellos. Los sin techo humanos merodeaban por todo el centro, y en una noche como esa, sin duda estarían buscando un lugar para cobijarse de las tormentas. La última cosa que el señor D necesitaba era un testigo humano, ni aunque fuera uno drogado o borracho, especialmente considerando que iba a llevarse una paliza.

Un par de bloques más allá, se encontró con una obra en construcción rodeada por una valla de treinta metros de altura. Había estado observando el avance de la construcción del edificio desde la última primavera, primero se construyó el exoesqueleto elevándose desde la tierra, luego la piel de vidrio envolvió las vigas, luego el sistema nervioso de cables y tuberías superponiéndose a todo ello. Los equipos habían dejado de trabajar por las noches, lo que significaba que para su actual necesidad era lo que para un cerdo encontrar el lodo donde poder revolcarse.

El señor D tomó carrera y saltó, se aferró con las dos manos al borde superior de la valla, y pasó el culo por encima de la misma. Golpeó el suelo quedándose en cuclillas y permaneció quieto.

Nadie se acercó a él y ningún perro se precipitó en su dirección, así que con la mente hizo que se apagaran un par de bombillas en sus receptáculos enrejados y se escabulló en medio de las sombras hacia una puerta que estaba —¡sí!— sin cerrojo.



El edificio tenía el olor seco del cemento y el yeso, y se adentró en su interior, sus pisadas resonando a su alrededor. El lugar era un espacio estándar para oficinas, un espacio grande y abierto que en breve estaría lleno de cubículos. Pobres bastardos. Él nunca habría podido soportar un empleo de oficinista. Primero, no había sido un estudiante aplicado, y segundo, si no podía ver el cielo se sentía como si fuera a gritar.

Cuando estaba en el medio del edificio, se puso de rodillas, se quitó el sombrero de cowboy, y se preparó para un infierno de reproches.

Precisamente, cuando se abría a sí mismo al Amo, la tormenta pareció estallar en todo su esplendor, sus truenos recorrieron el centro de la ciudad, y luego seguían retumbando al rebotar contra los altos edificios. Una coordinación perfecta. La llegada del *Omega* sonó justo igual a un trueno y el Amo irrumpió en la versión de la realidad del mundo de Caldwell, apareciendo de la nada como si estuviera surgiendo de un lago. Cuando completó su llegada, el telón de fondo conformado por la obra en construcción osciló como si fuera de goma retomando bruscamente su forma.

La túnica blanca se asentó alrededor de la negra forma fantasmagórica del *Omega*, y el señor D se preparó para disparar todo el discurso de «estamos haciendo lo mejor que podemos».

Pero el *Omega* habló primero:

—He encontrado lo que me pertenece. Su muerte era el camino. Debes entregarme cuatro hombres, debes conseguir lo necesario y debes ir a la granja para prepararla para la iniciación.

De acuerdo, eso no era lo que esperaba que saliera de la boca del Amo.

El señor D se levantó y cogió el móvil.

—Hay un escuadrón en la calle Tercera. Les diré que vengan aquí.

—No, los recogeré allí y viajaran conmigo. Cuando vuelva a la granja, me asistirás en lo que te indique, y luego deberás brindarme un servicio.

—Sí, Amo.

El *Omega* extendió los brazos, su túnica blanca desplegándose como un par de alas.

—Regójate, porque nos haremos diez veces más fuerte. Mi hijo vuelve a casa.

Diciendo esto, el *Omega* se elevó y desapareció, un rollo de pergamino cayó al suelo de hormigón a la estela de su partida.

— ¿Hijo? — El señor D se preguntó si había oído bien —. ¿Hijo?

Se agachó y levantó el rollo de pergamino. La lista era larga y de cierto modo horripilante, pero no exótica.

Barato y fácil. Lo que era bueno porque su cartera estaba jodidamente vacía.

Puso la lista en el abrigo y se volvió a poner el sombrero de cowboy.

*¿Hijo?*

Al otro lado de la ciudad en la clínica subterránea de Havers, Rehv esperaba en una sala de reconocimiento, agotada ya toda su paciencia. Mirando el reloj por millonésima vez, se sintió como un piloto de carreras cuyo equipo de boxes estaba formado por ancianos de noventa años.

De todos modos, ¿qué diablos estaba haciendo aquí? La dopamina había hecho efecto y el pánico se había evaporado, y ahora se sentía ridículo con sus mocasines Bally balanceándose en el extremo de la camilla de un doctor. Todo era normal y estaba bajo control, y por el amor de Dios, su antebrazo terminaría curándose. El hecho de que estuviera tardando en curarse, probablemente significara que necesitaba alimentarse. Una rápida sesión con Xhex y estaría listo para irse.

Así que realmente, debería irse, sin más.

Sí, el único problema con eso era el hecho de que Xhex y Trez estaban esperándolo en el aparcamiento. Si no salía de ahí con algún vendaje estilo momia encima de las marcas de aguja, iban a romperle el culo como si se tratara de huevos.

La puerta se abrió y entró una enfermera. La hembra estaba vestida con un vestido camisero blanco, y zapatos blancos de suela de goma, una rutina directamente salida del Central Casting que formaba parte de las anticuadas costumbres y criterios de Havers. Mientras cerraba la puerta mantuvo la cabeza enterrada en su historia clínica, y aunque no dudaba que estuviera comprobando lo que había escrito allí, era bien consciente que el valor agregado era que no tenía que encontrar su mirada.

Todas las enfermas hacían lo mismo cuando estaban con él.

— Buenas noches — dijo rígidamente mientras pasaba las páginas —. Le voy a sacar una muestra de sangre, si no le importa.

—Suenan bien. —Por lo menos, algo estaba ocurriendo.

Mientras se quitaba uno de los lados de su abrigo de marta y se sacaba la chaqueta, ella se apresuró a lavarse las manos y ponerse los guantes.

A ninguna de las enfermeras le gustaba tratar con él. Era intuición femenina. Aunque no hubiera ninguna mención en su historia clínica a que era medio *sympath*, podían sentir el mal en él. Su hermana, Bella, y su antiguo amor, Marissa, eran las únicas excepciones significativas, porque ambas sacaban su lado bueno: él les tenía cariño y ellas lo percibían. Sin embargo, ¿en cuánto al resto de la raza? La gente anónima no significaba absolutamente nada para él, y de alguna manera el bello sexo siempre notaba eso.

La enfermera se le acercó con una pequeña bandeja de viales y un torniquete de goma, y él se arremangó. Trabajó rápido y no dijo nada mientras sacaba la sangre, luego se dirigió hacia la puerta lo más rápido que pudo.

—¿Cuánto más va a tardar? —preguntó antes que pudiera escaparse.

—Llegó una emergencia. Va a tardar un rato.

La puerta se cerró con un sonido ahogado.

*Mierda.* No quería dejar el club solo toda la noche. Con Trez y Xhex fuera... Sí, eso no estaba nada bien. ¡Am era un tipo duro, cierto, pero incluso los sólidos matones necesitaban apoyo cuando enfrentaban una multitud de cuatrocientos humanos jodidos.

Rehv abrió su móvil, marcó el número de Xhex, y discutió con ella durante casi diez minutos. Lo que no fue divertido, pero le ayudó a matar el tiempo. Ella no cedería en cuanto a dejar que él se marchara de allí sin ver al médico, pero al menos consiguió que aceptara regresar al club con Trez.

Claro, eso fue sólo después que les diera una orden directa a ambos.

—Bien —dijo ella bruscamente.

—Bien —refunfuñó él poniendo fin a la llamada.

Guardó el móvil en el bolsillo. Maldijo un par de veces. Volvió a coger la maldita cosa y escribió: *Lo siento soy un mierda. ¿Me perdonas?*

Justo cuando le dio a enviar, llegó un mensaje de texto de ella: *Cuando se trata de este tema siempre te comportas como un pedazo de mierda. Sólo te llevé porque me importas.*

Tuvo que reírse, especialmente cuando ella le mandó otro mensaje de texto: *Estás perdonado pero sigo pensando que eres una mierda. Hablamos después.*

Rehv volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y miró a su alrededor, catalogando los depresores de lengua en sus botes de vidrio junto al fregadero y los puños del medidor de presión sanguínea, colgados de la pared y el escritorio y el ordenador montado en una esquina. Había estado en esta habitación antes. Había estado en todas las habitaciones de reconocimiento antes.

Él y Havers habían estado siguiendo la rutina de médico/paciente por bastante tiempo, y era una mierda delicada. Si alguien tenía evidencias que había un *symphath* en los alrededores, aunque fuera un mestizo, por ley tenían que denunciar al individuo para que pudiera ser apartado de la población general y abandonado en la colonia que había en el norte. Lo que arruinaría todo. Así que cada vez que Rehv venía a una de estas visitas, hurgaba en el cerebro del buen doctor y abría lo que prefería denominar su baúl personal en el altillo de Havers.

El truco no era tan distinto a lo que los vampiros podían hacer para borrar las memorias a corto plazo en los humanos, sólo que más exhaustivo. Después de poner al doctor en trance, Rehv sacaba la información sobre sí mismo y su «enfermedad», y Havers era capaz de tratarlo adecuadamente, sin todas las desagradables ramificaciones sociales. Cuando la cita acababa, Rehv empaquetaba sus «pertenencias» en el cerebro del tipo y las volvía a asegurar, encerrándolas en la corteza cerebral del doctor hasta la próxima vez.

¿Era un poco solapado? Sí. ¿Había otra opción? No. Necesitaba el tratamiento, no era como Xhex, que lograba sofocar sus impulsos por sí misma. Aunque sólo Dios sabía cómo lo hacía...

Rehv se enderezó, su columna vertebral hormigueó como inundada por un torrente, sus instintos se pusieron en estado de alerta.

Su palma encontró el bastón y se bajó de la camilla, aterrizando sobre dos pies que no podía sentir. El viaje hasta la puerta era de tres pasos, y luego su mano tomó el pomo y lo giró. Fuera, el pasillo estaba vacío en ambas direcciones. Lejos a la izquierda, el puesto de enfermeras y la sala de espera parecían ocupados como siempre. A la derecha, había más habitaciones de pacientes y más allá, las puertas dobles que llevaban al depósito de cadáveres.

Sin dramas.

Sí... nada parecía fuera de lugar. El personal médico se movía con determinación. Alguien tosió en la habitación de al lado. El zumbido del sistema de ventilación, calefacción y aire acondicionado emitía un constante ruido de fondo.

Bizqueó para poder enfocar bien la vista y se sintió tentado a dejar salir su lado *sympath*, pero era demasiado arriesgado. Recién acababa de estabilizarse. Pandora y su caja tenían que permanecer cerradas.

Sumergiéndose nuevamente en la sala de reconocimiento, sacó el móvil y empezó a marcar el número de Xhex para pedirle que regresara a la clínica, pero la puerta se abrió antes que la llamada se iniciara.

Su cuñado, Zsadist, asomó la cabeza.

—Oí que estabas aquí.

—¡Ey! —Rehv guardó el móvil y atribuyó la oleada de ansiedad a la paranoia que parecía acometerlo con las dosis dobles. ¡Ah! La alegría de los efectos secundarios.

*Mierda.*

—Dime que no estás aquí a causa de Bella.

—No. Ella está bien. —Z cerró la puerta y se reclinó contra ella, encerrándolos a los dos eficazmente.

Los ojos del Hermano estaban negros. Lo que significaba que estaba cabreado.

Rehvenge acercó el bastón y lo dejó colgando entre sus piernas por si acaso lo necesitaba. Él y Z habían estado tolerándose el uno al otro de buen grado desde que el Hermano y Bella habían iniciado su relación, pero las cosas podían cambiar. Y dado el modo en que esa mirada ahora estaba oscura como el interior de una cripta, evidentemente habían cambiado.

—¿Tienes algo en mente, grandullón? —preguntó Rehv.

—Quiero que me hagas un favor personal.

El término *favor* fue como una mala palabra.

—Habla.

—No quiero que abastezcas más a mi hermano. Vas a cortarle el suministro. —Z se inclinó hacia delante, dejando las caderas apoyadas contra la puerta—. Y si no lo haces, haré que te sea imposible vender ni una jodida pajita de cóctel en ese antro tuyo.

Rehv dio un golpecito con la punta del bastón en la camilla y se preguntó si el Hermano cambiaría el tono si supiera que los beneficios del club mantenían al hermano de su *shellan* fuera de la colonia *sympath*. Z sabía lo del mestizaje; no sabía nada sobre la princesa y sus juegos.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó Rehv arrastrando las palabras—. ¿Se encuentra bien? ¿Está tranquila? Eso es importante para ella, ¿no? No disgustarse innecesariamente.

Zsadist entrecerró los ojos hasta formar dos rendijas, su rostro con cicatrices se convirtió en el tipo de cosas que se ven en las pesadillas.

—Realmente no creo que quieras seguir por ese camino, ¿verdad?

—Me jodes el negocio y las repercusiones también la dañaran. Confía en mí. —Rehv colocó el bastón de forma que quedara vertical en su palma—. Tu gemelo es un macho adulto. Si tienes problemas con su adicción tal vez debas hablar con él, eh.

—¡Oh! Voy a encargarme de Phury. Pero quiero tu palabra. Ya no le venderás más.

Rehv miró su bastón mientras éste se mantenía vertical en el aire, perfectamente equilibrado. Hacía tiempo que había hecho las paces con su línea de trabajo, sin duda con la ayuda de su lado *sympath*, que hacía que el aprovecharse de la flaqueza de otros fuera una especie de imperativo moral.

La manera en que justificaba su tráfico era que las elecciones de sus clientes no tenían nada que ver con él. Si jodían sus vidas debido a lo que les vendía, era su derecho... y no era diferente a las maneras socialmente más aceptables en que las personas se destruían a sí mismas, como comiendo hasta tener dolencias cardíacas debido a lo que McDonalds vendía, o bebiendo hasta tener un fallo renal gracias a la buena gente de Anheuser-Busch, o jugando en casinos hasta que perdían sus casas.

Las drogas eran un artículo y él era un empresario, y los consumidores de drogas encontrarían la devastación en otro sitio si sus puertas se cerraran. Lo mejor que podía hacer, era garantizar que si le compraban a él, su mierda no estaría contaminada con rellenos peligrosos, y la pureza era consistente de manera que pudieran cortar sus dosis con confianza.

—Tu palabra, vampiro —gruñó Zsadist.

Rehv bajó la mirada a la manga que cubría su antebrazo izquierdo y pensó en la expresión del rostro de Xhex cuando había visto lo que se había hecho. Extraños paralelismos. Sólo porque la droga que se inyectaba era recetada, no significaba que fuera inmune a abusar de la mierda.

Rehv levantó la mirada, entonces cerró los párpados y dejó de respirar. Se extendió a través del aire entre él y el Hermano y entró en la mente del macho. Si... bajo su enfado subyacía un absoluto terror.

Y recuerdos... de Phury. Una escena de hacía algún tiempo... setenta años o así antes... un lecho de muerte. De Phury.

Z estaba envolviendo a su gemelo con mantas y acercándolo a un fuego de carbón. Estaba preocupado... Por primera vez desde que había perdido su alma durante la esclavitud, estaba mirando a alguien con preocupación y compasión. En la escena, secó la frente de Phury que estaba empapada por la fiebre y luego se ciñó las armas y se marchó.

—Vampiro... —murmuró Rehv. —Mírate, acompañándolo, cuidándolo como una enfermera.

—Sal de mi jodido pasado.

—Lo salvaste, ¿no es cierto? —Rehv volvió a abrir los ojos—. Phury estaba enfermo. Fuiste a buscar a Wrath porque no tenías ningún otro sitio adonde ir. El salvaje se convirtió en salvador.

—Para tu información, estoy de mal humor, y me estás volviendo letal.

—Así es como ambos acabasteis en la Hermandad. Interesante.

—Quiero tu palabra, Devorador de Pecados. No un relato aburrido.

Movido por algo que no quería nombrar, Rehv se colocó la mano sobre el corazón. En la Antigua Lengua, dijo claramente:

—*Aquí y ahora te hago una promesa solemne a ti. Nunca más tu gemelo de sangre saldrá de mi establecimiento portando drogas.*

La sorpresa destelló en el rostro con cicatrices de Z. Después asintió.

—Dicen que nunca se debe confiar en un *symphath*. Así que voy a confiar en la mitad de ti que es el hermano de mi Bella, ¿comprendido?

—Buena idea —murmuró Rehv mientras dejaba caer la mano—. Porque ese es el lado con el que he hecho la promesa. Pero dime algo. ¿Cómo te asegurarás de que no le compre a alguien más?

—Para ser honesto, no tengo ni idea.

—Bien, la mejor de las suertes con él.

—La vamos a necesitar. —Zsadist se dirigió hacia la puerta.

—¿Oye, Z?

El Hermano miró por encima del hombro.

—¿Qué?

Rehv se frotó el pectoral izquierdo.

—Has... ¡ah! ¿No has captado una mala vibración esta noche?

Z frunció el ceño.

—Sí, pero ¿Qué diferencia hay? No he tenido una buena noche en sólo Dios sabe cuánto tiempo.

La puerta se cerró lentamente, y Rehv se volvió a poner la mano sobre el corazón. La maldita cosa andaba a la carrera sin motivo aparente. Mierda, al fin y al cabo era mejor que viera al doctor. Sin importar cuánto tardara...

La explosión desgarró la clínica retumbando como si fuera un trueno.



## Capítulo 19



Phury se materializó entre los pinos que había detrás de los garajes de la clínica de Havers, justo cuando las alarmas de seguridad del lugar empezaron a sonar. Los estridentes gritos electrónicos hacían que los perros del vecindario ladraran, pero no había peligro de que se llamara a la policía. Los sonidos de advertencia estaban calibrados para que fueran demasiado altos para los oídos humanos.

*Joder...* Estaba desarmado.

Fue corriendo hacia la entrada de la clínica de todos modos, preparado para luchar con las manos desnudas si tenía que hacerlo.

Era un escenario «aún más malo que peor». La puerta de acero colgaba abierta como un labio partido, y dentro del vestíbulo las puertas del ascensor habían sido forzadas exponiendo un túnel con sus venas y arterias de cables y alambres. Abajo, el techo de la caja del ascensor tenía un agujero producto de una explosión, el equivalente a un balazo en el pecho de un macho.

Volutas de humo y el olor de talco de bebé se alzaban, subían desde la clínica subterránea montados sobre una corriente de aire. La combinación de dulce y amargo, junto con los sonidos de lucha que llegaban desde abajo, hicieron que Phury descubriera los colmillos y cerrara los puños.

No perdió tiempo preguntándose cómo los restrictores habían descubierto dónde estaba la clínica, y no se preocupó tampoco por la escalera que había embutida en la pared de concreto del hueco del ascensor. Bajó de un salto y aterrizó en la parte del techo del ascensor que todavía era sólida. Otro salto lo llevó a través de la parte volada y se encontró enfrentando un caos total.

En la sala de espera de la clínica, un trío de asesinos con cabello de abuelita estaban bailando con Zsadist y Rehvenge, la lucha había hecho pedazos el país de las sillas de plástico, las revistas tediosas y las plantas tristes. Los pálidos bastardos obviamente eran

veteranos bien entrenados, dado lo fuertes que eran y lo seguros de sí mismos que se sentían, pero Z y Rehv tampoco le iban a la zaga.

Con el combate moviéndose tan rápido, su única opción era saltar dentro y unirse. Phury asió una silla de metal que estaba cerca del mostrador de recepción y la balanceó como un bate contra el asesino que tenía más cerca. Cuando el retractor cayó, levantó la silla y lo apuñaló en el pecho con una de las larguiruchas patas.

Cuando el destello y el sonido que hacían al desaparecer se extinguieron, le llegó una oleada de gritos desde el pasillo que llevaba al bloque de las habitaciones de los pacientes.

—¡Ve! —ladró Z mientras lanzaba una patada y le daba a uno de los reductores en la cabeza—. ¡Los retendremos aquí!

Phury atravesó volando las puertas dobles de vaivén.

Había cuerpos en el vestíbulo. Muchos. Yaciendo sobre el pálido linóleo verde sumergidos en charcos de sangre roja.

Aunque lo mataba no detenerse a comprobar el estado de los que iba pasando, tenía que centrarse en el personal médico y los pacientes que estaban definitivamente muy vivos. Un grupo de ellos huía hacia él absolutamente aterrorizado, sus batas blancas y los camisones de hospital ondeando tras ellos como si se tratase de una colada puesta a secar al viento.

Los atajó asiéndolos por los brazos y hombros.

—¡Entrad en las habitaciones de los pacientes! ¡Encerraos dentro! ¡Cerrad esas malditas puertas!

—¡No hay cerraduras! —gritó alguien—. ¡Y se están llevando a los pacientes!

—¡Maldita sea! —miró a su alrededor y vio un rótulo—. ¿Ese armario de medicinas tiene cerradura?

Una enfermera asintió mientras se soltaba algo de la cintura. Con mano temblorosa le entregó una llave.

—Aunque sólo desde el exterior. Tendrás que... encerrarnos.

Les hizo señas con la cabeza hacia la puerta donde se leía, SÓLO PERSONAL.

—Moveos.

El inconexo grupo se arrastró y agrupó en la habitación de treinta por treinta que tenía estanterías para medicinas y suministros del suelo al techo. Mientras cerraba la

puerta, supo que nunca olvidaría la manera en que se veían, apiñados bajo las luces fluorescentes del techo: siete rostros asustados, catorce ojos suplicantes, setenta dedos que se encontraban y se unían entre sí hasta que sus cuerpos separados formaron una sólida y única unidad de temor.

Estas eran personas que conocía: personas que habían cuidado de él con el tema de su prótesis. Personas que eran vampiros como él. Personas que deseaban que esta guerra terminara. Y se veían forzados a confiar en él porque en ese momento tenía más poder que ellos.

*Así que esto era lo que se sentía ser Dios, pensó, no envidiándole para nada el trabajo.*

—No os olvidaré. —Dijo y cerró la puerta, pasó la llave y se detuvo por un segundo. Todavía le llegaban sonidos de lucha desde el área de recepción, pero todo lo demás estaba en silencio.

No más personal. No más pacientes. Esos siete eran los únicos supervivientes.

Dándole la espalda al armario de suministros, se alejó del lugar donde Z y Rehv estaban luchando, rastreando un penetrante olor dulzón que le llevaba en sentido contrario. Pasó corriendo frente al laboratorio de Havers, también dejó atrás la oculta habitación de cuarentena donde Butch había estado unos meses atrás. A lo largo de todo el camino, fue encontrando manchas negras de huellas dejadas por las suelas de las botas de combate embadurnadas con sangre roja de vampiro.

*Cristo, ¿cuántos asesinos habían entrado aquí?*

Cualquiera que fuera la respuesta, tenía una idea de hacia dónde se habían dirigido los restrictores: los túneles de evacuación y era probable que hubieran secuestrado gente. La pregunta era, ¿cómo sabían de la existencia de esta salida?

Phury abrió bruscamente otro par de puertas dobles y metió la cabeza en el depósito de cadáveres. Los bancos de unidades refrigeradas, las mesas de acero inoxidable y las escalas colgantes no habían sido tocados. Lógico. Querían sólo los que estaban con vida.

Se adentró más por el pasillo y encontró la salida que los asesinos habían utilizado para escaparse junto con los secuestrados. No había quedado nada del panel de acero que protegía la entrada del túnel, la habían hecho explotar al igual que la entrada trasera y el techo del ascensor.

*Mierda.* Una operación completamente limpia. Entraron y salieron. Y estaba dispuesto a apostar que esta era sólo la primera ofensiva. Otros vendrían a saquear, porque la Sociedad Restrictiva era así de medieval.

Phury emprendió a toda prisa el camino de regreso al lugar dónde se estaba desarrollando la lucha en el área de recepción por si Z y Rehv no hubieran acabado ya con el negocio. Por el camino, se llevó el teléfono a la oreja, pero antes que V contestara la llamada, Havers asomó la cabeza por la puerta de su despacho privado.

Phury colgó para poder tratar con el médico, y rogó que el sistema de seguridad de V hubiera sido notificado al dispararse las alarmas. Pensó que probablemente así había sido, ya que se suponía que los sistemas estaban interconectados.

— ¿Cuántas ambulancias tienes? — preguntó acercándose a Havers.

El médico parpadeó detrás de sus gafas y levantó la mano. En su tembloroso puño había una nueve milímetros.

— Tengo un arma.

— La cual meterás en tu cinturón y no usarás. — La última cosa que necesitaban era el dedo de un aficionado en el gatillo—. Vamos, guárdala y céntrate en mí. Tenemos que sacar a los vivos fuera de aquí. ¿Cuántas ambulancias tienes?

Havers manipuló torpemente el cañón de la Beretta tratando de metérselo en el bolsillo, e hizo que Phury se preocupara por la posibilidad de que se pegara un tiro en el culo.

— C- c- cuatro...

— Dame eso. — Phury tomó el arma, verificó que el seguro estuviera en su lugar, y la metió en la pretina del pantalón del doctor—. Cuatro ambulancias. Bien. Necesitaremos conductores...

Se cortó la electricidad, quedando todo oscuro como la boca de un lobo. La repentina oscuridad le hizo preguntarse si el segundo grupo de asesinos no estaría bajado por el hueco del ascensor.

Cuando el generador de apoyo se puso en funcionamiento y las luces de seguridad parpadearon, asió el brazo del doctor y le dio una sacudida al macho.

— ¿Podemos llegar a las ambulancias a través de la casa?

—Sí... la casa, mi casa... túneles... —Tres enfermeras aparecieron detrás de él. Estaban muertas de miedo, blancas como las luces de emergencia que había sobre sus cabezas.

—Oh, Virgen querida —dijo Havers—, la *doggen* de la casa. Karolyn...

—Me encargaré de ellos —dijo Phury—. Los encontraré y los sacaré. ¿Dónde están las llaves de las ambulancias?

El médico se estiró hasta detrás de la puerta.

—Aquí.

*Gracias. Joder.*

—Los restrictores han encontrado el túnel del sur, así que tendremos que sacar a todos por la casa.

—B- bien.

—Comenzaremos la evacuación tan pronto como tengamos esta instalación temporalmente asegurada —dijo Phury—. Vosotros cuatro permaneced encerrados aquí hasta que tengáis noticias de uno de nosotros. Seréis nuestros conductores.

—¿C- cómo nos encontraron?

—No tengo idea. —Phury empujó a Havers de vuelta a la oficina, cerró la puerta, y gritó al tipo que se encerrara.

Para cuando volvió a la recepción, la lucha había terminado, el último restrictor estaba siendo apuñalado hacia el olvido por la espada roja de Rehv.

Z se enjugó la frente con la mano dejándose un borrón negro. Levantando la vista, le preguntó a Phury:

—¿Estado?

—Por lo menos nueve muertos entre miembros del personal y pacientes, número desconocido de secuestros, el área no está asegurada. —Porque sólo Dios sabía cuántos restrictores estaban todavía dentro del laberinto de pasillos y habitaciones de la clínica—. Sugiero que establezcamos la entrada y el túnel del sur al igual que la salida hacia la casa. La evacuación requerirá el uso de la escalera trasera a la casa y luego una rápida salida con ambulancias y vehículos privados. El personal médico conducirá. El destino es la ubicación de la clínica de apoyo en la calle Cedar.

Zsadist parpadeó durante un minuto, como si se sorprendiera por la clara lógica.

—Muy bien.

Un instante después llegó la caballería, Rhage, Butch, y Vishous aterrizaron uno, dos, tres en el ascensor. El trío estaba armado como tanques y cabreados.

Phury echó un vistazo a su reloj.

—Me voy a llevar a los civiles y al personal fuera de aquí. Vosotros encargaos de encontrar a cualquier retractor suelto que haya en la instalación y haced de comité de bienvenida para la próxima oleada.

—Phury —llamó Zsadist mientras se giraba.

Cuando Phury miró por encima del hombro, su gemelo le tiró una del par de SIGs que siempre llevaba consigo.

—Cuídate —dijo Z.

Phury tomó el arma y asintió con la cabeza y se fue corriendo por el pasillo. Después de hacer un balance rápido de las distancias entre el armario médico de suministros, la oficina de Havers, y el hueco de la escalera, sintió como si los tres puntos estuvieran separados por kilómetros, no metros.

Abrió la puerta del hueco de la escalera. Las luces rojas de seguridad resplandecían y había un absoluto silencio. Moviéndose rápidamente, subió los escalones, insertó el código de la cerradura de la puerta de la casa, y asomó la cabeza a un pasillo con paneles de madera. El olor a cera de limón provenía del brillante suelo. El perfume de rosas venía de un ramo que había sobre un soporte de mármol. La combinación de cordero y romero provenía de la cocina.

No se distinguía ningún talco de bebé.

Karolyn, la criada de Havers, apareció por una esquina e hizo una reverencia.

—¿Señor?

—Reúne a los sirvientes...

—Estamos todos juntos. Aquí mismo. Oímos las alarmas. —Hizo una seña con la cabeza por encima de su hombro—. Somos doce.

—¿La casa es segura?

—Ninguno de nuestros sistemas de seguridad se ha disparado.

—Excelente. —Le tiró las llaves que Havers le había dado—. Id por los túneles hacia los garajes y encerraos en ellos. Arrancad cada ambulancia y coche que tengáis, pero *no* los

saquéis fuera, y deja a una persona cerca de la puerta para que yo pueda entrar con los demás. Golpearé y me identificaré. No le abras a nadie más que a mí o a un Hermano. ¿Lo entiendes?

Era doloroso mirar al *doggen* tragarse su temor y asentir.

—Nuestro Amo...

—Havers está bien. Te lo voy a traer. —Phury extendió la mano y apretó la de ella—. Ve. Ahora. Y apresúrate. No tenemos mucho tiempo.

Estuvo de regreso en la clínica en un abrir y cerrar de ojos. Podía oír a sus hermanos moviéndose por los alrededores, los reconocía por los sonidos de sus shitkickers, sus aromas y la cadencia de sus voces. Evidentemente no habían encontrado más asesinos de momento.

Fue primero a la oficina de Havers y se lanzó primero sobre los cuatro que estaban ahí dentro, porque no se fiaba de que Havers pudiera mantenerse entero y razonable. Afortunadamente, el médico se armó de valor e hizo lo que le dijo, subiendo rápidamente por las escaleras hacia la casa principal con las enfermeras. Phury los acompañó hasta los túneles que comunicaban con los garajes, y corrió junto con ellos por la estrecha ruta de escape que corría bajo el parking por detrás de la mansión.

—¿Cuál de los túneles se dirige directamente a las ambulancias? —preguntó cuando llegaron a una bifurcación con cuatro salidas.

—Segundo de la izquierda, pero los garajes están todos interconectados.

—Te quiero a ti y a las enfermeras en las ambulancias con los pacientes. Así que ahí es a donde vamos.

Se movieron tan rápidamente como pudieron. Cuando llegaron a una puerta de acero, Phury golpeó y gritó su nombre. La cerradura se abrió e hizo pasar a su tropa.

—Regresaré con más —dijo, mientras todos se abrazaban.

Volvió a bajar a la clínica y se encontró con Z.

—¿Algún asesino más?

—Ninguno. Tengo a V y a Rhage cubriendo la parte de adelante, y Rehv y yo vamos a apostarnos en el túnel del sur.

—Me vendría bien algo de cobertura para los vehículos.

—Entendido. Enviaré a Rhage. Saldrás por detrás, ¿correcto?

—Sip.

Él y su gemelo se separaron, y Phury se dirigió al armario de suministros. Tenía la mano firme como una roca cuando tomó la llave de la enfermera de su bolsillo y llamó a la puerta.

—Soy yo. —Puso la llave y giró el picaporte.

Se encontró con sus rostros una vez más y captó los destellos de alivio. Que no duraron mucho cuando vieron el arma que llevaba en la mano.

—Voy a sacaros a través de la casa —dijo—. ¿Tenemos algún problema de movilidad?

El pequeño grupo se apartó para revelar a un macho más viejo que estaba en el suelo. Tenía una intravenosa en el brazo, la cual sostenía una de las enfermeras por encima de su cabeza.

*Mierda.* Phury miró hacia el vestíbulo. Sus hermanos no estaban por ninguna parte.

—Tú —dijo, señalando a un macho técnico de laboratorio—. Levántalo. Tú. —Señaló con la cabeza a la hembra que sostenía la bolsa—. Permanece cerca de ellos.

Mientras el técnico levantaba al paciente del suelo y la enfermera rubia mantenía la bolsa de la intravenosa en alto, Phury reunió por pares al personal restante, uno por cada paciente.

—Moveos tan rápidamente como podáis. Vamos a usar la escalera que lleva a la casa y continuaremos directamente hacia los túneles del garaje. Inmediatamente después de haber entrado en la mansión, tenéis que doblar a la derecha. Estaré detrás de vosotros. Vamos. Ahora.

Aunque lo hicieron lo mejor que pudieron, les llevó años.

*Años.*

Estaba a punto de salirse fuera de su piel, cuando finalmente llegaron a la escalera iluminada de rojo y cerraron la puerta de acero detrás de ellos lo que les proporcionó una escasa sensación de alivio considerando que los restrictores tenían explosivos. Los pacientes eran lentos, con dos de ellos que acababan de salir de cirugía hacía aproximadamente un día o algo así. Quería cargar a uno o a ambos pero no podía arriesgarse a no tener el arma lista.



En el descansillo, un paciente, una hembra con una venda alrededor de la cabeza, tuvo que detenerse.

Sin que se lo pidieran, la enfermera rubia le dio rápidamente la bolsa de la intravenosa al técnico macho.

—Sólo hasta que estemos en el túnel. —Luego levantó a la hembra mareada en sus brazos—. Vamos.

Phury asintió y le cedió el lugar para que siguiera subiendo las escaleras.

El grupo se escurrió dentro de la mansión entre sonidos de arrastrar de pies y un par de toses. La total ausencia de alarmas fue algo espectacular cuando cerró la puerta de la clínica detrás de ellos y los llevó a la entrada del túnel.

Mientras el grupo entraba tambaleándose, la enfermera rubia con la hembra en sus brazos se detuvo.

—¿Tienes otra arma? Porque puedo disparar.

Phury enarcó las cejas rápidamente.

—No tengo otra...

Sus ojos captaron el brillo de dos espadas decorativas que había en la pared sobre una de las puertas.

—Toma mi arma. Soy bueno con cosas afiladas.

La enfermera le ofreció su cadera, y él metió la SIG de Z en el bolsillo de su bata blanca. Luego se dio media vuelta y se alejó internándose en el túnel mientras él sacaba las dos espadas de sus vainas de metal, y luego corría para alcanzarlos.

Cuando llegaron a la puerta del garaje donde estaban las ambulancias, golpeó con el puño, gritó su nombre, y la cosa se abrió ampliamente. En vez de atravesarla, cada uno de esos vampiros que había guiado hacia fuera le miró.

Siete rostros. Catorce ojos. Setenta dedos todavía cerrados con fuerza.

Pero ahora era diferente.

Su gratitud era la otra mitad del trabajo de Dios, y él se vio abrumado por su devoción y alivio. La comprensión colectiva de que su fe en su salvador había sido bien colocada y que la recompensa habían sido sus vidas era una fuerza palpable.

—Aún no ha terminado —les dijo.

Cuando Phury miró otra vez su reloj, habían pasado treinta y tres minutos.

Veintitrés personas entre civiles, personal médico, y *doggens* de la casa habían sido evacuados por los garajes. Las ambulancias y los coches no salieron por las puertas habituales que se encontraban en la parte trasera de la casa, sino por los paneles traseros retráctiles que permitieron que los vehículos salieran con rapidez al bosque que había en la parte trasera de la mansión. De uno en uno, se habían marchado sin luces y sin reducir la marcha. Y de uno en uno, habían logrado su libertad fundiéndose en la noche como fantasmas.

La operación había sido un éxito total, y aún así tenía un mal presentimiento acerca de todo eso.

Los restrictores nunca habían regresado.

No era propio de ellos. Bajo circunstancias normales, una vez que se infiltraban, se movían como enjambres. Era su Procedimiento Operativo Estándar para tomar tantos civiles como fuera posible para el interrogatorio y luego robar los objetos de valor que encontraran en cualquier establecimiento al que hubieran entrado. ¿Por qué no habían enviado a más hombres? Especialmente dada la cantidad de objetos valiosos que había en la clínica de Havers y en la casa, y el hecho de que los asesinos tenían que saber que los Hermanos estarían por todas partes, preparados para luchar.

Cuando estuvo de regreso en la clínica, Phury caminó por el pasillo, volviendo a comprobar para asegurarse de que no quedara ningún superviviente en las habitaciones de los pacientes. Fue una revisión penosa. Había cuerpos. Muchos cuerpos. Y toda la instalación estaba totalmente destrozada, tan mortalmente herida como cualquiera de los muertos que estaban desparramados por todas partes. Las sábanas de las camas estaban en el suelo, las almohadas desparramadas por ahí, los monitores de corazón y carritos de intravenosas caídos por todas partes. En los pasillos, los suministros estaban tirados al azar aquí y allá, y se veían todas esas marcas horribles y borroneadas de huellas negras de suelas de botas mezcladas con sangre roja y brillante.

Una evacuación rápida no era el tipo de cosas de Martha Stewart. Tampoco la lucha.

Mientras se dirigía al área de recepción, parecía algo sobrenatural que no hubiera más ajetreo y bullicio en el lugar, sólo el zumbido del sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado junto con el de los ordenadores. Ocasionalmente un teléfono sonaba, pero nadie respondía.

La clínica había muerto verdaderamente, solo perduraban unos pocos restos de actividad cerebral.

Ni la clínica ni tampoco la hermosa mansión de Havers serían utilizadas otra vez. Los túneles así como todas las puertas de contención exteriores e interiores que estuvieran intactas serían cerrados y los sistemas de seguridad y contraventanas de la casa serían activados. A las entradas que habían hecho estallar para abrirlas así como a las puertas del ascensor las sellarían con hojas de acero fundido. Finalmente, se les permitiría entrar con una escolta armada para que retiraran los muebles y los efectos personales a través de los túneles que no habían sido comprometidos, pero llevaría un tiempo. Y dependía de si los restrictores finalmente volvían con sus carritos de la compra.

Afortunadamente, Havers tenía otra casa para utilizar como refugio, así que él y sus sirvientes tenían un lugar donde aterrizar, y los pacientes ya estaban siendo asentados en la clínica temporal. Los historiales médicos y los resultados del laboratorio estaban almacenados en un servidor que no estaba alojado en la clínica, así que todavía estarían accesibles, pero las enfermeras iban a tener que abastecerse rápidamente de suministros para la nueva ubicación.

El verdadero problema iba a ser montar otro servicio completo, una clínica permanente, pero eso iba a llevar meses y millones de dólares.

Mientras Phury desembocaba frente al mostrador de recepción, un teléfono que todavía estaba sobre su soporte sonó. El repiqueteo de la llamada se detuvo cuando se activó el buzón de voz, el mensaje de bienvenida acababa de ser cambiado por uno que decía: «Este número ya no está en servicio. Por favor, refiérase al siguiente número de información general».

Vishous había establecido el segundo número como un lugar donde las personas podían dejar su información de contacto y un mensaje. Una vez que su identidad y la información fueran verificadas, el personal de la nueva clínica les devolvería la llamada. Con V dirigiéndolo todo con los Cuatro Juguetes que tenía en el Pit, sería capaz de capturar los números de cualquiera que llamara, así que si los restrictores intentaban infiltrarse furtivamente, los Hermanos podrían tratar de interferir sus líneas.

Phury se detuvo y escuchó atentamente, con el puño cerrado sobre la SIG. Havers había tenido la inteligencia de esconder un arma bajo el asiento del conductor de cada

una de las ambulancias, así que la nueve de Z estaba de vuelta en la familia, por así decirlo.

Relativo silencio. Nada fuera de lo normal. V y Rhage estaban en la nueva clínica en caso de que la caravana hubiera sido rastreada por el enemigo. Zsadist hacía un trabajo de soldadura en la entrada reventada del túnel sur. Era probable que Rehvenge ya se hubiera ido.

Aunque la clínica era bastante segura, estaba preparado para disparar a matar. Las operaciones como esta siempre le ponían nervioso...

*Mierda.* Probablemente esta fuera su última operación. Y había sido parte de ella sólo porque había venido a buscar a Zsadist, no porque le hubieran llamado como a un miembro de la Hermandad.

Tratando de no pensar demasiado en ello, Phury caminó por otro pasillo, éste llevándolo a la parte de los servicios de urgencia de la clínica. Estaba pasando frente a una habitación de suministros cuando oyó el sonido de vidrio contra vidrio.

Levantó el arma de Z apretándola contra su rostro mientras se apoyaba en la jamba. Asomándose rápidamente pudo ver lo que pasaba: Rehvenge estaba de pie delante de un armario cerrado que tenía un agujero del tamaño de un puño en la puerta, y estaba transfiriendo frascos desde los estantes a los bolsillos de su abrigo de marta.

—Tranquilo, vampiro —dijo el macho sin darse la vuelta—. Esto es sólo dopamina. No estoy en el mercado negro de la OxyContin ni ninguna mierda.

Phury dejó caer el arma a un costado de su cuerpo.

—¿Por qué te estás llevando...?

—Porque la necesito.

Cuando hubo sacado el último frasco, Rehv se dio la vuelta alejándose del armario. Los ojos de amatista eran peculiarmente sagaces, como los de una víbora. Hombre, siempre parecía como si estuviera midiendo la distancia para atacar, incluso cuando estaba entre los Hermanos.

—Así que, ¿cómo piensas que han encontrado este lugar? —preguntó Rehv.

—No lo sé. —Phury señaló hacia la puerta con la cabeza—. Vamos, salgamos. Este lugar no es seguro.

La sonrisa que esbozó reveló unos colmillos que todavía estaban largos.

— Estoy bastante seguro de que puedo arreglármelas.

— No lo dudo. Pero probablemente sea una buena idea que salgas.

Rehv cruzó la habitación de suministros con cuidado, vadeando las cajas caídas de vendas, guantes de látex y coberturas de termómetro. Se apoyaba pesadamente en su bastón, pero sólo un tonto pensaría que sufría de alguna incapacidad.

Su tono fue el más amable que podía asumir al preguntar suavemente:

— ¿Dónde están tus dagas negras, célibe?

— No es de tu incumbencia, Devorador de Pecados.

— Efectivamente. —Rehv le dio un golpe con su bastón a un puñado de palitos de lengua como si estuviera tratando de devolverlos a su caja—. Creo que deberías saber que tu gemelo habló conmigo.

— ¿Ah sí?

— Hora de irse.

Ambos miraron hacia el pasillo. Zsadist estaba de pie detrás de ellos, las cejas fruncidas sobre unos ojos negros.

— Como que en este mismo instante— dijo Z.

Rehv sonrió con calma mientras su teléfono sonaba.

— ¿Qué os parece? Mi transporte está aquí. Es un placer hacer negocios con ustedes, caballeros. Hasta luego.

El tipo pasó por al lado de Phury, saludó a Z con la cabeza, y se llevó el móvil a la oreja mientras se marchaba con su bastón.

El sonido de sus pasos se fue atenuando, hasta que se hizo un completo silencio.

Phury contestó la pregunta antes que su gemelo pudiera formularla:

— Vine porque no contestabas a mis llamadas.

Sostuvo la SIG, ofreciéndole la culata del arma a Z.

Zsadist aceptó la nueve milímetros, verificó la recámara y la enfundó.

— Estaba demasiado cabreado para hablar contigo.

— No llamaba por nosotros. Encontré a Bella en el comedor y me pareció que se veía débil así que la llevé arriba. Pienso que sería bueno que Jane le hiciera una visita, pero eso ya es decisión tuya.

El rostro de Zsadist perdió todo el color.

— ¿Dijo Bella que algo andaba mal?

— Cuando estuvo instalada en la cama se veía bien. Dijo que había comido demasiado y que ese era el problema. Pero... — ¿Quizá se había equivocado acerca de su sangrado? —. Realmente pienso que Jane debería visitarla...

Zsadist salió corriendo como alma que lleva el diablo, sus shitkickers resonaron en el vacío vestíbulo, el sonido atronador reverberaba a través de la clínica vacía.

Phury siguió caminando detrás de él. Mientras pensaba en su rol como *Primale*, se imaginó a sí mismo corriendo para ir a ver como estaba Cormia con la misma preocupación, urgencia y desesperación. Dios, podía imaginárselo con tal claridad... a ella con un bebé en su interior, a él todo alterado y lleno de ansiedad, exactamente igual que Z.

Se detuvo y escudriñó una habitación de paciente.

¿Cómo se habría sentido su padre estando junto al lecho de su madre cuando dio a luz dos hijos sanos? Probablemente debería haber sentido una alegría más allá de lo imaginable... hasta que Phury salió y resultó ser un exceso de bendición.

Los nacimientos eran una apuesta en tantos niveles.

Mientras Phury seguía su camino por el pasillo hacia el ascensor estropeado, pensaba que sí, que sus padres probablemente habían sabido desde el principio que el nacimiento de dos hijos sanos llevaría a una vida de miseria. Habían sido fervientes creyentes del sistema de valores de equilibrio de la Virgen Escriba. A cierto nivel no les debería de haber sorprendido el secuestro de Z, ya que había restablecido el equilibrio de la familia.

Quizás por eso su padre había abandonado la búsqueda de Zsadist después de enterarse que la niñera había muerto y que el hijo que había perdido había sido vendido como esclavo. Quizás Ahgony se había figurado que su búsqueda solamente condenaría a Zsadist aún más... que al buscar el regreso del que había sido robado, había causado la muerte de la niñera y provocado no sólo graves consecuencias, sino que además unas que eran totalmente insostenibles.

Quizás se echaba la culpa de que Z hubiera acabado como esclavo.

Phury podía sentirse muy identificado con eso.

Se detuvo y miró la sala de espera, que estaba tan revuelta y desordenada como un bar después de una reyerta general.

Pensó en Bella y el embarazo que la hacía pender de un hilo, y le preocupaba la posibilidad de que la maldición no hubiera terminado aún de extender su maldito legado.

Al menos él había liberado a Cormia de ese legado.

El hechicero asintió. *Buen trabajo, macho. La has salvado. Es la primera cosa de valor que has hecho nunca.*

*Ella estará mucho, mucho mejor sin ti.*

## Capítulo 20



El señor D aparcó detrás de la granja y apagó el motor del Focus. Las bolsas de Target estaban en el asiento del pasajero, y las tomó mientras salía. El recibo que tenía en su cartera decía 147,73 dólares.

Le habían rechazado la tarjeta de crédito, así que había emitido un cheque, el cual no tenía la certeza de poder pagar, ¿acaso no era igual que en los viejos tiempos? Su padre había sido un maestro del rebote, y no exactamente por jugar al baloncesto en la escuela secundaria.

Cuando el señor D cerró la puerta del conductor de una patada, se preguntó si la razón de que los restrictores condujeran esas chatarras de mierda era que la Sociedad deseaba mantener un perfil bajo, o en realidad se trataba de que estaban escasos de dinero. Antes nunca tenías que preocuparte de si tu tarjeta de crédito funcionaba ni de si podrías conseguir nuevas armas, en cuanto las necesitaras. Cuanto antes. ¿Cuándo estaban bajo el mando del señor R como Restrictor Jefe? ¿Allá por los años ochenta? La Sociedad funcionaba gloriosamente.

Ya no era así. Y ahora era su problema. Probablemente debería investigar dónde estaban todas las cuentas, pero no tenía ni idea por donde comenzar. Había habido muchos cambios con los Restrictores Jefes. ¿Cuándo tuvieron el último con una buena organiz...

*El señor X.*

Cuando el señor X estaba al mando todo había ido bien, y tenía una cabaña en el bosque... el señor D había ido allí una o dos veces. Lo más probable era que si existía algún tipo de información acerca de la cuentas, debía estar allí de una u otra forma.

La cuestión era, que si sus tarjetas de crédito estaban fallando, las de los otros también. Lo cual significaba que probablemente los asesinos estuvieran buscando dinero por sí mismos, robándole a los humanos o conservando cosas que habían confiscado.



Quizá cuando encontrara la información que estaba buscando descubriría que el cerdito de los ahorros estaba lleno y que simplemente se había perdido con toda la confusión reinante. Pero tenía la sensación de que ese no sería el caso.

Cuando la lluvia comenzó a caer nuevamente, abrió la puerta mosquitera trasera de la granja y la sostuvo con la cadera, mientras abría la otra puerta con la llave, y luego entró en la cocina. Contuvo la respiración ante el hedor que emanaba de los dos cuerpos. El hombre y la mujer, como resultaron ser, aún continuaban ofreciendo su mejor actuación como horripilantes alfombras, pero un aspecto positivo de ser un restrictor era que venías con tu propio ambientador. Después de un momento ya no los olía en absoluto.

Guardó las bolsas en la parte baja del mostrador y captó un sonido de lo más extraño que flotaba por toda la casa, era un tarareo... como un arrullo.

— ¿Amo? —era eso o alguien estaba sintonizando Radio Disney.

Entró al comedor y se detuvo en seco.

El *Omega* estaba de pie junto a la destartada mesa, inclinándose sobre el cuerpo desnudo de un vampiro rubio, que estaba completamente extendido sobre la mesa. Al vampiro le habían rebanado la garganta de lado a lado cerca de la barbilla, pero la lesión había sido cosida, y no de la manera en que se hacía durante las autopsias. Eran puntadas pequeñas y muy precisas.

¿Estaría vivo o muerto? No podría decirlo... no, espera, el gran pecho bajaba y subía ligeramente.

— Es tan hermoso, ¿no es así? —la traslúcida mano negra del *Omega* delineó las líneas faciales del macho—. También es rubio. La madre era rubia. ¡Ja! Me dijeron que no podría crear. No como *ella*. Pero nuestro padre estaba equivocado. Mira a mi hijo. Carne de mi carne.

El señor D sintió como si debiera decir algo, como si le estuvieran mostrando un bebé para que lo elogiara.

— Es apuesto, sí, Amo.

— ¿Tienes lo que te pedí?

— Sí, Amo.

— Tráeme los cuchillos.

Cuando el señor D regresó con las bolsas de Target, el *Omega* colocó una mano sobre la nariz del macho y otra sobre su boca. Los ojos del vampiro se abrieron abruptamente, pero el tipo estaba demasiado débil y lo único que logró hacer fue manotear la túnica blanca del *Omega*.

—Hijo mío, no luches —susurró el mal lleno de satisfacción—. Ha llegado el momento de que vuelvas a nacer.

La espasmódica lucha fue en aumento hasta que el vampiro estuvo pataleando con los talones sobre la mesa y haciendo rechinar la madera al deslizar la palma de sus manos sobre ella. Se meneaba como una marioneta, sus extremidades se convulsionaban sin coordinación en un exabrupto de inútil pánico. Y luego todo terminó y el macho quedó mirando hacia arriba con los ojos en blanco y la boca floja.

Mientras la lluvia azotaba las ventanas, el *Omega* se sacó la capucha blanca de la cabeza y se desabrochó la túnica. Con un elegante movimiento, se despojó de su vestidura, haciendo que el satén saliera navegando a través de la habitación. La túnica fue a situarse en una esquina, en posición vertical, como si estuviera sobre un maniquí.

El *Omega* se expandió, creció largo y delgado, como un hombre de goma, estirándose hacia el candelabro barato que colgaba sobre la mesa. Agarró la cadena del mismo en el punto donde se conectaba con el techo, y con un rápido tirón arrancó el accesorio y lo tiró contra una esquina. A diferencia de la túnica, éste no aterrizó elegantemente, sino que terminó su vida útil, si es que aún la tenía, en un intrincado montón de bombillas rotas y brazos de metal torcidos.

En su lugar, los cables expuestos colgaban del manchado techo como vides del pantano, suspendidos sobre el cuerpo del vampiro.

—Cuchillo, por favor —dijo el *Omega*.

—¿Cuál?

—El de hoja corta.

El señor D rebuscó en las bolsas, encontró el cuchillo correcto, después luchó por romper la protección plástica, a prueba de consumidores, que lo envolvía, era tan resistente, que le hizo desear apuñalarse a sí mismo por la frustración.

—Basta —estalló el *Omega*, y extendió la mano.

—Necesito unas tijeras...

—*Dámelo a mí.*

En el instante que el paquete tocó la palma translúcida de su amo, el plástico se incineró, retorciéndose hasta dejar libre el cuchillo y cayendo al suelo todo contraído como la piel chamuscada de una serpiente.

El *Omega* se volvió hacia el vampiro, y probó el filo en su propio antebrazo translucido, sonriendo mientras el aceite negro brotaba del tajo que había hecho.

Fue como destripar a un cerdo, y sucedió igual de rápido. Mientras los truenos rondaban la casa como si estuvieran buscando la forma de entrar, el *Omega* deslizó la hoja del cuchillo, por el centro del cuerpo del macho hacia abajo, desde la herida que tenía el tipo en la garganta hasta el ombligo. El olor de la sangre y de la carne se elevó, tapando el fresco olor de bebé del amo.

—Tráeme la vasija. —El *Omega* pronunció la palabra como *vassiga*, no *vasija*.

El señor D extrajo un tarro de cerámica azul qué había encontrado en la sección de artículos para el hogar. Cuando este cambió de manos, estuvo tentado de señalarle a su amo que era demasiado pronto para sacarle el corazón, porque primero tenía que circular la sangre del *Omega* por todo el cuerpo. Pero recordó que de todas formas el macho ya estaba muerto, así que ¿Qué importaba?

Esto claramente no era una inducción rutinaria a la Sociedad.

El *Omega* cortó el esternón del vampiro quemándolo con la yema del dedo índice, el olor a hueso quemado hizo que el señor D arrugara la nariz. Luego las costillas se separaron, como abiertas por manos invisibles a voluntad de su amo y el inmóvil corazón quedó expuesto.

El *Omega* metió la palma translúcida y penetró la membrana que recubría el corazón, formando un nuevo nido para el órgano. Con una expresión de fastidio, arrancó el nudo de músculo liberándolo de sus cadenas de arterias y venas, la sangre roja bajó como una cascada por la pálida piel del pecho del macho.

El señor D tenía la vasija preparada, la destapó y la sostuvo bajo la mano del *Omega*. El corazón estalló en llamas, y en el recipiente cayó un montón de cenizas.

—Trae los cubos —dijo el *Omega*.

El señor D le puso la tapa a la vasija y la depositó en una esquina, después buscó en la bolsa y sacó cuatro cubos rojos de Rubbermaid, del tipo que su madre había utilizado

para la basura. Colocó uno debajo de cada brazo y pierna del vampiro mientras el *Omega* lo rodeaba cortando el interior de las muñecas y los tobillos para drenar el cuerpo de sangre. Fue asombroso lo rápidamente que perdió color la piel del vampiro, trasladándose en el espectro cromático del extremadamente blanco a un gris azulado.

— Ahora el cuchillo de sierra.

El señor D ni siquiera se molestó con la envoltura de plástico. El *Omega* la achicharró, después tomó el cuchillo y puso la mano libre sobre la mesa. Tras curvar los dedos y formar un puño, el amo se cortó su propia muñeca, el sonido fue tan agudo como si estuviera serrando dura madera envejecida. Cuando hubo terminado, le devolvió el cuchillo, recogió su mano, y la colocó en el interior del pecho vacío.

— Alégrate, hijo mío —susurró el *Omega* mientras otra mano surgía del extremo romo de su antebrazo—. En tan solo un momento, sentirás correr mi sangre dentro de ti.

Diciendo esto, el *Omega* pasó el otro cuchillo sobre la muñeca de la mano recién crecida y sostuvo la herida sobre el puño negro enterrado en el pecho.

El señor D recordaba esta parte de su propia inducción. Había gritado ante un dolor más que físico. Había sido estafado. Muy estafado. Lo que le habían prometido no fue lo que recibió, y se había desmayado debido a la agonía y el terror. Cuando despertó, era algo completamente distinto, un miembro de los muertos vivientes, un cuerpo vagabundo e impotente con un trabajo maligno.

Había creído que sólo era una pandilla. Pensó que lo que le harían sería algo así como una novatada, que quizá le pondrían una marca que lo identificara como uno de ellos.

No supo que ya nunca más podría salirse. Ni que ya no sería humano.

Todo ese asunto le recordaba algo que su madre solía decir: *Si haces tratos con una víbora venenosa, no te sorprendas si te muerde.*

De repente, se fue la electricidad.

El *Omega* dio un paso atrás y comenzó a tararear. Esta vez no era ninguna canción de cuna de Disney, sino el eco de una gran reunión de energía, una amenazante fusión de increíble potencial. Mientras que las vibraciones subían de tono, la casa comenzó a estremecerse, el polvo caía de las grietas del techo, los cubos vibraban en el suelo hasta

que empezaron a bailotear de adelante hacia atrás y viceversa. El señor D pensó en los cuerpos que estaban en la cocina y se preguntó si estos también bailarían.

Se puso las manos sobre los oídos y agachó la cabeza, justo a tiempo.

Un rayo golpeó el tejado de la granja en lo que debió ser una descarga directa. Con el ruido que hizo, era imposible que se tratara de un rebote ni del eco de algún otro más grande.

Sip, estos no eran ninguna arenilla que se te mete en el ojo; esta era la roca entera que te caía justo sobre la cabeza.

El sonido podría ser catalogado como un dolor de oídos, al menos para el señor D, y la fuerza destructora del impacto le hizo preguntarse si la casa no iría a derrumbarse sobre ellos. Aparentemente, el *Omega* no tenía ese tipo de preocupaciones. Acababa de levantar la mirada y en ella se veía el mismo celo de un predicador dominical, totalmente extasiado y orgásmico, como si fuera un verdadero creyente y alguien acabara de traer a colación las serpientes venenosas y la estricnina.

El relámpago se canalizó a través de las carreteras eléctricas de la casa, o para ser más precisos por las rutas alternas y los senderos hollados, y brotó como una lanza líquida de brillante energía amarilla justo encima del cuerpo. Los cables colgantes del candelabro le sirvieron de guía y el pecho abierto del vampiro con el aceitoso corazón adentro fue su vasija.

El cuerpo estalló sobre la mesa, los brazos y las piernas aletearon, el pecho se infló. Inmediatamente, el amo cubrió al macho con su cuerpo, adoptando la forma de una segunda piel que lo envolvía de modo que los cuatro cuadrantes de carne no volaran seccionados como neumáticos reventados.

Cuando el rayo se retiró, el macho quedó suspendido en medio del aire con el *Omega* cubriéndolo como una manta que brillaba en la oscuridad.

El tiempo... se detuvo.

El señor D podía afirmarlo porque el barato reloj cucú que estaba colgado en la pared se detuvo. Por un instante, ya no hubo un momento-a-momento, solo un infinito ahora, durante el cual lo que había estado sin respiración encontraba su camino de regreso a la vida que había perdido.

O más bien, que le habían arrebatado.

El macho flotó suavemente de regreso a la mesa, y el *Omega* se despegó a sí mismo de él, volviendo a tomar forma una vez más. Sonidos jadeantes salieron de los labios grises del vampiro, y cada inhalación iba seguida por un silbido cuando el aire entraba en sus pulmones. El nuevo corazón tembló dentro del pecho abierto, después logró organizarse y comenzó a bombear en serio.

El señor D se fijó en su rostro.

La palidez de la muerte era lentamente sustituida por un extraño resplandor rosado, la clase de color que se ve en el rostro de un niño después de haber estado corriendo afuera con el viento. Pero esto no era nada saludable. Nop. Esto era una reanimación.

— Ven a mí, hijo mío. — El *Omega* pasó la mano sobre el pecho y los huesos y la carne se fusionaron y se soldaron cerrándose la herida desde el ombligo hasta la garganta cosida —. Vive para mí.

El macho vampiro descubrió los colmillos. Abrió los ojos. Y rugió.

Qhuinn no flotó de regreso a su cuerpo. Nop. En el momento en que dio un paso atrás alejándose de la puerta blanca que tenía frente a él preparándose para darse la vuelta y salir corriendo como un bastardo, regresó precipitadamente a la vida en la Tierra, su espíritu aterrizó dentro de su piel como si el Fade le hubieran dado una patada en el culo con el Todopoderoso Converse All Star.

Alguien tenía los labios aplastados contra su boca, y le estaban metiendo aire en los pulmones. Luego le golpearon el pecho, mientras alguien contaba con cada golpe que propinaba. Hubo una pequeña pausa, seguida por más respiración.

Era una buena combinación. Respiración. Golpes. Respiración. Respiración. Golpes...

El cuerpo de Qhuinn hizo una brusca inspiración, como si se hubiera aburrido de tener que seguir las rondas de entrenamiento para respirar. Aprovechando el tembloroso espasmo, rompió el contacto con la otra boca y aspiró por sí mismo.

— Gracias a Dios — dijo Blay con voz estrangulada.

Qhuinn tuvo una breve impresión de los ojos desorbitados y llorosos de su amigo, después se puso de costado y se enrolló sobre sí mismo, formando una pelota. Llevando aire a su interior con resoplidos superficiales, sintió que su corazón tomaba la iniciativa y

se hacía cargo del asunto, encogiéndose y relajándose por sí mismo. Experimentó un momento de «oh, qué bien que estoy vivo», pero enseguida lo golpeó el dolor, bañándolo, haciéndole anhelar volver a salirse de su cuerpo. Sentía como si hubieran excavado en la parte baja de su espalda con un martillo neumático.

—Metámoslo en el coche —ladró Blay—. Debe ir a la clínica.

Qhuinn abrió apenas un ojo y miró su cuerpo. John estaba a sus pies, asintiendo como uno de esos muñecos de cabezas móviles que se ponen en los coches.

Salvo que, infiernos, no... No podían llevarlo allí. La guardia de honor no había terminado con él... Mierda, su propio hermano...

—Clínica... no —dijo Qhuinn con dificultad.

*No me vengas con esa mierda, dijo John por señas.*

—Clínica. No. —Era probable que no tuviera muchas razones por las que vivir, pero eso no significaba tuviera tanta prisa por comerse una Whopper Muerte con patatas fritas.

Blay se inclinó, y lo enfrentó cara a cara.

—Estuviste jugando a «golpea y huye» con un jodido coche...

—No fue... coche.

Blay guardó silencio.

—¿Qué fue? —Qhuinn simplemente le sostuvo la mirada al tipo y esperó a que se diera cuenta.— Espera... ¿fue una guardia de honor? ¿La familia de Lash envió una guardia de honor detrás de ti?

—La de Lash... No...

—¿*La tuya?*

Qhuinn asintió, porque la energía que requería mover los labios hinchados era un trabajo titánico.

—Se supone que no deben matarte...

—No me digas.

Blay miró a John.

—No podemos llevarlo a lo de Havers.

*La doctora Jane, señaló John. Entonces debemos llevarlo con la doctora Jane.*

John sacó el teléfono y Qhuinn estaba a punto de oponerse a la idea, cuando sintió que algo se agitaba contra su brazo. Era la mano de Blay que temblaba con tanta fuerza, que el tipo ni siquiera podía agarrarse a algo. Mierda, todo su cuerpo temblaba.

Qhuinn cerró los ojos y extendió la mano en dirección a esa palma. Mientras escuchaba el suave sonido que hacía John al escribir el mensaje de texto, le apretó la mano a Blay para confortar a su amigo. Y a sí mismo.

Un minuto y medio después se oyó un pitido anunciando la respuesta al mensaje.

— ¿Qué dice?

John debió haber señalado algo, porque Blay exclamó:

— Oh... Dios... mío. ¿Pero vendrá, no es así? Bien. ¿Mi casa? Hecho. Perfecto. Movámoslo.

Dos pares de manos lo levantaron, sacándolo de la curva de la carretera, y gruñó por la agonía... síntoma que suponía era bueno, ya que significaba que probablemente todo el asunto de «regreso de la muerte» era real. Después de que lo colocaran en el asiento trasero del coche de Blay y que sus amigos se hubieran subido, sintió las suaves vibraciones del BMW al acelerar.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con la mirada atenta de John. El tío estaba en el asiento delantero, pero había girado el torso, dándose vuelta completamente para poder vigilar a Qhuinn.

La mirada fija del chico era de preocupación y cautela. Como si no estuviera seguro de que Qhuinn fuera a lograrlo... como si estuviera pensando en lo que había ocurrido cuatro horas y diez millones de años atrás en el vestuario.

Qhuinn levantó sus manos rotas e hizo señas confusas: *Sigues siendo el mismo para mí. Nada ha cambiado.*

John apartó los ojos rápidamente hacia la izquierda y se puso a mirar a través de la ventanilla.

Los faros de un coche que venía detrás de ellos iluminaron el rostro del chico, apartando la oscuridad de él. Llevaba la duda escrita tan claramente como un día soleado en esos orgullosos y apuestos rasgos.

Qhuinn cerró los ojos.

Qué noche tan espantosa estaba teniendo.



## Capítulo 21



— Oh. Dios. Mío. Ese vestido es como un accidente de trenes.

Cormia se echó a reír y miró la televisión de Bella y Zsadist. *Project Runway* resultó ser un «Show» fascinante.

— ¿Qué es lo que cuelga de su espalda?

Bella sacudió la cabeza.

— El mal gusto puesto de manifiesto por el satén. Aunque pienso que comenzó como un lazo.

Ambas estaban tendidas en la cama de la pareja, apoyándose contra la cabecera. El gato negro de la familia yacía entre ellas, disfrutando de los beneficios de las caricias a dos manos, y a Boo no parecía gustarle el vestido más que a Bella. Sus ojos verdes miraban la televisión con hastío.

Cormia desplazó la mano de la espalda del gato hasta su costado.

— Aunque el color es bastante bonito.

— Eso no compensa el hecho de que parezca la envoltura adherente para un barco. Y, que tenga una maroma clavada con tachuelas en el trasero.

— Ni siquiera sé lo que es un barco. Mucho menos la envoltura adherente.

Bella apuntó hacia la pantalla plana que estaba al otro lado de la habitación.

— Estás mirándolo. Sólo imagínate algo que se parezca a un coche flotante debajo de esa pesadilla y voilà.

Cormia sonrió y pensó que el tiempo pasado con la hembra había sido revelador y extrañamente desconcertante a la vez. Le *gustaba* Bella. Honestamente así era. La hembra era graciosa, cálida y considerada, tan hermosa por dentro como lo era por fuera.

Con razón el *Primale* la adoraba. Y aunque Cormia había querido reafirmar su derecho sobre él frente a Bella, se dio cuenta que no había ninguna necesidad de hacer valer su estatus de Primera Compañera. El *Primale* no había surgido como tema de conversación y no había habido ninguna connotación contra la que enfrentarse.

La que había percibido como una rival había resultado ser una amiga.

Cormia volvió su atención a lo que tenía en el regazo. La flexible libretilla era grande y delgada, tenía páginas brillantes con muchos, de lo que Bella le había dicho que eran, anuncios. En la portada decía *Vogue*.

—Mira todas esas clases diferentes de ropa —murmuró—. Qué asombroso.

—Casi estoy terminando *Harper's Bazaar*, si la quieres...

La puerta se abrió con tal fuerza que Cormia brincó fuera de la cama y envió la *Vogue* volando hacia una esquina como si se tratara de un pájaro sobresaltado. El Hermano Zsadist estaba en la puerta, y a juzgar por el olor a talco de bebé que llevaba encima y todas las armas que portaba, acababa de venir de luchar.

—¿Qué está pasando? —exigió.

—Bueno —dijo Bella despacio—, acabas de darnos un susto de muerte a Cormia y a mí, Tim Gunn ha sido llamado por los diseñadores, y estoy comenzando a sentir hambre otra vez, por lo que estoy a punto de llamar a Fritz para pedirle una tortilla francesa. Tocino y queso cheddar. Con patatas fritas con cebolla. Y zumo.

El Hermano miró a su alrededor como si estuviera esperando ver restrictores detrás de las cortinas.

—Phury me dijo que no te sentías bien.

—Estaba cansada. Me ayudó a llegar arriba. Cormia empezó como niñera, pero ahora pienso que se queda porque está divirtiéndose un poco, ¿verdad? O por lo menos lo hacía, ¿cierto?

Cormia asintió, pero no apartó la vista del Hermano. Con su rostro lleno de cicatrices y el enorme cuerpo, siempre la había hecho sentir incómoda, y no porque fuera feo de ninguna manera, sino por su apariencia feroz.

Zsadist la miró, y sucedió la cosa más extraña. Le habló con una voz sorprendentemente amable y levantó la mano como si quisiera tranquilizarla.

—Ahora, cálmate. Siento mucho haberte asustado. —Gradualmente sus ojos se fueron poniendo amarillos y su expresión se suavizó—. Es sólo que estoy preocupado por mi *shellan*. No voy a hacerte daño.

Cormia sintió que la tensión en ella se aflojaba y pensó que ahora comprendía mejor por qué Bella estaba con él. Haciendo una reverencia, le dijo:

—Por supuesto, Su Gracia. Seguro que está preocupado por ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Bella, mientras miraba la ropa manchada de su *hellren*

—. ¿Toda la familia está bien?

—Todos los Hermanos están bien. —Se acercó a su *shellan* y le tocó el rostro con una mano temblorosa—. Quiero que la doctora Jane te examine.

—Pues no faltaba más, si eso te hace sentir mejor, hazla venir. No creo que haya ningún problema, pero haré cualquier cosa que te haga sentir más tranquilo.

—¿Estás sangrando otra vez? —Bella no contestó—. Iré a buscarla...

—No es mucho, y no es diferente a lo que me ha pasado antes. Traer a la doctora Jane probablemente sea una buena idea, salvo que no creo que sea necesario hacer nada. —Bella le puso los labios sobre la palma de la mano y le besó—. Pero por favor primero, dime ¿qué pasó esta noche?

Zsadist simplemente sacudió la cabeza, y Bella cerró los ojos, como si estuviera acostumbrada a recibir malas noticias... como si las recibiera tan a menudo que las palabras describiendo la situación exacta ya no fueran necesarias. La palabra dicha no podría intensificar su tristeza ni la de él. Ni podría mitigar lo que obviamente ya sentían.

Zsadist inclinó la cabeza y besó a su compañera. Cuando se miraron a los ojos, el amor que irradiaban era tan intenso que creó un aura de calor, y Cormia podía jurar que llegó a sentirla desde el lugar dónde estaba.

Bella nunca había demostrado ese tipo de conexión con el *Primale*. Jamás.

Y ya que estábamos en ello, él tampoco lo había demostrado. Aunque quizás eso simplemente era solo por discreción.

Zsadist le dijo unas palabras en voz baja, luego salió como si estuviera al acecho, el ceño fruncido, y los fuertes hombros encuadrados como las vigas de una casa.

Cormia se aclaró la garganta.

—¿Quieres que vaya a buscar a Fritz? ¿O que le ordene algo para comer?

—Creo que será mejor que espere por si la doctora Jane va a examinarme. —La mano de la hembra se deslizó hacia su estómago y comenzó a moverla en lentos círculos—. ¿Te gustaría regresar más tarde a mirar el resto del show conmigo?

—Si quieres...

—Absolutamente. Eres muy buena compañía.

— ¿Lo soy?

Los ojos de Bella eran increíblemente amables.

— Mucho. Me tranquilizas.

— Entonces seré tu acompañante durante el alumbramiento. De donde vengo, una hermana embarazada siempre tiene una compañera de alumbramiento.

— Gracias... muchas gracias. — Bella apartó la vista cuando el miedo asomó a sus ojos

—. Aceptaré toda la ayuda que pueda conseguir.

— Si no te molesta — murmuró Cormia —, ¿podrías decirme qué es lo que tanto te preocupa?

— Él. Me preocupo por Z. — Bella puso los ojos en blanco —. Y también me preocupo mucho por mi hijo. Es tan extraño. No me preocupo tanto por mí.

— Eres muy valiente.

— Oh, no me has visto en mitad del día en la oscuridad. Me asusto mucho, créeme.

— Aún así, pienso que eres muy valiente. — Cormia se puso la mano sobre el estómago plano —. Dudo que yo pueda ser tan valiente.

Bella sonrió.

— Creo que en eso te equivocas. Te he observado en estos últimos meses, y hay una fuerza increíble dentro de ti.

Cormia no estaba tan segura de eso.

— Espero que el examen resulte bien, regresaré más tarde...

— Honestamente no piensas que es fácil ser lo que eres, ¿verdad? ¿Vivir con el tipo de presiones que tiene una Elegida? No puedo imaginar cómo lidias con eso, y hace que sienta mucho respeto por ti.

Todo lo que Cormia pudo hacer fue parpadear.

— ¿En... serio?

Bella asintió.

— Sí así lo creo. ¿Y quieres saber algo más? Phury es afortunado de tenerte. Estoy rezando para que se dé cuenta de ello lo antes posible.

Queridísima Virgen Escriba, no era algo que Cormia hubiese esperado escuchar de nadie, y mucho menos de Bella, y su conmoción debió notarse porque la hembra se echó a reír.

—Está bien, te he hecho sentir rara, lo siento. Pero hace muchísimo tiempo que quería deciros esto a los dos. —Los ojos de Bella se desviaron hacia el baño y tomó un profundo aliento—. Ahora supongo que será mejor que te vayas, para que pueda prepararme para la visita de la doctora Jane y sus toqueteos. Adoro a esa hembra, realmente lo hago, pero ah, como odio cuando se ajusta esos guantes.

Cormia se despidió y se encaminó hacia su habitación, absorta en sus pensamientos.

Dio vuelta en la esquina cercana al estudio de Wrath y se detuvo. Como si lo hubiera convocado, el *Primale* estaba en lo alto de la escalera principal, dominando el pasillo y con aspecto de estar exhausto.

Sus ojos se adhirieron a ella.

—Se siente mejor —dijo pensando que debía estar ansioso por tener noticias acerca de Bella—. Pero creo que está ocultando algo. El Hermano Zsadist ha ido a buscar a la doctora Jane.

—Bien. Me alegro. Gracias por cuidar de ella.

—Fue un placer. Es encantadora.

El *Primale* asintió; entonces sus ojos la recorrieron, desde el cabello que llevaba recogido en lo alto de la cabeza, hasta la punta de sus pies desnudos. Era como si estuviera reencontrándose con ella, como si hiciera siglos que no la veía.

—¿De qué horrores has sido testigo desde que te fuiste? —murmuró ella.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me estás mirando como si no me hubieras visto en semanas. ¿Qué has visto?

—Me interpretas bien.

—Más o menos igual de bien de lo que tú eludes mi pregunta.

Él sonrió.

—Lo cual hago muy bien, ¿eh?

—No tienes que hablar de...

—Vi más muertes. Muertes que pudieron haber sido evitadas. Tantas malditas pérdidas. Esta guerra es maligna.

—Sí. Sí, lo es. —Hubiera querido tomarle la mano. En lugar de ello, dijo: —¿Te gustaría... ir conmigo al jardín? Voy a caminar un rato entre las rosas antes de que salga el sol.

Él dudó, luego sacudió la cabeza.

—No puedo. Lo siento.

—Seguro. —Le hizo una reverencia para evitar sus ojos—. Su Gracia.

—Ten cuidado.

—Lo haré. —Se recogió la túnica y caminó rápidamente hacia los escalones que él acababa de subir.

—Cormia.

—¿Sí?

Cuando lo miró por encima del hombro, la taladró con los ojos. Ardían de una forma que la llevó de regreso al momento que habían estado juntos en el suelo de su dormitorio, y se le subió el corazón a la garganta

Pero luego sólo sacudió la cabeza.

—Nada. Sólo cuídate.

Mientras Cormia bajaba las escaleras, Phury se dirigió hacia el pasillo de las estatuas y miró a través de la primera ventana que daba hacia el jardín de la parte trasera.

Era imposible que fuera con ella a ver las rosas. En ese momento estaba en carne viva, expuesto, despojado de su piel, aunque aún la llevara puesta. Cada vez que cerraba los ojos, veía esos cuerpos en el pasillo de la clínica y los rostros atemorizados dentro de ese armario de medicinas y la valentía de aquellos que no deberían haber tenido que luchar por sus vidas.

Si no se hubiera detenido a ayudar a Bella a subir la escalera y luego no hubiera ido a buscar a Zsadist, quizás esos civiles no se hubieran salvado. Seguro como el infierno, que nadie lo habría llamado como refuerzo, porque ya no era un Hermano.

Abajo, Cormia apareció en la terraza, su túnica blanca brillaba contra los adoquines de piedra gris oscuro. Avanzó como flotando hacia las rosas y se inclinó por la cintura para acercar la nariz a los pimpollos. Casi podía escuchar su inspiración y el suspiro de alegría que soltaría cuando saboreara la fragancia.

Sus pensamientos se trasladaron desde la fealdad de la guerra hacia la belleza de la silueta de la hembra.

Y a lo que los machos hacían con las hembras en medio de sábanas de satén.

Sí, la respuesta a sus ganas de estar con Cormia en ese momento era un claro no. Quería reemplazar la muerte y el sufrimiento que había visto esa noche con algo más, algo vivo y cálido y que todo se tratara del cuerpo y no de la mente. Al observar a su Primera Compañera prodigando sus atenciones a los rosales, la deseó desnuda, retorciéndose y húmeda de sudor, debajo de él.

Ah... pero ella ya no era su Primera Compañera, ¿verdad?

*Mierda.*

La voz del hechicero vagó a través de su mente.

*Sin embargo, ¿podrías haber hecho algo mejor por ella? ¿Hacerla feliz? ¿Mantenerla a salvo? Te pasas unas buenas doce horas del día fumando. ¿Podrías encender un porro después de otro delante de ella y obligarla a observar como languideces sobre tus almohadas hasta quedarte dormido? ¿Quieres que ella vea eso?*

*¿Quieres que ella te arrastre hasta la casa al amanecer, como hacías tú con tu padre?*

*¿También llegaría el día en el cual la golpearías debido a la frustración?*

— ¡No! —gritó.

*Oh, ¿de veras? Tu padre te dijo eso. ¿No es así, compañero? Te prometió mirándote a los ojos que nunca más volvería a golpearte.*

*El problema es, que la palabra de un adicto es sólo eso. Una palabra. Nada más.*

Phury se frotó los ojos y se apartó de la ventana.

Para darse un propósito, cualquier propósito, se dirigió hacia el estudio de Wrath. Aunque ya no fuera un miembro de la Hermandad, el Rey querría saber qué había sucedido en la clínica. Con Z ocupado con Jane y Bella, y los demás Hermanos ayudando en la nueva clínica, bien podría darle un informe extraoficial. Además quería que Wrath supiera la razón por la cual había estado allí en primer lugar, y asegurarle al Rey que no estaba haciendo caso omiso de su carta de despido.

También estaba todo el problema de Lash.

El chico había desaparecido.

La cuenta de cabezas en la clínica nueva y la cuenta de los cuerpos en la vieja habían revelado que sólo uno había sido secuestrado, y ese era Lash. El personal médico indicó

que estaba vivo en el momento del asalto, habiendo sido revivido después que sus signos vitales hubieran colapsado. Lo cual era trágico. El chico podía haber sido un bastardo, pero nadie quería que cayera en manos de los restrictores. Si tenía suerte, moriría de camino al lugar a dónde lo llevaban, y había una buena posibilidad de que así hubiera sucedido, dado el estado en el que se encontraba.

Phury llamó a la puerta del estudio de Wrath.

— ¿Mi Señor? ¿Mi Señor, estás ahí?

Cuando no recibió ninguna respuesta, lo intentó de nuevo.

No obtuvo respuesta, así que se alejó y se dirigió a su habitación, sabiendo condenadamente bien que iba a encender uno tras otro y que se llenaría de humo hasta lograr llegar nuevamente al yermo reino del hechicero.

*Como si pudieras ir a otra parte*, dijo la sombría voz de su cabeza arrastrando las palabras.

Al otro lado de la ciudad, en la casa de los padres de Blaylock, Qhuinn fue metido furtivamente a través de la entrada de servicio trasera que usaban los *doggens*. Hizo todo lo que pudo para andar cojeando, pero Blay tuvo que llevarlo a cuestas para subir la escalera de los sirvientes.

Después de que Blay dejó la habitación para ir a mentir acerca de dónde había estado y qué había estado haciendo, John asumió el puesto de centinela mientras Qhuinn se acomodaba en la cama de su compañero sin su frescura habitual. Y no sólo porque se sentía como un saco de arena.

Los padres de Blay se merecían algo mejor que eso. Siempre habían sido buenos con Qhuinn. Demonios, muchos padres ni siquiera permitían que sus hijos se acercaran a él, pero los de Blay habían sido coherentes desde un principio. Y ahora inadvertidamente estaban arriesgando su posición en la *glymera* al albergar a un repudiado, y a una Persona Non Grata fugitiva.

Al pensar en todo eso Qhuinn se sentó con la intención de marcharse de allí, pero su estómago tenía otros planes para él. Un profundo dolor le atravesó las entrañas como si su



hígado hubiera tomado un arco y una flecha y le hubiera disparado a sus riñones. Lanzando un gemido, volvió a acostarse.

*Trata de quedarte quieto, señaló John.*

— Entendido.

El teléfono de John sonó y lo sacó del bolsillo del vaquero A & F. Mientras leía lo que le habían enviado, Qhuinn recordó la vez que los tres habían ido de compras al centro comercial y cómo se había follado a esa encargada en el probador.

Todo había cambiado desde entonces. Ahora el mundo entero era diferente.

Se sentía años más viejo, no sólo días.

John lo miró ceñudo.

*Quieren que vaya a casa. Algo sucedió.*

— Vete entonces... estoy bien aquí.

*Regresaré si puedo.*

— No te preocupes. Blay te mantendrá al tanto.

Cuando John salió, Qhuinn echó una mirada a su alrededor y recordó todas las horas que había pasado tendido en la cama de esa misma habitación. Blay tenía una bonita guarida. Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera de cerezo, lo que la hacía parecer un estudio, el mobiliario era moderno y compacto no como esa sofocante mierda antigua que todos los miembros de la *glymera* coleccionaban junto con sus jodidas reglas de etiqueta social. La enorme cama estaba cubierta con una colcha negra y tenía las suficientes almohadas como para hacerte sentir cómodo sin que resultara amariconada. La pantalla de plasma de alta definición tenía un Xbox 360, una Wii y una PS3 sobre el suelo enfrente de ella, y el escritorio donde Blay hacía los deberes estaba tan pulcro y ordenado como todas sus tarjetas de juegos. A la izquierda, había un refrigerador pequeño, un cubo de basura negro que, a decir verdad, se asemejaba a un pene, y un recipiente anaranjado para las botellas.

Blay se había vuelto ecologista desde hacía un tiempo y estaba muy metido en el tema del reciclaje y la reutilización. Lo cual era bien típico de él. Leía la publicación mensual de PETA, comía carne y pollo sólo de granja, y estaba a favor de la comida orgánica.

Sí hubiera existido una versión vampira de las Naciones Unidas en la cual internarse, o si hubiera podido ofrecerse como voluntario en Lugar Seguro, lo habría hecho al instante.

Blay era la cosa más cercana a un ángel que Qhuinn había conocido.

*Joder.* Tenía que marcharse de allí antes de que su padre hiciera que expulsaran a toda esa familia de la *glymera*.

Cuando se dio la vuelta para intentar aliviar el dolor en la parte baja de su espalda, comprendió que no eran sólo las lesiones internas lo que lo estaba incomodando; el sobre que el *doggen* de su padre le había dado había permanecido en el cinturón de sus vaqueros incluso a lo largo de la paliza.

No quería ver esos papeles de nuevo, pero de algún modo terminaron en sus manos sucias y ensangrentadas.

Incluso con la visión borrosa y su estado de completa agonía, se concentró en el pergamino. Era su árbol genealógico de cinco generaciones, su certificado de nacimiento, observó los tres nombres que había en la última línea. El suyo estaba a la izquierda, en el lado opuesto estaba el de su hermano mayor y el de su hermana. Su nombre estaba cubierto con una gruesa X y debajo de los de sus padres y hermanos estaban sus firmas con la misma tinta espesa.

Expulsarlo de la familia requería mucho papeleo. Los certificados de nacimiento de su hermano y hermana tendrían que ser modificados, y de igual forma habría que alterar el pergamino de matrimonio de sus padres. También debería enviarse al Consejo de Príncipes de la *glymera* una declaración para desheredarlo, la renuncia de su familia y una petición de expulsión. Después que el nombre de Qhuinn fuera modificado en el pergamino de derechos de la *glymera* y en el enorme archivo genealógico de la aristocracia, el *leahdyre* del Consejo dictaría una misiva que se mandaría a todas las familias de la *glymera*, anunciando oficialmente su destierro.

Obviamente cualquiera que tuviera hembras en edad apropiada para emparejarse, debía estar sobre aviso.

Era todo tan ridículo. De todas formas, con sus ojos dispares, no era como si fuera a conseguir tallar el nombre de alguna aristócrata en su espalda.

Qhuinn dobló el certificado de nacimiento y lo devolvió al sobre. Cuando cerró la solapa, sentía el pecho como si alguien hubiera cavado un agujero en él. Estar absolutamente solo en el mundo, aunque fueras adulto, era aterrador.

Pero contaminar a aquellos que habían sido amables con él era mucho peor.

Blay atravesó la puerta con una bandeja de comida.

—No sé si tienes hambre...

—Tengo que irme.

Su amigo colocó lo que llevaba en el escritorio.

—No creo que esa sea una buena idea.

—Ayúdame a levantarme. Estaré bien...

—Tonterías. —Dijo una voz femenina.

El médico privado de la Hermandad apareció como de la nada, justo delante de ellos. Su maletín de doctor era del tipo anticuado, con dos asas en la parte superior y un cuerpo que parecía una barra de pan, llevaba una bata blanca, tal y como la que los médicos usan en la clínica. El hecho de que fuera un fantasma era insólito. Todo en ella, su ropa, su maletín, su cabello y su perfume, se volvió sólido y tangible cuando terminó de llegar, exactamente como si fuera una persona normal.

—Gracias por haber venido —dijo Blay, como buen anfitrión.

—Ey, Doc —murmuró Qhuinn.

—¿Qué tenemos aquí? —Jane se acercó y se sentó en la esquina de la cama. No lo tocó, sólo lo miró de arriba abajo con el ojo clínico de un médico.

—No soy exactamente un candidato para *Playgirl*, ¿eh? —dijo él torpemente.

—¿Y cuántos eran? —Su tono de voz no sonaba como si estuviera bromeando.

—Dieciocho. Cientos.

—Cuatro —interrumpió Blay—. Fue una guardia de honor de cuatro.

—¿Guardia de honor? —sacudió la cabeza como si no pudiera entender las costumbres de la raza—. ¿Por Lash?

—No, de la propia familia de Qhuinn —dijo Blay—. Y se supone que no deberían matarlo.

*Bien, ese seguramente iba a ser en el nuevo tema de la canción, pensó Qhuinn.*

La doctora Jane abrió el maletín.

—De acuerdo, veamos cómo estás debajo de esa ropa.

Se puso manos a la obra, le cortó la camisa, le escuchó el corazón y le tomó la presión arterial. Mientras ella trabajaba, él pasó el tiempo mirando la pared, la inanimada pantalla de televisión y su maletín.

—Que práctico... *maletín*... ese que tienes ahí —gruñó, mientras sus manos le palpaban el abdomen y lo golpeaba suavemente.

—Siempre había querido uno. Es parte de mi fetiche de Marcus Welby, M.D.

—¿Quién?

—¿Esto también te duele? —Su jadeo cuando le hundió la mano fue respuesta más que suficiente, así que lo dejó ahí.

La doctora Jane le quitó los pantalones, y como no estaba usando ropa interior, se apresuró a echarse las sábanas sobre sus partes privadas. Ella las apartó a un lado, lo miró profesionalmente de arriba a abajo y luego le pidió que flexionara los brazos y las piernas. Después de tomarse su tiempo sobre un par de espectaculares hematomas, lo cubrió de nuevo.

—¿Qué tipo de cosa usaron para golpearte? Esos cardenales que tienes en los muslos son bastante importantes.

—Palancas. Grandes, enormes...

Blay lo intercedió.

—Garrotes. Tienen que haber usado esos garrotes ceremoniales negros.

—Eso sería congruente con las lesiones. —La doctora Jane se tomó un momento, como si fuera un ordenador procesando una solicitud de información—. De acuerdo, esto es lo que tenemos. Lo que le pasa a tus piernas es indudablemente incómodo, pero las contusiones deberían sanar solas. No tienes heridas abiertas, y aunque parece que te apuñalaron la palma de la mano, asumo que sucedió un poco más temprano, porque ya está sanando. Y no parece haber nada roto, lo cual es un milagro.

Excepto su corazón, claro. Por haber sido golpeado por su propio hermano...

*Cállate, mariquita*, se dijo a sí mismo.

—Así que estoy bien, ¿verdad, Doc?

—¿Cuánto tiempo estuviste muerto?

Él frunció el ceño, repentinamente esa visión del Fade se precipitó de su memoria como un cuervo negro. Dios... ¿Había muerto?

— Ah... no tengo idea cuanto tiempo pasó. Y no vi nada mientras estuve fuera. Era sólo oscuridad, ya sabes... estaba muy mal como para darme cuenta. —De ninguna manera iba a hablar de su pequeño y completamente natural viaje ácido—. Pero estoy bien, ya sabes...

— En eso voy a tener que estar en desacuerdo contigo. Tu ritmo cardíaco está acelerado, tu tensión arterial es baja, y no me gusta como se ve tu estómago.

— Sólo está un poco inflamado.

— Me preocupa que pueda haber algo desgarrado.

*Genial.*

— Estaré bien.

— ¿Y dónde te graduaste como médico? —La doctora Jane sonrió, y él rió un poco—. Me gustaría hacerte un ultrasonido, pero la clínica de Havers ha sido atacada esta noche.

— ¿Qué?

— ¿Qué? —preguntó Blay al mismo tiempo.

— Asumí que lo sabíais.

— ¿Hay supervivientes? —preguntó Blay.

— Lash desapareció.

Mientras absorbían las implicaciones de ese pequeño flash de noticias, Jane metió la mano en su bolsa de suministros y sacó una aguja sellada y una botella con tapa de caucho.

— Voy a darte algo para el dolor. Y no te preocupes —dijo irónicamente—, no es Demerol.

— ¿Por qué? ¿El Demerol es malo?

— ¿Para los vampiros? Sí. —puso los ojos en blanco—. Confía en mí.

— Lo que tú digas.

Cuando acabó de inyectarlo, le dijo:

— El efecto debería durar un par de horas, pero pienso regresar mucho antes de eso.

— El alba debe estar cercana ¿eh?

— Sip, por eso vamos a tener que movernos rápidamente. Hay una clínica temporal...

—No puedo ir allí —dijo—. No puedo... esa no sería una buena idea.

Blay asintió.

—Necesitamos mantener su paradero oculto. En este momento no está seguro en ninguna parte.

La doctora Jane entrecerró los ojos. Después de un momento, dijo:

—Está bien. Entonces tendré que pensar dónde puedo encontrar una ubicación más confidencial dónde tratarte. En tanto, no quiero que te muevas de esta cama. Y no debes comer ni beber, por si acaso te tengo que operar.

Mientras la doctora Jane guardaba las cosas en su maletín «Marcus quien quiera que sea», Qhuinn contó el número de personas que no se habrían atrevido a acercarse a él, y mucho menos tratar de curar sus lesiones.

—Gracias —dijo con una vocecita humilde.

—Fue un placer. —Le puso la mano en el hombro y apretó—. Voy a curarte. Puedes apostar tu vida en ello.

En ese momento mientras miraba sus ojos verde oscuro, sinceramente creyó que podría componer el mundo entero, y la ola de alivio que lo invadió lo hizo sentir como si alguien le hubiera envuelto una suave manta alrededor del cuerpo. Mierda, no sabía si era por el hecho de que su vida estaba en manos capaces o si solo era el efecto de lo que le había inyectado en el brazo, pero eso no le importaba. Iba a tomar el consuelo en cualquier lugar donde lo encontrara.

—Tengo sueño.

—Ése es mi plan.

La doctora Jane se acercó a Blay y le habló en susurros durante un momento... y aunque el tipo intentó esconder su reacción, se le abrieron los ojos de par en par.

*Ah, entonces estoy con la mierda hasta el cuello, pensó Qhuinn.*

Después de que la doctora se hubo ido, ni se molestó en preguntarle qué le había dicho, porque sabía que Blay no se lo iba a decir de ninguna manera. Su rostro era un armario cerrado.

Pero todavía había otros asuntos de los cuales tenía que ocuparse, gracias a la maldita tormenta de mierda en la que estaban todos envueltos.

—¿Qué le dijiste a tus padres? —preguntó Qhuinn.

—No tienes que preocuparte por nada.

A pesar del agotamiento que lo devastaba, sacudió la cabeza.

—Dímelo.

—No tienes...

—Me lo dices o... me levanto y empiezo a hacer el jodido Pilates.

—Como quieras. Siempre has dicho que eso era para maricas.

—Bien. Entonces haré jiu-jitsu. Habla antes de que me desmaye ¿quieres?

Blay sacó una Corona del pequeño refrigerador.

—Mis padres se imaginaron que éramos nosotros. Acaban de regresar de la gran fiesta de la *glymera*. Así que los padres de Lash deben de estar enterándose ahora.

*Joder.*

—¿Les hablaste... sobre mí?

—Sí, y quieren que te quedes. —La cerveza hizo un sonido jadeante cuando Blay la abrió—. Simplemente no vamos a decirle nada a nadie. Seguramente especularán acerca de tu paradero, pero no es muy probable que la *glymera* haga una búsqueda casa por casa, y nuestros *doggens* son muy discretos.

—Solo me quedará el día de hoy.

—Mira, mis padres te adoran, y no piensan echarte de aquí a patadas. Saben cómo era Lash, y también conocen a tus padres. —Blay se detuvo allí, pero el tono que había usado le agregó muchos adjetivos a sus palabras.

*Prejuiciosos, críticos, crueles...*

—No voy a ser una carga para nadie. —Dijo Qhuinn echando chispas por los ojos—. Ni para vosotros. Ni para nadie.

—Pero es que no eres una carga. —Blay miró el suelo—. Sólo somos mis padres y yo. ¿A quién crees que acudiría yo si algo malo pasara? John y tú sois todo lo que tengo en este mundo, aparte de mamá y papá. Vosotros sois mi familia.

—Blay, voy a ir a la cárcel.

—Nosotros no tenemos cárceles, por eso vas a necesitar un lugar para estar bajo arresto domiciliario.

—¿Y piensas que eso no será de conocimiento público? ¿Crees que no tendré que revelar dónde me quedo?

Blay tragó la mitad de su cerveza, sacó su teléfono, y empezó a escribir un mensaje de texto.

— Escucha, ¿puedes dejar de jugar a «a ver si encuentro más obstáculos»? Ya vamos a tener suficientes problemas sin necesidad de que tú te pongas a dar por el culo. Encontraremos una manera para que puedas quedarte aquí, ¿vale?

Se escuchó un pitido.

— ¿Ves? John está de acuerdo. — Blay le mostró la pantalla en donde se leía: GENIAL IDEA, y entonces se terminó la cerveza con la expresión de satisfacción de un macho que había puesto en orden su sótano y su garaje—. Todo va a ir bien.

Quinn miró a su amigo a través de párpados que se habían vuelto tan pesados como un tejado.

— Sí.

Al desmayarse, su último pensamiento fue que seguramente las cosas iban a funcionar... pero no como Blay las había planeado.



## Capítulo 22



Lash, hijo del *Omega*, estaba renaciendo con un grito que desgarró su garganta.

En una confusa locura, volvió al mundo como había llegado a él veinticinco años antes: desnudo, jadeante y ensangrentado, solo que esta vez su cuerpo era el de un hombre adulto y no el de un bebé.

Su intenso momento de toma de conciencia pasó con rapidez, y después quedó sumido en la agonía, sus venas estaban llenas de ácido, cada centímetro de él se corroía desde el interior. Se puso las manos sobre el estómago, rodando de costado, y vomitó una marea negra sobre un gastado suelo de madera. Demasiado consumido por las náuseas, no se molestó en preguntar dónde estaba ni qué había ocurrido, y por qué estaba vomitando cosas que parecían aceite usado de cárter.

En medio de un remolino de desorientación, las arcadas que lo incapacitaban y un pánico ciego que no podía controlar, un salvador extendió la mano hacia él. Una mano que le recorrió la espalda y le acarició una y otra vez, la cálida palma adoptó un ritmo que ralentizó su acelerado corazón, calmó su cabeza y alivió su estómago. Cuando pudo, se puso boca arriba otra vez. En medio de su borroso campo visual, logró enfocar una figura negra traslúcida. Su rostro era etéreo, una visión de apostura masculina en la flor de principios de la veintena, pero la malevolencia que había tras los tenebrosos ojos hacía que la faz fuera terrible.

*El Omega. Tenía que ser el Omega.*

Este era el Mal que su religión, folklore y entrenamiento le habían descrito.

Lash comenzó a gritar de nuevo, pero la mano oscura se extendió hacia él y le tocó gentilmente el brazo. Se calmó.

*En casa, pensó Lash. Estoy en casa.*

Su mente fluctuaba de la histeria a la convicción. No estaba en casa. Estaba... Estaba claro como el infierno que nunca antes había visto esta decrepita habitación.

¿Dónde coño estaba?

—Tranquilo —murmuró el *Omega*—. Lo recordarás todo.

Y así fue, de golpe. Vio el vestuario en el centro de entrenamiento... y a John, ese mariquita, poniéndose como loco cuando su sucio secretillo salió a la luz. Después los dos se habían dado de puñetazos hasta que... Qhuinn... Qhuinn le había cortado la garganta.

*Santa mierda...* podía incluso sentirse a sí mismo cayendo al suelo de las duchas, aterrizando sobre los azulejos duros y húmedos. Revivió la fría conmoción y recordó haberse puesto las manos en la garganta y empezar a jadear cuando un sofocante y asfixiante apretón se apoderó de su pecho... su sangre... se había estado ahogando en su propia sangre... pero entonces había sido suturado y enviado a la clínica, donde...

Mierda, había muerto, ¿verdad? El médico le había traído de vuelta, pero definitivamente había muerto.

—Así fue como te encontré —murmuró el *Omega*—. Tu muerte fue la señal.

¿Pero por qué le quería el Mal?

—Porque eres mi hijo —dijo el *Omega* con voz reverente y distorsionada.

¿Hijo? ¡Hijo!

Lash sacudió la cabeza lentamente.

—No... no...

—Mírame a los ojos.

Cuando se produjo la conexión, más escenas se revelaron ante él, las visiones eran como páginas que pasaban en un libro de fotografías. La historia que se desplegaba ante sus ojos hizo que se encogiera de miedo y también que respirara con más facilidad. Era el hijo del Mal. Nacido de una hembra vampiro retenida contra su voluntad en esta misma granja más de dos décadas atrás. Tras su nacimiento había sido abandonado en un sitio de reunión para los vampiros, había sido encontrado por ellos, y llevado a la clínica de Havers... donde más tarde había sido adoptado por su familia en un intercambio privado del que ni siquiera él sabía nada.

Y ahora, habiendo alcanzado la madurez, había regresado a su progenitor.

*Hogar.*

Mientras Lash sopesaba las implicaciones, el hambre se arremolinó en su estómago, y los colmillos sobresalieron de su boca.

El Omega sonrió y miró sobre el hombro. Un restrictor del tamaño de un chico de catorce años estaba de pie en la esquina más alejada de la cochambrosa habitación, tenía los ojos de rata fijos en Lash, y el pequeño cuerpo tenso como una serpiente enroscada.

—Y ahora con respecto al servicio que te dije que deberías proporcionar —le dijo el Omega al asesino.

El Mal extendió la translúcida mano e indicó al tipo que se adelantara.

El restrictor más que caminar se movió como un bloque, como si sus brazos y piernas estuvieran paralizados y su cuerpo estuviera siendo alzado y desplazado por encima del suelo. Los pálidos ojos se le salían de las órbitas y giraban a causa del pánico, pero Lash tenía otras cosas en mente aparte del terror del hombre que le estaba siendo ofrecido.

Cuando captó la dulce fragancia del restrictor, se sentó, desnudando los colmillos.

—Debes alimentar a mi hijo —le dijo el Omega al asesino.

Lash no esperó su consentimiento. Extendió la mano, agarró al pequeño cabrón por la nuca, y arrastró al tipo hacia sus puntiagudos caninos. Mordió con fuerza y succionó profundamente, la sangre era dulce como la miel e igual de espesa. No sabía a nada a lo que estuviera acostumbrado, pero llenó su estómago y le dio fuerzas, y ese era el objetivo.

Mientras bebía, el Omega comenzó a reír, suavemente al principio, después más alto, hasta que la casa se sacudió con la fuerza de la demencial y sanguinaria alegría.

Phury golpeó con su porro el borde del cenicero y examinó lo que había hecho con la pluma. El dibujo resultaba escandaloso, y no solo por la temática.

La maldita cosa era además uno de los mejores que había puesto alguna vez sobre un trozo de papel.

La silueta femenina que había sobre la cremosa superficie yacía de espaldas sobre una cama cubierta de satén, con almohadas ahuecadas tras sus hombros y cuello. Tenía un brazo sobre la cabeza, con los dedos enredados entre su largo cabello. El otro bajaba por su costado, la mano descansaba en la unión de sus muslos. Sus pechos estaban tensos, los pequeños pezones erguidos como por una boca, y tenía los labios separados en una invitación... al igual que las piernas. Ambas estaban abiertas, una con la rodilla flexionada, el pie arqueado, y los dedos fuertemente curvados, como si anticipara algo delicioso.

Estaba mirando directamente al frente, hacia fuera de la página, directamente a él.

Además, lo que había hecho no era ningún boceto improvisado. El dibujo estaba totalmente acabado, concienzudamente delineado, perfectamente sombreado para mostrar el atractivo de la mujer. El resultado era sexo personificado en tres dimensiones, un orgasmo a punto de volverse realidad, todo lo que un hombre desearía en una compañera de cama.

Mientras daba otra calada, intentó decirse a sí mismo que ésta no era Cormia. No, no era Cormia... no era ninguna mujer, solo un compendio de los atributos sexuales de los que se había privado con tanto celibato. Era el ideal femenino que deseaba haber tenido su primera vez. Esta era la mujer de la que le habría encantado beber todos estos años. Era su amante de fantasía, dando y exigiendo por turnos, suave y sumisa algunas veces, ávida e inmoral otras.

No era real.

Y no era Cormia.

Exhaló una maldición, se acomodó la polla dura dentro del pijama, y apagó el porro.

Estaba tan lleno de mierda. Lleno. De. Mierda. Esta definitivamente era Cormia.

Miró hacia el medallón *Primale* que estaba sobre el escritorio, pensando en su charla con la Directrix, y volvió a maldecir. Genial. Ahora que Cormia ya no era su Primera Compañera, decidía que la deseaba. Menuda suerte.

—Jesús.

Se inclinó sobre la mesita, lió otro bien cargado, y accionó el encendedor. Con el pitillo entre los labios, comenzó a dibujar la hiedra, comenzando por los preciosos y curvados dedos de los pies. Mientras añadía hoja tras hoja ocultando el dibujo, sintió como si sus manos recorrieran hacia arriba las lisas piernas, pasando por el estómago para llegar a sus tensos y erguidos pechos.

Estaba tan distraído acariciándola con su mente que la sensación de ahogo que normalmente le acometía cuando cubría un dibujo con hiedra no floreció hasta que llegó a su rostro.

Se detuvo. Realmente ésta era Cormia y no a medias, como lo había sido el dibujo de Bella de la otra noche. Los rasgos de Cormia estaban todos allí, a plena vista, desde el ángulo de sus ojos y el exuberante labio inferior hasta la suntuosidad de su cabello.

Y lo estaba mirando. Deseándole.

*Oh, Dios...*

Rápidamente dibujó la hiedra alrededor de su rostro y después se quedó mirando fijamente cómo la había arruinado. Esa mierda la cubría completamente incluso desbordando los límites de su cuerpo, enterrándola sin ponerla bajo tierra.

En un flashback, evocó el jardín de la casa de sus padres como lo había visto la última vez, cuando había vuelto a enterrarlos.

Dios, todavía podía recordar esa noche con total claridad. Especialmente el olor que habían tenido los residuos que habían quedado después del fuego.

Había cavado la tumba en un costado del jardín, el agujero en la tierra era como una herida abierta entre la espesa hiedra. Colocó a sus padres en ella, pero había habido un solo cuerpo que enterrar. Se había visto obligado a quemar los restos de su madre. La había encontrado en su cama en tan avanzado estado de descomposición que no había sido capaz de sacarla del sótano. Le había prendido fuego allí donde yacía, y había pronunciado las palabras sagradas hasta que el humo le había ahogado de tal modo que había tenido que salir.

Mientras el fuego rabiaba dentro de la habitación, había levantado a su padre y había sacado al macho para enterrarlo. Después que las llamas hubieron devorado lo que había en el sótano, Phury había recogido las cenizas que habían quedado y las había colocado en una gran urna de bronce. Había un montón de ellas, porque había quemado las mantas y la cama junto con su madre.

Colocó la urna junto a la cabeza de su padre, y después con una pala tiró tierra suelta sobre ellos.

Después de eso quemó la casa entera. La quemó hasta los cimientos. Estaba maldito, todo el lugar, y estaba seguro que ni siquiera la feroz temperatura de las llamas había sido suficiente para limpiar la infección de mala suerte.

Mientras se marchaba, su último pensamiento había sido que a la hiedra le tomaría mucho tiempo cubrir los cimientos.

*Seguro que lo quemaste todo, dijo el hechicero en su cabeza. Pero tenías razón, no hiciste desaparecer la maldición. Todas esas llamas no los limpiaron, ni a ti, ¿verdad, compañero? Sólo te convirtieron en un pirómano además de un salvador fracasado.*

Dejando a un lado el porro, arrugó el dibujo formando una bola, se colocó la prótesis, y fue hacia la puerta.

*No puedes huir de mí ni del pasado,* murmuró el hechicero. *Somos como la hiedra en esa parcela de tierra, siempre juntos, cubriendo, acallando la maldición que pesa sobre ti.*

Tiró el dibujo y, abandonó la habitación, repentinamente temeroso de quedarse solo.

Cuando salió al pasillo, casi le pasa por encima a Fritz. El mayordomo saltó hacia atrás a tiempo, protegiendo un cuenco de... ¿guisantes? ¿Guisantes en remojo?

*Las construcciones de Cormia,* pensó Phury mientras lo que había entre los brazos del *doggen* se derramaba por los costados.

Fritz sonrió a pesar del choque del que se había librado por poco, su rostro arrugado, apergaminado, se estiró formando una mueca alegre.

—Si anda buscando a la Elegida Cormia, está en la cocina, tomando su Última Comida con Zsadist.

¿Z? ¿Qué demonios estaba haciendo ella con Z?

—¿Estaban juntos?

—Creo que el amo deseaba hablar con ella en privado sobre Bella. Es por eso que de momento estoy haciendo mis labores en otro lugar de la casa. —Fritz frunció el ceño—. ¿Está bien, amo? ¿Puedo traerle algo?

¿Qué tal un trasplante de cerebro?

—No, gracias.

El *doggen* hizo una reverencia y entró en la habitación de Cormia, justo cuando se elevaron unas voces desde el vestíbulo. Phury se acercó a la balaustrada y se inclinó sobre la barandilla de hojas doradas.

Wrath y la doctora Jane estaban al pie de las escaleras, y la expresión fantasmal de Jane era tan estridente como su voz.

—... tecnología de ultrasonido. Mira, sé que no es lo ideal, porque no te gusta que haya gente dentro de la propiedad, pero esta vez no tenemos otra opción. Fui a la clínica, y no solo no le aceptarán, sino que además exigieron saber dónde estaba.

Wrath sacudió la cabeza.

—Cristo, no podemos traerle así sin más...

—Sí, podemos. Fritz puede recogerle en el Mercedes. Y antes de que lo discutas, te recuerdo que has tenido a todos esos estudiantes acudiendo al Complejo cada semana desde el pasado diciembre. Él no sabrá dónde está. Y en cuanto a la *glymera*, que se vaya a la mierda, nadie tiene que saber que está aquí. Podría morir, Wrath. Y no quiero eso sobre la conciencia de John, ¿Lo quieres tú?

El Rey maldijo por lo bajo, largamente, mientras desplazaba la mirada por los alrededores, como si sus ojos necesitaran algo que hacer mientras su mente consideraba la situación.

—Bien. Dile a Fritz que vaya a recogerlo. El muchacho puede ser examinado y operado, de ser necesario, en la sala de primeros auxilios y fisioterapia, pero después tendrá que ser transportado de vuelta al instante. Las opiniones de la *glymera*, me importan lo que una mierda de rata, lo que me preocupa es el precedente. No podemos convertirnos en un hotel.

—Entendido. Y escucha, quiero ayudar a Havers. Es demasiado para él levantar la nueva clínica y ocuparse de los pacientes. El caso es que eso va a implicar que estaré fuera varios días.

—¿Vishous está de acuerdo con ese riesgo de seguridad?

—No es su decisión, y te lo estoy diciendo a ti solo por cortesía. —La hembra se rió con sequedad—. No me mires así. Ya estoy muerta. No es como si los restrictores pudieran matarme de nuevo.

—Eso no tiene nada de gracia.

—El humor negro es parte de tener un médico en casa. Supéralo.

Wrath ladró una risa.

—Eres muy dura. No me sorprende que V esté loco por ti. —El Rey se puso serio—. Pero, dejemos esto perfectamente claro. Dura o no, yo estoy al mando aquí. Este Complejo y todos los que habitan en él son asunto mío.

La mujer sonrió.

—Dios, me recuerdas a Manny.

—¿A quién?

—Mi antiguo jefe. Jefe de cirugía del St. Francis. Los dos os llevaríais maravillosamente. O... quizás no. —Jane extendió el brazo y colocó una mano transparente

sobre el grueso y tatuado antebrazo del Rey. Cuando se produjo el contacto, se volvió sólida de pies a cabeza—. Wrath, no soy estúpida, no voy a hacer nada precipitado. Tú y yo queremos lo mismo, que todo el mundo esté a salvo... y eso incluye a miembros de la raza que no viven aquí. Nunca voy a trabajar para ti, ni para ningún otro, porque no está en mi naturaleza. Pero seguro como el infierno que voy a trabajar *contigo*, ¿de acuerdo?

La sonrisa de Wrath estaba llena de respeto, y asintió una vez, lo más cercano que el Rey llegaría jamás a una reverencia.

—Puedo vivir con eso.

Cuando Jane se marchó en dirección al túnel subterráneo, Wrath levantó la vista y miró a Phury.

No dijo nada.

—¿Estabais hablando de Lash? —preguntó Phury, esperando que hubieran encontrado al chico o algo.

—No.

Phury se quedó esperando un nombre. Cuando el Rey simplemente se giró y comenzó a subir las escaleras, comiéndose la distancia con sus largas y tranquilas zancadas, subiendo los escalones de dos en dos, le quedó claro que no iba a obtener ninguno.

*Asuntos de la Hermandad*, pensó Phury.

*Que solían ser tuyos*, fue tan amable de señalar el hechicero. *Hasta que perdiste la cabeza.*

—Iba a buscarte —mintió Phury, acercándose a su Rey y decidiendo que un informe extraoficial acerca de lo que había ocurrido en la clínica era claramente innecesario a estas alturas—. Hay un par de Elegidas que van a dejarse caer por aquí. Vienen a verme.

El Rey frunció el ceño detrás de sus lentes envolventes.

—Así que has completado la ceremonia con Cormia, eh. ¿No deberías ir tú a ver a las hembras al Otro Lado?

—Y así será. Más pronto de lo que crees. —*Mierda, ¿acaso eso no era cierto?*

Wrath cruzó los brazos sobre el fuerte pecho.

—Me han dicho que esta noche echaste una mano en la clínica. Gracias.

Phury tragó con fuerza.



Cuando eras un Hermano, el Rey nunca te daba las gracias por lo que hacías, porque sólo estabas cumpliendo con tu deber y haciendo tú trabajo, ejerciendo tu derecho de nacimiento. Podías conseguir un «Bravo» por patear traseros, o ganarte algo de torpe simpatía a la manera llena de testosterona de los machos si te machacaban y resultabas herido... pero nunca te daban las gracias.

Phury se aclaró la garganta. El *de nada*, no le pasó por la garganta así que simplemente murmuró:

—Z tenía todo controlado... junto con Rehv, que casualmente estaba allí.

—Sí, también voy a agradecerse a Rehv. —Wrath se giró hacia el estudio—. Ese *symphath* está probando ser muy útil.

Phury observó las puertas dobles cerrarse lentamente, la habitación azul pálido más allá de ellas desapareció de la vista.

Mientras se volvía para marcharse, captó un vistazo del majestuoso techo del vestíbulo, con sus guerreros tan orgullosos y seguros.

Ahora él era un amante, no un luchador, ¿verdad?

*Si, dijo el hechicero. Y apuesto a que en el sexo serás igual de malo. Ahora ve y encuentra a Cormia y dile que como la quieres tanto decidiste dejarla. Mírala a los ojos y dile que vas a follar con sus hermanas. Con todas ellas. Con cada una de ellas.*

*Excepto con ella.*

*Y dite a ti mismo que estás haciéndole un bien mientras le rompes el corazón. Porque esa es la razón por la que estás huyendo. Has visto la forma en que te mira y sabes que te ama y eres un cobarde.*

*Dile. Díselo todo.*

Mientras el hechicero comenzaba un auténtico rollo, bajó las escaleras hasta el primer piso, entró en la sala de billar, y recogió una botella de *Martini & Rossi* y una botella de ginebra *Beefeater*. Agarró un cuenco con aceitunas, una copa de Martini, y...

La caja de palillos de dientes le hizo pensar en Cormia.

Se dirigió otra vez escaleras arriba, todavía temiendo estar solo, pero igualmente temeroso de estar en compañía de alguien más.

Lo único que sabía era que había un método infalible de acallar al hechicero, e iba a ejecutar ese plan. Hasta quedar jodidamente fuera de combate.

## Capítulo 23



Por lo general, a Rehv no le gustaba quedarse en el estudio de la parte trasera de su oficina en el ZeroSum. Sin embargo, después de una noche como esa, no tenía ganas de obligarse a salir de la ciudad hasta el refugio donde estaba viviendo su madre, y el panorámico ático que tenía en el Commodore, con sus fachadas acristaladas, tampoco era una buena opción en lo absoluto.

Xhex le había ido a buscar a la clínica, y en el camino de regreso al club le recriminó duramente por no haberla llamado para que tomara parte en la lucha. A lo que le había respondido que se dejara de joder, si no le parecía que otro *symphath* mestizo en la ensalada hubiera sido demasiado.

*Sí, seguro.* Además, las clínicas la ponían nerviosa como el infierno.

Después de haberla puesto al corriente sobre la infiltración, había mentido diciéndole que Havers le había echado un vistazo y dado algunas drogas. Ella se había dado cuenta que se estaba inventando lo del brazo, pero por suerte el amanecer estaba demasiado cerca como para que comenzaran una pelea particularmente virulenta. Ciertamente, que ella podría haberse quedado para poder seguir discutiendo con él, pero Xhex siempre tenía que regresar a su hogar. *Siempre.*

Al punto que él siempre se había preguntado exactamente qué la esperaba en casa. O quién.

Entrando en el cuarto de baño, conservó su marta cibelina puesta aún cuando el disco del termostato estaba a tope en la posición de hogar. Mientras hacía correr el agua caliente de la ducha, pensó en lo que había acontecido en la clínica y se dio cuenta que había sido dramáticamente vigorizante. Para él luchar era como un traje de Tom Ford: se amoldaba a la perfección y era algo que podía llevar con orgullo. Y las buenas noticias eran que su lado *symphath* había permanecido controlado, incluso con la tentación de toda aquella sangre restrictor derramada.

¿En definitiva? Él estaba bien. Realmente lo estaba.

Cuando el vapor comenzó a flotar a su alrededor, se obligó a quitarse el abrigo, el traje Versace y la camisa de Pink. Las prendas estaban completamente arruinadas, y a su cibelina no le había ido mucho mejor. Las puso en un montón para enviarlas a limpiar en seco y remendar.

De camino al agua caliente, pasó junto al gran espejo que había sobre la encimera de lavabos de cristal. Volviéndose hacia su reflejo, se pasó las manos por las estrellas rojas de cinco puntas que tenía en el pecho. Luego descendió más y ahuecó la mano sobre la polla.

Habría sido agradable tener algo de sexo después de todo lo que había pasado, o al menos que su cuerpo paladeara la depuración que le brindaría un buen trabajo manual. O tres.

Mientras se sostenía a sí mismo entre las palmas de las manos, no pudo pasar por alto el hecho de que su antebrazo izquierdo parecía como si hubiera sido pasado por una máquina de picar carne a cuenta de todas las inyecciones.

Los efectos secundarios sencillamente apestabán.

Se metió bajo el agua y supo que estaba caliente sólo a causa del aire lechoso y húmedo que tenía a su alrededor y por el modo en que su temperatura interior soltó un enorme suspiro de alivio. Su piel no le decía nada, no le decía cuán fuerte golpeaba el agua de la ducha contra sus hombros, ni que la pastilla de jabón con la que se estaba bañando fuera lisa y resbaladiza, ni que la palma con que recorría su cuerpo, para ayudar a los chorretes de espuma a resbalar hacia el desagüe de abajo, fuera ancha y caliente.

Siguió con la rutina de enjabonarse durante más tiempo del necesario. La cuestión era que no podía soportar acostarse con ninguna clase de suciedad en él, pero más que eso, necesitaba la excusa para quedarse en la ducha. Esas eran unas de las pocas veces que sentía el suficiente calor, y el choque de salir era siempre una putada.

Diez minutos más tarde, estaba desnudo entre las sábanas de su cama extragrande y tenía la gruesa manta de visón hasta la barbilla como un niño. Cuando la frialdad que sentía en su interior desde que se había secado con la toalla se desvaneció, cerró los ojos y apagó las luces con la mente.

Su club al otro lado de las paredes revestidas de paneles de acero estaría ya vacío. Sus muchachas estarían en casa para pasar el día, puesto que la mayor parte de ellas tenía niños. Sus camareros y corredores de apuestas estarían tomando un bocado y relajándose

en algún sitio. Su personal de empollones administrativos de la trastienda estaría viendo la reposición de *Star Trek: La próxima generación*. Y su equipo de limpieza de veinte personas habría ya terminado con los suelos, las mesas, los cuartos de baño y los privados y estaría quitándose el uniforme para trasladarse a su siguiente trabajo.

Le gustó la idea de estar solo allí. Era algo que no pasaba a menudo.

Mientras su teléfono se disparaba, maldijo y se recordó que aún cuando estaba solo, siempre había gente parlotéándole.

Sacó el brazo para contestar.

—Xhex, si quieres seguir discutiendo, déjalo para mañana...

—No soy Xhex, *symphath*. —La voz de Zsadist estaba tensa como un puño—. Y te llamo con respecto a tu hermana.

Rehv se incorporó, sin importarle que las mantas cayeran de su cuerpo.

—Qué.

Cuando colgó con Zsadist, volvió a recostarse, pensando que así debía ser como se sentía uno cuando creía que estaba teniendo un ataque al corazón, y al final resultaba ser sólo una indigestión: aliviado, pero todavía enfermo del estómago.

Bella estaba bien. Por el momento. El Hermano había llamado porque se apegaba al trato que habían hecho. Rehv había prometido no interferir, pero quería estar al corriente de cómo lo estaba llevando.

Joder, todo ese asunto del embarazo era horrible.

Tiró de las mantas subiéndoselas hasta la barbilla otra vez. Tenía que llamar a su madre y ponerla al día, pero lo haría más tarde. A esa hora estaría retirándose a descansar, y no había ninguna razón para mantenerla todo el día preocupada.

Dios, Bella... su querida Bella, ya no su hermanita, ahora la *shellan* de un Hermano.

Ellos dos siempre habían tenido una relación intensa y complicada. En parte, debido a sus personalidades, pero también porque ella no tenía ni idea de lo que él era. Tampoco tenía ninguna pista sobre el pasado de la madre de ambos ni de cómo había muerto el padre de ella.

O, mejor dicho, quién lo había asesinado.

Rehv había matado para proteger a su hermana, y no vacilaría en hacerlo de nuevo. Desde que tenía memoria, Bella había sido la única cosa inocente en su vida, la única cosa pura. Habría querido mantenerla así para siempre. La vida había tenido otros planes.

Para evitar pensar en su secuestro por parte de los restrictores, del cual todavía se sentía culpable, evocó uno de los recuerdos más vividos que tenía de ella. Había sido aproximadamente un año después de que él se hubiera hecho cargo de los asuntos de la casa y de enterrar al padre de ella. Ella había tenido siete años.

Rehv había entrado en la cocina y la había encontrado comiendo de un cuenco de Frosted Flakes en la mesa de la cocina, sus pies colgaban de la silla en la que se había sentado. Llevaba puestas unas zapatillas color rosa —que no le gustaban, pero que tenía que ponerse cuando sus favoritas, las azul marino, estaban lavándose— y un camisón Lanz de franela que tenía hileras de rosas amarillas separadas por líneas azules y rosas.

Había sido toda una visión, allí sentada con su largo cabello castaño suelto cayéndole por la espalda, aquellas pequeñas zapatillas rosa y el ceño todo fruncido mientras pescaba los últimos cereales con la cuchara.

—¿Por qué me miras, gallito? —entonó, con los pies balanceándose de acá para allá debajo de la silla.

Él había sonreído. Incluso en aquella época llevaba el cabello con un corte mohawk, y ella era la única que se atrevía a darle un apodo descarado. Y, naturalmente, él la amaba aún más por ello.

—Por ninguna razón.

Lo cual había sido una mentira. Mientras aquella cuchara pescaba en la leche azucarada, había estado pensando que esa calma, la tranquilidad de ese momento había valido toda la sangre con la que se había ensuciado las manos. A jodidas paladas.

Con un suspiro, ella había echado un vistazo a la caja de cereales, que estaba en la mesada al otro lado de la cocina. Sus pies habían dejado de balancearse, el leve *piff, piff, piff* que producían las zapatillas al rozar el travesaño, que tenían las sillas en la parte inferior, desvaneciéndose hasta quedar en silencio.

—¿Qué miras, Lady Bell? —Cuando ella no contestó inmediatamente, él había clavado la mirada en Tony el Tigre. Mientras las escenas de su padre habían destellado

por su cabeza, habría estado gustoso de apostar a que ella estaba viendo lo mismo que él veía.

Con una vocecita apenas perceptible, le había dicho:

—Si quiero puedo comer más. A lo mejor.

Su tono había sido vacilante, como si estuviera sumergiendo el pie en un estanque que podría tener sanguijuelas dentro.

—Sí, Bella. Puedes comer tanto como te apetezca.

No se había levantado de un salto de la silla. Había permanecido quieta, sólo respirando y expandiendo sus sentidos a través del entorno, en la manera que lo hacen los niños y los animales, cuando quieren comprobar si no hay peligro.

Rehv no se había movido. Aún cuando hubiera querido llevarle la caja, sabía que debía ser ella la que cruzara el lustroso suelo rojo cereza con aquellas zapatillas para llevar a Tony el Tigre hasta su cuenco nuevamente. Tenían que ser sus manos las que sostuvieran la caja para que otra tanda de cereales fuese rociada sobre la leche caliente. Debía ser ella la que recogiera la cuchara otra vez y se pusiera a comer.

Tenía que saber que no había nadie en la casa que fuera a censurarla por tomar una segunda ración si todavía tenía hambre.

El padre de ella se había especializado en ese tipo de asuntos. Como muchos machos de su generación, el pedazo de mierda había creído que las hembras de la *glymera* tenían que ser «mantenidas esbeltas». Como le gustaba señalar una y otra vez, la grasa en el cuerpo femenino aristocrático era el equivalente al polvo que se acumula en una estatua de valor incalculable.

Había sido aún más duro con la madre de ambos.

En silencio, Bella había bajado la mirada a la leche y había movido la cuchara de un lado a otro, formando una estela de ondas.

*No va a hacerlo*, pensó Rehv, sintiendo ganas de volver a matar a aquel bastardo progenitor suyo. Todavía está asustada.

Pero entonces ella dejó la cuchara en el plato de debajo del cuenco, se bajó de la silla, y atravesó la cocina con su pequeño camisón Lanz. No lo miró. Tampoco pareció estar mirando el alegre dibujo del tigre Tony cuando recogió la caja.

Estaba aterrorizada. Era valiente. Era pequeña pero audaz.

Su visión se había vuelto roja en aquel punto, pero no porque su lado malo estuviera emergiendo. Cuando la segunda ración de Frosted Flakes fue servida, tuvo que irse. Había dicho algo alegre sobre nada en particular y se había metido rápidamente en el cuarto de baño del vestíbulo, encerrándose allí.

Había derramado sus lágrimas de sangre a solas.

Ese momento en la cocina con Tony y el segundo mejor par de zapatillas de Bella le había demostrado que había hecho lo correcto: la conformidad por el asesinato que había cometido le llegó cuando aquella caja de cereales había sido transportada a través de aquella cocina en manos de su querida, amada y preciosa hermanita.

Volviendo al presente, pensó en Bella ahora. Una hembra adulta con un poderoso compañero y una cría apenas sosteniéndose dentro de su cuerpo.

El demonio al que se enfrentaba ahora no era nada en lo que su gran y malo hermano pudiera ayudarla. No había ninguna tumba abierta en la cual él pudiera arrojar al golpeado y sangriento despojo del destino. Él no podía salvarla de este monstruo en particular.

El tiempo tenía la palabra, y eso era inevitable.

Hasta su secuestro, nunca había considerado que ella pudiera morir antes que él. Sin embargo, durante aquellas seis horribles semanas en las que había permanecido retenida en aquel subterráneo restrictor, en lo único que podía pensar era en el orden de las muertes de su familia. Siempre había asumido que su madre iba a ir primero, y de hecho, estaba iniciando el rápido deterioro que llevaba a los vampiros al final de sus vidas. Había sido bien consciente que él iría después, tarde o temprano una de dos cosas iba a suceder: alguien iba a percatarse de su naturaleza *sympath* e iba a ser perseguido y enviado a la colonia, o su chantajista iba a orquestar su fallecimiento al modo de los *sympaths*.

Lo que quería decir, de forma imprevista y brutalmente creativa...

Como si la hubiera convocado, un acorde musical brotó de su teléfono. El tono se repitió otra vez. Y otra vez.

Aún antes de levantarlo, sabía quién llamaba. Pero así eran las conexiones entre *sympaths*.

*Hablando del diablo*, pensó mientras contestaba la llamada de su chantajista.

Cuando colgó, tenía una cita con la Princesa para la tarde siguiente.

Qué afortunado.

Qhuinn estaba teniendo ese largo y jodido sueño en el que estaba en Disney World en una atracción con un montón de subidas y bajadas. Lo cual era extraño, puesto que sólo había visto montañas rusas por la TV. Ya que no podías subirte a la Montaña del Gran Trueno si no podías soportar el sol.

Cuando terminó todo el recorrido, abrió los ojos y descubrió que estaba en la sala de primeros auxilios y fisioterapia del centro de entrenamiento de la Hermandad.

*Ah, jodidas gracias.*

Obviamente alguien le había golpeado la cabeza durante la clase de entrenamiento, y aquella mierda con Lash, el asunto con su familia y su hermano integrando la guardia de honor, había sido una pesadilla. Qué alivio...

El rostro de la doctora Jane apareció delante de él.

—Eh, vaya... estás de vuelta.

Qhuinn parpadeó y tosió.

—¿Dónde... fui?

—Te has echado una pequeña siesta. Y de esa forma pude extraerte el bazo.

*Mierda.* No fue una alucinación. Era la nueva realidad.

—¿Estoy... bien?

La doctora Jane le puso la mano sobre el hombro, su palma se sentía caliente y pesada aunque el resto de ella fuera translúcido.

—Lo hiciste muy bien.

—El estómago todavía duele. —Levantó la cabeza y bajó la mirada por su pecho desnudo hacia la venda que fajaba su cintura.

—Sería malo si no lo hiciera. Pero estarás feliz de saber que puedes volver a lo de Blay en una hora. La operación fue un procedimiento de rutina, y ya estás cicatrizando muy bien. No tengo ningún problema con la luz del día, así que si me necesitas, puedo estar en su casa al momento. Blay sabe que debe vigilar, y le he dado algunos medicamentos para ti.

Qhuinn cerró los ojos, abrumado por una especie de jodida tristeza.



Mientras intentaba calmarse, oyó que la doctora Jane decía:

— Blay, quieres venir...

Qhuinn sacudió la cabeza, luego la giró hacia otra parte.

— Necesito estar un minuto a solas.

— ¿Estás seguro?

— Sí.

Cuando la puerta se cerró silenciosamente, se puso una mano temblorosa sobre el rostro. Solo... sí, estaba solo, bien. Y no sólo porque no había nadie más en la habitación con él.

Realmente le había gustado pensar que las últimas doce horas habían sido solo un sueño.

Dios, ¿qué coño iba a hacer con el resto de su vida?

Tuvo un pantallazo de la visión que había tenido cuando se había aproximado al Fade. Tal vez debería haber pasado directamente por aquella maldita puerta a pesar de lo que vio. Seguro como la mierda que todo habría sido más fácil.

Se tomó un momento para recomponerse. O quizás más bien fue una media hora. Entonces voceó con una voz tan fuerte como pudo reunir:

— Estoy listo. Estoy listo para irme.

## Capítulo 24



Una casa puede estar vacía aun cuando esté llena de gente. Y eso era algo bueno.

Faltando una hora para el amanecer Phury andaba tambaleándose por una de las innumerables esquinas de la mansión, viéndose obligado a extender las manos para estabilizarse.

Aunque en realidad no estaba solo, ¿verdad? Boo, el gato negro de la casa, se encontraba ahí mismo, con él, caminando junto a él, supervisándolo. Joder, podría decirse que el animal estaba dirigiendo el espectáculo, puesto que en algún punto a lo largo de la línea, Phury había empezado a seguirle, en vez de a dirigirle.

Dirigir no sería una buena idea. Su nivel de alcohol en sangre estaba muy por encima del límite legal para cualquier cosa aparte de cepillarse los dientes. Y eso fue antes de que le sumaras los entumecedores efectos de una bolsa llena de hierba de humo rojo.

*¿Cuántos porros? ¿Cuántas copas?*

*Bien, ahora eran...* No tenía ni idea de qué hora era. Aunque tenía que ser cerca del alba.

Daba lo mismo. De todas formas intentar llevar la cuenta de la juerga habría sido una pérdida de tiempo. Considerando lo mareado que estaba, era dudoso que pudiera llegar a contar la cantidad suficiente, y además, realmente no podía recordar cuál había sido el porcentaje de consumo por hora. Todo lo que sabía era que había dejado su habitación cuando se habían acabado las tres botellas de Beefeater. Al principio había planeado conseguirse otra botella de ginebra, pero luego se encontró con Boo y comenzó a deambular.

Considerando todas las circunstancias, debería haber estado desmayado en su cama. Estaba lo suficientemente contaminado como para la rutina de «luces fuera», y ese había sido, después de todo, su objetivo. El problema era, que incluso con toda su automedicación, su cabeza sufría de lo que le gustaba llamar la ansiedad de las cuatro C's:

la situación de Cormia. Su Compromiso con las Elegidas. La infiltración en la Clínica. Y la Cría de Bella.

Bien, el último era un término del reino animal. Pero aún así.

Al menos el hechicero estaba relativamente tranquilo.

Phury abrió una puerta al azar mientras trataba de entender a dónde lo había conducido el gato. *Ah, bien*. Si seguía caminando, se encontraría en territorio *doggen*, la gran ala donde moraba el personal. Lo cual sería un problema. Si le encontraban vagando por allí, a Fritz se le reventaría un aneurisma dando por sentado que los criados de algún modo no habían desempeñado sus deberes correctamente.

Cuando Phury giró a la derecha, la base de su cerebro comenzó a arder por la necesidad de otro golpe de humo rojo. Estaba a punto de darse la vuelta cuando oyó sonidos provenientes de la escalera trasera que conducía al tercer piso. Había alguien en la sala de proyección... lo que significaba que realmente debería salir por patas en dirección contraria, porque toparse con uno de sus hermanos sería mala cosa.

Estaba alejándose cuando captó un aroma a jazmín.

Phury se inmovilizó. *Cormia...*

Cormia estaba allí arriba.

Se dejó caer contra la pared, se restregó la cara y pensó en aquel dibujo erótico que había hecho. Y la erección que había tenido mientras trabajaba en él.

Boo soltó un maullido y subió directamente hasta la puerta de la sala de proyección. Cuando el gato lo miró por encima del hombro, sus ojos verdes parecieron decirle, *Vamos, trae tu culo aquí arriba, amigo*.

—No puedo. —Mejor dicho *no debería*.

Boo no se lo tragó. El gato se sentó, moviendo la flexible cola arriba y abajo como si estuviera esperando que Phury se decidiera a seguir con el itinerario de una vez.

Phury trabó su mirada con el animal en un clásico desafío del juego del serio.

Fue él y no el gato, el que parpadeó primero y apartó la mirada.

Dándose por vencido, se pasó la mano por el cabello. Se arregló la camisa de seda negra. Tiró de sus pantalones color crema. Podría estar totalmente cocido, pero al menos parecería un caballero.

Claramente satisfecho por la resolución que estaba viendo, Boo se alejó trotando de la puerta y se restregó contra la pierna de Phury como si le diera un *¡bravo!*

Cuando el gato se marchó, Phury abrió la puerta y puso uno de sus mocasines Gucci en un escalón. Luego lo repitió. Y lo repitió. Usó el pasamano de cobre para estabilizar su gran cuerpo, y mientras subía trató de encontrar una excusa para lo que estaba haciendo. No pudo. Si apenas estás en condiciones de usar Colgate, no deberías en absoluto interactuar con la hembra Elegida que ya no era oficialmente tuya, pero a quién deseabas de tal manera que te dolía la polla.

Sobre todo considerando las noticias que tenías para darle.

Llegó a lo alto de la escalera, dobló la esquina, y miró hacia abajo, a las filas ligeramente descendentes de butacas. Cormia estaba en la parte delantera, su túnica blanca de Elegida formando un charco a sus pies. En la pantalla las imágenes parpadeaban rápidamente. Estaba rebobinando una escena.

Tomó aliento. Dios, que bien olía... y por alguna razón esa esencia a jazmín suya era especialmente intensa esa noche.

El rebobinado se detuvo y Phury echó un vistazo a la enorme pantalla. *Cristo... Santo.*

Era... una escena de amor. Patrick Swayze y esa Jennifer algo, la mujer de la nariz, estaban haciéndolo en una cama. *Dirty Dancing.*

Cormia se inclinó hacia adelante en la butaca, su rostro entró en su campo visual. Sus ojos estaban absortos en lo que ocurría frente a ella, sus labios separados, una mano descansaba en la base de su garganta. El cabello largo y rubio le caía sobre el hombro y rozaba la parte superior de su rodilla.

El cuerpo de Phury se endureció, su erección salió disparada formando una tienda de campaña delante de sus pantalones de Prada, echando a perder las pinzas hechas a medida. A pesar de la neblina de humo rojo, su sexo rugió.

Pero no debido a lo que estaba en la pantalla. Cormia fue el detonante.

En su mente apareció una súbita imagen en que recordó cuando había estado en su garganta, y bajo su cuerpo, y el Hijo de Puta en él le señaló que era el *Primale* de las Elegidas, y por lo tanto las reglas las hacía él. Aun cuando la Directrix y él hubieran estado de acuerdo en que tomaría a otra como Primera Compañera, de todas formas podía estar

con Cormia si quisiera y si ella consintiera... sencillamente no poseería el mismo peso en términos de ceremonia.

Sí... aunque fuera a tomar a otra para completar el rito del *Primale*, igualmente podría descender los superficiales escalones, caer de rodillas delante de Cormia, y subirle la túnica hasta las caderas. Podría deslizar las manos por sus muslos, separárselos completamente y hundir la cabeza allí abajo. Después de que la tuviera a tono y mojada por su boca, podría...

Phury dejó caer la cabeza hacia atrás. Vale, esto no estaba ayudando *para nada* a refrenar su ansiedad. Y además, él nunca se había hundido en una hembra de esa forma antes, así que no estaba seguro de cómo hacerlo.

Aunque suponía que si podía comer un cucurucho de helado, la lamida y la chupada deberían funcionar jodidamente bien.

Así como también funcionarían los suaves mordiscos.

*Mierda.*

Como salir era la única cosa decente que hacer, dio media vuelta alejándose. Si se quedaba, no iba a ser capaz de resistirse a ella.

— ¿Su Gracia?

La voz de Cormia congeló su aliento y sus pasos. Y puso a su polla a hacer lagartijas.

Por decoro, le recordó a su sexo que el hecho de que ella dijera algo no era una invitación para representar su fantasía con clasificación X «de rodillas con la cabeza metida entre sus muslos».

*Mierda.*

La sala de proyección le dio la sensación de ser del tamaño de una caja de zapatos cuando ella dijo:

— Su Gracia, ¿Usted... necesitaba algo?

*No te des la vuelta.*

Cuando Phury miró por encima del hombro, sus encendidos ojos lanzaron un destello amarillo que iluminó los respaldos de las butacas. Cormia quedó resaltada por la luz de su penetrante mirada, su cabello capturó y mantuvo los rayos generados por su necesidad urgente de correrse dentro de ella.

— Su Gracia... — dijo en voz baja.

— ¿Qué estás viendo? — preguntó en voz baja, aunque era perfectamente obvio lo que se veía en la pantalla.

— Oh... John escogió la película. — manoseó el mando a distancia, pulsando los botones hasta que la imagen se congeló.

— La película no, Cormia, la escena.

— Ah...

— Esta escena la has elegido tú... la has estado viendo una y otra vez, ¿verdad?

— Sí... lo hice. — respondió con voz ronca.

Dios, se veía adorable cuando giró en redondo en la butaca para enfrentarse a él... con sus grandes ojos, su boca plena, y el cabello claro rodeándola por todas partes, el aroma a jazmín llenando el espacio que había entre ellos.

Estaba excitada; por eso su fragancia natural era tan fuerte.

— ¿Por qué esa escena? — le preguntó —. ¿Por qué elegiste esa?

Mientras esperaba que le respondiera, su cuerpo se tensó y su erección latió al compás de su corazón. Lo que palpitaba a través de su sangre no tenía nada que ver con rituales u obligaciones o responsabilidad. Esto se trataba directamente de sexo puro y duro, de la clase que les dejaría a ambos exhaustos y sudorosos, desaliñados y probablemente un poco magullados. Y para su total deshonor, a él no le importaba que ella estuviera excitada debido a lo que había estado viendo. No le importaba que no fuera por él. Quería que ella le usara... le usara hasta que le drenara dejándole seco y cada centímetro de su cuerpo estuviera completamente blando, incluso esa «siempre lista» polla suya.

— ¿Por qué escogiste la escena, Cormia?

Volvió a llevarse la elegante mano a la base de la garganta.

— Porque... me hace pensar en ti.

Phury exhaló en un gruñido. Bien, eso no era lo que esperaba que ella dijera. Y el deber era una cosa, pero demonios, ella no tenía la mirada de una hembra preocupada por cumplir con la tradición. Ella quería sexo. Tal vez incluso lo necesitaba. Justo como lo necesitaba él.

Y ella lo quería con él.

En cámara lenta, Phury se giró hacia ella con el cuerpo repentinamente muy coordinado, la confusión por todo el humo rojo y la bebida totalmente desvanecida.

Iba a tomarla. Aquí. Ahora.

Comenzó a bajar los escalones, listo para reclamar lo que era suyo.

Cormia se levantó de la butaca, en medio de la luz cegadora que emitían los ojos del *Primale*. Él era como una sombra poderosa al acercarse a ella, con sus largas zancadas se tragaba de dos en dos los superficiales escalones. Se detuvo cuando estaba sólo a unos centímetros de distancia, y olía a aquella deliciosa esencia ahumada y también a oscuras especias.

— Lo miras porque te hace pensar en mí — dijo con voz profunda y áspera.

— Sí...

Él extendió la mano y le tocó el rostro.

— Y ¿en qué piensas?

Reunió coraje y soltó palabras que no tenían ningún sentido:

— Pienso acerca de que yo... tengo ciertos sentimientos por ti.

La risa erótica de él le provocó un oscuro estremecimiento.

— Sentimientos... Y yo me pregunto ¿dónde exactamente me sientes? — Las yemas de sus dedos vagaron desde su rostro hacia su cuello hasta llegar a su clavícula — . ¿Aquí?

Ella tragó saliva, pero antes de que pudiera contestar, la mano se movió sobre su hombro y bajó por su brazo.

— ¿Aquí, tal vez? — dijo apretando su muñeca, justo encima de sus venas, luego deslizó la mano hasta su cintura y la rodeó, para ir a apoyarla en la parte baja de su espalda, apremiándola — . Dime, ¿es aquí mismo?

De repente, le agarró las caderas con ambas manos, se inclinó hacia su oído, y susurró:

— ¿O quizás es más abajo?

Algo se inflamó en el corazón de ella, algo caliente como la luz que emitían los ojos de él.

— Sí — dijo, conteniendo la respiración — . Pero también aquí. Sobre todo... aquí. — dijo poniendo la mano de él sobre su pecho, directamente sobre su corazón.

Él se quedó inmóvil, y ella percibió el cambio que experimentó, cómo se enfrió el torrente caliente que había estado recorriendo su sangre y como se extinguieron las llamas.

*Ah, sí*, pensó. Al exponerse a sí misma, había dejado al descubierto la verdad acerca de él.

Aunque había sido obvio desde el principio, ¿verdad?

El *Primale* retrocedió y se pasó una mano por el cabello escandalosamente hermoso.

— Cormia...

Apelando a su dignidad, se cuadró de hombros.

— Dime, ¿Con cualquier Elegida te pasaría lo mismo? ¿O es a mí en concreto a quién no deseas como compañera?

Él pasó a su lado y comenzó a pasearse delante de la pantalla. La imagen congelada de la película, de Johnny y Baby yaciendo tan íntimamente juntos, se representaba sobre el cuerpo de él, y ella deseó fervientemente saber cómo se apagaba la película. La vista de la pierna de Baby encima de la cadera de Johnny, y la mano de él agarrándole el muslo mientras se enterraba en ella, no era exactamente lo que necesitaba ver en ese momento.

— No quiero estar con nadie — dijo el *Primale*.

— *Mentiroso*. — Cuando él se dio la vuelta sorprendido para encararla, descubrió que ya no le importaba hacerle frente a las consecuencias de la franqueza — Tú sabías desde el principio que no querías acostarte con ninguna de nosotras, ¿verdad? Lo sabías y aún así continuaste con la ceremonia ante la Virgen Escriba, aun cuando estuvieras enamorado de Bella y no pudieras soportar estar con cualquier otra. Diste esperanzas a cuarenta hembras de valía con una *mentira*...

— Fui a ver a la Directrix. Ayer.

A Cormia se le aflojaron las piernas, pero mantuvo la voz firme.

— ¿Lo hiciste? ¿Y qué habéis decidido los dos?

— Yo... tengo intención de liberarte. De tu posición como Primera Compañera.

Cormia agarró la túnica en un puño, con tanta fuerza que se oyó un suave sonido de desgarro.

— Tienes la intención o lo has hecho ya.

— Lo he hecho ya.



Tragó con fuerza y se dejó caer hundiéndose nuevamente en la butaca.

—Cormia, por favor quiero que sepas que no es por ti. —Se acercó y se arrodilló delante de ella—. Tú eres hermosa...

—No, esto si es por mí —dijo—. No es que no puedas aparearte con ninguna otra hembra, es que no me deseas a mí.

—Sólo quiero que te veas libre de todo esto...

—No mientas —espetó, renunciando a toda pretensión de cortesía—. Te dije desde el principio que yo te tomaría dentro de mí. No he dicho, ni hecho nada para desalentarte. Así pues si me haces a un lado, es porque no me deseas...

El *Primale* le agarró la mano y le puso la palma entre sus piernas. Cuando ella jadeó ante el contacto, él alzó las caderas y empujó algo largo y duro dentro de la palma de su mano.

—El deseo *no* es el problema.

Los labios de Cormia se separaron.

—Su Gracia...

Los ojos de ambos se encontraron y no se despegaron. Cuando él abrió la boca ligeramente, como si no pudiera respirar, ella juntó el valor suficiente para apretar suavemente su sexo rígido con la mano.

El poderoso cuerpo tembló y le soltó la muñeca.

—No es por el apareamiento —dijo con voz ronca—. Tú fuiste forzada a esto.

*Cierto.* Al principio, lo había sido. *Pero ahora...* sus sentimientos por él no eran forzados en lo más mínimo.

Lo miró a los ojos y sintió un curioso alivio. Si ella no era su Primera Compañera, nada de esto tendría importancia, realmente, ¿verdad? En momentos como este, en el que estaban juntos... ellos eran tan sólo dos cuerpos particulares, no instrumentos de enorme significado. Eran sólo él y ella. Un macho y una hembra.

Pero ¿y las demás?, tuvo que preguntarse. ¿Y todas sus hermanas? Él iba a estar con ellas; podía verlo en sus ojos. Había resolución en esa mirada amarilla suya.

Y sin embargo, cuando el *Primale* tembló al soltar la respiración, ella apartó todo eso de su mente. Nunca lo tendría realmente como suyo propio... pero ahora mismo lo tenía para ella sola.

—Ya no estoy siendo forzada —susurró, reclinándose contra su pecho. Levantó la barbilla y le ofreció lo que él quería—. Deseo esto.

La miró fijamente durante un momento, y luego las palabras que dijo con voz gutural no tuvieron ningún sentido para ella:

—No soy lo bastante bueno para ti.

—Falso. Tú eres la fuerza de la raza. Eres nuestra virtud y nuestro poder.

Él negó con la cabeza.

—Si crees eso, es que no soy en modo alguno quién tú piensas que soy.

—Sí, lo eres.

—No lo soy...

Ella lo hizo callar con su boca, luego se retiró.

—No puedes cambiar lo que pienso de ti.

Él alzó la mano y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Si realmente me conocieras, todo lo que crees cambiaría.

—Tu corazón sería el mismo. Y eso es lo que amo.

Cuando los ojos de él llamearon ante la palabra, volvió a besarlo para conseguir que dejara de pensar, y evidentemente funcionó. Gimió y tomó la iniciativa, con aquellos suaves, suaves labios suyos le acarició la boca hasta que ya no pudo respirar y no le importó. Cuando su lengua lamió la de ella, la succionó instintivamente y sintió que el cuerpo de él se sacudía y se pegaba contra ella.

Los besos continuaron sin pausa. Parecía no haber fin para la cantidad de formas distintas y las diferentes sensaciones que te producía el rozar y restregar, empujar y chupar, y no era sólo su boca la que formaba parte de esto... todo su cuerpo sentía lo que estaban haciendo, y a juzgar por el calor y la urgencia, el de él también.

Y lo quería aún más involucrado. Moviendo el brazo hacia arriba y hacia atrás, le frotó el sexo.

Él se alejó bruscamente.

—Podrías querer tener cuidado con eso.

—¿Con esto? —Cuando lo acarició a través del pantalón, él echó la cabeza hacia atrás y siseó... así que volvió a hacerlo. Continuó hasta que estuvo mordiéndose el labio inferior

con los colmillos completamente alargados y los músculos que corrían a los lados de su cuello se pusieron absolutamente tensos.

— ¿Por qué debo tener cuidado, Su Gracia?

Enderezó la cabeza y le acercó la boca al oído.

— Vas a hacer que me corra.

Cormia sintió que algo caliente se derramaba entre sus muslos.

— ¿Fue eso lo que hiciste cuándo estábamos en tu cama? ¿Aquel primer día?

— Sí... — Él estiró la palabra, alargando la «s».

Con un curioso y decidido apetito se dio cuenta que deseaba que hiciera eso otra vez. Necesitaba que lo hiciera.

Inclinó su barbilla de modo que se situó justo en el oído de él.

— Hazlo para mí. Hazlo ahora.

El *Primale* emitió un gruñido que le salió del centro del pecho, el sonido vibró entre sus cuerpos. Era gracioso, si hubiera oído ese sonido de cualquier otro se habría sentido aterrorizada. Viniendo de él, en esta circunstancia, estaba encantada: todo su poder contenido estaba en la palma de su mano. Literalmente. Y ella tenía el control.

Por una vez en su desamparada vida, controlaba la situación.

— Creo que no deberíamos... — dijo, mientras con las caderas empujaba contra su mano.

Cerró firmemente la mano sobre él, robándole un gemido de placer.

— No me quites esto — le exigió. — No te *atrevas* a privarme de esto.

Siguiendo un impulso, que sólo la Virgen Escriba sabía de dónde venía, le mordió el lóbulo de la oreja. La respuesta fue inmediata. Ladró una maldición y se echó encima de ella, inmovilizándola en la butaca, casi montándola con lujuria.

Para nada dispuesta a retroceder, mantuvo la mano en su sexo y lo acarició, y se convirtió en la contraparte para el empuje de la parte inferior de su cuerpo. Parecía que le agradaba la fricción, así que siguió frotándolo incluso cuando él le tomó la barbilla y la forzó a acercar la cabeza a la de él.

— Déjame ver tus ojos — dijo entre dientes —. Quiero mirarte a los ojos cuando...

Cuando sus miradas se encontraron, soltó un gemido salvaje, y su cuerpo se puso completamente tenso. Sus caderas se sacudieron una vez... dos veces... tres veces, cada espasmo acentuado por un gemido.

Mientras su cuerpo expresaba el placer que sentía, el rostro enajenado del *Primale* y sus tensos brazos fueron las cosas más hermosas que había visto jamás. Cuando finalmente se sosegó, tragó saliva con fuerza pero no se apartó de ella. A través de la fina tela de los pantalones, sintió una humedad en la mano.

—Me gusta cuando haces esto —dijo ella.

Él soltó una breve risa.

—Me gusta esto cuando tú me lo haces.

Estaba a punto de preguntarle si quería intentarlo otra vez, cuando la mano de él le apartó el cabello de la mejilla.

—¿Cormia?

—Sí... —Gracioso, ella estiró la palabra como él lo había hecho.

—¿Me dejarías tocarte un poco? —Bajó la mirada, a su cuerpo—. No puedo prometerte nada. No soy... bien, no puedo prometerte la misma cosa que tú me has dado. Pero me encantaría tocarte. Sólo un poco.

La desesperación robó el aire de sus pulmones y lo sustituyó por fuego.

—Sí...

El *Primale* cerró los ojos y pareció que estaba recomponiéndose. Luego se inclinó y presionó sus labios a un lado de su garganta.

—Realmente pienso que eres hermosa, nunca dudes de ello. Tan hermosa...

Cuando sus manos fueron hacia el frente de su túnica las puntas de sus senos se pusieron tan prietas que se retorció bajo él.

—Puedo detenerme —dijo, vacilando—. En este mismo momento...

—No. —Se aferró a sus hombros, manteniéndole en el sitio. No sabía lo que iba a suceder después, pero lo necesitaba, independientemente de lo que fuera.

Sus labios subieron más por su cuello, luego se demoraron en su mandíbula. En el momento en que presionaba la boca contra la suya, sintió un ligero roce como el de una pluma deslizándose sobre la túnica... hacia uno de sus senos.

Cuando empujó hacia delante, su pezón entró en contacto con la mano de él y ambos gimieron.

— Oh, Jesús... — El *Primale* se retiró un poco y con cuidado, reverentemente, apartó la solapa de la túnica de su pecho — . Cormia...

Su profundo tono aprobatorio fue como una caricia, casi tangible y le recorrió todo el cuerpo.

— ¿Puedo besarte aquí? — gimió mientras con el dedo trazaba círculos alrededor de su pezón — . *Por favor.*

— Dulce Virgen, sí...

Bajó la cabeza y la cubrió con la boca, caliente y húmeda, tirando suavemente, amamantándose.

Cormia echó la cabeza hacia atrás y le enterró las manos profundamente en el cabello, sus piernas se separaron por ningún motivo en especial y por todos los motivos. Ella lo quería en su sexo, de cualquier manera que él viniera a ella...

— ¿Señor?

La respetuosa intrusión de Fritz desde el distante fondo de la sala de proyección rompió la concentración de ambos. El *Primale* rápidamente se enderezó y la cubrió, aunque la butaca impedía que el mayordomo viera algo.

— ¿Qué coño pasa? — dijo el *Primale*.

— Discúlpeme, pero ha llegado la Elegida Amalya con la Elegida Selenia para verle.

Una helada ola atravesó a Cormia, congelando todo el calor y la necesidad que había en su sangre. Su hermana. Aquí para verlo. Qué perfecto.

El *Primale* se puso de pie, pronunciando una palabra horrorosa que Cormia no pudo evitar repetir en su mente, y despidió a Fritz con un movimiento rápido de la mano.

— Estaré allí en cinco minutos.

— Sí, amo.

Después de que el *doggen* se marchó, el *Primale* sacudió la cabeza.

— Lo siento...

— Vete a hacer lo que tienes que hacer. — Como él vacilaba, le dijo —: *Vete.* Me gustaría estar sola.

— Podemos hablar más tarde.

*No, en realidad no*, pensó. La conversación no iba a solucionar nada de esto.

—Sólo vete —dijo, haciendo caso omiso a cualquier otra cosa que pudiera haber dicho.

Cuando se quedó sola de nuevo, contempló la imagen congelada en la pantalla hasta que de repente fue sustituida por una capa negra, y un pequeño grupo de letras en inglés con la inscripción de Sony comenzó a destellar en distintos sitios.

Se sentía miserablemente mal, por dentro y por fuera. Aparte del dolor que sentía en el pecho, su cuerpo sufría retortijones de hambre como cuando una comida te era negada o no podías alimentarte de una vena.

Salvo que no era alimento lo que ella necesitaba.

Lo que necesitaba acababa de salir caminando por la puerta.

Hacia los brazos de su hermana.

## Capítulo 25



Muy al norte en las Adirondacks, a punto de que llegara el amanecer a Saddleback Mountain, el macho que había cazado el ciervo la noche anterior rastreaba otro. Despacio y descoordinado, sabía que el papel de cazador que interpretaba era un chiste. La fuerza que conseguía alimentándose sólo de la sangre animal ya no era suficiente. Esa noche cuando había dejado la cueva, estaba tan débil que no estaba en absoluto seguro de si podría desmaterializarse.

Lo que significaba que probablemente no iba a ser capaz de acercarse lo suficiente a su presa. Lo que significaba que no iba a alimentarse. Lo que significaba que... finalmente había llegado el momento.

Era tan extraño. Se había preguntado, como suponía que todo el mundo hacía de vez en cuando, cómo iba a morir exactamente. ¿Cuáles serían las circunstancias? ¿Dolería? ¿Cuánto tiempo tardaría? Había asumido, dada la línea de trabajo que tenía, que habría sucedido luchando.

En lugar de eso, iba a ser aquí en este tranquilo bosque, de la mano de la ardiente gloria del amanecer.

Sorpresa.

Delante de él, el ciervo levantó la pesada cornamenta y se dispuso a alejarse. Reuniendo la poca energía que tenía, el macho se dispuso a cruzar la distancia entre ambos cuerpos... y nada ocurrió. Su forma corpórea titiló en el espacio, parpadeando una y otra vez como si estuviesen accionando su interruptor, pero no cambió de posición y el ciervo salió disparado, sacudiendo la blanca cola cuando chocaba con la maleza.

El macho se dejó caer sobre su trasero. Cuando miró hacia el cielo, sus penas eran muchas y profundas, y la mayoría involucraba a la muerte. No todas, sin embargo. No todas.

Aunque estaba desesperado por el reencuentro que esperaba tener en el Fade, si bien estaba hambriento del abrazo de aquellos a los que había perdido tan recientemente, sabía que estaba dejando atrás una parte de sí mismo aquí en la tierra.

No podía hacer nada para evitarlo. La parte que dejaba atrás, eso era.

Su único consuelo era que había dejado a su hijo en muy buenas manos. Las mejores. Sus hermanos cuidarían de su hijo, como era característico que ocurrieran las cosas en familia.

Debería haberse despedido, pensó.

Debería haber hecho un montón de cosas.

Pero los «debería» se acababan ahora.

Con la leyenda del suicido siempre presente, el macho hizo un par de intentos para levantarse, y cuando fracasaron, incluso trató de arrastrar el peso muerto de su cuerpo con rumbo a su caverna. No llegó a ninguna parte, y fue, con una pizca de alegría en su oscuro corazón, que finalmente se permitió derrumbarse encima de las agujas y hojas de pino.

El macho yació boca abajo, el fresco lecho del bosque húmedo de rocío, llenándole la nariz con olores que se sentían limpios aún cuando venían de la tierra.

Los primeros rayos del sol venían desde detrás de él y luego sintió la explosión del calor. El fin había llegado, y le dio la bienvenida con los brazos abiertos y los ojos cerrados por el alivio.

La última sensación antes de morir fue la liberación de la tierra, su cuerpo quebrado siendo atraído hacia la luz brillante, atraído a la reunión que le había requerido ocho horribles meses encontrar.



## Capítulo 26



Dieciséis horas después cuando cayó la noche, Lash se encontraba ante una extensión de césped uniforme que conducía a una espaciosa casa de estilo Tudor... haciendo girar el anillo que el Omega le había dado una y otra vez.

*He crecido aquí*, pensó. Allí había sido educado, alimentado y arropado en la cama de niño. Cuando fue mayor, allí se había quedado hasta tarde viendo películas y leyendo libros llenos de mierda, había navegando por la Red y comido comida basura.

Había pasado por su transición y había practicado el sexo por primera vez en su habitación del tercer piso.

— ¿Quieres algo de ayuda?

Se giró y miró al restrictor que estaba tras el volante del Ford Focus. Era el asesino bajito, aquel del que había bebido. El tipo tenía cabello bien pálido como el de Bo de Los Duques de Hazzard, todo rizado alrededor del sombrero de cowboy que llevaba. Sus ojos eran de un azul descolorido de aciano, lo que sugería que antes de haber sido inducido había sido un auténtico chico blanco del medio oeste.

El tipo había sobrevivido a la alimentación, gracias a alguna auténtica depravación por parte del Omega, y Lash tenía que admitir que se alegraba. Necesitaba ayuda para entender dónde estaba, y no se sentía amenazado por el señor D.

— ¿Hola? — dijo el restrictor —. ¿Está bien?

— Quédate en el coche. — Le sentó bien decirlo y saber que no iba a haber ninguna discusión —. No tardaré.

— Sí, señor.

Lash volvió a mirar al palacio Tudor. Las luces amarillas brillaban en las ventanas de paneles de cristal diamantino, y la casa estaba iluminada por reflectores que había en el suelo como una hermosa Reina de belleza sobre un escenario. Dentro, la gente se movía por los alrededores, y él sabía quiénes eran por las formas de sus cuerpos y por el lugar dónde se encontraban.

A la izquierda, en el salón, estaban los dos que le habían criado como si fuera suyo. El de los hombros amplios era su padre, y el macho se estaba paseando, subiendo y bajando la mano hacia su rostro como si estuviera bebiendo algo. Su madre estaba en el sofá, sacudiendo la cabeza con su elaborado moño de un lado a otro sobre el cuello esbelto. No paraba de tocarse el cabello, como intentando asegurarse de que estuviera en su lugar aunque sin duda lo había rociado con laca hasta dejarlo tieso como un arbusto podado.

A la derecha, en el ala de la cocina, varios *doggens* estaban en plena actividad, desplazándose del fogón al armario y luego al frigorífico y de la encimera al horno.

Lash podía prácticamente oler la cena, y se le empañaron los ojos.

A estas alturas, sus padres ya debían saber lo que había pasado en el vestuario y después en la clínica. Debían habérselo dicho. La noche anterior habían acudido al baile de la *glymera*, pero llevaban en casa todo el día, y ambos parecían perturbados.

Miró al tercer piso y a las siete ventanas que marcaban su habitación.

—¿Vas a entrar? —preguntó el asesino, haciéndole sentir como una mariquita.

—Cierra la jodida boca antes de que te corte la lengua.

Lash desenfundó el cuchillo de caza que colgaba de su cinturón y avanzó sobre la hierba recortada. El césped se sentía suave bajo las nuevas botas de combate que le habían dado.

Había tenido que dejar que el pequeño restrictor le consiguiera algo de ropa, pero no le gustaba lo que llevaba puesto. Todo era de Target. Barato.

Cuando llegó a la puerta principal de la mansión, puso la mano en el teclado de seguridad... pero antes de ingresar el código hizo una pausa.

Hacía un año que su viejo perro había muerto. De vejez.

Había sido un rottweiler con pedigrí, y sus padres se lo habían regalado cuando cumplió once años. No habían aprobado la raza, pero Lash había sido inflexible, así que habían adoptado uno que tenía alrededor de un año de edad. La primera noche en la casa, Lash había intentando agujerear la oreja del bicho para colocarle un pin de seguridad. King le había mordido tan fuerte, que los colmillos del perro le habían atravesado el brazo y salido por el otro lado.

Después de eso se habían vuelto inseparables. Y cuando el viejo chuchó había estirado la pata, Lash había llorado como un pequeño quejica.

Extendió la mano e introdujo el código de la alarma, después puso la mano izquierda en el picaporte. La luz que había sobre la puerta se reflejó sobre la hoja de su cuchillo.

Deseó que el perro estuviera todavía vivo. Le habría gustado tener algo de su antigua vida que llevarse a la nueva.

Entró en la casa y se dirigió al salón.

Cuando John Matthew llegó hasta las puertas del estudio de Wrath, estaba igual de calmo que un golfista en medio de una tormenta de truenos, y ver al Rey empeoró su ansiedad. El macho estaba sentado tras su delicado escritorio, con un ceño oscureciendo su rostro, tamborileando con los dedos, y la mirada fija en el teléfono como si acabara de recibir malas noticias. Otra vez.

John se metió lo que traía en la mano bajo el brazo y llamó suavemente al marco de la puerta. Wrath no levantó la mirada.

— ¿Qué pasa, hijo?

John esperó a que la mirada del Rey se alzara, y cuando lo hizo, le dijo lentamente por señas.

— *La familia de Qhuinn le ha echado a patadas.*

— Sí, y he oído que la paliza que recibió estuvo a cargo de una guardia de honor cortesía de ellos. — Wrath se recostó en su silla, el delgado armazón de la pobre cosa crujió

— . Ese padre suyo... típico integrante de la *glymera*.

El tono sugería que ese era un cumplido en la misma línea de gilipollas.

— *No puede quedarse en casa de Blay para siempre, y no tiene ningún sitio a donde ir.*

El Rey sacudió la cabeza.

— De acuerdo, sé a dónde quieres ir a parar con esto, y la respuesta es no. Incluso si esta fuera una casa normal, que no lo es, Qhuinn mató a un recluta, y no doy una mierda por lo que crees que Lash podría haber hecho para merecerlo. Sé que has hablado con Rhage y le has contado lo que ocurrió, pero no se trata sólo de que tu muchacho esté fuera

del programa, van a presentar cargos contra él. — Wrath se inclinó de lado y miró más allá de John—. ¿Has conseguido sacar a Phury de la cama ya?

John miró sobre su hombro. Vishous estaba de pie en el umbral de la puerta. El Hermano asintió.

—Se está vistiendo. Lo mismo que Z. ¿Estás seguro que no quieres que yo me encargue de esto?

—Esos dos fueron profesores de Lash, y Z fue testigo de las repercusiones de lo que ocurrió en la clínica. Los padres de Lash querrán hablar con ellos y sólo con ellos, y prometí que estarían en esa casa tan pronto como fuera posible.

—De acuerdo. Mantenme al tanto.

El Hermano se marchó, y Wrath puso los codos sobre el escritorio.

—Mira, John, sé que Qhuinn es tu amigo, y me siento verdaderamente mal por las circunstancias en las que se encuentra. Desearía estar en posición de ayudarlo, pero no lo estoy.

John presionó, esperando no tener que llegar a su último recurso.

— ¿Y qué hay de Lugar Seguro?

—Las hembras que van allí tienen buenas razones para no sentirse cómodas en presencia de machos. Especialmente con los que tienen historiales violentos.

— Pero es mi amigo. No puedo quedarme sentado sin más sabiendo que no tiene a donde ir, ni trabajo, ni dinero...

—Nada de eso va a tener importancia, John. —Las palabras «un tiempo en la cárcel» revoloteaban en el aire—. Tú mismo lo has dicho. Utilizó fuerza mortífera en lo que era básicamente una discusión entre dos tipos impulsivos. La respuesta correcta habría sido separaros a ti y a Lash. No sacar un cuchillo y abrirle la garganta a su primo hermano. ¿Lash te atacó con un arma mortal? No. ¿Puedes decir honestamente que el crío iba a matarte? No. Fue un uso inapropiado de la fuerza, y los padres de Lash van a argumentar asalto con un arma mortal e intención de matar, y homicidio según la vieja ley.

— ¿Homicidio?

—El personal médico jura que Lash ya había sido resucitado cuando tuvo lugar ese asalto. Sus padres asumen que no sobrevivirá a su captura por parte de los restrictores y

van a argumentar causalidad. De no haber sido por las acciones de Qhuinn, Lash no habría estado en la clínica y no habría sido secuestrado. Por tanto, es homicidio.

— *Pero Lash trabajaba allí. Así que de cualquier modo podría haber estado en la clínica esa noche.*

— Sí pero no habría estado en una de las camas como paciente, ¿verdad? — Las yemas de los dedos de Wrath tamborileaban sobre el delicado escritorio —. Esta mierda es seria, John. Lash era el único hijo de sus padres y ambos proceden de familias fundadoras. Esto no pinta bien para Qhuinn. Esa guardia de honor es el menor de sus problemas en este momento.

En el silencio que siguió, John sintió una opresión en los pulmones. Había sabido todo el tiempo que iban a terminar alcanzando este punto muerto, que lo que le había dicho a Rhage no sería suficiente para salvar a su amigo. Y claro, habría hecho lo que fuera para evitar esto, pero había venido preparado.

John volvió a las puertas dobles y las cerró, después se aproximó al escritorio. Su mano temblaba cuando tomó el archivo que tenía bajo el brazo y colocaba su carta del triunfo sobre el papel secante del Rey.

— ¿Qué es esto?

Con el estómago utilizando su cavidad pélvica como cama elástica, empujó lentamente su informe médico hacia el Rey.

*Yo. Lo que tienes que ver está en la primera página.*

Wrath frunció el ceño y recogió la lupa de aumento que tenía que utilizar para poder leer. Abrió la carpeta, y se inclinó sobre el informe que detallaba la sesión de terapia que John había tenido en la consulta de Havers. Quedó claro cuando el Rey llegó a la parte interesante, porque los pesados hombros del macho se tensaron bajo su camiseta negra.

*Oh, Dios...,* pensó John, estaba a punto de vomitar.

Después de un momento, el Rey cerró el archivo y volvió a colocar la lupa sobre el secante. En silencio, se tomó el tiempo para arreglar cuidadosamente las dos cosas para que estuvieran una junto a la otra y perfectamente colocadas, el mango de marfil de la lupa alineado con la parte baja del archivo.

Cuando Wrath finalmente levantó la mirada, John no apartó los ojos, aunque sentía como si cada centímetro de su cuerpo estuviera destilando suciedad.

— Por eso lo hizo Qhuinn. Lash pudo leer mi informe porque trabajaba en la clínica de Havers, e iba a contárselo a todo el mundo. A todos. Así que tu argumento básico sobre una discusión de dos tipos impulsivos apenas se sostiene.

Wrath se subió las gafas de sol y se frotó los ojos.

— Cristo... Jesús. Puedo entender por qué no tenías ninguna prisa en acudir a mí para contarme esto. —Sacudió la cabeza—. John... Siento mucho lo que ocur...

John estampó el pie contra el suelo para que el Rey levantara la cabeza.

— La única razón por la que te lo hice saber es por la situación en la que se encuentra Qhuinn. No voy a hablar de ello.

Después, con rápidos y torpes movimientos de las manos, porque tenía que terminar con esa mierda lo más rápido posible, dijo: *Cuando Qhuinn sacó el cuchillo, Lash me tenía sujeto contra la pared de la ducha y me estaba bajando los pantalones. Lo que hizo mi amigo no fue sólo para evitar que Lash hablara... ¿me captas? Yo... yo me quedé congelado... yo me quedé congelado...*

— Está bien, hijo, está bien... no tienes que seguir.

John se rodeó el cuerpo con los brazos y pegó las temblorosas manos contra los costados, metiéndolas bajo sus brazos. Apretó los ojos con fuerza, no podía soportar ver el rostro de Wrath.

— ¿John? —dijo el Rey después de un momento—. Hijo, mírame.

John apenas pudo arreglárselas para abrir los ojos. Wrath era tan masculino, tan poderoso... el líder de toda una raza. Admitir ante tal macho que le había ocurrido algo tan vergonzoso y violento era casi tan malo como haberlo sufrido en primer lugar.

Wrath dio golpecitos al archivo.

— Esto lo cambia todo. —El Rey extendió el brazo y levantó el teléfono—. ¿Fritz? Eh, camarada. Escucha, quiero que recojas a Qhuinn en casa de Blaylock y me lo traigas. Dile que es una orden ejecutiva.

Cuando el teléfono volvió a su sitio, los ojos de John comenzaron a arder como si estuviera llorando. Embargado por el pánico, agarró la carpeta, se dio la vuelta, y corrió todo el camino hasta la puerta.

— ¿John? ¿Hijo? Por favor, no te vayas aún.

John no se detuvo. Simplemente no podía. Negando con la cabeza, salió del estudio, y huyó a su habitación. Después de cerrar la puerta y atrancarla, fue al baño, se arrodilló delante de la taza, y vomitó.

Quinn se sentía como un cerdo mientras permanecía de pie sobre la forma dormida de Blay. El tipo dormía como siempre desde que era crío: con la cabeza envuelta en una manta, las sábanas subidas hasta la nariz. Su enorme cuerpo ahora era una montaña alzándose en la planicie de la cama, ya no el pequeño montículo de un *pretrans*... pero su posición todavía era la misma.

Habían pasado mucho juntos... todas las primeras experiencias de la vida, desde beber, a conducir y fumar, pasando por el sexo. No había nada que no supieran el uno del otro, ni pensamiento íntimo que no hubieran compartido de una forma u otra.

Bueno, eso no era enteramente cierto. Había algunas cosas que Blay no podía admitir.

No despedirse parecía casi un crimen, pero así estaban las cosas. Adonde él iba, Blay no podía seguirle.

Había una comunidad vampiro en el oeste; había leído acerca de ella en uno de los tablones de anuncios de la Red. El grupo era una facción que había roto con la cultura mayoritaria vampiro, hacía como doscientos años, y habían formado un enclave lejos del asentamiento de la raza en Caldwell.

Nada de *glymera* allí. De hecho, la mayoría eran forajidos.

Se figuraba que podría llegar allí en una noche desmaterializándose un par de cientos de kilómetros cada vez. Estaría hecho un cascajo cuando aterrizara, pero al menos estaría con los de su calaña. Parias. Inútiles. Desertores.

Las leyes de la raza iban a alcanzarle en algún momento, pero no tenía nada que perder haciendo que los poderes tuvieran que trabajar para encontrarle. Ya estaba deshonorado a todos los niveles, y los cargos que iban a presentar contra él no podían ser mucho peores. Bien podía disfrutar de un soplo de libertad antes de que lo empaquetaran y enviaran a la cárcel.

Lo único que le preocupaba era Blay. El tipo iba a pasar un mal rato si le dejaba atrás, pero al menos John estaría ahí para él. Y tener a John cerca, era una buena cosa.

Qhuinn dio la espalda a su amigo y colgándose el petate al hombro salió calladamente de la habitación. Había sanado como por encanto, la rápida recuperación era el primer y único legado del que su familia no podía despojarle. La cirugía no le había dejado más que un punto en el costado, y los moratones casi habían desaparecido... hasta de sus piernas. Se sentía fuerte, y aunque iba a necesitar alimentarse pronto, estaba en buena forma.

La casa de Blay era una grandiosa antigüedad, pero había sido revestida con un toque moderno, lo cual significaba que había alfombras de pared a pared desde el pasillo a las escaleras de atrás... *jodidas gracias*. Qhuinn las recorrió sigilosamente, sin hacer ningún sonido en absoluto mientras se dirigía al túnel subterráneo que conducía desde el sótano hasta el exterior.

Cuando llegó al sótano, el lugar estaba tan limpio como una patena, y como siempre, olía a Chardonnay por alguna razón. ¿Tal vez era el blanqueo regular de las viejas paredes de piedra?

La entrada secreta al túnel de evasión estaba en la esquina más alejada de la derecha y oculta por un estante de libros que se deslizaba a un lado. Simplemente extendías la mano, tirabas del ejemplar de *Sir Gawain y el Caballero Verde* hacia delante, y se accionaba el picaporte, haciendo que la partición se replegara y revelara...

— Eres un tonto redomado.

Qhuinn saltó como un atleta olímpico. Allí, en el túnel, sentado en un sillón de jardín para exterior como si estuviera tomando el sol, estaba Blay. Tenía un libro en el regazo, una lámpara a pilas sobre una mesita, y una manta sobre las piernas.

El tipo alzó tranquilamente un vaso de zumo de naranja parodiando un brindis, después tomó un sorbo.

— Hooooooooola, Lucy.

— ¿Qué coño? ¿Estabas apostado esperarme o alguna mierda así?

— Síp.

— ¿Qué había en tu cama?



— Almohadas y la manta que uso en la cabeza. Me he estado pelando de frío aquí sentado. Buen libro, por cierto. — Mostró la cubierta de *Una Estación en el Purgatorio* —. Me gusta Dominick Dunne. Buen escritor. Gafas geniales.

Qhuinn miró más allá de su amigo hacia el túnel pobremente iluminado que desaparecía en lo que parecía ser una infinitamente oscura distancia. Como el futuro, pensó.

— Blay, sabes que tengo que irme.

Blay alzó su teléfono.

— En realidad, no puedes. Acabo de recibir un mensaje de John. Wrath quiere verte, y Fritz viene a por ti mientras hablamos.

— Mierda. No puedo...

— Dos palabras: Orden. Ejecutiva. Huye ahora y no sólo serás un fugitivo de la *glymera*, estarás en la lista de tareas pendientes del Rey. Lo cual significa que los Hermanos irán a por ti.

*Iban a hacerlo de todos modos.*

— Mira, esto de Lash será llevado ante un tribunal real. De eso va el mensaje de John. Y van a encerrarme en alguna parte. Durante mucho, mucho tiempo. Sólo me estoy marchando un tiempo.

*Lee: tanto como pueda permanecer oculto.*

— ¿Vas a desafiar al Rey?

— Sí, sí, lo voy a hacer. No tengo nada que perder, y quizás pasarán años antes de que me encuentren.

Blay apartó la manta de sus piernas y se puso en pie. Estaba vestido con vaqueros y jersey de lana, pero de algún modo parecía llevar un esmoquin. Así era Blay: formal incluso estando hecho un asco.

— Si te vas, yo voy contigo — dijo.

— No quiero que vengas.

— Y una mierda.

Cuando Qhuinn visualizó la tierra de forajidos a la que se dirigía, sintió un aumento de presión en el pecho. Su amigo era tan leal, tan sincero, tan honorable y limpio. Todavía había una inocencia esencial y optimista en él, aunque fuera ya un macho adulto.

Qhuinn tomó aliento y lo dejó escapar con dificultad.

—No quiero que sepas a dónde voy. No quiero volver a verte.

—No puedes estar hablando en serio.

—Sé... —Qhuinn se aclaró la garganta y se obligó a continuar—. Sé cómo me miras. Te he visto observándome... ¿como cuando estaba con esa chica en el vestidor en A & F? No estabas mirándola a ella, me estabas mirando a mí, y es porque me deseas, ¿verdad? —Blay dio un paso tambaleante hacia atrás, y, como si estuvieran enzarzados en una pelea a puñetazos, Qhuinn golpeó más fuerte—. Ya hace tiempo que me deseas, y crees que no lo he notado. Bueno, pues sí. Así que no me sigas. Esta mierda entre nosotros se acaba aquí, esta noche.

Qhuinn se dio la vuelta y comenzó a caminar, dejando en ese frío túnel, a su mejor amigo, el macho que más le importaba en el mundo, más incluso que John.

Solo.

Era la única forma de salvarle la vida. Blay era exactamente la clase de noble idiota que seguiría a aquellos a los que amaba aunque tuviera que tirarse de cabeza desde el Puente de Brooklyn. Y como no podías convencerlo de nada hablando, había que cortar por lo sano.

Qhuinn caminó rápido y después incluso más rápido, apartándose de la luz. A medida que el túnel giraba hacia la derecha, Blay y el brillo del sótano se fueron desvaneciendo hasta que se encontró a solas en medio de una húmeda jaula de acero en las profundidades de la tierra.

Durante todo el camino tuvo presente el rostro de Blay tan claro como el día. A cada paso que daba, la expresión abrumada de su amigo era el faro que perseguía.

Iba a quedarse con él. Para siempre.

Para cuando alcanzó el final del túnel, introdujo el código, y abrió el camino hacia un cobertizo de jardinería situado aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia de la casa, comprendió que tenía algo que perder después de todo... que había un nivel aún más bajo del fondo que creía haber alcanzado: había destrozado el corazón de Blay y lo había aplastado bajo su bota, y el arrepentimiento y el dolor que sentía era casi más de lo que podía soportar.

Mientras salía en medio de un parterre de lilas, se produjo en él un cambio de opinión. Sí, estaba deshonrado por nacimiento y circunstancias. Pero no tenía que empeorar las cosas.

Sacó el teléfono, que ahora tenía sólo una barra de nivel de batería en la pantalla, y le escribió un mensaje a John diciéndole donde estaba. No estaba seguro de si todavía tenía servicio...

John le respondió al instante.

Fritz le recogería allí en diez minutos.

## Capítulo 27



En la planta alta de la mansión de la Hermandad, Cormia estaba sentada en el suelo de su dormitorio delante de la construcción que había comenzado la noche anterior, con una caja de palillos de dientes en una mano, y un cuenco de guisantes en la otra. No estaba utilizando ninguna de las dos cosas. Todo lo que había estado haciendo durante la buena Virgen sabía cuánto tiempo era jugar con la tapa de la caja abriendo y cerrando... abriendo y cerrando... abriendo y cerrando.

Distraída y casi inmóvil, llevaba ya bastante rato con el jueguecito, y la uña de su pulgar estaba dejando una marca en el borde de la caja.

Si ya no era Primera Compañera, no había ninguna razón en absoluto para permanecer en este lado. No estaba ejerciendo ninguna función oficial, y por lo tanto, debería estar de vuelta en el Santuario con sus hermanas meditando, rezando y sirviendo a la Virgen Escriba.

No pertenecía a esta casa ni a este mundo. Nunca lo había hecho.

Trasladando su atención de la caja a la estructura que había montado, midió las unidades y pensó en las Elegidas y su red de funciones, que abarcaban temas variados como cumplir con el calendario espiritual, adorar a la Virgen Escriba, registrar Sus palabras y Su historia... y dar a luz Hermanos y futuras Elegidas.

Mientras se visualizaba a sí misma viviendo en el Santuario, se sintió como si estuviera retrocediendo, no volviendo a casa. Y extrañamente, lo que más debía haberla molestado —el haber fallado como Primera Compañera— no era lo que la preocupaba.

Cormia tiró la caja de palillos al suelo. Cuando aterrizaron, la tapa se abrió y el montón de palitos dorados salieron volando y se esparcieron en un enredo.

Discordia. Desorden. Caos.

Recogió lo que se había derramado, arreglando el desorden y decidiendo que tenía que hacer lo mismo con su vida. Hablaría con el *Primale*, empacaría sus tres túnicas, y andando.

Cuando ponía el último palillo en la caja, se produjo un golpe en la puerta.

— Entre — dijo sin molestarse en levantarse.

Fritz asomó la cabeza por el batiente.

— Buenas noches, Elegida, traigo un mensaje de la Señora Bella. Pregunta si desearía o no unirse a ella para la Primera Comida en su dormitorio.

Cormia se aclaró la garganta.

— No estoy segura...

— Si me permite — murmuró el mayordomo —. La doctora Jane acaba de salir una vez más. Tengo entendido que el reconocimiento suscitó dudas. ¿Tal vez la presencia de la Elegida calmaría a nuestra futura *mahmen*?

Cormia levantó la vista.

— ¿Otro reconocimiento? ¿Quieres decir después del de anoche?

— Sí.

— Dile que estaré allí de inmediato.

Fritz inclinó la cabeza reverentemente.

— Gracias, ama. Ahora, debo ir a buscar a alguien, pero volveré y cocinaré para usted. No tardaré mucho.

Cormia se dio una ducha rápida, se secó y recogió el cabello, y se puso una túnica recién planchada. Cuando salió de su habitación, oyó ruido de botas en el vestíbulo y miró por encima de la balaustrada. El *Primale* estaba abajo, cruzando a zancadas el mosaico del manzano que había en el suelo. Iba vestido con pantalones de cuero negro y camisa negra, y sus cabellos, esa maravillosa y suave profusión de color, brillaban a causa de las luces y contra la oscura amplitud de sus hombros.

Como si la presintiera, se detuvo y miró hacia arriba. Sus ojos centellearon como citrinos, chispeantes, cautivándola.

Y observó como la incandescencia en ellos se apagaba.

Fue Cormia la que le dio la espalda, porque ya estaba bastante cansada de ser ella la abandonada. Justo cuando se giraba, vio a Zsadist doblando la esquina del pasillo de las estatuas. Cuando fijó la mirada en ella, vio que tenía los ojos negros, y Cormia no tuvo que preguntar cómo estaba Bella. Las palabras no eran necesarias, dada su oscura expresión.

— Voy a quedarme con ella — le dijo al Hermano —. Me mandó a buscar.

—Lo sé. Me alegro. Y gracias.

En el cansado silencio, evaluó las dagas que se entrecruzaban en el pecho del guerrero. Y llevaba otras armas encima, pensó, aunque no podía verlas.

El *Primale* no tenía ninguna. Ni dagas, ni bultos bajo la ropa.

Se preguntó adónde iría. No al Otro Lado, ya que estaba vestido para este mundo. ¿Adónde entonces? ¿Y para qué?

—¿Él está abajo esperándome? —preguntó Zsadist.

—¿El *Primale*? —Cuando el Hermano asintió, ella dijo—: Eh... sí, sí, allí está.

Qué raro ser la que sabía dónde estaba... y a la que se lo preguntaran.

Pensó en su falta de armas.

—Cuida de él —exigió, saltándose las formalidades.— Por favor.

Algo se tensó en el rostro de Zsadist, después inclinó la cabeza una vez.

—Sí, eso haré.

Cuando Cormia hizo una reverencia y se volvió hacia el pasillo de las estatuas, la voz baja de Zsadist la detuvo en el acto.

—El bebé no se está moviendo mucho. No desde que ocurrió lo que fuera que ocurrió anoche.

Cormia miró sobre su hombro y deseó que hubiera algo más que ella pudiera hacer.

—Purificaré la habitación. Eso es lo que hacemos en el Otro Lado cuando... purificaré la habitación.

—No le digas que lo sabes.

—No lo haré. —Cormia deseó extender el brazo hacia el macho. En vez de eso dijo—: Cuidaré de ella. Vete con él y haz lo que tengas que hacer.

El Hermano inclinó brevemente la cabeza y bajó las escaleras.

Abajo en el vestíbulo, Phury se frotó el pecho y después se desperezó, intentando librarse del dolor que sentía entre los pectorales. Le sorprendía lo difícil que resultaba ver a Cormia dándole la espalda.

Singularmente brutal, de hecho.

Pensó en la Elegida a la que había conocido al amanecer. La diferencia entre ella y Cormia era obvia. Selena estaba ansiosa por ser Primera Compañera, sus ojos brillaban

cuando le miraban como si fuera un toro premiado. Había necesitado echar mano de toda su buena educación tan sólo para poder permanecer en la misma habitación que ella.

No era una mala hembra y era más que suficientemente hermosa, pero su comportamiento... joder, era como si quisiera arrastrarse hasta su regazo allí mismo, en ese mismo momento y ponerse a ello. Especialmente cuando le había asegurado que estaba más que dispuesta a servirle a él y a su tradición... y que «cada fibra de su ser deseaba esto».

*Esto claramente significaba su sexo.*

Y había otra en camino que llegaría al final de esa noche.

*Dulce. Jesús.*

Zsadist apareció en lo alto de la escalera y bajó rápidamente, con la cazadora en la mano.

—Vamos.

A juzgar por el apretado ceño de su gemelo, pensó Phury, Bella no estaba bien.

—¿Bella está...?

—No voy a hablar de eso contigo. —Z marchó a través del vestíbulo, pasando junto a él sin mucho más que una mirada—. Que estemos juntos tú y yo es sólo por asuntos de negocios.

Cuando Phury frunció el ceño y le siguió, sus pisadas resonaron como si fuera una sola persona, no dos, la que caminaba. Incluso con la prótesis de Phury, él y Z siempre habían tenido la misma zancada, el mismo juego de tobillos, el mismo balancear de los brazos.

Gemelos.

Pero las similitudes terminaban con la biología, ¿no? En la vida, habían ido por dos caminos distintos.

Ambas apestaban.

Con un súbito cambio de lógica, Phury vio las cosas bajo una luz diferente.

Mierda, con todo lo que se había torturado a sí mismo por el destino de Z... con todo el tiempo que había vivido bajo la fría y penetrante sombra de la tragedia de su familia. Él había sufrido, maldita sea... él también había sufrido, y todavía sufría. Y aunque respetaba

la santidad del emparejamiento de su gemelo con Bella, algo saltó en su cabeza al ser apartado como si se tratara de un absoluto desconocido. Y uno hostil además.

Cuando salió al patio empedrado, se detuvo en seco.

—Zsadist.

Z siguió caminando hacia el Escalade.

—Zsadist.

Su gemelo se detuvo, se puso las manos en las caderas, y no se dio la vuelta.

—Si esto va de esa mierda entre tú y el restrictor, no intentes volver a disculparte.

Phury subió la mano y se aflojó el cuello de la camisa.

—No es eso.

—Tampoco quiero oír hablar del humo rojo. O de cómo conseguiste que te expulsaran de una patada de la Hermandad.

—Date la vuelta, Z.

—¿Por qué?

Hubo una larga pausa. Después dijo apretando los dientes y con voz dura.

—Nunca has dicho gracias.

La cabeza de Z se disparó sobre su hombro.

—¿Perdón?

—Nunca. Me. Lo. Agradeciste.

—¿El qué?

—El haberte salvado. *Maldita sea*, te salvé de esa puta ama tuya y de lo que te hacía. Y tú nunca *me has dado las gracias*. —Phury se acercó a su gemelo, alzando la voz cada vez más—. Te busqué durante un *jodido* siglo, y después conseguí sacar tu culo de allí y salvé tu *puñetera* vida...

Zsadist se inclinó hacia adelante sobre sus shitkickers, apuntándole con el dedo como si fuera un arma.

—¿Quieres reconocimiento por rescatarme? No contengas la respiración. Nunca te pedí ningún jodido favor. Todo eso fue debido a tu complejo de Buen Samaritano.

—¡Si yo no te hubiera rescatado, hoy no tendrías a Bella!



— ¡Y si no lo hubieras hecho, en este momento ella no estaría en peligro de muerte! ¿Quieres gratitud? Mejor palméate tú mismo la espalda, porque en este momento yo no me siento para nada agradecido.

Las palabras flotaron en la noche como si estuvieran buscando otros oídos que llenar.

Phury parpadeó, después encontró palabras saliendo de su boca, palabras que había querido decir desde hacía mucho.

— Enterré a nuestros padres yo solo. Fui yo el que se ocupó de sus cuerpos, el que olió el humo de la incineración...

— *Y yo nunca les conocí.* Eran extraños para mí, igual que tú cuando apareciste...

— ¡Te querían!

— ¡Lo bastante como para dejar de buscarme! ¡Que les jodan! ¿Crees que no me enteré que él lo dejó? Volví y seguí el rastro desde la casa que quemaste. Sé lo lejos que llegó nuestro padre antes de rendirse. ¿Crees que daría una mierda por él? ¡*Me abandonó!*

— ¡Tú eras más real para ellos que yo! Estabas por todas partes en esa casa, ¡lo eras todo para ellos!

— Oh, pobrecito Phury —espetó Z—. No te atrevas a hacerte la víctima conmigo. ¿Tienes *alguna* idea de cómo era mi vida?

— ¡Perdí mi puñetera pierna por ti!

— ¡Tú elegiste salir a buscarme! ¡Si no te gusta como salieron las cosas, no te quejes conmigo!

Phury exhaló con fuerza, absolutamente atónito.

— Bastardo desagradecido. Eres un hijo de puta desagradecido. ¿Quieres decir que preferirías haberte quedado con el ama? —Cuando no obtuvo otra respuesta aparte del silencio, sacudió la cabeza—. Siempre pensé que los sacrificios que había hecho valían la pena. El celibato. El pánico. El coste físico. —La furia resurgió—. Eso sin mencionar el majestuoso enredo mental que obtuve por todas esas veces que me pediste que te golpearas hasta dejarte azul de moratones. ¿Y ahora me dices que habrías preferido *seguir siendo* un esclavo de sangre?

— ¿De eso se trata todo esto? ¿Quieres que justifique esa autodestructiva vena de salvador que tienes en marcha estando *agradecido*? —Z rió bajo y con fuerza—. Como quieras. ¿Crees que me lo paso de puta madre observándote fumar y beber hasta cavarte

una tumba prematura? ¿Crees que me gusta lo que vi la otra noche en ese callejón? —Z maldijo—. A la mierda contigo, no voy a jugar a esto. Despierta, Phury. Te estás matando. Deja de buscar muletas y escupir mentiras, y échate un buen vistazo.

En algún profundo nivel interno Phury comprendió que esta colisión entre ellos dos se había aplazado demasiado. Y que su gemelo tenía razón.

Pero él también la tenía.

Sacudió la cabeza otra vez.

—No creo que esté mal por mi parte pedir algo de reconocimiento. He sido invisible en esta familia toda mi vida.

Hubo un periodo de silencio.

Entonces Z escupió:

—Por amor de Dios, bájate de la cruz. Algún otro necesita la madera.

El tono despectivo encendió la rabia otra vez, y el brazo de Phury se disparó por cuenta propia, su puño alcanzó a Z de lleno en la mandíbula y el crujido fue como el golpe de un bate de madera.

Z dio una vuelta de campana y aterrizó como un fardo sobre el GTO de Rhage.

Cuando el hermano se enderezó, Phury se puso en guardia y sacudió los nudillos. En otro segundo y medio estarían enzarzados en una cruenta disputa física, puños en vez de duras palabras siendo intercambiados entre una parte y otra hasta que uno de ellos o los dos cayeran derrumbados.

¿Y exactamente qué demonios iban a conseguir con eso?

Phury bajó lentamente los brazos.

En ese momento, el Mercedes de Fritz atravesó las verjas del patio. A la luz de sus faros, Zsadi se arregló la chaqueta y se acercó tranquilamente a la puerta del conductor del Escalade.

—Si no fuera por lo que le acabo de prometer a Cormia, te partiría la boca.

—¿Qué?

—Entra en el puñetero coche.

—¿Qué le has dicho?

Cuando Z se puso tras el volante, sus ojos negros cortaban la noche como cuchillos.

—Tu novia está preocupada por ti, así que me hizo prometer que te cuidaría. Y a diferencia de otras personas, yo mantengo mi palabra.

*Ouch.*

—Y ahora entra. —Z cerró la puerta del SUV de un golpe.

Phury maldijo y fue hacia el lado del pasajero mientras el Mercedes se detenía y Quinn salía del asiento de atrás. Los ojos del chico se abrieron como platos cuando levantó la mirada hacia la mansión.

*Claramente está aquí para su juicio,* pensó Phury mientras se deslizaba en el asiento del pasajero junto a su mortalmente silencioso gemelo.

—¿Sabes dónde está la casa de los padres de Lash, no? —dijo Phury.

—Por supuesto.

*El cállate* quedó sin decir.

Mientras el Escalade se dirigía hacia las verjas, la voz del hechicero fue mortalmente seria al retumbar en la cabeza de Phury:

*Tienes que ser un héroe para ganarte la gratitud de las personas, y tú no eres del tipo caballero-de-brillante-armadura. Sólo querías serlo.*

Phury miró por la ventanilla, las palabras airadas que él y Z acababan de intercambiar resonaban como disparos en un callejón.

*Hazles un favor a todos y lárgate,* dijo el hechicero. *Lárgate sin más, compañero.*

*¿Quieres ser un héroe? Toma las medidas necesarias para que no tengan que tratar contigo nunca más.*

## Capítulo 28



Qhuinn estaba absolutamente seguro que sus pelotas estaban en el menú de Wrath para esa noche, pero aún así, quedó asombrado por la visión del centro de entrenamiento de la Hermandad. La cosa era del tamaño de una pequeña ciudad, hecha de bloques de piedra tan grandes como el torso de un hombre, con ventanas que parecían haber sido reforzadas con titanio o alguna mierda parecida. El techo estaba rodeado de gárgolas y hasta las sombras eran perfectas. Exactamente lo que hubieras esperado.

—¿Amo? —dijo el mayordomo mientras señalaba la puerta principal digna de una catedral—. ¿Entramos? Debo seguir con mi trabajo en la cocina.

—¿En la cocina?

El *doggen* ralentizó su discurso, como si estuviera dirigiéndose a un tonto redomado.

—Yo cocino para la Hermandad al igual que atiendo su casa.

*Santa Mierda...* Esto no era el centro de entrenamiento, era la casa de la Hermandad.

*Bueno, imbécil. Fíjate en la seguridad.* Había cámaras encaramadas sobre las puertas y bajo el techo, la pared de contención del patio parecía algo sacado de una película sobre Alcatraz. Demonios, casi esperaba que una banda de dóbermans girara la esquina mostrando los colmillos.

Pero bueno, los perros probablemente estarían aún royendo los huesos del último invitado al que habían convertido en picadillo.

—¿Amo? —Repitió el mayordomo— ¿Vamos?

—Sip... sí, claro. —Qhuinn tragó con fuerza y avanzó, *preparado para bailar con el Rey*

—. Ah, escucha, voy a dejar mis cosas en el coche.

—Como desee, Amo.

Joder, gracias a Dios, Blay no tenía que ser testigo de lo que estaba a punto de pasar...

Uno de los gigantescos batientes de la puerta se abrió y un amigo familiar alzó la mano a modo de saludo.

*Oh. Genial.* Blay se perdería el espectáculo, pero evidentemente John tenía asiento de primera fila.

El tipo iba vestido con vaqueros azules y una de esas camisas que habían conseguido en *Abercrombie*. Sus pies desnudos resaltaban por su palidez en contraste con la piedra negra de los escalones, y parecía relativamente tranquilo, lo cual resultaba bastante irritante. El muy bastardo al menos podría tener la decencia de sufrir un sudor frío o un caso de diarrea por afinidad.

*Ey,* señaló John.

—Ey.

John retrocedió, haciéndole lugar para que entrara.

—¿Cómo estás?

—En este momento me gustaría ser un fumador. —Porque de esa forma podría aplazar esto lo que le durara el cigarrillo.

—No, no es cierto. Tú odias fumar.

—Cuando me enfrento a un pelotón de fusilamiento, podría replantearme esa decisión.

*Cállate.*

Qhuinn atravesó un vestíbulo que le hizo sentirse inconvenientemente vestido, con su suelo de mármol blanco y negro y ese candelabro... ¿Sería de auténtico oro? Probablemente...

*Santa mierda,* pensó mientras se detenía en seco.

El vestíbulo que tenía ante sí era palaciego. Absolutamente apropiado para la realeza rusa, con sus brillantes colores, todo ese dorado a la hoja, el suelo de mosaico y el techo pintado... o, mierda, tal vez se parecía más a algo sacado de una novela de Danielle Steel, con sus románticas columnas de mármol y espacios abovedados.

No es que él en realidad hubiera leído ninguno de sus libros.

Bueno, está bien, había leído solamente ese, pero tenía doce años, estaba enfermo, y se había leído solo las partes eróticas.

—Aquí arriba —dijo una voz profunda y resonante.

Qhuinn miró a lo alto de una ornamentada escalera. De pie con las shitkickers, plantadas como si fuera el dueño del mundo, vestido con pantalones de cuero negro y una camiseta negra, estaba su Rey.

—Vamos, acabemos con esto —ordenó Wrath.

Tragando con fuerza, Qhuinn siguió a John al segundo piso.

Cuando alcanzaron la parte alta de la escalera, Wrath dijo:

—Sólo Qhuinn. John, tú te quedas aquí.

John comenzó a indicar:

— *Quiero ser su testigo...*

Wrath le dio la espalda.

—No. No habrá nada de eso.

*Mierda*, pensó Qhuinn. ¿No se le iba a permitir ningún testimonio en su defensa?

*Estaré esperando*, señaló John.

—Gracias, hombre.

Qhuinn miró más allá de las puertas abiertas que el Rey había atravesado. La habitación que tenía ante él era... bueno, parecía el tipo de lugar que a su madre le habría encantado: decorada en azul pálido con un mobiliario delicado y femenino y sosos accesorios de cristal para las luces que parecían pendientes.

No era exactamente lo que esperarías de Wrath.

Cuando el Rey entró y se plantó tras un delicado escritorio, Qhuinn pasó, cerró las puertas, y entrelazó las manos ante sí. Mientras esperaba, todo el asunto se le antojó como algo surrealista. No le era posible comprender cómo su vida había llegado a este punto.

—¿Tenías intención de matar a Lash? —preguntó Wrath.

Vaya con las declaraciones preliminares.

—Ah...

—¿Sí o no?

En rápida sucesión, Qhuinn sopesó sus respuestas: *No, por supuesto que no, el cuchillo actuó por voluntad propia, en realidad yo estaba intentando detenerlo... No, sólo pretendía afeitarlo... No, no me percaté que cortarle la yugular a alguien podría conducirle a la muerte...*

Qhuinn se aclaró la garganta una vez. Dos veces.

—Sí.

El Rey cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Si Lash no hubiera intentando bajarle los pantalones a John, habrías hecho lo mismo?

Los pulmones de Qhuinn dejaron de funcionar un momento. No debería haberle sorprendido que el Rey supiera exactamente lo que había pasado, pero mierda, oír las palabras resultaba algo chocante. Además, hablar del asunto era duro, dado lo que Lash había dicho y hecho. Después de todo se trataba de John.

—¿Y bien? —llegó la orden desde el escritorio—. ¿Si Lash no hubiera intentado bajarle los pantalones, le habrías cortado el cuello?

Qhuinn reagrupó sus ideas.

—Mira, John nos dijo a Blay y a mí que nos quedáramos al margen y mientras fue una pelea justa yo estaba dispuesto a dejarlo así. Pero... —Sacudió la cabeza—. Nah. Esa mierda que utilizó Lash no fue justa. Fue como utilizar un arma oculta.

—Pero no tenías que matarle, ¿verdad? Podrías haberle separado de John. Golpearle un par de veces. Dejarle fuera de combate.

—Cierto.

Wrath estiró los brazos a los lados como para relajarlos, y sus hombros crujieron.

—Ahora vas a ser puñetera y totalmente honesto conmigo. Si mientes, lo sabré, porque lo oleré. —Los ojos de Wrath ardían tras sus gafas envolventes—. Soy bien consciente de que odiabas a tu primo. ¿Estás seguro de que no utilizaste esa fuerza mortal en tu propio beneficio?

Qhuinn se pasó la mano por el cabello y trató de recordar todo lo que podía sobre lo que había sucedido. Había huecos en su memoria, espacios en blanco esculpidos por la maraña de emociones que le habían hecho empuñar el cuchillo y lanzarse hacia adelante, pero recordaba lo suficiente.

—Para ser honesto... mierda, no podía permitir que a John le hicieran daño y le humillaran de esa forma. Sabes, él estaba paralizado. Cuando Lash fue a por sus pantalones, se quedó congelado. Los dos estaban en la ducha y de repente John quedó apretado contra los azulejos, y cuando eso sucedió se quedó mortalmente quieto. No sé si Lash habría seguido adelante con... bueno, ya sabes... porque no puedo adivinar lo que estaba pensando, pero era exactamente el tipo de persona que lo habría intentado. —

Quinn tragó con fuerza—. Lo vi suceder, vi que John no iba a poder defenderse y... fue como si todo se quedara en blanco... yo sólo —*joder*— el cuchillo estaba en mi mano y entonces yo estaba sobre Lash y el corte fue algo rápido. ¿La verdad? Realmente, odiaba a Lash, pero da igual quien coño le hubiera salido con esa mierda a John. Me hubiera lanzado sobre ellos. Y antes de que la hagas, sé cuál va a ser tu siguiente pregunta.

— ¿Y la respuesta es?

— Sí, lo volvería a hacer.

— ¿Estás seguro?

— Sí. —Quinn miró a su alrededor, a las paredes azul pálido, y pensó que no parecía adecuado, estar hablando de semejante fealdad en una habitación tan jodidamente encantadora—. Supongo que eso me convierte en un asesino impenitente, eh... entonces, ¿qué vas a hacer conmigo? Oh, y probablemente ya lo sepas, pero mi familia me ha repudiado.

— Sí, eso he oído.

Hubo un largo silencio, y Quinn pasó el tiempo mirando sus New Rocks y sintiendo su corazón saltar en el pecho.

— John quiere que te quedes aquí.

Los ojos de Quinn volaron hasta el Rey.

— ¿Qué?

— Ya me has oído.

— Mierda. No puedes aprobar eso. No hay forma de que pueda quedarme aquí.

Dos negras cejas se unieron.

— ¿Perdón?

— Eh... lo siento. —Quinn enmudeció, recordándose a sí mismo que el Hermano era el Rey, lo cual significaba que podía hacer cualquier cosa que le diera la puñetera gana, incluyendo pero no limitándose a, el cambiarle el nombre al sol y la luna, declarar que la gente tenía que saludarle metiéndose el pulgar en el culo... y aceptar a un perdedor como Quinn bajo su techo si se sentía inclinado a hacerlo.

Rey se deletreaba como c-a-r-t-a--b-l-a-n-c-a en el mundo vampiro.

Además, ¿por qué coño estaba diciendo que no a algo que le sería de ayuda? *Que estupidez.*



Wrath se puso en pie, y Qhuinn luchó por no dar un paso atrás aunque estaban separados por aproximadamente siete metros y medio de alfombra Aubusson.

Jesús, sin embargo, el macho se erguía sobre él.

—Hablé con el padre de Lash hace una hora —dijo Wrath—. Tu familia le ha señalado que no van a pagar la restitución. Como te han repudiado, dicen que esa deuda es tuya. Cinco millones.

—¿Cinco millones?

—Lash fue secuestrado por los restrictores anoche. Nadie cree que vaya a regresar. Se te acusa de homicidio, bajo la presunción de que los asesinos no se habrían molestado en llevarse un cadáver.

—¡Para!... —Dios, Lash... y, mierda, esos eran un montón de verdes—. Mira, tengo la ropa que llevo puesta y una muda de repuesto en mi bolsa. Pueden quedarse con eso si quieren...

—El padre de Lash es consciente de tu situación financiera. A la luz de lo cual, quiere que te conviertas en un sirviente vinculado a su casa.

La sangre abandonó precipitadamente la cabeza de Qhuinn. *Un esclavo... ¿durante el resto de su vida? ¿De los padres de Lash?*

—Eso sería —retomó Wrath—, después de que fueras a prisión, por supuesto. Y de hecho, la raza todavía tiene una operativa. Al norte de la frontera canadiense.

Qhuinn se quedó allí de pie, absolutamente paralizado. *Mierda, tu vida podía terminar de tantas formas diferentes*, pensó. La muerte no era la única forma de perderla.

—¿Qué tienes que decir a todo esto? —murmuró Wrath.

*Prisión...* en sólo Dios sabe dónde, por sólo Dios sabe cuánto tiempo. *Esclavitud...* en una casa en la que siempre se le odiaría hasta que estirara la pata.

Qhuinn pensó en ese paseo a través del túnel en casa de Blay y la decisión que había tomado al final del mismo.

—Tengo los ojos disparejos —susurró, alzando su dolida mirada hacia el Rey—. Pero tengo honor. Haré lo que tenga que hacer para enmendar esto... *a condición* —dijo con súbita fuerza—, que nadie me obligue a disculparme. Eso... no puedo hacerlo. Lo que hizo Lash estuvo peor que mal. Fue intencionalmente cruel y pretendía arruinar la vida de John. Yo. No. Me. Arrepiento.

Wrath rodeó el escritorio y atravesó la habitación a zancadas. Cuando pasaba a su lado dijo enérgicamente.

— Buena respuesta, hijo. Espera ahí fuera con tu amigo. Estaré contigo en un segundo.

— ¿Perdón?... ¿Qué?

El Rey abrió la puerta y señaló hacia afuera con la cabeza impacientemente.

— Fuera. Ya.

Qhuinn salió a trompicones de la habitación.

*¿Cómo fue?*, gesticuló John mientras saltaba de la silla que estaba contra la pared del pasillo. *¿Qué ha pasado?*

Cuando Qhuinn miró a su amigo, no estaba dispuesto a contarle que estaba a punto de ir a la cárcel y que luego iba a ser puesto bajo la custodia de los padres de Lash para ser torturado durante el resto de sus días.

— Ah, no tan mal.

— *Mientes.*

— No.

— *Estás blanco como un papel.*

— Bueno, hoooolaaa, me han operado, digamos, ayer.

— *Oh, por favor. ¿Qué está pasando?*

— A decir verdad, no tengo ni idea...

— Disculpad. — Beth, la Reina, se acercó a ellos con una expresión seria. En sus manos llevaba una caja de cuero larga y plana —. ¿Chicos? Tengo que entrar ahí.

Cuando se separaron, se metió en el estudio y cerró la puerta.

John y Qhuinn esperaron. Después esperaron un poco más... y otro poco.

Sólo Dios sabía lo que estaba pasando. Suponía que al Rey y la Reina les llevaría un rato arreglar los documentos para su *Ve a la cárcel. No pasas por la casilla de salida. En este turno no cobras los \$500.*

John sacó su teléfono, como si necesitara hacer algo con las manos, y frunció el ceño mientras comprobaba la maldita cosa. Después de escribir un mensaje a alguien, se lo volvió a meter en el bolsillo.

— *Qué raro que Blay no haya llamado aún.*

*En realidad no*, pensó Qhuinn, sintiéndose como un hijo de puta.

El Rey abrió las puertas de par en par.

—Volved a traer esos culos aquí dentro.

Hubo un revoltijo de pies, y después Wrath los volvió a encerrar a todos juntos. El Rey volvió a su escritorio, se aparcó en la silla que parecía de juguete, y apoyó las enormes shitkickers sobre la pila de papeles. Cuando Beth se ubicó a un costado de la silla donde él estaba sentado, se extendió y le cogió la mano.

—Chicos, ¿estáis familiarizados con el término *ahstrux nohtrum*? —Cuando ambos sacudieron las cabezas como idiotas, Wrath sonrió con una fría y peligrosa pequeña mueca—. Es una posición anticuada. Una especie de guardia privado, sólo que se les permitía utilizar fuerza mortal cuando protegían a su Amo. Eran asesinos con licencia.

Qhuinn tragó con fuerza, preguntándose qué demonios tenía que ver eso con ellos.

El Rey continuó.

—Un *Ahstrux nohtrum* puede ser comisionado sólo por decreto real, y es más o menos parecido al Servicio Secreto de los Estados Unidos. El sujeto protegido debe ser una persona de interés, y el guardia debe estar capacitado. —Wrath besó la mano de su Reina—. Una persona de interés es alguien cuya presencia es significativa a juicio del Rey. Es decir yo. Ahora bien... mi *shellan*, aquí presente es la cosa más preciada del mundo, y no hay nada que yo no haría por asegurar que su corazón este protegido. Además, en términos de la raza, como conjunto ella es la Reina. Por tanto su único hermano definitivamente cae dentro de la categoría de «persona de interés».

»Por lo que respecta a la parte de guardia-cualificado... sucede que sé, Qhuinn, que en las clases de entrenamiento, eras el mejor luchador, aparte de John. Eres cruel en el mano a mano, genial disparando a distancia. —La voz del Rey se volvió más seca—. Y somos todos conscientes de lo bueno que eres con un cuchillo, ¿verdad?

Qhuinn sintió una extraña ráfaga atravesarle, como si una especie de niebla se hubiera disipado revelando una senda insospechada para salir del desierto. Extendió la mano buscando el brazo de John para estabilizarse aunque eso le pegara total e irremediabilmente la etiqueta de *¡Hola! Mi nombre es Nancy*.

—Una cosa, sin embargo —dijo el Rey—. Se espera que los *ahstrux nohtrum* sacrifiquen sus vidas por aquel al que protegen. Si la mierda llueve en ese sentido, ellos

tomarán el golpe mortal en su lugar. Oh, y es un compromiso de por vida, a menos que yo disponga otra cosa. Yo soy el único que puede emitir una carta de despido, ¿me captáis?

La boca de Qhuinn habló por su propia cuenta.

— Por supuesto. Absolutamente.

Wrath sonrió y alcanzó la caja que Beth había traído. Sacó un grueso fajo de papeles, al final del cual había un sello dorado con cintas de satén rojas y negras.

— Vamos, echadle un vistazo a esto.

Lanzó casualmente el documento de aspecto oficial al otro extremo del escritorio.

Qhuinn y John se inclinaron juntos sobre él. En la Antigua Lengua, la cosa establecía que...

— Santa... mierda — jadeó Qhuinn, después levantó bruscamente la vista hacia Beth

—. Lo siento, no tenía intención de utilizar un lenguaje soez.

Ella sonrió y besó la coronilla de su *hellren*.

— Está bien. He oído cosas peores.

— Mirad la fecha — dijo Wrath.

Tenía una fecha anterior... la puñetera cosa estaba fechada dos meses atrás. De acuerdo con el documento, Qhuinn, hijo de Lohstrong, había sido designado *ahstrux nohtrum* de John Matthew, hijo de Darius, hijo de Marklon el pasado junio.

— Soy un auténtico desastre con el papeleo. — dijo Wrath arrastrando las palabras —. Se me olvidó deciros lo que había hecho. Culpa mía. Ahora, por supuesto, esto significa que tú, John, eres responsable de la restitución, ya que el sujeto protegido corre con los gastos de todas las deudas incurridas como resultado de la protección.

John indicó inmediatamente.

— Pagaré...

— No, espera — interrumpió Qhuinn —. Él no tiene tanto dinero...

— Tu compañero vale alrededor de cuarenta millones en este momento, así que puede permitírselo perfectamente.

Qhuinn miró a John.

— ¿Qué? ¿Y por qué demonios estás trabajando en la oficina por calderilla?

¿A nombre de quien hago el cheque?, gesticuló John, ignorándole.

—A nombre de los padres de Lash. Beth, como Directora Financiera de la Hermandad, te dirá de qué cuenta sacarlo, ¿verdad, *shellan*? —Wrath apretó la mano de la Reina y le sonrió. Cuando se volvió a concentrar en Qhuinn y John, la expresión amorosa había desaparecido—. Qhuinn se mudará a esta casa con efecto inmediato, y tendrá un salario de setenta y cinco mil al año, el cual tú pagarás. Y, Qhuinn, estás totalmente fuera del programa de entrenamiento, pero eso no significa que los Hermanos y yo no... mmhh, no sé, practiquemos con tu culo para mantener tus habilidades afiladas. Después de todo, nos ocupamos de los nuestros. Y ahora eres uno de los nuestros.

Qhuinn tomó un profundo aliento. Y después otro. Y después...:

—Tengo... tengo que sentarme.

Como un completo y jodido blandengue, se tambaleó hasta uno de los sillones azul pálido. Con todo el mundo mirándole fijamente como si estuvieran a punto de ofrecerle una bolsa de papel en la que respirar o algún kleenex, se puso la mano en el lugar donde había sido operado con la esperanza de que pareciera que estaba afectado por su herida, y no por sus emociones.

El problema era... que no podía meter nada de aire en sus pulmones. No estaba seguro de qué coño estaba entrando en su boca, pero fuera la mierda que fuera, no estaba haciendo una maldita cosa por despejar el mareo de su cabeza ni la sensación ardiente que comprimía su caja torácica.

Curiosamente, el que se acercó y se agachó delante de él no fue ni John, ni la Reina. Fue Wrath. Repentinamente el Rey apareció frente a su visión acuosa, esas gafas de sol y ese rostro cruel iban en total contradicción con el suave tono de voz que utilizó.

—Pon la cabeza entre las rodillas, hijo. —La mano del Rey aterrizó en su hombro y le empujó gentilmente hacia abajo—. Vamos, hazlo.

Qhuinn hizo lo que le decía, y comenzó a temblar tanto que si no hubiera sido por la enorme palma de Wrath que le mantenía firme, se habría caído al suelo.

No iba a llorar. Se negaba a derramar una sola lágrima. En vez de eso se quedó sin aliento, se estremeció y empapó en sudor frío.

En voz baja, de forma que sólo Wrath pudiera oírle, susurró:

—Creía... que estaba completamente solo.

—Nah —respondió Wrath igual de suavemente—. Como he dicho, ahora eres uno de los nuestros, ¿me captas?

Qhuinn alzó los ojos.

—Pero yo no soy nadie.

—Ah, a la mierda con eso. —El Rey sacudió la cabeza lentamente—. Salvaste el honor de John. Así que como he dicho, eres de la familia, hijo.

Qhuinn posó los ojos en Beth y John, que estaban de pie uno al lado del otro. A través de sus lágrimas sin derramar, vio la semejanza de su cabello oscuro y el azul profundo de sus ojos.

Familia...

Qhuinn enderezó la columna vertebral, se puso en pie, y se alzó en toda su estatura. Arreglándose la camisa y después el cabello, se recompuso completa y absolutamente mientras se acercaba a John.

Cuadrando los hombros, extendió la mano hacia su amigo.

—Daré mi vida por ti. Con o sin ese trozo de papel.

Cuando las palabras salieron de su boca, comprendió que era la primera cosa que decía como macho adulto, el primer voto que había tomado. Y no podía pensar en una persona mejor a la que ofrecérselo, excepto quizás a Blay.

John bajó la mirada, después estrechó la palma que se le presentaba, su apretón fue firme y fuerte. No se abrazaron, no hablaron.

*Y yo por ti*, articuló John con la boca cuando sus miradas se cruzaron. *Y yo... por ti*.

—Puedes preguntarme por Phury si quieres. Cuando termines con eso.

Cormia se enderezó dejando la vela blanca que estaba encendiendo y miró sobre su hombro. Bella yacía sobre la espalda en la gran cama que estaba al otro lado de la habitación, con su delgada y pálida mano sobre el estómago redondeado.

—De verdad, puedes —dijo la hembra con una sonrisita—. Eso me dará otra cosa en la que pensar. Y ahora mismo lo necesito.

Cormia sopló su cerilla.

—¿Cómo sabes que es él quien ocupa mi mente?

—Tienes lo que yo llamo «ceño de macho». Que es el ceño que se te pone cuando estás pensando en tu macho y, una de dos o quieres patearle el culo o envolverle en tus brazos y apretar hasta que no pueda respirar.

—El *Primale* no es mío. —Cormia tomó el quemador dorado de incienso en la mano y lo movió tres veces alrededor de la vela. El cántico que recitó fue suave pero insistente, pidiendo a la Virgen Escriba que cuidara de Bella y su hijo.

—Él no me ama —dijo Bella—. No realmente.

Cormia puso el quemador en la mesa de la esquina más oriental de la habitación y comprobó dos veces que las tres velas tuvieran llamas buenas y fuertes.

Pasado, presente y futuro.

—¿Has oído lo que he dicho? Él no me ama.

Cormia cerró los ojos con fuerza.

—Yo creo que en eso te equivocas.

—Sólo cree que me ama.

—Con todo el debido respeto...

—¿Le deseas?

Cormia se ruborizó cuando pensó en lo ocurrido en la sala de proyección. Revivió la sensación de él... el poder que había tenido al sostener su sexo en la mano... la forma en que la boca de él se había movido contra su pecho.

Bella rió suavemente.

—Me tomaré ese rubor como un sí.

—Queridísima Virgen, no tengo ni idea de qué decir.

—Siéntate conmigo. —Bella palmeó la cama a su lado—. Déjame hablarte de él. Y contarte por qué estoy segura de que no está enamorado de mí.

Cormia sabía que si se acercaba y escuchaba hablar de cómo el *Primale* posiblemente no sentía lo que él creía que sentía, lo único que iba a conseguir era quererle aún más.

Así que naturalmente se sentó junto a Bella sobre la colcha.

—Phury es un buen macho. Un gran macho. Ama profundamente, pero eso no significa que esté enamorado de todos aquellos que le importan. Si vosotros dos sólo os dierais un tiempo...

—Regresaré pronto.

Bella enarcó las cejas.

— ¿Al Otro Lado? ¿Por qué?

— He permanecido aquí mucho tiempo. — Era demasiado duro decir que la habían abandonado. Especialmente a Bella —. He estado aquí... lo suficiente.

Bella pareció entristecerse.

— ¿Phury se marchará también?

— No lo sé.

— Bueno, tendrá que volver a luchar.

— Ah... sí. — Estaba claro que la hembra no sabía aún que le habían expulsado de la Hermandad, y este no era el momento de darle ninguna sorpresa desagradable.

La mano de Bella acarició su barriga.

— ¿Te ha contado alguien por qué Phury se convirtió en el *Primale*? Quiero decir, en lugar de Vishous.

— No. Ni siquiera sabía de la sustitución hasta que fue el *Primale*, el que estuvo conmigo en el templo.

— Vishous se enamoró de la doctora Jane justo en el momento en que todo eso estaba ocurriendo. Phury no quería que los separaran, así que intervino. — Bella sacudió la cabeza —. Lo que pasa con Phury es que siempre pone a los demás por delante de sí mismo. Siempre. Está en su naturaleza.

— Lo sé. Por eso le admiro tanto. De donde yo vengo... — Cormia luchó por encontrar las palabras —. Para las Elegidas, el altruismo es el mayor de los valores. Servimos a la raza y a la Virgen Escriba, y al hacerlo, alegremente anteponemos el todo a nuestro ser individual. Es la mayor virtud sacrificar a ti mismo por el bien mayor, por algo más importante que el yo. El *Primale* lo hace. Creo que eso es...

— ¿Es... ?

— Por eso le respeto tanto. Bueno, por eso y por su... su...

Bella rió de forma gutural.

— Su mente aguda, ¿no? Está claro que no tiene nada que ver con sus ojos dorados y ese maravilloso cabello.

Cormia se figuró que si su rubor ya había respondido por ella una vez, podría hacerlo de nuevo.



—No tienes que responder —dijo Bella con una sonrisa—. Es un macho especial. Pero volviendo al asunto del autosacrificio. Ahí está la cuestión. Si pasas demasiado tiempo concentrado en los demás, te pierdes a ti mismo. Por eso me preocupo por él. Y por eso sé que en realidad no me ama. Cree que yo salvé a su gemelo de una forma que él no podía. Es gratitud lo que siente. Intensa gratitud e idealización. Pero no es verdadero amor.

—Sin embargo, ¿cómo lo sabes?

Hubo una vacilación.

—Pregúntale sobre sus relaciones con las hembras. Lo entenderás.

—¿Se ha enamorado con frecuencia? —Se abrazó a sí misma esperando la respuesta.

—Absoluta y positivamente no. —La mano de Bella rodeó una y otra vez su barriga—. Esto no es en absoluto asunto mío, pero voy a decirlo de todos modos. Salvo a mi *hellren*, no hay macho al que tenga en mayor estima que a Phury, y tú me gustas mucho. Si él se queda aquí, espero que tú también. Me gusta el modo en que le miras. Y de verdad me gusta el modo en que él te mira a ti.

—Ha renunciado a mí.

La cabeza de Bella se irguió.

—¿Qué?

—Ya no soy la Primera Compañera.

—Maldita... sea.

—Así que realmente debería volver al Santuario. Aunque sólo sea para facilitarle las cosas a quien sea que elija para reemplazarme.

Era justo lo que había que decir, pero en realidad no lo sentía. Y sus sentimientos asomaron a su voz. Incluso ella pudo oír la tensión.

Curioso, la práctica de decir una cosa mientras se guardaba para sí misma lo que realmente pensaba era una habilidad que había afilado en el transcurso de su vida en el Otro Lado. Cuando había estado allí, mentir había sido tan fácil y cómodo como la túnica blanca que vestía, la forma inhibida en que se recogía el cabello y la forma mecánica de recitar los textos ceremoniales.

Ahora era duro.

—Sin ofender —dijo Bella—, pero mi mierdímetro se ha disparado.

— ¿Mier... dímetro?

— Me estás mintiendo. Mira, ¿puedo ofrecerte un consejo no solicitado?

— Por supuesto.

— No te permitas a ti misma ser tragada y perderte en este asunto de las Elegidas. Si realmente crees aquello que te han enseñado, entonces bien. Pero si te encuentras luchando con una voz interior en tu cabeza todo el tiempo, entonces no estás donde se supone que debes estar. Ser buena mentirosa no es una virtud.

*Eso era, ¿no?*, pensó Cormia. Eso era precisamente lo que había hecho siempre. Mentir.

Bella se removió sobre las almohadas, irguiéndose.

— No sé cuanto habrás oído de mí, pero tengo un hermano. Rehvenge. Es un testarudo de cuidado, siempre lo ha sido, pero le quiero y estamos muy unidos. Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años, y Rehv tomó el lugar como cabeza de familia para mi madre y para mí. Rehv cuidó muy bien de nosotras, pero también era dominante como el demonio, y finalmente yo abandoné la casa familiar. Tuve que hacerlo... me estaba volviendo loca. Jesús, deberías haber escuchado la pelea. Rehv tiene buenas intenciones, pero es de la vieja escuela, muy tradicional, y eso quiere decir que quiere tomar todas las decisiones.

— Sin embargo parece un macho de valía.

— Oh, lo es sin duda. Pero la cuestión es, que después de veinticinco años bajo su yugo, yo era sólo su hermana, no yo, si es que eso tiene algún sentido. — Bella extendió el brazo y tomó la mano de Cormia —. Lo mejor que he hecho nunca por mí fue marcharme y llegar a conocerme a mí misma. — Una sombra acudió a sus ojos —. No fue fácil, y hubo... consecuencias. Pero incluso con lo que tuve que pasar, te recomiendo totalmente que averigües quién eres. Quiero decir, ¿sabes quién eres como persona?

— Soy una Elegida.

— ¿Y qué más?

— Eso es... todo.

La mano de Bella le dio un apretón.

—Piensa un poco en *ti*, Cormia, y comienza con pequeñas cosas. ¿Cuál es tu color favorito? ¿Qué te gusta comer? ¿Te gusta levantarte temprano? ¿Qué te hace feliz? ¿Y qué te entristece?

Cormia miró al quemador de incienso que había al otro lado de la habitación y pensó en todos los rezos que conocía, oraciones que cubrían cualquier eventualidad. Y los cánticos. Y las ceremonias. Tenía un vocabulario espiritual completo a su disposición, no sólo de palabras sino de acciones.

Y eso lo era todo. ¿O no?

Desplazó la mirada para encontrar la de Bella.

—Sé... que me gustan las rosas color lavanda. Y me gusta construir cosas en mi mente.

Bella sonrió y después ocultó un bostezo con el dorso de la mano.

—Eso, amiga mía, es un buen comienzo. Ahora, ¿quieres terminar de ver Project Runway? Con la televisión encendida, te sentirás menos incómoda tratando de internarte en tu cabeza mientras estás conmigo, y Fritz no nos traerá la cena hasta dentro de otros veinte minutos.

Cormia se recostó en las almohadas junto a su... amiga. No su hermana, su... amiga.

—Gracias, Bella. Gracias.

—De nada. Y me encanta el incienso. Muy relajante.

Bella apuntó con el mando a distancia la pantalla plana, pulsó algunos botones, y Tim Gunn apareció en la sala de costura, con su cabello plateado tan pulcro como ropa recién planchada. Delante de él, una de las diseñadoras sacudía la cabeza y examinaba su vestido rojo parcialmente terminado...

—Gracias —dijo de nuevo Cormia, sin mirarla.

Bella sólo extendió la mano y apretó la mano de Cormia, y ambas se concentraron en la pantalla.

## Capítulo 29



Lash salió de la casa de sus padres tambaleándose y con sangre en ambas manos. Tenía las rodillas flojas y sus zancadas eran torpes. Mientras tropezaba con sus propios pies, bajó la mirada. Oh, Dios, esa sustancia manchaba su camisa y también sus botas.

El señor D salió del Ford Focus.

— ¿Estás herido?

Lash no pudo encontrar palabras con las que responder. Cojeando y aturdido, apenas podía mantenerse en pie.

— Me llevó... mucho más de lo que pensaba.

— Venga, vamos, señor entremos en el coche.

Lash dejó que el pequeño tipo le condujera al lado del pasajero y le sentara en el asiento.

— ¿Qué tienes en la mano, señor... ?

Lash empujó a un lado al restrictor, se inclinó, e hizo un par de arcadas mirando al suelo. Algo negro y aceitoso surgió de su boca y goteó por su barbilla. Se lo limpió y lo examinó.

No era sangre. Al menos, no del tipo...

— Les he matado — dijo roncamemente.

El restrictor se arrodilló delante de él.

— Por supuesto que sí, tu padre estará orgulloso. Esos bastardos no son tu futuro. Nosotros lo somos.

Lash intentó detener las escenas que se reproducían una y otra vez en su cabeza.

— Mi madre fue la que gritó más alto. Cuando me vio matar a mi padre.

— No era tu padre. Ni tu madre. Eran animales. Esas cosas de ahí eran animales. — El asesino sacudió la cabeza —. No eran como tú. Solo pensaste que lo eran.

Lash se miró las manos. Había un cuchillo en una de ellas. Una cadena en la otra.

— Tanta sangre.

—Sí, esos vampiros sangran un montón.

Se hizo un largo silencio. Pareció durar un año.

—Dime, señor, ¿tienes una piscina con vestidores por aquí? —cuando Lash asintió, el retractor dijo—: ¿En la parte de atrás? —Lash asintió de nuevo—. Bien, vamos a llevarte allí y haremos que te laves. Aquí atrás en el coche, tenemos ropa limpia para que te pongas.

Antes de darse cuenta Lash estaba en el vestuario de la piscina, bajo la ducha, lavándose los restos de sus padres de la piel y observando cómo el sumidero a sus pies se teñía de rojo. También enjuagó el cuchillo y la cadena y cuando salió de la ducha y antes de secarse, se puso el acero inoxidable alrededor del cuello.

Había dos placas de identificación de perro colgando de la cosa. Una era la última licencia de su rottweiler, y la otra el registro de las dosis finales de la vacuna de la rabia de King.

El cambio de ropa de Lash fue bastante rápido y transfirió la cartera de su padre de los pantalones sucios que había llevado a los limpios que el señor D había conseguido para él. Iba a tener que volver a ponerse las mismas botas, pero las manchas se estaban oscureciendo, parecían menos rojas, lo que las hacía más soportables. Salió del vestuario y encontró al pequeño asesino sentado en una de las mesas de cristal junto a las sillas de jardín.

El retractor se bajó de un salto.

—¿Quieres que ahora llame pidiendo refuerzos?

Lash miró la casa estilo Tudor. De camino hacia allí, había tenido intención de registrar el lugar de arriba a abajo. Llevarse cualquier cosa que valiera más de diez céntimos. Utilizar una escuadrilla de lo que el Omega le había dicho que eran sus tropas para despojar el lugar desde el empapelado hasta las tablas del entarimado.

Parecía lo adecuado si querías hacerlo al estilo Conan. Una declaración perfecta de su nuevo estatus. No sólo aplastabas a tus enemigos, sino que tomabas sus caballos, quemabas sus chozas y te quedabas a escuchar los lamentos de sus mujeres...

El problema era que sabía lo que había dentro de esa casa. Con los cuerpos de sus padres y los *doggens* dentro, se había convertido en un mausoleo, y la idea de violar la

santidad del lugar, de enviar a un enjambre de restrictores a profanarlo, le parecía demasiado inmoral.

- Quiero salir de aquí.
- ¿Volveremos después?
- Solo sácame de este jodido lugar.
- Como quieras.
- Respuesta correcta.

Moviéndose como un anciano, Lash dio la vuelta a la casa para volver a la parte delantera manteniendo la vista fija al frente, evitando mirar las ventanas frente a las cuales pasaba.

Cuando había asesinado a los *doggens* en la cocina, había habido un pollo asándose en el horno, de esos que tenían uno de esos chismes que saltaban para hacerte saber que estaban cocidos. Después de haber desangrado al último de los sirvientes, se había detenido junto al horno Viking y había encendido la luz. El chisme del pollo había saltado.

Había abierto el angosto cajón que estaba a la izquierda del horno y había sacado dos manoplas a rayas blancas y rojas que tenían etiquetas Williams-Sonoma. Había apagado el horno y sacado la asadera para ponerla sobre los quemadores de la cocina. Estaba dorado y tenía un relleno de harina de maíz. Los menudillos estaban al fondo, condimentando la salsa.

También apagó el fuego dónde estaban hirviendo las patatas.

—Sácame de aquí —dijo mientras se deslizaba dentro del coche. Tuvo que impulsarse con las manos para poder meter las piernas.

Un momento después, el preciso motor del Focus se encendió, y comenzaron a recorrer el camino de entrada. En el denso silencio que se produjo en la cabina, Lash sacó la cartera de su padre de los pantalones cargo limpios, la abrió y examinó las tarjetas. ATM, Visa, AmEx Negra...

- ¿Adónde quieres ir? —preguntó el señor D cuando llegaron a la Ruta 22.
  - No sé.
- El señor D le miró.

—Yo maté a mi primo. Cuando tenía dieciséis. Era un bastardo, sentí placer al hacerlo y fue una buena decisión. Pero después, me sentí mal. Así que no tiene que disculparse si siente como si hubiera hecho algo malo.

La idea de que alguien entendiera por lo que estaba pasando, aunque fuera en parte, hacía que todo el asunto se pareciera menos a una pesadilla.

—Me siento... muerto.

—Pasará.

—No... nunca voy a dejar de sentirme como si... Oh, joder, simplemente calla y conduce, ¿de acuerdo?

Lash hizo pasar la última de las tarjetas en el momento en que doblaban a la derecha en la Ruta 22. Era el permiso de conducir de su padre. Cuando sus ojos se posaron sobre la foto, se le revolvió el estómago.

—¡Aparca!

El Focus se detuvo en la cuneta. Mientras un enorme SUV pasaba junto a ellos, Lash abrió la puerta y vomitó algo más de esa mierda negra en el suelo.

Estaba perdido. Completamente perdido.

¿Qué demonios acababa de hacer? ¿Quién era?

—Ya sé a dónde llevarte —dijo el señor D—. Si cerramos la puerta, puedo llevarte a un sitio donde te sentirás mejor.

*Lo que sea*, pensó Lash. En este momento, aceptaría sugerencias de un cuenco de Rice Krispies.

—A cualquier sitio... menos aquí.

El Focus giró en U y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Habían avanzado un par de kilómetros cuando Lash miró al pequeño restrictor.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar donde podrás tomarte un respiro. Confía en mí.

Lash miró a través de la ventanilla y se sintió como un absoluto maricón. Aclarándose la garganta, dijo:

—Ordena a un escuadrón que vaya allí. Y que se lleven todo lo que no esté clavado.

—Sí, señor.

Mientras Z aparcaba el Escalade junto a la mansión Tudor en la que vivían Lash y sus padres, Phury frunció el ceño y se desabrochó el cinturón de seguridad.

*¿Qué diablos?*

La puerta principal estaba abierta de par en par a la noche de verano, las luces de la araña del vestíbulo principal lanzaban un brillo amarillento sobre el pórtico y el par de jardineras que se erguían en posición de firmes a cada lado de la puerta de entrada.

*Vale, esto ya de entrada estaba mal.* Se supone que las casas coloniales con jardineras en el porche y gnomos en sus macizos de flores tienen las puertas lánguidamente abiertas de esa forma. O tal vez las casas tipo rancho con bicicletas delante del garaje y dibujos de tiza en las aceras. Oh, demonios, incluso los remolques con ventanas rotas y decrépitas sillas de plástico esparcidas por el césped lleno de malas hierbas.

Pero las mansiones Tudor que yacían sobre terrenos inmaculados no se veían bien con las grandiosas puertas delanteras abiertas de par en par a la noche. Era como una debutante dejando entrever el sujetador por un fallo de su atuendo.

Phury salió del SUV y soltó una maldición. El olor a sangre fresca y restrictor era demasiado familiar.

Zsadist empuñó una de sus armas mientras cerraba su puerta.

—Mierda.

Mientras avanzaban, se hizo endemoniadamente evidente que no iban a hablar con los padres de Lash sobre lo que le había ocurrido a su hijo. Había buenas probabilidades de que Z y él fueran a encontrar cadáveres.

—Llama a Butch —dijo Zsadist—. Esto es la escena de un crimen.

Phury ya tenía el teléfono en la mano y estaba marcando.

—Estoy en eso.

Cuando el hermano respondió, dijo:

—Necesitamos refuerzos aquí, inmediatamente. Ha habido una infiltración.

Antes de que los dos entraran en la casa, se detuvieron a comprobar la puerta. La cerradura no había sido forzada, y el sistema de seguridad no estaba sonando.



No tenía sentido. Si un asesino se hubiera acercado a la puerta y tocado el timbre, un *doggen* no le habría dejado entrar. De ningún modo. Así que el restrictor debía haber irrumpido de algún otro modo y salido por la puerta principal.

Y seguro como la mierda que habían estado ocupados. Había un rastro de sangre sobre la alfombra oriental del vestíbulo de mármol... y no estaba compuesto de gotas; era como si alguien hubiera usado un rodillo con esa mierda.

La veta roja corría entre el estudio y el comedor.

Z fue a la izquierda hacia el estudio. Phury giró a la derecha y entró en el comedor...

—He encontrado los cuerpos —dijo bruscamente.

Supo cuando Z vio lo que él estaba observando, porque el hermano gruñó:

—Jodido cabrón.

Los asesinados padres de Lash estaban sentados en sillas en posición vertical en el extremo más alejado de la mesa, sus hombros estaban atados a los respaldos para que se mantuvieran erguidos. La sangre había manado de las heridas de puñalada que tenían en sus pechos y cuellos, formando charcos a sus pies sobre el suelo lustrado.

Las velas estaban encendidas. El vino estaba servido. Sobre la mesa entre los cuerpos había un hermoso pollo asado, tan recientemente salido del horno que podías distinguir el olor de su carne sobre el hedor de la sangre.

Los cuerpos de dos *doggen* estaban sentados en las sillas a la derecha e izquierda del aparador, los muertos servían a los muertos.

Phury sacudió la cabeza.

—Cuánto te apuestas a que no hay ningún otro cuerpo en la casa. O estarían alineados aquí también.

Las finas ropas de los padres de Lash habían sido cuidadosamente ordenadas, las tres hileras de perlas de su madre descansaban en el debido lugar, la corbata y la chaqueta de su padre estaban impecables. El cabello de ambos estaba hecho un lío y sus heridas eran cruentas, pero sus ropas ensangrentadas estaban perfectamente dispuestas. Eran como dos morbosas muñecas Kewpie.

Z golpeó el puño contra la pared.

—Jodidos bastardos enfermizos... esos puñeteros restrictores están enfermos.

—Ciertamente.

—Registremos el resto de la casa.

Inspeccionaron la biblioteca y la sala de música y no encontraron nada. La despensa del mayordomo estaba intacta. La cocina mostraba evidencias de una lucha zanjada con dos asesinatos, pero eso era todo... no había signos de una entrada forzada.

El segundo piso estaba limpio, los encantadores dormitorios parecían salidos de la revista *House Beautiful* con sus cortinas de algodón y sus antiguos y lujosos edredones. En el tercer piso, había una suite digna de un Rey que, a tenor de los libros de texto y de artes marciales, el ordenador y el equipo estéreo, había sido la guarida de Lash. Estaba limpia como una patena.

No había nada fuera de lugar en ninguna parte de la casa, salvo donde los asesinatos habían sido cometidos. Nada había sido robado.

Volvieron a bajar las escaleras, y Zsadist examinó rápidamente los cuerpos mientras Phury inspeccionaba el panel principal del sistema de seguridad que estaba en el garaje.

Cuando terminó, volvió junto a su gemelo.

—He logrado entrar al sistema de alarmas. Nada las activó ni tampoco fueron desconectadas por ningún código extraño o un corte de corriente.

—Falta la cartera del macho—dijo Z—, pero todavía tiene el Ebel en la muñeca. La hembra tenía un diamante en el dedo y un par de pedruscos del tamaño de diez céntimos en las orejas.

Phury se puso las manos en las caderas y sacudió la cabeza.

—Dos infiltraciones, una aquí y otra en la clínica. Ambas sin saqueo.

—Al menos sabemos cómo encontraron este lugar. Quiero decir, mierda, Lash fue secuestrado y torturado hasta que habló. Es el único modo. No llevaba encima ninguna identificación cuando se lo llevaron de la clínica, así que la dirección tuvo que salir de su propia boca.

Phury miró a su alrededor, hacia todas las obras de arte que había en las paredes.

—Hay algo aquí que no termina de encajar. Normalmente se lo habrían llevado todo.

—Pero asumiendo que se llevaran la cartera del padre, los auténticos activos estarán sin duda en el banco. Si consiguen acceso a esas cuentas, sería una forma más limpia de robo.

—¿Pero por qué dejar toda esta mierda?

— ¿Dónde estáis? — la voz de Rhage resonó a través del vestíbulo.

— Aquí — gritó Z.

— Tenemos que advertirle a las otras familias de la *glymera* — dijo Phury —. Si Lash dio su propia dirección, solo Dios sabe qué más le habrán sacado. Esto podría ser una fuga de implicaciones sin precedente.

Butch y Rhage entraron en la habitación y el poli sacudió la cabeza.

— Mierda, esto me lleva justo de vuelta a Homicidios.

— Hombre... — suspiró Hollywood.

— ¿Sabemos cómo entraron? — preguntó el poli, rodeando la mesa.

— No, pero vamos a registrar la casa de nuevo — dijo Phury —. No me puedo creer que entraran sin más por la puerta principal.

Cuando los cuatro llegaron a la habitación de Lash, todos sacudían las cabezas.

Phury recorrió la habitación con la mirada, su cerebro corría.

— Tenemos que informar de esto.

— Bueno, mirad esto — murmuró Z, señalando con la cabeza hacia la ventana.

Abajo, en el camino de acceso, aparcó un coche. Después otro. Después un tercero.

— Ahí están tus saqueadores — dijo el hermano.

— Cabrones — escupió Rhage con una sonrisa sombría—. Pero al menos llegan puntuales... necesito bajar la cena.

— Y sería endemoniadamente grosero no salir a darles la bienvenida en la puerta — masculló Butch.

Instintivamente, Phury extendió la mano para abrirse el abrigo, pero después recordó que allí no había armas ni dagas a las que recurrir.

Hubo una fracción de segundo en la que se sintieron incómodos, durante la cual ninguno le miró, así que dijo:

— Volveré al Complejo y contactaré con las otras familias de la *glymera*. También informaré a Wrath de lo que está pasando.

Los tres asintieron y bajaron al trote las escaleras.

Mientras los tres marchaban a presentarse como comité de bienvenida de los restrictores. Phury lanzó una última mirada al dormitorio, pensando en que desearía estar con los otros, matando a los hijos de puta que habían hecho esto.

El hechicero le confrontó en su mente. *Ya no luchan contigo porque no pueden confiar en ti. Los soldados no quieren ser respaldados por alguien a quien no le tienen fe.*

*Afréntalo, compañero por este lado, estás acabado. La cuestión es, ¿cuánto tiempo pasará antes de que lo arruines con las Elegidas?*

Justo cuando Phury estaba a punto de desmaterializarse, frunció el ceño.

Al otro lado, en la cómoda, había una mancha de algo en el tirador de metal de uno de los cajones.

Fue a examinarlo más de cerca. Marrón oscuro... era sangre seca.

Cuando abrió el cajón, había huellas dactilares ensangrentadas sobre los objetos que había dentro: el reloj de pulsera Jacob&Co que Lash había llevado antes de su transición tenía manchas encima, y también una cadena de diamante y un pesado pendiente de botón. Obviamente se habían llevado algo del pequeño cajón, pero ¿por qué un restrictor dejaría cosas tan valiosas? Era difícil imaginar que algo valiera más que esos diamantes y además cupiera en un espacio tan pequeño.

Phury miró el portátil Sony VAIO y el iPod... y la otra docena de cajones que había en la habitación que se dividían entre el escritorio, la cómoda y las mesitas de noche. Todos estaban firmemente cerrados.

—Debes irte.

Phury se dio la vuelta. Z estaba de pie en el umbral, arma en mano.

—Sal cagando de aquí, Phury. No estás armado.

—Podría estarlo —Miró al escritorio donde yacían un par de cuchillos sobre los libros de texto—. En un instante.

—Vete. —Z desnudó los colmillos—. No estás ayudando aquí.

Los primeros sonidos de lucha llegaron desde las escaleras en forma de una serie de gruñidos y maldiciones ladradas.

Cuando su gemelo salió corriendo para defender la raza, Phury le observó marchar. Después se desmaterializó del dormitorio de Lash, con destino al escritorio en la oficina del centro de entrenamiento.

## Capítulo 30



—Necesitas descansar —dijo Cormia cuando Bella bostezó de nuevo.

Fritz acababa de entrar y llevarse los platos de la Primera Comida. Bella había comido bistec, puré de patatas y helado de menta y chocolate con pepitas de chocolate.

Cormia había comido patatas... y un poco de helado.

¿Y ella había pensado que los M&M eran deliciosos?

Bella se acomodó mejor entre las almohadas.

—Sabes, creo que tienes razón. Estoy cansada. ¿Quizás podamos terminar la maratón más tarde, esta noche?

—Suenas encantador. —Cormia se deslizó fuera de la cama—. ¿Necesitas algo?

—No. —Bella cerró los ojos—. Ey, antes de irte, dime, ¿De qué están hechas esas velas? Son increíblemente relajantes.

La hembra se veía terriblemente pálida contra la funda de encaje blanco de su almohada.

—Están hechas de sustancias sagradas del Otro Lado. Sustancias sagradas y curativas. Hierbas y flores mezcladas con una emulsión adherente hecha con agua de la fuente de la Virgen Escriba.

—Sabía que eran especiales.

—No estaré lejos —susurró Cormia.

—Que bien.

Cuando Cormia salió de la habitación, tuvo cuidado de cerrar la puerta silenciosamente.

—¿Ama?

Miró a sus espaldas.

—¿Fritz? Pensé que te habías marchado después de recoger la bandeja.

—Lo hice. —Alzó el ramillete que estaba sujetando—. Y ahora tenía que entregar estas.

—Que flores tan encantadoras.

—Son para la salita de este piso. —Extrajo una rosa color lavanda y se la ofreció—.

Para usted, ama.

—Vaya, gracias. —Se acercó los delicados pétalos a la nariz—. Oh, que exquisito.

Cormia saltó cuando algo le rozó la pierna.

Agachándose, pasó la mano sobre la sedosa y elástica espalda del gato negro.

—Vaya, hola, Boo.

El gato ronroneó y se recostó contra ella, su cuerpo sorprendentemente fuerte la obligó a cambiar su punto de apoyo.

—¿Te gustan las rosas? —le preguntó, ofreciéndole la flor.

Boo sacudió la cabeza y empujó con el morro su mano libre, exigiendo más atención.

—Adoro a este gato.

—Y él la adora a usted —dijo Fritz, después vaciló—. Ama, si pudiera...

—¿Qué sucede?

—El amo Phury está abajo en la oficina del centro de entrenamiento, y creo que le vendría bien algo de compañía. Tal vez usted podría...

El gato dejó escapar un sonoro maullido, trotó en dirección a la escalera principal, y meneó la cola. Parecía como si, de haber tenido brazos y piernas, hubiera estado señalando abajo hacia el vestíbulo.

El mayordomo rió.

—Creo que su señoría Boo está de acuerdo.

El gato maulló otra vez.

Cormia apretó el tallo de la rosa mientras se enderezaba. Quizás fuera una buena idea. Debía decirle al *Primale* que se marchaba.

—Me gustaría ver a Su Gracia, ¿pero estás seguro de que ahora es...?

—¡Bien, bien! La llevaré ante él.

El mayordomo fue trotando hacia la salita y volvió un segundo después. Cuando regresó, su paso era elástico y tenía el rostro encendido, como si estuviera haciendo un trabajo del que realmente disfrutaba.

—Vamos. Bajemos, ama.

Boo maulló de nuevo y abrió el camino escaleras abajo y a la izquierda, después se acercó a una puerta de paneles negros escondida en una esquina. El mayordomo introdujo un código en un teclado numérico y abrió lo que resultó ser un panel de acero de quince centímetros de grosor. Cormia siguió a Fritz bajando un par de escalones... y se encontró en un túnel que parecía extenderse eternamente en ambas direcciones.

Mirando a su alrededor, tiró de las solapas de su túnica cerrándolas más. Era extraño sentir claustrofobia en medio de un espacio tan grande, pero fue bruscamente consciente de que estaban bajo tierra y atrapados dentro.

—Por cierto, el código es 1914 —dijo el mayordomo mientras los encerraba a todos dentro y comprobaba que la cerradura estuviera debidamente asegurada—. Ese sería el año en que la casa fue construida. Sólo tiene que introducirlo aquí en estos paneles para atravesar cualquier puerta a lo largo del camino. Y todo está monitorizado por un sistema de seguridad. Hay cámaras —señaló al techo— y otros aparatos de monitorización. Aquí está tan a salvo como lo estaría en los jardines o en la propia casa.

—Gracias —sonrió—. Me estaba empezando a sentir... un poco nerviosa.

—Eso es perfectamente comprensible, ama —Boo se frotó contra ella como si le estuviera cogiendo la mano y dándole un pequeño apretón tranquilizador.

—Por aquí. —El mayordomo caminaba arrastrando los pies pero el arrugado rostro estaba radiante—. Al amo Phury le encantará verla.

Cormia aferró su rosa y lo siguió. Mientras caminaba, trató de idear la despedida apropiada en su mente, y se dio cuenta que se sentía un poco desgarrada.

En un principio había luchado contra este destino suyo, luchado en contra de ser la Primera Compañera. Y no obstante, ahora, cuando estaba logrando lo que había querido, lamentaba la pérdida que venía con su relativa libertad.

Arriba en el pasillo de las estatuas, John abrió la segunda puerta después de la de su habitación y encendió la luz.

Qhuinn entró en el dormitorio con cuidado, como rezando para que no hubiera barro en las suelas de sus New Rocks.

—Bonita guarida.

*Yo estoy en la puerta de al lado*, gesticuló John.

Sus dos teléfonos sonaron al mismo tiempo, y el mensaje era de Phury: *Quedan canceladas las clases de la semana próxima. Para más información sírvanse conectarse a la web segura.*

John sacudió la cabeza. Clases canceladas. Clínica saqueada. Lash secuestrado... y probablemente torturado. Las consecuencias de lo que había ocurrido en el vestuario continuaban.

Malas noticias... las malas noticias estaban llegando en conjuntos más grandes que de tres en tres.

—Nada de clases, eh —murmuró Qhuinn mientras parecía que se concentraba un poco demasiado en dejar su mochila—. Para nadie.

*Tenemos que encontrarnos con Blay, señaló John. No puedo creer que no haya enviado ni un mensaje desde que cayera la noche. ¿Quizás debiéramos ir hasta allí ahora?*

Qhuinn se acercó a una de las ventanas que iban del suelo al techo y retiró los pesados cortinajes.

—No creo que vaya a querer verme en algún tiempo. Y sé que estás gesticulando un *¿por qué?* a mis espaldas. Solo confía en mí. Va a necesitar algo de espacio.

John sacudió la cabeza y escribió un mensaje para Blay: *¿Nos vemos en el ZeroSum ya que no hay clases? Tengo noticias sobre mí y Q.*

—Dirá que no puede ir. Asumiendo que le estés escribiendo que se reúna con nosotros.

Qhuinn miró sobre el hombro justo cuando el teléfono sonaba. El mensaje de Blay decía: *Esta noche no puedo, ocupado con la familia. Te daré un toque.*

John se metió el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué pasó?

—Nada. Todo... no sé...

El pesado golpe en la puerta era seguramente producido por un puño del tamaño de la cabeza de un macho.

—¿Sí? —gritó Qhuinn.

Wrath entró a zancadas en la habitación. El Rey parecía incluso más sombrío de lo que había estado antes, como si hubieran caído más malas noticias sobre el tejado de la Hermandad. Llevaba un maletín de metal negro y un amasijo de cuero en la mano.



Los alzó a ambos y miró duramente a Qhuinn.

—Supongo que no es necesario advertirte que no te hagas el listo con esto, ¿verdad?

—Ah, no... señor. ¿Pero qué son?

—Tus dos nuevas mejores amigas. —El Rey puso el maletín sobre la cama, accionó los dos cierres negros y levantó la tapa.

—¡Guau!

*Guau*, esbozó John con la boca.

—De nada.

Dentro, acurrucadas en un acolchado del color gris de los cartones de huevos, había un par de letales Heckler&Kock de cuarenta y cinco milímetros automáticas. Después de comprobar la recámara de una, Wrath agarró el arma negra por el cañón y se la ofreció a Qhuinn.

—V te va a tatuar una identificación en la Antigua Lengua. Si la mierda se pone crítica, la muestras y quienquiera que se enfrente a ti tendrá que vérselas conmigo. Fritz va a ordenar que te traigan suficiente munición como para hacer que un escuadrón de Marines sufra un caso grave de diarrea. —El Rey le lanzó a Qhuinn lo que resultó ser un arnés de pecho—. Nunca vayas desarmado cuando estés con él. Ni siquiera dentro de esta casa. ¿Nos entendemos? Así es como funciona.

Mientras Qhuinn sopesaba la pistola en su palma, John esperaba que su amigo hiciera alguna broma acerca de lo bueno que era tener grandezas. En vez de eso, dijo:

—Quiero libre acceso a la galería de tiro. Voy a querer ir allí abajo al menos tres veces por semana. Mínimo.

La boca de Wrath se alzó por una comisura.

—Le pondremos tu nombre a esa perra, ¿qué te parece eso?

John se sentía como un mirón de pie entre ellos dos y sin decir nada, pero estaba fascinado por el cambio producido en Qhuinn. Atrás quedaba la fachada bromista. Era todo responsabilidad, de repente más inquebrantable que sus ropas de tipo duro.

Qhuinn señaló a la puerta.

—¿Eso da a su dormitorio?

—Sí.

—Buenas noches, señoras.

Vishous entró en la habitación, y los ojos de Qhuinn no fueron los únicos que llamaron. El Hermano traía en las manos una pesada cadena de la cual colgaba una fina plaqueta, un par de alicates, y una caja con equipo para tatuar.

—Planta el culo, niño —dijo V.

—Vamos —Wrath señaló hacia la cama—. Hora de ser encadenado... ese colgante tiene impreso el emblema de John. También serás tatuado. Esto, como te dije, es de por vida.

Qhuinn se sentó sin decir palabra, y V se ubicó detrás de él, colocó la pesada carga alrededor de su garganta, y después cerró el eslabón abierto. El medallón quedó colgando justo por debajo de la clavícula.

—Se quita solo si mueres o te despiden —V golpeó a Qhuinn en el hombro—. Por cierto, si te despide, según las antiguas leyes, su carta de despido es una guillotina, ¿sabes? Así es como te quitaríamos la cadena. Sin embargo si te mueres naturalmente, rompemos uno de los eslabones. Ya que profanar un cadáver es algo de mal gusto. Ahora el tatuaje.

Qhuinn empezó a quitarse la camisa.

—Siempre he querido uno...

—Puedes dejarte eso puesto. —Mientras V abría su caja de tatuajes y sacaba una pistola de tatuar, Qhuinn se subió una manga hasta el hombro—. Nop, no necesito tu brazo tampoco.

Qhuinn frunció el ceño, mientras Vishous enchufó el cable y se puso dos guantes negros de látex que chasquearon cuando los soltó sobre la piel. Sobre la mesita, abrió un tarrito negro y uno rojo y uno más grande que contenía una solución transparente.

—Date la vuelta y mírame. —El Hermano sacó una tira de tela blanca y un pack estéril mientras Qhuinn giraba sus New Rocks y se ponía las manos sobre las rodillas—. Mira hacia arriba.

*¿En el rostro?* Pensó John cuando V limpió la parte alta de la mejilla izquierda de Qhuinn.

Qhuinn no se movió. Ni siquiera cuando le acercó la aguja zumbona. John intentó ver qué estaba dibujando y no lo logró. Era extraño que se estuviera utilizando el color rojo. Había oído decir que el negro era el único color permitido...

*Santa... mierda,* pensó John cuando V se apartó.

Era una sola lágrima roja perfilada de negro.

Wrath habló.

—Simboliza que estás dispuesto a derramar tu propia sangre por John. También permite que todo el mundo sepa, sin lugar a dudas, cuál es tu posición. Si John muere, será rellenada de tinta negra, significando que serviste honorablemente a alguien de influencia. Si no fue así, será marcada con una X para demostrar tu vergüenza ante la raza.

Qhuinn se puso de pie y fue a mirarse al espejo.

—Me gusta.

—Pues qué bien —dijo V secamente mientras se le acercaba y aplicaba un poco de ungüento transparente sobre la tinta.

—¿Puedes hacerme otro?

V miró a Wrath, después se encogió de hombros.

—¿Qué quieres?

Qhuinn se señaló la nuca.

—Quiero «18 de agosto, 2008», en la Antigua Lengua, aquí. Y que no sea pequeño.

*La fecha de hoy*, pensó John.

V asintió.

—Vale. Puedo hacer esa mierda. Sin embargo tendrá que ser en negro. Ese rojo es solo para ocasiones especiales.

—Sí. Está bien. —Qhuinn volvió a la cama y se giró de espaldas para quedar sentado cruzado de piernas al borde del colchón. Inclinando la cabeza, le mostró la nuca—. Y pon los números en letras, por favor.

—Va a ser grande.

—Sip.

V rió.

—Me caes bien, de veras. Ahora sujeta la cadena y déjame hacer mi trabajo.

Fue relativamente rápido, el silbido de la pistola de tinta fluctuaba como el motor de un coche, acelerando y aflojando, acelerando y aflojando. V añadió un bonito arabesco artístico debajo de las letras, después lo rodeó todo, de forma que el tatuaje pareciera una fantástica placa.

Esta vez, John estaba de pie detrás de V y observó todo el asunto. Las tres líneas de texto eran magníficas, y dado lo larga que era la nuca de Qhuinn y lo corto que tenía el cabello, siempre se verían.

John deseó uno. ¿Pero qué se haría?

—Eres de fiar —dijo V mientras limpiaba la piel con la una vez blanca tela, que ahora estaba cubierta de manchas.

—Gracias —dijo Qhuinn mientras V le aplicaba más de ese ungüento, la tinta fresca resaltaba vívidamente contra su piel dorada—. Muchas gracias.

—No lo has visto aún. Por lo que sabes podría haberte tatuado «imbécil» ahí detrás.

—Nah. Nunca dudaría de ti —dijo Qhuinn, sonriéndole ampliamente al Hermano.

Vishous sonrió un poco, en su duro rostro tatuado se podía ver aprobación.

—Sí, bueno, no eres de los que se sobresaltan. Los que se sobresaltan están jodidos. Los firmes consiguen los mejores tatuajes.

V chocó la mano con el tipo, después recogió sus cosas y salió mientras Qhuinn iba al baño y usaba el espejo de mano para ver el trabajo.

*Es hermoso, dijo John por señas a su espalda. Realmente hermoso.*

—Es exactamente lo que quería —murmuró Qhuinn mientras miraba la tinta que cubría toda la parte de atrás de su cuello.

Cuando los dos volvieron a la habitación, Wrath se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó un juego de llaves de coche, y se las dio a Qhuinn.

—Estas son del Mercedes. A cualquier parte que vayas a ir con él, vas en ese coche hasta que podamos conseguirte otras ruedas. Es a prueba de balas, y más rápido que cualquier otra cosa en carretera.

—¿Y puedo llevarlo al ZeroSum?

—No es un prisionero.

John estampó el pie contra el suelo y gesticuló: *Tampoco soy un mariquita.*

Wrath ladró una risa.

—Nunca dije que lo fueras. John, dale las contraseñas de todas las puertas, del túnel y la verja.

—¿Y qué hay de las clases? —preguntó Qhuinn—. Cuando empiecen de nuevo, ¿permanezco junto a John de cualquier modo, incluso aunque me hayan expulsado?

Wrath se dirigió hacia la puerta y se detuvo antes de salir.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. El futuro es jodidamente incierto. Como de costumbre.

Después de que el Rey se marchara, John pensó en Blay. Realmente debería haber estado con ellos durante todo este asunto.

*Me gustaría ir al ZeroSum, dijo por señas.*

—¿Por qué? ¿Porque piensas que Blay va a ir allí? —Qhuinn se acercó al maletín y cargó la otra arma, el cargador quedó embutido en su lugar con un susurro y un chasquido.

*— Debes decirme qué está pasando. Ahora.*

Qhuinn se puso la pistolera y se enfundó las armas bajo las axilas. Tenía un aspecto... poderoso. Mortífero. Con el cabello negro corto, esos piercings en la oreja y el tatuaje bajo el ojo azul, si John no lo hubiera conocido, habría jurado que estaba frente a un Hermano.

*— ¿Qué pasó entre Blay y tú?*

*— Corté con él y fui cruel al respecto.*

*— Buen Dios... ¿Por qué?*

—Yo iba camino de la cárcel por asesinato, ¿recuerdas? Se habría consumido vivo de preocupación por mí. Eso habría arruinado su vida. Pensé que era mejor que me odiara a que sintiera nostalgia el resto de sus días.

*— Sin ofender, pero ¿realmente eres tan importante para él?*

Los ojos desiguales de Qhuinn taladraron los de John.

—Sí. Lo soy. Y no hagas más preguntas al respecto.

John reconocía un límite cuando lo veía: informalmente hablando, acababa de toparse de golpe con una pared de cemento con alambre de espino alrededor.

*— Aún así quiero ir al ZeroSum, y aún así quiero darle la oportunidad de reunirse con nosotros.*

Qhuinn sacó una chaqueta ligera de su bolsa y pareció recomponerse mientras se la ponía. Cuando se dio la vuelta, su característica sonrisa de listillo estaba de vuelta en su lugar.

—Tus deseos son órdenes, mi príncipe.

*— No me llames así.*

Mientras se dirigía a la salida, John envió un mensaje de texto a Blay, esperando que finalmente apareciera. ¿Tal vez cedería si se le chinchaba lo suficiente?

— ¿Entonces como debo llamarte? —dijo Qhuinn mientras se le adelantaba de un salto para abrir la puerta con una floritura—. ¿Prefieres «mi soberano»?

— *Dame un respiro, ¿quieres?*

— ¿Qué tal el viejo y querido «Amo»? —Cuando John simplemente le fulminó con una mirada por encima del hombro, Qhuinn se encogió de hombros—. Está bien, seguiré con cabezón entonces. Pero es cosa tuya, yo te he dado opciones.

## Capítulo 31



Había dos cosas que a la *glymera* le gustaban por encima de todas las demás: una buena fiesta y un buen funeral.

Con la masacre de los padres de Lash, habían tenido ambos.

Phury se sentó frente al ordenador de la oficina del centro de entrenamiento, con un dolor de cabeza que se alojaba directamente sobre su globo ocular izquierdo. Sentía como si el hechicero estuviera pinchándole el nervio óptico con un picahielos.

*De hecho, es un taladro, compañero,* dijo el hechicero.

*Claro,* pensó Phury. *Por supuesto que lo es.*

*¿Acaso eso es sarcasmo?* dijo el hechicero. *Ah, qué bien. Habías hecho planes para convertirte en un drogadicto y en una desilusión para tus hermanos, y ahora que has tenido éxito te vuelves descarado. Sabes, quizás debes empezar un seminario para otras personas. Algo así como: Phury, hijo de Ahgony y sus diez pasos para ser un completo y absoluto fracasado.*

*¿Pongo la máquina en funcionamiento? Déjame empezar con lo básico: nacer.*

Phury plantó los codos, uno a cada lado del ordenador portátil y se frotó las sienes, tratando de permanecer en el mundo real en lugar de ir a parar al cementerio del hechicero.

La pantalla del ordenador que tenía frente a sí brillaba, y mientras la miraba fijamente, pensaba en toda la mierda que estaba llegando al correo electrónico general de la Hermandad. La *glymera* simplemente no había entendido. En el mensaje que les había enviado, informaba sobre los ataques e instaba a la aristocracia a que abandonara Caldwell y se resguardara en sus refugios. Había tenido mucho cuidado con la redacción, ya que no era su intención incitar al pánico, pero al parecer, no había imbuido a la noticia con el suficiente horror.

Aunque uno pensaría que el asesinato del *leahdyre* y su *shellan* en su propio hogar, bastaría para asustarlos.

Dios, la noche pasada la Sociedad Restrictiva había cobrado muchas vidas y esta noche... teniendo en cuenta las respuestas de la *glymera*, probablemente se perderían muchas más. Muy pronto.

Lash sabía donde vivían todas las familias de la aristocracia de la ciudad, así que existía una gran posibilidad de que una parte muy significativa de la aristocracia estuviera en peligro. Además el pobre chico tampoco tenía por qué haberles dado todas las direcciones bajo coacción. Si los restrictores accedían solo a un par de esas casas, encontrarían pistas que los llevarían a muchas otras, como libretas de direcciones, invitaciones a fiestas y calendarios de reuniones. La fuga de información por parte de Lash iba a ser igual a un terremoto que golpeaba una falla tectónica, haría volar todo el paisaje.

¿Pero había tomado la *glymera* medidas inteligentes contra esa amenaza? No.

Según el correo que acababa de recibir de parte del Consejo de *Princeps*, los idiotas no iban a ir a ningún lugar seguro. En cambio, debían condolerse por la «dolorosa pérdida de un macho de buena situación y de una hembra de valor» dando una fiesta.

Sin lugar a dudas, tenían la intención de emprender una lucha de poderes para decidir quién iba a ser el próximo *leahdyre*.

¿Y para terminar? El tipo había hilvanado una pequeña cantinela donde decía que el Consejo de *Princeps* sería el que cobraría la deuda que se le debía a la familia de Lash como resultado de las acciones de Qhuinn.

Bueno, mira si eso no era la imagen de la generosidad. No se trataba de que quisieran quedarse con el dinero para... digamos... hacer una celebración cuando nombraran al nuevo *leahdyre*. Oh, infiernos, no. Ellos estaban «salvaguardando el importante precedente de asegurar que las malas acciones siempre eran castigadas».

Seguramente lo eran.

Gracias a Dios Qhuinn se había liberado de ellos, aunque fue algo sorprendente que Wrath nombrara al chico *ahstrux nohtrum* de John. Fue una jugada intrépida, sobre todo porque lo había hecho con retroactividad. ¿Y todo eso había pasado sólo porque Qhuinn había detenido una lucha de forma inapropiada? Seguramente había sucedido algo más en esas duchas, algo que estaba manteniéndose en secreto. De otra forma no tendría ningún sentido.



La *glymera* se iba a enterar que Wrath estaba protegiendo a Qhuinn, y en algún momento iban a reprocharle ese nombramiento al Rey. De todas formas, Phury estaba contento con la forma en que se habían dado las cosas. John, Blay y Qhuinn habían sido la crema y nata de la cosecha de estudiantes, y Lash... bueno, Lash siempre había sido un problema.

Qhuinn podía tener los ojos disparejos, pero Lash era quien tenía el defecto. Siempre había habido algo malo en ese chico.

El ordenador emitió un sonido para indicar que otro correo electrónico había ingresado en el buzón de entrada de la Hermandad. Esta vez era de la mano derecha del último *leahdyre*. Y hete aquí, que el tipo propugnaba una «postura firme contra lo que había sido una serie de trágicas pérdidas, pero que en definitiva sólo era una amenaza insignificante para la seguridad de nuestros hogares. Es mejor que en este momento nos reunamos y hagamos los rituales de luto apropiados para nuestros amados desaparecidos...»

Bueno, hablando de cosas estúpidas. Cualquiera que tuviera medio cerebro empacaría su juego de maletas Louis Vuitton y abandonaría rápidamente la ciudad hasta que pasara la tormenta. Pero no, ellos preferían sacar sus polainas y sus guantes para pretender que estaban en una película de Merchant Ivory, con toda la ropa negra y las expresiones ceremoniales de condolencia. Hasta podía escuchar los falsos y elaborados saludos de condolencias, que rebotarían de aquí para allá mientras los *doggens* uniformados les repartían bollos con salsa de setas y se iniciaba una educada lucha por el control político.

Sólo esperaba que recobraran la razón, porque incluso aunque fueran un fastidio, no quería que despertaran muertos, por así decirlo. Wrath podía tratar de ordenarles que salieran de Caldwell, pero lo más probable era que eso les hiciera hundir los talones en tierra aún más vehementemente. El Rey y la aristocracia no eran amigos. Infiernos, apenas si eran aliados.

Llegó otro correo electrónico, y sólo era más de lo mismo. *Nos quedaremos y haremos una fiesta.*

Por Dios, necesitaba un porro.

Y necesitaba...

La puerta del armario se abrió, y Cormia salió del pasadizo secreto que llevaba al túnel. Tenía una rosa color lavanda en su elegante mano y una expresión de distinguida circunspección en el rostro.

—¿Cormia? —dijo, sintiéndose ridículo. Cómo si hubiera cambiado su nombre a Trixie o a Irene en algún momento del día—. ¿Pasa algo malo?

—No tenía intención de molestarte. Fritz sugirió... —Se volvió como si esperara que el mayordomo estuviera detrás de ella—. Ah... me trajo aquí.

Phury se puso de pie, pensando en que ésta podría ser la retribución del mayordomo por su interrupción intempestiva de la noche anterior. ¿Y acaso eso no convertiría al *doggen* en un héroe?

—Me alegra.

Bueno, quizá *alegre* no era exactamente la palabra adecuada. Desgraciadamente, su impulso de fumar fue remplazado con la urgente necesidad de hacer algo más con la boca. Aunque la acción de chupar todavía seguía siendo parte del asunto.

Otro correo electrónico llegó, y el portátil hizo su anuncio. Ambos miraron al ordenador.

—Si estas ocupado, puedo irme...

—No lo estoy. —La *glymera* era como una pared de ladrillos y considerando que ya tenía dolor de cabeza, no había ninguna razón para seguir golpeándose el cerebro contra su obstinación. Aunque fuera trágico, no había nada que pudiera hacer hasta que el siguiente hecho terrible sucediera y nuevamente enviara un correo...

Aunque no sería él el que lo enviara, ¿cierto? Había estado al frente del teclado solo porque todos los demás tenían las manos ocupadas con las dagas.

—¿Cómo estás? —le preguntó, para callarse a sí mismo. Y porque su respuesta le importaba.

Cormia le echó un vistazo a la oficina.

—Nunca me hubiera imaginado que esto estaba aquí abajo.

—¿Te gustaría dar una vuelta por el lugar?

Ella dudó y adelantó la perfecta rosa lavanda... la cual era del mismo color que la pulsera que John Matthew le había regalado.

—Creo que mi flor necesita una bebida.

—Puedo arreglar eso. —Queriendo darle algo, lo que fuera, extendió la mano hacia un paquete de veinticuatro botellas de Poland Spring y sacó una. Abriendo el tapón, tomó un trago para bajar el nivel y la puso sobre el escritorio.

—Creo que esto será suficiente para mantenerla contenta.

Observó las manos de Cormia mientras colocaba la rosa en el jarrón provisional. Eran tan encantadoras y pálidas y... realmente necesitaba que las deslizara sobre su piel.

Sobre todo su cuerpo.

Cuando Phury se puso de pie, antes de rodear el escritorio, se sacó la camisa de dentro de los pantalones cuidando que los faldones cubrieran el frente. Odiaba desarreglarse la ropa, pero era mejor verse poco atractivo que arriesgarse a que ella se diera cuenta que estaba excitado.

Y lo estaba. Totalmente. Tenía el presentimiento de que siempre iba a ser así cuando estuviera con ella. Algo en el hecho de haberse corrido en su mano la noche anterior lo había cambiado todo.

Mantuvo abierta la puerta que daba al pasillo.

—Ven a conocer nuestro centro de entrenamiento.

Lo siguió fuera de la oficina y él la guió por los alrededores, describiéndole las cosas que hacían en el gimnasio, la sala de equipamiento, la sala de primeros auxilios y fisioterapia y el campo de tiro. Se mostraba interesada pero muy silenciosa, y tenía el presentimiento de que quería decirle algo.

Y podía adivinar de qué se trataba.

Iba a regresar al Otro Lado.

Se detuvo en la puerta del vestuario.

—Aquí es donde los muchachos se bañan y se cambian de ropa. Las aulas están más allá.

Cristo, no quería que se fuera. ¿Pero qué demonios esperaba que hiciera? La había dejado sin nada que hacer aquí.

*Tú eres quien no tiene nada que hacer aquí,* le señaló el hechicero.

—Vamos, déjame mostrarte uno de los salones de clase —dijo para seguir con el itinerario.

La llevó al aula que él usaba, sintiendo un curioso orgullo al mostrarle el lugar en donde trabajaba.

En donde *había* trabajado.

— ¿Qué es todo esto? — preguntó, mientras señalaba la pizarra cubierta de figuras.

— Oh... si... — Se le adelantó y tomó un borrador de fieltro, pasándolo rápidamente sobre un análisis que describía a las posibles víctimas si una bomba detonaba en el centro de la ciudad de Caldwell.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, pero era más bien como si estuviera conteniéndose que haciendo un gran gesto defensivo.

— ¿Piensas que no sé a qué se dedica la Hermandad?

— Eso no significa que quiera recordártelo.

— ¿Vas a regresar a la Hermandad?

Él se paralizó y pensó: *Bella tiene que habérselo dicho.*

— No sabía que te habías enterado que estaba fuera.

— Lo siento, no es algo de mi incumbencia...

— No, está bien... y, bueno, creo que mis días como guerrero han terminado. — La miró por encima del hombro y se estremeció por lo perfecta que se veía, con el trasero apoyado contra una de las mesas de los estudiantes y los brazos entrelazados—. Ey... ¿te molestaría que te dibujara?

Se sonrojó.

— Supongo que... bueno, si lo deseas. ¿Debo hacer algo?

— Sólo quédate donde estás. — Se volvió para poner el borrador en el pequeño estante de la pizarra y tomó un pedazo de tiza—. En realidad... ¿podrías soltarte el pelo?

Como no le contestó, miró hacia atrás y se sorprendió al encontrarla con las manos sobre su cabello, intentando quitarse los pasadores dorados. Uno por uno, los mechones de rizos rubios se soltaron y cayeron enmarcándole el rostro, el cuello y los hombros.

Incluso bajo las poco favorecedoras luces fluorescentes del aula, lucía radiante.

— Siéntate en la mesa — dijo con voz ronca—. Por favor.

Hizo lo que le pidió y cruzó las piernas... y, Santo infierno, la túnica se abrió, separándose generosamente hasta la altura del muslo. Cuando trató de cerrársela, él susurró:

—Déjala así.

Dejó las manos quietas, y luego las llevó hacia atrás y las apoyó sobre la mesa para soportar el peso de su cuerpo.

—¿Así está bien?

—No. Te. Muevas.

Phury se tomó su tiempo para dibujarla, la tiza se convirtió en sus manos al recorrerle su cuerpo, demorándose en su cuello, la hinchazón de sus pechos, la curva de su cadera y la larga extensión de sus suaves piernas. Le hizo el amor mientras transfería su imagen hacia la pizarra, el roce de la tiza producía un ruido áspero.

O quizá era su propia respiración.

—Eres muy bueno —dijo ella, en un momento dado.

Tenía los ojos demasiado ocupados y hambrientos como para contestarle, y él estaba demasiado preocupado con lo que estaba imaginando que le haría cuando terminara.

Después de una eternidad que duró sólo un instante, dio un paso atrás para evaluar su obra. La perfección. Era ella, pero más... aunque había un tono sexual subyacente en la composición que incluso ella tuvo que haber notado. No quería conmocionarla, pero no hubiera cambiado ese aspecto de su obra. Estaba en cada línea de su cuerpo, en su pose y en su rostro. Era el ideal sexual femenino. Al menos para él.

—He terminado —dijo tempestuosamente.

—¿Esa... soy yo?

—Así es como yo te veo.

Hubo un largo silencio. Entonces dijo un poco asombrada:

—Crees que soy hermosa.

Él siguió con el dedo las líneas que había dibujado.

—Sí, lo creo. —El silencio que siguió amplió la distancia que había entre ellos, haciéndolo sentir un poco tonto—. Bueno, ahora... —dijo—. No podemos dejar esto aquí...

—¡Por favor! ¡No! —dijo, extendiendo la mano—. Déjame mirarme un poco más. Por favor.

*De acuerdo. Muy bien.* Todo lo que ella deseara. Demonios, a esas alturas, ella podría haberle ordenado a su corazón que dejara de latir, y la cosa habría acatado su orden

alegremente. Se había convertido en su torre de control, en la dueña de su cuerpo, y cualquier cosa que le pidiera que hiciera dijera o consiguiera, lo haría. Sin preguntas. Sin importar los medios que tuviera que usar para lograrlo.

En el fondo de su mente, sabía que todo eso era característico en un macho emparejado: tu hembra ordenaba y tú obedecías. Excepto que también sabía que no podía haberse vinculado con ella. ¿Verdad?

— Es tan hermoso — dijo, con los ojos verdes fijos en la pizarra.

Se volvió para enfrentarla.

— Esa eres tú, Cormia. Tú eres así.

Sus ojos se iluminaron, y entonces como si se sintiera incómoda, se llevó las manos hacia la abertura de la túnica y la cerró.

— Por favor, no — susurró, repitiendo las palabras de ella —. Déjame mirar un poco más. Por favor.

La tensión se elevó entre ellos, acorralándolos definitivamente.

— Lo siento — dijo, molesto consigo mismo —. No quise hacerte sentir...

Ella soltó la túnica, y ese delicioso tejido blanco se abrió con tal absoluta obediencia que sintió deseos de palmearle la cabeza y darle un hueso.

— Tu esencia es muy penetrante — dijo ella con voz profunda.

— Sí. — Soltó la tiza e inhaló, oliendo jazmines —. Igual que la tuya.

— Quieres besarme, ¿verdad?

Él asintió.

— Sí. Lo deseo.

— Te sacaste la camisa fuera del pantalón. ¿Por qué?

— Porque tengo una erección. Me excité en el mismo instante en que entraste a la oficina.

Ella siseó ante esas palabras, y deslizó la mirada por su cuerpo desde el pecho hasta las caderas. Cuando entreabrió los labios, él supo exactamente lo que estaba pensando: lo imaginaba corriéndose en su mano.

— Es increíble — dijo suavemente —. Cuando estoy contigo así, nada más me importa. Nada más que...

Caminó en su dirección.

—Lo sé.

Cuando se detuvo frente a ella, levantó la vista.

—¿Vas a besarme?

—Si me lo permites.

—No deberíamos —dijo, poniéndole las manos en el pecho. Pero sin embargo, no lo apartó. Aferró su camisa como si fuera un salvavidas—. No deberíamos hacerlo.

—Cierto. —Apartó un mechón de su cabello y se lo puso detrás de la oreja.

Su desesperación de entrar en ella de alguna manera, de cualquier manera, hizo que su lóbulo frontal sufriera un cortocircuito. Al estar de pie frente a ella lo invadió un sentimiento que nacía de su naturaleza más primordial, de los instintos más básicos de un macho.

—Pero esto puede ser algo personal, Cormia. Algo que sólo se trate de ti y de mí.

—Personal... me gusta lo personal. —Levantó la barbilla, ofreciéndole lo que él deseaba.

—A mi también —gruñó, mientras se ponía de rodillas.

Ella pareció un poco desconcertada.

—Creí que querías besarme...

—Y así es. —Deslizó las palmas de las manos alrededor de sus tobillos y le acarició las pantorrillas—. Me muero por besarte.

—Pero entonces por qué...

Le descruzó suavemente las piernas y bendijo el corazón de esa maldita túnica, que se había abierto deslizándose completamente a los lados, para revelar todo: sus caderas, sus muslos y la pequeña abertura que tanto necesitaba.

Phury se lamió los labios mientras deslizaba las manos por el interior de sus piernas, separándolas lenta e inexorablemente. Con un suspiro erótico, ella se reclinó hacia atrás para darle espacio, afirmándole de esa forma que estaba de acuerdo con lo que estaba ocurriendo, tan preparada para ello como él lo estaba.

—Reclínate hacia atrás —le dijo—. Reclínate y acuéstate.

*Oh, mierda...* para él era suave como la crema, dejándose caer hacia atrás hasta que estuvo completamente acostada sobre la mesa.

—¿Así?

—Sí... exactamente así.

Con la palma de la mano le recorrió la parte trasera de una de sus piernas y le extendió el pie para apoyárselo en el hombro. Los besos comenzaron en la pantorrilla, y seguían el camino que iban abriendo sus manos, que iban subiendo cada vez más y más. Se detuvo en la mitad del muslo y la volvió a mirar para ver si estaba verdaderamente de acuerdo. Estaba observándolo con los ojos verdes enormemente abiertos, los dedos sobre los labios, y la respiración jadeante.

—¿Estás de acuerdo con esto? —preguntó con un tono de voz bajo y ronco—. Porque una vez que empiece, me será muy difícil detenerme, y no quiero asustarte.

—¿Qué me vas a hacer?

—Lo mismo que me hiciste anoche con la mano. Salvo que yo voy a utilizar la boca.

Ella gimió y puso los ojos en blanco.

—Oh, querida Virgen Escriba...

—¿Eso es un sí?

—Sí.

Él extendió la mano hacia arriba hasta alcanzar el lazo de su túnica.

—Voy a cuidar de ti. Confía en mí.

Y, mierda, sí, sabía que lo haría. Una parte de él sabía con absoluta certeza que le iba a dar placer, aunque nunca hubiera hecho eso antes.

Él desató el lazo y abrió la túnica.

Su cuerpo le fue revelado, desde sus pechos firmes y erguidos hasta la plana extensión de su estómago y los adorables labios pálidos de su sexo. Cuando bajó la mano para ponerla sobre el montículo de su sexo, se convirtió en el dibujo que él había hecho el día anterior, era toda sexualidad, femenina y poderosa... pero esta vez era real en carne y hueso.

—Jesús... Bendito. —Sus colmillos le pincharon el interior de la boca, recordándole que ya hacía un tiempo que no se alimentaba. Cuando un ruido surgió de su garganta que era una exigencia y una súplica a la vez, no podía estar seguro de qué parte del gemido era provocada por el deseo de su sexo y qué parte era provocada por el deseo de su sangre.

¿Aunque realmente era tan importante separarlas?

—Cormia... Te necesito.



La forma en que ella separó las piernas fue un regalo como ninguno que hubiera recibido empaquetado y etiquetado para él: cuando se abrió un poco más, pudo vislumbrar el centro color rosa que estaba anhelando. Ya estaba húmedamente brillante.

Y él iba a incrementar esa humedad.

Con un gruñido, se abalanzó y puso la boca sobre ella, dirigiéndose directamente hacia el corazón de su cuerpo.

Ambos gritaron. Mientras las manos de ella se enterraban en su cabello, él le agarró los muslos con fuerza y se internó aún más profundamente. La sentía tan cálida contra sus labios, ardiente y mojada, y la hizo poner más ardiente y más mojada dándole besos franceses a su sexo. Cuando gimió, el instinto se apoderó de ambos, pavimentando el camino para que él la lamiera y ella hiciera girar las caderas.

Dios, los sonidos eran increíbles.

Pero saborearla era mucho mejor.

Cuando miró por encima de su estómago hacia sus pechos, tuvo la imperiosa necesidad de tomar sus pequeños pezones. Extendiendo la mano, se los pellizcó suavemente y luego los acarició con los pulgares.

La forma en la que se arqueó lo llevó casi al punto del orgasmo. Simplemente era demasiado.

—Mueve las caderas más rápido —dijo—. Por favor... Dios, mueve tus caderas contra mí.

Cuando su pelvis empezó a mecerse, extendió su lengua y dejó que ella se la montara de la forma que quisiera, que usara su carne para darse placer a sí misma. Pero sin embargo, no duró mucho tiempo de esa forma. Necesitaba estar aún más cerca. Atrapando sus caderas con las manos, presionó el rostro desde la barbilla hasta la nariz contra ella, y se convirtió en todo lo que saboreaba, olía y conocía.

Y entonces llegó el momento de ponerse realmente serio.

Se desplazó hacia arriba y comenzó a dar golpecitos insistentes con la lengua en la parte superior de su sexo, sabiendo que estaba en el lugar correcto por los jadeantes sonidos que emitía. Cuando empezó a mover las caderas con creciente frenesí, se estiró para tomarle la mano y tranquilizarla. Se aferró a la palma que le ofreció con tanta fuerza,

que le iba a dejar las marcas de sus uñas, y eso era absolutamente fantástico. Quería tener esas medias lunas sobre su espalda y también... sobre su trasero, cuando la penetrara.

Quería estar sobre toda ella, dentro de ella.

Él también quería dejarle sus marcas.

Cormia sabía que su cuerpo estaba haciendo exactamente lo mismo que había hecho el del *Primale* el día anterior. La tormenta que se estaba acumulando en su interior y la urgencia y el calor que rugían a través de su cuerpo le hicieron saber que estaba en el mismo lugar dónde él había estado.

En el borde.

El *Primale* se sentía enorme entre sus piernas, sus anchos hombros la abrían ampliamente. Su hermoso cabello multicolor estaba desparramado encima de los muslos, y su boca se deslizaba una y otra vez contra su núcleo, labios uniéndose a otros labios, su resbaladiza lengua contra los resbaladizos pliegues. Todo parecía tan glorioso, aterrador e inevitable... y la única razón de que no se sintiera completamente abrumada era el peso de la mano de él contra la suya.

Ese contacto era mejor que cualquier palabra de apoyo a muchos niveles... pero principalmente porque si él hubiera intentado hablarle, habría tenido que dejar de hacer lo que estaba haciendo y eso hubiera sido un crimen.

Justo cuando pensó que se fragmentaría en mil pedazos, una ola de energía estalló a lo largo de su cuerpo, impulsándola hacia arriba, hacia otro lugar mientras su cuerpo se agitaba rítmicamente. Con toda esa maravillosa tensión liberándose, la descarga fue tan satisfactoria que hizo saltar lágrimas de sus ojos, y gritó algo... o quizá no fue nada sólo una explosión de aliento.

Cuando terminó, el *Primale* levantó la cabeza, le dio una última y lenta caricia ascendente con la lengua antes de apartarse de su centro.

— ¿Estás bien? —le preguntó, con una expresión salvaje en los ojos amarillos.

Ella abrió la boca para hablar. Pero como nada coherente salió de sus labios, asintió.

El *Primale* se lamió los labios de forma agradable y lenta, enseñando las puntas de sus colmillos... que se hicieron más pronunciados cuando le miró el cuello.

Inclinar la cabeza a un lado y ofrecerle su vena fue la cosa más natural del mundo.

—Toma de mí —le dijo.

Le brillaron los ojos y se irguió sobre su cuerpo, besándole el estómago, deteniéndose para lamerle concienzudamente uno de los pezones. Y luego sus colmillos se posaron sobre su garganta.

—¿Estás segura?

—Sí... *oh, ¡DIOS!*

El mordisco fue duro y profundo, y sucedió muy rápidamente... como había imaginado que sería. Él era un Hermano necesitado de aquello que los sustentaba a todos, y ella no era algo frágil que pudiera quebrarse. Ella dio y él lo tomó, y otra ola de tensión salvaje comenzó a crecer en su interior nuevamente.

Se removió sobre la mesa, y abrió las piernas.

—Tómame. Mientras haces eso... entra dentro de mí.

Sin dejar de succionar de su garganta, gruñó ferozmente y comenzó a desabrocharse los pantalones, la hebilla del cinturón resonó contra la mesa. Tiró bruscamente de ella hacia abajo, deslizó las manos detrás de sus rodillas, y le separó las piernas.

Sintió un ardiente y duro sondeo...

Pero entonces se detuvo.

La succión se convirtió en una suave lamida y luego en pequeños besos, hasta que se quedó absolutamente inmóvil salvo por su respiración. Ella todavía podía sentir el deseo sexual en su sangre, todavía podía oler su oscura esencia, aún podía sentir la necesidad que él tenía de su vena, pero no se movió aunque estaba dispuesta para su uso.

Lentamente le soltó las piernas, la encerró entre sus brazos, y hundió la cabeza en su hombro.

Ella lo abrazó dulcemente, y él equilibró el tremendo peso de sus músculos y huesos entre el suelo y la mesa para evitar aplastarla.

—¿Estás bien? —le dijo al oído.

Su cabeza se agitó adelante y atrás y se acercó un poco más a ella.

—Hay algo que debes saber.

—¿Qué te aflige? —dijo acariciándole el hombro—. Habla conmigo.

Le dijo algo que no entendió.

—¿Qué?

—Soy... virgen.

## Capítulo 32



— ¿Esta noche? — preguntó Xhex —. ¿Te irás al norte esta noche?

Rehv asintió y se inclinó para volver a revisar los planos de construcción del nuevo club. Los rollos de papel estaban estirados en el escritorio, los dibujos arquitectónicos azules preponderaban sobre cualquier otro trabajo de oficina.

No. Esto no era lo que quería. El flujo no era correcto... era demasiado abierto. Quería un esquema que estuviera lleno de pequeños lugares donde las personas pudieran desaparecer en las sombras. Quería una pista de baile, seguro, pero no una cuadrada. Quería algo inusual. Espeluznante. Eventualmente amenazador y muy elegante. Quería que el club fuera Edgar Allan Poe, Bram Stoker y Jack El Destripador, todo hecho en cromo niquelado y una gran cantidad de negro lustroso. Lo Victoriano encontrándose con lo Gótico.

La mierda que estaba mirando era como cualquier otro club en la ciudad.

Apartó los planos y miró su reloj.

— Debo irme.

Xhex se cruzó de brazos y se paró frente a la puerta del despacho.

— Y no, no lo harás — dijo él.

— Quiero ir.

— ¿Estoy teniendo un desagradable déjà vu? ¿Porque no hicimos exactamente lo mismo anteanoche? ¿Así como otras cien veces? La respuesta es y siempre será no.

— ¿Por qué? — siseó —. Nunca he entendido por qué. A Trez lo dejas ir.

— Trez es diferente. — Rehv se puso el abrigo de marta y abrió el cajón del escritorio. El nuevo par de Glock calibre cuarenta que acababa de comprar, encajaban perfectamente en la pistolera que se había puesto debajo del traje Bottega Veneta.

— Sé lo que haces. Con ella.

Rehv se quedó frío. Luego siguió deslizando las armas en las fundas.

— Por supuesto que lo sabes. Me reúno con ella. Le doy el dinero. Me voy.

— Eso no es todo lo que haces.

Él le mostró los colmillos.

— Sí. Lo es.

— No, no lo es. ¿Es eso lo que no quieres que vea?

Rehv apretó las muelas y la miró furioso desde la otra punta de la oficina.

— No hay nada que ver. Punto.

Xhex no retrocedía a menudo, pero en esta ocasión tuvo el buen sentido de no presionarlo más. Aún cuando en sus ojos la ira hervía a fuego lento, dijo:

— Los cambios en la agenda no son buenos. ¿Te dio algún motivo?

— No. — Él se dirigió a la puerta —. Pero sólo se trata de los negocios normales de siempre.

— Ese tipo de negocio no tiene nada de normal. Has olvidado eso.

Pensó en los años que hacía que venía soportando esa maldita basura y en que el futuro traería más de lo mismo.

— Estas muy equivocada acerca de la parte del olvido. Créeme.

— Dime algo. Si ella tratara de lastimarte, ¿dispararías a matar?

— Haré de cuenta que no me has hecho esa pregunta.

El tema de conversación en sí mismo era suficiente para hacerle querer salirse de su piel y enviar la mierda a la tintorería. La idea de que Xhex estuviera llamándole la atención sobre algo que él no quería contemplar demasiado detenidamente era absolutamente intolerable.

Además, a decir verdad, una parte de él amaba lo que hacía una vez al mes. Pero esa realidad era totalmente insoportable cuando estaba en el mundo en el que habitaba más frecuentemente, el mundo en que la Dopamina le permitía vivir, el mundo que era relativamente normal y saludable.

Esa pequeña porción de fealdad que habitaba en su corazón era algo que seguro como la mierda no compartiría con nadie.

Xhex se puso las manos en las caderas y levantó la barbilla, la clásica pose que adoptaba cada vez que discutían.

— Llámame cuando esté hecho.

— Siempre lo hago.

Juntó los planos del club, recogió su bolso, salió del despacho y entró en el callejón. Trez estaba esperándole en el Bentley, y cuando vio a Rehv, desocupó el asiento del conductor.

La voz profunda y melódica del moro apareció en la cabeza de Rehv. ESTARÉ ALLÍ EN CUESTIÓN DE MEDIA HORA PARA EXAMINAR LOS ALREDEDORES E INVESTIGAR LA CABAÑA.

— Bien.

DIME QUE ESTÁS SIN TRATAMIENTO.

Rehv palmeó al tipo en el hombro.

— Desde hace una hora. Y sí, tengo la antitoxina.

BIEN. CONDUCE CON CUIDADO, IDIOTA.

— No. Voy a apuntar hacia los camiones de carga y los ciervos errantes.

Trez cerró la puerta y dio un paso atrás. Cuando cruzó los brazos sobre su macizo pecho, esbozó una rara sonrisa, los blancos colmillos resplandecieron contra el oscuro y bello rostro. Por una fracción de segundo, los ojos centellearon con un brillante color verde olivina... que era el equivalente moro de un guiño.

Mientras salía Rehvenge, se sintió contento de que Trez lo respaldara. El moro y su hermano, iAm, tenían un saco de selectos trucos que desafiarían incluso a un *symphath*. Eran, después de todo, miembros de la realeza del s'Hisbe de las Sombras.

Rehv miró el reloj del Bentley. Debía encontrarse con la Princesa a la una de la madrugada. Considerando que tenía dos horas de viaje hacia el norte y que eran las once y cuarto, iba a tener que conducir como un murciélago salido del infierno.

Mientras salía, también pensó en Xhex. No quería saber cómo se había enterado de la parte del sexo... lo que si esperaba realmente era que ella continuara respetando sus deseos y que fuera tras él y se escondiera en las sombras para vigilarlo.

Odiaba que supiera que era utilizado igual que una puta.

Por un lado, Phury no podía creer que las palabras «soy virgen» hubiesen salido de su boca. Por otro, se alegraba de haberlas dicho.

Sin embargo, no tenía idea de qué pensaba Cormia. Guardaba un silencio de muerte.

Se echó hacia atrás lo suficiente para embutir su sexo de vuelta en los pantalones y cerrarlos, luego le enderezó la túnica, uniendo las dos mitades y cubriéndole el bello cuerpo.

En el silencio que se produjo entre ellos, comenzó a pasear de un lado a otro, yendo de la puerta a la pared más alejada y de regreso.

Los ojos de ella seguían cada uno de sus movimientos. *Dios, ¿Qué demonios estaría pensando?*

—Supongo que no debería tener importancia —dijo—. No sé por qué lo traje a colación.

—Cómo es posible... lo siento. Esa pregunta es muy inapropiada...

—No, no me importa explicarlo. —Hizo una pausa, no estando muy seguro acerca de si ella había leído acerca del pasado de Zsadist—. Hice un voto de celibato cuando era joven. Para hacerme más fuerte. Y me atuve a ello.

*No del todo, compañero, intervino el hechicero. Cuéntale lo de la puta, ¿por qué no? Cuéntale sobre la prostituta que compraste en el ZeroSum, la que tomaste en un cuarto de baño y con la cual no pudiste terminar.*

*Qué típico de ti ser excepcional de una mala manera. El único virgen mancillado en el planeta.*

Phury se detuvo delante del dibujo de la pizarra. Lo había echado todo a perder.

Tomando un pedazo de tiza, empezó por los pies, comenzando a dibujar las hojas de hiedra.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella—. Lo estas arruinando.

*Ah, muchacha, respondió el hechicero. Por muy bueno que él sea dibujando, es mejor arruinando.*

Antes que pasara mucho tiempo, el bellissimo dibujo de ella estaba cubierto por un manto de hojas de hiedra. Cuando hubo terminado, se alejó de la pizarra.

—Probé el sexo una vez. Y no resultó.

—¿Por qué no? —preguntó con voz tensa.

—No era conveniente. No fue una buena elección. Me detuve.

Hubo un momento de silencio y luego se oyó un sonido de algo restregándose contra otra cosa cuando ella se bajó de la mesa.



— Tal como pasó ahora conmigo.

Él se giró bruscamente.

— No, eso no es...

— Te detuviste, ¿verdad? Escogiste no seguir.

— Cormia, no es...

— ¿Para quién te estás guardando? — Sus inteligentes ojos le provocaron un dolor del demonio cuando se fijaron en él —. ¿O la pregunta sería más del tipo «de qué»? ¿Es por la fantasía que tienes de Bella? ¿Es eso lo que te detiene? Si lo es siento lástima por las Elegidas. Pero si te escudas en el celibato para conservarte aislado y a salvo, siento lástima por ti. Esa fortaleza tuya es solo un engaño.

*Ella tenía razón. A la mierda con él, pero tenía tanta razón.*

Cormia se recogió el cabello y mientras lo fijaba con horquillas en su lugar, lo contemplaba con la dignidad de una Reina.

— Vuelvo al Santuario. Te deseo lo mejor.

Cuando se volvió para marcharse, él se le acercó.

— Cormia, espera...

Cuando intentó agarrarle el brazo, ella lo esquivó.

— ¿Por qué debería esperar? ¿Qué va a cambiar precisamente? Nada. Ve y yace con las demás. Si puedes. Y si no puedes, debes renunciar para que otra persona pueda ser la fuerza que la raza necesita.

Dio un portazo tras ella.

De pie en el aula vacía, con la risa del hechicero tronando en los oídos, Phury cerró los ojos y sintió que el mundo se encogía a su alrededor hasta que su pasado, su presente y su futuro comenzaron a estrangularlo... Convirtiéndolo en una de las estatuas cubiertas de hiedra que habitaban en aquel desolado jardín familiar.

*Esa fortaleza tuya es solo un engaño...*

En el silencio que lo rodeaba, esas palabras se repetían en su mente, una y otra vez.

## Capítulo 33



—Esto es sólo un club —dijo el hijo del Omega, con un tono de voz frustrado y molesto a la vez.

El señor D apagó el jadeante motor del Focus y echó un vistazo.

—Sip. Y nosotros vamos a conseguirte lo que necesitas aquí.

Habían estado conduciendo sin rumbo durante bastante tiempo, porque el hijo del Omega no podía parar de vomitar. La última sesión de arcadas había sido aproximadamente cuarenta minutos antes, así que el señor D estaba bastante seguro de que las cosas se habían asentado algo. Era difícil saber si los vómitos eran por lo que el hijo había tenido que hacer o una consecuencia de su iniciación. De cualquier modo, el señor D había cuidado de él, en determinado momento hasta había sujetado la cabeza del hijo, ya que el tipo había estado demasiado débil para hacerlo por sí mismo.

El Screamer's era el lugar adecuado para guarecerse. Incluso aunque el hijo del Mal no fuera capaz de comer o tener sexo, había una cosa que seguramente encontrarían allí: machos humanos borrachos que podían ser utilizados como sacos de arena.

A pesar de estar cansado y crispado como estaba, el hijo tenía poder en sus venas, poder que necesitaba ser liberado. El club y sus idiotas eran el arma. El hijo era la bala.

Y una pelea podría despertar cosas realmente buenas.

—Vamos, ahora —dijo el señor D, apeándose.

—Esto es una chorrada. —Las palabras deberían haber sonado rudas, pero el tono todavía era como el del tipo cuyo silo de grano está vacío.

—No lo es. —El señor D dio la vuelta, abrió la puerta del hijo, y le ayudó a salir—. Solo debes confiar en mí.

Cruzaron la calle hacia el club, y cuando el gorila que estaba a la cabeza de la fila para entrar le echó un vistazo al señor D, éste le deslizó al gran hombre uno de cincuenta, lo cual les hizo entrar.

—Sólo vamos a quedarnos un rato —dijo el señor D mientras lo llevaba hacia la barra a través de la multitud.

Un duro rap hacía vibrar todo el bar, y mientras las mujeres vestidas con trocitos de cuero desfilaban evaluando pollas, los hombres se medían con la mirada unos a otros.

Supo que había hecho bien cuando los ojos del hijo pusieron en la mira a un grupo de estudiantes que estaban aullando ruidosamente y sorbiendo salsa picante en vasos de Martini.

—Sip, sólo estamos tomándonos un pequeño respiro—dijo el señor D con satisfacción.

El camarero preguntó:

—¿Qué les traigo?

El señor D sonrió

—Nada para nosotros...

—Un disparo de Patrón —dijo el hijo.

Cuando el camarero se marchó, el señor D se inclinó hacia él.

—Ya no puedes comer. Tampoco puedes beber ni tener sexo.

Los pálidos ojos del hijo cayeron sobre él.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo?

—No, señor, esa es la forma...

—Sí, si, a la mierda con eso. —Cuando llegó el vaso, el hijo le dijo al camarero—: Abre una cuenta.

Lash se bebió el tequila de un trago mientras miraba ferozmente al señor D.

Éste sacudió la cabeza y empezó a buscar el baño con la vista. Si, colega, cuando él había intentado el tema de la comida había acabado vomitando durante una hora seguida, y ¿no habían tenido bastante de aquello por esa noche?

—¿Dónde está el segundo? —aulló Lash al camarero.

El señor D giró la cabeza alrededor. El hijo del Omega estaba allí de pie, feliz como unas pascuas, tamborileando los dedos sobre la barra. Llegó el segundo trago. Luego el tercero.

Después de ordenar el cuarto, los pálidos ojos de Lash se deslizaron sobre él, con la agresividad brillando en ellos.

—Entonces, ¿Qué me decías acerca de no comer ni beber?

El señor D no podía decidir si estaba viendo una bomba a punto de estallar... o un milagro. Ningún restrictor era capaz de tomar comida ni bebida después de la conversión. La sangre negra del Omega los nutría y era incompatible con todo lo demás. Todo lo que necesitaban para sobrevivir era un par de horas de descanso cada día.

—Supongo que tú eres diferente —dijo el señor D en un respetuoso tono de voz.

—Por supuesto que lo soy —murmuró el hijo, y ordenó una hamburguesa.

Mientras el tipo comía y bebía, podías ver como el color volvía a su rostro y la mirada vacía era sustituida por una de confianza. Y mientras miraba la hamburguesa, las patatas y todo aquel tequila bajar por la garganta de Lash, el señor D tuvo que preguntarse si el hijo palidecería como le ocurría al resto de los restrictores. Obviamente las reglas generales no eran de aplicación aquí.

—¿Y que es esa mierda de no poder tener sexo? —dijo el hijo mientras se limpiaba la boca en una servilleta negra de papel.

—Somos impotentes. Ya sabes, no podemos levantar...

—Sé lo que significa, Profesor.

El hijo puso el ojo en una rubia de vida alegre que estaba sentada al final de la barra. El señor D nunca hubiera tenido las agallas suficientes como para ir tras una mujer de ese tipo, ni siquiera aunque hubiera sido capaz de tener una erección. Con su cuerpo digno de *Playboy* y su rostro de Reina del baile de graduación, la hubiera calificado como muy por encima de su liga. Para no mencionar que ella jamás se hubiera fijado en él.

Sin embargo ella sí que se fijó en el hijo, y la forma en que estaba mirando al tipo hizo que el señor D valorara a su nuevo jefe más cuidadosamente. Lash era un hijo de puta atractivo, demasiado en realidad, con el cabello rubio cortado al rape, el rostro cincelado y aquellos ojos grises. Y también tenía la clase de cuerpo que hace que las mujeres vayan a por él, grande y musculoso, su torso era un triángulo invertido asentado sobre sus caderas, preparado para toda clase de acción.

Al señor D se le ocurrió pensar que si estuvieran todavía en el colegio, estaría orgulloso de ser visto en compañía del hijo. Y probablemente en las salidas con el tipo de gente que frecuentara el hijo.

Pero esto no era el colegio, y Lash lo necesitaba. También lo sabía.

La chica al otro lado de la barra le sonrió al hijo, sacó la cereza de su bebida azul, y arremolinó la rosada lengua alrededor del cebo.

Casi podías imaginártela haciendo eso a un par de pelotas y el señor D tuvo que apartar la mirada. Oh, sí, se estaba ruborizando como si todavía fuera humano. Siempre se había ruborizado cuando se trataba de chicas.

El hijo saltó del taburete.

—Nada de comida. Nada de sexo. Si, seguro. Espera aquí cabrón.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la mujer.

Cuando el señor D se vio abandonado en la barra con un vaso vacío y un plato con manchas de ketchup y grasa, pensó que había hecho bien. Había querido que el hijo del Omega se distrajera pensando en otras cosas aparte de la masacre de sus padres vampiros... aunque había imaginado que la distracción sería una buena pelea a puñetazos.

En lugar de eso, el hijo tomó una deliciosa comidita y algo de alcohol. Y ahora iba a rematar las cosas apartando la experiencia de su mente a fuerza de embates sexuales.

Cuando el camarero preguntó si deseaba algo, el señor D hizo un gesto negativo con la cabeza. Era una maldita pena que ya no pudiera beber. Le había gustado su SoCo. Esa hamburguesa también le habría sabido bien. Había amado las hamburguesas, realmente.

—¿Tienes algo para mí, perro guardián?

El señor D miró en dirección a la voz. Un tipo grande, con sonrisa de asno y un ego del tamaño de un tráiler se había inclinado sobre la barra y miraba al camarero. Bajo su chaqueta de cuero negra, que tenía una enorme águila bordada en la espalda, estaba vestido con vaqueros tres tallas demasiado grandes y botas de trabajo. Alrededor del cuello llevaba varias cadenas de diamantes, y tenía un ostentoso reloj.

El señor D no era un experto en joyas, pero tenía debilidad por los anillos de graduación. Era de oro amarillo, a diferencia del resto de sus chismes, y tenía una pálida piedra azul en el centro.

Al señor D le hubiera gustado graduarse en el instituto.

El camarero le respondió:

—Tengo algo, sí. —Señaló con la cabeza al grupo de tipos que hacía un rato habían cabreado al hijo—. Les dije a quien debían buscar.

—Bien. —El Gran Tipo sacó algo de su bolsillo y ambos se estrecharon las manos.

*Dinero*, pensó el señor D.

El Gran Tipo sonrió ampliamente y se enderezó la chaqueta de cuero, el anillo de graduación lanzó destellos azules. Se aproximó a los tipos desde el lateral, después giró como si estuviera mostrándoles la espalda de su chaqueta.

Hubo un silbido, griteríos y después un montón de manos se metieron en bolsillos y luego muchas palmas fueron estrechadas y hubo un poco más de manoseo de bolsillos.

Nada disimulado. Había otras personas mirando y era bastante obvio que no estaban intercambiando tarjetas de visita.

El señor D pensó que no iba a durar mucho en los negocios.

— ¿Está seguro que no quiere nada? —le preguntó el camarero.

El señor D echó una mirada en dirección el baño donde Lash había metido a la rubia.

— Nah, gracias. Sólo estoy esperando a mi amigo.

El camarero sonrió burlonamente.

— Apostaría que va a tardar. Ella parecía de las que proporcionan una buena cabalgada.

En la planta alta, Cormia estaba en su dormitorio empaquetándolo todo... que no era mucho.

Mirando la pequeña pila de túnicas, libros de oraciones y quemadores de incienso que había reunido, profirió una palabrota al darse cuenta que se había dejado la rosa en el despacho. En fin, igual no habría podido llevársela al Santuario. Las únicas cosas de este lado que estaban permitidas allí eran las de importancia histórica.

En el sentido más amplio, por supuesto.

Miró hacia su más reciente —y última— construcción de palillos y guisantes.

Era tan hipócrita, criticando al *Primale* por buscar fortaleza en el aislamiento, cuando ¿Qué era lo que estaba haciendo ella? Dejar este mundo que la desafiaba tanto, con intención de solicitar una reclusión que sería incluso más rigurosa que la que había tenido antes como Elegida.

Se le llenaron los ojos de lágrimas...

El golpe en la puerta fue suave.

—¡Un momento! —gritó, intentando calmarse. Cuando finalmente fue a abrir la puerta, se le desorbitaron los ojos y tiró de las solapas de la túnica uniéndolas, para esconder la marca de mordisco que tenía en el cuello—. ¿Hermana mía?

La Elegida Layla estaba al otro lado, viéndose tan adorable como siempre.

—Saludos.

—Sí, saludos.

Intercambiaron prolongadas y profundas reverencias, que era lo más cercano a un abrazo que las Elegidas tenían permitido.

—¿Has debido venir? —preguntó Cormia mientras se enderezaban—. ¿Tienes que prestar servicio de sangre a los Hermanos Rhage y Vishous?

Era gracioso, ahora la formalidad de sus palabras le parecía extraña. Se había acostumbrado a una conversación más informal. Y se sentía más cómoda con ella.

—Ciertamente, estoy aquí para ver al hermano Rhage. —Hubo una pausa—. Y también esperaba preguntar por ti. ¿Puedo entrar?

—Claro, por supuesto. Por favor, valeos vos misma de mis dependencias.

Layla entró y con ella un incómodo silencio.

*Ah, así que la noticia había llegado al Santuario,* pensó Cormia. Todas las Elegidas sabían que había sido descartada como Primera Compañera.

—¿Qué es eso? —preguntó Layla, señalando la estructura que había en la esquina de la habitación.

—Oh, solo es una afición.

—¿Afición?

—Cuándo dispongo de tiempo libre, yo... —Bien, eso ciertamente era una admisión de culpabilidad. Si no tenía nada más que hacer debería emplear su tiempo rezando—. No importa...

Layla no evidenció ninguna condena ante la revelación ni en su expresión ni con palabras. Y no obstante su sola presencia era suficiente para que Cormia se sintiera culpable.

—Así que, hermana —dijo Cormia con súbita impaciencia—, ¿supongo que ya se han enterado que otra será elevada al cargo de Primera Compañera?

Layla se acercó a los palillos y los guisantes y con delicadeza recorrió una de las secciones con el dedo.

— ¿Recuerdas cuando me encontraste escondida en la piscina de reflexión? Fue después que yo ayudara a John Matthew a pasar por su transición.

Cormia asintió, recordando cómo la Elegida había estado llorando en silencio.

— Estabas bastante alterada.

— Y tú fuiste muy amable conmigo. Te despedí, pero me sentí muy agradecida, y es ese espíritu el que me guió para... He venido aquí a devolverte la amabilidad que tú me brindaste. Las cargas que llevamos como Elegidas son pesadas y otras personas ajenas a nosotras no siempre las entienden. Quiero que sepas que, habiéndome sentido como tú te sientes ahora, en este momento soy tu hermana de corazón.

Cormia hizo una profunda reverencia.

— Estoy... conmovida.

Estaba un montón de otras cosas también. Sorprendida, para empezar, de que estuvieran hablando de ello. La franqueza no era habitual.

Layla volvió a mirar la construcción.

— No deseas volver al redil, ¿cierto?

Después de sopesar sus opciones, Cormia decidió confiarle a la Elegida una verdad que apenas admitía ante sí misma.

— Me entiendes bien.

— Algunas de nosotras han buscado otro camino. Han venido a pasar sus vidas en este lado. No hay deshonra en ello.

— No estoy segura de eso —dijo Cormia con sequedad—, la vergüenza es como la túnica que vestimos. Siempre con nosotras, siempre cubriéndonos.

— Pero si te despojas de la túnica, eres libre de las cargas y la elección es tuya.

— ¿Estas tratando de darme un mensaje, Layla?

— Nah. A decir verdad, si vuelves al redil, de corazón te digo que serás bien recibida por tus hermanas. La Directrix dejó claro que no hay nada impropio en el cambio de Primeras Compañeras. El *Primale* te tiene en su más alta estima. Ella lo dijo.

Cormia empezó a pasear.



—Esa es la postura oficial, por supuesto. Pero con sinceridad... debes saber lo que piensan las demás en sus momentos de retiro. No hay más que dos explicaciones posibles. O el *Primale* me encontró deficiente o me negué a él. Ambas son inaceptables e igualmente atroces.

El silencio que siguió le dijo que había sacado la conclusión correcta.

Se detuvo frente a la ventana y miró hacia la piscina. No estaba segura de tener la fuerza para dejar a sus hermanas, pensó. Además ¿a qué otro lugar podría ir?

Mientras pensaba en el Santuario, se dijo que había pasado días agradables allí.

Momentos en los que había experimentado un sentimiento de propósito y en los que se había sentido nutrida por el hecho de ser parte integrante en la consecución de un bien mayor. Y si llegaba a convertirse en una escriba recluida, como tenía intención de ser, podía evitar el contacto con las demás por ciclos enteros.

Pensaba que la intimidad era una cosa grandiosa.

—¿Es verdad que no te interesas por el *Primale*? —preguntó Layla.

No.

—Si —Cormia sacudió la cabeza—. Quiero decir, me preocupo por él como debería. De la misma forma que tú. Me alegraré por quien se convierta en su nueva Primera Compañera.

Aparentemente, Layla no tenía un *Mierdímetro* como el de Bella, porque la mentira flotó en el aire y la Elegida no cuestionó ni una sílaba de ella... sólo se inclinó en reconocimiento.

—Entonces ¿puedo preguntar algo? —dijo Layla mientras se enderezaba.

—Por supuesto, hermana.

—¿Te ha tratado bien?

—¿El *Primale*? Si. Ha sido muy atento.

Layla se aproximó a la cama y levantó uno de los libros de oraciones.

—Leí en su biografía que era un gran guerrero y que había salvado a su gemelo de un horrible destino.

—Es un gran guerrero. —Cormia miró hacia abajo, al jardín de rosas. Se imaginó que a esa altura todas las Elegidas habrían leído los volúmenes que trataban de él en la sección

especial de la biblioteca sobre la Hermandad... y deseó haber hecho lo mismo antes de que él la hubiera traído aquí.

— ¿Habla de eso? — preguntó Layla

— ¿De qué?

— ¿De cómo rescató a su gemelo, el Hermano Zsadist, de una esclavitud de sangre ilegal? Así fue como el *Primale* perdió la pierna.

La cabeza de Cormia giró de golpe.

— ¿De verdad? ¿Eso fue lo que ocurrió?

— ¿Él nunca te ha hablado de eso?

— No, no lo hizo. Es una persona muy reservada. Al menos conmigo.

La información fue una sorpresa, y pensó en lo que le había dicho, acerca de que amaba la fantasía de Bella. ¿Fue correcto de su parte hacerle eso al *Primale*? Sabía tan poco de su historia, tan poco de lo que lo había moldeado para llegar a ser el macho que era.

Ah, pero conocía su alma, ¿no?

Y lo amaba por ello.

Hubo un golpe en la puerta. Cuando contestó, Fritz asomó la cabeza.

— Discúlpeme, pero el amo está listo para usted — le dijo a Layla.

Layla se pasó las manos por el cabello y después se alisó la túnica. Mientras Fritz salía de la habitación, Cormia pensó que la Elegida estaba tomándose especial cuidado con su...

*Oh... no...*

— ¿Tu vas... vas a verlo? ¿Al *Primale*?

Layla hizo una reverencia.

— Voy a verlo ahora, si.

— No a Rhage.

— A él le serviré más tarde.

Cormia se puso rígida mientras una ola helada recorría su cuerpo. Pero por supuesto. ¿Qué había esperado?

— Entonces será mejor que vayas.

Layla entrecerró los ojos, luego los abrió ampliamente.

— ¿Hermana?

—Ve. Será mejor que no hagas esperar al *Primale*. —Se volvió hacia la ventana, sintiendo unas súbitas ganas de gritar.

—Cormia... —susurró su hermana—. Cormia, lo quieres. En verdad lo quieres profundamente.

—Nunca he dicho eso.

—No tienes que hacerlo. Está en tu expresión y en tu tono. Hermana mía, por qué nunca... ¿por qué te estás haciendo a un lado?

A Cormia se le encogió el estómago al imaginar al *Primale* con la cabeza entre los muslos de su hermana, su boca haciendo que Layla se arqueara de placer.

—Deseo que te vaya muy bien en la entrevista. Espero que elija bien y te elija a ti.

—¿Por qué te estás apartando?

—Fui *apartada* —dijo bruscamente—. La decisión no fue mía. Ahora, por favor no hagas esperar al *Primale*. Después de todo, Dios no lo permita, no podemos dejar que eso ocurra.

Layla palideció

—¿Dios?

Cormia agitó la mano atrás y adelante.

—Es solo una expresión que usan aquí, no una indicación de mi fe. Y ahora, por favor, vete.

Layla pareció necesitar un momento para componerse tras el desliz espiritual. Entonces su voz se volvió gentil.

—Ten por seguro que no me escogerá. Y quiero que sepas que si alguna vez necesitas...

—No lo haré. —Cormia se giró y se puso a mirar por la ventana con absoluta concentración.

Cuando la puerta finalmente se cerró, maldijo. Luego marchó a través de la habitación y pateó su obra haciéndola pedazos. Destrozó hasta el último pedazo, rompiendo cada uno de los pequeños y primorosos cubos hasta que el orden que había habido fue reducido a escombros en la alfombra.

Cuando no quedó nada más que destruir, sus lágrimas bautizaron el desastre, al igual que la sangre que manaba de las plantas de sus pies desnudos.

## Capítulo 34



En el centro de la ciudad, en Screamer's, Lash sacaba partido de uno de los baños privados.

Y no porque estuviera echando una buena y larga meada.

Estaba enterrado hasta las pelotas en esa rubia de la barra, follándola desde atrás mientras ella se apoyaba contra el lavabo. La falda negra de cuero estaba levantada hasta las caderas, el tanga negro apartado a un lado, el negro cuello en pico de su camiseta ampliamente abierto y sostenido de esa forma por sus pechos. Tenía una preciosa mariposita rosa tatuada en la cadera, y una cadena con un corazón alrededor de la garganta, y ambos se mecían con el ritmo de sus empujes.

Era divertido, especialmente porque, a pesar de su bravucona ropa de fulana, tenía la sensación de que ella estaba fuera de juego en éste tipo de sexo: no llevaba implantes, la barra de labios no era permanente y había intentado convencerlo de que usara un condón.

Justo antes de correrse, se salió, le dio la vuelta y la forzó a ponerse de rodillas. Rugió mientras tenía un orgasmo en su boca, pensando que esa pequeña mierda del señor D había estado en lo cierto: Esto era exactamente lo que necesitaba. Una sensación de dominio, una reconexión con lo que había sido normal para él.

Y el sexo seguía siendo bueno.

Tan pronto como terminó, se subió la cremallera, sin importarle si ella escupía o tragaba.

— ¿Qué hay de mí? — preguntó ella, limpiándose la boca.

— ¿Qué pasa contigo?

— ¿Cómo?

Lash arqueó una ceja mientras se miraba el cabello en el espejo. Hmm... quizás debería dejárselo crecer otra vez. Se había hecho un corte militar completo tras su transición, pero le gustaba su anterior coleta. Tenía un cabello bonito.

Dios, el collar de perro de King se veía bien en él...

— ¿Hola? — Exigió la chica.

Fastidiado, la miró por el espejo.

— Honestamente, no esperarás que me importe si terminas o no.

Por un momento, ella pareció confusa, como si la película que hubiera alquilado en el Blockbuster tuviera un DVD diferente dentro de la caja.

— ¿Perdona?

— ¿Qué parte es la que no has entendido?

La sorpresa hizo que ella parpadeara como un pez.

— Yo no... lo entiendo.

Si, evidentemente en su pantalla estaba proyectándose *Debbie Does Dallas*, y no *Pretty Woman*. Él paseó la mirada por el baño.

— Me permites traerte aquí, levantarte la falda y follarte. ¿Y te sorprende que no me importe? Exactamente, ¿qué creías que iba a ocurrir?

El resto de la excitación por «Soy una buena chica haciendo algo malo» desapareció de su expresión.

— No tienes que ser grosero.

— ¿Por qué será que las putas como tú siempre se sorprenden?

— ¿Putas? — La furia de la santurróna le distorsionó el rostro, llevándola del terreno de la belleza al de la Gorgona... y sin embargo haciendo que se viera de cierta forma más intrigante — . No me conoces.

— Sí lo hago. Eres una mujerzuela que permite que un tipo que no había visto nunca en su vida se le corra en la boca en un baño. Por favor. Tendría más respeto por una prostituta. Por lo menos se les paga con algo más que con semen.

— ¡Eres un bastardo!

— Y tú me estás aburriendo. — Alargó una mano hacia el pomo.

Ella lo cogió por el brazo.

— Ten cuidado, imbécil. Puedo hacer que te pasen cosas malas en un instante. ¿Sabes quién es mi padre?

— ¿Alguien que no cumplió con su deber de criarte adecuadamente?

Su palma libre le golpeó con fuerza en medio del rostro.

— Jódete.

Vale, la pelea definitivamente la hacía verse más interesante.

Mientras los colmillos irrumpían en su boca, se preparó para morderle la garganta como si fuera un Twizzler recién salido del envoltorio. Salvo que alguien llamó a la puerta y le recordó que estaban en un lugar público y que ella era humana y la limpieza era siempre una putada.

—Te arrepentirás —le espetó ella.

—¿Oh, sí? —Se acercó a ella y le sorprendió que se mantuviera firme—. No puedes tocarme, niñita.

—Mírame.

—Ni siquiera sabes mi nombre.

Su sonrisa fue helada, añadiéndole años a su edad.

—Sé lo suficiente...

El golpeteo en la puerta empezó otra vez.

Antes que lo incordiará con otra bofetada y no pudiera evitar tomar represalias, Lash se escapó del baño, dejando una puya como despedida.

—Por qué no te bajas la falda, anda.

El tipo que había estado golpeando al otro lado le echó una mirada y dio un paso atrás.

—Lo siento hombre.

—No hay problema —dijo Lash, haciendo girar los ojos—. Probablemente has salvado la vida de esa zorra.

El humano se rió.

—Estúpidas rameras. No puedes vivir con ellas, no puedes matarlas. —La puerta del baño próximo se abrió y el tipo se dio la vuelta mostrando una enorme águila bordada en la parte trasera de su chaqueta de cuero.

—Bonito pájaro llevas ahí —dijo Lash.

—Gracias.

Lash volvió al bar y le hizo un gesto con la cabeza al señor D.

—Es hora de irnos. He terminado.

Tomó su cartera del bolsillo trasero... y se quedó helado. El monedero no era el suyo. Era el de su padre. Soltó rápidamente uno de cincuenta y después enterró la cosa en el lugar en el que había estado.

Él y el señor D dejaron el ruidoso y abarrotado club y cuando puso el pie en la acera de la calle Trade, tomó un largo y profundo aliento. Vivo. Se sintió totalmente vivo.

De camino hacia el Focus, Lash dijo:

— Dame tu teléfono. Y el número de cuatro auténticos asesinos.

El señor D le entregó el Nokia y recitó algunos números. Mientras Lash llamaba al primero y le daba al asesino una dirección en la parte rica de la ciudad, prácticamente podía oír las sospechas del bastardo... especialmente cuando el restrictor le preguntó quién coño estaba llamándole desde el teléfono del señor D.

No sabían quién era él. Sus hombres no sabían quién era él.

Lash le devolvió el jodido teléfono al señor D y le ladró al Restrictor Jefe que diera su confirmación. Joder, no debería haberse sorprendido por ese asunto de la duda, pero esa mierda iba a cambiar. Iba a darles a sus tropas unos pocos sitios para atacar esa noche y así ganar algo de crédito, entonces la Sociedad Restrictiva iba a tener una reunión de «venid con Jesús» por la mañana.

Iban a seguirlo o a encontrarse con su hacedor. Punto final.

Después de que él y el señor D hicieron lo de pasarse el teléfono tres veces más, Lash dijo:

— Ahora llévame al veintiuno quince de Boone Lane.

— ¿Quieres que llame a más hombres para que ataquen con nosotros?

— Para nuestra siguiente casa sí. Pero ésta es personal.

Su viejo y querido primo Qhuinn estaba a punto de comerse su propio culo para almorzar.

Tras cinco meses siendo el *Primale*, Phury se había acostumbrado a no sentirse cómodo. Todo el maldito asunto había sido un traje mal cortado tras otro, hasta formar un guardarropa completo de «yo no quiero hacer esto».

Y entrevistar a Layla para el cargo de Primera Compañera le parecía especialmente mal.

Infernalmente equivocado.

Mientras esperaba por ella en la biblioteca, rogaba a Dios que no dejara caer su túnica como habían hecho las demás.

— ¿Su Gracia?

Miró sobre su hombro. La Elegida permanecía de pie en la doble puerta abierta de la habitación, su blanca túnica cayendo al suelo en capas, su delgado cuerpo lleno de gracia real.

Ella hizo una profunda reverencia.

— Deseo que esté teniendo una agradable tarde.

— Gracias. Espero lo mismo para ti.

Mientras se incorporaba, sus ojos se encontraron. Eran verdes. Como los de Cormia.

*Mierda.* Necesitaba un porro.

— ¿Te molesta si lo enciendo?

— Por supuesto que no. Aquí, déjeme darle fuego. — Antes que pudiera decirle que no se molestara, ella levantó un encendedor de cristal y se acercó a él.

Colocando el cigarro liado a mano entre sus labios, la detuvo cuando quitaba la tapa. Liberándola del peso, le dijo:

— No te preocupes. Puedo hacerlo.

— Por supuesto, Su Gracia.

El pedernal raspó y se elevó una llama amarilla, ella dio un paso atrás, sus ojos recorrieron la habitación.

— Me recuerda a mi hogar — murmuró ella.

— ¿Cómo es eso?

— Por todos los libros. — Fue hacia los libros y tocó algunos lomos de cuero—. Amo los libros. Si no me hubieran entrenado como *ehros*, hubiera querido ser una escriba recluida.

Él pensó que parecía tan tranquila, y por alguna razón eso le hizo sentirse ansioso. Lo cual era una locura. Con las otras, se había sentido como una langosta en el pasillo de un restaurante de marisco. Con ella, eran sólo dos personas hablando.



— ¿Puedo preguntarte algo? — preguntó mientras exhalaba.

— Por supuesto.

— ¿Estás aquí por propia voluntad?

— Sí.

Su respuesta fue tan ecuánime, que pareció maquinal.

— ¿Estás segura de eso?

— Durante mucho tiempo he querido servirle al *Primale*. Siempre me he mantenido firme respecto a ese deseo.

Parecía completamente sincera. Pero algo estaba mal. Y entonces se dio cuenta de lo que era.

— No crees que vaya a elegirte, ¿verdad?

— No.

— ¿Y eso por qué?

Ahora sí demostró algún tipo de emoción, bajó la cabeza, subió las manos y entrelazó los dedos.

— Fui traída aquí para ayudar al Amo John Matthew a pasar por la transición. Y eso hice, pero él... se negó a mí.

— ¿Cómo?

— Después de pasar el cambio, le lavé, pero él se negó a mí. He sido entrenada en el arte sexual y estaba preparada para satisfacerlo, pero él se negó.

*Guau. Vale. Demasiada Información.*

— ¿Y crees que por eso no te voy a elegir?

— La Directrix insistió en que viniera a verlo, pero fue una muestra de respeto hacia usted, para darle la ocasión de elegir entre todas las Elegidas. Ni ella ni yo esperamos que me eleve al cargo de Primera Compañera.

— ¿Dijo John Matthew por qué no... ? — *Porque la mayoría de los machos están calientes como el infierno tras su cambio.*

— Me fui cuando me lo pidió. Eso fue todo. — Levantó los ojos hacia los de Phury —. Verdaderamente el Amo John Matthew es un macho de valor. No está en su naturaleza dar detalles de las faltas de los demás.

— Estoy seguro que no fue por...

—Por favor. ¿Podemos dejar el tema, Su Gracia?

Phury exhaló una bocanada de humo con aroma a café.

—Fritz me dijo que estuviste arriba en la habitación de Cormia. ¿Qué estabas haciendo allí?

Hubo una larga pausa.

—Eso es algo entre hermanas. Por supuesto, se lo diré... si me ordena que lo haga.

No pudo evitar sentir aprobación por la tranquila reserva de su voz.

—No, está bien. —Se sintió tentado de preguntarle si Cormia estaba bien, pero sabía la respuesta. No lo estaba. No más de lo que lo estaba él.

—¿Le gustaría que me fuera? —preguntó Layla—. Sé que la Directrix tiene a dos de mis hermanas preparadas para usted. Están ansiosas por venir a saludarlo.

Justo como las otras dos que habían venido a verle la noche anterior. Excitadas. Preparadas para complacerle. Honradas de conocerle.

Phury se volvió a llevar el porro a los labios e inspiró fuerte y lento.

—Tú no pareces demasiado emocionada con ello.

—¿Con que mis hermanas vengan a verlo? Por supuesto yo...

—No, con conocerme.

—Al contrario, estoy deseosa de estar con un macho. Me he preparado para el apareamiento y quiero ser algo más que una fuente de sangre. Rhage y Vishous no requieren todos mis servicios, y es agobiante estar sin uso... —Sus ojos fueron hacia los libros—. Ciertamente, me siento como si estuviera puesta en un estante. Que me han dado las palabras para escribir la historia de mi vida, pero que sigo mayormente sin leer, por así decirlo.

Dios mío, él sabía muy bien cómo era eso. Sentía como si siempre hubiera estado esperando que las cosas se calmaran, que el drama se acabara, para poder ser capaz de inspirar profundamente y empezar a vivir. Qué irónico. Sonaba como si Layla se sintiera de esa forma porque nada ocurría en su vida. Él se sentía sin leer porque había ocurrido demasiado durante demasiado tiempo.

De cualquiera de las dos formas, el resultado final era el mismo.

Ninguno de ellos estaba haciendo más que simplemente pasar el día.

*Bueno, llórame un río, compañero,* dijo el hechicero arrastrando las palabras.

Phury fue hasta un cenicero y apagó el porro.

— Dile a la Directrix que no necesita enviarme a nadie más.

Los ojos de Layla se dispararon hacia los suyos.

— ¿Perdone?

— Te elijo a ti.

Qhuinn frenó el Mercedes negro delante de la casa de Blay y dejó la cosa aparcada. Habían esperado durante horas en el ZeroSum, con John enviando mensajes de texto a Blay de vez en cuando. Al no recibir respuesta, John se había levantado de golpe y aquí estaban.

— ¿Quieres que te abra la puerta? — dijo Qhuinn secamente mientras paraba el motor.

John le echó una mirada.

— *Si te digo que sí, ¿lo harías?*

— No.

— *Entonces adelante, ábreme la puerta.*

— Maldito seas. — Qhuinn salió del asiento del coche —. Me arruinas la diversión.

John cerró la puerta y sacudió la cabeza.

— *Estoy tan agradecido que seas tan manipula-tea-ble.*

— Eso no es una palabra.

— *¿Desde cuándo has estado en la cama con Daniel Webster? ¿Hola? ¿«gigantus»?*

Qhuinn echó un vistazo a la casa. Casi podía escuchar la voz de Blay replicándole a John «¿No querrás decir Merriam-Webster?».

— Como sea.

Los dos fueron hacia la parte de atrás de la casa, dirigiéndose a la puerta que daba a la cocina. El lugar era una enorme casa enladrillada de estilo colonial, cuya parte delantera tenía un aspecto realmente formal, y la parte trasera resultaba acogedora, con ventanas de cocina que iban desde el suelo al techo, y un pórtico donde colgaba un hospitalario farol de hierro forjado.

Por primera vez en su vida, Qhuinn llamó y esperó que le contestaran.

— *Debe haber sido una maravilla de pelea, eh,* dijo John con signos. *Entre tú y Blay.*

—Oh, no sé. Sid Vicious, por ejemplo seguro que se comportaba peor de lo que lo hice yo.

La madre de Blay abrió la puerta, viéndose exactamente igual que siempre, igualita a Marion Cunningham de *Días Felices*, desde el cabello rojo hasta la falda. La hembra representaba todo lo que era sincero, adorable y cálido en el sexo débil, y mientras la miraba, Qhuinn se dio cuenta, que ella y no su glacial y envarada madre, era el estándar con el que comparaba a las hembras.

Sí... estaba genial y era muy de macho follar con tipas y tipos en los bares, pero llegado el momento de aparearse elegiría a alguien como la madre de Blay. Una hembra de valía. Y le sería fiel hasta el fin de sus días.

Asumiendo que pudiera encontrar a alguien que le quisiera.

La madre de Blay dio un paso atrás para dejarlos entrar.

—Sabes que no tienes que llamar. —Miró la cadena de platino que Qhuinn tenía alrededor de la garganta, luego el nuevo tatuaje de su mejilla.

Mirando a John, murmuró:

—Entonces así es cómo el Rey lo arregló.

*Sí, señora*, señaló John.

Se volvió hacia Qhuinn, le rodeó con sus brazos, y le abrazó tan fuerte que su columna vertebral cambió de posición. Lo cual era exactamente lo que él necesitaba. Mientras se aferraba a ella, tomó el primer aliento profundo de los últimos días.

En un susurro, ella le dijo:

—Te habríamos mantenido a salvo aquí. No tenías que irte.

—No podía haceros eso.

—Somos mucho más fuertes de lo que tú crees. —Lo soltó y señaló con la cabeza hacia la escalera trasera—. Blay está arriba.

Qhuinn frunció el ceño al ver una pila de equipaje junto a la mesa de la cocina.

—¿Os vais a algún sitio?

—Tenemos que dejar la ciudad. La mayor parte de la *glymera* se queda, pero con... lo que está ocurriendo, es peligroso permanecer aquí.

—Una sabia idea. —Qhuinn cerró la puerta de la cocina—. ¿Vais al norte del estado?

—El padre de Blay tiene pendientes unos días de vacaciones, así que nosotros tres haremos una ronda de visitas familiares en el sur...

Blay apareció al pie de las escaleras. Cruzando los brazos, saludó con la cabeza a John.

—¿Qué hay de nuevo?

Mientras John le hacía señas devolviéndole el saludo, Qhuinn no podía creerse que su amigo no hubiera mencionado nada sobre dejar la ciudad. *Mierda*. ¿Iba simplemente a largarse sin decir dónde o cuando tenía previsto regresar?

*Bien, si seré imbécil*. ¿Eso le estaba diciendo la sartén al cazo?

La madre de Blay le apretó el brazo a Qhuinn y susurró:

—Me alegra que hayas venido antes de que nos fuéramos.

En voz alta dijo:

—Vale. He vaciado el refrigerador y no hay nada perecedero en la despensa. Creo que iré a sacar las joyas de la caja fuerte.

*Jesús*, dijo John con signos cuando se fue. *¿Durante cuánto tiempo vais a iros?*

—No lo sé —dijo Blay—. Una temporada.

En la larga pausa que siguió, John miró de uno al otro. Finalmente hizo un ruido de mofa y dijo por señas:

—*De acuerdo, esto es estúpido. ¿Qué mierda ha ocurrido entre vosotros dos?*

—Nada.

—Nada. —Blay hizo un gesto con la cabeza señalando hacia atrás—. Oíd, tengo que subir y terminar de hacer el equipaje...

Qhuinn rápidamente intervino.

—Bien, nosotros tenemos que ir...

*Oh, demonios, no*. John se dirigió hacia las escaleras. *Vamos a ir a tu habitación y aclararemos esto. Ahora mismo*.

Cuando John pasó a la acción y comenzó a subir la escalera, Qhuinn tuvo que seguirlo, debido a su nuevo puesto, e imaginaba que Blay lo siguió probablemente porque su Emily Post interior no podía soportar no ser un buen anfitrión.

En la planta alta, John cerró la puerta del dormitorio tras ellos y se puso las manos en las caderas. Mientras su mirada pasaba de uno a otro, parecía un padre frente a dos niños rebeldes y un suelo desordenado.

Blay fue a su armario, y mientras lo abría, el espejo de cuerpo entero del lateral atrapó la imagen de Qhuinn. Sus ojos se encontraron por un instante.

—Bonita pieza de joyería nueva la que tienes ahí —murmuró Blay, mirando la cadena que señalaba la nueva posición de Qhuinn.

—No es una joya.

—No, no lo es. Y me alegro por vosotros dos. De verdad. —Sacó una parca... lo que quería decir que la familia o iba a «bajar al sur» hasta la Antártica, o el tipo tenía la intención de estar ausente mucho tiempo. Como todo el invierno.

John golpeó el suelo con el pie.

— *Se nos está acabando el tiempo. ¿Hola? ¿Pedazo de estúpidos?*

—Perdón —le murmuró Qhuinn a Blay—. Por lo que dije en el túnel.

—¿Se lo contaste a John?

—No.

Blay dejó caer su abrigo en la bolsa de Prada y miró a John.

—Él cree que le amo. Refiriéndose... refiriéndose a que estoy enamorado de él.

La boca de John se abrió lentamente de forma involuntaria.

Blay estalló en carcajadas y se detuvo repentinamente, como si se le hubiera cerrado la garganta.

—Sí. Imagínate. Yo enamorado de Qhuinn... Un tipo que, cuándo no está de malhumor, es un golfo y se cree un listillo. Sin embargo, ¿quieres saber qué es lo más jodido de todo?

Qhuinn se tensó mientras John asentía.

Blay bajó la mirada hacia su bolsa.

—Está en lo cierto.

Bueno, la expresión de John fue como si le hubieran pegado en el pie con un punzón.

—Sip —dijo Blay—. Por eso es que nunca podía entusiasarme mucho con las hembras. Ninguna de ellas puede compararse a él. Ni los otros tipos tampoco, dicho sea

de paso. Así que estoy realmente jodido, pero de todas formas, es mi problema y no el de él o el tuyo.

*Cristo*, pensó Qhuinn. ¿No era ésta la semana de las revelaciones?

—Lo siento, Blay —dijo, porque no tenía idea qué más hacer.

—Sí, apuesto a que sí. Hace que las cosas sean jodidamente incómodas, ¿eh?. —Blay levantó la parca y se puso el bolso Prada al hombro—. Pero no pasa nada. Me iré de la ciudad por una temporada, y vosotros estaréis juntos y bien. Genial. Ahora debo irme. Os mandaré un mensaje en un par de días.

Qhuinn estaba más que dispuesto a apostar que a pesar de decir *os* allí en realidad se refería sólo a John.

*Mierda.*

Blay se dio media vuelta.

—Nos vemos.

Mientras su mejor amigo en todo el mundo les daba la espalda y se dirigía hacia la puerta, Qhuinn abrió sus inútiles labios y rezó para que algo adecuado saliera de ellos. Cuando eso no sucedió, rezó para que ocurriera alguna otra cosa. Cualquier cosa...

El grito que surgió del primer piso fue agudo.

*La madre de Blay.*

Los tres salieron del dormitorio como si allí hubiera estallado una bomba, corrieron por el pasillo y sus pisadas resonaron como truenos escaleras abajo. En la cocina, se encontraron con que la pesadilla de la guerra había llegado al hogar.

*Restrictores.* Dos de ellos. En la jodida casa de Blay.

Y uno de ellos tenía a la madre contra el pecho estrangulándola.

Blay dejó escapar un grito primitivo, pero Qhuinn le atrapó antes que se lanzara hacia delante.

—Hay un cuchillo contra su garganta —siseó Qhuinn—. Se la rebanará sin detenerse a pensarlo.

El restrictor sonrió mientras arrastraba a la madre de Blay a través de la cocina para luego sacarla de la casa, en dirección a un monovolumen que estaba aparcado frente al garaje.

Mientras John Matthew se desmaterializaba antes de que lo vieran, otro asesino entró desde el comedor.

Quinn soltó a Blay, y los dos se fueron al ataque, cayendo primero sobre ese asesino y luego ocupándose de otro que justo estaba entrando por la puerta trasera.

Mientras el mano a mano se volvía salvaje y la cocina quedaba destrozada, Quinn rezaba como un demonio para que John hubiera tomado forma dentro de la furgoneta abierta y estuviera dando una jodida bienvenida a dos puños.

*Por favor no permitas que la madre de Blay quede atrapada bajo el fuego cruzado.*

Mientras otro asesino más atravesaba la puerta, Quinn le pegó un cabezazo al retractor con el que estaba intercambiando puñetazos, sacó una de sus flamantes y enormes cuarenta y cinco y metió el cañón bajo la barbilla del bastardo.

Las balas diezmaron la cabeza del cabrón, levantándole la parte superior completamente... lo que dio tiempo más que suficiente a Quinn para apuñalar a la cosa en el corazón con el cuchillo que llevaba en la cadera.

*¡Pum! ¡Pum! ¡Fizz... Fizz! Oh, qué alivio se sentía.*

Mientras la cosa desaparecía en un estallido de luz, Quinn no se detuvo a disfrutar de su primer retractor asesinado. Se giró para ver cómo estaba Blay y se sobresaltó hasta las pelotas. Su padre había entrado a la habitación propinando golpes y ambos estaban rompiendo culos. Lo cual era una gran sorpresa ya que el padre de Blay era contable.

Era el momento de respaldar a John.

Quinn atravesó la puerta trasera, y justo cuando sus botas tocaron la hierba, un destello de luz brillante salido desde el monovolumen le dijo que esa ayuda no iba a ser necesaria.

Con un elegante movimiento, John saltó fuera del Town & Country y cerró de un portazo; le pegó unas palmadas al panel trasero y la cosa retrocedió a toda prisa. Quinn captó un vistazo breve de los blancos nudillos de la madre de Blay tras el volante, mientras retrocedía a toda velocidad por el camino de entrada.

—¿Estás bien J? —dijo Quinn, esperando como el infierno que John Matthew no resultara muerto en la primera noche de Quinn como su *ahstrux nohtrum*.

Justo cuando John levantaba las manos para hablarle por señas, hubo un estallido de cristales.



Los dos se giraron en dirección a la casa. Como algo sacado de una película, un par de cuerpos salieron volando por la ventana panorámica de la sala de estar. Blay era uno de ellos, y aterrizó encima del retractor que había lanzado fuera de la casa como si fuera un colchón manchado. Antes de que el asesino pudiera recobrarse del impacto, Blay lo agarró de la cabeza y le rompió el jodido cuello como si fuera el de un pollo.

— ¡Mi padre todavía está luchando dentro de la casa! —gritó mientras Qhuinn le lanzaba el cuchillo—. ¡Abajo en el sótano!

Mientras John y Qhuinn volvían disparados adentro, una tercera llamarada de luz se apagó, y luego Blay les alcanzó en las escaleras del sótano. Los tres se abalanzaron hacia el lugar de donde provenían nuevos sonidos de pelea.

Cuando llegaron a la base del hueco de la escalera, se detuvieron en seco. El padre de Blay estaba enfrentándose a un retractor, con una espada de la Guerra Civil en una mano y una daga en la otra.

Detrás de sus gafas de Joe Friday, sus ojos estaban encendidos como antorchas, y se desviaron un segundo para mirarlos.

— No os metáis en esto. Este es mío.

Terminó con la mierda antes de que pudieras decir, *Papá Ninja*.

El padre de Blay se puso todo Ginsu con el asesino, trinchando la cosa como si fuera un pavo y apuñalándolo después para que volviera al Omega. Mientras el resplandor de la exterminación se desvanecía, el hombre levantó la mirada con desesperación en los ojos.

— ¿Tu madre...?

— Se fue en la furgoneta de ellos —contestó Qhuinn—. John la liberó.

Tanto Blay como su padre se aflojaron con las noticias. Fue cuando Qhuinn notó que Blay estaba sangrando por un corte en el hombro, otro que le atravesaba el abdomen, otro en su espalda y...

Su padre se limpió la frente con el brazo.

— Tenemos que comunicarnos con ella...

John sostuvo en alto su teléfono, del altavoz salía el sonido que indicaba que estaba llamando.

Cuando la madre de Blay respondió, su voz se sentía entrecortada, pero no porque la conexión fuera mala.

— ¿John? John está...

— Estamos todos aquí — dijo el padre de Blay — . Sigue conduciendo, querida.

John sacudió la cabeza, le entregó el teléfono, y dijo por señas:

— *¿Y si hay un dispositivo rastreador en la furgoneta?*

El padre de Blay masculló una maldición.

— ¿Querida? Detén el coche. Detenlo y sal de él. Desmaterialízate hasta el refugio, y llámame cuando estés allí.

— ¿Estás seguro...?

— Ahora, mi amor. *Ahora.*

Se oyó el sonido de un motor desacelerando. El portazo de la puerta del coche. Luego silencio.

— ¿Querida? — El padre de Blay agarró el teléfono — . ¿Querida? Oh, Jesús...

— Estoy aquí — llegó su voz — . Aquí en el refugio.

Todo el mundo respiró profundamente.

— Estaré allí en un momento.

Se habló de otras cosas, pero Qhuinn estaba ocupado escuchando a ver si oía sonidos de pasos en las escaleras. ¿Y si vinieran más restrictores? Blay estaba herido, y el padre del tipo parecía hecho polvo.

— Realmente deberíamos salir de aquí — dijo a nadie en particular.

Fueron arriba, metieron las maletas en el Lexus del padre de Blay, y antes de que Qhuinn pudiera contar hasta tres, Blay y su padre se perdieron en la noche.

Todo había ocurrido tan rápido. El ataque, la pelea, la evacuación... El adiós que nunca fue dicho. Blay simplemente se subió al coche con su padre y se fue con su equipaje. Pero ¿qué más iba a ocurrir si no? Ese difícilmente fuera el momento de una larga y dramática escena, y no sólo porque hacía diez minutos los restrictores habían venido a hacer una pequeña excursión por la casa.

— Creo que deberíamos irnos — dijo.

John negó con la cabeza.

— *Quiero quedarme aquí. Van a venir más cuando no reciban el informe de los que matamos.*

Qhuinn miró la sala de estar, la cual ahora era un porche gracias a la rutina de doble de acción de Hollywood que había protagonizado Blay. Había mucho que saquear en la

casa, y la idea de que tan siquiera una caja de kleenex de Blay pudiera caer en las manos de la Sociedad Restrictiva lo jodía soberanamente.

John empezó a mandar un sms.

*– Le estoy contando a Wrath lo que sucedió y diciéndole que nos quedaremos aquí. Nos entrenamos para esto. Es hora de entrar en acción.*

Qhuinn no podía estar más de acuerdo, pero estaba malditamente seguro que Wrath no lo iba a aprobar.

El teléfono de John sonó un momento después. Leyó lo que era para sí mismo, y luego sonrió lentamente y dio vuelta la pantalla.

El texto era de Wrath: *De acuerdo. Llama si necesitas apoyo.*

*Sagrada mierda.* Se habían unido a la guerra.

## Capítulo 35



Rehv estacionó el Bentley en la entrada sureste del Parque Estatal Black Snake. El lote de gravilla era pequeño, solo lo suficientemente grande para diez coches, y mientras que los demás estaban cerrados con cadenas después de hora, éste siempre estaba abierto porque de él partían senderos hacia las cabañas de alquiler.

Cuando salió del coche, tomó su bastón, pero no porque lo necesitara para mantener el equilibrio. Su visión se había puesto roja a mitad de camino y ahora su cuerpo estaba vivo, templado y canturreando con un sinfín de sensaciones.

Antes de cerrar con llave al Bentley, escondió su abrigo de marta cibelina en el maletero, el coche ya era lo suficientemente llamativo sin necesidad de dejar veinticinco mil dólares de piel rusa a plena vista. También se aseguró de llevar el equipo antigénico con él y la suficiente dopamina.

*Ñam. Ñam.*

Cerró el maletero, puso la alarma, y se dirigió hacia la densa línea de pequeños árboles que formaban los límites exteriores del parque. Sin razón aparente, los abedules, los robles y los álamos que rodeaban el lote artificial le recordaron a una muchedumbre de personas en un desfile, todos apretados al borde de la gravilla, con las ramas extendidas fuera de los límites aunque los troncos permanecieran en su lugar correspondiente.

La noche estaba silenciosa, excepto por una brisa fría y seca que anunciaba la llegada del otoño. Era increíble, que tan al norte, agosto se pusiera tan decididamente frío, y que por como su cuerpo estaba ahora, a él le gustara ese frío. Hasta el punto de regodearse con él.

Caminó por el sendero principal, dejando atrás un abandonado control de registro y una serie de carteles para excursionistas. Doscientos cincuenta metros después se abría un ramal que se adentraba en el bosque, tomó el sendero de tierra y se internó en las profundidades del parque. La cabaña de troncos estaba a un kilómetro de distancia, y estaba más o menos a doscientos metros de la cosa cuando un enredo de hojas caídas se

agitó cerca de sus pies. La sombra que había provocado su desplazamiento emanaba un calor tropical a la altura de los tobillos.

—Gracias, hombre —le dijo a Trez.

*ME REUNIRÉ CONTIGO ALLÍ.*

—Está bien.

Cuando su guardaespaldas se convirtió en niebla sobre la tierra, Rehv enderezó su corbata sin ninguna razón aparente. Mierda sabía que la cosa no iba a permanecer sobre su cuello durante mucho más tiempo.

El claro donde estaba localizada la cabaña estaba bañado por la luz de la luna, pero no podría haber asegurado cual de las sombras que estaban entre los árboles era Trez. Esa era la razón por la cual su guardaespaldas valía su enorme peso en oro. Ni siquiera un *symphath* podría detectarlo en el paisaje cuando él no quería ser visto.

Rehv fue hacia la puerta de madera toscamente tallada y se detuvo, para dar un vistazo a su alrededor. La Princesa ya estaba allí: alrededor del ostensible paisaje bucólico había una densa e invisible nube de terror... del tipo que los niños sienten cuando ven casas abandonadas en noches oscuras y ventosas. Era la versión *symphath* del *mhis*, y garantizaba que no serían molestados por humanos. Y si vamos al caso, tampoco por otros animales.

No le sorprendía que hubiera llegado temprano. Nunca podía predecir si llegaría tarde, temprano o si sería puntual, y por consiguiente nunca dejaba de aparentar, independientemente de cuándo llegara.

La puerta de la cabaña se abrió con su habitual crujido. Cuando el sonido fue directo al centro de vergüenza de su cerebro, encubrió sus emociones con la imagen de una playa soleada que había visto una vez en televisión.

Provenientes de una esquina en sombras del espacio abierto, flotaron hacia él palabras cuya entonación era turbia y baja:

—Siempre haces eso. Lo que hace que me pregunte qué le escondes a tu amor.

Y podía seguir suponiéndolo. No iba a permitirle entrar a su mente. Aparte del hecho de que la autoprotección era algo crítico, que la dejara fuera la volvía loca, y eso a él lo hacía brillar de satisfacción como si fuera un maldito reflector.

Cuando cerró la puerta, decidió que esa noche iba a hacer el papel de romántico abandonado. Ella esperaba que estuviera preguntándose qué demonios había ocurrido con su cita programada y él sabía que se guardaría esa información para convertirlo en un rehén todo el tiempo que pudiera. Pero el encanto funcionaba, hasta con los *sympaths*... aunque de una manera jodida y tortuosa. Sabía que él la odiaba y que le costaba simular que estaba enamorado de ella. Que rechinara los dientes y se impacientara al decir bonitas mentiras era lo que le hacía ganar su favor, no las mentiras en sí mismas.

—Cómo te he extrañado —dijo con una profunda e intencionada voz.

Sus dedos fueron hacia la corbata que se acababa de ajustar y desató el nudo lentamente. La respuesta fue instantánea. Sus ojos relampaguearon como rubíes delante de una hoguera y no hizo nada para esconder su reacción. Sabía que le enfermaba.

—¿Me extrañaste? Por supuesto que me extrañaste. —Su voz parecía la de una serpiente, las eses se prolongaban en una larga exhalación—. ¿Pero cuánto?

Mentalmente Rehv mantuvo la escena de la playa a la vanguardia, clavando a la hijaputa en su lóbulo frontal, manteniéndola fuera de él.

—Te extrañé hasta la locura.

Apartó el bastón, se quitó la chaqueta, y soltó el botón superior de la camisa de seda... luego el siguiente... y el siguiente, hasta que tuvo que tirar de los faldones de la camisa para sacarla de sus pantalones y así poder terminar el trabajo. Cuando encogió los hombros para permitir que la seda cayera al suelo, la Princesa siseó de verdad y eso le endureció la polla.

La odiaba y odiaba el sexo, pero amaba el poder que tenía sobre ella. Su debilidad le producía una emoción sexual que era malditamente similar a cuando realmente te sentías atraído por alguien. Y ese era el motivo por el cual se las arreglaba para poder tener una erección aunque le hormigueara la piel como si estuviera envuelto en una sábana llena de gusanos.

—Mantén la ropa puesta —dijo ella con voz aguda.

—No. —Siempre se la quitaba cuando quería, no cuando ella se lo ordenaba. Su orgullo se lo exigía.

—Que conserves la ropa, pendón.

—No. —Él se desabrochó el cinturón y se lo sacó de las caderas de un tirón, el flexible cuero crujió en el aire. Lo dejó caer igual que como lo había hecho con la camisa, sin ningún cuidado.

—La ropa se queda puesta... —Sus palabras quedaron flotando en el aire porque se le estaban agotando las fuerzas. Y en eso consistía su puto objetivo.

Deliberadamente, ahuecó la mano sobre sí, y luego abrió la cremallera, soltó el pasador y dejó que los pantalones cayeran rápidamente al suelo áspero. Su erección brotaba formando una línea recta desde sus caderas, y eso prácticamente resumió su relación. Estaba ferozmente enfadado con ella, se odiaba a sí mismo, y despreciaba el hecho de que Trez estuviera ahí fuera atestiguando todo eso.

Y como resultado su polla estaba dura como una piedra y brillando de humedad en la punta.

Para los *sympaths*, un viaje dentro de la enfermedad mental era mejor que cualquier derroche de Agent Provocateur, y era por eso que todo ese asunto funcionaba. Podía proporcionarle toda esa mierda enfermiza. Y también podía darle algo más. Ella ansiaba el combate sexual que tenían. Las uniones *sympath* eran como un partido de ajedrez civil con un intercambio de fluidos corporales al final. Ella necesitaba el gruñido carnal y el ardor que sólo su lado vampiro podía darle.

—Tócate —susurró ella—. Tócate para mí.

No hizo lo que le pidió. Con un gruñido, se sacó los mocasines de una patada y salió del charco formado por la pila de ropas. Mientras caminaba hacia delante, era malditamente consciente del cuadro que estaba representando, todo duro y pesado. Se detuvo en medio de la cabaña, donde un rayo de luz de luna se derramaba a través de la ventana para deslizarse sobre los planos de su cuerpo.

Odiaba admitirlo, pero él también ansiaba esa mala mierda con ella. Era la única vez en la vida que podía ser quien realmente era, que no tenía que mentirle a las personas que estaban a su alrededor. La horrible realidad era, que parte de él necesitaba esa relación enfermiza y retorcida, y eso, más que la amenaza que pendía sobre él y Xhex, era lo que lo hacía regresar cada mes.

No estaba seguro de si la Princesa conocía su debilidad. Siempre tenía cuidado de no enseñar sus cartas, pero nunca se podía estar lo suficientemente seguro de lo que un

*sympath* sabía sobre ti. Lo cual, por supuesto, lo hacía todo más interesante porque las apuestas eran más altas.

—Pensé que esta noche podíamos empezar con un pequeño espectáculo —le dijo, volviéndose. De espaldas a ella, empezó a masturbarse, tomando la gruesa polla en la mano y acariciándola.

—Aburrido —dijo ella sin aliento.

—Mentirosa. —Apretó la cabeza de su erección con tanta fuerza que se le escapó un jadeo.

La Princesa gimió ante el sonido, su dolor hacía que se entusiasmara mucho más con el juego. Cuando bajo la vista y miró lo que estaba haciendo, sintió un breve e inquietante desplazamiento, como si fuera la verga de alguien más, y fuera el brazo de algún otro el que se moviera de arriba abajo. Pero la distancia del acto era necesaria, era la única forma en que su naturaleza de vampiro decente podía soportar las cosas que hacían. Su parte buena no estaba aquí. La había dejado en la puerta antes de entrar.

Esta era la tierra del Devorador de Pecados.

—¿Qué estás haciendo? —gimió ella.

—Acariciándome. Con fuerza. La luz de la luna luce muy bien sobre mi polla. Estoy mojado.

Ella respiraba trabajosamente.

—Date la vuelta. Ahora.

—No.

Aunque no hizo ningún ruido, sabía que ella había avanzado en ese momento, y la sensación de triunfo que sintió terminó con toda la disociación. Vivía para vencerla. Ese poder corriendo a través de él, era la jodida heroína para sus venas. Sí, después se sentiría sucio como la mierda, y seguro, a causa de esto, tenía pesadillas, pero en ese momento se estaba excitando seriamente.

La Princesa se movió en las sombras, y él supo el preciso momento en que llegó a ver lo que se estaba haciendo, porque emitió un fuerte gemido, ni siquiera su reserva *sympath* fue lo suficientemente fuerte para contener su reacción.



—Si me vas a mirar... —dijo volviendo a apretar la cabeza de su polla hasta que se puso de color púrpura y se vio obligado a arquear la espalda por el dolor— ... yo también quiero verte a ti.

Ella caminó hacia la luz de la luna y por un segundo él perdió el ritmo.

La Princesa llevaba un vestido rojo brillante, los rubíes que tenía en la garganta brillaban contra su piel blanca como el papel. Llevaba el cabello negro azulado recogido sobre la cabeza, y los ojos y los labios eran del mismo color de las piedras sangrientas que tenía en el cuello. De los lóbulos de sus orejas, le miraban dos escorpiones albinos que colgaban de las colas.

Era horrorosamente hermosa. Un reptil de postura erguida y ojos hipnóticos.

Tenía los brazos cruzados delante de la cintura, metidos dentro de las mangas de su vestido que llegaban hasta el suelo, pero en ese momento los dejó caer, y él no le miró las manos. No pudo. Le asqueaban demasiado, y si las veía perdería su erección.

Para mantenerse excitado, deslizó la palma bajo sus pelotas y las llevó hacia arriba de forma que enmarcaran su polla. Cuando soltó ambas partes de su sexo permitiendo que regresaran a su lugar, éstas rebotaron con potencia.

Había tanto que ella quería ver de él, que sus ojos no sabían a donde ir. Cuando le recorrieron el pecho, se demoraron sobre el par de estrellas rojas que marcaban sus pectorales. Los vampiros pensaban que eran solo adorno, pero para los *sympaths*, eran la evidencia de su sangre real y de los dos asesinatos que había cometido: El patricidio te otorgaba estrellas, como opuesto al matricidio, que te valía círculos. La tinta roja significaba que era miembro de la familia real.

La Princesa se quitó el vestido, y debajo de esos pliegues lujuriosos, su cuerpo estaba cubierto con una red de satín rojo que se le incrustaba en la piel. Siguiendo la apariencia asexual de su clase, sus pechos eran pequeños y sus caderas aún más pequeñas. La única forma en que podías estar seguro que se trataba de una hembra era la abertura diminuta que tenía entre las piernas. Los machos eran igualmente andróginos, llevaban el cabello largo y se lo recogían encima de la cabeza igual que las hembras y usaban vestidos idénticos. Rehv nunca había visto a ninguno de los machos desnudo, gracias a Dios, pero asumía que sus pollas tendrían la misma pequeña anomalía que la suya.

Oh, qué alegría.

Su anomalía era, por supuesto, otra de las razones por las que le gustaba follarse a la Princesa. Sabía que al final era doloroso para ella.

— Ahora voy a tocarte — dijo ella, mientras se acercaba —. Prostituto.

Rehv se puso rígido cuando su mano se cerró alrededor de su erección, pero sólo le permitió un momento de contacto. Dando un repentino paso atrás, le arrancó la polla de la mano.

— ¿Vas a terminar nuestra relación? — dijo arrastrando las palabras, odiando las palabras que pronunciaba —. ¿Es por eso que me ahuyentaste la otra noche? ¿Esta mierda es demasiado aburrida para ti?

Ella avanzó, como sabía que lo haría.

— Vamos, sabes que eres mi juguete. Te extrañaría terriblemente.

— Ah.

Esta vez cuando lo agarró, hincó las uñas en su vara. Él contuvo un jadeo tensando los hombros hasta que casi se le quiebran las clavículas.

— ¿Entonces te preguntaste dónde estaba? — susurró mientras se apoyaba contra él. Su boca le rozó la garganta y el toque de sus labios le quemó la piel. El labial que llevaba estaba hecho de pimientos molidos, cuidadosamente calibrados para picar—. Te preocupaste por mí. Sufriste por mí.

— Sí. Así fue — dijo, porque la mentira la complacería.

— Sabía que sí. — La Princesa se puso de rodillas y se le acercó. En el momento en que los labios encontraron la cabeza de la verga, la sensación ardiente de ese labial hizo que se le apretaran las pelotas como si fueran puños —. Pídemelo.

— Qué cosa. ¿Una mamada o la explicación de por qué reprogramaste la cita?

— Estoy comenzando a pensar que deberías rogar por ambas cosas. — Tomó la erección y se la empujó contra el estómago, luego sacó la serpenteante lengua y jugueteó con la púa que tenía en la base de su erección. Esa púa era la parte que más le gustaba a ella, la que se enganchaba en el lugar cuando se corría y los mantenía unidos. En lo personal, odiaba la cosa, pero maldición, se sentía bien cuando se la acariciaban, incluso con el dolor que le producía lo que tenía en la boca.

— Pídemelo. — Dejó que la verga cayera en su lugar y la tomó profundamente dentro de su boca.

— Ah, mierda, chúpame — gruñó él.

Y demonios, sí que lo hizo. Abrió esa garganta suya y tomó de él todo lo que pudo. Era maravilloso, pero el ardor era matador. Para vengarse por su pequeño labial «Chanel N° Pesadilla», le agarró el cabello y empujó con las caderas, haciendo que se atragantara.

En respuesta, ella le hincó profundamente una de las uñas en la púa con la suficiente fuerza como para hacerlo sangrar, él gritó, y le saltaron lágrimas de los ojos. Cuando una de ellas se deslizó por su mejilla, ella sonrió, sin ninguna duda disfrutaba del color rojo en contraste con su rostro.

— Vas a pedírmelo por favor — le dijo —. Cuando me pidas que te dé una explicación.

Estaba tentado de decirle que contuviera la respiración esperando, pero en vez de ello, volvió a zambullirse en su boca y ella volvió a clavarle la uña, y continuaron con el mismo juego durante un rato hasta que ambos estuvieron jadeando.

A esa altura su sexo estaba ardiendo, rabiando de calor, pulsando con la necesidad de correrse en esa horrible boca suya.

— Pregúntame por qué — le exigió —. Pregúntame porque no vine.

Él negó con la cabeza.

— No... me lo dirás cuando quieras. Pero lo que si te preguntaré es ¿estamos perdiendo el tiempo aquí o vas a dejarme acabar?

Ella se levantó del suelo, fue hacia la ventana y se ciñó al antepecho con esas horribles manos.

— Puedes correrte. Pero solo dentro de mí.

La perra siempre hacía lo mismo. *Siempre* tenía que ser en su interior.

Y siempre contra la ventana. Evidentemente, aunque no pudiera saber con seguridad que él venía con refuerzos, a cierto nivel sabía que estaban siendo observados. Y si follaban frente a los paneles de vidrio, su centinela estaría obligado a mirar.

— *Córrete dentro de mí, maldición.*

La Princesa arqueó la espalda y levantó el culo. La red que llevaba le recorría las piernas y se metía entre sus muslos, e iba a tener que desgarrar parte de la misma para poder penetrarla. Y era por eso que la usaba. Si su lápiz labial era malo, la malla de mierda que llevaba sobre el cuerpo era aún peor.

Rehvenge se puso a sus espaldas y hundió los dedos índice y medio de cada mano en la red a la altura de la parte baja de su espalda. Con un tirón, rompió el tejido y lo apartó de su culo y su sexo.

Ella estaba brillante de humedad e hinchada, rogando por él.

Mirando sobre su hombro, le sonrió, revelando una hilera de perfectos dientes cuadrados y blancos.

—Tengo hambre. Me reservé para ti. Como siempre.

No pudo disimular el desagrado. No podía soportar la idea de ser su único amante... hubiera sido mucho mejor ser parte de una multitud de machos, para que lo que pasaba entre ellos no fuera tan serio. Además la paridad lo hacía sentir náuseas. Ella también era su única amante.

Se metió con fuerza dentro de su sexo, empujándola hacia delante hasta que se golpeó la cabeza contra el vidrio. Luego la tomó por las caderas y salió lentamente. A ella le temblaron las piernas dando una serie de sacudidas, y odió saber que estaba dándole lo que quería. Así que volvió a metérsela lentamente, deteniéndose a mitad de camino a casa para que ella no lo obtuviera todo de él.

Sus ojos rojos arrojaron fuego al mirarlo por encima de su hombro.

—Más, gracias.

—Por qué no viniste el otro día, mi encantadora puta.

—¿Por qué no te callas y terminas?

Rehv se inclinó y le recorrió el hombro con los colmillos. La malla estaba recubierta de veneno de escorpión, y sintió el adormecimiento instantáneo de sus labios. Después de que hubieran terminado de follar, esa mala mierda iba a estar sobre sus manos y sobre todo su cuerpo, por lo cual tendría que ir a bañarse a su refugio lo más pronto posible. Igual no iba a lograr hacerlo lo suficientemente rápido. Como de costumbre, iba a estar brutalmente enfermo. Como ella era una *symphath* de pura sangre el veneno no le hacía efecto; para ella era como el perfume, un bello accesorio. En cambio para su naturaleza vampira, que era especialmente susceptible, era directamente veneno.

Lentamente salió de su cuerpo para enseguida volver a introducirse un par de centímetros. Supo que la tenía a su merced cuando tres de sus dedos nudosos se hundieron en la vieja y desgastada madera del marco de la ventana.

Dios, esas manos tuyas, con su trío de articulaciones y las uñas que crecían rojas... eran como algo sacado de una película de horror, el tipo de cosas que asomaban por el borde de un ataúd antes de que saliera el no muerto y matara al tipo bueno.

—Dime... por... qué... puta. —El puntualizó las palabras con el movimiento de sus caderas—. O no habrá nada de placer para ninguno de los dos.

Dios, él odiaba y amaba esto, la lucha que ambos mantenían por conservar la posición de poder, la furia que los dos sentían al tener que hacer concesiones. El hecho de haberse visto tentada a dar la vuelta para poder verlo masturbarse, estaba comiéndosela viva, y él se despreciaba a sí mismo por lo que le estaba haciendo a su cuerpo, además ella no quería decirle porqué se había retrasado dos noches, pero sabía que iba a tener que hacerlo si quería conseguir un orgasmo...

Y el tio vivo siguió dando vueltas y vueltas y más vueltas.

—*Dímelo* —gruñó él.

—Tu tío está volviéndose más fuerte.

—En serio. —La premió con una rápida y tempestuosa penetración que la hizo jadear—. ¿Por qué pasa eso?

—Hace dos noches... —La respiración se le cortó en la boca, cuando arqueó la espalda para aceptarlo de la manera más profunda posible—. Fue coronado.

Rehv perdió su ritmo. *Mierda*. Un cambio en el liderazgo no era bueno. Los *symphaths* podrían estar atrapados en esa colonia, aislada del mundo real, pero cualquier inestabilidad política que hubiera allí amenazaba cualquier preciado pequeño control que se tenía sobre ellos.

—Te necesitamos —dijo, extendiendo las manos hacia atrás para hundirle las uñas en el trasero—. Para que hagas lo que sabes hacer mejor.

*No. De ninguna maldita manera.*

Ya había matado suficientes parientes.

Le miró sobre su hombro, y el escorpión que tenía en la oreja fijó su mirada en él, y sus patas largas y delgadas giraron, extendiéndose hacia él.

—Te he dicho el motivo de mi retraso. Así que ponte a trabajar.

Rehv puso su cerebro bajo llave, se concentró en la escena de la playa y dejó que su cuerpo siguiera con el asunto. Bajo su demoledor ritmo, la Princesa tuvo un orgasmo, su

cuerpo se aferró a él con una serie de pulsaciones que ordeñaban su polla como un puño en un tornillo de banco.

Y eso fue lo que provocó que su sexo se fijara dentro de ella y la llenara.

Se apartó tan pronto como pudo y empezó a resbalar hacia el infierno. Ya, podía sentir el efecto del veneno de esa maldita malla. El cuerpo le hormigueaba por todas partes, las terminales nerviosas de su piel oscilaban encendiéndose y apagándose con espasmos de dolor. E iba a ponerse mucho peor.

La Princesa se enderezó y fue hacia su vestido. De un bolsillo oculto, sacó un largo y ancho trozo de raso rojo, y con la mirada fija en él, puso la tela entre sus piernas y la ató con una serie de elaborados lazos.

Sus ojos color rubí brillaban de satisfacción mientras se aseguraba que ninguna gota de él se le escapara.

Odiaba eso, y ella lo sabía y era por eso que nunca se quejaba cuando se desprendía rápidamente al acabar. Sabía condenadamente bien que quería meterla a la fuerza en un baño con blanqueador y hacerla lavarse hasta limpiar hasta el último rastro de sexo de ella como si nunca hubiera sucedido.

— ¿Dónde está mi diezmo? — dijo, mientras se ponía el vestido.

Cuando fue hasta la chaqueta y sacó una pequeña bolsa de terciopelo ya veía doble a causa del veneno. Se la tiró y ella la atrapó.

Dentro de la bolsa había doscientos cincuenta mil dólares en rubíes. Cortados. Listos para ser usados.

— Debes regresar a casa.

Estaba demasiado cansado para seguirle el juego.

— Esa colonia no es mi casa.

— Equivocado. Estás muy equivocado. Pero entrarás en razón. Te lo garantizo. — Diciendo eso desapareció en el aire.

Rehv se tambaleó, y plantó la palma de la mano en la pared de la cabaña cuando una ola negra de puro agotamiento lo recorrió.

Cuando la puerta se abrió, se enderezó y recogió sus pantalones. Trez no dijo nada, sólo se acercó y lo ayudó a mantener el equilibrio.

Enfermo como estaba, y sabiendo que se pondría peor, se volvió y se puso la ropa por sí mismo. Eso era algo importante para él. Siempre se vestía solo, sin ayuda.

Cuando tuvo la chaqueta en su lugar, la corbata alrededor del cuello, y el bastón en la mano, su mejor amigo y guardaespaldas lo levantó en brazos y lo llevó como un niño de regreso al coche.

## Capítulo 36



La tensión en una persona era como aire en un globo. Demasiada presión, demasiada mierda, demasiadas malas noticias... y la fiesta de cumpleaños se desquiciaba.

Phury abrió el cajón de su mesita de noche aunque acababa de mirar ahí dentro.

—Mierda.

*¿Dónde puta estaba todo su humo rojo?*

Tomó su bolsita casi vacía del bolsillo de la camisa. Apenas le alcanzaría para uno muy delgado. Lo que significaba que tenía que apresurarse para llegar al ZeroSum antes de que el Reverendo cerrara esa noche.

Se puso una chaqueta ligera para poder tener un lugar donde esconder la bolsa llena a su regreso. Luego bajó al trote la escalera principal. Cuando llegó al vestíbulo, su mente corría a toda velocidad y se retorcía, agitándose con el Top Diez de las Razones, por las cuales, Phury, Hijo de Ahgony, era un Imbécil. En el ranking del hechicero

*Número diez: Se las ingenia para que la Hermandad le expulse de una patada. Número nueve: Drogadicto. Número ocho: Riñe con su gemelo cuando la shellan embarazada de éste está atravesando por un mal momento. Número siete: Drogadicto. Número seis: Lo estropea todo con la hembra con la que desea estar, ahuyentándola. Número cinco: Miente para proteger su comportamiento adictivo.*

Oh, ¿ésta estaría incluida en la nueve y la siete?

*Número cuatro: Defraudó a sus padres. Número tres: Drogadicto. Número dos: Se enamora de la hembra que ahuyentó en el numeral anterior.*

Mierda.

Mierda.

Mierda.

¿Se había enamorado de Cormia? ¿Cómo? ¿Cuándo?

El hechicero disparó en su cabeza.



*Al diablo con eso, compañero. Terminemos la lista. Venga. Muy bien... Creo que pondremos «Drogadicto» como el número uno, ¿no?*

—¿Dónde vas? —La voz de Wrath le llegó desde arriba como una especie de conciencia y Phury se congeló con la mano en el picaporte de la puerta del vestíbulo. —¿Dónde? —exigió el Rey.

*A ningún lugar en especial, pensó Phury sin volverse. Sólo de camino a volverme jodidamente loco.*

—Fuera a dar un paseo —dijo, y levantó las llaves del coche por encima de la cabeza.

Llegados a este punto, mentir no le molestaba ni un poco. Lo único que quería era que todos se apartaran de su camino. Cuando tuviera el humo rojo, cuando estuviera tranquilo y su cabeza ya no fuera una bomba a punto de explotar, podría volver a interactuar.

Las botas de Wrath acometieron la escalera, el ritmo de sus zancadas era una cuenta atrás para que le cayera una bronca de tres pares de cojones. Phury se volvió a enfrentar al Rey, con la ira hirviendo a fuego lento dentro de su pecho.

Y el asunto era que, Wrath tampoco estaba de un humor Hallmark. Tenía las cejas ocultas tras las gafas envolventes, los colmillos largos, el cuerpo tenso como el infierno.

Era obvio que había recibido más malas noticias.

—¿Qué ha pasado ahora? —dijo Phury entre dientes, preguntándose cuándo demonios pasaría la actual tormenta de mierda a enturbiar la vida de otro grupo de gente.

—Cuatro familias de la *glymera* fueron atacadas esta noche, y no hay supervivientes. Tengo algo terrible que decirle a Qhuinn, pero no puedo comunicarme con él ni con John Matthew, y ambos están apostados en lo de Blay.

—¿Quieres que yo vaya?

—No, quiero que lleves tu culo al Santuario y cumplas con tu jodido deber —estalló Wrath—. Necesitamos más Hermanos, y consentiste en ser el *Primale*, así que deja de aplazar la mierda.

Phury rabiaba por exponer sus colmillos, pero mantuvo la compostura.

—He elegido a otra Primera Compañera. La están preparando, y yo acudiré a ella mañana por la noche.

Wrath enarcó las cejas. Luego hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Vale. Bien. Ahora, ¿cuál es el número de Blaylock? Voy a pedirle al chico que vuelva a su casa. Todos los Hermanos están ocupados, y no quiero que Qhuinn se entere de lo que tengo que decirle por teléfono.

—Puedo ir...

—Ni lo sueñes —respondió el Rey—. Incluso si todavía fueras parte de la Hermandad, con toda la mierda que está ocurriendo en este momento, no correría el riesgo de perder al *Primale* de la raza, así que ve a que te jodan y muchas gracias. Ahora, ¿cuál es el maldito número de Blay?

Phury le dio a Wrath los números, saludó con la cabeza, y salió a través del vestíbulo. No le importó una mierda haberle dicho a Wrath que iba a salir en coche, dejó su BMW estacionado en el patio y se desmaterializó hacia el centro de la ciudad.

De todos modos Wrath sabía que había estado mintiendo. Y no había ninguna razón para retrasar el viaje al ZeroSum tomando su coche sólo para conservar las apariencias de una falsedad de la que ambos eran bien conscientes.

Cuando llegó a la entrada del club, Phury evitó la fila de espera simplemente acercándose y pidiéndole al gorila que se apartara de su camino.

En la sección VIP, iAm guardaba la puerta de la oficina de Rehvenge. El moro no pareció sorprenderse al verlo, pero por otro lado era difícil tomar por sorpresa a cualquiera de los dos guardaespaldas privados de Rehv.

—El jefe no está aquí, ¿quieres hacer una compra? —preguntó el tipo.

Phury asintió, iAm le mostró el camino. Rally, el sirviente que pesaba las dosis, se alejó rápidamente después de que Phury abriera su mano dos veces.

iAm apoyó la cadera contra el escritorio de Rehvenge y simplemente se quedó allí mirándolo a través del despacho, con los negros ojos impasibles, tranquilos. Su hermano, Trez era el más impetuoso de los dos, por lo que Phury siempre había pensado que iAm era el más peligroso de los dos.

Aunque suponía que era algo así como elegir entre dos armas diferentes: una cuestión de valores.

—Un consejo —dijo el moro.

—Paso.

—Resiste. No saltes a cosas más fuertes, amigo.

—No tengo idea de lo que hablas.

—Mientes.

Rally salió de la puerta oculta de la esquina y cuando Phury vio todas aquellas hojas dentro de la bolsa de plástico transparente, le bajó la tensión arterial y su ritmo cardíaco se estabilizó. Le dio mil dólares y salió de aquella oficina tan rápido como pudo, listo para regresar a su dormitorio y dedicarse a su asuntillo.

Cuando se dirigía a la salida de emergencia, vio a Xhex apoyada en la barra VIP. Dirigió sus ojos hacia el brazo, que tenía enterrado en la chaqueta, luego frunció el ceño y articuló, *Joder*.

Cuando comenzó a acercarse a él con rápidas zancadas, tuvo la extraña impresión de que intentaría arrebatarse su alijo, y eso no iba a pasar. Había pagado buen dinero en efectivo y lo había comprado a un precio justo. No había razón para que la gerencia tuviera un mal rollo con él.

Rápidamente empujó la puerta y se desmaterializó. No tenía ni jodida idea de cuál era el problema, y tampoco le importaba. Tenía lo que necesitaba y se iba a casa.

Mientras viajaba en una neblina de moléculas de regreso a la mansión, pensó en el drogadicto del callejón, el que había acuchillado a su distribuidor y luego había hurgado en los bolsillos del hombre mientras la sangre manaba por todas partes.

Phury trató de creer que él no era así. Intentando no ver la desesperación que había sentido los últimos veinte minutos como el trampolín que podría llevarlo a actuar como lo había hecho el drogadicto con aquella navaja.

La realidad era, sin embargo, que nada ni nadie estaba a salvo si se ponía en medio de un adicto y lo que ansiaba.

Mientras John recorría con la vista el patio trasero de la casa de Blay, sentía que había hecho esto miles de veces, la espera, la vigilancia... esta pausa depredadora, todo esto le parecía que fuera su segunda naturaleza. Lo cual era una locura.

Nah, le dijo su yo interior. Todo esto no es más que la mierda habitual. Sin embargo, el resto te lo estás imaginando.

A su lado en las sombras, Qhuinn estaba sorprendentemente quieto. Por lo general el tipo siempre estaba en movimiento, agitando los pies y manos, caminando por los alrededores, charlando. No esa noche, no en ese puesto de vigilancia entre los arbustos de madreSelva.

Sí, bien, estaban ocultos entre la madreSelva. No era exactamente tan varonil como ocultarse detrás de un grupo de robles, pero la cobertura era mejor, y además era todo lo que tenían para usar como camuflaje al lado de la puerta trasera de Blay.

John miró su reloj, habían estado esperando allí durante una hora larga o dos. Finalmente tendrían que irse para evitar el alba y acaso ¿no apestaba eso? Estaba allí para luchar. Estaba preparado para luchar.

Si no conseguía reventar a otro restrictor, su bravucón interior iba a sufrir un severo caso de frustración.

Desafortunadamente, todo lo que percibían era una brisa ocasional de verano para compensar el zumbido de los grillos.

*No sabía lo de Blay*, gesticuló John sin ninguna razón en particular. *¿Cuánto hace que sabías sobre... tú sabes, como se sentía él?*

Ahora Qhuinn comenzó a hacer tamborilear los dedos en su muslo.

—Más o menos desde que comenzó... que fue hace tiempo.

*Guau*, pensó John. Con todos estos secretos emergiendo, era casi como si estuvieran pasando por sus transiciones otra vez.

Y al igual que con los cambios que habían asumido sus cuerpos, ellos tres nunca volverían a ser lo que fueron una vez.

—Blay escondía lo que sentía —murmuró Qhuinn—. Aunque no debido al tema sexual. Quiero decir, no tengo problema en estar con gays, especialmente si hay chicas implicadas. —Qhuinn se rió—. Pareces impresionado. ¿No sabías que era así?

—Bien... Yo... Quiero decir...

Mierda santa, si alguna vez antes se había sentido virgen, a la luz de lo que hacía Qhuinn... fuera lo que fuera... se dio cuenta que era más bien como VIRGEN.

—Mira, si te hace sentir incómodo...

—No, no es eso. Demonios, realmente no estoy tan sorprendido. Quiero decir, entrabas en los baños con un montón de diferentes...

—Síp. Soy la clase de tipo que a lo que surja le planto cara, sabes. Todo viene bien. — Qhuinn se frotó la frente —. Sin embargo, no planeo ser así para siempre.

— ¿No?

—Un día quiero una *shellan* propia. No obstante, entre tanto, voy a hacer cualquier cosa y lo voy a experimentar todo. Así es como sé que estoy vivo.

John lo pensó.

— *También quiero una hembra. Pero es difícil porque...*

Qhuinn no lo miró, pero asintió dejándole saber que le entendía... lo que se sintió bien. Era gracioso, de cierta forma, era más fácil hablar de las cosas ahora que su amigo sabía exactamente por qué ciertas cosas eran difíciles para él.

—Sabes, he visto el modo en que miras a Xhex.

John se puso rojo. *Um...*

—Es algo genial. Quiero decir, joder... ella es salvajemente ardiente. En parte porque es tan endemoniadamente aterradora. Pienso que podría hacerte comer tus propios dientes si te pasas de la línea. —Qhuinn se encogió de hombros—. Pero, ¿no has considerado que podrías querer comenzar con alguien que sea un poco... no sé, más suave?

— *Uno no puede elegir por quien quiere sentirse atraído...*

— Amén.

Oyeron ruidos de alguien que estaba rodeando la casa desde el frente, y ambos se pusieron alerta, alzando los cañones de sus armas y apuntándolos hacia el este.

—Soy yo — voceó Blay —. No disparéis.

John salió de la madreselva.

— *¿Pensé que te ibas con tus padres?*

Blay contempló a Qhuinn.

—Los Hermanos han estado tratando de localizarte.

—¿Por qué me miras así? —dijo Qhuinn, poniendo el arma a un costado de su cuerpo.

—Quieren que regreses a la mansión.

¿Por qué?, gesticuló John aunque Blay todavía tenía la vista fija en Qhuinn. *Wrath dijo que estaba bien que nos quedáramos.*

— ¿Cuales son las noticias? — dijo Qhuinn con voz tensa — . Tienes noticias, cierto.

— Wrath quiere que tú...

— Mi familia fue atacada, ¿no es así? — Qhuinn apretó la mandíbula — . ¿No es así?

— Wrath quiere que tú...

— A la mierda con Wrath. ¡Habla!

Blay desvió los ojos hacia John antes de volver a fijarlos en su amigo.

— Tu madre, padre y hermana están muertos. Tu hermano está desaparecido.

El aliento de Qhuinn lo abandonó en un resuello, como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago. John y Blay extendieron las manos, pero él se replegó y se apartó.

Blay sacudió la cabeza.

— Lo siento mucho.

Qhuinn no dijo nada. Era como si hubiera olvidado el idioma.

Blay trató de alcanzarlo otra vez, y cuando Qhuinn volvió a alejarse otro paso, le dijo:

— Mira, Wrath me llamó cuando no pudo localizar a ninguno de vosotros dos, y me pidió que ambos regresarais a la mansión. La *glymera* va a retirarse.

*Vamos al coche*, le dijo John a Qhuinn por señas.

— Yo no voy.

— Qhuinn...

— *Qhuinn*...

La voz de Qhuinn estaba llena de la emoción que su rostro se negaba a mostrar.

— A la mierda con todo esto. A la mierda...

Una luz se encendió dentro de la casa de Blay, y Qhuinn giró la cabeza bruscamente. A través del cristal de las ventanas de la cocina, vieron entrar a un restrictor a la habitación a plena vista.

No hubo forma de detener a Qhuinn. Entró a la casa por la puerta trasera a una velocidad supersónica con el arma en alto. Y tampoco se frenó, una vez dentro. Apuntando su H&K le disparó repetidas veces al asesino, apretó el gatillo una y otra vez, haciendo retroceder al pálido bastardo hasta que estuvo contra la pared.

Incluso cuando el restrictor cayó desplomado y comenzó a sangrar negro, Qhuinn siguió disparando, al papel pintado confiriéndole un estilo Jackson Pollock.

Blay y John se precipitaron dentro, y John puso un brazo alrededor del cuello de su amigo. Cuando hizo retroceder a Qhuinn, agarró con fuerza la mano en la que el tipo tenía el arma por si tratara de girar y disparar.

Otro restrictor entró como un cañonazo en la cocina, Blay se puso manos a la obra, agarrando un cuchillo de carnicero de un exhibidor de cuchillos de Henckels. Cuando enfrentó al pálido bastardo, el asesino hizo aparecer una navaja de muelle y los dos comenzaron a andar en círculos. Blay estaba tenso, su gran cuerpo listo para atacar, los ojos alerta. El problema era que todavía continuaba sangrando por las heridas que había recibido antes de irse, estaba pálido y demacrado por todo lo que había pasado.

Qhuinn levantó el cañón de su arma a pesar de que John le estaba sujetando la mano. Cuando John sacudió la cabeza, Qhuinn siseó.

—Suéltame. Ahora mismo.

El tono de su voz fue tan mortalmente sereno, que John obedeció.

Qhuinn puso una bala precisamente entre los ojos del restrictor, haciendo que la cosa cayera como un muñeco.

—¿Qué coño? —tronó Blay—. Era mío.

—No voy a observar cómo te cortan en pedazos. Eso no va a pasar.

Blay apuntó a Qhuinn con un dedo tembloroso.

—No vuelvas a hacer algo así.

—Esta noche perdí gente, a la que no soportaba. No voy a perder a alguien que realmente me importa.

—No necesito que seas mi héroe...

John se puso en medio de los dos.

*A casa, gesticuló. Ahora.*

—Podrían haber más...

—Probablemente haya más...

Cuando el teléfono de Blay sonó, los tres se quedaron inmóviles.

—Es Wrath. —Los dedos de Blay volaron sobre las teclas— Realmente nos quiere en casa. Y John, comprueba tu teléfono, creo que no funciona.

John tomó la cosa de su bolsillo. Estaba muerto y bien muerto, pero ahora no había tiempo para entender por qué. ¿Tal vez por los enfrentamientos?

*Vamos, señaló.*

Qhuinn se acercó al soporte de los cuchillos, sacó uno dentado, y apuñaló tanto al retractor al que había convertido en un colador como al que había enviado de vuelta hacia el Omega con el disparo certero.

Moviéndose rápidamente, aseguraron la casa como mejor pudieron, pusieron la alarma, y se amontonaron en el Mercedes de Fritz, con Qhuinn en el volante y Blay y John en el asiento trasero.

Cuando se dirigieron a la Ruta 22, Qhuinn comenzó a levantar el panel divisorio.

—Si vamos a volver a la mansión, no puedes saber dónde está, Blay.

Que era, por supuesto, sólo parte de la razón por la que estaba levantando el escudo. Qhuinn quería estar solo. Era lo que necesitaba siempre que se sentía confundido y la razón por la cual John se había ofrecido a hacerse pasar por Miss Daisy.

En la densa oscuridad del asiento trasero, John le echó un vistazo a Blay. El chico estaba recostado sobre el asiento de cuero como si su cabeza le pesara como un bloque de cemento y sus ojos parecían haberse hundido en su cráneo. Parecía tener cien años.

En términos humanos.

John pensó en el tipo que había sido sólo unas noches atrás, cuando habían ido a Abercrombie, paseando por los estantes de camisas, sosteniendo una y otra para evaluarlas. Contemplando ahora a Blay, era como si aquel chico pelirrojo de la tienda fuera un primo lejano, más joven de la persona que estaba en el Mercedes, alguien con el mismo colorido y la misma altura, pero nada más en común.

John dio un toque a su amigo en el antebrazo.

—Tenemos que pedirle a la doctora Jane que te examine.

Blay bajó la mirada por su blanca camisa y se sorprendió de encontrarla manchada de sangre.

—Supongo que era por esto que mi madre andaba a mí alrededor. No duele.

—Bien.

Blay se volvió y miró fijamente por la ventanilla, aunque fuera imposible ver a través de ella.

—Mi padre dijo que podía quedarme. Para luchar.

John silbó suavemente para que girara la cabeza.



— *No sabía que tu padre podía manejar así la espada.*

— Antes de que se apareara con mi madre, fue un soldado. Ella le obligó a dejarlo, — Blay frotó la camisa aunque la sangre estaba impregnada en las fibras, manchándolas—. Cuando Wrath me llamó y me pidió que fuera a buscaros a vosotros dos tuvieron una gran discusión. Mi madre se preocupa de que pueda resultar muerto. Mi padre quiere que demuestre ser un macho de valor en este momento de necesidad de la raza. Así que ahí lo tienes.

— *¿Qué quieres tú?*

Los ojos del chico se dispararon hacia el panel divisorio y luego examinaron todo el asiento trasero.

— Quiero luchar.

John se reclinó contra el asiento.

— *Bien.*

Después de un largo silencio, Blay dijo:

— ¿John?

John giró la cabeza lentamente, sintiéndose tan exhausto como Blay aparentaba estar.

*¿Qué?*, articuló, porque no tenía fuerza para gesticular.

— *¿Todavía quieres ser mi amigo? A pesar de que sea gay.*

John frunció el ceño. Luego se sentó derecho, cerró la mano formando un puño, y le dio un puñetazo a su compañero de lleno en el hombro.

— *¡Eh! Qué coño...*

— *¿Por qué no querría ser tu amigo? ¿Aparte del hecho que seas un idiota de mierda por preguntarme eso?*

Blay se acarició el lugar donde lo había golpeado.

— Lo lamento. No sabía si eso cambiaba las cosas o... ¡No vuelvas a hacer eso! ¡Tengo una herida allí!

John volvió a reclinarse en el asiento. Estaba a punto de gesticular otro, *Estúpido idiota*, al tipo, cuando se dio cuenta que él se había preguntado lo mismo después de lo que había ocurrido en el vestuario.

Miró a su amigo.

— *Para mí eres exactamente el mismo.*

Blay respiró hondo.

—No se lo he dicho a mis padres. Tú y Qhuinn sois los únicos que lo sabéis.

— *Bien, cuando se lo digas a ellos o a quien sea, él y yo estaremos a tu lado. En todo.*

La pregunta que John no tenía las pelotas para formular debió asomar a sus ojos, porque Blay extendió la mano y le tocó el hombro.

—No. Absolutamente no. No creo que haya nada que pudiera hacer que te valore menos.

Los dos soltaron idénticos suspiros y cerraron los ojos al mismo tiempo. Ninguno de los dos pronunció otra palabra durante el resto del viaje a casa.

Lash se sentó en el asiento de pasajeros del Focus y tuvo la frustrante sensación de que a pesar de los atracos que había promovido en las casas de la aristocracia, la Sociedad no estaba captando el panorama. Los restrictores estaban recibiendo órdenes del señor D, no de él.

Demonios, ni siquiera sabían que él existía.

Le echó un vistazo al señor D, cuyas manos estaban situadas a las diez y a las dos sobre el volante. Una parte de él quería matar al tipo sólo por despecho, pero su lado lógico sabía que tenía que mantener al bastardo vivo para usarlo como portavoz... al menos hasta que pudiera demostrar quién era él ante el resto de sus tropas.

*Tropas.* Amaba aquella palabra.

Era la segunda palabra que más apreciaba después de *suyas*.

Tal vez podría diseñarse un uniforme. Como el de un general o algo así.

Estaba seguro como el infierno que lo merecía, considerando lo acertada que era su estrategia militar. Era un maldito genio... y el hecho de usar lo que la Hermandad le había enseñado durante el entrenamiento contra ellos, era condenadamente glorioso.

Sin embargo, en los pasados siglos, la Sociedad Restrictiva había estado metiéndose solo con la población de vampiros. Con poca inteligencia para continuar, y una fuerza de soldados descoordinada, era una estrategia de caza y picotea que había reportado muy poco éxito.

No obstante, él, pensaba a lo grande, y tenía el conocimiento para poner en funcionamiento sus planes.

La forma de eliminar a los vampiros era romper la voluntad colectiva de la sociedad, y el primer paso era la desestabilización. Los jefes de cuatro de las seis familias fundadoras de la *glymera* habían sido aniquilados. Había que ir por los otros dos, y una vez que estuvieran muertos, los restrictores podrían comenzar con el resto de la aristocracia. Habiendo atacado y diezmado a la *glymera*, lo que quedaba del Consejo de Princeps, se volvería contra Wrath porque era el Rey. Se formarían facciones rivales. Sobrevendrían luchas por el poder. Y Wrath, como líder forzado a tratar con la inquietud civil, los desafíos a su autoridad, y con una guerra en curso cometería crecientes errores de juicio, que exacerbarían la inestabilidad.

Las consecuencias no sólo serían políticas. Más asaltos a casas significaban que habría menos diezmos para la Hermandad debido a una disminución en la base que sostiene al fisco. Menos aristócratas significaban menos empleos para los civiles, y eso causaría apuros financieros a las clases bajas con la consecuente erosión en su apoyo al Rey. Todo el asunto sería un círculo vicioso que conduciría inevitablemente a que Wrath fuera destituido, muerto o relegado a una figura decorativa sin poder alguno... y la estructura social de los vampiros se hundiría aún más profundamente en el retrete. Cuando todo fuera un caos total, Lash entraría y barrería lo que quedaba.

Sólo una cosa sería mejor, una plaga de vampiro.

Hasta ahora su plan estaba funcionando, esta primera noche había sido un completo éxito. Se había cabreado porque el hijo de puta de Qhuinn no había estado en su casa cuando la asaltaron, ya que le hubiera gustado poder matar a su primo, pero se había enterado de algo interesante. En el escritorio de su tío había encontrado documentos de renuncia, que expulsaban a Qhuinn de la familia. Lo que significaba que la pobre pequeña mierda dispar de Qhuinn andaba suelta por algún sitio... aunque evidentemente no donde Blay ya que su casa también había sido asaltada.

Sí, lamentaba que Qhuinn no hubiera estado en casa, pero al menos habían capturado vivo a su hermano. Eso iba a ser divertido.

Hubo varias pérdidas de la Sociedad, sobre todo en casa de Blay y en la del mismo Lash, pero en el panorama general, la marea se inclinaba fuertemente a favor de Lash.

De todas formas la rapidez era crítica. La *glymera* correría a sus refugios, y aunque sabía la localización de algunas áreas en las que podría encontrar algunos de ellos, la mayor parte estaba fuera del estado, eso significaba pérdida de tiempo en viajes para sus hombres. Para apresurar las muertes, tenían que asaltar tantas direcciones como fuera posible aquí en la ciudad.

Mapas. Necesitaban mapas.

Mientras Lash pensaba en ello, le gimió el estómago.

Necesitaban mapas y alimento.

—Para en esa gasolinera Citgo—ladró.

El señor D no pudo virar a la izquierda a tiempo, entonces se orilló y dio marcha atrás.

—Necesito comida —dijo Lash—. Y mapas para...

Al otro lado de la calle, las luces azules de un coche patrulla del Departamento de Policía de Caldwell, se encendieron y Lash blasfemó.

Si la policía había visto su infracción de tránsito, estaban en graves problema. En el maletero del Focus había pistolas y otras armas de fuego. Ropa ensangrentada, carteras, relojes y anillos de vampiros muertos.

*Colosal. Una cagada colosal.* Evidentemente el oficial no había hecho una urgente pausa para comer un Donut, porque se dirigía directamente hacia ellos.

—Estoy. Jodido. —Lash miró al señor D mientras el tipo se detenía a un costado—. Dime que tienes un permiso de conducir válido contigo.

—Por supuesto que sí. —El señor D aparcó el coche y bajó la ventanilla mientras uno de los «para proteger y servir» de Caldie se acercaba a ellos—. Ey, Oficial. Tengo mi permiso de conducir justo aquí.

—También necesito los papeles del coche. —El policía se inclinó hacia el coche y luego hizo una mueca como si no le gustara el olor.

*Dios, cierto.* El olor a talco de bebé.

Lash se reclinó hacia atrás cuando el señor D se estiró para abrir la guantera, tranquilo como si no pasara nada. Cuando sacó un pedazo de papel blanco del tamaño de una tarjeta, Lash rápidamente comprobó la documentación. Ciertamente parecía oficial. La

maldita cosa tenía el sello del Estado de Nueva York, estaba a nombre de Richard Delano, y la dirección era en el 1583 de la calle Diez, apartamento 4F.

El señor D le entregó todo a través de la ventanilla.

— Sé que se supone que no tendría que ir marcha atrás, señor. Sólo queríamos algo de comer y me pasé la entrada del aparcamiento.

Lash contemplaba al señor D, impresionado por la notable demostración de talento interpretativo. Mientras miraba al policía, D era la combinación justa de estoy lamentablemente avergonzado, me disculpo sinceramente y soy una persona común y corriente. Mierda, su rostro debería estar en el frente de una caja de cereales para demostrar la forma correcta de mover las mandíbulas, además lanzaba la palabra *señor* como si fuera el amén en una iglesia. Él era la personificación de todo lo que era íntegro. Lleno de vitaminas y fibra. Un paquete energético, que representaba la antigua y buena nutrición americana.

El oficial miró la documentación y se la devolvió. Dirigió la linterna al interior del coche y dijo:

— No lo vuelva a hacer...

Cuando vio a Lash frunció el ceño.

La actitud del policía de «estoy perdiendo mi valioso tiempo» se fue en una fracción de segundo. Ladeando la radio que tenía prendida en la solapa hacia su boca, pidió refuerzos y luego dijo:

— Señor, voy a tener que pedirle que salga del coche.

— ¿Quién, yo? — dijo Lash. Joder no tenía ninguna identificación encima —. ¿Por qué?

— Señor por favor salga del coche.

— No, a menos que me diga por qué.

Bajó la linterna e iluminó la cadena de perro que Lash tenía alrededor del cuello.

— Hace aproximadamente una hora, recibimos una denuncia de una mujer en Screamer's contra un hombre blanco, de dos metros de altura, rubio, rapado, con un collar de perro. Así que necesito que salga del coche.

— ¿Cuál fue la denuncia?

—Asalto sexual. —La otra patrulla de policía estacionó delante de ellos, luego dio marcha atrás hasta prácticamente apoyarse en los faros del Focus—. Señor, por favor, salga del vehículo.

¿Aquella puta que estaba en la barra había acudido a la policía? ¡Le había suplicado que se lo hiciera!

—No.

—Si usted no sale del coche, lo sacaré.

—Sal del coche —dijo el señor D en voz baja.

El segundo oficial rodeó el Focus y abrió la puerta de Lash.

—Señor, salga del coche.

No podía ser que estuviera ocurriéndole eso. ¿Esos jodidos humanos idiotas? Era el hijo del Omega, por el buen Cristo. No seguía las reglas de los vampiros, mucho menos unas que gobernaban a los Homo Sapiens.

—¿Señor? —dijo el policía.

—¿Qué tal si te jodes con tu Taser?

El oficial se inclinó y le agarró el brazo.

—Queda usted bajo arresto por asalto sexual. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en una corte. Si usted no puede contratar un abogado...

—Usted no puede estar hablando jodidamente en serio...

—... se le proporcionará uno. ¿Entiende estos derechos...

—Suélteme.

—... que le han sido leídos?

Fueron necesarios los dos oficiales para arrastrar a Lash fuera del coche, y como no podía ser de otra forma, se reunió un grupo de gente. *Mierda*. Aún cuando fácilmente pudiera arrancarle los brazos a ambos y metérselos por el culo, no podía darse el lujo de hacer una escena. Había demasiados testigos.

—Señor, ¿entiende usted estos derechos? —Esto fue dicho a Lash mientras le hacían girar, le empujaban contra el capó del coche, y le esposaban.

Lash miró al señor D a través del parabrisas, su rostro ya no era inocente como un pastel de manzanas. El tipo tenía los ojos entrecerrados, y su única esperanza era que estuviera estrujándose el cerebro para encontrar la manera de sacarlo de ese lío.

— ¿Señor? ¿Entiende usted estos derechos?

— Sí — escupió Lash — . Jodidamente bien.

El policía que estaba a su izquierda se inclinó hacia él.

— A propósito, vamos a agregar el cargo de resistencia al arresto. ¿Y esa rubia? Tenía diecisiete años.

## Capítulo 37



Detrás de la mansión de la Hermandad, los pies magullados de Cormia recorrían el corto césped tan rápido como podían llevarla. Corría para ocultarse de sí misma, corría con la esperanza de encontrar algo de claridad, corría porque no había ningún lugar al que quisiera ir pero tampoco podía quedarse donde estaba.

Su respiración entraba y salía con fuerza de sus pulmones, le ardían las piernas, tenía los brazos entumecidos, pero aún así seguía corriendo, corrió a lo largo de la pared de contención que estaba en la linde del bosque, luego dio la vuelta y regresó hacia los jardines.

*Layla y el Primale. Layla yaciendo con el Primale. Layla desnuda con el Primale.*

Corrió más rápido.

Él iba a escoger Layla. Se sentía incómodo con su papel, por eso escogería a alguien a quien hubiera visto antes, alguien que además había servido a sus Hermanos con discreción y gracia. Se inclinaría por alguien que le resultara familiar.

*Escogería a Layla.*

Sin advertencia previa, a Cormia le flaquearon las piernas y se derrumbó como un bulto exhausto.

Cuando se recuperó lo suficiente como para levantar la cabeza, frunció el ceño y jadeó. Había caído sobre un extraño parche de césped recientemente removido, una extensión imperfecta que tenía casi dos metros de diámetro. Era como si algo hubiese sido quemado allí y la tierra aún tuviera que recuperarse.

Parecía apropiado a muchos niveles distintos.

Rodando para tenderse de espaldas, miró el cielo nocturno. Le ardían los muslos al igual que sus pulmones, pero el fuego verdadero estaba en su cerebro. No pertenecía a este lado. Pero no podía soportar la idea de regresar al Santuario.

Era como el aire de verano que se extendía entre la tierra verde y cubierta de hierba y la galaxia llena de estrellas. No estaba ni aquí ni allí... y además era invisible.



Levantándose, comenzó a caminar lentamente de regreso a la terraza de la mansión. Las lámparas brillaban en las ventanas de la casa y cuando echó una mirada a su alrededor, comprendió que iba a extrañar los colores nocturnos de este mundo: los rojos, rosas, amarillos y púrpuras de las rosas de té, lucían apagados, como si las flores se sintieran tímidas. Dentro de la biblioteca, el rojo profundo de las cortinas era como una hoguera encendida, y la sala de billar parecía haber sido construida con esmeraldas, con un vívido verde oscuro.

Tan encantador. Todo era tan encantador, una fiesta para los ojos.

Para aplazar la partida un poco más, fue a la piscina.

El agua negra le habló, la superficie brillante le susurró melodiosos lamentos y le hizo señas con chispeantes reflejos de rayos de luna que se proyectaban sobre sus tranquilas olas.

Dejando caer la bata, se zambulló en la suave oscuridad, penetrando la superficie de la piscina, yendo hasta lo más profundo y quedándose allí mientras braceaba en el agua.

Cuando emergió en el extremo más alejado, la resolución entró en su cuerpo junto con el aire que inhaló. Le diría a Fritz que se marchaba, y le pediría que se lo comunicara a Bella. Luego iría al Santuario y pediría una audiencia con la Directrix Amalya... en la cual presentaría la solicitud de convertirse en escriba recluida.

Sabía que uno de sus deberes como escriba consistiría en registrar la descendencia del *Primale*, pero era mejor tratar con ellos en la tierra de las letras que tener que ver con sus propios ojos a las legiones de niños de cabello multicolor y encantadores ojos amarillos.

Y habría niños. Aunque había impugnado su fuerza, el *Primale* iba a hacer lo que debía. Estaba luchando incluso más que antes con su papel, pero su sentido del deber se sobrepondría a su ego.

Bella estaba en lo correcto en la valoración que había hecho de él.

— Bueno, hola, allí.

Cormia exhaló sobresaltada y quedó mirando directamente un par de gigantescas botas con puntas de metal. Asustada, recorrió con los ojos el enorme y esbelto cuerpo de un macho vestido con lo que ellos llamaban vaqueros.

—¿Y tu quien eres? —preguntó con voz suave y cálida, poniéndose en cuclillas. Sus ojos eran muy llamativos, intensos... y dispares, con pestañas del mismo color de su tupido cabello negro.

Antes de que pudiera responder, John Matthew apareció detrás de él y silbó ruidosamente para llamar su atención. Cuando el macho que estaba al borde del agua miró sobre su hombro, John agitó la cabeza e hizo señas frenéticamente.

—Oh... mierda, perdón. —El macho de cabello oscuro se levantó en toda su estatura y alzó las manos como si estuviera tratando de detenerse así mismo—. No sabía quién eras.

Otro macho salió de la casa a través de las puertas de la biblioteca. Este era pelirrojo, tenía manchas de sangre en la camisa y sobre él se cernía un aire de agotamiento absoluto.

*Eran soldados que luchaban junto a John, pensó. Soldados jóvenes.*

—¿Quién eres? —le preguntó, al que tenía los encantadores ojos desiguales.

—Qhuinn. Vengo con él. —Su pulgar señaló a John Matthew—. El pelirrojo es...

—Blaylock —le cortó el otro abruptamente—. Soy Blaylock.

—Solo salí a nadar un poco —dijo ella.

—Ya veo. —La sonrisa de Qhuinn era amistosa, había perdido su sensualidad.

Pero todavía se sentía atraído por ella. Podía notarlo. Y allí fue cuando comprendió que debido al camino que había elegido seguir, permanecería intacta para siempre. En su papel de escriba recluida, nunca estaría entre las que el *Primale* visitaría para mantener relaciones sexuales.

Eso significaba que aquella tormenta incipiente que se había producido dentro de ella de forma tan gloriosa nunca más sería convocada ni liberada de nuevo.

*Jamás.*

Cuando la gran extensión de años de vida que le quedaban se desplegó ante ella, una inquieta, desesperada cuerda en su interior fue conmovida, y las vibraciones de su insatisfacción la impulsaron a través del agua caliente hacia la escalera. Asiendo las barandas salió a la superficie y sintió el aire fresco sobre su cuerpo y supo que los tres soldados estaban mirándola.

Ese conocimiento la deprimió y la animó al mismo tiempo. Sería la última vez que un macho observaría su cuerpo, y era muy duro pensar que estaba encerrando toda su

femineidad para siempre. Pero no podía estar con otro que no fuera el *Primale*, y no podía soportar estar con él en la actual situación con todas sus hermanas. Así que este era el fin.

En unos momentos, se pondría la túnica, la cerraría y le diría adiós a aquello que nunca había empezado realmente.

Así que no se disculparía por su desnudez ni escondería su cuerpo al salir del gentil abrazo del agua.

Phury se materializó en los jardines de la parte trasera de la mansión de la Hermandad porque no tenía ganas de encontrarse con nadie. Con todo lo que tenía en mente, entrar por la puerta delantera y correr el riesgo de...

Sus pies se detuvieron, su corazón se detuvo, su respiración se detuvo.

Cormia estaba saliendo de la piscina, sus resplandecientes curvas de hembra chorreando agua... mientras tres machos recién pasados por la transición, permanecían aproximadamente a tres metros de distancia con las lenguas colgando hasta los ombligos.

*Oh... Infiernos... no.*

El macho vinculado que había en él surgió como una bestia, liberándose de las mentiras acerca de sus sentimientos con las cuales se alimentaba a sí mismo, rugiendo desde la cueva de su corazón, despojándolo de todo lo que era civilizado.

Todo lo que sabía era que su hembra estaba de pie desnuda, siendo codiciada por otros.

Era todo lo que le importaba.

Antes de que tuviera conciencia de lo que estaba haciendo, Phury lanzó un gruñido que penetró el aire como el estallido de un trueno. Los ojos de John Matthew y los de sus amigos se dispararon en su dirección, y los tres dieron un paso atrás como si fueran uno. Una seria retirada. Como si la piscina se hubiera incendiado.

Cormia, por otro lado, ni siquiera lo miró. Y tampoco corrió a cubrirse. En vez de ello, deliberadamente, se tomó su tiempo para levantar la túnica y la deslizó sobre sus hombros, con desafío latente.

Eso lo enardeció como ninguna otra cosa podría haberlo logrado.

— Entra en la casa —le exigió—. Ahora.

Cuando lo miró, su voz era tan calmada como sus ojos:

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Te pondré sobre mi hombro y te llevaré dentro. —Phury se volvió hacia los muchachos—. Este es nuestro problema. No el vuestro. Marchaos, si sabéis lo que os conviene. *Ahora.*

El trío vaciló hasta que Cormia les dijo:

—Todo va a estar bien. No os preocupéis.

Cuando se marcharon, Phury tenía el presentimiento de que no iban a ir muy lejos, pero Cormia no necesitaba protección. Los machos vinculados eran mortalmente peligrosos para cualquiera menos para sus compañeras. Estaba fuera de control, sí, pero era ella quien poseía su mando a distancia.

Y sospechaba que ella ya lo sabía.

Cormia levantó las manos y se escurrió el cabello serenamente.

—¿Por qué quieres que entre?

—¿Vas a ir caminando o tengo que llevarte?

—Te he preguntado por qué.

—Porque vas a ir a mi dormitorio. —Esas palabras fueron empujadas fuera de su boca por el rugido de su respiración.

—¿A tu habitación? ¿No querrás decir a la mía? Porque hace cinco meses me dijiste que saliera de la tuya.

Su polla era el asiento de la bestia, estirándose para ser liberada y poder estar dentro de ella. Y la excitación era innegable: Su tren estaba sobre la vía. Su billete había sido sellado. La jornada había empezado.

Para Cormia también.

Phury se le acercó. El cuerpo de ella rugía por el calor de la pasión, tanto que podía sentirlo contra su propia piel, y el aroma a jazmín que despedía era tan denso como su misma sangre.

Él desnudó los colmillos y siseó como un gato.

—Iremos a mi habitación.

—Pero no tengo ninguna razón para ir a tu habitación.

—Sí. La tienes.

Ella se echó el cabello retorcido descuidadamente sobre el hombro.

—No, me temo que no.

Diciendo eso, le dio la espalda y comenzó a caminar lentamente hacia la casa.

Él la rastreó como una presa, la siguió pegado a sus talones a través de la biblioteca, por la gran escalera, y a su habitación.

Ella abrió un poco la puerta y entró.

Antes que pudiera cerrarla, él puso la palma alrededor del panel de madera y se abrió camino de un empujón. Fue él el que cerró la puerta. Y le puso el seguro.

—Quítate la túnica.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, voy a desgarrarla.

Levantó la barbilla y dejó caer los párpados, por lo que aunque tenía que mirar hacia arriba para poder encontrar sus ojos, aún podía mirarlo de forma altanera, por encima de su nariz.

—¿Por qué necesitas que me desnude?

Con cada hueso territorial de su cuerpo, gruñó:

—Voy a marcarte.

—¿En serio? Comprendes que eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo.

—Antes no me deseabas.

—Y una mierda, si no lo hacía.

—Me comparaste con otra hembra con la que trataste de estar, pero con la cual finalmente no pudiste hacer nada.

—Y tú no me dejaste terminar de hablar. Ella era una prostituta que compré con el único propósito de perder mi virginidad. No era una hembra que yo deseara. No eras tú

—Inhaló su aroma y ronroneó. —Ella no eras tú.

—Pero aún así aceptaste a Layla ¿no es cierto? —Cuando no le respondió, caminó hacia el baño y encendió la ducha—. Sí, lo hiciste. Como Primera Compañera.

—Esto no se trata de ella —le dijo desde la puerta.

—¿Cómo no va a tratarse de ella? Las Elegidas somos una única entidad y yo aún soy parte de ellas. —Cormia se volvió, lo enfrentó y dejó caer la túnica—. ¿O no lo soy?

La verga de Phury se estrelló contra la parte interna de su cremallera. Su cuerpo definitivamente brillaba bajo las luces del techo, tenía los pechos firmes y en punta, los muslos ligeramente abiertos.

Entró a la ducha, y él la observó mientras arqueaba la espalda para lavarse el cabello. Con cada movimiento que ella hacía, él perdía un poco más del escaso comportamiento civilizado que le quedaba. En el más oculto y distante estante de su cerebro, sabía que debía salir de allí, porque estaba a punto de hacer que una situación ya de por sí complicada se convirtiera en algo directamente insostenible. Pero su cuerpo había encontrado el alimento que necesitaba para sobrevivir.

Y en el momento en que saliera de esa maldita ducha se la iba a comer viva.

## Capítulo 38



Sí, iba a dejarle.

Mientras Cormia se aclaraba la espuma del cabello, comprendió que en el momento en que dejara la ducha, iba a terminar debajo del *Primale*.

Iba a dejarle tomarla. Y en el proceso iba a tomarlo a él.

Ya había tenido suficientes *por poco y casi y somos o no somos*. Ya había tenido suficiente del retorcido destino en el que ambos estaban atrapados. Ya había tenido suficiente de hacer lo que le decían que debía hacer.

Lo quería. Iba a tenerlo.

Al diablo con sus hermanas. Era suyo.

*Aunque sólo por esta noche*, le señaló una voz interior.

—Jódete —le dijo a la pared de mármol.

Le dio un manotazo al grifo cerrándolo y abrió de un tirón la puerta. Cuando el flujo de agua se cortó, encaró al *Primale*.

Estaba desnudo. Erecto. Con los colmillos totalmente expuestos.

El rugido que emitió fue el de un león, y mientras el sonido reverberaba por todas las paredes de mármol del cuarto de baño, sintió que se humedecía aún más entre las piernas.

Se le acercó, y ella no luchó cuando la agarró por la cintura y la levantó. No fue suave, pero no quería suavidad... y para asegurarse que él lo sabía le mordió el hombro cuando estaba entrando al dormitorio.

Rugió otra vez y la tiró sobre la cama, haciendo rebotar su cuerpo una vez. Dos veces. Se volvió sobre su estómago y comenzó a gatear alejándose sólo para obligarlo a sudar un poco. No tenía pensado decir no, pero maldita sea, iba a tener que perseguirla...

El *Primale* saltó sobre su espalda y le sujetó las manos por encima de la cabeza. Cuando trató de girarse bajo él, le separó las piernas con la rodilla y la mantuvo en el sitio con sus caderas. Su erección se deslizó hacia abajo y la tanteó, provocando que se arquearse.

Le concedió el espacio suficiente, lo suficiente para que pudiera girar los hombros y mirarlo.

La besó. Profunda y largamente. Y ella le devolvió el beso en igual medida, renunciando a continuar atrapada en la tradición de sometimiento de las Elegidas.

Con un súbito movimiento, él se retiró, se cambió un poco de lugar, y...

Cormia gimió cuando penetró su cuerpo con un suave golpe. Y luego no hubo tiempo para hablar, pensar o demorarse pensando en el dolor sentido cuando sus caderas se convirtieron en una fuerza conductora. Se sentía tan bien, tan correcto, todo ello, desde el olor de su oscuro aroma especiado y el peso de su cuerpo, el modo en que el cabello de él le caía en el rostro y los jadeos que salían de ambas bocas entreabiertas.

Cuando sus empujes se hicieron más profundos, movió las piernas separándolas aún más y con sus propias caderas hizo eco al ritmo que él imponía.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero no se detuvo a pensar dos veces en ellas cuando el ímpetu implacable de él la envolvió y un nudo de fuego comenzó a apoderarse del lugar dónde él estaba bombeando dentro y fuera de su cuerpo hasta que pensó que se quemaría viva... y no le pareció que eso fuera algo malo en lo más mínimo.

Ambos se fundieron al mismo tiempo, y en medio de su propio clímax ella captó una visión de él por encima del hombro, tenía la cabeza echada hacia atrás, la mandíbula apretada y los grandes músculos de sus brazos destacaban contra la suave piel. Luego cuando su propio cuerpo ceñía y liberaba, ceñía y liberaba, estuvo demasiado perdida como para ver nada en absoluto, los ávidos tirones que le daba al sexo de él le hacían gemir y sacudirse mientras le extraía la marca de su posesión.

Y entonces estuvo hecho.

Tras la consumación, pensó en las tormentas de verano que dominaban la mansión de vez en cuando. Cuando éstas se retiraban, la quietud se percibía aún más profunda de lo habitual debido a la furia que ellas habían desatado. Esto era lo mismo. Con sus cuerpos en calma, la respiración aquietándose y los corazones desacelerándose, era difícil recordar la vivida urgencia que los había impulsado hasta allí, hacia este ahora... momento de clamoroso silencio.

Observó cómo en su semblante, la consternación y luego el abyecto horror, tomaba el lugar de lo que en un principio había sido un obsesivo impulso de marcarla.



¿Qué esperaba? ¿Qué ese baile de cuerpos fuera a hacerlo renunciar a su estatus de *Primale*, renegar de su voto, y declararla su única y verdadera *shellan*? ¿Qué estuviera encantado de que justo antes de su partida hubieran hecho, a raíz de un apasionado impulso, lo que deberían haber hecho meses antes, con reverencia y premeditación?

— Por favor sal de mí — dijo con voz estrangulada.

Phury no podía entender lo que había hecho, y sin embargo la prueba estaba allí. El cuerpo delgado de Cormia estaba bajo su cuerpo pesado, sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas, y tenía contusiones en las muñecas.

Había tomado su virginidad desde atrás, como si fuera un perro. La dominó y la hizo someterse porque era más fuerte. La penetró sin prestar atención al dolor que definitivamente ella debió haber sentido.

— Por favor sal de mí. — Le temblaba la voz, y la palabra *por favor* lo mató. Sólo podía rogárselo, pues estaba completamente dominada.

Salió de su interior y se bajó de la cama, trastabillando como un borracho.

Cormia se giró sobre un costado y plegó las piernas contra su cuerpo. Su columna vertebral parecía muy frágil, la delicada columna de huesos daba la sensación de ser completamente quebradiza bajo la piel pálida.

— Lo siento. — Dios, aquellas dos palabras eran semejantes a cubos vacíos.

— Por favor sólo vete.

Considerando cómo se había impuesto ya a ella, hacer honor a su petición en ese momento le pareció algo trascendental. Aún cuando dejarla era la última cosa que quería hacer.

Phury entró en el cuarto de baño, se puso la ropa, y se dirigió hacia la puerta.

— Después tenemos que hablar...

— No habrá un después. Voy a solicitar convertirme en escriba recluida. Para poder registrar tú historia, sin ser parte de ella.

— Cormia, no.

— Es donde pertenezco. — Dijo mirándole por encima del hombro.

Volvió a recostar la cabeza sobre la almohada.

— Vete — dijo —. Por favor.

No tuvo conocimiento consciente de ir hacia la puerta ni de salir por ella. Más tarde se percató que estaba de vuelta en su habitación, sentado en el borde de la cama, fumando un porro. En el silencio que le rodeaba, le temblaban las manos, el corazón funcionaba como un tambor electrónico roto y daba golpecitos en el suelo con el pie.

El hechicero ocupaba la parte delantera y central de la mente de Phury, de pie con el manto negro agitándose en el viento, la silueta de bordes irregulares contrastaba contra un vasto horizonte gris. En la mano, haciendo equilibrio sobre su palma, tenía un cráneo.

Los ojos de este eran amarillos.

*Te dije que le harías daño. Te lo dije.*

Phury miró el apretujado canuto de humo rojo que tenía en la mano y trató de ver cualquier otra cosa aparte de la destrucción. No pudo. Había sido una bestia.

*Te dije lo que iba a pasar. Yo tenía razón. He tenido razón desde el principio. Y a propósito, tu nacimiento no fue la maldición. No fue el que nacieras después de tu gemelo. Tú eres la maldición. Tanto si hubieran nacido cinco bebés contigo o ninguno, el resultado final de todas las vidas a tu alrededor habría sido el mismo.*

Alargando la mano para tomar el mando a distancia, Phury encendió su equipo Bose, pero en el mismo instante en que una de las deliciosas y hermosas óperas de Puccini inundó la habitación, las lágrimas bulleron en sus ojos. Tan preciosa, la música, y tan insoportable cuando comparó el mágico tono de voz de Luciano Pavarotti con el gruñido que había articulado cuando había estado encima de Cormia.

La había dominado. Sujetado sus brazos. Montado desde atrás...

*Tú eres la maldición.*

Cuando la voz del hechicero continuó machacando en su mente, sintió que la hiedra del pasado se apoderaba de él nuevamente, todas las cosas en que había fracasado, todas las diferencias que no había logrado hacer, todo el cuidado que había tratado de poner, pero no había alcanzado... y ahora había una nueva capa. La capa de Cormia.

Oyó el último aliento resollante de su padre. Y el crujido del cuerpo de su madre elevándose en llamas. Y la cólera de su gemelo por haber sido rescatado.

Y lo peor de todo, oyó la voz de Cormia: *Por favor sal de mí.*

Phury se tapó las orejas con las manos aunque esto no le sirviera de ayuda.

*Tú eres la maldición.*

Con un gemido, apretó las palmas de las manos a ambos lados de su cráneo con tanta fuerza que sus brazos temblaron.

*¿No te gusta la verdad? Escupió el hechicero. ¿No te gusta mi voz? Tú sabes cómo hacer que me vaya.*

El hechicero dejó caer el cráneo en la maraña de huesos a sus pies. *Tú sabes cómo hacerlo.*

Phury fumó con desesperación, aterrorizado por todo lo que estaba en su cabeza.

El porro no lograba alcanzar el odio a sí mismo ni las voces.

El hechicero puso la bota negra con punta en forma de garra encima del cráneo de ojos amarillos.

*Tú sabes lo que tienes que hacer.*

## Capítulo 39



En lo profundo de una cueva en el Parque Estatal de Black Snake, situado en las Adirondacks al norte del estado, el macho que hacía dos días, al llegar el alba, había sufrido un colapso trataba de entender por qué sentía al sol brillando sobre él y aún no había estallado en llamas. A menos que, ¿estaría en el Fade?

No... esto no podía ser el Fade. Los achaques y dolores de su cuerpo y el grito de agonía en su mente eran demasiado parecidos a los que sentía cuando estaba en la Tierra.

Pero, ¿y el sol? Estaba bañado en su cálida incandescencia, y aún así respiraba.

Joder, si toda esa mierda de «vampiro no luz del día» era mentira, la totalidad de su raza era una reverenda idiota.

Pero, espera un momento, ¿no estaba en una cueva? Entonces ¿Cómo podían alcanzarlo los rayos?

—Come esto —dijo la luz del sol.

Bien, si se atenía a la idea, por más improbable que fuera, de que estaba vivo, entonces, evidentemente estaba alucinando. Porque lo que estaban poniendo frente a su rostro se parecía a una Big Mac de Mc Donald's, y eso era imposible.

A menos que realmente estuviera muerto, y el Fade tuviera ¿los Arcos Dorados en vez de las puertas de oro?

—Mira —dijo la luz del sol—, si tu cerebro ha olvidado cómo comer, sólo abre esa boca tuya. Te embutiré esta mierda dentro y veremos si tus dientes recuerdan lo que deben hacer.

El macho separó sus labios, porque el olor de la carne estaba despertando su apetito y lo hacía babear como un perro. Cuando le llenaron la boca con la hamburguesa, su mandíbula se puso en piloto automático, cerrándose con fuerza.

Mientras desgarraba un trozo, gimió. Por un breve momento, la hormigueante aprobación de sus papilas gustativas remplazó todo su sufrimiento, incluida la mierda mental. Tragar le extrajo otro gemido.

—Toma más —dijo la luz del sol, volviendo a presionar la Big Mac contra sus labios.

Se la comió toda. Y algunas patatas fritas que estaban tibias, pero aún así eran una bendición del cielo. Entonces le alzaron la cabeza y sorbió un poco de Coca-Cola levemente aguada.

—El Mickey D's más cercano está a 32 kilómetros de distancia —dijo la luz del sol, como si quisiera llenar el silencio—. Por eso no está tan caliente como podría estarlo.

El macho quería más.

—Sí, te traje una segunda ración. Abre grande.

Otra Big Mac. Más patatas fritas. Más Coca-Cola.

—He hecho todo lo que estaba en mis manos, pero necesitas sangre —le dijo la luz del sol, como si fuera un niño—. Y necesitas volver a casa.

Cuando el macho sacudió la cabeza, se dio cuenta que estaba acostado boca arriba con una roca como almohada y con un sucio suelo como colchón. Aunque no estaba en la misma cueva que antes. Esta olía diferente. Esta olía a... aire fresco, aire fresco de primavera.

Aunque... ¿tal vez fuera el olor de la luz del sol?

—Sí, debes volver a casa.

—No...

—Bien, entonces tenemos un problema, tú y yo —masculló la luz del sol. Hubo un movimiento de arrastre como si alguien de gran tamaño estuviera poniéndose en cuchillas—. Tú eres el favor que tengo que devolver.

El macho frunció el ceño, tomó aliento con dificultad, y graznó:

—Ningún lugar al que ir. Ningún favor.

—No es tu decisión, amigo. Ni la mía. —Pareció que la luz del sol estaba negando con la cabeza, porque las sombras borrosas que creaba en la cueva ondearon—. Lamentablemente, tengo que llevar tu culo de vuelta a donde pertenece.

—No soy nada para ti.

—En un mundo perfecto, eso sería verdad. Desgraciadamente, esto no es el paraíso. Ni mucho menos.

El macho no podía estar más de acuerdo, pero todo el asunto de irse a casa era una completa estupidez. Cuando su cuerpo absorbió la energía que le proporcionó el alimento consumido, encontró la fuerza para sentarse, frotarse los ojos, y...

Contempló la luz del sol.

— Ah... mierda.

La luz del sol asintió terriblemente.

— Sí, así es más o menos como me siento yo respecto a esto. Así que así están las cosas, podemos hacerlo del modo difícil o del modo fácil. Tú eliges. Aunque me gustaría señalar que si tengo que encontrar tu casa sin que me ayudes, va a requerir algo de esfuerzo por mi parte, y eso me va a poner de un humor de mierda.

— No voy a volver allí. Jamás.

La luz del sol se pasó una mano por el largo cabello rubio y negro. En sus dedos destellaron aros de oro y también centellearon en sus orejas, guiñaron desde su nariz y brillaron alrededor de su grueso cuello. Los ojos de un blanco brillante y sin pupilas se encendieron cargados de furia, los anillos de color azul brillante que rodeaban sus irises, parecidos a lunas llenas, se tornaron azul marino.

— De acuerdo. El modo difícil. Di buenas noches, Gracie.

Mientras se le oscurecía la visión, el macho oyó a Lassiter, el ángel caído, decir:

— Hijo de puta.

## Capítulo 40



— ¿Viste la expresión de Phury? — dijo Blay.

John lo miró desde el otro lado de la isla de la cocina y asintió con la cabeza en total acuerdo. Él y sus compañeros estaban bebiendo cervezas para aliviar la tensión. Bebían como si en ello les fuera la vida.

*Nunca había visto a ningún macho en ese estado. Jamás.*

— Eso ciertamente, era la mierda del macho vinculado — dijo Qhuinn mientras iba al refrigerador, abrió la puerta, y sacaba otras tres botellas de la caja de Sam Adams de la Reina.

Blay tomó la que le fue ofrecida, luego hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al hombro.

John abrió su cerveza y tomó un trago. Bajando la botella, dijo por señas:

*— Estoy preocupado por Cormia.*

— No le hará daño — Qhuinn se sentó a la mesa —. No, de ninguna manera. Quizá a nosotros nos hubiera mandado a la tumba prematuramente, pero no a ella.

John miró hacia el comedor.

*— Se escucharon puertas cerrándose. Ruidosamente.*

— Bueno, hay muchas personas en esta casa... — Qhuinn miró a su alrededor como si estuviera luchando mentalmente con un difícil problema de matemáticas—. Incluyéndonos a nosotros tres. Quién lo hubiera dicho.

John se puso de pie.

*— Tengo que ir a ver qué ocurre. No voy a... ya sabes, interrumpir algo. Sólo quiero asegurarme que todo está bien.*

— Iré contigo — dijo Qhuinn mientras empezaba a levantarse de nuevo.

*— No, tú te quedas aquí. Y antes de que me digas «y una mierda». Esta es mi casa, y no necesito que seas mi sombra todo el tiempo.*

— Vale, vale, vale. — Qhuinn desvió la vista hacia Blay —. Entonces nosotros iremos a la sala de primeros auxilios y fisioterapia. ¿Nos encontramos allí?

— ¿Y por qué vamos a ir a la sala de primeros auxilios y fisioterapia? — preguntó Blay sin mirar al tipo.

— Porque todavía estás sangrando y no sabes cómo llegar hasta el botiquín de primeros auxilios desde aquí.

Qhuinn miró duramente a Blay. Mientras Blay miraba de la misma forma a su cerveza.

— ¿Por qué simplemente no me dices cómo llegar allí? — murmuró Blay.

— ¿Y cómo vas a curarte la espalda?

Blay tomó un trago largo de su Sam.

— Está bien. Pero primero quiero terminar la cerveza. Y tengo que comer algo. Me muero de hambre.

— Bien. ¿Qué clase de comida quieres?

Ambos eran un par de Joe Friday, rígidos y limitándose a los hechos.

*Me encontraré con vosotros allí.* Señaló John, y se marchó.

Joder, el hecho de que esos dos no estuvieran llevándose bien, de cierta forma ponía de cabeza el orden natural mundial. Simplemente no tenía sentido.

John salió por la puerta que daba al comedor y para cuando llegó a lo alto de la escalera principal prácticamente estaba trotando. Cuando estuvo en el segundo piso, olió humo rojo y escuchó la ópera fluyendo desde la habitación de Phury, la melodía poética que solía escuchar.

Difícilmente sería el acompañamiento adecuado para marcar a la fuerza a alguien. ¿Quizás después de la discusión se habían ido cada uno a sus habitaciones?

John se acercó a la puerta de la habitación de Cormia y escuchó. No se oía nada. Aunque la corriente de aire que salía hacia el pasillo estaba perfumada con una fresca fragancia floral.

Figurándose que no estaría mal comprobar si Cormia estaba bien, John levantó sus nudillos y tocó suavemente su puerta. Cuando no hubo ninguna respuesta, silbó.

— ¿John? — dijo su voz.

Él abrió la puerta porque asumió que eso era lo que ella le había querido decir...



John se quedó congelado.

Cormia estaba tendida en la cama entre un enredo de sábanas y edredones. Estaba desnuda, de espaldas a la puerta, y había sangre... en la parte interna de sus muslos.

Levantó la cabeza para mirar sobre su hombro, y entonces se apresuró a cubrirse.

— ¡Adorada Virgen!

Cuando se subió el edredón hasta el cuello, John permaneció inmóvil, su cerebro estaba tratando de procesar la escena.

Él le había hecho daño. Phury la había lastimado.

Cormia agitó la cabeza.

— Oh... maldición.

John pestañeó, una y otra vez... sólo para verse a sí mismo más joven, en un sucio callejón, después de que lo que le hicieron hubo terminado.

También habían quedado restos en el interior de sus muslos.

Algo en su rostro debió haberla alarmado como el infierno, porque intentó llegar a él.

— John... oh, John, no... estoy bien... estoy bien... créeme, lo estoy...

John se volvió y salió tranquilamente por la puerta.

— ¡John!

En el pasado, cuando era pequeño y estaba desvalido, no había habido oportunidad de vengarse de su atacante. Ahora, mientras atravesaba a zancadas los diez pasos que había hasta la puerta de Phury, estaba en posición de hacer algo acerca de su pasado y el presente de Cormia. Ahora era lo suficientemente grande y lo suficientemente fuerte. Ahora podía salir en defensa de alguien que había estado a merced de una persona más fuerte de lo que ellos eran.

— ¡John! ¡No! — Cormia, salió precipitadamente de la habitación.

John no tocó la puerta. No, no iba a anunciarse. En ese momento, sus puños no estaban destinados a golpear madera. Estaban dirigidos a magullar la carne.

Abriendo la puerta de Phury de golpe, encontró al Hermano sentado en la cama con un porro entre los labios. Cuando sus ojos se encontraron, la expresión en el rostro de Phury era de culpa, dolor y arrepentimiento.

Y eso selló el trato.

Con un rugido silencioso, John se lanzó a través de la habitación, y Phury no hizo absolutamente nada para detener el ataque. Bueno, en realidad sí hizo algo, se abrió para recibir los golpes, cayendo contra las almohadas mientras los golpes de John lo fustigaban una y otra vez sobre la boca, los ojos y la mandíbula.

Alguien estaba gritando. Una hembra.

Llegaron personas corriendo.

Gritando. Mucho griterío.

— ¡Qué *coño*! — gritó Wrath.

John no escuchó nada. Estaba concentrado en darle la paliza del siglo a Phury. El Hermano ya no era su maestro ni su amigo, sólo era un bruto y un violador.

La sangre se deslizaba por las sábanas.

Lo cual era jodidamente justo.

Finalmente alguien apartó a John — Rhage, fue Rhage — y Cormia corrió hacia Phury. Sin embargo, él la mantuvo apartada, rodando lejos de ella.

— ¡Jesucristo, maldita sea! — escupió Wrath—. ¿Acaso no se puede tener un minuto de paz en esta casa?

La ópera de fondo no concordaba con la escena: Su belleza majestuosa se contradecía totalmente con el rostro destrozado de Phury, la temblorosa furia de John y las lágrimas de Cormia.

Wrath se giró hacia John.

— ¿Qué mierda te pasa?

— Me lo merecía — dijo Phury, mientras se limpiaba la sangre del labio—. Me merezco eso y más aún.

Wrath giró bruscamente la cabeza hacia la cama.

— ¿Qué?

— No, eso no es cierto — dijo Cormia, mientras sostenía las solapas de su túnica sobre la garganta—. Fue consensuado.

— No, no lo fue. — Phury sacudió la cabeza—. No lo fue.

El Rey se quedó completamente inmóvil. En un bajo y tenso tono de voz, le preguntó a la Elegida:

— ¿Qué fue consensuado?

Mientras la asamblea que había en la habitación miraba de uno a otro mientras hablaban, John mantuvo la vista fija en Phury. En caso de que Rhage aflojara la presa, iba a caer sobre el Hermano nuevamente. Sin importarle quien estuviera al costado del cuadrilátero.

Phury se enderezó lentamente, haciendo una mueca de dolor, su rostro ya comenzaba a hincharse.

—No mientas, Cormia.

—Sigue tu propio consejo —estalló—. El *Primale* no hizo nada malo...

—¡Maldición, Cormia! Te tomé a la fuerza...

—No lo hiciste...

Alguien más se unió a la discusión. Y después otro. Hasta John se metió en la refriega, articulando maldiciones contra Phury mientras se retorció contra el peso muerto de Rhage.

Wrath extendió la mano hacia el escritorio, tomó un cenicero de cristal pesado y lo estrelló contra la pared. La cosa estalló en mil pedazos, dejando un hueco del tamaño de una cabeza en el yeso.

—Con la próxima persona que diga una *puta* palabra más, haré lo mismo que acabo de hacer pero con su cráneo, ¿entendido?

Todos se quedaron callados. Y permanecieron así.

—Tú —Wrath señaló a John—. Sal de aquí mientras me hago cargo de esto.

John negó con la cabeza, sin importarle lo que le sucedió al cenicero. Quería quedarse. Necesitaba quedarse. Alguien tenía que proteger...

Cormia se acercó a él, tomó su mano y se la apretó con fuerza.

—Eres un macho de valía, y sé que crees que estás defendiendo mi honor, pero mírame a los ojos y ve la verdad de lo que pasó.

John miró fijamente el rostro de Cormia. Había tristeza, pero era de la variedad de la pena profunda, del tipo que uno siente cuando vive una situación de infelicidad. Pero también allí había resolución y franca fuerza.

No había miedo. Ni una sofocante desesperación. No había una terrible vergüenza.

Ella no se veía como él, después del ataque.

—Vete —le dijo suavemente—. Todo está bien. De verdad.

John miró a Wrath, quien asintió.

—No sé qué sucedió aquí, pero voy a averiguarlo. Deja que yo me encargue de esto, hijo. Me encargaré de ella. Ahora todo el mundo, fuera de aquí.

John le apretó la mano a Cormia y salió con Rhage y los demás. En el mismo instante que estuvo fuera en el pasillo, la puerta se cerró y se escucharon voces bajas.

No fue muy lejos. No pudo. Sólo había llegado hasta la puerta del estudio de Wrath cuando sus rodillas se tomaron un «tiempo fuera» y se derrumbó en uno de los sillones antiguos que adornaban el pasillo. Después de asegurarse a todo el mundo que estaba bien, dejó caer la cabeza y respiró despacio.

El pasado estaba vivo en su mente, reanimado por la ligera impresión de lo que había visto en la habitación de Cormia.

El cerrar los ojos no ayudaba en nada. Intentar convencerse a si mismo que todo estaba bien, tampoco.

Mientras se esforzaba por volver a colocar las fundas del sofá en su lugar, se dio cuenta que habían pasado muchas semanas desde la última vez que él y Zsadist habían dado uno de sus paseos por los bosques. A medida que el embarazo de Bella progresaba y se iba convirtiendo en una preocupación más que nada, los recorridos nocturnos que él y Z solían hacer cada noche, en los cuales andaban por el bosque en silencio, se habían hecho cada vez menos frecuentes.

Necesitaba uno ahora.

Levantando la cabeza, miró en dirección al pasillo de las estatuas y se preguntó si Zsadist estaría en la casa. Probablemente no, ya que no había entrado en la habitación cuando se había desatado el drama. Con todas las matanzas que habían tenido lugar esa noche, sin duda el Hermano tenía las manos ocupadas en el campo de batalla.

John se puso de pie y fue a su dormitorio. Después de cerrar la puerta, se tendió en la cama, y mandó mensajes a Qhuinn y a Blay, diciéndoles que se iba a dormir. Seguramente leerían sus mensajes cuando regresaran del túnel.

Mirando fijamente el techo, pensó... en la número tres. Las cosas malas realmente sucedían esa cantidad de veces, y no siempre tenía que ver con la muerte.

Tres veces se había descontrolado en el último año. Tres veces su rabia había hecho erupción y había atacado a alguien.

Dos veces a Lash. Una vez a Phury.

*Eres inestable*, le dijo una voz.

Bien, pero había tenido razones, y todas habían sido muy buenas. La primera vez, Lash había atacado a Qhuinn. La segunda vez, Lash se lo tenía más que merecido. Y esta tercera vez... la evidencia circunstancial había sido aplastante, ¿y qué clase de macho que encontrara a una hembra en ese estado no tomaría cartas en el asunto?

*Eres inestable*.

Al cerrar los ojos, intentó no recordar el hueco de las escaleras de ese sucio edificio de apartamentos donde había vivido solo. Intentó no recordar el sonido que habían hecho esas botas sobre los escalones al perseguirlo. Intentó no recordar el moho antiguo, la orina fresca y la sudorosa colonia que se había infiltrado en su nariz mientras lo que le habían hecho estaba ocurriendo...

No podía apartar esos recuerdos. En especial los olores.

El del moho había sido de la pared contra la cual le habían empujado el rostro. La orina había sido la suya y se había deslizado por el interior de sus muslos hasta los pantalones que habían sido arrancados de sus caderas. El sudoroso olor a colonia había provenido del atacante.

La escena era tan vívida como el lugar en donde se encontraba en ese momento. Sintió su cuerpo de entonces tan claramente como el que conocía ahora, vio el hueco de la escalera como estaba viendo la habitación en la cual se encontraba en ese momento. Fresca... fresca... fresca... y en ese envase no parecía haber una fecha de vencimiento para el horrible episodio.

No se necesitaba un título de psicólogo para darse cuenta que su temperamento explosivo se debía a todo lo que guardaba en su interior.

Por primera vez en la vida, necesitaba a alguien con quien hablar.

No... no era así exactamente.

Quería de regreso el «alguien» que le pertenecía. Quería a su padre.

Después de la rutina de Oscar de la Hoya de John, Phury sentía el rostro como si hubiese sido asado a la parrilla y hubiera sido servido sobre una guarnición de recién cortado y fresco «he tocado fondo».

—Mira, Wrath... no te enfades con John.

—Fue un malentendido —dijo Cormia al Rey—. Sólo eso.

—¿Qué infiernos pasó entre vosotros dos? —preguntó Wrath.

—Nada —contestó Cormia—. Absolutamente nada.

El Rey no le creyó nada, lo que demostraba que su intrépido líder tenía algo de cerebro, pero por el momento Phury no tenía la suficiente fuerza para ponerse a discutir en aras de hacer valer la verdad. Por lo que continuó limpiándose la boca reventada con el antebrazo, mientras Wrath seguía hablando y Cormia continuaba defendiéndolo, sólo Dios sabía por qué.

Wrath la miraba ceñudo desde detrás de sus gafas envolventes.

—Mira ¿acaso necesito romper algo más para hacer que vosotros dos dejéis de decir jodidas mentiras? Y una mierda no pasó nada. John es impetuoso, pero no es...

Cormia interrumpió al Rey:

—John malinterpretó lo que vio.

—¿Y qué vio?

—Nada. Le digo que no fue nada y por consiguiente debe creerme.

Wrath la miró de arriba abajo, como si estuviera tratando de vislumbrar algún cardenal. Luego miró duramente a Phury.

—¿Y tú qué mierda tienes que decir?

Phury sacudió la cabeza.

—Ella está equivocada. John no malentendió...

—El *Primale* se está culpando por algo de forma completamente innecesaria. Mi honor no fue dañado de ninguna manera, y sinceramente pienso que soy la única que tiene derecho a decidirlo. ¿No es así? —dijo Cormia con intensidad.

Después de un momento, el Rey inclinó la cabeza:

—Si es tu deseo.

—Gracias, Su Alteza —hizo una profunda reverencia—. Ahora, me despido de usted.

—Quieres que te envíe algo de comida con Fritz...

—No. Me despido porque abandono este lado. Regreso a casa. —Hizo otra reverencia, y el cabello rubio que todavía estaba húmedo de la ducha se deslizó por su hombro y rozó el suelo—. Les deseo a ambos lo mejor y profeso mis más considerados respetos para el resto de los habitantes de la casa. Su Majestad. —Le hizo otra reverencia a Wrath—. Su Gracia. —Se inclinó ante Phury.

Phury brincó de la cama y se abalanzó hacia delante en estado de pánico... pero había desaparecido en el aire antes que pudiera alcanzarla.

Se había ido. En un instante.

—Si me disculpas —le dijo a Wrath. No fue un pedido, y no le importó una mierda.

—Realmente no creo que debas estar solo en este momento —dijo Wrath con tono sombrío.

En ese momento mantuvieron algún tipo de conversación, un tira y afloja, que de alguna forma debió tranquilizar a Wrath, ya que el Rey finalmente se marchó.

Cuando se hubo ido, Phury permaneció en medio de su habitación, inmóvil como si fuera una estatua, mirando fijamente el hueco que había dejado el cenicero en la pared. Por dentro estaba retorciéndose, pero por fuera permanecía absolutamente inmóvil: La sofocante hiedra estaba creciendo debajo de su piel, en lugar de crecer sobre ella.

Desviando levemente la mirada, verificó su reloj. Faltaba solo una hora para el alba.

Cuando se dirigió al baño para limpiarse un poco, sabía que tenía que hacerlo todo muy rápido.

## Capítulo 41



La estación de policía de Caldwell, tenía dos facetas bien distintas: la entrada delantera que quedaba sobre la calle Décima, con todos los escalones, que era donde los canales de televisión filmaban toda la mierda que se veía en las noticias de la tarde y la puerta trasera, rodeada de barrotes de hierro, donde se hacía el trabajo. En realidad, la fachada que daba a la calle Décima, era solo un poco mejor que la otra, porque en realidad el edificio de la época de los sesenta era como el perfil a una mujer envejecida y fea. No tenía ningún lado bueno.

El coche de policía donde Lash iba retenido se detuvo frente a la entrada trasera.

¿Cómo coño había terminado aquí?

El policía que lo había arrestado dio la vuelta alrededor del coche y le abrió la puerta.

—Salga del coche, por favor.

Lash levantó la vista hacia el tipo, luego corrió las piernas, enderezó las rodillas y se puso de pie sobrepasando en altura al humano. Sus fantasías de desgarrar la garganta del hombre y convertir su vena yugular en una fuente de refrescos eran totalmente innegables.

—Por aquí, señor.

—De acuerdo.

Estaba seguro que ponía al hijo de puta nervioso por la forma en que la mano del tipo fue hacia la culata de su arma a pesar de estar a plena vista de todo el equipo del Departamento de Policía de Caldwell.

Lash fue guiado a través de unas puertas dobles y por un vestíbulo cuyo suelo de linóleo lucía como si hubiese sido colocado en la época en que la mierda fue inventada. Se detuvieron ante una ventana de plexiglás que era gruesa como un brazo y el policía dijo algo a través de un círculo de metal que estaba incrustado en la pared. La mujer que estaba al otro lado vestida con el uniforme color azul marino estaba realmente atareada, y era tan atractiva como el policía masculino.



Pero se ocupó del papeleo rápidamente. Cuando estuvo satisfecha con la cantidad de formularios que había reunido para que ellos llenaran, deslizó la pila por debajo de la ventana hacia el policía e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La puerta que tenían al lado emitió un largo pitido, hizo un sonido sordo, como si la cerradura hubiera eructado al abrirse y luego comenzaron otro recorrido a través de otro trecho de linóleo desgastado hasta que llegaron a una habitación pequeña que contenía un banco, una silla, y un escritorio.

Después que estuvieron sentados, el oficial sacó una pluma y pulsó su botón.

— ¿Cuál es su nombre completo?

— Larry Owen — dijo Lash —. Como ya se lo dije.

El tipo se inclinó sobre los papeles.

— ¿Dirección?

— Calle Décima, número quince ochenta y tres, apartamento cuatro F, por ahora. —

Supuso que bien podía dar la dirección que aparecía en el registro del Focus. El señor D iba a traerle el permiso de conducir falso que había usado cuando vivía con sus padres, pero no podía recordar qué decía exactamente en ella.

— ¿Tiene alguna identificación que pruebe que usted vive allí?

— No la traje conmigo. Pero mi amigo traerá mi identificación.

— ¿Fecha de nacimiento?

— ¿Cuándo me permitirán hacer mi llamada telefónica?

— En un minuto. ¿Fecha de nacimiento?

— Trece de octubre de 1981. — Al menos pensó, esa era la falsa.

El oficial acercó una almohadilla de tinta al escritorio, se levantó y abrió una de las esposas de Lash.

— Necesito tomar sus huellas dactilares.

*Buena suerte con eso,* pensó Lash.

Dejó que el tipo tomara su mano izquierda y la extendiera hacia delante, observó cómo hacía rodar las yemas de sus dedos sobre la almohadilla y luego las apretaba sobre un pedazo de papel blanco que tenía diez cuadrados en dos filas.

El policía frunció el ceño y lo intentó con otro dedo.

— No queda nada impreso.

—Me quemé cuando era niño.

—No me digas. —El tipo lo intentó de nuevo, haciendo rodar las yemas por la tinta y presionando un par de veces más, luego se rindió y volvió a ponerle las esposas.

—Ponte frente a la cámara.

Lash atravesó la habitación y permaneció quieto mientras se disparaba un flash frente a su rostro.

—Quiero mi llamada telefónica.

—La tendrás.

—¿Cuánto tengo que pagar de fianza?

—Aún no lo sé.

—¿Cuándo saldré de aquí?

—Cuando el juez determine tu fianza y la pagues. Probablemente será esta tarde, ya que todavía es muy temprano en la madrugada.

Lash puso las manos esposadas frente a él y le metieron un teléfono entre ellas. El oficial presionó un botón para encender el altavoz del teléfono y marcó el número del señor D mientras Lash le recitaba el número.

El policía retrocedió cuando el retractor contestó.

Lash no perdió tiempo.

—Trae mi cartera. Está en mi chaqueta en la parte trasera del coche. Todavía no han fijado la fianza, pero trae dinero en efectivo tan pronto como te sea posible.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Tráeme la identificación ahora. Luego hay que esperar a que el juez determine la fianza. —Miró al oficial—. ¿Puedo llamarlo otra vez para decirle cuando puede recogerme?

—No, pero él puede llamar al teléfono del distrito, preguntar por la cárcel, y de esa forma averiguar cuándo será liberado.

—¿Escuchaste?

—Sí —dijo el señor D por el altavoz.

—No dejéis de trabajar.

—No lo haremos.

Diez minutos después, Lash estaba en una celda de reclusión.

La habitación de bloques de hormigón de nueve por nueve era estándar con las barras atravesadas al frente, y un retrete de acero inoxidable y un lavabo dispuestos en una esquina. Cuando se sentó en el banco y apoyó la espalda contra la pared, cinco tipos lo miraron. Dos eran claramente drogadictos, porque estaban grasientos como el tocino y evidentemente esa noche más temprano se habían freído el cerebro. Le echó un vistazo a los otros tres, aunque eran sólo humanos: en la esquina opuesta, apartado de los demás, había un tipo con bíceps macizos y una docena de tatuajes de prisión; junto a las barras, haciendo el «paso de la rata enjaulada» había un pandillero con un pañuelo azul tipo pirata en la cabeza; y retorciéndose junto a la puerta de la celda había un sicótico de cabeza rapada.

Naturalmente a los drogadictos no les importó que hubieran agregado otro más al conjunto, pero los otros lo midieron como si fuera una pierna de cordero en el mostrador de una fiambrería.

Pensó en el número de restrictores que había perdido esa noche.

—Eh, idiota —le dijo Lash al veterano—. ¿Tu novio te hizo esos tatuajes? ¿O estaba demasiado ocupado follándote el culo?

El tipo entrecerró los ojos.

—¿Qué has dicho?

El pandillero agitó la cabeza.

—Debes estar jodidamente loco, muchacho blanco.

El cabeza rapada sonrió como una batidora, alto y rápido.

*Quién hubiera dicho que el reclutamiento fuera a ser tan fácil,* pensó Lash.

Phury no se desmaterializó hacia el ZeroSum. En vez de ello fue al Screamer's.

Como ya era casi el final de la noche, no había ninguna cola para entrar al club, así que simplemente pasó directamente por la puerta delantera y se dirigió a la barra. Mientras resonaba el rap duro, la escoria de la fiesta se aferraba desesperadamente a sus bebidas alcohólicas, apilándose unos sobre otros en las esquinas oscuras, demasiado bombardeados incluso como para poder tener sexo.

El barman se acercó y le dijo:

— Estamos sirviendo los últimos.

— Un Martini Sapphire.

El tipo regresó con la bebida y puso una servilleta en la mesa antes de dejar el vaso triangular encima.

— Son doce dólares.

Phury deslizó uno de cincuenta sobre la barra negra y mantuvo la mano sobre el billete.

— Estoy buscando algo. Y no me refiero a cambio.

El barman miró el verde.

— ¿Qué estás buscando?

— Me gusta montar a caballo.

Los ojos del tipo comenzaron a buscar a través de la habitación.

— En serio. Bueno, este es un club, no un establo.

— No visto de azul. Jamás.

Los ojos del barman volvieron a él y miró a Phury de arriba abajo.

— Con la ropa tan cara que llevas... podrías usar cualquier color que quisieras.

— No me gusta el azul.

— ¿Vienes de otra ciudad?

— Se puede decir que sí.

— Tienes el rostro hecho un desastre.

— ¿En serio? No lo había notado.

Hubo una pausa.

— ¿Ves ese tipo que está ahí detrás? ¿Con el águila en la espalda de la chaqueta? Él podría ayudarte. *Podría* hacerlo. Yo no lo conozco.

— Por supuesto que no lo conoces.

Phury dejó los cincuenta y la bebida y atravesó la escasa y dispersa masa de gente con una sola idea fija en mente.

Justo antes de tenerlo a tiro, el tipo en cuestión comenzó a caminar y abandonó el local por la puerta lateral.

Phury lo siguió al callejón y cuando salieron, algo se disparó en su mente, pero lo ignoró. Estaba interesado sólo en una cosa... estaba tan enfocado en eso que hasta la voz del hechicero había desaparecido.

—Discúlpeme —dijo.

El vendedor se volvió y le dio a Phury el mismo tipo de mirada de pies a cabeza que le había dedicado el barman.

—No lo conozco.

—No, claro que no. Pero si conoce a mis amigos.

—No me diga —Cuando Phury le mostró un par de billetes de cien dólares, el tipo sonrió—. Ah, sí. ¿Qué está buscando?

—H.

—Qué perfecto sentido de la oportunidad. Casi no me queda nada. —El anillo de graduación del tipo destelló con reflejos azules cuando puso la mano dentro de la chaqueta.

Por una fracción de segundo, Phury vio nuevamente la imagen del distribuidor y el drogadicto que estaban en aquel callejón, con los que él y aquel restrictor se habían topado tantas noches atrás. Era gracioso, ese encuentro había marcado el inicio del gran declive, ¿no es así? La pendiente que lo había conducido hasta allí, a este momento, a este callejón... dónde un pequeño sobrecito lleno de heroína estaba siendo depositado en su mano.

—Estoy aquí —el distribuidor señaló en dirección a la puerta del club— prácticamente todas las noches...

Las luces los iluminaron de todas direcciones... cortesía de los anónimos coches de policía estacionados tanto al frente como al fondo del callejón.

—¡Manos arriba! —gritó alguien.

Phury miró fijamente los ojos aterrados del camello y no sintió ninguna simpatía ni ninguna complicidad con él.

—Me tengo que ir. Hasta luego.

Phury se borró de la memoria de los cuatro policías armados y de la del distribuidor con la expresión de *¡Ay como me jodieron!* en el rostro y se desmaterializó con su compra.

## Capítulo 42



Qhuinn lideraba el camino a través del túnel subterráneo que iba desde la mansión de la Hermandad hasta la oficina del centro de entrenamiento. Blay permanecía detrás de él, y el único sonido que se escuchaba era el de sus botas. Durante la comida que habían compartido había sucedido lo mismo, sólo el sonido de la vajilla de plata sobre vajilla de plata y un ocasional: *Por favor, ¿puedes pasarme la sal?*

La gran aridez conversacional que se había dado durante la cena sólo había sido interrumpida por la tormenta que se produjo cuando estalló una especie de drama en la planta alta. Cuando escucharon el griterío, ambos soltaron los tenedores y corrieron hacia el vestíbulo, pero Rhage los había mirado desde el balcón y había negado con la cabeza, indicándoles que no se metieran.

Lo cual era genial. Ambos tenían suficiente de su propia mierda para entretenerse.

Cuando llegaron a la puerta que conducía al armario de la oficina, Qhuinn marcó 1914 en el panel de seguridad, de forma que Blay pudiera ver los números.

—Evidentemente, fue el año en que la casa fue construida. —Cuando pasaron a través del armario y salieron cerca del escritorio, Qhuinn sacudió la cabeza—. Siempre me había preguntado cómo lograban llegar aquí.

Blay emitió un sonido que podía significar tanto “Yo también” como “Jódete con una sierra, rata bastarda”.

El camino a la sala de fisioterapia no requería un guía, y una vez que entraron en el gimnasio, fue difícil no contar los metros que Blay puso entre ellos tan pronto pudo.

—Puedes irte ahora —dijo Blay cuando llegaron a la puerta marcada como EQUIPAMIENTO/SALA DE FISIOTERAPIA—. Ya me ocuparé yo del corte que tengo en la espalda.

—Lo tienes entre los omoplatos.

Blay asió el pomo y volvió a hacer aquel ruido con la parte de atrás de la garganta. Y esta vez definitivamente no significaba un «yo también» ni nada parecido.

— Sé razonable — dijo Qhuinn.

Blay miró fijamente hacia delante. Después de un momento, abrió la puerta.

— Lávate las manos primero. Antes de tocarme, quiero que te laves las manos.

Cuando entraron, el tipo caminó en línea recta hacia la misma camilla en la que Qhuinn había sido operado la antepenúltima noche.

— Deberíamos alquilar un tiempo compartido con esta perra — dijo Qhuinn, mientras paseaba la vista por la habitación embaldosada y llena de armarios de acero inoxidable y equipo médico.

Blay se subió sobre la mesa, encogió los hombros para sacarse la camisa, e hizo una mueca de dolor cuando miró las heridas sangrantes que apenas comenzaban a cerrarse sobre el pecho.

— Mierda.

Qhuinn dejó salir todo el aire que tenía en los pulmones y se quedó mirando fijamente a su amigo. La cabeza del tipo colgaba de su cuello mientras se examinaba el pecho donde había sido acuchillado, y se veía hermoso así, con sus amplios hombros, las gruesas almohadillas de sus pectorales y los brazos acordonados de músculos. Sin embargo lo que lo hacía aún más atractivo, era su autoimpuesta reserva.

Era muy difícil no preguntarse qué había debajo de toda esa modestia. Qhuinn continuó con la mierda de la enfermera, agarró un poco de gasa, cinta y loción antiséptica de los armarios, los puso en una bandeja con ruedas y luego la empujó para acercarla a la camilla.

Habiendo reunido todos los suministros, se dirigió al fregadero de acero inoxidable y apretó el pedal con el pie para dejar correr el agua.

Mientras se lavaba las manos, dijo en voz baja:

— Si pudiera, lo haría.

— ¿Perdón?

Qhuinn hizo espuma de jabón con las palmas y se lavó hasta los antebrazos. Lo cual era una exageración, pero si Blay lo quería superlimpio, entonces así es como iba a estar.

— Si pudiera amar a un hombre de esa forma, sería a ti.

— Sí, bien, pensándolo mejor, lo haré yo mismo y al infierno con mi espalda...

—Estoy hablando en serio. —Sacó el pie del pedal para detener el agua, y sacudió las manos sobre el fregadero—. ¿Crees que no he pensado en ello? Me refiero a, estar contigo. Y no sólo por la mierda del sexo.

—¿Lo has hecho? —dijo Blay en un susurro apenas audible por encima del goteo de agua.

Qhuinn se secó las manos con una pila de toallas quirúrgicas azules que estaban a su izquierda y se llevó una con él mientras caminaba hacia Blay.

—Sí, lo he hecho. Sostén esto debajo de las heridas, ¿quieres?

Blay hizo lo que le dijo, y Qhuinn derramó algo de antiséptico sobre la herida que el tipo tenía sobre el esternón.

—Yo no sabía... ¡Hijodeputa!

—Arde, eh. —Qhuinn dio la vuelta alrededor de la mesa, dirigiéndose hacia la espalda de su amigo—. Ahora voy a dedicarme a esta, y creo que será mejor que te prepares. Ésta es mucho más profunda.

Qhuinn puso otra toalla bajo la herida y le puso alguna mierda que olía como el Lysol. Cuando Blay siseó, hizo una mueca.

—Terminaré en un segundo.

—Apuesto a que le dices eso a todos los... —Blay se detuvo justo ahí.

—Nah, eso no se lo digo a nadie. Me toman como soy. Si no pueden manejarlo, es su problema.

Tomando un rollo de gasa estéril. Qhuinn rasgó la cosa para abrirla y apretó el tejido blanco contra la herida que Blay tenía entre los omoplatos.

—Es cierto que he pensado en nosotros... pero a largo plazo me veo con una hembra. No puedo explicarlo. Simplemente va a ser así.

La caja torácica de Blay se expandió y se comprimió.

—¿Quizá es porque no quieres tener otro defecto?

Qhuinn frunció el ceño.

—No.

—Estás seguro de eso.

—Mira, si me importara lo que piensan las personas, ¿crees que haría lo que hago? —Volvió a dar la vuelta a la camilla, tapó la herida que Blay tenía en el pecho, y luego



atendió la herida de su hombro—. Además, mi familia está muerta. ¿A quién tengo que impresionar ahora?

— ¿Por qué fuiste tan cruel? —preguntó Blay con voz digna—. Cuando estábamos en el túnel de mi casa.

Qhuinn tomó un tubo de neomycin y se dirigió nuevamente hacia la espalda de su compañero.

— Estaba bastante seguro que no iba a regresar, y no quise que arruinaras tu vida por mí. Pensé que por tu bien sería mejor que me odiaras a que me extrañaras.

Blay rió con ganas, y el sonido fue muy agradable.

— Eres tan arrogante.

— Claro que sí. Pero es verdad, ¿o no? —Qhuinn extendió el ungüento lechoso por la piel de Blay—. Lo hubieras hecho.

Cuando volvió a ponerse frente a él, Blay levantó la cabeza, y los ojos. Sus miradas se encontraron, Qhuinn extendió la mano y puso la palma en la mejilla de su amigo.

Pasándole suavemente el dedo pulgar hacia delante y hacia atrás, susurró:

— Te quiero ver con alguien que sea digno de ti. Que te trate bien. Que te sea fiel. Aunque yo me estableciera con una hembra... mierda, me digo a mí mismo que soy capaz de serle fiel, pero en el fondo de mi corazón, realmente no lo creo.

El anhelo que vio en los ojos azules que lo miraban fijamente le rompió el corazón. Verdaderamente. Y no podía imaginar qué era lo que Blay veía en él que lo hacía tan especial ante sus ojos.

— ¿Qué anda mal contigo? —susurró—. ¿Qué me quieres tanto?

La triste sonrisa de Blay le agregó como un millón de años a su edad, llenando su rostro con ese tipo de sabiduría que sólo surgía después de que la vida te pateaba las pelotas varias veces.

— ¿Qué anda mal contigo que no puedes darte cuenta de por qué lo hago?

— Vamos a tener que ponernos de acuerdo en estar en desacuerdo acerca de eso.

— ¿Me prometes algo?

— Lo que sea.

— Déjame si quieres, pero no lo hagas por mi propio bien. No soy un niño, no me rompo fácilmente, y lo que siento no es de tu maldita incumbencia.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto.

—No fue así. As que, ¿me lo prometes?

Qhuinn exhaló con dificultad.

—Bien, te lo prometo. Con tal de que me jures que buscarás a alguien real, ¿De acuerdo?

—Eres real para mí.

—Júramelo. O voy a volver a hacer eso de «soy una isla» otra vez. Quiero que estés abierto a la posibilidad de conocer a alguien que en realidad puedas tener.

La mano de Blay se deslizó por el antebrazo de Qhuinn y le apretó la muñeca, de esa forma el pacto se convirtió en algo sólido por ambas partes.

—Vale... está bien. Pero será un tipo. He tratado de hacerlo con hembras, y no lo siento correcto.

—Con tal de que estés contento. Lo que sea que te haga feliz.

Cuando la tensión se alivió entre ellos, Qhuinn envolvió los brazos alrededor de su amigo y lo mantuvo apretado, intentando absorber la tristeza del macho, deseando que todo fuera diferente entre ellos.

—Supongo que esto es lo mejor —dijo Blay en su hombro—. No sabes cocinar.

—¿Ves? No soy ningún Príncipe Encantado.

Qhuinn podría jurar que Blay susurró, “Sí, lo eres”, pero no estaba seguro.

Ambos se apartaron, se miraron a los ojos... y algo cambió. En el silencio del centro de entrenamiento, en la vasta intimidad del momento, algo cambió.

—Sólo una vez —dijo Blay suavemente—. Hazlo sólo una vez. Así sabré que se siente.

Qhuinn sacudir la cabeza.

—No... no creo que...

—Sí.

Después de un momento, Qhuinn deslizó ambas manos por el grueso cuello de Blay y tomó la fornida mandíbula del macho entre sus palmas.

—¿Estás seguro?

Cuando Blay asintió, Qhuinn inclinó la cabeza de su amigo hacia atrás y a un lado y la sostuvo en el lugar mientras acortaba la distancia lentamente. Un momento antes de que

sus bocas se tocaran, las pestañas de Blay temblaron y luego se cerraron, su cuerpo tembló y...

*Oh, era dulce.* Los labios de Blay eran increíblemente dulces y suaves.

Probablemente no se suponía que la lengua fuera parte de aquello, pero no hubo forma de evitarlo. Qhuinn lo lamió y luego hundió profundamente la lengua en el interior de su boca, mientras deslizaba los brazos alrededor de Blay y lo abrazaba con fuerza. Cuando finalmente levantó la cabeza, la expresión de los ojos de Blay le indicó que estaba dispuesto a dejar que pasara cualquiera cosa entre ellos. Permitiría que todo pasara.

Podían tomar esa chispa que había nacido entre ellos y continuar todo el camino a casa hasta que ambos estuvieran desnudos y Qhuinn estuviera haciéndole a su amigo lo que mejor sabía hacer.

Pero después de eso las cosas nunca volverían a ser iguales, y eso fue lo que lo detuvo, a pesar del hecho de que repentinamente deseaba exactamente lo mismo que deseaba Blay.

—Eres demasiado importante para mí —dijo con voz ronca—. Eres demasiado bueno para el tipo de sexo que suelo tener.

Los ojos de Blay se demoraron sobre la boca de Qhuinn.

—En este momento, podría estar totalmente en desacuerdo con eso.

Cuando Qhuinn soltó al chico y dio un paso atrás, comprendió que era la primera y única vez en su vida, que rechazaba a alguien.

—No, tengo razón. Tengo la jodida razón en esto.

Blay tomó un profundo aliento, afirmó los brazos en la camilla e intentó componerse. Rió un poco.

—No puedo sentir ni los pies ni las manos.

—Me ofrecería a frotarlos, pero...

La mirada de Blay bajo sus pestañas fue condenadamente sexy.

—¿Te sentirías tentado a frotar alguna otra parte de mi cuerpo?

Qhuinn sonrió abiertamente.

—Hijo de puta.

—Está bien, está bien. Que así sea.

Blay extendió la mano tomó el antiséptico, se puso un poco en el pecho, y luego cubrió la herida con gasa que aseguró en su lugar.

— ¿Te ocupas de cubrir la de mi espalda?

— Sí.

Mientras cubría la carne viva con el trozo de gasa, Qhuinn imaginó a alguien tocando la piel de Blay... deslizando las manos sobre él, aliviando la clase de dolor que un macho siente entre sus muslos.

— Aunque, hay una cosa más — murmuró Qhuinn.

— ¿Qué?

La voz que salió de su garganta fue muy diferente a cualquier otra que hubiera oído salir antes de su interior.

— Si algún tipo te rompe el corazón o te trata como una mierda, lo haré pedazos con mis manos desnudas y dejaré su cuerpo roto y ensangrentado para que lo termine el sol.

La risa de Blay resonó alrededor de las paredes de azulejos.

— Claro que lo harías...

— Estoy hablando muy en serio, joder.

Los ojos azules de Blay se clavaron en él por encima de su hombro.

— *Si alguien se atreve a herirte* — gruñó Qhuinn en la Antigua Lengua —, *lo veré postrado ante mí porque dejaré su cuerpo en ruinas.*

En su gran rancho de las Adirondacks, Rehvenge trataba desesperadamente de entrar en calor. Envuelto en una gruesa bata de tela de felpa, con una manta de visón sobre el cuerpo, estaba tendido sobre una cama a una distancia de no más de metro y medio de las llamas de un crepitante fuego.

De todas las habitaciones de la enorme casa tipo rancho, ésta era una de sus favoritas ya que la severa decoración Victoriana de color granate, oro y azul marino frecuentemente se ajustaba a su humor. Era gracioso, siempre había pensado que un perro podría lucir muy bien al lado de la chimenea de piedra maciza. Algún tipo de retriever. Dios, quizá debería conseguirse un perro. A Bella siempre le habían gustado los perros. No obstante a su madre no, y por eso nunca había habido uno en la casa de la familia en Caldwell.

Rehv frunció el ceño y pensó en su madre, que estaba viviendo en otra de las casas de la familia aproximadamente a trescientos kilómetros de allí. Aún no se había recuperado del secuestro de Bella. Probablemente nunca lo haría. Incluso después de que hubieran pasado tantos meses no quería abandonar el país, aunque vivir en el estado de Caldwell, tampoco era tan malo.

Iba a morir en la casa en donde estaba ahora, pensó. Probablemente dentro de un par de años. Había envejecido, su reloj biológico había empezado a correr hacia la meta, su cabello ya se estaba poniendo blanco.

—Traje más leña —dijo Trez mientras entraba con un carga completa de leños. El moro fue hasta la chimenea, movió la pantalla, y atizó la llama hasta que rugió aún más fuerte.

Lo cual era una locura para el mes de Agosto.

Ah, pero esto era Agosto en las Adirondacks. Además, estaba doblemente cargado de dopamina, por eso tenía aproximadamente la misma percepción sensorial y la misma temperatura interna que un leño petrificado.

Trez volvió a colocar la pantalla en su lugar y miró sobre su hombro.

—Tienes los labios azules. ¿Quieres que te prepare un poco de café?

—Eres un guardaespaldas, no un mayordomo.

—Y a ver... a nuestro alrededor tenemos... ¿cuántas personas portando bandejas de plata?

—Yo puedo hacerlo. —Rehv intentó sentarse pero se le revolvió el estómago—. Joder.

—Acuéstate otra vez antes que yo te acueste de un golpe.

Cuando el tipo salió, Rehv se volvió a acomodar contra los cojines, odiando los efectos secundarios de lo que había hecho con la Princesa. Los *odiaba*. Sólo deseaba olvidar todo el asunto, al menos hasta el siguiente mes. Desafortunadamente, la mierda se recreaba continuamente en su mente como si fuera un circuito cerrado. Veía lo que había hecho esa noche en la cabaña, una y otra vez, se visualizaba masturbándose para seducir a la Princesa y después follándosela sobre ese alféizar.

¿Cuánto tiempo hacía ya que su vida sexual consistía en variaciones de ese mismo tipo de perversión? *Mierda...*

Por un momento se preguntó cómo sería tener a alguien a quien querer, pero apartó esa fantasía condenadamente rápido. De la única forma que podía tener sexo era si dejaba de tomar sus medicamentos... así que con las únicas con las que podía estar era con *symphaths*, y ni aunque lo condenaran al infierno se encariñaría con una de esas hembras. Obviamente, él y Xhex lo habían intentado, pero había sido un desastre a varios niveles.

Le metieron una taza de café bajo la nariz.

—Bébetelo.

—Gracias. —dijo aceptándola.

—Oh, mierda, mírate.

Rehv cambió rápidamente de mano, metiendo el antebrazo malo bajo la manta.

—Como dije, gracias.

—Entonces fue por eso que Xhex te obligó a ir a la clínica, ¿eh? —Trez se sentó en un sillón color ocre—. Y, no, no voy a contener la respiración hasta que me lo confirmes. Simplemente lo tomaré como algo que salta a la vista.

Trez cruzó las piernas, y su apariencia era la de un perfecto caballero, un verdadero modelo de la realeza: A pesar de estar vestido con pantalones cargo negros, botas de combate y una camiseta sin mangas, —y de que era capaz de arrancarle la cabeza a un macho y utilizarla como pelota de fútbol— podrías haber jurado que lo único que lo apartaba de la capa de armiño y la corona de Rey, era una visita al armario.

Lo cual, de hecho, era efectivamente cierto.

—Buen café —murmuró Rehv.

—Pero no me pidas que horneé algo. ¿Cómo te está yendo con el antígeno?

—Excelente.

—O sea que todavía tienes el estómago revuelto.

—Deberías ser un *symphath*.

—Trabajo con dos de ellos. Eso ya es lo suficientemente cerca, jódete muchas gracias.

Rehv sonrió y tomó otro enorme sorbo del borde de la taza. Probablemente se estuviera quemando la piel de la boca dada la cantidad de vapor que salía del líquido que había en el interior de la taza, pero no sentía nada.

Por otro lado, era demasiado consciente de la mirada negra y decidida de Trez. La cual significaba que el moro estaba a punto de decirle algo que no le iba a gustar. A

diferencia de otras personas, cuando te decía algo que no querías escuchar, te miraba directamente a los ojos.

Rehv puso los ojos en blanco.

— Ya dímelo de una vez ¿Por qué no lo haces?

— Te pones peor cada vez que estás con ella.

Era cierto. Cuando todo esto había comenzado, podía estar con la Princesa y regresar a trabajar enseguida. Después de un par de años, necesitaba descansar un poco. Luego fue una siesta de un par de horas de duración. Ahora, debía quedarse sobre su trasero durante unas buenas veinticuatro horas. El asunto era que, estaba desarrollando una reacción alérgica al veneno. Claro que, el suero antígeno que Trez le inyectaba después, impedía que entrara en estado de shock, pero su recuperación ya no era buena.

Quizás un día directamente dejara de recuperarse.

Mientras calculaba la cantidad de medicamentos que necesitaba tomar periódicamente, pensó, *Mierda, es mejor vivir a través de la química. Bueno, de cierta forma, al menos.*

Trez continuaba con la vista fija en él, por lo que tomó otro sorbo y le dijo:

— Alejarme de ella no es una opción.

— Sin embargo, podrías volar lejos de Caldwell. Encontrar otro lugar donde vivir. Si no sabe dónde encontrarte, no puede entregarte.

— Si me voy de la ciudad, le irá detrás a mi madre. Quien no se mudará por Bella y el bebé.

— Esto va a matarte.

— Sin embargo, es demasiado adicta para arriesgarse a que eso ocurra.

— Entonces debes decirle que corte con esa mierda de frotarse veneno de escorpión. Entiendo que quieras parecer fuerte, pero se encontrará follando con un maldito cadáver si no deja de hacer eso.

— Conociéndola, la necrofilia sería un gran estimulante para ella.

Detrás de Trez, un encantador resplandor atravesó el horizonte.

— Oh, mierda, ¿ya es tan tarde? — maldijo Rehv, zambulléndose en busca del mando a distancia que cerraba las contraventanas de acero de la casa.

Salvo que no se trataba del sol. Al menos, no era el sol que daba vueltas en el cielo.

Una figura luminosa estaba paseándose tranquilamente por el césped y acercándose a la casa.

A Rehv solo se le ocurría una cosa que pudiera lograr ese efecto.

—Qué jodidamente fantástico —murmuró, volviendo a sentarse—. ¿Hombre, acaso esta noche no va a terminar jamás?

Trez ya se había puesto de pie.

—¿Quieres que lo deje entrar?

—Bien podrías. De otra forma simplemente atravesaría el vidrio.

El Moro deslizó una de las puertas corredizas, y se hizo a un lado cuando Lassiter entró en la guarida. El andar como flotando del tipo era la manifestación física del hablar lánguidamente, todo suave, lento e insolente.

—Tiempo sin verte —dijo el ángel.

—No el suficiente.

—Siempre tan hospitalario.

—Escucha, General Electric —Rehv parpadeó con fuerza—. ¿Te importaría apagar tu bola de espejos?

La brillante luz se fue atenuando hasta que Lassiter pareció completamente normal. Bueno, normal para alguien con un fetichismo por los piercings jodidamente enfermizo y con aspiraciones a convertirse en el patrón oro de algún país.

Trez cerró la puerta y se puso detrás de ella como un muro de: «jodes a mi chico y ángel o no te demostraré lo que es una buena patada en el culo».

—¿Qué te trae a mi propiedad? —dijo Rehv, mientras acunaba la taza con ambas manos, tratando de absorber su calor.

—Tengo un problema.

—No puedo arreglar tu personalidad, lo siento.

Lassiter rió, y el sonido repiqueteó por toda la casa como campanas de iglesia.

—No. Me gusto así como soy, gracias.

—Tampoco puedo ayudarte con tu naturaleza ilusoria.

—Necesito encontrar una dirección.

—¿Me veo como un directorio?

—A decir verdad, te ves como la mierda.



—Tú y tus cumplidos. —Rehv terminó su café—. ¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte?

—Porque.

—¿Quieres incluir un par de nombres y verbos allí? Estoy perdido.

Lassiter se puso serio, y su belleza etérea dejó de lado la mueca de «jódete» que formaba parte de su comportamiento habitual.

—Estoy aquí por asuntos oficiales.

Rehv frunció el ceño.

—Sin ofender, pero pensé que tu jefe te había metido la carta de despido en el culo.

—Me dio una última oportunidad para ser un buen chico. —El ángel fijó la vista en la taza de café que Rehv tenía entre las manos—. Si me ayudas, puedo darte algo a cambio.

—De veras.

Cuando Lassiter intentó acercarse un paso, Trez se pegó a él como si fuera pintura.

—No, no lo harás.

—Lo sanaré. Si me dejas tocarlo, lo sanaré.

Trez frunció las cejas y abrió la boca como si estuviera a punto de decirle al ángel que fuera a «sanarse» a si mismo fuera de la maldita casa.

—Espera —dijo Rehv.

Mierda, se sentía tan cansado, dolorido y miserable, que no era difícil imaginarse sintiéndose de igual forma cuando cayera la noche. De una semana después de mañana.

—Solo dime a qué clase de dirección te refieres.

—La de la Hermandad.

—Ja. Aunque la conociera, —*y no es el caso*— no podría decírtela.

—Tengo algo que han perdido.

Rehv estaba a punto de volver a reírse cuando se encendió su lado *sympath*. El ángel era un imbécil, pero hablaba totalmente en serio. Y, mierda... ¿Podría ser verdad? Podría haber encontrado...

—Sí, lo he encontrado —afirmó Lassiter—. Ahora, ¿Vas a ayudarme a ayudarlos? Y a cambio, porque soy un tipo de palabra, me ocuparé de tu pequeño problema.

—¿Y qué problema podría ser ese?

—La infección MRSA que tienes en el antebrazo. Y el hecho, de que en este momento, estás a dos exposiciones más de la anafilaxis contra ese veneno de escorpión. —Lassiter sacudió la cabeza—. No voy a preguntarte nada. Acerca de ninguna de las dos cosas.

—¿Te sientes bien? Normalmente eres más entrometido que eso.

—Ey, si quieres compartir...

—Lo que sea. Diviértete si quieres. —Rehv extendió el antebrazo hecho polvo—. Haré lo que pueda por ti, pero no puedo prometerte nada.

Lassiter le dedicó una sonrisa a Trez.

—Entonces, chico grande, ¿Vas a tomarte un respiro y hacerte a un lado? Porque tu jefe consintió...

—Él no es mi jefe.

—No soy su jefe.

Lassiter inclinó la cabeza.

—Tu colega, entonces. Ahora, ¿te importaría salir de mi camino?

Trez desnudó los colmillos y entrechocó las mandíbulas dos veces, esa era la manera que tenían las Sombras de decirle a alguien que estaban caminando por la cuerda floja sobre un precipicio muy alto. Pero de todas maneras se apartó.

Lassiter avanzó, y resurgió su resplandor.

Rehv encontró los ojos color plata esterlina y sin pupilas del tipo.

—Si jodes conmigo, Trez no dejará de hacerte daño hasta que tu figura no pueda ser vuelta a unir ni siquiera con pegamento. Sabes lo que es él.

—Lo sé, pero está perdiendo el tiempo con su demostración de tipo duro. No puedo hacerle daño a los virtuosos, así que tú estás seguro.

Rehv ladró una risa.

—Entonces, tiene mucho de qué preocuparse.

Cuando Lassiter extendió la mano e hizo contacto, una corriente le lamió el brazo a Rehv, haciéndole jadear. Mientras una maravillosa sanación comenzó a verterse dentro de él, se estremeció y se tendió en su nido de mantas. *Oh, Dios...* su agotamiento se estaba evaporando. Lo cual significaba que el dolor que él no sentía estaba retrocediendo.

Con esa magnífica voz suya, Lassiter murmuró:

—No tienes nada de qué preocuparte. Los virtuosos no siempre hacen lo correcto, pero sus almas permanecen puras. Tu alma está inmaculada. Ahora cierra los ojos, loco insensible, porque estoy a punto de encenderme como una hoguera.

Rehv entornó los ojos y tuvo que apartar el rostro cuando una explosión de pura energía atravesó su cuerpo. Era como un orgasmo de esteroides, un enorme torrente que lo llevó lejos, haciéndolo mil pedazos hasta que flotó hacia abajo como una lluvia de estrellas.

Cuando regresó a su cuerpo, se quedó suspirando largo y tendido.

Lassiter lo soltó y se frotó la mano en los vaqueros de tiro bajo que llevaba puestos.

—Y ahora con respecto a lo que necesito de ti.

—No va a ser fácil llegar a ellos.

—Dime algo que no sepa.

—Primero voy a tener que verificar qué es lo que tienes.

—Él no está muy feliz.

—Bueno, por supuesto que no, está junto a ti. Pero no voy a servirte de representante hasta que vea el panorama.

Hubo un momento de silencio. Y luego Lassiter inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Regresaré al anochecer y te llevaré con él.

—Está bien, ángel, está bien.

## Capítulo 43



En la cúspide del alba, Phury fue a su dormitorio y en una bolsa L.L. Bean empacó sus accesorios de entrenamiento, tales como toalla, iPod, botella de agua... y su parafernalia de drogas que incluía una cuchara, un encendedor, una jeringa, un cinturón y su acostumbrado paquete de humo rojo.

Dejó su guarida y se dirigió hacia el pasillo de estatuas, caminando como si sus intenciones fueran absolutamente saludables. No quería estar demasiado cerca de Bella y Z, por lo que escogió una de las habitaciones de huéspedes vacías cercanas a la escalera principal. Cuando se deslizó dentro, casi vuelve a salir para elegir otra: las paredes eran de color lavanda grisáceo, exactamente igual al color de las rosas que a Cormia le gustaban tanto.

El rumor de las voces de unos *doggens* que pasaban por el pasillo le obligaron a quedarse donde estaba.

Entró en el cuarto de baño, cerró esa puerta también y atenuó las luces hasta que parecieron las ascuas de un fuego. Mientras las contraventanas se cerraban para pasar el día, se sentó en el suelo de mármol, apoyó la espalda contra el jacuzzi y sacó las cosas que iba a necesitar.

La realidad de lo que estaba a punto de hacer no le parecía significativa.

Era algo así como sumergirse en agua fría. Una vez que pasaba el primer choque, te acostumbrabas al lugar en donde estabas.

Y lo que más le animaba era el silencio en el que estaba sumida su mente. Desde que había iniciado este camino, el hechicero no había dicho ni una maldita palabra más.

Las manos de Phury no temblaron en absoluto cuando echó un poco de polvo blanco en una cuchara de plata esterlina y agregó un poco de agua de la botella. Abriendo la tapa de su encendedor, lo accionó para obtener una llama y lo puso debajo de la mezcla.

Por ningún motivo en particular, notó que el diseño de la cuchara de plata era Azucena del Valle de Gorham. De finales del siglo diecinueve.

Después de que la mezcla hirvió, dejó la cuchara en el suelo de mármol, llenó la jeringa, y tomó su cinturón Hermes. Extendiendo el brazo izquierdo, lo rodeó con el cuero con el que formó un lazo, pasando un extremo a través de la lustrosa hebilla dorada, lo tensó, y luego lo metió bajo el brazo para que se mantuviera en el lugar.

Se le hincharon las venas y golpeteó las que le sobresalían en la curva del codo. Escogió la más gruesa, y entonces frunció el ceño.

La mierda que había en el interior de la jeringa era de color marrón.

Por un momento, lo invadió el pánico. Marrón era un mal color.

Sacudió la cabeza para aclarársela, luego se pinchó la vena con la aguja y tiró del émbolo para asegurarse que había entrado en la vena de forma adecuada. Cuando vio una llamarada de rojo, empujó con el pulgar, vació la carga de la jeringa y soltó el cinturón.

El efecto fue mucho más rápido de lo que hubiera podido imaginar. Al segundo dejó que su brazo cayera flojo a un lado y al siguiente estaba brutalmente enfermo del estómago y arrastrándose hacia el retrete en una extraña y precipitada especie de cámara lenta.

Definitivamente esta mierda no era igual al humo rojo. No había una entrada suave, ningún educado golpe a la puerta anunciando la llegada de la droga a su cerebro. Este era un asalto a mano armada con un ariete, y mientras vomitaba, se recordó a si mismo que había conseguido lo que quería.

Confusamente, en el fondo de su conciencia, escuchó que el hechicero comenzaba a reír... escuchó como los graznidos divertidos de satisfacción de su adicción rodaban en su mente, hasta el último instante cuando la heroína se adueñaba del resto de su mente y de su cuerpo.

Cuando se desmayó mientras vomitaba, comprendió que lo habían engañado. En lugar de matar al hechicero, le habían dejado solo en su tierra baldía y a merced de su amo.

*Buen trabajo, compañero... excelente trabajo.*

Mierda, esos huesos que había en la tierra baldía, eran los restos de los adictos que el hechicero había conducido a la muerte con sus palabras. Y el cráneo de Phury estaba al frente y en el mismo centro, y era su víctima más reciente. Pero ciertamente no la última.

—Por supuesto —dijo la Elegida Amalya—. Claro que puedes ser recluida... ¿Si estás segura que eso es lo que deseas?

Cormia asintió, y luego se recordó a si misma que estaba en el Santuario, y por lo tanto había regresado a la tierra de las reverencias. Inclinando la parte superior de su cuerpo, murmuró:

—Gracias.

Cuando se enderezó, recorrió con la vista las habitaciones privadas de la Directrix. Las dos habitaciones estaban decoradas según la tradición de las Elegidas, es decir que no tenían ningún tipo de decoración. Todo era sencillo, escaso, y blanco, con la única diferencia respecto de las otras habitaciones de las Elegidas, que Amalya tenía dispuesto un lugar con asientos para las audiencias que mantenía con las hermanas.

*Todo era tan blanco*, pensó Cormia. Tan... *blanco*. Y las sillas en las cuales estaban sentadas ambas eran rígidas y no tenían cojines.

—Supongo que es algo oportuno —dijo la Directrix—. La última escriba recluida, Selena, ha dimitido debido al advenimiento de la ascensión del *Primale*. A la Virgen Escriba le complació permitirle abandonar su deber, dado nuestro cambio de circunstancias. Pero sin embargo, nadie ha querido reemplazarla.

—Me gustaría sugerir que también se me de la función de escriba primaria.

—Eso sería muy generoso de tu parte. Liberaría a las otras para el *Primale*. —Hubo un largo silencio—. ¿Podemos proceder?

Cuando Cormia asintió y se arrodilló en el suelo, la Directrix encendió un poco de incienso y realizó la ceremonia de reclusión.

Cuando terminó, Cormia se puso de pie y caminó hacia el otro lado de la habitación donde había un espacio abierto en la pared que en si hubiera estado en la mansión hubiera llamado ventana.

Al otro lado de la blanca extensión del Santuario, vislumbró el Templo de las Escribas Recluidas. Estaba acoplado a la entrada de las habitaciones privadas de la Virgen Escriba y no tenía ninguna ventana. Dentro de sus blancos confines, no habría nadie más que ella. Ella, las pilas de pergaminos, las tintas de color rojo sangre, y la historia viviente

de la raza, para que ella registrara como una espectadora y no como una participante activa.

—No puedo hacer esto —dijo.

—Lo siento, qué es lo que has dicho...

Se escuchó un golpe en la jamba.

—Entre —clamó Amalya.

Una de sus hermanas entró e hizo una profunda reverencia.

—La Elegida Layla ha concluido su preparación en los baños para Su Gracia, el *Primale*.

—Ah, bien. —Amalya extendió la mano y tomó un quemador de incienso—. Instalémosla en su templo y después lo convocaré.

—Como desee. —Mientras la Elegida inclinaba la cabeza y salía de la habitación, Cormia captó la sonrisa de anticipación en el rostro de la hembra.

Probablemente esperaba ser la siguiente en la lista para realizar un viaje al templo.

—¿Si me disculpas? —dijo Cormia, con el corazón latiendo erráticamente, como un instrumento que no podía encontrar el ritmo adecuado—. Voy a retirarme al Templo de las Escribas.

—Por supuesto. —Repentinamente los ojos de Amalya se volvieron perspicaces—. ¿Estás segura que quieres hacer esto, mi hermana?

—Sí. Este es un día glorioso para todas nosotras. Me aseguraré de registrarlo apropiadamente.

—Me encargaré de que te lleven las comidas.

—Sí. Gracias.

—Cormia... si necesitas algún consejo, aquí estaré. De forma personal.

Cormia hizo una reverencia y salió apresuradamente, dirigiéndose directamente al sólido templo blanco que ahora era su hogar.

Cuando cerró la puerta detrás de ella, quedó rodeada por una densa oscuridad tan negra como el carbón. A su voluntad, las velas que estaban ubicadas en las cuatro esquinas de la habitación de techos altos se encendieron, y con su luz, vio los seis escritorios blancos, con sus plumas de color blanco dispuestas para su uso, los frascos de tinta color rojo sangre y los cuencos de cristal con agua para las visiones. En cestos que

había sobre el suelo, había rollos de pergamino atados con cintas blancas, preparados para recibir los símbolos de la Antigua Lengua que resguardarían el progreso de la raza.

Contra la pared más lejana, había tres literas dobles, cada una de ellas con una sola almohada prístina y tendida con sábanas dispuestas a la perfección. No había ninguna manta al pie de la cama, ya que la temperatura era demasiado perfecta como para requerir mantas extra. A un lado, había una cortina que conducía al baño privado.

Sobre la derecha había una puerta de plata ornamentada, que conducía a la biblioteca privada de la Virgen Escriba. Las escribas recluidas eran las únicas a quienes Su Santidad dictaba su diario privado, y cuando eran convocadas, usaban esa puerta para llegar a la audiencia que les había sido otorgada.

La abertura en el centro del portal era usada para deslizar pergaminos generados tanto por los que registraban como por las escribas recluidas durante el proceso de edición. La Virgen Escriba leía, aprobaba o corregía todo documento hasta que lo encontraba adecuado. Una vez aceptado, el pergamino era cortado para adaptarlo al tamaño de otros a los que debía unirse para convertirse en uno de los volúmenes de la biblioteca, o era enrollado e incluido en los sagrados archivos de la Virgen Escriba.

Cormia fue hacia uno de los escritorios y se sentó en un taburete sin respaldo.

El silencio y el aislamiento eran tan enervantes como una abundante muchedumbre, y no tuvo idea de cuánto tiempo permaneció allí sentada, esforzándose por mantener el control.

Había asumido que podría hacer eso... que la solución de la reclusión, era la única cosa que funcionaría. Ahora gritaba porque deseaba escapar.

Tal vez sólo necesitaba algo distinto en lo que enfocarse.

Tomando una pluma blanca en su mano, abrió el frasco de tinta que estaba a su derecha. Como calentamiento, empezó componiendo algunos de los caracteres más simples de la Antigua Lengua.

Pero sin embargo, no pudo seguir con eso.

Las letras se convirtieron en diseños geométricos. Los diseños se convirtieron en hileras de cubos. Los cubos se convirtieron... en planos de construcción.



En la mansión de la Hermandad, John levantaba la cabeza de la almohada al escuchar un golpe en la puerta. Saliendo de la cama, fue hasta la puerta y contestó al golpe de nudillos. En el vestíbulo, estaban Qhuinn y Blay, lado a lado, hombro a hombro, como antes solían estar.

Al menos parecía que algo había salido bien.

— Debemos encontrar una habitación para Blay — dijo Qhuinn —. ¿Tienes alguna idea de dónde podemos meterlo?

— Además al anochecer debería ir a buscar algunas de mis cosas — agregó Blaylock —. Lo que significa que debemos regresar a mi casa.

*No hay problema*, gesticuló John.

Qhuinn estaba en la habitación que lindaba con la suya, por eso pasó esa por alto, continuó hasta la siguiente y abrió la puerta de una habitación de huéspedes color lavanda pálido.

*Podemos cambiar la decoración*, dijo John por señas, *si te parece demasiado femenina*.

Blay se echó a reír.

— Sí, no estoy seguro de que pueda refugiarme aquí.

Mientras el tipo iba a probar la cama, John caminó hacia las puertas dobles del baño y las abrió de un empujón...

Phury estaba inconsciente con la cabeza cerca del retrete, el enorme cuerpo flojo y el rostro del color de la cera para velas. A sus pies había, una aguja, una cuchara y un cinturón.

— ¡Jodido infierno! — La maldición de Qhuinn hizo eco por todo el mármol cremoso.

John se giró a toda velocidad.

— *Ve a buscar a la doctora Jane. Ya mismo. Probablemente esté en el Pit con Vishous.*

Qhuinn salió disparado, mientras John corría hacia Phury y le daba la vuelta para ponerlo de espaldas. Los labios del Hermano estaban azules, pero no debido a los hematomas causados por los puños de John. El macho no estaba respirando. Y no lo había hecho durante algún tiempo.

Desafiando todas las probabilidades, la doctora Jane entró con Qhuinn literalmente medio segundo después.

— Estaba de camino para ver a Bella... Oh... mierda.

Se acercó e hizo el chequeo de signos vitales más rápido que John había visto en la vida. Luego abrió su maletín de doctor y sacó una aguja y una ampolla.

— ¿Está vivo?

Los cuatro miraron hacia la puerta del baño. Zsadist estaba allí, con los pies bien plantados y el rostro con cicatrices pálido.

— Él está... — Los ojos de Z se desviaron hacia lo que había en el suelo cerca del Jacuzzi —, vivo.

La doctora Jane miró a John y siseó:

— Mierda, sacadlo de aquí. Ahora. No necesita ver esto.

Al ver la expresión de su rostro, a John se le congeló la sangre: no estaba segura de si podría traer de regreso a Phury.

Invadido por el terror, se puso de pie y fue hasta donde estaba Z.

— No me voy a marchar — dijo Zsadist.

— Sí, lo harás. — La doctora Jane sostuvo la jeringa que había llenado y apretó el émbolo. Cuando un fluido del grosor de un cabello salió disparado de la punta, se volvió nuevamente hacia el cuerpo de Phury—. Quinn, tú te quedarás conmigo. Blaylock, ve con ellos y cierra la puerta.

Zsadist abrió la boca, y John se limitó a negar con la cabeza.

Fue con una extraña calma que se puso frente al Hermano, colocó las manos sobre ambos brazos del tipo y lo empujó hacia atrás.

Y Z dejó que lo acompañaran fuera de la habitación sumido en un silencio de aturdimiento.

Blay cerró las puertas y se puso delante de ellas, bloqueando el camino de entrada.

Los ojos desolados de Z se aferraron a los de John.

Todo lo que John pudo hacer fue sostenerle la mirada firmemente.

— Él no puede haberse ido — dijo Zsadist con voz ronca —. Él no puede estar...

## Capítulo 44



—¿Qué quieres decir con lo de «trabajo»? —dijo el tipo con los tatuajes de presidiario.

Lash apoyó los codos en las rodillas y miró a los ojos a su nuevo mejor amigo. Cómo los dos habían pasado de estúpidos bocazas a tiernos gatitos, era una historia que bien serviría de testimonio de los poderes de seducción. Primero, golpeas con fuerza para establecer igualdad. Luego, muestras respeto. Y por último, hablas de dinero.

Los otros dos, el pandillero con *Diego RIP*, alrededor de las clavículas, y Mr. Clean con su cabeza rapada y las botas de combate, se habían acercado lentamente y también estaban escuchando. Lo cuál era otra parte de la estrategia de Lash: Atrae al más duro y los demás vendrán solos.

Lash sonrió.

—Ando buscando ayuda con la seguridad.

La mirada fija de Prison Tat era un digno eslogan de «Hacemos trabajos sucios a precios regalados».

—¿Diriges un bar?

—Nop. —Miró a RIP—. Me imagino que vosotros lo llamaríais un asunto territorial.

El pandillero asintió como si conocieran todas las reglas de ese juego de tablero.

Prison Tat flexionó los brazos.

—¿Qué te hace pensar que me metería a hacer negocios contigo? No te conozco.

Lash se reclinó hacia atrás hasta apoyar los hombros contra los bloques de hormigón.

—Simplemente pensé que te gustaría hacerte con unos verdes. Mi error.

Cuando cerraba los ojos como si fuera a dormir, escuchó voces que le hicieron volver a abrir los párpados. Un oficial estaba acompañando a otro delincuente a la celda de detención.

*Bueno, qué te parece.* Era el tipo con la chaqueta del águila que estaba en el Screamer.

Hicieron entrar al nuevo, y los tres zopencos matones formaron el habitual comité de bienvenida ofreciéndole una típica mirada «ojo con lo que haces cara de culo». Uno de los drogadictos levantó la vista y le ofreció una sonrisa acuosa como si, conociese al tipo por asuntos de negocios.

Interesante. Así que el tipo era un camello.

Hombre águila evaluó al grupo y saludó a Lash con la cabeza, como reconociendo su supremacía, antes de tomar asiento en el otro extremo del banco. Se veía más molesto que asustado.

Prison Tat se inclinó hacia Lash.

— No dije que no tuviera interés.

Lash volvió la vista hacia él.

— ¿Cómo te encuentro para fijar los términos?

— ¿Conoces el Buss's Bikes?

— ¿Es ese lugar de reparación de Harleys que está en Tremont, verdad?

— Sí. Yo y mi hermano somos los dueños. Somos moteros.

— Entonces conoces más gente que podría serme útil.

— Tal vez sí. Tal vez no.

— ¿Cuál es tu nombre?

Prison Tat entrecerró los ojos. Luego señaló una Harley modificada que tenía tatuada en el brazo.

— Llámame Low.

Diego RIP comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo, como si quisiera decir algo y se contuviera, pero Lash no estaba listo para bailar el tango con los pandilleros ni con los cabezas rapadas. Todavía no. Era más seguro empezar poco a poco. Vería si podía añadir un par de moteros a la mezcla de la Sociedad Restrictiva. Si funcionaba, entonces saldría de cacería. Tal vez incluso provocaría que volvieran a arrestarlo como entrada.

— Owens — gritó un polizone desde la puerta.

— Nos vemos — dijo Lash a Low. Saludó con la cabeza a Diego, al cabeza rapada, y al camello. Dejó a los drogadictos que estaban entretenidos con sus conversaciones con el suelo.

Fuera en la central de procesamiento, esperó mientras un oficial le explicaba página tras página «éstos son los cargos en contra suya», «éste es el número de la oficina de los abogados de oficio... necesita llamarlos si quiere que se le asigne un abogado», «su fecha en el tribunal es dentro de seis semanas», «si usted no acudiera a la citación, perdería la fianza y se emitiría una orden de arresto», bla, bla, bla...

Firmó con el nombre Larry Owens un par de veces, y luego lo condujeron por el mismo pasillo por el que le habían conducido esposado ocho horas antes. Al final del tramo de linóleo, estaba el señor D sentado en una miserable silla de plástico, y cuando se puso de pie pareció aliviado.

—Vamos a comer algo —dijo Lash mientras se encaminaban hacia la salida.

—Sí, señor.

Lash salió por la puerta delantera del edificio del Departamento de Policía de Caldwell, demasiado distraído pensando en las cosas que tenía que hacer como para prestarle atención a la hora. Cuando el sol le dio de lleno en el rostro, saltó hacia atrás dando un grito y se estrelló contra el señor D.

Cubriéndose la cara, luchó por regresar al edificio.

El señor D le atrapó por la parte superior de los brazos.

—Qué...

—¡El sol! —Lash casi había atravesado las puertas cuando recapacitó... no estaba ocurriendo nada. No había estallado en llamas, ninguna gran bola de fuego, ninguna horrible y ardiente defunción.

Se detuvo... y se dio la vuelta para mirar el sol por primera vez en su vida.

—Es tan brillante. —Se escudó los ojos con el antebrazo.

—Se supone que no debes mirarlo directamente.

—Es... cálido.

Dejándose caer hacia atrás contra la fachada de piedra del edificio, se maravilló por el calor. Los rayos le bañaron, difundiéndose hacia sus músculos a través de la piel.

Antes nunca había envidiado a los humanos. Pero, Dios mío, si hubiera sabido cómo se sentía esto, los hubiera envidiado todo el tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó el señor D.

—Sip... si lo estoy. —Cerró los ojos y simplemente se dedicó a respirar, inhalar, exhalar—. Mis padres... nunca me dejaron salir afuera. Se supone que los Pretrans pueden soportar la luz del sol hasta el cambio, pero mi madre y mi padre nunca quisieron arriesgarse.

—No puedo imaginar no tener sol.

Después de esto, Lash tampoco podía.

Levantando la barbilla, cerró los ojos por un momento... y se prometió que la próxima vez que le viera, se lo agradecería a su padre.

Esto era... magnífico.

Phury se despertó con un sabor abrasador y repugnante en la boca. En realidad sentía esa sensación por todos lados, como si alguien hubiera rociado el interior de su piel con limpiador para hornos.

Tenía los ojos cerrados como con pegamento. Sentía el estómago como una pelota de plomo. Los pulmones se inflaban y desinflaban con todo el entusiasmo de un par de drogadictos al día siguiente de pegarse un subidón durante un concierto de los Grateful Dead. Y encabezando la marcha de las cosas que no iban a absolutamente ningún sitio, iba su cerebro, el cual evidentemente había muerto y no había resucitado junto con el resto de su cuerpo.

Y ya que estaba en ello, su pecho también se comportaba de forma similar a una tienda cerrada. O... no, su corazón todavía debía de estar latiendo, porque... bueno, tenía que estar haciéndolo ¿no? O no tendría pensamientos, ¿verdad?

Una imagen del páramo gris se le representó en la mente, el hechicero perfilándose contra ese vasto horizonte gris.

*Bienvenido de vuelta, rayito de sol, dijo el hechicero. Eso fue muy divertido. ¿Cuándo podemos hacerlo de nuevo?*

*Volver a hacer qué,* se preguntó Phury.

El hechicero rió.

*Oh, cuan fácilmente se olvidan de los momentos divertidos.*

Phury gimió y oyó que alguien se movía.

—Cormia —graznó.

—No.

Esa voz, esa profunda voz masculina. Muy parecida a la que salía de su propia boca. De hecho, idéntica.

Zsadist estaba con él.

Mientras Phury giraba la cabeza, tuvo la sensación de que el cerebro chapoteaba dentro de su cráneo, su bóveda ósea no era más que una pecera con agua y plantas y un pequeño cofre del tesoro que hacía burbujas, pero no había nada con aletas dentro de él. Nada que estuviera realmente vivo.

Z se veía tan mal como en sus peores momentos, tenía sombras oscuras bajo los ojos, los labios apretados y la cicatriz resaltaba más que nunca.

—Soñé contigo —dijo Phury. Dios, su voz era simplemente un ronco murmullo—. Estabas cantándome.

La cabeza de Z se movió lentamente de un lado a otro.

—No era yo. Ya no soy capaz de cantar.

—¿Dónde está ella? —preguntó Phury.

—¿Cormia? En el Santuario.

—Oh... —*Cierto*. Él había sido la causa de que fuera allí por haber tenido relaciones sexuales con ella. Y luego él... Chute. Con. Heroína—. Oh, Dios Mío.

Esa pequeña y feliz revelación le ayudó a enfocar los ojos y le hizo mirar a su alrededor.

Todo lo que veía, por todas partes, era de color lavanda pálido, y le hizo pensar en Cormia atravesando el armario de la oficina con su túnica blanca y llevando aquella rosa en la mano. La rosa todavía estaba allí, pensó. La había dejado atrás.

—¿Quieres algo de beber?

Phury se volvió a mirar a su gemelo. Frente a él, el tipo se veía igual que como él se sentía, agotado y vacío.

—Estoy cansado —murmuró Phury.

Z se levantó y le acercó un vaso.

—Levanta la cabeza.

Phury obedeció, si bien eso provocó que el nivel de agua de su tanque se desplazara y amenazara con derramarse. Mientras Zsadist sujetaba el vaso contra sus labios, tomó un sorbo, luego otro, y luego estaba tragando desesperado de sed.

Cuando acabó, dejó que su cabeza volviera a caer contra la almohada.

—Gracias.

—¿Más?

—No.

Zsadist dejó el vaso sobre la mesita de noche y luego se acomodó otra vez en el sillón color lavanda claro, cruzó los brazos, y bajó la barbilla hasta casi apoyarla sobre su pecho.

Había perdido peso, pensó Phury. Sus mejillas comenzaban a sobresalir otra vez.

—No tengo recuerdos —dijo Z suavemente.

—¿De qué?

—De ti. De ellos. Ya sabes, del lugar de donde venía antes de ser robado y vendido.

Quizás fue el agua o lo que Z acababa de decir, pero una de las dos hizo que Phury recuperara completamente la conciencia.

—Nunca podrías haber recordado a nuestros padres... ni nuestra casa. Eras solamente un bebé.

—Recuerdo a la niñera. Bueno, tengo un recuerdo. De ella poniéndose mermelada en el pulgar y dejándome succionarlo. Eso es todo lo que tengo. Lo siguiente que recuerdo... es estar en aquel lugar con todas esas personas mirándome. —Z frunció el ceño—. Crecí como mozo de cocina. Lavaba montones de platos, limpiaba un montón de vegetales, y les llevaba cerveza a los soldados. Eran buenos conmigo. Esa parte fue... aceptable. —Z se restregó los ojos—. Dime algo. ¿Qué tal fue para ti? La parte del crecimiento.

—Solitaria. —Bien, eso sonaba egoísta—. No quiero decir...

—Yo estaba solo, también. Sentía como si me faltara algo, pero no sabía qué era. Era la mitad de un todo, excepto que estaba sólo yo.

—Así es como me sentía yo. Salvo que yo sabía lo que me faltaba. —El *tú* quedó sin decir.

La voz de Z se volvió completamente lacónica.

—No quiero hablar de lo que sucedió después de que pasé la transición.



—No tienes que hacerlo.

Zsadist asintió y pareció retraerse en sí mismo. En el silencio que siguió, Phury ni siquiera podía comenzar a imaginar que podía estar recordando. El dolor, la degradación y la furia.

—¿Te acuerdas de antes que nos uniéramos a la Hermandad —murmuró Z—, cuándo me marché durante tres semanas? ¿Todavía estábamos en el Antiguo País y no tenías ni idea de dónde había ido?

—Sí.

—La maté. Al Ama.

Phury parpadeó, asombrado porque admitiera lo que todo el mundo siempre había sospechado.

—Así que no fue su marido.

—Nop. Ciertamente, él era violento, pero yo fui el que lo hizo. Verás, había tomado otro esclavo de sangre. Lo había puesto en esa jaula. Yo... —La voz de Z vaciló, luego se volvió firme como la roca otra vez—. No podía dejar que le hiciera eso a alguien más. Volví allí... lo encontré... mierda, estaba desnudo y en el mismo rincón que yo solía...

Phury retuvo el aliento, pensando que esto era todo lo que había querido y temido saber. Era extraño que estuvieran manteniendo ésa conversación ahora.

—¿Tú solías qué?

—Sentarme. Solía sentarme en ese rincón cuando no estaba siendo... Sip, me sentaba allí, porque al menos así veía lo que se me venía encima. El niño, también tenía la espalda contra la pared y las rodillas levantadas. Exactamente cómo yo acostumbraba a ubicarme. Era joven. Demasiado joven, como recién pasada la transición. Tenía unos ojos castaño claro... y estaban aterrorizados. Pensó que había ido a verlo a él. Ya sabes... como, a «verlo» a él. Cuando entré, no pude hablar, y eso lo asustó aún más. Temblaba... temblaba tanto que sus dientes castañeteaban, y todavía recuerdo cómo se veían los nudillos de sus manos. Estaba aferrando sus delgadas pantorrillas, y los nudillos casi se le salían de la piel.

Phury apretó los dientes, recordando cuándo había sacado a Zsadist, recordando la visión de él encadenado y desnudo sobre la cama empotrada en medio de la celda. Z no

había estado asustado. Había sido usado demasiado y durante demasiado tiempo como para asustarse por cualquier cosa que pudieran hacerle.

Zsadist se aclaró la voz.

—Le dije al muchacho... le dije que lo iba a sacar. Al principio no me creyó. No hasta que levanté las mangas de mi abrigo y le mostré las muñecas. Después que vio mis bandas de esclavo, no tuve que decir otra palabra. Estaba completamente de mi lado. —Z tomó un profundo aliento—. Ella nos encontró mientras lo guiaba a través del nivel inferior del castillo. Estaba teniendo problemas para caminar, porque me imagino que el día anterior debió haber... estado muy atareado. Tuve que cargarlo. En definitiva, ella nos sorprendió... Y antes de que pudiera llamar a los guardias, me encargué de ella. Ése muchacho... observó cómo le rompía el cuello y la dejaba caer al suelo. Después que cayó, le corté la cabeza porque... sabes, ninguno de nosotros dos podría creer realmente que estuviera muerta. Mierda, hombre, estaba en esos túneles como conejeras, donde cualquiera podría sorprendernos, y no podía moverme. Simplemente me quedé mirándola fijamente. El chico, él me preguntó si estaba verdaderamente muerta. Y le respondí que no lo sabía. No se movía, pero ¿cómo podía estar seguro?

»El muchacho me contempló, y nunca olvidaré el sonido de su voz. «Volverá. Ella siempre vuelve». De la forma en que yo lo veía, él y yo ya vivíamos con bastante mierda, como para además tener que preocuparnos por eso. Así que le corté totalmente la cabeza, y él la llevó por el cabello mientras yo buscaba la jodida salida. —Zsadist se restregó el rostro—. Después de liberarlo, no sabía qué hacer con el muchacho. Eso fue lo que me llevó tres semanas. Le llevé bien al sur, hasta la punta de Italia, tan lejos como podía llevarlo. Había una familia allí, una que Vishous conocía de cuando había trabajado con ese comerciante de Venecia. De cualquier forma, ésa familia necesitaba ayuda, y eran buena gente. Le acogieron como un criado a sueldo. Lo último que supe, hace cerca de una década, fue que había tenido su segundo hijo con su *shellan*.

—Tú le salvaste.

—Sacarle no le salvó. —Los ojos de Zsadist fueron a la deriva—. Ese es el punto, Phury. No hay forma de salvarlo. No hay forma de salvarme a mí. Sé que sigues esperando que ocurra, sé que vives por ello. Pero... no va a ocurrir nunca. Mira... no te lo puedo agradecer, porque... tanto como amo a Bella y mi vida y el lugar dónde me

encuentro ahora, todavía sigo regresando allí. No puedo evitarlo. Todavía lo vivo todos los días.

—Pero...

—No, déjame terminar. Todo esto de las drogas contigo... Mira, no me has fallado. Porque no puedes fallar en lo imposible.

Phury sintió una cálida lágrima cayéndole del ojo.

—Sólo quiero solucionar las cosas.

—Lo sé. Pero las cosas nunca han estado bien y nunca lo estarán, y tú no tienes que matarte por eso. A lo máximo que llegaré es a donde estoy.

No había promesa de alegría en la expresión de Z. Ningún potencial para la felicidad. La falta de manía homicida era una mejora, pero la ausencia de toda alegría razonable por el hecho de estar vivo tampoco era motivo de celebración.

—Creí que Bella te había salvado.

—Ha hecho mucho. Pero ahora mismo, tal y como va el embarazo...

No tuvo que terminar. No había palabras adecuadas para describir los crueles «¿y si?». Y Phury notó que Z se había hecho a la idea que iba a perderla. Había decidido que el amor de su vida iba a morir.

No era de extrañarse que no quisiera andar prodigando agradecimientos por haber sido rescatado.

Z continuó.

—No mantuve el cráneo del Ama conmigo todos estos años por algún tipo de fijación enfermiza. Lo necesitaba para cuando tenía pesadillas en las cuales ella volvía a buscarme. Verás, me despertaba, y lo primero que hacía era comprobar y asegurarme de que aún estaba muerta.

—Eso puedo entenderlo...

—¿Quieres saber lo que he estado haciendo desde hace un mes o dos?

—Sí...

—Me despierto con un ataque de pánico porque no sé si todavía estarás vivo. —Z sacudió la cabeza—. Verás, puedo extender la mano a través de las sábanas buscando a Bella y sentir su cálido cuerpo. Pero tú, no puedo hacer eso contigo... y creo que mi

subconsciente se ha hecho a la idea de que probablemente vosotros dos no vais a estar aquí dentro de un año.

—Lo siento... mierda... —Phury se llevó las manos a la cara—. Lo siento.

—Creo que deberías marcharte. Como, al Santuario. Vas a estar más seguro allí. Si te quedas aquí, ni siquiera lograrás durar un año. Debes marcharte.

—No sé si eso es necesario...

—Déjame ser un poco más claro. Tuvimos una reunión.

Phury bajó las manos.

—¿Qué clase de reunión?

—Del tipo de puerta cerrada. Yo, Wrath y la Hermandad. De la única forma en que puedes quedarte aquí es si dejas de consumir y te conviertes en amigo de Bill W. Y nadie cree que vayas a hacer eso.

Phury frunció el ceño.

—No sabía que había reuniones de vampiros Drogadictos Anónimos.

—No hay, pero las hay humanas por la noche. Lo busqué en la Web. Pero eso no tiene importancia, ¿verdad? Porque aunque dijeras que vas a ir, nadie te creería, y no creo... no creo que tú pienses que puedes, tampoco.

Eso era difícil de discutir, considerando lo que había traído a la casa y se había metido en el brazo.

Cuando Phury pensó en dejarlo, comenzaron a sudarle las palmas de las manos.

—Le dijiste a Rehv que ya no me vendiera humo rojo, ¿verdad? —Era por eso que Xhex había ido tras de él la última vez que había ido a comprar.

—Sí, lo hice. Y sé que no fue él quien te vendió la H. Había un águila en el paquete. Él marca los suyos con una estrella roja.

—Si me voy al Santuario, ¿cómo sabes que no seguiré consumiendo?

—No lo sé. —Z se levantó—. Pero no tendré que verlo. Ni tampoco el resto de nosotros.

—Estás tan malditamente tranquilo —murmuró Phury, como si se le acabara de ocurrir.

—Te he visto muerto junto a un lavabo, y he pasado las últimas ocho horas cuidándote y preguntándome cómo coño hacer para revertir esto. Estoy exhausto y con los

nervios aniquilados, y si tú no lo remedias, nosotros nos lavamos las manos con respecto a ti.

Zsadist se dio la vuelta y fue lentamente hacia la puerta.

—Zsadist. —Z se detuvo, pero no se volvió—. No voy a darte las gracias por esto. Así que me imagino que estamos en paz.

—Es justo.

Cuando la puerta se cerró, Phury tuvo un extraño pensamiento disociado, que considerando todo lo que se acababa de decir, era discutiblemente inapropiado.

Si Zsadist ya no volvía a cantar nunca más, el mundo había perdido un tesoro.

## Capítulo 45



En el otro extremo del Complejo de la Hermandad, aproximadamente a doce metros bajo tierra, John estaba sentado en el escritorio de la oficina del centro de entrenamiento y miraba fijamente el ordenador que estaba delante de él. Se sentía como si debiera estar haciendo algo para ganarse su dinero, pero con las clases interrumpidas indefinidamente no había mucho que hacer.

Le gustaba el papeleo, por eso disfrutaba con su trabajo. Habitualmente pasaba el tiempo registrando calificaciones, actualizando archivos con informes de lesiones durante el entrenamiento, y manteniendo al día el progreso de los currículos. Era agradable poner en orden todo el caos, para que todo estuviera donde le correspondía.

Miró su reloj. Blay y Qhuinn estaban haciendo ejercicio en la sala de pesas y estarían allí al menos media hora más, como mínimo.

Qué hacer... qué hacer...

En un impulso fortuito, exploró el directorio del ordenador y encontró una carpeta etiquetada *Informes de Incidentes*. Al abrirla, escogió la que Phury había archivado sobre el ataque a la casa de Lash.

*Cristo... Jesús.* Los cadáveres de sus padres habían sido sentados alrededor de la mesa del comedor, trasladados allí desde la salita en la cual habían sido asesinados. A excepción de un cajón en las habitaciones de Lash todo lo demás había sido dejado intacto, y Phury había puesto una nota al margen: *¿Efectos personales? Pero, ¿Cuánto podría valer para que dejaran toda las demás alhajas en su lugar?*

John miró los otros informes de las casas que habían sido atacadas. La de Qhuinn. La de Blay. Y la de otros tres compañeros de clase. Cinco de otros aristócratas. Total de muertes: veintinueve, incluyendo *doggens*. Y el saqueo había sido extenso.

Evidentemente era la sucesión de asaltos más exitosa desde el saqueo a la propiedad de la familia de Wrath acontecido en el Antiguo País.

John intentó imaginar la tortura a la que se habría visto sometido Lash para que todas esas direcciones salieran de su boca. Había sido una mierda de persona, pero no había profesado amor por los restrictores.

Torturado. Tenía que estar muerto.

Sin ningún motivo en particular John entró al archivo del tipo que había en el ordenador. Phury, o alguien, ya había rellenado el certificado de defunción. *Nombre: Lash, hijo de Ibix, hijo de Ibixes, hijo de Thornsrae. Fecha de nacimiento: Marzo 3 de 1983. Fecha de muerte: aprox. Agosto de 2008. Edad al morir: 25. Causa del fallecimiento: Sin confirmar; presumiblemente tortura. Ubicación del cuerpo: Desconocida, se presume que la Sociedad Restrictiva fue la culpable. Restos entregados a: N/D.*

El resto del archivo era extenso. Lash había tenido muchos problemas disciplinarios, no sólo en el programa de entrenamiento, sino también en las reuniones de la *glymera*. Era una sorpresa ver éstos incluidos en el registro, dado que la aristocracia mantenía ocultas sus imperfecciones, pero en definitiva, la Hermandad exigía la divulgación completa de los antecedentes de los reclutas antes de aceptarlos en el programa.

El certificado de nacimiento del sujeto también había sido escaneado: *Nombre: Lash, hijo de Ibix, hijo de Ibixes, hijo de Thornsrae. Fecha de nacimiento: Marzo 3 de 1983, 1:14 a.m. Madre: Rayelle, hija de sangre del soldado Nellshon. Certificado de nacimiento firmado por: Havers, hijo de Havers, MD. Dado de alta: Marzo 3 de 1983.*

Resultaba tan raro que el tipo hubiese desaparecido.

Sonó el teléfono, haciéndolo saltar. Cuando John levantó el auricular, silbó, y la voz de V dijo:

— En diez minutos. Estudio de Wrath. Nos reunimos. Vosotros tres, estad allí.

Y la línea quedó muerta.

Después de pronunciar unos cuantos «Oh Dios Mío», John fue hacia la sala de pesas y les avisó a Qhuinn y a Blay. Ambos hicieron exactamente la misma pausa tipo *¡Guau!*, y luego todos salieron corriendo hacia el estudio de Wrath, aún cuando sus amigos todavía seguían vestidos con sus sudaderas de entrenamiento.

En la planta alta, en la habitación decorada en azul pálido del Rey, estaba reunida toda la Hermandad, llenando la habitación de tal forma que todo lo refinado y decoroso

del lugar fue subyugado: Cerca de la repisa de la chimenea, Rhage estaba desenvolviendo un Tootsie Pop, que a juzgar por la envoltura color púrpura, era de uva. Vishous y Butch estaban ambos sentados en un sofá antiguo, haciéndote temer por la integridad de sus patas delgadas. Wrath estaba detrás de su escritorio. Z estaba en la esquina más alejada, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando directamente al frente, los ojos clavados en el centro de la habitación.

John cerró la puerta y se quedó donde estaba. Qhuinn y Blay siguieron su ejemplo, y los tres permanecieron cerca de la puerta, apenas dentro de la habitación.

— Esto es lo que tenemos — dijo Wrath, poniendo las shitkickers encima del escritorio cubierto de papeles —. Las cabezas de cinco de las familias fundadoras están muertas. La mayoría de lo que queda de la *glymera* está esparcida en el litoral oriental y en refugios. Por fin. El total de pérdidas en vidas se encuentra en los veintitantos, casi llegando a los treinta. A pesar de que ha habido una o dos masacres a lo largo de nuestra historia, este ha sido un golpe de gravedad sin precedentes.

— Debieron haberse trasladado más rápidamente — murmuró V —. Los condenados tontos no nos escucharon.

— Cierto, pero realmente ¿acaso esperábamos que se comportaran de otra forma? Así que esto es lo que tenemos. Debemos esperar alguna clase de respuesta negativa de parte del Consejo de *Princeps* en forma de proclama en mi contra. Mi suposición es que van a intentar organizar una guerra civil. Concedido, mientras yo respire nadie más puede ser proclamado Rey, pero podrían dificultarme condenadamente las cosas en cuanto a gobernar convenientemente y mantener la unión. — Cuando los Hermanos comenzaron a mascullar todo tipo de obscenidades, Wrath puso la mano en alto para detener el parloteo —. Las buenas noticias son que tienen muchos problemas de organización lo cual nos dará algo de tiempo. Los estatutos del Consejo de *Princeps* dicen que éste debe estar establecido físicamente en Caldwell y debe convocar sus reuniones aquí. Crearon la regla hace un par de siglos para asegurarse que la base de poder no se trasladara a otra parte. Como ninguno de ellos está en la ciudad y el «hola-conferencia-telefónica» no existía en 1790 cuando hicieron el bosquejo de los actuales estatutos, no pueden convocar una reunión para cambiar sus estatutos ni para elegir un nuevo *leahdyre* hasta que arrastren sus culos



hasta aquí, por lo menos durante una noche. Debido a las muertes, eso podría tardar un tiempo, pero estamos hablando de semanas no de meses.

Rhage le pegó un mordisco a su Tootsie Pop, y el crujido rebotó por todas las paredes de la habitación.

— ¿Tenemos una idea aproximada de lo que todavía no ha sido atacado?

Wrath señaló hacia el borde más alejado de su escritorio.

— Hice copias para todos.

Rhage fue hasta allí, recogió la pila de papeles y los fue repartiendo entre los demás... incluyendo a Qhuinn, a John y a Blay.

John miró las columnas. En la primera había un nombre. En la segunda una dirección. La tercera era una estimación del número de personas y de *doggens* que había en la casa. La cuarta, un valor estimativo de lo que había en la casa basado en la nómina de los impuestos. En la última se establecía si la familia había abandonado o no la casa y si la habían saqueado o no y en caso afirmativo cuánto se habían llevado.

— Quiero que os dividáis la lista de los que aún no hemos tenido noticias —dijo Wrath—. Si todavía hay alguien en las casas, quiero que los saquéis, aunque tengáis que arrastrarlos de los pelos. John, tú y Qhuinn iréis con Z. Blay, tú irás con Rhage. ¿Alguna pregunta?

Sin ninguna razón aparente John se encontró mirando la fea silla color aguacate que estaba detrás del escritorio de Wrath. Era la de Tohr.

O lo había sido.

Le habría gustado que Tohr lo viera con la lista en la mano, preparado para salir a defender a su raza.

— Bien —dijo Wrath—. Ahora salid de una puta vez de aquí y haced lo que necesito que hagáis.

En el Otro Lado, en el Templo de las Escribas Recluidas, Cormia enrolló el pergamino en el que había estado bosquejando casas y edificios y lo puso en el suelo a un lado de su taburete. No tenía idea de qué hacer con la cosa. ¿Quizá podía quemarlo? En el Santuario no existían papeleras.

Cuando movió un cuenco de cristal lleno de agua de la fuente de la Virgen Escriba que tenía delante, pensó en los que Fritz solía llevarle con guisantes dentro. Ya echaba de menos su pasatiempo. Echaba de menos al mayordomo. Echaba de menos...

*Al Primale.*

Rodeando el cuenco con las manos, empezó a frotar el cristal, creando olas en la superficie del agua que reflejaban la luz de las velas. El calor de sus manos y el sutil movimiento creó un efecto de remolino, y de entre las apacibles olas, le llegó la visión de quién ella quería ver exactamente. Una vez que apareció la imagen, dejó de agitar el agua y la superficie se aquietó para que pudiera mirar y describir lo que veía.

Era el *Primale* y estaba vestido de la misma manera que la noche en que la había encontrado en lo alto de las escaleras y la había mirado como si no la hubiera visto durante una semana. Pero no estaba en la mansión de la Hermandad. Estaba corriendo por un pasillo que estaba marcado con rastros de sangre y negras huellas de tacos. Por todas partes había cuerpos desparramados en el suelo, eran los cadáveres de vampiros que habían estado vivos tan sólo unos momentos antes.

Vio como el *Primale* reunía a un pequeño grupo de machos y hembras aterrorizados y los metía en un armario de suministros. Vio su rostro mientras les encerraba dentro, y en sus rasgos vislumbró el miedo, la tristeza y la ira.

Había luchado para salvarlos, para encontrar una vía de escape hacia la seguridad, para cuidar de ellos.

Cuando la visión se enturbió, tomó el cuenco una vez más. Ahora que había visto lo que había ocurrido, pudo volver a convocarla, y miró una vez más sus acciones. Y luego otra vez.

Era como la película que había visto en el Otro Lado, sólo que esto era real, eran eventos que habían ocurrido en el pasado y no una construcción ficticia del presente.

Y entonces vio otras cosas, escenas relacionadas con el *Primale*, la Hermandad y la raza. Oh, el horror de las matanzas, de esos cuerpos muertos en casas lujosas... los cadáveres eran demasiado numerosos como para que ella pudiera contarlos. Uno por uno, vio los rostros de aquellos que habían sido asesinados por los restrictores. Luego vio a los Hermanos luchando, eran tan pocos que se veían obligados a involucrar en la guerra a John, Blay y Qhuinn demasiado pronto.

*Si esto continúa, pensó, los restrictores podrían ganar...*

Frunció el ceño y se inclinó para acercarse más al cuenco.

En la superficie del agua, vio un restrictor rubio, lo cual no era extraño... pero este tenía colmillos.

Golpearon a la puerta, y como saltó al asustarse, la imagen desapareció.

Se oyó una voz amortiguada desde el otro lado de la puerta del templo.

— ¿Mi hermana?

Era Selenia, la anterior escriba recluida.

— Mis saludos — Gritó Cormia.

— Traje tu comida, mi hermana — dijo la Elegida. Se escuchó un sonido que indicaba que la bandeja se había deslizado por la trampilla de la puerta—. Espero que sea de tu agrado.

— Gracias.

— ¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

— No. Gracias.

— Regresaré por la bandeja. — La excitación en la voz de la Elegida la elevó casi una octava—. Después de su llegada.

Cormia inclinó la cabeza, y entonces recordó que su hermana no podía verla.

— Como desees.

La Elegida se marchó, sin duda, para prepararse para el *Primale*.

Cormia se apoyó de vuelta sobre el escritorio y miró el cuenco, pero no en su interior. Era muy frágil y muy fino, salvo su base, que era pesada y sólida. El borde del cristal era afilado como un cuchillo.

No supo cuanto tiempo permaneció así. Pero finalmente salió de su entumecido trance y forzó las palmas de sus manos de regreso al cuenco.

No le sorprendió que el *Primale* saliera de nuevo a la superficie...

Le *horrorizó*.

Yacía inconsciente sobre un suelo de mármol, cerca de un inodoro. Cuando estaba a punto de brincar para hacer sólo la Virgen sabía qué, la imagen cambió. Y él estaba en la cama, en una cama de color lavanda.

Volviendo la cabeza, miró directamente hacia fuera del agua, hacia ella y dijo:

— ¿Cormia?

Oh, queridísima, Virgen Escriba, ese sonido casi la hace llorar.

— ¿Cormia?

Ella se puso rápidamente de pie. El *Primale* estaba en la puerta del Templo, vestido de blanco, luciendo el medallón de su rango alrededor del cuello.

— Verdaderamente... —No pudo decir nada más. Quería correr, poner los brazos a su alrededor y abrazarlo con fuerza. Lo había visto muerto. Lo había visto...

— ¿Por qué estás aquí? —preguntó, mientras echaba un vistazo en torno a la austera habitación—. Absolutamente sola.

— Estoy recluida. —Se aclaró la garganta—. Como te dije que lo estaría.

— Entonces, ¿se supone que yo no debería estar aquí?

— Eres el *Primale*. Puedes estar en cualquier parte.

Mientras él daba una vuelta por la habitación, ella quiso formularle muchas preguntas, ninguna de las cuales, tenía derecho a preguntar.

Él la miró.

— ¿A nadie más se le permite entrar aquí?

— No a menos que una de mis hermanas se me una como escriba recluida. Aunque la Directrix puede entrar si le concedo una licencia.

— ¿Por qué es necesaria la reclusión?

— Porque además de registrar la historia general de la raza, nosotras... yo veo las cosas que la Virgen Escriba desea mantener en... privado. —Cuando el *Primale* entrecerró los ojos amarillos, enseguida supo lo que estaba pensando—. Sí, vi lo que hiciste. En ese baño.

La maldición que él lanzó hizo eco en el techo blanco.

— ¿Estás bien? —le preguntó.

— Sí, estoy bien. —Cruzó los brazos encima del pecho—. ¿Vas a estar bien aquí? ¿Sola?

— Estaré bien.

La miró fijamente. Larga y concienzudamente. La aflicción era visible en su rostro, en sus profundas arrugas de dolor y pesar.

—No me hiciste daño —dijo—. Cuando estuvimos juntos, no me lastimaste. Sé que piensas que lo hiciste, pero no es así.

—Desearía... que las cosas fueran diferentes.

Cormia rió tristemente y en un impulso murmuró:

—Eres el *Primale*. Cámbialas.

—¿Su Gracia? —La Directrix apareció en la puerta, parecía confundida—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Vine a ver a Cormia.

—Oh, pero... —Amalya pareció agitarse, como si hubiera recordado que el *Primale* podía ir a donde quisiera y ver a quién quisiera, y que *reclusión* era un término restrictivo para todos menos para él—. Pero por supuesto, Su Gracia. Ah... la Elegida Layla está preparada para usted y en su templo.

Cormia miró hacia abajo, al cuenco que estaba frente a ella. Como los ciclos de fertilidad de las Elegidas en este lado eran muy cortos, era muy probable que Layla estuviera atravesando un período de fertilidad en ese momento o estuviera a punto de entrar en él. No le cabía duda que la palabra embarazo, sería registrada muy pronto.

—Es hora de que te marches —dijo, levantando la vista hacia el *Primale*.

Él la perforó con la mirada, literalmente.

—Cormia...

—¿Su Gracia? —interrumpió la Directrix.

Con un tono de voz inflexible, le dijo sobre su hombro:

—Iré cuando me dé la gana y esté condenadamente listo.

—Oh, por favor, perdóneme, Su Gracia, no tuve intención de...

—Está bien —dijo con cansancio—. Sólo dile... que en un momento estaré allí.

La Directrix hizo una precipitada reverencia y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Los ojos del *Primale* se centraron nuevamente en Cormia, inmovilizándola. Y luego atravesó la habitación con una expresión grave en el rostro.

Cuando se puso de rodillas frente a ella, se sobresaltó.

—Su Gracia, no deberías...

—Phury. Llámame Phury. Nunca debes decirme «Su Gracia» ni «Primale». A partir de este mismo momento, no quiero escuchar nada salvo mi nombre real viniendo de tus labios.

—Pero...

—Sin peros.

Cormia sacudió la cabeza.

—Está bien, pero no debes ponerte de rodillas. Jamás.

—Frente a ti, sólo debería estar de rodillas. —Le puso las manos suavemente sobre los brazos—. Frente a ti... siempre debería inclinarme. —Miró su rostro y su cabello—. Mira, Cormia, hay algo que debes saber.

Cuando bajó la vista y lo miró, sus ojos le parecieron la cosa más asombrosa que había visto en toda su vida, hipnóticos, del color de los citrinos a la luz del fuego.

—¿Sí?

—Te amo.

Se le detuvo el corazón.

—¿Qué?

—Te amo. —Sacudió la cabeza y se dejó caer hacia atrás sentándose con las piernas cruzadas—. Oh, Jesús... he hecho un desastre con todo. Pero te amo. Quería que lo supieras porque... bueno, mierda, porque es importante, y porque eso significa que no puedo estar con las demás Elegidas. No puedo estar con ellas, Cormia. Es contigo o con nadie.

Su corazón cantó. Por una fracción de segundo, su corazón voló en su pecho, elevándose sobre ráfagas de alegría. Esto era lo que había deseado, este compromiso, esta realidad...

Su brillante felicidad se apagó tan rápidamente como se había encendido.

Pensó en las imágenes de los caídos, de los torturados, de los que habían sido cruelmente asesinados. Y en el hecho de que ¿Cuántos Hermanos guerreros quedaban? Cuatro. Solamente cuatro.

En siglos anteriores su número ascendía a veinte o a treinta.

Cormia miró el cuenco que tenía delante y después la pluma que había utilizado. Existía una posibilidad muy real que en algún punto, en un futuro no muy distante, ya no hubiera historia que escribir.

—Debes ir a ella, con Layla —dijo con un tono de voz tan plano como el pergamino en el que escribiría—. Y también debes ir con ellas.

—¿No escuchaste lo que te dije?

—Sí. Lo hice. Pero esto es más importante que tú y que yo. —Se puso de pie, porque si no se movía iba a volverse loca—. Ya no soy una Elegida, no en mi corazón. Pero he visto lo que está pasando. Si seguimos así la raza no sobrevivirá.

El *Primale* se frotó los ojos con una mueca.

—Te deseo a ti.

—Lo sé.

—Si estoy con las demás, ¿podrás soportarlo? Porque yo no estoy seguro de poder hacerlo.

—Me temo que... no puedo. Es por eso que elegí hacer esto. —Extendió la mano e hizo un gesto abarcando la habitación—. Aquí puedo tener paz.

—No obstante, puedo venir a verte. ¿Verdad?

—Eres el *Primale*. Puedes hacer cualquier cosa. —Se detuvo cerca de una de las velas. Mirando fijamente la llama, le preguntó—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Convertirme en *Primale*? Yo...

—No. La droga. En el baño. Casi mueres. —Como no obtuvo ninguna respuesta, se dio la vuelta para mirarlo—. Quiero saber por qué.

Hubo un largo silencio. Y luego le dijo:

—Soy un adicto.

—¿Un adicto?

—Sí, soy la prueba viviente de que puedes provenir de la aristocracia, tener dinero y una buena posición, y aún así convertirme en un drogadicto. —Sus ojos amarillos estaban brutalmente serenos—. Y la verdad es que me gustaría ser un macho de valor y decirte que puedo dejarlo, pero sinceramente no lo sé. Me he hecho promesas a mí mismo y a los demás anteriormente. Mis palabras... ya no son de valor para nadie, ni siquiera para mí mismo.

Su palabra...

Pensó en Layla que estaba esperando, las Elegidas esperando, toda la raza esperando. Esperándole a él.

—Phury... mi queridísimo y adorado Phury, cumple una de tus promesas, ahora. Ve y toma a Layla y únete a nosotras. Danos una historia para escribir, para vivir y prosperar. Conviértete en la fuerza de la raza, como debe ser. —Cuando él abrió la boca, ella levantó la mano para detenerlo—. Sabes que es lo correcto. Sabes que tengo razón.

Después de un momento lleno de tensión Phury se puso de pie. Estaba pálido y tembloroso cuando se enderezó el atuendo.

—Quiero que sepas... que aunque esté con alguien más, serás tú la que estará en mi corazón.

Ella cerró los ojos. Toda su vida le habían inculcado que debía compartir, pero dejarlo ir con otra hembra era como tirar algo muypreciado al suelo y pisotearlo hasta convertirlo en polvo.

—Vete en paz —dijo suavemente—. Y regresa del mismo modo. Porque aunque no pueda estar contigo, nunca rechazaré tu compañía.

Phury subió la cuesta que conducía hacia el Templo del *Primale* como si tuviera el pie envuelto en cadenas. Cadenas y alambre de púas.

Dios, junto con ese sentimiento de agobio, su pie real y su tobillo le ardían como si le hubiera metido en un cubo de ácido de batería. Nunca se imaginó que podía alegrarse de haber perdido parte de su pierna, pero así era, ya que por lo menos no tenía que sentir esa mierda en estéreo.

Las puertas dobles del Templo del *Primale* estaban cerradas, y cuando abrió una hoja, percibió el olor de las hierbas y las flores. Entró y permaneció de pie en el vestíbulo, podía percibir que Layla estaba en la habitación principal. Sabía que estaría en la misma posición en la que había encontrado a Cormia aquella primera vez: Acostada en la cama con rollos de tela blanca cayendo desde el techo y acumulándose en su garganta para que solo su cuerpo fuera visible.



Miró fijamente los peldaños de mármol blanco que conducían a la gran extensión de sábanas que tendría que apartar para llegar hasta Layla. Había tres escalones, tres escalones hacia arriba y entonces estaría en la habitación abierta.

Phury se dio la vuelta y se sentó en los escalones poco profundos.

Sentía la cabeza rara, probablemente porque no había fumado un porro en doce horas. Rara... e increíblemente clara. Cristo, estaba verdaderamente lúcido. Y el producto derivado de esa claridad era una nueva voz en su mente que le hablaba. Una voz completamente nueva y diferente que no era la del hechicero.

Era... su propia voz. Hablando por primera vez en tanto tiempo, que casi no la reconoció.

*Esto está mal.*

Hizo una mueca de dolor y se frotó la pantorrilla que aún le quedaba. La quemazón parecía estar extendiéndose desde su tobillo hacia arriba, pero por lo menos cuando lo masajeó, el músculo se sintió un poco mejor.

*Esto está mal.*

Era difícil estar en desacuerdo consigo mismo. Toda su vida había vivido para los demás. Para su gemelo. Para la Hermandad. Para la raza. Y esta cosa del *Primale* estaba directamente relacionada con esa forma de actuar. Había pasado su vida entera intentando ser un héroe, y ahora no sólo se estaba sacrificando a sí mismo, sino que también estaba sacrificando a Cormia.

Pensó en ella metida en esa habitación, sola con sus cuencos, sus plumas y sus pergaminos. Luego la imaginó contra su cuerpo, cálida y viva.

*No, le dijo su voz interior. No voy a hacer esto.*

—No voy a hacer esto —dijo en voz alta, frotándose ambos muslos.

—¿Su Gracia? —La voz de Layla vino desde el otro lado de las colgaduras.

Estaba a punto de contestarle, cuando súbitamente, una ardiente sensación recorrió todo su cuerpo, apoderándose de él, comiéndoselo vivo, consumiendo cada centímetro viviente de él. Con los brazos temblorosos, extendió la mano para no caerse hacia atrás mientras se le formaba un nudo en el estómago.

Un sonido estrangulado burbujeó en su garganta, y entonces tuvo que esforzarse para poder respirar.

—¿Su Gracia? —La voz de Layla sonaba angustiada... y cada vez más cercana.

Pero no pudo contestarle. Repentinamente, todo su cuerpo se convirtió en un globo de nieve de cristal, sentía que su interior estaba completamente sacudido y chispeando de dolor.

Que demon...

*El síndrome de abstinencia*, pensó. Era el maldito síndrome de abstinencia, porque por primera vez en, digamos, doscientos años su sistema estaba libre de humo rojo.

Sabía que tenía dos opciones: Desaparecerse hacia el Otro Lado, encontrar a un distribuidor que no fuera Rehvenge, y seguir con el cable de la adicción conectado a su enchufe actual. O morder la jodida bala.

Y terminar con ello.

El hechicero parpadeó dentro de su ojo mental, el espectro estaba de pie en la vanguardia de su tierra baldía.

*Ah, compañero, no puedes hacerlo. Sabes que no puedes hacerlo. ¿Para qué intentarlo?*

Phury se tomó un momento haciendo arcadas. Mierda, se sentía como si fuera a morir. Realmente se sentía así.

*Todo lo que tienes que hacer es regresar al mundo y conseguir lo que necesitas. Puedes sentirte mejor simplemente accionando la chispa de un encendedor. Eso es todo. No puedes hacer que esto desaparezca.*

Los temblores eran tan fuertes que los dientes de Phury comenzaron a entrechocarse como los cubos de hielo en un vaso.

*Puedes parar esto. Todo lo que necesitas es encender uno.*

—Ya me mentiste una vez. Dijiste que podía desembarazarme de ti y aún sigues aquí.

*Ah, compañero, ¿y qué es una pequeña mentirijilla entre amigos?*

Phury pensó en lo que había ocurrido en el baño de la habitación lavanda y lo que había hecho allí.

—Lo es todo.

Cuando el hechicero empezó a cabrear y el cuerpo de Phury se estremeció ferozmente como leche batida, extendió sus piernas, se tendió sobre el mármol fresco del vestíbulo y se preparó para no ir a ninguna parte en un montón de tiempo.

—Mierda —dijo mientras se entregaba al síndrome de abstinencia—. Esto va a apestar.

## Capítulo 46



Al acercarse a una moderna casa de techos bajos, John y Qhuinn iban un par de metros detrás de Zsadist. El lugar era el número seis en la lista de propiedades que todavía no habían sido atacadas y se detuvieron entre las sombras que arrojaban un par de árboles que estaban al borde del jardín.

Estando allí, a John se le puso la piel de gallina. Con su impecable elegancia, la casa era demasiado parecida a la que había tenido durante el corto tiempo que vivió con Tohr y Wellsie.

Zsadist miró sobre su hombro.

— ¿Quieres quedarte aquí John?

Cuando John asintió, el Hermano dijo:

— Me lo supuse. También a mi me da escalofríos. Qhuinn quédate con él.

Zsadist atravesó la oscuridad a zancadas, revisando ventanas y puertas. Cuando desapareció en la parte trasera de la casa, Qhuinn le miró.

— ¿Por qué te altera este lugar?

John se encogió de hombros.

— *Es sólo que solía vivir en un lugar como este.*

— Guau, cuando eras humano vivías bien.

— *Fue después de eso.*

— Oh, quieres decir con... entendido.

Dios, la casa debió haber sido construida por la misma constructora, porque la fachada y la disposición de las habitaciones era básicamente la misma. Mientras miraba las ventanas, recordó su dormitorio. Había sido de color azul marino de líneas modernas y con una puerta corrediza de vidrio. Al principio, cuando acababa de llegar, el armario había estado vacío, pero se había ido llenando con la única ropa nueva que había tenido.

Los recuerdos regresaron, recuerdos de la cena que había tenido la noche que Tohr y Wellsie lo habían acogido. Comida mexicana. Ella había cocinado comida mexicana y la

había servido en la mesa, fuentes llenas de enchiladas y quesadillas. En ese entonces, cuando era un *pretrans*, su estómago era muy delicado, y podía recordar lo mortificado que se había sentido porque lo único que podía hacer era jugar con la comida en el plato.

Sin embargo, Wellsie había puesto un cuenco de arroz blanco con salsa de jengibre delante de él.

Cuando finalmente ella se sentó en su lugar, John se había puesto a llorar, simplemente había inclinado su frágil cuerpo sobre sí mismo y había llorado por su bondad. Después de haberse pasado toda la vida sintiendo que era diferente a los demás, de repente aparecía de la nada alguien que sabía lo que él necesitaba y además se preocupaba lo suficiente como para dárselo.

Eso es lo que hacen los padres, ¿verdad? Te conocen mejor de lo que te conoces tú mismo, y se encargan de cuidarte cuando no puedes hacerlo por ti mismo.

Zsadist regresó y se acercó a ellos.

— Está vacía y no ha sido saqueada. ¿Cuál es la siguiente casa?

Qhuinn miró la lista.

— Cuatro veinticinco, de la calleja Oriental...

El teléfono de Z sonó emitiendo un suave repique. Cuando vio el número frunció el ceño, y luego se puso la cosa en la oreja.

— ¿Qué pasó, Rehv?

John volvió a dirigir los ojos hacia la casa, pero tuvo que volver a mirar a Z cuando el Hermano dijo:

— ¿Qué? ¿Me estás jodiendo? ¿Qué apareció dónde? —Hubo una larga pausa—. ¿Estás hablando en serio? ¿Estás seguro? ¿Estás cien por cien seguro? —Cuando colgó, Z se quedó mirando el teléfono fijamente—. Tengo que volver a casa. En este mismo instante. Mierda.

¿Qué pasó?, gesticuló John.

— ¿Podéis encargáros de las siguientes tres direcciones? —Cuando John asintió, el Hermano lo miró extrañamente—. Mantén el teléfono cerca, hijo. ¿Me has oído?

Cuando John asintió, Z desapareció.

— Vale, evidentemente, sea lo que sea, no es de nuestra incumbencia. —Qhuinn dobló la lista y la puso en el bolsillo de sus vaqueros—. ¿Nos vamos?

John volvió a mirar la casa.

*Siento lo que le ocurrió a tus padres, dijo por señas después de un momento.*

Qhuinn tardó en responder.

— Gracias.

— *Extraño a los míos.*

— Pensé que eras huérfano.

— *Durante un tiempo no lo fui.*

Hubo un largo silencio. Luego Qhuinn dijo:

— Vamos, John, salgamos de aquí. Debemos ir a la calleja Oriental.

John pensó durante un minuto.

— *¿Te importaría si nos detenemos en otro lugar primero? No está muy lejos.*

— Seguro. ¿Dónde?

— *Quiero ir a la casa de Lash.*

— ¿Por qué?

— *No lo sé. Supongo que quiero ver el lugar donde todo esto empezó. Y quiero revisar su habitación.*

— Pero ¿Cómo vamos a entrar allí?

— *Si las contraventanas todavía tienen el temporizador automático, estarán abiertas, y podremos desmaterializarnos a través del vidrio.*

— Bueno... qué demonios, si allí es a dónde quieres ir, vayamos.

Ambos se desmaterializaron hacia el patio lateral de la casa Tudor. Las contraventanas estaban levantadas por la noche, y en un segundo estuvieron dentro de la sala de estar.

El olor era tan penetrante, que John sintió como si alguien le hubiera metido una fibra metálica dentro de la nariz y hubiera usado la mierda como un bastoncillo de algodón... enterrándolo hasta su lóbulo frontal.

Cubriéndose la boca y la nariz, tosió.

— Joder — dijo Qhuinn, mientras hacía lo mismo.

Ambos miraron hacia abajo. Había sangre sobre la alfombra y el sofá, que al secarse, había dejado manchas de color marrón.

Siguieron los rastros hasta el vestíbulo.

— Oh, Jesús...

John levantó la cabeza. A través de la encantadora arcada que llevaba al comedor podía verse una escena que parecía sacada de una película de Rob Zombie. Los cuerpos de la madre y el padre de Lash, estaban sentados en las que sin duda habían sido sus sillas habituales, de frente a una mesa bellamente dispuesta. Estaban pálidos, el color de su piel era como el del pavimento de la acera, un pálido gris mate, y su elegante ropa estaba salpicada de marrón, al igual que las alfombras.

Había moscas.

— Hombre, esos restrictores están verdaderamente enfermos.

John se tragó la bilis que le había subido a la garganta y se acercó.

— Mierda, ¿realmente necesitas un primer plano de eso, amigo?

Espiando dentro de la habitación, John se obligó a ignorar el horror para poder enfocarse en los detalles. La fuente del pollo asado tenía manchas de sangre en los bordes.

El asesino la había puesto sobre la mesa. Probablemente después de que hubiera acomodado los cuerpos.

— *Subamos al dormitorio de Lash.*

Subir a la planta alta era algo absolutamente espantoso, porque a pesar de estar solos en la casa... no lo estaban realmente. De alguna manera, los muertos que estaban abajo llenaban el aire con algo que se parecía al sonido. Ciertamente su olor siguió a Qhuinn y a John subiendo por el hueco de las escaleras.

— Su guarida está en la tercera planta — dijo Qhuinn cuando llegaron al descansillo de la segunda.

Entraron en la habitación de Lash, y fue algo totalmente intrascendente comparado con el horror del comedor. Cama. Escritorio. Estéreo. Ordenador. Televisión.

Cómoda.

John se acercó y vio el cajón con las huellas de sangre. Estaban demasiado borrosas como para decir si había quedado marcado un patrón de remolino tipo huella dactilar humana. Recogió una camisa al azar y la usó para abrir la cosa, porque eso era lo que hacían en los programas de televisión. En su interior, había más marcas de sangre, demasiado imprecisas como para poder interpretar.

Su corazón dejó de latir y se inclinó un poco más. Había una impresión que estaba particularmente clara, en la esquina de una caja de un reloj Jacob & Co.

Silbó para atraer la atención de Qhuinn.

— *¿Los restrictores dejan huellas digitales?*

— Si entran en contacto con algo, por supuesto que sí.

— *Lo que quiero decir es si dejan huellas, huellas. No espacios en blanco, sino la cosa con líneas.*

— Sí, lo hacen. — Qhuinn se acercó —. *¿Qué estás mirando?*

John señaló la caja. En la esquina había una perfecta impresión de un pulgar... sin ninguna línea perceptible. Como si la hubiera dejado un vampiro.

— *Tú no supones...*

— No. De ninguna manera. Nunca han convertido a un vampiro.

John sacó el teléfono y sacó una foto. Entonces, pensándolo mejor, tomó la caja y la puso dentro de su chaqueta.

— *¿Nos vamos?* — preguntó Qhuinn —. Hazme feliz y di que sí.

*Yo sólo...* — John dudó —. *Necesito pasar un rato más aquí.*

— De acuerdo, pero voy a revisar los dormitorios del segundo piso. No puedo... no me gusta estar aquí.

John asintió cuando Qhuinn se marchó, y también se sintió mal. Jesús, tal vez había sido cruel de su parte hasta pedirle al tipo que viniera aquí.

Sí... era una cagada. Estar en medio de toda la mierda de Lash, lo hacía sentir como si todavía estuviera vivo.

Al otro lado de la ciudad, detrás del volante del Focus, Lash no era un turista feliz. El coche era un pedazo de mierda, realmente. Incluso circulando en el tránsito residencial, esa batidora no aceleraba nada. Por amor de Dios, si iba de cero a treinta, en tres días.

— Necesitamos actualizarnos.

En el asiento del pasajero, el señor D estaba examinando la pistola, los delgados dedos volaban sobre el arma.

— Sí... um, con respecto a eso.



— ¿Qué?

— Creo que vamos a tener que esperar hasta que entre algo de dinero de los saqueos.

— ¿De qué mierda estás hablando?

— Conseguí los estados de cuenta, ya sabes, ¿los del último Restrictor Jefe? ¿El señor X? Estaban en su cabaña. Y allí definitivamente no había ninguna tonelada.

— Define lo que para ti significa «ninguna tonelada».

— Bueno, básicamente, todo ha desaparecido. No sé dónde ni quién. Pero sólo han quedado unos cinco mil dólares.

— ¿Cinco mil? ¿Acaso me estás jodiendo? —Lash dejó que el coche perdiera velocidad. Que era como sacar a un vegetal del soporte vital.

¿Se habían quedado sin dinero? ¿Qué demonios? Era algo así como el Príncipe de la Oscuridad o alguna mierda de esas. ¿Y el valor neto de su ejército era de cinco grandes?

Claro, siempre podía contar con el dinero de su familia muerta, pero por más que fuera mucho, no podía solventar toda una guerra con él.

— Hombre, a la mierda con esto... voy a regresar a mi antigua casa. No voy a seguir conduciendo esta maldita caja de fósforos. —Sí, repentinamente todo el asunto de mami/papi estaba *completamente* superado. Necesitaba un nuevo coche y lo necesitaba ya, y había una belleza de Mercedes estacionada en el garaje de la casa Tudor. Iba a meterse en la maldita cosa e iba a conducirla por todas partes, y no iba a sentirse para nada culpable.

A la mierda con toda su crianza vampira.

Sin embargo, cuando giró a la derecha y se dirigió hacia su vecindario, empezó a sentirse enfermo del estómago. Pero no iba a entrar a la casa, así que no tendría por qué ver los cuerpos, asumiendo que todavía estuvieran donde los había dejado...

Mierda, iba a tener que entrar para buscar las llaves.

*Como sea.* Tenía que crecer de una jodida vez.

Diez minutos más tarde, Lash estacionó frente a los garajes y salió del coche.

— Llévatelo a la granja. Nos encontraremos allí.

— ¿Estás seguro que no quieres que espere?

Lash frunció el ceño y se miró la mano. El anillo que el Omega le había dado la noche anterior se estaba calentando y comenzando a brillar en su dedo.

—Parece ser que su progenitor desea verlo —dijo el señor D, bajándose del asiento del pasajero.

—Sí. —*Mierda*—. ¿Cómo funciona esto?

—Necesitas estar en un lugar privado. Luego permaneces quieto y él vendrá a ti o te llevará hacia donde esté.

Lash miró la casa Tudor y supuso que serviría.

—Te veré en la granja. Y después quiero que me lleves a esa cabaña donde están todos esos archivos.

—Sí, señor. —El señor D se tocó el borde del sombrero de cowboy y se deslizó detrás del volante.

Cuando el Focus se fue jadeando por la entrada para coches, Lash entró por la puerta de la cocina. La casa olía verdaderamente mal, el hedor nauseabundo y dulzón de la muerte y la descomposición parecía casi sólido de tan fuerte que era.

Él había hecho eso, pensó. Él era el responsable de lo que hacía apestar la refinada casa.

Sacó el teléfono para llamar al señor D y pedirle que regresara, pero dudó, y después reparó en el anillo. El oro le estaba quemando a tal punto, que le sorprendió que no se le cayera el dedo.

Su señor. Su *progenitor*.

Los muertos que estaban aquí no eran suyos.

Había hecho lo correcto.

Lash atravesó la puerta del mayordomo y entró al comedor. Mientras el anillo brillaba, miró fijamente a las personas que una vez pensó que eran sus padres. Podías encontrar la verdad entre las mentiras, ¿o no? Durante toda su vida había tenido que disimular su verdadera naturaleza, camuflar el mal que había en su interior. Pequeños fogonazos de su verdadero yo habían salido a la luz, cierto, pero había logrado mantener oculta la esencia que constituía su misma alma.

Ahora era libre.

Mientras miraba fijamente al macho y a la hembra asesinados que tenía delante de él, de súbito dejó de sentir. Era como si estuviera mirando carteles macabros colgados en el

vestíbulo de un cine y su mente les hubiera catalogado según el sentimiento que le provocaban.

Es decir, que no le provocaban ningún tipo de sentimiento.

Tocó la cadena de perro que tenía alrededor del cuello y se sintió estúpido por los tontos sentimientos que le habían impulsado a tomarla. Estuvo tentado de arrancársela, pero no... el animal que le recordaba había sido fuerte, cruel y poderoso.

Así que fue como símbolo, y no por sentimentalismo, que se la dejó alrededor del cuello.

Hombre, la muerte olía muy mal.

Lash entró al vestíbulo y supuso que el suelo de mármol era tan buen lugar como cualquier otro para ver a su verdadero padre. Tomando asiento, flexionó las piernas y se sintió un idiota sentado allí sin hacer nada. Cerró los ojos, no podía esperar para terminar con esto y robar las llaves...

Un zumbido comenzó a tomar el lugar del silencio que había en la casa, el sonido emanaba de ninguna dirección en particular.

Lash abrió los ojos. ¿Vendría su padre? ¿O se lo llevaría a otra parte?

Venida de la nada, una corriente empezó a arremolinarse a su alrededor, deformando su visión. O tal vez combaba lo que había a su alrededor. No obstante, en mitad de la vorágine, él estaba firme como una roca, en posesión de una extraña convicción. El padre nunca le haría daño al hijo. El mal siempre sería el mal, pero el vínculo sanguíneo que compartían él y su progenitor significaba que él era el Omega.

Y aunque sólo fuera por puro interés personal, el Omega no se heriría a sí mismo.

Justo en el momento en que estaba a punto de ser transportado, cuando la vorágine había consumido prácticamente toda su forma corpórea, Lash levantó la vista.

En las escaleras, frente a él, estaba John Matthew.

## Capítulo 47



— Mi hermana — se escuchó el siseo desde el otro lado de la puerta del templo — . *Mi hermana*.

Cormia levantó la vista del pergamino en el cual había estado registrando las escenas que había visto del *Primale* salvando a esos civiles.

— ¿Layla?

— El *Primale* está enfermo. Está llamándote.

Cormia dejó que la pluma cayera de sus manos y salió volando hacia a la puerta. Abriéndola rápidamente, miró el rostro pálido y frenético de su hermana.

— ¿Enfermo?

— Está en cama, temblando de frío. Está verdaderamente mal. Pasó mucho rato antes que me dejara ayudarlo, luego lo arrastré hasta la cama desde el vestíbulo dónde perdió el conocimiento.

Cormia se puso la capucha de su túnica.

— Las demás están...

— Nuestras hermanas están comiendo. Todas están comiendo. Nadie te verá.

Cormia se apresuró a salir del Templo de reclusión, pero la brillante luz del Santuario la encegueció. Tomó la mano de Layla hasta que sus ojos se ajustaron, y entonces ambas corrieron hasta el Templo del *Primale*.

Cormia se deslizó a través de la puerta dorada e hizo a un lado las cortinas.

El *Primale* yacía en la cama con sólo el pantalón de seda de su atuendo del Santuario. Tenía la piel cubierta de un brillo enfermizo y una capa de sudor. Atormentado por los temblores, su enorme cuerpo parecía terriblemente frágil.

— ¿Cormia? — dijo, extendiendo una mano vacilante.

Fue hacia él, y se quitó la capucha.

— Aquí estoy. — Ante el sonido de su voz, se sobreexcitó pero ella le tocó las puntas de los dedos y logró calmarlo.

Buen Dios, estaba ardiendo.

— ¿Qué te sucede? — dijo, sentándose a su lado.

— Yo... cre... cre... o... que... es... la... de... sin... to... xicación.

— ¿Desintoxicación?

— Sin... dro... drogas... n-n-nnno m-más... d-d-d-drogas...

Apenas podía entender lo que estaba diciendo, pero supo de alguna manera que la última cosa que debía hacer era ofrecerle uno de los cigarrillos liados a mano que él siempre fumaba.

— ¿Hay algo que pueda hacer para aliviarte? — Cuando empezó a lamerse los labios resecos, le dijo —. ¿Te gustaría tomar un poco de agua?

— Yo la traeré — dijo Layla, dirigiéndose hacia el baño.

— Gracias, mi hermana. — Cormia la miró por encima del hombro —. ¿Podrías traer toallas también?

— Sí.

Cuando Layla desapareció detrás de una de las cortinas, Phury cerró los ojos y empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, abruptamente su voz comenzó a sonar velada.

— El jardín... el jardín está lleno de cizaña... Oh, Dios, la hiedra... está por todas partes... está cubriendo las estatuas.

Cuando Layla regresó con un cántaro, un cuenco y algunas toallas blancas, Cormia le dijo:

— Gracias. Ahora, por favor, déjanos solos, mi hermana.

Tenía la sensación que las cosas iban a ponerse mucho peor, y que a Phury no le gustaría ser visto por otros en un estado tan lamentable.

Layla hizo una reverencia.

— ¿Qué debo decirles a las Elegidas cuando aparezca en la comida?

— Diles que él está descansado después del apareamiento, y que quiere estar a solas durante un tiempo. Yo lo cuidaré.

— ¿Cuándo debo regresar?

— ¿Falta mucho para que comience el período de sueño?

— Después de las oraciones a Thideh.

—Correcto. Regresa después de que todas se hayan acostado. Si esto persiste... tendré que ir hasta el Otro Lado a buscar a la doctora Jane, y tú tendrás que quedarte con él.

—¿Ir a buscar a quién?

—A una sanadora. Ve. Ahora. Exalta las virtudes de su cuerpo y de su rango. Se enfática al respecto. —Cormia acarició el cabello de Phury hacia atrás—. Cuanto más enfáticamente hables, mejor será para él.

—Como desees. Regresaré.

Cormia esperó hasta que su hermana se marchó, y luego intentó darle algo de beber. Pero estaba demasiado ido como para tomar agua, era incapaz de enfocarse en lo que sostenía contra sus labios. Rindiéndose, mojó una toalla y la presionó contra su rostro.

Los ojos febriles de Phury se abrieron y se aferraron a ella, mientras secaba su frente.

—El jardín... está lleno de cizañas —dijo apremiantemente—. Lleno de cizañas.

—Shhh... —volvió a sumergir la toalla en el cuenco de agua, enfriándola para él—. Todo está bien.

Con un susurro desesperado gimió:

—No, las está cubriendo a todas. Las estatuas... han desaparecido... yo he desaparecido.

El terror que vio en esa mirada amarilla hizo que se le congelara la sangre. Estaba alucinando, evidentemente estaba fuera de sí, pero lo que fuera que estuviera viendo era muy real para él... cada segundo que pasaba se agitaba más, su cuerpo se retorció y se revolvía entre las sábanas blancas.

—La hiedra... Oh, Dios, la hiedra me está alcanzando... está cubriendo mi piel...

—Shhh. —Tal vez no fuera capaz de encargarse de esto sola. Tal vez... pero si su mente era el problema, entonces...

—Phury, escúchame. Si hay hiedra cubriendo las cosas entonces tendremos que deshacernos de ella.

Su forcejeo disminuyó y enfocó un poco los ojos.

—¿Nosotros... lo haremos?

Pensó en los jardineros que había visto en el Otro Lado.

—Sí, vamos a librarnos de ella.

—No... no podemos. Nos ganará... ganará...

Se inclinó, poniéndose directamente frente a su rostro.

—¿Quién lo dice? —Su imperativo tono de voz, pareció llamar su atención—. Ahora dime, ¿dónde deberíamos empezar a podarla?

Cuando comenzó a negar con la cabeza, le sujetó la mandíbula con la mano.

—¿Dónde empezamos?

Parpadeó ante su orden.

—Ah... está peor en las estatuas de las cuatro etapas...

—De acuerdo. Entonces vamos a ir allí primero. —Intentó imaginarse las cuatro etapas... la infancia, la juventud, la madurez y la vejez—. Empezaremos con el niño. ¿Qué herramientas vamos a usar?

El *Primale* cerró los ojos.

—Las tijeras de podar. Usaremos las tijeras de podar.

—¿Y qué deberíamos hacer con esas tijeras?

—La hiedra... la hiedra está creciendo sobre las estatuas. Ya no puedes... ver los rostros. Eso... ahoga a las estatuas. No son libres... no pueden ver... —El *Primale* empezó a llorar—. Oh, Dios. Ya no puedo ver. Nunca he podido ver... más allá de las malas hierbas de ese jardín.

—Quédate conmigo. Escúchame... vamos a cambiar eso. Vamos a cambiar eso juntos. —Cormia tomó su mano y se la llevó a los labios—. Tenemos las tijeras de podar. Juntos vamos a cortar la hiedra. Y vamos a empezar con la estatua del niño. —Se sintió más animada, cuando Phury tomó un profundo aliento, como si estuviera preparándose para realizar un gran trabajo—. Voy a remover la hiedra del rostro del niño y tú vas a cortarla. ¿Puedes verme?

—Sí...

—¿Puedes verte?

—Sí.

—Bueno. Ahora quiero que cortes el segmento de hiedra que estoy sosteniendo. Hazlo. Ahora.

—Sí... lo haré... sí, lo hice.

—Deja lo que cortaste en el suelo a nuestros pies. —Le apartó el cabello del rostro—. Y ahora corta de nuevo... y otra vez...

—Sí.

—Y otra vez.

—Sí.

—Ahora... ¿Puedes ver el rostro de la estatua?

—Sí... sí, puedo ver el rostro del niño... —Una lágrima rodó por su mejilla—. Puedo verlo... puedo ver... verme a mí en él.

En el Otro Lado, en la casa de Lash, John se detuvo en medio de las escaleras y pensó que tal vez el factor espeluznante que reinaba en la casa Tudor podía haber provocado que su cerebro entrara en cortocircuito.

Porque era imposible que Lash estuviera abajo, sentado con las piernas cruzadas en el suelo del vestíbulo, con un borroso remolino girando en torno a él.

Mientras el cerebro de John intentaba separar la realidad de lo que era imposible que lo fuera, notó que el aire estaba impregnado del olor dulzón del talco de bebé, haciendo que toda la mierda prácticamente se volviera color de rosa. Dios, no eclipsaba el nauseabundo aroma dulzón de la muerte... sino que realzaba ese desagradable hedor a descomposición. La razón por la cual ese olor siempre lo había hecho sentir náuseas se debía a que era exactamente igual al olor de la muerte.

En ese momento, Lash levantó la mirada. Pareció tan sorprendido como John, pero luego gradualmente comenzó a sonreír.

Desde el remolino en que se encontraba, la voz del tipo flotó y subió por las escaleras, pareciendo venir desde una distancia mucho mayor que la cantidad de metros que había entre ellos.

—Bueno, hola, niño John. —La risa le resultó familiar y extraña al mismo tiempo, tenía un extraño eco.

John empuñó su arma, nivelándola con ambas manos mientras se preparaba para cualquier cosa que estuviera ahí abajo.



—Te veré pronto —dijo Lash mientras se ponía bidimensional, convirtiéndose en un holograma de sí mismo—. Y le daré tus saludos a mi padre.

Su silueta titiló y luego desapareció, tragada por el remolino.

John bajó el arma, y la guardó en la funda. Que era lo que se hacía cuando no había nadie a quien dispararle.

—¿John? —le llegó el sonido de las botas de Qhuinn proveniente del hueco de las escaleras—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—*No lo sé... creí ver a...*

—¿A quién?

—*A Lash. Lo vi justo ahí abajo. Yo... bueno, creo que lo vi.*

—Quédate aquí. —Qhuinn sacó su arma y bajó los escalones, haciendo un barrido del primer piso.

John bajó lentamente hacia el vestíbulo. Había visto a Lash. ¿Verdad?

Qhuinn regresó.

—Todo está en orden. Mira, regresemos a casa. No se te ve muy bien. ¿Comiste hoy? Y hablando de eso, ¿cuándo fue la última vez que dormiste?

—*Yo... no lo sé.*

—Correcto. Nos vamos.

—*Podría jurar...*

—Ahora.

Mientras se desmaterializaban hacia el patio de la mansión, John pensó que quizá su amigo tuviera razón. Tal vez debería comer y...

No llegaron a entrar en la casa. En el momento de su llegada, los integrantes de la Hermandad fueron saliendo por las grandes puertas dobles uno por uno, hasta taparlas. En conjunto, llevaban las suficientes armas como para equipar a un completo regimiento militar.

Wrath los clavó a él y a Qhuinn con una dura mirada a través de las gafas envolventes.

—Vosotros dos. Subid al Escalade con Rhage y Blay. ¿A menos que necesitéis más municiones?

Cuando ambos negaron con la cabeza, el Rey se desmaterializó junto con Vishous, Butch y Zsadist.

Cuando entraron al SUV y Blay ocupó el asiento del acompañante, John preguntó por señas: *¿Qué está sucediendo?*

Rhage pisó el acelerador. Cuando el Escalade rugió, salieron disparados del patio, el Hermano dijo secamente:

— Visita de un viejo amienemigo. La clase de tipo que deseas no volver a ver nunca.

Bueno, ese parecía ser el tema de la tarde.

## Capítulo 48



El sueño... la alucinación... o lo que fuera parecía real. Total y absolutamente real.

De pie en medio del jardín repoblado de hierbas de la casa de su familia en el Antiguo País, bajo una brillante luna llena, Phury extendió la mano hacia el rostro de la estatua de la tercera etapa y arrancó la enredadera de hiedra apartándola de los ojos, la nariz y la boca del macho que tan orgullosamente cargaba a su propio hijo en brazos.

A esa altura, Phury era un curtido profesional del podado, y después de haber obrado la magia de las tijeras, tiró otra maraña de verde a la lona que estaba tendida sobre la tierra a sus pies.

— Allí está —susurró—. Allí... está él...

La estatua tenía el cabello largo igual que él, y un par de ojos profundos iguales a los suyos, pero la felicidad radiante de su rostro no era la suya. Ni el niño que acunaba en sus brazos. Aún, faltaban cosas por liberar mientras Phury seguía arrancando las capas de enredada hiedra que habían crecido excesivamente.

Cuando terminó, el mármol que estaba debajo estaba manchado con las lágrimas verdes dejadas por la muerte de las cizañas, pero la majestuosidad de la figura era innegable.

Un macho en la plenitud de su vida con su hijo en brazos.

Phury miró sobre su hombro.

— ¿Qué piensas?

La voz de Cormia lo rodeaba por todas partes, la escuchaba en estéreo, aunque estaba de pie junto a él.

— Pienso que es hermoso.

Phury le sonrió, viendo en su rostro todo el amor que él sentía por ella en su corazón.

— Uno más.

Ella extendió el brazo abarcando el entorno con la mano.

— Pero mira, parece que la última ya está lista.

Y así era, la última estatua estaba libre; las malas hierbas habían desaparecido, junto con cualquier señal de abandono. El macho ahora era un anciano, estaba sentado con un bastón entre las manos. Su rostro todavía era apuesto, aunque era la sabiduría, y no la flor de la juventud lo que lo hacía lucir así. Y de pie detrás de él, alto y fuerte, estaba el joven que una vez había acunado en sus brazos.

El ciclo estaba completo.

Y las cizañas ya no existían.

Phury volvió a dirigir la vista hacia la tercera etapa. Esa también estaba mágicamente limpia, como lo estaban las estatuas de la juventud y la infancia.

De hecho, el jardín entero había sido compuesto y ahora descansaba bajo la cálida y agradable noche en plena y saludable floración. Los árboles frutales que había cerca de las estatuas estaban cargados de peras y manzanas, y los senderos estaban bordeados con primorosas vallas de boj. Las flores crecían dentro de sus macizos en agraciado desorden, como lo hacían en todos los elegantes jardines ingleses.

Se volvió hacia la casa. Las contraventanas que antes colgaban torcidas de sus bisagras habían sido arregladas y ya no había más agujeros en las tejas del tejado. El estuco se veía liso, ya no presentaba grietas y todos los cristales estaban intactos. La terraza se veía libre de hojas caídas y la tierra, antes llena de pozos donde se juntaba el agua de lluvia, ahora estaba completamente nivelada. Y había macetas con lozanos geranios y petunias que salpicaban todo el lugar de blanco y rojo dispuestas entre las sillas y las mesas de mimbre.

A través de la ventana de la sala, percibió un movimiento... ¿Podía ser? Sí, lo eran.

Su madre. Su padre.

Vislumbró a la pareja, y les había sucedido lo mismo que a las estatuas: Habían renacido. Su madre con sus ojos amarillos, su cabello rubio y su rostro perfecto. Su padre con el cabello oscuro, la mirada clara, y su amable sonrisa.

Eran... increíblemente hermosos para él, su santo grial.

—Ve con ellos —dijo Cormia.

Phury caminó hacia la terraza, con el atuendo blanco limpio, a pesar de todo el trabajo que había hecho. Se acercó a sus padres lentamente, temeroso de desplazar la visión.

— ¿*Mahmen*? — murmuró.

Su madre apoyó la punta de los dedos en su lado del vidrio.

Phury extendió la mano y reflejó la posición exacta de su mano. Cuando su palma se apoyó completamente en el panel, sintió, a través de la ventana, la calidez que ella irradiaba.

Su padre sonrió y articuló algo con la boca.

— ¿Qué? — preguntó Phury.

— *Estamos muy orgullosos de ti... hijo.*

Phury cerró los ojos con fuerza. Era la primera vez que uno de ellos le llamaba así.

La voz de su padre continuó:

— *Puedes irte ahora. A partir de ahora estaremos bien aquí. Lo has arreglado... todo.*

Phury los miró.

— ¿Estáis seguros?

Ambos asintieron. Y entonces la voz de su madre atravesó la claridad del vidrio.

— *Ahora ve y vive, hijo. Ve... vive tu vida, no la nuestra. Estamos bien aquí.*

Phury contuvo la respiración y se quedó mirándolos fijamente a ambos, emborrachándose con su apariencia. Luego se puso la mano sobre el corazón e hizo una reverencia.

Era una despedida. No un adiós definitivo, pero sí un adiós... que te vaya bien. Y tenía el presentimiento de que así sería.

Phury abrió los ojos. Cerniéndose sobre él había una densa nube... no, espera, era un elevado techo de mármol blanco.

Volvió la cabeza. Cormia estaba sentada a su lado, sosteniéndole la mano, en su rostro se veía la misma calidez que sentía en el pecho.

— ¿Te gustaría beber algo? — le preguntó.

— ¿Q...qué?

Extendió la mano y tomó un vaso de la mesa.

— ¿Te gustaría beber?

— Sí, por favor.

— Levanta la cabeza para mí.

Tomó un sorbo tentativo y encontró que el agua era todo menos efímera. No tenía ningún sabor y estaba a la misma temperatura exacta de su boca, pero al tragarla se sentía bien, y antes de que se diera cuenta se había tomado todo el vaso.

— ¿Quieres más?

— Sí, por favor. — Evidentemente esa era toda la extensión de su vocabulario.

Cormia llenó el vaso del cántaro y pensó que el sonido tintineante era agradable.

— Aquí tienes — murmuró ella. Esa vez le sostuvo la cabeza, y mientras bebía, miró fijamente sus encantadores ojos verdes.

Cuando fue a quitarle el vaso de los labios, le agarró suavemente la muñeca. En la Antigua Lengua le dijo:

— *Siempre querría despertarme así, bañándome en tu mirada y en tu aroma.*

Esperaba que ella se apartara. Se agitara. Le hiciera callar. Pero en cambio, murmuró:

— Limpiamos tu jardín.

— Sí...

En ese momento se escuchó un golpe en las puertas dobles del templo.

— Espera un momento antes de responder — dijo ella mirando a su alrededor.

Cormia dejó el vaso y caminó descalza sobre el mármol. Después que se escondiera entre unas cortinas de terciopelo blanco, él se aclaró la garganta:

— ¿Sí? — clamó él.

La voz de la Directrix fue amable y respetuosa.

— ¿Puedo entrar, Su Gracia?

Tiró de la sábana y se cubrió con ella, a pesar de llevar puesto los pantalones, luego verificó que Cormia no fuera visible.

— Sí.

La Directrix apartó la cortina del vestíbulo e hizo una reverencia. Traía una bandeja cubierta en sus manos.

— Le he traído una ofrenda de las Elegidas.

Cuando se enderezó, su rostro resplandeciente le indicó que Layla había mentido, y que lo había hecho bien.

No estaba seguro de que fuera capaz de sentarse, por lo que le hizo señas con la mano.

La Directrix se acercó a la plataforma donde estaba la cama y se arrodilló ante él. Cuando levantó la tapa de oro de la bandeja, dijo:

— De sus compañeras.

Sobre la bandeja, doblado tan precisamente como un mapa, había un echarpe bordado. Hecho de raso y joyas incrustadas, era una obra de arte espectacular.

— Para nuestro macho — dijo la Directrix, inclinando la cabeza.

— Gracias. — *Mierda*.

Tomó el echarpe y lo extendió en sus palmas. *La fuerza de la Raza* estaba escrito con citrinas y diamantes en la Antigua Lengua.

Cuando las piedras preciosas centellearon, pensó que eran como las hembras del Santuario, contenidas herméticamente en sus embalajes de platino.

— Nos ha hecho muy felices — dijo Amalya con la voz temblorosa. Volvió a levantarse e hizo otra reverencia—. ¿Hay algo que podamos hacer para retribuirle esta alegría que nos ha dado?

— No, gracias. Sólo voy a descansar.

Hizo otra reverencia más, y luego se marchó como una apacible brisa, saliendo en un silencio que trágicamente estaba lleno de anticipación.

Ahora pudo sentarse, pero sólo con la ayuda de sus brazos. Al estar en posición vertical, sintió la cabeza como si fuera un globo, ligera y llena de nada, oscilando sobre su columna vertebral.

— ¿Cormia?

Salió de entre las cortinas. Bajó los ojos hasta el echarpe y luego volvió a mirarlo a él.

— ¿Necesitas a la doctora Jane?

— No. No estoy enfermo. Fue a causa de la desintoxicación.

— Eso fue lo que me dijiste. Pero sin embargo no estoy muy segura de lo que eso significa.

— La abstinencia. — Se frotó los brazos, pensando que todavía no había terminado. Sentía ansia en la piel y le ardían los pulmones como si necesitaran aire, aunque lo tuvieran.

Sabía que lo que querían, era humo rojo.

— ¿Hay algún baño por aquí? — preguntó.

—Sí.

—¿Podrías esperarme? No tardaré. Sólo voy a lavarme un poco.

*Pasará toda una vida antes de que vuelvas limpio,* dijo el hechicero.

Phury cerró los ojos, habiendo perdido repentinamente, la fuerza para moverse.

—¿Qué sucede?

*Dile que tu antiguo compañero ha regresado.*

*Dile que tu antiguo compañero nunca se irá.*

*Y luego vayamos al mundo real a buscar lo que liberará a tus pulmones de esa sensación de ahogo y a tu piel de la picazón.*

—¿Qué sucede? —preguntó Cormia de nuevo.

Phury tomó un hondo aliento. En ese momento no estaba seguro de nada, apenas si sabía su propio nombre, y ciertamente no sabía quién era el Presidente de los Estados Unidos. Pero había una cosa de la cual si estaba absolutamente seguro: si volvía a escuchar al hechicero, terminaría muerto.

Phury se concentró en la hembra que estaba frente a él.

—No es nada.

Eso no fue muy apreciado en la tierra baldía. La túnica del hechicero voló hacia arriba cuando fue azotada por un viento que barrió el campo de huesos.

*¡Le estás mintiendo! ¡Yo lo soy todo! ¡Lo soy todo!* La voz del hechicero era estridente y cada vez subía más el tono. *Soy...*

—Nada —dijo Phury débilmente, poniéndose de pie—. Tú no eres nada.

—¿Qué?

Cuando sacudió la cabeza, Cormia extendió la mano y él se afianzó con su ayuda. Juntos, entraron en el baño que tenía la misma disposición que cualquier otro, con la única diferencia de que no tenía ningún logotipo en el retrete. Bueno, eso y que había un arroyo corriendo por la parte trasera de la habitación...el cual conjeturó serviría de bañera.

—Estaré afuera —dijo Cormia, dejándolo a solas.

Después de usar el retrete, entró al torrente con la ayuda de un par de escalones de mármol. El agua se sentía como la que había bebido del vaso, tenía la exacta temperatura de su piel. En un platillo que había en la esquina, encontró una barra de lo que asumió que era jabón, y lo recogió. Era suave, en forma de media luna; acunó la barra en sus palmas y



sumergió las manos en el agua. La espuma que se formó era firme y poco abundante, y olía a siemprevivas. La utilizó sobre el cabello, el rostro y el cuerpo, inhalando profundamente para llevar el aroma del jabón hasta sus pulmones... con la esperanza de que pudiera limpiar los siglos de automedicación que había estado aspirando profundamente.

Cuando terminó, simplemente dejó que el agua corriera sobre su piel aliviando la comezón y el dolor de sus músculos. Cerrando los ojos, aisló al hechicero, lo mejor que pudo, pero era difícil, porque el tipo estaba teniendo una pataleta de proporciones nucleares. En su antigua vida, habría puesto ópera pero ahora no podía... y no sólo porque de este lado Bose no existía. Ese tipo particular de música le recordaba mucho a su gemelo... quien ya no cantaba.

Aún así, el sonido del flujo de agua era encantador, su suave y musical tintineo hacía eco en las piedras lisas, como si el sonido estuviera saltando de una a otra.

No queriendo hacer esperar a Cormia, puso la planta de sus pies en el lecho del arroyo y sacó la parte superior de su cuerpo fuera de la corriente. El agua se deslizó por su pecho bajando por su estómago, como si fueran manos apaciguadoras y levantando los brazos la sintió resbalar por sus dedos y sus codos.

Recorriéndolo... vertiéndose... aliviándolo...

La voz del hechicero intentó alzarse y tomar el control. Phury la escuchó en su mente, luchando por conseguir tiempo en el aire, luchando por encontrar un patrocinador en su oído interno.

Pero el tintineo del agua se oía más alto.

Phury respiró hondo, oliendo la siempreviva y sintiendo una libertad que no tenía nada que ver con el lugar en el que se encontraba su cuerpo y se refería precisamente al lugar dónde estaba su mente.

Por primera vez, el hechicero no era más poderoso que él.

Cormia se paseaba por el templo del *Primale*. No está enfermo. Sólo es la abstinencia. No está enfermo.

Se detuvo al pie de la plataforma donde estaba la cama.

Recordó haber sido atada y escuchar como entraba el macho a la habitación, y haber estado absolutamente aterrada. Había yacido allí a merced de la tradición incapaz de ver, incapaz de moverse y sin derecho a decir no.

Toda hembra virgen después de pasar por la transición, era presentada ante el *Primale* de esa manera.

Seguramente otras debieron haber sentido el mismo miedo que ella. Y muchas más lo sentirían en el futuro.

*Dios... este lugar estaba sucio*, pensó, mirando las paredes blancas que tenía a su alrededor. Mancillado con mentiras tanto expresadas con palabras como dejadas para que permanecieran intrínsecamente ligadas a los corazones de las hembras que respiraban aquel aire muerto.

Había un viejo refrán entre las Elegidas, la clase de estrofa antigua que uno nunca sabía cuando la había escuchado por primera vez.

*Justa es la causa de nuestra fe, sereno es nuestro semblante ante el deber, nada nos dañará a nosotras las creyentes, pues la pureza es nuestra fuerza y nuestra virtud, el progenitor que guiará al retoño.*

Se escuchó un rugido salvaje que venía del baño.

*Phury gritando.*

Cormia se dio la vuelta precipitadamente y corrió hacia la otra habitación.

Lo encontró desnudo dentro del arroyo, con la espalda arqueada hacia atrás, los puños apretados, el pecho levantado, y la columna vertebral torcida. Salvo que no estaba gritando. Estaba riendo.

Dio vuelta la cabeza, y cuando la vio dejó caer los brazos, pero no dejó de reír.

—Lo siento... —Cuando más de esa alegría salvaje burbujeó apoderándose de él, trató de contenerla, pero no pudo—. Debes pensar que estoy loco.

—No... —En realidad pensaba que era hermoso, con la piel dorada resbaladiza por el agua y el cabello cayendo por su espalda en tupidos rizos—. ¿Qué es tan divertido?

—¿Me pasas una toalla?

Le dio una pieza de tela, y no apartó la vista cuando salió del arroyo.

—¿Alguna vez has oído hablar de *El Mago de Oz*? —le preguntó.

—¿Es una historia?

—Supongo que no. —Se aseguró la tela en la cintura—. Quizá algún día te lleve a ver la película. Pero de eso estaba riéndome. Estaba equivocado. No era un todopoderoso Espectro del Anillo el que habitaba en mi mente. Era el Mago de Oz, nada más que un frágil anciano. Fui yo el que imaginó que era aterrador y más poderoso que yo.

—¿Mago?

Se dio golpecitos en la sien.

—La voz en mi cabeza. Una mala voz. Fumaba para escapar de ella. Creí que era un enorme y abrumador Espectro del Anillo. Pero no lo era. No lo es.

Era imposible no compartir la felicidad de Phury y cuando le sonrió, una súbita calidez inundó su corazón y su alma.

—Sí, era una voz fuerte y clamorosa, pero nada especial. —Se llevó la palma de la mano al antebrazo, y se frotó la piel como si tuviera sarpullido... excepto que no había nada que estropear su suave perfección—. Fuerte... ruidosa...

La mirada de Phury cambió repentinamente al mirarla. Y ella supo la causa. Las llamas ardieron en sus ojos y su sexo que caía entre sus caderas se engrosó.

—Lo siento —dijo, buscando otra larga tela y sosteniéndola frente a él.

—¿Yaciste con ella? —Preguntó bruscamente Cormia.

—¿Con Layla? No. Llegué hasta el vestíbulo antes de decidir que no podía seguir con ello. —Negó con la cabeza—. Eso no va a suceder. No puedo estar con otra que no seas tú. La pregunta es qué vamos a hacer ahora... y para mejor o para peor creo que sé la respuesta. Pienso que todo esto —Movié la mano a su alrededor, como si abarcara con ella todo el Santuario—, no puede seguir así. Este sistema, esta forma de vida, no está funcionando. Tienes razón, no se trata sólo de nosotros, se trata de todo el mundo. No está funcionando para nadie.

Cuando sus palabras se abrieron paso en su mente, pensó en la posición dentro de la raza en que ella había nacido. Pensó en el césped blanco, los edificios blancos y las túnicas blancas.

Phury sacudió la cabeza.

—Solía haber unas doscientas Elegidas, ¿verdad? En la época en que había como treinta o cuarenta Hermanos, ¿no es cierto? —Cuando ella asintió, él bajó la vista al agua que corría en el arroyo—. ¿Y ahora cuántos quedan? Sabes, no sólo es la Sociedad

Restictiva la que nos está matando. Son estas malditas reglas a las cuales estamos sometidos. Quiero decir, vamos. Las Elegidas no están protegidas en este lugar, son prisioneras. Y son maltratadas. Si no te hubieras sentido atraída por mí, no habría importado. Aún así te hubieras visto obligada a tener sexo conmigo, y eso es cruel. Tú y tus hermanas estáis atrapadas aquí, y me pregunto cuántas de vosotras realmente creéis en la tradición a la que servís. La vida como Elegida... no tiene nada que ver con la elección. Ninguna de vosotras la tiene. Toma tu propio ejemplo... no quieres estar aquí. Regresaste porque no tenías otras opciones, ¿no es así?

Tres palabras salieron de su boca, tres palabras imposibles que cambiaron todo:

—Sí, así es.

Cormia levantó su túnica y volvió a dejarla caer en su lugar pensando en el pergamino que estaba en el suelo del Templo de las Escribas Recluidas, el que tenía dibujados los bocetos de edificios que ella había hecho, el que no había sabido dónde poner.

Ahora fue ella quien sacudió la cabeza.

—Nunca supe cuántas cosas no sabía de mi misma hasta que no fui al Otro Lado. Y tengo que pensar que a las demás debe ocurrirles lo mismo. Ellas deben estar... no puede ser que sólo sea yo quien tenga talentos sin descubrir o intereses aún no revelados. —Se paseó por el baño—. Y estoy segura que cada una de nosotras ha sentido que es un fracaso... aunque sólo sea porque las presiones son tan grandes que todo se eleva a un nivel de importancia suprema y total. Un pequeño error, ya sea en una palabra escrita incorrectamente, un acorde desafinado en un cántico, o una mala puntada en un pedazo de tela y te sientes como si hubieras defraudado a toda la raza.

De repente, no pudo detener las palabras que salían de sus labios.

—Tienes tanta razón. Esto *no* está funcionando. Nuestro propósito es servir a la Virgen Escriba, pero debe haber una manera de hacerlo y al mismo tiempo respetarnos a nosotras mismas. —Cormia miró a Phury—. Si somos sus hijas Elegidas, ¿Eso no significa que desea lo mejor para nosotras? ¿No es eso lo que los padres desean para sus hijos? Cómo puede ser... —Miró su entorno al omnipresente y sofocante color blanco del baño—. ¿Cómo puede ser esto lo mejor? Para la mayoría de nosotras, se parece más a estar

estancada que a una vida. Estamos en animación suspendida aunque seguimos moviéndonos. ¿Cómo... puede ser esto lo mejor para nosotras?

Phury frunció el ceño.

—No lo es. Joder, no lo es ni en lo más mínimo.

Phury enrolló la larga tela que tenía en las manos y la estrelló contra el suelo de mármol. Después agarró el medallón *Primale* y se lo arrancó del cuello.

Iba a dimitir, pensó ella, ambos estaban exaltados y decepcionados por el futuro por venir. Iba a renunciar...

Phury levantó el pesado objeto de oro, el medallón se balanceaba en el extremo de la tira de cuero, y ella dejó de respirar. La expresión de su rostro estaba llena de propósito, y de poder, no de irresponsabilidad. El brillo de sus ojos expresaba pertenencia y liderazgo, y no la intención de esquivar ni eludir. De pie frente a ella, él era todo el paisaje del Santuario, todos los edificios, la tierra, el agua y el aire: No era de este mundo, pero era el mundo en sí mismo.

Después de pasarse una vida mirando la historia sucederse en un cuenco de agua, Cormia comprendió viendo cómo sostenía el medallón en alto, que por primera vez estaba viendo la historia ser forjada justo delante de ella, en tiempo real.

Nunca nada volvería a ser igual después de esto.

Con ese emblema de su exaltada posición balanceándose de un lado a otro colgando de su puño, Phury proclamó con un tono de voz firme y profundo:

—Soy la fuerza de la raza. Soy el *Primale*, ¡y como tal, gobernaré!

## Capítulo 49



En las afueras de Caldwell, en una templada noche de verano, la Hermandad estaba reunida bajo una celestial luna llena... preguntándose qué demonios estaba pasando. Cuando el Escalade se detuvo cerca del compacto grupo, John se sentía maravillado de poder estar entre ellos. Liberándose del cinturón de seguridad, salió mientras Rhage cerraba las puertas del SUV. Blay y Qhuinn se pusieron uno a cada lado, y juntos, los tres se acercaron a los Hermanos.

El prado que tenían delante de ellos se extendía entre un anillo de pinos, el césped estaba salpicado de parterres de varas de oro y también había algunas espumosas Asclepias desperdigadas.

Vishous encendió uno de sus porros, y el olor del tabaco turco flotó sobre ellos.

—El hijo de puta llega tarde.

—Tranquilízate, V —le dijo Wrath en voz baja—. Relevaré tu trasero si no te quedas quieto.

—Hijo de puta. No tú, él.

—Butch, encadena a tu chico, ¿quieres? antes que lo amordace con un maldito pino.

El resplandor llegó desde el este, en un principio era pequeño como la llama de un encendedor, luego fue creciendo hasta volverse grande como el sol. Al congregarse en el bosque, la luz se filtraba entre los troncos y las ramas, y a John le recordó las películas de pruebas de bombas atómicas que había visto en la escuela, en las cuales después del gran estallido de energía, los árboles y todo lo que había alrededor quedaba aplastado contra el suelo.

—Por favor, decidme que esa mierda no es radioactiva —dijo Qhuinn.

—Nah —contestó Rhage—. Pero mañana por la mañana todos vamos a estar bronceados.

Butch se puso el brazo sobre los ojos para escudarse de la luz.

—Y yo sin mi Coppertone.

John notó que no habían sacado sus armas, pero sin embargo, todos estaban tensos como gatos.

Repentinamente, de en medio de los árboles salió un hombre... un hombre resplandeciente, que era la fuente de la luz. Y en los brazos traía algo cubierto, una lona o una alfombra o...

—Hijo de puta —susurró Wrath cuando la figura se detuvo a unos veinte metros de distancia.

El hombre resplandeciente se rió.

—Bueno, pero si no es otro que el Rey Wrath y su banda de chicos alegres y felices. Os juro muchachos que deberíais dedicaros a hacer espectáculos para niños, por lo jodidamente alegres que sois.

—Genial —murmuró Rhage—, su sentido del humor sigue siendo el mismo.

Vishous dijo mientras exhalaba el humo.

—Quizá pueda tratar de sacárselo a golpes.

—Usa su propio brazo para hacerlo, si puedes...

Wrath los miró furioso a ambos, quienes le respondieron con un par de miradas: *¿Quién, nosotros?*

El Rey sacudió la cabeza resignado y se dirigió a la figura resplandeciente:

—Ha pasado mucho tiempo. Gracias a Dios. ¿Cómo mierda estás?

Antes que el hombre pudiera contestar V maldijo:

—Si me veo obligado a escuchar algo del estilo Keanu Reeves en *Matrix* con su mierda de «Yo soy Neo», mi cabeza va a explotar.

—¿No querrás decir Neón? —intervino Butch—. Porque él me recuerda al símbolo de Citgo.

Wrath volvió la cabeza.

—Cerrad la maldita boca. Todos vosotros.

La figura resplandeciente rió.

—¿Entonces quieres tu regalo adelantado de Navidad? ¿O vas a seguir faltándome al respeto hasta que decida marcharme?

—¿Navidad? Creo que esa es tu tradición, no la nuestra —dijo Wrath.

—Entonces, ¿eso es un no? Porque se trata de algo que habéis estado extrañando desde hace algún tiempo. —Al decir eso la luz se disipó, como si alguien hubiese desconectado la fuente de su energía.

Ahora, de pie en el claro había un hombre como cualquier otro... bueno, casi como cualquier otro, dado que estaba cubierto con cadenas de oro. Llevaba a alguien en brazos, era un macho barbudo con un mechón blanco en medio de su cabello oscuro...

A John comenzó a hormiguearle el cuerpo entero.

—¿No reconocéis a vuestro Hermano? —dijo la figura, luego bajó la vista hacia el macho que estaba sosteniendo—. Quépronto que olvidan.

John fue quien rompió filas y atravesó corriendo el césped. Alguien gritó su nombre, pero no iba a detenerse por nada ni por nadie. Corrió tan rápido como sus piernas se lo permitieron, con el viento rugiendo en sus oídos, y la sangre fluyendo con fuerza a través de sus venas.

El césped del prado azotó sus vaqueros, la fresca noche de agosto abofeteó sus mejillas, y los tensos puños que sus manos habían formado hendieron el aire.

Padre, articuló. *¡Padre!*

John se detuvo con un salto y entonces se cubrió la boca con la palma de la mano. Era Tohrment, pero era una versión encogida del Hermano, como si hubiera estado bajo el sol durante meses. Tenía el rostro demacrado, la piel colgaba floja de sus huesos y los ojos estaban hundidos profundamente en el cráneo. Tenía la barba larga y oscura, el cabello desgreñado no era más que un nido negro enredado salvo por la brillante raya blanca que tenía en la frente. Su ropa era exactamente la misma que había llevado la noche que había desaparecido del centro de entrenamiento, y estaba toda andrajosa y mugrienta.

John se sobresaltó cuando una mano aterrizó sobre su hombro.

—Cálmate, hijo —dijo Wrath—. Jesucristo...

—En realidad es Lassiter —dijo el hombre— por si lo has olvidado.

—Como sea. Entonces, ¿cuál es el precio? —preguntó el Rey, mientras extendía las manos para tomar a Tohr.

—Me encanta que asumas que hay uno.

John quería ser la persona que llevara a Tohrment al coche, pero le temblaban tanto las rodillas, que probablemente necesitara que alguien le llevara a él.



— ¿Acaso no hay un precio? — Cuando Wrath cargó el cuerpo de su hermano, el Rey sacudió la cabeza — . Mierda, no pesa casi nada.

— Ha estado alimentándose de ciervos.

— ¿Cuánto hace que sabes dónde está?

— Lo encontré hace dos días.

— El precio — dijo Wrath, con la vista aún fija en su hermano.

— Bueno, las cosas son así. — Cuando el Rey maldijo, el hombre, Lassiter, se echó a reír — . Sin embargo, no es un precio.

— Qué. Es. Lo. Que. Quieres.

— Es un trato de dos por uno.

— ¿Perdón?

— Yo voy junto con él.

— Que te jodan.

La voz del hombre perdió todo rastro de calma.

— Es parte del trato, y créeme, tampoco yo deseo hacer esto. El hecho es que ésta es mi última oportunidad, así que sí, lo siento, pero voy junto con él. Y a propósito, si dices que no, no dudaré en destruirnos a todos así.

El hombre chasqueó los dedos, y una brillante chispa blanca iluminó el cielo nocturno.

Después de un momento, Wrath se volvió hacia John:

— Este es Lassiter, el ángel caído. Una de las últimas veces que estuvo en la tierra, hubo una plaga en Europa Central...

— Vale, pero *eso* no fue mi culpa en absoluto...

— ... que acabó con las dos terceras partes de la población humana.

— Me gustaría recordarte que no te gustan los humanos.

— Huelen mal cuando están muertos.

— Todos vosotros los del tipo mortal lo hacéis.

John apenas si podía seguir la conversación; estaba demasiado ocupado mirando fijamente el rostro de Tohr.

*Abre los ojos... abre los ojos... por favor, Dios...*

—Vamos John. —Wrath se volvió hacia la Hermandad y comenzó a andar. Cuando llegó hasta ellos, les dijo suavemente:

—Nuestro Hermano ha regresado.

—Oh, Cristo, está vivo —dijo alguien.

—Gracias a Dios —gimió alguien más.

—Diles —exigió Lassiter detrás de él—. Diles que viene con un compañero de habitación.

Como si fueran uno, los Hermanos giraron las cabezas bruscamente.

—Jódeme —dijo Vishous en voz baja.

—Gracias pero paso —refunfuñó Lassiter.

## Capítulo 50



Phury atravesó la resplandeciente extensión blanca del Santuario, y se dirigió hacia la entrada privada de la Virgen Escriba. Golpeó una vez y esperó, enviando mentalmente una petición de audiencia.

Cuando las puertas se abrieron, esperaba que fuera la Directrix Amalya la que le saludara, pero no había nadie al otro lado. El patio blanco de la Virgen Escriba estaba vacío salvo por los pájaros en su florecido árbol blanco.

Los pinzones y canarios estaban fuera de lugar, y eran mucho más encantadores por ello. Sus colores se veían brillantes contra el fondo de ramas y hojas blancas, y al oír sus llamadas pensó en la cantidad de veces que Vishous había venido aquí con una de esas frágiles criaturas acunada en sus palmas.

Después que la Virgen Escriba los hubiera sacrificado por su hijo, el hijo se los había devuelto.

Phury fue hasta la fuente y escuchó caer el agua en el pilón de mármol. Supo cuando la Virgen Escriba apareció detrás de él, porque se le erizó el cabello de la nuca.

—Pensé que ibas a renunciar —le dijo—. Vi el sendero del *Primale* desplegado para otras pisadas. Se suponía que tú sólo ibas a ser la transición.

Él miró sobre el hombro.

—Yo también pensé que iba a renunciar. Pero, no.

*Extraño*, pensó. Bajo los ropajes negros que protegían el rostro, manos y pies, el resplandor que emitía parecía más débil de lo que recordaba.

Ella flotó lentamente hacia sus pájaros.

—Deberías saludarme apropiadamente, *Primale*.

Él hizo una profunda reverencia y dijo las palabras apropiadas en la Antigua Lengua. También tuvo la gracia de permanecer inclinado, esperando que ella le liberara de la postura de súplica.

— Ah, pero ese es el asunto — murmuró ella —. Ya te has liberado a ti mismo. Y ahora deseas lo mismo para mis Elegidas. — Él abrió la boca, pero ella le interrumpió —. No necesitas explicar tu razonamiento. ¿Crees qué no sé lo que hay en tu mente? Incluso tu hechicero, como le llamas, es conocido por mí.

Vale, eso le hizo sentir incómodo.

— Levántate, Phury, hijo de Ahgony. — Cuando lo hizo, le dijo —: Todos somos productos de nuestra crianza, *Primale*. Las obras que resultan de nuestras elecciones son depositadas sobre la base erigida por nuestros padres y sus padres antes de ellos. No somos más que el siguiente nivel en la casa o en el pavimento del sendero.

Phury sacudió la cabeza lentamente.

— Podemos elegir una dirección diferente. Podemos movernos en la brújula a lo largo de un rumbo diferente.

— De eso yo no estoy segura.

— De eso yo debo estar seguro... o no haré nada con esta vida que me has dado.

— Efectivamente. — Volvió la cabeza hacia sus habitaciones privadas —. Efectivamente, *Primale*.

En el silencio que se prolongó, pareció entristecida, lo cual le sorprendió. Había estado preparado para un combate. Demonios, era difícil pensar en la Virgen Escriba como en otra cosa que no fuera un camión de dieciocho ruedas debajo del atavío negro.

— Dime, *Primale*, ¿cómo piensas manejar todo esto?

— Aún no estoy seguro. Pero aquellas que se sientan más cómodas aquí pueden quedarse. Y aquellas que quieran aventurarse al Otro Lado encontrarán un refugio seguro conmigo allí.

— ¿Estás abandonando este lado para siempre?

— Hay algo que necesito en el otro lado, algo que debo tener. Pero volveré una y otra vez. Va a llevar décadas, quizás más, cambiarlo todo. Cormia me va a ayudar.

— ¿Y sólo la tomarás a ella, en la forma en que lo hace un macho?

— Sí. Si las otras encuentran compañeros de su elección, entonces aceptaré todas sus hijas hembras para que sean educadas en las tradiciones de las Elegidas e instaré a Wrath a tomar a los hijos machos en la Hermandad, tanto si nacen aquí o en el Otro Lado. Pero yo tomaré sólo a Cormia.

—¿Y qué me dices de la pureza de la sangre? ¿La fuerza que viene de ella? ¿No habrá más estándares? La crianza fue deliberada, para engendrar fuerza de la fuerza. ¿Qué sucedería si una Elegida favorece a uno que no sea del linaje de la Hermandad?

Pensó en Qhuinn y Blay. Chicos fuertes que con el tiempo se convertirían en machos más fuertes aún. ¿Qué motivos había para que ellos no fueran parte de la Hermandad?

—Sería decisión de Wrath. Pero yo le sugeriré aceptar a los dignos sin importar el linaje. Un corazón valeroso puede hacer a un macho más alto y más fuerte de lo que es físicamente. Mira, la raza está fallando, y lo sabes. Estamos perdiendo terreno con cada nueva generación, y no sólo a causa de la guerra. La Sociedad Restrictiva no es lo único que nos está matando. Las tradiciones también lo hacen.

La Virgen Escriba flotó lentamente hacia la fuente.

Hubo un largo, largo silencio.

—Siento como si hubiera perdido —dijo suavemente—. A todos vosotros.

—No lo has hecho. En absoluto. Sé una madre para la raza, no una guardiana, y obtendrás todo lo que desees. Déjanos libres y obsérvanos prosperar.

El sonido repiqueteante de la fuente pareció aumentar, haciéndose más fuerte, como si recogiera la fluctuación de sus emociones.

Phury miró el agua que caía, viéndola capturar la luz y centellear como las estrellas. Los arco iris que había en cada una de las gotitas eran imposiblemente hermosos, y mientras observaba las gemas destellantes que había en cada fragmento del conjunto que volvía a caer, pensó en las Elegidas y en lo dones individuales que poseía cada una de ellas.

Pensó en sus Hermanos.

Pensó en sus *shellans*.

Pensó en su amada.

Y supo los porqués de su silencio.

—No nos perderás. Nunca te dejaremos atrás y no te olvidaremos. ¿Cómo podríamos? Nos diste a luz, nos guiaste y nos diste fuerza. Pero ahora... ahora ha llegado nuestro tiempo. Permítenos ir y estaremos más cerca de ti de lo que nunca hemos estado. Permite que tomemos el futuro en nuestras manos y lo formemos como mejor podamos. Ten fe en tu creación.

—¿Tienes fuerza para esto, *Primale*? ¿Puedes ser un líder para las Elegidas incluso después de todo lo que has pasado? Tu vida no ha sido fácil, y el camino que contemplas no va a ser uniforme ni fácil de seguir. —Le dijo bruscamente.

Mientras Phury se mantenía de pie sobre su única pierna y su prótesis, pensó en todos los días de su existencia, y sopesó el temple que había en su misma médula, y tuvo sólo una respuesta.

—Estoy aquí, ¿no? —pronunció—. Todavía me sostengo en pie, ¿verdad? Tú dime si tengo la jodida fuerza o no la tengo.

Oyéndole ella sonrió un poco... aunque él no podía ver su rostro, percibió su sonrisa.

La Virgen Escriba hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Que así sea, entonces, *Primale*. Será como deseas.

Se dio la vuelta y desapareció en sus aposentos privados.

Phury exhaló como si alguien le hubiera sacado un tapón del trasero.

*Santa. Mierda.*

Acababa de desbaratar todo el fundamento espiritual de la raza. Así como el biológico.

Joder, si hubiera sabido adonde le iba a llevar la noche, habría tomado un tazón de Wheaties antes de bajarse de la plataforma de la cama.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta para ir hacia el Santuario. La primera parada sería dónde estaba Cormia; luego los dos irían a ver a la Directrix y...

Cuando abrió la puerta se quedó petrificado.

*El césped era verde.*

El césped era verde y el cielo azul... y los narcisos eran amarillos y las rosas eran un arco iris de colores Crayola... y los edificios eran rojos, crema y azul oscuro...

Las Elegidas estaban saliendo apresuradamente de sus dependencias, levantando sus túnicas que ahora eran de colores y mirando a su alrededor emocionadas y perplejas.

Cormia surgió del templo del *Primale*, con el encantador rostro aturdido mientras miraba a su alrededor. Cuando lo vio, se llevó las manos a la boca y comenzó a parpadear rápidamente.

Con un grito, recogió la magnífica túnica color lavanda claro y corrió hacia él, con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

La atrapó mientras saltaba hacia él y sostuvo su tibio cuerpo contra el suyo.

—Te amo —le dijo ella ahogándose—. Te amo, te amo... te amo.

En ese momento, con el mundo transformándose por su causa, y con su *shellan* a salvo en sus brazos, sintió algo que nunca se hubiera imaginado.

Finalmente se sentía el héroe que siempre había querido ser.

## Capítulo 51



De vuelta en el Otro Lado, en la mansión de la Hermandad, John Matthew estaba sentado en un sillón frente a la cama donde Tohr dormía. El Hermano no se había movido desde que lo habían llevado a la casa hacía horas y horas.

Lo cual parecía ser el Procedimiento Operativo Estándar para esa noche. Era como si todos en la casa estuvieran dormidos, como si un agotamiento colectivo y penetrante les hubiera abrumado a todos.

Bien, a todos excepto a John. Y al ángel que estaba paseándose en la habitación de invitados de al lado.

Tohr estaba en las mentes de ambos.

Dios, John nunca había esperado sentirse más grande que el Hermano. Nunca había esperado ser físicamente más fuerte. Ciertamente nunca había pensado en llegaría a tener que cuidar del macho. O ser responsable de él.

Y ahora ocurría todo eso y más, porque así a primera vista se podría decir que Tohr había perdido unos treinta kilos. Y tenía el rostro y el cuerpo de un macho que había ido a la guerra y había sido mortalmente herido.

*Qué extraño*, pensó John. Al principio, había deseado que el Hermano despertase enseguida, pero ahora estaba asustado de ver esos ojos abiertos. No sabía si podría soportar que lo excluyera. Seguro, sería comprensible, dado todo lo que Tohr había perdido, pero a él... le mataría.

Además, mientras Tohr estuviera dormido, John no iba a quebrarse y comenzar a sollozar.

Ves, había un fantasma en la habitación. Un hermoso y pelirrojo fantasma con un vientre redondeado de embarazada: Wellsie estaba con ellos. A pesar de su muerte, ella estaba con ellos, y también su niño no nacido. Y la *shellan* de Tohr nunca iba a estar lejos. No había manera de mirar a Tohr sin verla. Los dos habían sido inseparables en vida, y



también lo eran en la muerte. Ciertamente Tohr podía estar respirando, pero, seguro como la mierda que ya no estaba vivo.

— ¿Eres tú?

Los ojos de John se dispararon hacia la cama.

Tohr estaba despierto y lo miraba a través del espacio oscuro que los separaba.

John se puso de pie lentamente y se enderezó la camiseta y los vaqueros.

— *Soy John. John Matthew.*

Tohr no dijo nada, sólo continuó mirándolo de arriba y abajo.

*Atravésé la transición, John hacía gestos como un tonto.*

— Eres del tamaño de D. Grande.

Dios, la voz era exactamente como la recordaba. Profunda como la nota baja de un órgano de iglesia, e igual de imperiosa. Aunque, había una diferencia. Había una nueva vacuidad en las palabras.

O quizá eso venía del espacio en blanco detrás de esos ojos azules.

— *Tuve que conseguir nueva ropa. Jesucristo, era un idiota. ¿Tienes... tienes hambre? Conseguí bocadillos de rosbif. Y Pepperidge Farm Milano. Solían gustarte...*

— Estoy bien.

— *¿Puedo traerte algo de beber? Conseguí un termo de café.*

— Nah. — Tohr echó un vistazo al cuarto de baño —. Mierda, instalación de agua en el interior. Ha pasado tiempo. Y no, no necesito ayuda.

Era doloroso mirar... algo sacado de un futuro que John no pensó que llegaría hasta dentro de cientos y cientos de años: Tohrment como un macho viejo.

El Hermano agarró con mano temblorosa el borde de las sábanas y las apartó de su cuerpo desnudo palmo a palmo. Se detuvo. Luego deslizó las piernas fuera hasta que se balancearon hasta el suelo. Hubo otra pausa antes de que empujara hacia arriba y, los una vez anchos, hombros se esforzaran para soportar el peso que era poco más que el de un esqueleto.

No caminaba. Arrastraba los pies como hacían las personas muy ancianas, con la cabeza gacha, la espina dorsal curvada hacia el suelo, y las manos extendidas como si esperara caerse en cualquier momento.

Las puertas se cerraron. El lavabo sonó con un gorgoteo. La ducha comenzó a caer.

John volvió al sillón donde había estado sentado, tenía las tripas vacías, y no simplemente porque no había comido nada desde la noche anterior. La preocupación era todo lo que conocía. La inquietud era el aliento que llevaba a sus pulmones. Ansiedad, era el mismo latido de su corazón.

Esta era la otra cara de la relación padre/hijo. Donde el hijo se preocupaba por el padre.

Asumiendo que él y Tohr todavía tuvieran esa conexión funcionando.

No estaba seguro. El Hermano le había mirado fijamente como si fuera un extraño.

El pie de John siguió el ritmo del tictac de los segundos, y se frotó las palmas en los muslos. Era extraño, todo lo demás que había sucedido, incluso el asunto con Lash, parecía irreal y poco importante. Sólo existía el ahora con Tohr.

Cuando la puerta se abrió casi una hora más tarde, se quedó inmóvil.

Tohr llevaba una bata, y el cabello estaba en su mayor parte desenredado, aunque la barba todavía se veía deshilachada.

Con ese vago e inseguro arrastrar de pies, el Hermano volvió a la cama y se extendió con un gemido, asentándose con torpeza en las almohadas.

— Hay algo que pueda...

— No es aquí donde quería acabar, John. No voy a poder enfrentarlo. No es aquí... donde quiero estar.

Vale, gesticuló John. Vale.

Cuando el silencio se extendió, en su mente, tuvo la conversación que quería tener con Tohr:

*Qhuinn y Blay han terminado viviendo aquí, y los padres de Qhuinn están muertos, y Lash es... No sé que decir sobre él... Hay una hembra que me gusta, pero está fuera de mi alcance, y yo estoy en la guerra y te eché de menos y quiero que estés orgulloso de mí y estoy asustado y echo de menos a Wellsie y, ¿tú estás bien?*

Y lo más importante...

*Por favor, dime que no vas a irte otra vez. Jamás. Te necesito.*

En vez de eso, se puso de pie y gesticuló:

— Supongo que te dejaré para que descanses. Si necesitas algo...

— Estoy bien.

– *Vale. Sí. Bueno...*

John tiró del dobladillo de su camiseta y se dio la vuelta. Mientras iba hacia la puerta, no podía respirar.

*Oh, por favor, no permitas que me encuentre con nadie cuando vaya de camino a mi habitación...*

– John.

Se detuvo. Giró en redondo.

Cuando se encontró con la afligida mirada azul marino de Tohr, John sintió como si se le estuvieran desprendiendo las rótulas de las rodillas.

Tohr cerró los ojos y abrió los brazos.

John corrió hacia la cama y se aferró a su padre con toda la fuerza que tenía. Enterró el rostro en lo que una vez había sido un ancho pecho y escuchó el corazón que todavía latía dentro. De ellos dos, él era el que se aferraba más fuerte, no porque a Tohr no le importara, sino porque él no tenía la fuerza.

Ambos lloraron hasta que no tuvieron más aliento con el cual sollozar.

## Capítulo 52



*Los gatillos no tenían que estar en las armas para dar problemas, pensó Phury mientras miraba la fachada de acero y cristal del ZeroSum.*

Mierda, la desintoxicación trataba el tema del maltrato que sufría el cuerpo cuando se enfrentaba a un cambio en la química. Pero no hacía una mierda con el ansia que estaba en tu mente. Y seguro que el hechicero era más pequeño que él, pero el bastardo aún no le había dejado. Y Phury tenía la sensación de que iba a pasar mucho tiempo antes de que la voz lo hiciera.

Dándose un tirón de orejas mental, se acercó al gorila de la entrada, que le dirigió una mirada extraña, pero le dejó entrar. Dentro, no prestó ninguna atención al gentío, que se separó como siempre para darle paso. No saludó con la cabeza al gorila que sostenía el cordón de terciopelo delante de la zona VIP. No le dijo nada a iAm, el cual lo dejó entrar en la oficina de Rehv.

— ¿A qué debo este placer? — dijo Rehvenge desde detrás de su escritorio.

Phury clavó los ojos en su distribuidor.

Rehv llevaba puesto un traje negro convencional en el que no había nada de convencional. El corte era exquisito, aún cuando el macho estuviera sentado, y la tela brillaba bajo las tenues luces, una clara indicación de que había algo de seda mezclada en el tejido. Las solapas caían perfectamente sobre el poderoso pecho, y las mangas mostraban lo justo de los puños de la camisa.

Rehv frunció el ceño.

— Puedo sentir tus emociones desde aquí. Has hecho algo.

Phury tuvo que reírse.

— Bueno, podría decirse que sí. Ahora voy camino a casa de Wrath, porque tengo muchas cosas que explicarle. Aunque vine aquí primero, porque mi *shellan* y yo necesitamos un lugar donde quedarnos.

Rehvenge enarcó las cejas sobre sus ojos amatista.

— ¿*Shellan*? Guau. ¿Ya no más la Elegida?

— No. — Phury se aclaró la voz—. Mira, sé que tienes casas. Unas cuantas. Quiero saber si puedo alquilar una por un par de meses. Necesito un montón de habitaciones. Muchas.

— ¿La mansión de la Hermandad está demasiado llena?

— No.

— Mmm. — Rehv inclinó la cabeza a un lado, enseñando la suave parte afeitada de su peinado mohawk—. Wrath tiene otros lugares, ¿no? Y sé que tu hermano V los tiene. He oído que tiene un nido de Disciplina, Dominación, Sadismo y Masoquismo en alguna parte. Debo admitir que estoy sorprendido de que acudas a mí.

— Sólo pensé que podría empezar contigo.

— Mmm. — Rehv se puso de pie y se apoyó en su bastón mientras se daba la vuelta y abría un panel corredizo que había detrás de su escritorio—. Bonito atuendo, por cierto. ¿Lo compraste en Victoria's Secret? Discúlpame un segundo.

Cuando el macho entró en el dormitorio que fue revelado, Phury bajó la mirada y se miró a sí mismo. Con razón esa gente le había dirigido miradas extrañadas. Llevaba puesto el conjunto de satén blanco del Otro Lado.

Rehv salió un momento después. En sus manos, llevaba un par de mocasines negros de piel de cocodrilo con unos reveladores estribos entrelazados.

Dejó caer los Gucci a los pies de Phury.

— Quizás quieras deslizar tus pies descalzos en éstos. Y lo siento, no tengo nada que puedas alquilar.

Phury tomó un profundo aliento.

— Bien. Gracias...

— Pero puedes vivir gratis en el rancho que tengo en las Adirondacks. Por el tiempo que quieras.

Phury parpadeó.

— Puedo p...

— Si estás a punto de decir que puedes pagarme, jódete. Como te dije, no tengo nada que puedas alquilar. Trez puede encontrarse contigo allí, para darte los códigos. Me verás

justo antes del amanecer de cada primer martes del mes, pero aparte de eso, tendréis el lugar para vosotros.

—No sé qué decir.

—Tal vez algún día puedas devolverme el favor. Por ahora dejaremos las cosas así.

—Mi honor es tuyo.

—Y mis zapatos son tuyos. Incluso después que recuperes los tuyos.

Phury acomodó el par y deslizó los pies dentro. Le iban a la perfección.

—Te los devolveré...

—Nop. Considéralos un regalo de bodas.

—Bien... gracias.

—De nada. Sé que te gusta Gucci...

—No por los mocasines, en realidad, aunque son fabulosos. Quiero decir... por ponerme en la lista de no compradores. Sé que Z habló contigo.

Rehv sonrió.

—Así que te estás desintoxicando, ¿eh?

—Voy a hacer lo que pueda por dejarlo.

—Mmm. —entrecerró la mirada de amatista—. Y pienso que lo lograrás. Tienes esa clase de determinación que he visto muchas veces en los ojos de la gente que frecuenta mucho mi despacho, y luego una noche, por la razón que sea, deciden no volver nunca más. Y eso es todo. Es agradable de ver.

—Sí. Ya no me verás por aquí.

El teléfono de Rehv sonó, y al ver quién llamaba, frunció el ceño.

—Espera. Esto podría interesarte. Es el líder de facto del Consejo de *Princeps*. —A medida que hablaba, la voz del macho era en parte aburrimiento, en parte impaciencia—. Me va bien. ¿Tú? Sí. Sí. Terrible, sí. No, estoy todavía, estoy en la ciudad, llámame una persona comprometida.

Rehv se reclinó en la silla y jugó con el abrecartas, que tenía forma de daga.

—Sip. Ajá. Bien. Ya, lo sé, un vacío en el liderazgo es... ¿Perdona? —Rehv dejó caer el abrecartas sobre el papel secante—. ¿Qué dijiste? Oh, realmente. Pues bien, ¿y qué me dices de Marissa? Ah. Sin duda. Y no me sorprende...

Phury tuvo que preguntarse qué clase de bomba acababa de caer ahora.

Al cabo de un rato, Rehv se aclaró la voz. Luego una lenta sonrisa se propagó por su rostro.

— Bien, entonces, considerando cómo te sientes... Estaré encantado. Gracias. — Colgó el teléfono y levantó la mirada —. ¿Adivina quién es el nuevo *leahdyre* del Consejo?

Phury sintió como se quedaba con la boca abierta.

— No puedes ser tú. Cómo demonios puedes...

— Resulta que soy el miembro superviviente más viejo de mi estirpe, y hay una norma por la que las hembras no pueden ser *leahdyre*. Como soy el único macho del Consejo, adivina quién viene a cenar. — Se reclinó en la silla de cuero —. Me necesitan.

— Sagrada... mierda.

— Sí, si vives lo suficiente, puedes llegar a ver cualquier cosa. Dile a tu jefe que va a ser un placer hacer negocios con él.

— Lo haré. Desde luego que lo haré. Y escucha, gracias otra vez. Por todo. — Fue hacia la puerta —. Si alguna vez me necesitas, sólo llámame.

Rehvenge asintió una vez.

— Lo haré, vampiro. Los devoradores de pecados siempre coleccionan favores.

Phury sonrió ligeramente.

— El término políticamente correcto es *sympath*.

Mientras salía de la oficina, la risa baja y ligeramente maligna de Rehv resonó como un trueno.

Phury se materializó frente a la mansión de la Hermandad y se acomodó el atuendo. En su deseo por causar una buena impresión, se sintió como si ya no viviera bajo su techo.

Lo cual, supuso, tenía sentido: su cabeza había sufrido un cambio de dirección.

Sintiéndose torpe como el infierno, se acercó a la casa, entró en el pórtico, y pulsó en la pantalla de video como lo haría un extraño. Fritz parecía igualmente sorprendido cuando abrió la puerta.

— ¿Amo?

— ¿Puedes decirle a Wrath que estoy aquí y que me gustaría hablar con él?

— Por supuesto. — El *doggen* hizo una reverencia y subió rápidamente la escalera principal.

Mientras esperaba, Phury paseó la vista por el vestíbulo, pensando en cómo había construido su hermano Darius el lugar... ¿Cuántos años hacía?

Wrath apareció en la parte superior de la escalera, con una expresión de cautela en el rostro.

—Ey.

—Ey. —Phury levantó la mano—. ¿Puedo subir un momento?

—Claro.

Phury ascendió lentamente. Y mientras más se acercaba a su habitación, más le hormigueaba la piel, porque no podía evitar pensar en todo el humo rojo que había consumido allí. Una parte de él lo deseaba de tal manera que casi jadeaba por una calada, y comenzó a martillearle la cabeza.

El tono de Wrath fue duro.

—Escucha, si vienes a buscar tus drogas...

Phury levantó la mano y dijo con voz ronca:

—Nop. ¿Podemos hacer esto en privado?

—Muy bien.

Cuando se hubieron cerrado las puertas del estudio, se esforzó en refrenar los deseos y comenzar a hablar. No estaba completamente seguro de lo que salía de su boca. *Primale*. *Cormia*. La Virgen Escriba. El futuro. Las Elegidas. Los Hermanos. El cambio.

El cambio.

El cambio.

Cuando finalmente se quedó sin gas, se percató de que Wrath no había dicho nada.

—Así que en eso estoy. —Añadió Phury—. Ya he hablado con las Elegidas y les he dicho que conseguiría un lugar para nosotros en este lado.

—¿Y dónde va a ser?

—El gran rancho de Rehv al norte del estado.

—¿De verdad?

—Sí. Allí arriba estaremos a salvo. Seguros. No es muy activo, no hay muchos humanos. Puedo proteger más fácilmente a las que deciden venir aquí. Todo este asunto, va a tener que ser gradual. Un par de ellas ya están interesadas en venir. Explorar.



Aprender. Cormia y yo les ayudaremos a asimilar todo lo que quieran. Pero todo es voluntario. Pueden escoger.

— ¿Y la Virgen Escriba estuvo *de acuerdo* con esto?

— Sí. Lo estuvo. Por supuesto, lo concerniente a la Hermandad depende de ti.

Wrath sacudió la cabeza y se puso de pie.

Phury inclinó la cabeza, sin culpar al tipo por dudar del plan. Phury había hablado mucho. Ahora sólo podía esperar poder probar algo de lo que había dicho con acciones.

— De acuerdo, bien, como he dicho, todo depende de ti...

Wrath se acercó y extendió la mano.

— Estoy absolutamente de acuerdo. Y lo que sea que necesites para las Elegidas en este lado cuenta conmigo. Para cualquier cosa.

Phury sólo pudo mirar lo que se le ofrecía. Cuando estrechó la mano de su hermano, su voz era tensa.

— Bien... trato hecho.

Wrath sonrió.

— Cualquier cosa que tú necesites, te la daré.

— Estoy bien como... —Phury frunció el ceño y miró el escritorio del Rey—. Um... ¿Puedo usar tu ordenador un momento?

— Por supuesto. Y cuando termines, tengo algunas buenas noticias que compartir contigo. Bueno, buenas noticias, más o menos.

— ¿Qué pasa?

Wrath señaló con la cabeza hacia la puerta.

— Tohr ha vuelto.

A Phury se le cerró la garganta.

— ¿Está vivo?

— Más o menos... en cierto modo. Pero está en casa. Y vamos a intentar mantenerlo así.

## Capítulo 53



Sentado en la mesa de la Hermandad en el área VIP del ZeroSum, John Matthew estaba borracho como una cuba. Había bebido hasta por el culo. Estaba totalmente achispcolgado.

Así que ni bien terminó la cerveza número... cualquiera fuera el número de cerveza que se hubiera estado tomando durante los últimos cinco minutos, ordenó un Jäger Bomb.

Hay que decir en su favor que Qhuinn y Blay no decían absolutamente nada.

Era difícil explicar qué lo impulsaba a bajar todas aquellas botellas de golpe y a ingerir tantos chupitos. La única explicación que se le ocurría era que tenía los nervios destrozados. Había dejado a Tohr en casa, durmiendo en aquella cama, como si fuera un ataúd, y aunque era genial que se hubiesen reunido, faltaba mucho para poder decir que el Hermano se hallaba fuera de peligro.

John no podía perderlo otra vez.

Y luego le preocupaba ese extraño avistamiento de Lash y el hecho de que John estaba en cierto modo convencido que estaba perdiendo su amada mente.

Cuando la camarera vino con el chupito, Qhuinn dijo:

— Le gustaría otra cerveza.

*Te Amo*, le dijo por señas a su compañero.

— Bien, nos vas a odiar a los dos cuando llegues a casa y vomites como un aspersor de campo de golf, pero limitémonos a vivir el aquí y ahora, ¿te parece?

— *Entendido*.

John se tomó el chupito de un trago, y no le quemó, no aterrizó en su estómago como un torrente ardiente. Pero, bueno, realmente. ¿Un incendio forestal daría dos mierdas por un encendedor Zippo?

Qhuinn estaba en lo cierto: probablemente fuera a vomitar. De hecho...

John se tambaleó al levantarse.

— Oh, mierda, aquí vamos — dijo Qhuinn levantándose también.

– *Voy solo.*

Qhuinn dio unos golpecitos sobre la cadena que tenía alrededor del cuello.

– Ya no más.

John plantó los puños sobre la mesa, se inclinó sobre ella, y le mostró los colmillos.

– ¡Qué coño! – Siseó Qhuinn mientras Blay miraba frenéticamente a los demás asientos que había a su alrededor –. ¿Qué *mierda* piensas que estás haciendo?

– *Voy solo.*

Qhuinn lo fulminó con la mirada como si fuera a discutir, pero luego volvió a sentarse.

– Bien. Como quieras. Pero guarda esa rejilla y no vuelvas a enseñarla.

John se alejó, asombrado de que nadie más en el club parecía notar que el suelo oscilaba de allá para acá como una casa de la diversión. Justo antes de llegar al pasillo de los baños privados, cambió de opinión, merodeó un poco, y se escurrió hacia el otro lado de la cuerda aterciopelada.

Del otro lado, deambuló entre la multitud amontonada con la gracia de un búfalo, golpeando a la gente al pasar, chocándose contra las paredes, lanzándose hacia delante, para luego echarse atrás para evitar encallar en el suelo.

Subió las escaleras hasta el entresuelo y se abrió camino hasta el baño de los hombres.

Había dos tipos en los orinales y uno en el lavabo, John no miró a ninguno de ellos a los ojos mientras se dirigía hasta el final de la hilera de cubículos. Abrió el reservado para minusválidos, pero luego dio marcha atrás porque se sintió culpable y entró en el penúltimo. Mientras cerraba la puerta con llave, su estómago se agitó como una hormigonera, parecía que hubiera recogido un paquete urgente para ser despachado por correo aéreo de forma inmediata.

*Mierda. ¿Por qué no habría usado los baños privados que había detrás del área VIP? ¿Qué necesidad había de que aquellos tres don nadie le oyeran hacer una imitación de un fontanero sometiendo a la fuerza a un retrete?*

*Maldita... sea. Estaba muy borracho.*

Habiendo llegado a esa conclusión, dio la vuelta y bajó la vista hacia el retrete. Era negro, como casi todo en el ZeroSum, pero sabía que estaba limpio. Rehv mantenía una casa limpia.

Bueno, excepto por la prostitución. Y las drogas. Y las apuestas.

Vale, estaba limpio en cuanto a limpio y ordenado, no en cuanto al código penal.

John dejó caer la cabeza hacia atrás contra la puerta metálica, cerró los ojos, y la verdadera razón para darse a la bebida salió a la superficie.

¿Cuál era la maldita forma de evaluar a un macho? ¿Era por su forma de luchar? ¿Era por cuánto peso podía levantar en la sala de pesas? ¿Era por tomar venganza de los que le dañaban?

¿Era por poder permanecer en control de sus emociones cuando el mundo entero parecía una inestable casa de la risa? ¿Era porque corría el riesgo de amar a alguien aún cuando sabía que podría abandonarle para siempre?

¿Era por el sexo que tenía?

Vale, cerrar los ojos había sido un gran error. O empezar a pensar. Abrió los párpados y se concentró en el techo negro con luces indirectas, en forma de estrellas.

En el lavamanos dejó de correr el agua. La cisterna de dos orinales se accionó. La puerta que daba al club se abrió y se cerró, y luego volvió a abrirse y cerrarse.

Oyó un sonido como de alguien inhalando un par de cubículos más allá. Y otro más. Luego sintió exhalar y emitir un *ahhhhhhhhh*. Pasos. Agua corriendo. Una risa maníaca. Otro abrir y cerrar de la puerta que daba al exterior.

Solo. Estaba solo. Pero no duraría mucho, porque pronto volvería a entrar alguien.

John miró hacia el inodoro negro y le dijo a su estómago que si quería comenzara con el programa así le ahorra un momento de vergüenza.

Evidentemente no quería. O tal vez... sí. *¿No? Mierda...*

Estaba contemplando el inodoro, esperando que el reflejo de las náuseas se decidiera, cuando se olvidó de su estómago y se dio cuenta de dónde estaba.

Él había nacido en el cubículo de un baño. Lo trajeron al mundo en un lugar donde las personas vomitaban después de haber bebido demasiado... había sido un niño dejado para valerse por sí mismo por una madre que nunca había conocido y un padre que nunca había sabido de su existencia.

Si Tohr llegara a irse otra vez...

John se volvió rápidamente y no pudo hacer que sus dedos levantaran la palanca para poder salir. Con creciente pánico, arañó el mecanismo negro hasta que finalmente saltó abriéndose. Irrumpiendo en el cuarto de baño, se dirigió en línea recta hacia la puerta pero no logró llegar.

Sobre cada uno de los seis lavamanos de cobre, había un espejo de marco dorado.

Respirando hondo, eligió el espejo que estaba más cerca de la puerta y se paró frente a él, enfrentándose con su rostro de adulto por primera vez.

Sus ojos eran los mismos... sus ojos eran exactamente del mismo color azul y tenían la misma forma. Todo lo demás no lo reconocía, no reconocía el firme corte de la mandíbula ni el grosor del cuello ni la amplia frente. Pero los ojos eran suyos.

Al menos eso suponía.

*Quien soy yo*, articuló.

Separando los labios y desnudando sus dientes frontales, se inclinó y se miró los colmillos.

— ¿No me digas que nunca habías visto esos antes?

Se volvió a toda velocidad. Xhex estaba apoyada contra la puerta, encerrándoles eficazmente juntos.

Llevaba puesto exactamente lo mismo de siempre, pero para él era como si nunca antes hubiese visto la camiseta sin mangas y los pantalones de cuero.

— Te vi entrar aquí tambaleándote. Pensé en darme una vuelta para asegurarme de que estabas bien — sus ojos grises no vacilaron, y estaba dispuesto a apostar que nunca lo hacían. La hembra tenía la mirada como la de una estatua, directa e imperturbable.

Una estatua increíblemente sexy.

*Quiero follarte*, artículo, no preocupándose de estar haciendo el ridículo.

— No me digas.

Evidentemente, podía leer los labios. Era eso o leía pollas, porque Dios era testigo que la suya había levantado la mano y estaba saludando desde dentro de sus vaqueros.

— *Sí, te digo*.

— Hay muchas mujeres en este club.

— *Tú eres la única*.

— Pienso que estarías mejor con ellas.

— *Y yo pienso que estarías mejor conmigo.*

¿De dónde demonios le venía la confianza? No le preocupaba. Tanto si Dios le había regalado algo de amor propio o si sólo se debía a estupidez nacida de la botella, él iba a aprovecharla.

— *De hecho, sé que es así.*

Deliberadamente deslizó los pulgares bajo la cinturilla de sus vaqueros, y dio a los hijos de puta un lento tirón hacia arriba. Cuando su erección fue evidente como el revestimiento de una casa, ella bajó los ojos, y él supo lo que estaba viendo: Estaba bien equipado teniendo en cuenta la envergadura de dos metros y pico de su cuerpo. Y eso era sin una erección. Con una, era tremendo.

*Ah, ya no nos parecemos tanto a una estatua, ¿eh?* Pensó cuando la mirada no regresó a su rostro, sino que ardió con una ligera chispa.

Con sus ojos sobre él, y el chisporroteo eléctrico que había entre ellos, ya no estaba en su pasado. Estaba absolutamente en el presente. Y él ahora quería que ella cerrara la maldita puerta y lo dejara hundir la boca en ella. Y después follarían de pie.

Ella separó los labios, y él esperó sus palabras como esperaba el advenimiento de Dios.

Repentinamente, ella se llevó la mano hasta el auricular que tenía en la oreja y frunció el ceño.

— Mierda. Me tengo que ir.

John arrancó precipitadamente una toalla de papel del dispensador de pared, sacó un lapicero del bolsillo, y escribió unas descaradas palabras. Antes que ella pudiera salir, se acercó y le metió en la mano lo que había garabateado.

Ella se miró la mano.

— Quieres que lo lea ahora o más tarde.

*Más tarde, artículo.*

Cuando abrió la puerta de un empujón, estaba mucho más sobrio. Y una enorme sonrisa de «soy el mejor» cruzaba su rostro.

Cuando Lash reapareció en el vestíbulo de sus padres, permaneció quieto por un momento. Sentía el cuerpo como si hubiera sido presionado entre dos hojas de papel encerado con una plancha, una hoja caída capturada y preservada artificialmente, y no sin algo de dolor.

Se miró las manos. Las flexionó. Hizo crujir su cuello.

Habían comenzado las lecciones de su padre. Iban a reunirse regularmente. Y él estaba listo para aprender.

Abriendo y cerrando las manos, repasó los trucos que había aprendido. Trucos que eran... en realidad no eran trucos. No eran trucos en absoluto. Él era un monstruo. Un monstruo que recién ahora estaba empezando a comprender la utilidad de las escamas de su cuerpo, las llamas de su boca y las púas de su cola.

Era parecido a lo que le había sucedido después de la transición. Tenía que entender quien era él y cómo funcionaba su cuerpo.

Por suerte el Omega iba a ayudarlo. Como cualquier buen padre debería.

Cuando pudo entenderlo, Lash giró la cabeza y miró hacia arriba, recordando el lugar dónde John había estado de pie.

Había sido genial ver a su enemigo otra vez. Positivamente reconfortante.

Hallmark realmente debería idear una línea de tarjetas de venganza, de la clase que les enviarías a aquellas personas a las cuales ibas a perseguir para vengarte.

Lash se levantó cuidadosamente y giró sobre si mismo lentamente inspeccionando el lugar, observó el reloj del abuelo en un rincón cercano a la puerta principal, las pinturas al óleo y la mierda que había sido cuidadosamente conservada por la familia durante generaciones.

Entonces miró hacia el comedor.

*Las palas, pensó él, estaban en el garaje.*

Encontró un par de ellas alineadas contra la pared al lado del tablero dónde estaban colgadas las paletas del jardín y las tijeras de podar. La pala que eligió tenía mango de madera y una amplia palma roja esmaltada.

Cuando salió, se sorprendió al ver que todavía era de noche, ya que le parecía que había estado horas y horas con el Omega. ¿A menos qué esto fuera mañana? ¿O incluso el día después?

Lash dio la vuelta hacia el patio que había al costado de la casa y escogió un punto bajo el roble que ofrecía sombra a las amplias ventanas del estudio. Mientras cavaba, sus ojos ocasionalmente se dirigían hacia los paneles de cristal y a la habitación que había detrás de ellos. El sofá todavía tenía manchas de sangre, aunque era ridículo pensar en ello. Ya que, ¿Qué esperaba? ¿Qué se evaporaran de las fibras de seda?

Excavó una tumba de un metro y medio de profundidad, dos metros y medio de largo y un metro veinte de ancho.

El resultante montón de tierra era más grande de lo que había esperado, y olía como el césped después de un fuerte temporal de lluvia, almizcleña y dulce. O tal vez él fuera la parte dulce.

El creciente brillo que se veía en el este hizo que tirara la pala fuera del agujero y saltara fuera del hoyo. Tenía que moverse rápido antes de que saliera el sol y eso hizo. Puso a su padre primero. Su madre fue la segunda. Los arregló de forma que estuviesen acurrucados, con su padre sosteniéndola.

Los miró fijamente a ambos.

Le sorprendía que necesitara hacer esto antes de que pudiera mandar a otro escuadrón de hombres a la casa, a vaciar el lugar, pero en fin. Estos dos habían sido sus padres durante la primera parte de su vida, y aunque se hubiera dicho a si mismo que no le importaban una mierda, en realidad no era así. Él no iba a dejar que esos restrictores profanaran sus putrefactos cuerpos. ¿La casa? Bien, era un juego justo. Pero no sus cuerpos.

Con el sol levantándose, y los rayos solares colándose a través de las ramas frondosas del roble, hizo una llamada telefónica y luego puso la tierra en su lugar.

*Joder*, pensó cuando hubo terminado. El lugar realmente parecía una tumba, con su cumbre en forma de barra de pan abovedada por todo el desplazamiento.

Estaba devolviendo la pala a su lugar en el garaje cuando oyó el primer coche deteniéndose en la puerta principal. De él salieron dos restrictores, en el mismo momento que un segundo sedán entraba lentamente en la entrada para coches, seguido de un Ford-150 y un monovolumen.

El grupo olía tan dulce como la luz del sol mientras entraban en fila a la casa de sus padres.



El camión de mudanza U-Haul, conducido por el señor D fue el último en llegar.

Cuando el Restrictor Jefe se hizo cargo de la situación y comenzó el saqueo, Lash subió y tomó una ducha rápida en su antiguo cuarto de baño. Mientras se secaba, se acercó a su armario. Ropa... ropa... de cierta forma, lo que había estado vistiendo últimamente, ya no le daba la apariencia adecuada, así que sacó un alucinante traje Prada.

Su etapa militar de tipo minimalista estaba bien superada. Él ya no era el «buen soldadito» que estaba entrenando con la Hermandad.

Sintiéndose como toda una bestia sensual y atractiva, se acercó a la cómoda, abrió el cajón de accesorios, y...

¿Dónde mierda estaba su reloj? ¿El Jacob & Co. con diamantes?

*Qué demonios había...*

Lash miró a su alrededor y olió el aire de su habitación. Entonces encendió su visión azul para que las huellas de cualquiera que hubiese estado tocando su mierda se revelaran en rosado, como su padre le había enseñado.

En la cómoda había huellas frescas y sin ningún patrón, unas más intensas que aquellas que él había dejado días antes. Inhaló otra vez. *John había... John y Qhuinn habían estado aquí...* y uno de esos miserables hijos de puta había tomado su jodido reloj.

Lash recogió el cuchillo de caza de su escritorio y, con un rugido, lo lanzó a través de la habitación y aterrizó con la hoja primero en una de sus almohadas negras.

El señor D apareció en la puerta.

— ¿Señor? ¿Sucedo algo malo...?

Lash giró en redondo y le clavó el dedo al tipo, no para establecer un punto sino para usar otros de los regalos que le había dado su verdadero padre.

Pero entonces tomó un profundo aliento. Dejó caer el brazo. Y se enderezó el traje.

— Hazme... — tuvo que aclararse la garganta, para librarse de la ira.

— Hazme el desayuno. Quiero tomarlo en la terraza interior, no en la mesa del comedor.

El señor D se marchó, y aproximadamente diez minutos más tarde, cuando ya Lash no veía doble por la furia, bajó, y se sentó delante de un agradable despliegue de tocino, huevos, tostadas con mermelada y zumo de naranja.

Evidentemente el señor D había exprimido las naranjas él mismo. Lo cual, considerando lo bien que sabía la mierda, era suficiente justificación para no haber volado al hijo de puta en pedacitos dejando sólo sus botas de combate.

Los otros asesinos terminaron reuniéndose en la puerta de la terraza interior, observándolo comer como si estuviera realizando un truco de magia.

Justo cuando estaba tomando el último largo sorbo de su taza de café, uno de ellos dijo:

—¿Qué mierda eres tú?

Lash se limpió la boca con la servilleta y serenamente se quitó la chaqueta. Mientras se ponía de pie, iba desabrochando los botones de la camisa color rosa pastel.

—Yo soy su jodido Rey.

Diciendo eso, se abrió la camisa y mentalmente dispuso que su piel se abriera sobre el esternón. Con las costillas ampliamente abiertas, desnudó los colmillos y expuso su negro y palpitante corazón.

El grupo entero de los restrictores brincó hacia atrás. Uno hasta se santiguó, el hijo de puta.

Lash tranquilamente cerró su pecho, abrochó de nuevo la camisa y se sentó nuevamente.

—Más café, señor D.

El cowboy parpadeó estúpidamente un par de veces, dando una excelente actuación de una oveja confrontando un problema de matemáticas.

—Sí... Sí, Señor.

Lash volvió a levantar la taza y afrontó los pálidos rostros que tenía frente a él.

—Bienvenidos al futuro, señores. Ahora pongan su culo en movimiento, quiero el primer piso de este lugar vacío antes de que llegue el cartero a las diez y media.

## Capítulo 54



El centro comunitario del este de Caldwell estaba ubicado entre Caldie Pizza & Mexican y la Caldwell Tennis Academy, en la avenida Baxter. Alojado en una enorme granja antigua, que había sido construida hacía muchísimo tiempo cuando los acres circundantes habían sido usados como terrenos de cultivo de maíz, el lugar tenía un bonito césped delantero, un asta de bandera y algunos setos meciéndose en la parte de atrás.

Cuando Phury se materializó detrás de las instalaciones, en lo único que podía pensar era en irse otra vez. Comprobó su reloj de pulsera. Diez minutos.

Diez minutos de tener que mantenerse a raya a sí mismo.

Dios mío, quería humo rojo. Su corazón estaba corriendo carreras dentro de sus costillas, sentía las palmas como esponjas chorreantes y la picazón que sentía en la piel le estaba volviendo *loco*.

Tratando de pasar de su cuerpo, miró el aparcamiento. Allí había unos veinte coches, sin ninguna relación de marcas ni de modelos. Había camionetas y Toyotas, un Saab descapotable, un Volkswagen Escarabajo rosa, tres monovolumenes y un MINI Cooper.

Metió las manos en los bolsillos y caminó sobre la hierba hacia la acera que rodeaba el edificio. Cuando llegó al tramo de asfalto que formaba el paseo y el aparcamiento, siguió por él hasta llegar a las puertas dobles de debajo de la pérgola de aluminio.

Dentro, el lugar olía a coco. Tal vez por la cera del suelo de linóleo.

Justo cuando estaba pensando seriamente en salir corriendo, un humano salió por una puerta, el sonido de una cisterna de inodoro se fue haciendo cada vez más débil al ir cerrándose tras él la puerta rotulada «HOMBRES».

—¿Es usted amigo de Bill W? —preguntó el tipo mientras se secaba las manos con una toalla de papel. Tenía amables ojos castaños, como los de un perro perdiguero, y una chaqueta de un tejido similar al tweed que parecía demasiado abrigada para el verano. La corbata era de punto.

— Ah, no lo sé.

— Bueno, si andas buscando la reunión, es abajo en el sótano. — Su sonrisa era tan natural y sociable que Phury casi se la devolvió antes de que recordase las diferencias dentales entre las especies—. Voy hacia allí ahora, si quieres puedes venir conmigo. Si quieres esperar un poco, también está bien.

Phury miró hacia abajo a las manos del hombre. Todavía estaba secándolas, adelante y atrás, de acá para allá.

— Estoy nervioso — dijo el tipo —. Me sudan las manos.

Phury sonrió un poco.

— Sabes... creo que quizás vaya contigo.

— Bien. Soy Jonathon.

— Yo soy Ph-Patrick.

Phury se alegró de que no se dieran la mano. Él no tenía una toalla de papel, y el tener las manos en los bolsillos estaba empeorando el estado de sus propias palmas sudorosas.

El sótano del Centro Comunitario del Este de Caldwell tenía paredes de bloques de cemento que estaban blanqueadas en un tono crema; el suelo alfombrado con una moqueta, de alto tránsito de pelo corto color café oscuro; y una gran cantidad de luces fluorescentes en el bajo cielo raso. La mayor parte de las treinta y tantas sillas que estaban distribuidas en un gran círculo tenían ya un ocupante, y cuando Jonathon se encaminó a una vacante en el centro de la habitación, Phury le hizo un gesto con la cabeza como diciendo «te veo más tarde» y eligió una tan cerca de la puerta como le fue posible.

— Son las nueve en punto — dijo una mujer de corto cabello negro. Poniéndose de pie, leyó de un trozo de papel—. «Todo lo que se dice aquí, queda aquí. Cuando alguien habla, no hay conversaciones laterales o cruzadas...»

No oyó el resto porque estaba demasiado ocupado observando quien estaba allí. Nadie más llevaba Aquascutum como él, y eran todos humanos. Cada uno de ellos. El rango de edad iba desde los jóvenes de veinte hasta finales de los cuarenta, puede que porque la hora del día era conveniente para personas que trabajaban o iban a la universidad.

Mirando fijamente sus rostros, trató de imaginarse qué habría hecho cada uno de ellos para terminar aquí, en este sótano sombrío que olía a coco, con sus traseros plantados en plástico negro.

No pertenecía a aquí. Ésta no era su gente, y no sólo porque ninguno de ellos tuviera colmillos y un problema con la luz del sol.

Se quedó de todas formas, porque no tenía ninguna otra parte a dónde ir, y se preguntó si eso podría ser cierto para algunos de ellos también.

—Éste es un grupo de charlas —dijo la mujer—, y esta noche va a hablar Jonathon.

Jonathon se puso de pie. Sus manos estaban todavía manoseando los restos de la toalla de papel, frotándoselas de acá para allá sobre lo que ahora parecía un manoseado cigarrillo Bounty.

—Hola, mi nombre es Jonathon. —Un murmullo de «holas» rebotó por la habitación—. Y soy un adicto a las drogas. Yo... Yo, ah, he consumido cocaína durante cerca de una década y lo perdí casi todo. He sido encarcelado dos veces. He tenido que declararme en bancarrota. Perdí mi casa. Mi esposa... Ella, ah, ella se divorció de mí y se mudó de estado con mi hija. Inmediatamente después de eso, perdí mi empleo como profesor de física porque simplemente iba de juerga en juerga.

»Llevo limpio desde, si, el pasado agosto. Pero... todavía pienso en consumir. Vivo en una casa de transición porque pasé por rehabilitación y tengo un nuevo puesto. Empecé hace dos semanas. De hecho, enseñé en una prisión. La prisión en la que estuve preso. Matemáticas, son matemáticas. —Jonathon se aclaró la voz—. Sí... Entonces, ah, hace un año esta noche... Hace un año esta misma noche estaba en un callejón en el centro. Estaba comprándole a un distribuidor y nos sorprendieron. No los polizontes. Sino el tipo en cuyo territorio estábamos. Me dispararon en el costado y en el muslo. Yo...

Jonathon se aclaró la garganta otra vez.

—Mientras yacía allí sangrando, sentí que me movían los brazos. El que disparó me sacó el abrigo, la cartera y el reloj de pulsera, luego me golpeó con la pistola en la cabeza. Yo en realidad... Yo en realidad no debería estar aquí ahora. —Hubo un montón de *ajás* murmurados—. Comencé a venir a reuniones de este tipo porque no tenía ningún otro sitio al que ir. Ahora elijo venir aquí porque quiero estar donde estoy esta noche más de lo que quiero estar colocado. Algunas veces... algunas veces ese margen por el que me

decido a venir aquí, es muy pequeño, así que no planeo el futuro más allá del próximo martes a las nueve en punto. Cuando venga aquí otra vez. Así que, si, es ahí donde he estado y donde estoy.

Jonathon se sentó de nuevo.

Phury esperaba que la gente lo acosara con preguntas y comentarios. En lugar de eso, alguien más se puso de pie.

—Hola, mi nombre es Ellis...

Y eso fue todo. Persona tras persona brindando testimonio sobre su adicción.

Cuando eran las nueve cincuenta y tres, según el reloj de la pared, la mujer de cabello negro se puso de pie.

—Y ahora la Oración de Serenidad.

Phury se puso de pie con el resto de ellos y se sobresaltó cuando alguien trató de tomar su mano.

Sin embargo, su palma ya no estaba mojada.

No sabía si iba a ser a largo plazo. El hechicero había estado con él gran cantidad de años y le conocía como a un hermano. Lo único que si sabía con seguridad era que el siguiente martes a las nueve de la noche en punto iba a estar aquí otra vez.

Salió con los demás, y cuando el aire de la noche le golpeó, casi se dobló por la necesidad de encender un porro.

Mientras todos los demás se dispersaban hacia sus coches, los motores arrancaban y los focos delanteros se encendían, se sentó en uno de los columpios con las manos en las rodillas y los pies plantados en el parche de tierra desnuda.

Por un segundo, creyó que estaba siendo observado... aunque tal vez la paranoia fuera una fase de la recuperación, quién coño lo sabía.

Después de unos diez minutos, encontró una sombra oscura y se desmaterializó hacia el norte, hacia la propiedad de Rehv.

Cuando tomó forma detrás del gran y ostentoso rancho de las Adirondack, lo primero que vio fue una silueta detrás de las puertas de cristal corredizas del refugio.

Cormia lo estaba esperando.

Deslizándose fuera, cerró suavemente la puerta corrediza y cruzó los brazos para darse calor. El jersey tejido de lana irlandesa que llevaba era de él, y las mallas se las había

pedido prestadas a Bella. Tenía el cabello largo hasta por debajo de las caderas y lo llevaba suelto, las luces que se derramaban a través de las ventanas de cristal del rancho hacían que resplandeciera como el oro.

—Hola —dijo ella.

—Hola.

Avanzó, pasando del césped a la terraza de piedra.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Bien, eso significa que puedo calentarte. —Abrió los brazos, y ella se metió entre ellos. Incluso a través del grueso suéter, sentía su cuerpo contra el de él—. Gracias por no preguntar cómo me fue. Todavía estoy intentando... Realmente, no sabría qué decirte.

Ella desplazó las manos desde su cintura hasta sus hombros.

—Me lo dirás siempre y cuando estés listo.

—Voy a volver.

—Bien.

Se sostuvieron el uno al otro en la noche fresca, dándose calor mutuamente, mucho calor.

Él le deslizó los labios por la oreja y susurró:

—Quiero estar dentro de ti.

—Sí... —le respondió, arrastrando la palabra.

Dentro no podrían estar a solas, pero aquí si lo estaban, bajo el tranquilo y oscuro abrigo del rancho. Empujándola hacia atrás, internándose más profundamente entre las sombras, metió las palmas de las manos por debajo del borde del suéter y las deslizó sobre la piel de su *shellan*. Suave, cálida, y vital, se arqueó bajo su toque.

—Dejaré que te quedes con la parte superior puesta —dijo—. Pero nos desharemos de esas mallas.

Enganchando los pulgares en la pretina, se las bajó hasta los tobillos y se las sacó por los pies.

—No tienes frío, ¿verdad? —le preguntó, aún cuando podía sentir y captar el aroma de su respuesta.

—En absoluto.

La pared del rancho era de piedra, pero sabía que ese pesado tejido irlandés le serviría de colchón para los hombros.

—Reclínate hacia atrás para mí.

Mientras lo hacía, le rodeó la cintura con el brazo para protegerla aún más y con la mano libre encontró su pecho. La besó profunda, larga y lentamente, y la boca de ella se movió bajo la suya de formas que eran a la vez familiares y misteriosas... pero, bueno, hacerle el amor siempre era así, ¿cierto? A esas alturas, estaba bien familiarizado con ella por dentro y por fuera... no había nada de él que no hubiera estado en su interior de una u otra forma. Y aún así estar con ella era tan asombroso como la primera vez.

Era la misma, y sin embargo siempre era distinta.

Y ahora ella era consciente de lo que le estaba ocurriendo. Sabía que necesitaba ejercer el control sobre ambos en ese momento, sabía que necesitaba ser el que dirigiera. En ese instante, necesitaba hacer algo que fuera correcto y bello y hacerlo bien, porque después de esa reunión en todo lo que podía pensar era en toda la fealdad que había vivido y que le había hecho vivir a los demás, y que casi le hace vivir a ella.

Se tomó su tiempo, hundiendo la lengua en su boca y luego retirándola, acariciándole el pecho, y las inversiones tuvieron un dividendo que hizo que su erección prácticamente se abriera camino a puñetazos para salir de sus pantalones: Cormia se derritió entre sus brazos, volviéndose fluida y ardiente.

Su mano flotó hacia abajo.

—Creo que debería asegurarme de que no se esté colando ninguna corriente de aire.

—Por favor... hazlo —gimió ella, dejando caer la cabeza a un lado.

No estaba seguro de si ella exponía su garganta a propósito, pero a sus colmillos no les importó. Instantáneamente se prepararon para la penetración, bajando de su mandíbula superior, afilados y hambrientos.

Metió la mano entre sus muslos, y el húmedo calor que encontró hizo que se le doblaran las rodillas. Había tenido la intención de continuar haciendo las cosas lentamente, pero no habría más de eso.

—Oh, Cormia —gimió, deslizándose las manos alrededor de los contornos de sus caderas y alzándola. Su cuerpo le separó los muslos ampliamente—. Desabrocha mis pantalones... Libérame...



Mientras su aroma de vinculación rugía, ella liberó su erección y los unió con un deslizamiento que no le demandó ningún esfuerzo pero que sin embargo estaba lleno de poder.

Volvió a echar la cabeza atrás mientras él la sostenía y la hacía oscilar hacia delante y hacia atrás para que lo cabalgara. También tomó su vena en una hazaña de coordinación que fue pan comido.

Justo cuando sus colmillos abrían una brecha en la dulce piel de su cuello, los brazos de ella se ciñeron sobre sus hombros, y las manos se cerraron sobre su camisa arrugándola dentro de los puños.

— Te amo...

Por una fracción de segundo, Phury se congeló.

Fue un momento muy puro para él, en todo aspecto, la percepción de su peso en la palma de las manos, su centro rodeándole el sexo, su garganta en la boca y el aroma de ambos mezclándose y el olor del bosque y el aire claro como agua. Distinguía el equilibrio entre su pierna completa y su prótesis y cómo le tiraba la camisa bajo los brazos porque ella la había acumulado dentro de sus puños. Distinguía el golpeteo de su pecho contra el suyo, el pulso de ambas sangres la de ella y la suya, la acumulación de la tensión erótica.

Sin embargo, lo principal, era que distinguía el soporte que era el amor del uno por el otro.

No podía recordar nada que hubiera sido así de intenso, así de verdadero.

Éste era el don de la recuperación, pensó. La capacidad de estar aquí en este momento con la hembra que amaba y poder estar completamente consciente, completamente despierto, completamente activo. Sin diluir.

Pensó en Jonathon y la reunión y lo que el tipo había dicho: *Quiero estar donde estoy esta noche más que lo que quiero estar colocado.*

*Sí. Maldita sea... Sí.*

Phury empezó a moverse de nuevo, tomando y dando por turnos.

Jadeante y sobreexcitado, siguió experimentando cómo llegaban juntos... lo experimentó vívidamente.

## Capítulo 55



Xhex salió del club a las cuatro y doce de la madrugada. El personal de limpieza estaba abocado a su tarea de aspirar, frotar y sacar brillo, y se encargarían de cerrar las puertas ya que ella había dejado las alarmas listas para activarse automáticamente a las ocho en punto. Las cajas registradoras estaban vacías, y la oficina de Rehvenge no sólo estaba cerrada con llave sino que además era impenetrable.

Su Ducati la estaba esperando en una esquina del garaje privado donde se estacionaba el Bentley cuando Rehv no necesitaba sus ruedas. Sacó la motocicleta negra, la montó mientras la puerta rodaba hasta cerrarse, y encendió a la perra de un puntapié.

Nunca usaba casco.

Siempre llevaba puestos pantalones de cuero y su chaqueta de motorista.

La motocicleta rugió entre sus piernas, y para ir a casa decidió tomar el camino largo, que zigzagueaba entrando y saliendo del laberinto de calles de una sola vía del centro de la ciudad, para luego llevar la Ducati hacia la autopista Norte. Iba a más de cien cuando sobrepasó a un coche de la policía que estaba estacionado bajo los pinos, en la franja central de la carretera.

Nunca llevaba las luces encendidas.

Lo cual explicaba por qué, asumiendo que hubiera activado el radar del tipo y que él no estuviera durmiendo detrás de su insignia, no fue detrás de ella. Era difícil perseguir lo que no se podía ver.

Tenía dos casas en Caldwell para ir a descansar: un apartamento que quedaba en un sótano en el centro de la ciudad, que utilizaba cuando necesitaba un lugar de retiro con urgencia, y una aislada cabaña de dos dormitorios ubicada a orillas del río Hudson.

El camino de tierra que llevaba hacia su propiedad a orillas del río no era más que una senda, debido a que había dejado crecer la maleza durante los últimos treinta años. En la parte más alejada de esa maraña, la cabaña de pesca de los años veinte descansaba sobre un terreno de tres hectáreas, era una casa sólida pero sin ningún atractivo. El garaje estaba

separado de la casa y ubicado del lado derecho del terreno, y eso había sido un importante valor agregado en el momento de comprar la propiedad. Era la clase de hembra que le gustaba mantener mucho armamento a su alrededor, y el guardar las municiones fuera de la casa reducía la posibilidad de que explotara accidentalmente en sueños.

La moto entró al garaje. Ella entró a la casa.

Al entrar por la cocina, se deleitó por la manera en la que olía el lugar: a viejos tablones de pino del techo, las paredes y los suelos, y a dulce cedro de los armarios que habían sido contruidos para guardar el equipo de caza.

No tenía un sistema de seguridad. No creía en ellos.

Se tenía a sí misma. Y eso siempre había sido suficiente.

Después de tomarse una taza de café instantáneo, entró a su dormitorio y se despojó de toda la ropa de cuero. Vestida sólo con el sostén y las bragas deportivas color negro, se tendió en el suelo desnudo y se preparó a sí misma.

A pesar de ser tan fuerte, siempre necesitaba un momento para juntar el valor necesario.

Cuando estuvo lista, llevó las manos hasta sus muslos, para quitarse las fajas con púas de metal que llevaba incrustadas en su piel y músculos. Las cerraduras de los cilicios se soltaron con un estallido, y gimió cuando la sangre empezó a manar de sus heridas. Con la visión titilando, se hizo un ovillo y se tendió sobre un costado, intentando respirar por la boca.

Esa era la única manera en que podía controlar su lado *sympath*. El dolor era su automedicación.

Cuando su piel se tornó resbaladiza por la sangre, y el sistema nervioso se estabilizó, sintió un hormigueo recorriéndole el cuerpo. Lo consideró como una recompensa por ser fuerte, por mantener la cordura. Seguramente era algo químico, no era otra cosa que endorfinas de la variedad de jardín corriendo por sus venas, pero había algo mágico en esa rítmica y chispeante sensación de hormigueo.

Era en momentos como ese en que se sentía tentada de comprar algo de mobiliario para adecuar al lugar, pero ese impulso era fácil de resistir. El suelo de madera era mucho más fácil de limpiar.

Cuando ya había comenzado a respirar mejor, el corazón estaba bajando el ritmo y el cerebro comenzaba a encenderse nuevamente algo asomó repentinamente a su mente, que revirtió la tendencia a la estabilización.

*John Matthew.*

John Matthew... ese bastardo. Por amor de Dios, él tenía, como ¿Qué? ¿Unos doce años? ¿Qué demonios se pensaba, tratando de seducirla?

Se lo imaginó bajo las luces del cuarto de baño del entresuelo, con el rostro de un guerrero, no el de un muchacho joven, y con el cuerpo de un macho que podía satisfacer, no el de un chico tímido con problemas de autoestima.

Estirando la mano hacia el costado, acercó los pantalones de cuero y sacó la toalla de papel doblada que él le había dado. Al desplegarla, leyó lo que había escrito.

*La próxima vez di mi nombre. Tu orgasmo será mucho más prolongado.*

Gruñó y arrugó la maldita cosa. La mitad de su mente la instaba a levantarse y quemarla.

En cambio, deslizó la mano libre entre sus piernas.

Mientras salía el sol y la luz se derramaba en su dormitorio, Xhex imaginó a John Matthew acostado de espaldas debajo de ella, impulsando eso que había visto en sus vaqueros hacia arriba para encontrarse con los empujes de su cabalgada...

No podía creer que estuviera teniendo esa fantasía. Y estaba molesta como el infierno con él por eso. Hubiera cortado con esa mierda de inmediato, de haber podido.

Pero lo único que hizo fue pronunciar su nombre.

Dos veces.

## Capítulo 56



La Virgen Escriba tenía problemas con la autoridad.

Lo cual no era algo tan malo considerando que era una diosa, creadora de un mundo entero dentro del mundo y forjadora de una historia dentro de la historia del universo.

Sinceramente. No era algo malo.

Bien, hasta podía ser considerado algo bueno... si se usaba con moderación.

La Virgen Escriba flotó hasta el santuario sellado que tenía en sus habitaciones privadas, y con su voluntad, abrió las puertas dobles. De la habitación recién abierta salió neblina, que se derramó y onduló como tela de satén en el viento. Cuando la condensación del ambiente retrocedió, su hija fue revelada, el poderoso cuerpo de Payne permanecía en estado de suspensión inanimada en el aire.

Payne era igual a su padre: agresiva, calculadora y poderosa.

Peligrosa.

No había habido lugar entre las Elegidas para una hembra como Payne. Tampoco había habido lugar para ella en el mundo de los vampiros. Cuando tuvo lugar ese último acto final suyo, la Virgen Escriba había aislado allí a la hija, que no encajaría en ninguna parte, para mantener a todo el mundo seguro.

*Ten fe en tu creación.*

Las palabras del *Primale* habían estado resonando en su mente desde que las había pronunciado. Y exponían una verdad que había estado enterrada en la misma base de los pensamientos más privados y los temores de la Virgen Escriba.

La vida de los machos y las hembras a quienes ella había convocado del estanque biológico, con el don de su voluntad no podían ser almacenadas en secciones separadas como los libros de la biblioteca del Santuario. Ciertamente el orden era algo atractivo, al igual que la seguridad y la protección que brindaba. Pero sin embargo, la Naturaleza en sí misma y el carácter de los seres vivos, eran desordenados e imprevisibles, y no admitían el confinamiento.

*Ten fe en tu creación.*

La Virgen Escriba podía ver muchas cosas de las que estaban por venir, legiones enteras de triunfos y tragedias, pero eran meros granos de arena en la inmensidad de una playa. La totalidad del destino, no la podía prever: Ya que el futuro de la raza que ella había creado estaba ligado demasiado estrechamente a su propio destino, la prosperidad o la desaparición de su gente le era desconocida e imposible de discernir.

Lo único que podía ver en su totalidad era el presente, y el *Primale* tenía razón. Sus amados hijos no estaban prosperando, y si las cosas seguían como hasta ahora, pronto no quedaría nada de ellos.

El cambio era la única esperanza que tenían para el futuro.

La Virgen Escriba se sacó la capucha negra de la cabeza y la dejó caer sobre la espalda. Extendiendo la mano, envió un caluroso torrente de moléculas hacia su hija a través del aire inmóvil.

Los ojos diamantinos de Payne, tan parecidos a los de su hermano gemelo Vishous se abrieron súbitamente.

—Hija —llamó la Virgen Escriba.

No se sorprendió por la respuesta.

—Jódete.

## Capítulo 57



Más de un mes después, Cormia se despertó de la misma forma en la que ya se estaba acostumbrando a recibir la caída de la noche.

Las caderas de Phury apretadas contra las suyas, su cuerpo saludándola con una erección dura como la piedra. Probablemente aún estuviera dormido, y al rodar sobre el estómago y hacerle lugar, sonrió, sabiendo cual sería su respuesta. Si, estuvo sobre ella al instante, su cuerpo la cubrió como una manta cálida, envolvente y...

Gimió cuando la penetró.

—Mmmm —le dijo al oído—. Buenas tardes, *shellan*.

Cormia sonrió e inclinó la columna vertebral para que pudiera entrar aún más profundamente

—*Hellren* mío, cómo estás tú...

Ambos gimieron cuando él se introdujo más, la poderosa estocada llegándole directamente al alma. Mientras la montaba lenta y dulcemente, hociendo su nuca, pellizcándola con los colmillos, juntaron las manos y entrelazaron los dedos.

Aún no estaban oficialmente emparejados, ya que había habido mucho que hacer con las Elegidas, quienes querían saber cómo era este mundo. Pero siempre estaban juntos, en todo momento, y Cormia no podía imaginar cómo alguna vez habían podido vivir separados.

Bueno... había una noche a la semana en la cual se separaban por un rato. Phury iba todos los martes a su reunión de DA.

Dejar el humo rojo era muy duro para él. Había veces en que se ponía tenso o sus ojos perdían el enfoque, o tenía que luchar para no estallar ante una situación que le molestara. Había tenido sudores diurnos durante las primeras dos semanas, y aunque estaban disminuyendo, su piel todavía pasaba por periodos en los cuales se ponía hipersensible.

Sin embargo, no había tenido ni una sola recaída. Sin importar cómo de mal se pusieran las cosas, no se daba por vencido. Y tampoco había ingerido nada de alcohol.

Independientemente de eso, sí habían estado teniendo mucho sexo. Lo cual a ella le parecía genial.

Phury se retiró y la puso de espaldas. Cuando se volvió a acomodar en su lugar, encima de ella, la besó apasionadamente, llevó las palmas de las manos hacia sus pechos, acariciándole con la punta de los dedos los erectos pezones. Arqueándose, deslizó las manos entre sus cuerpos, tomó su erección y le acarició como a él le gustaba, de la base a la punta, de la base a la punta.

Sobre la cómoda, el móvil emitió un pitido, pero lo ignoraron mientras ella sonreía ampliamente y lo guiaba nuevamente a su interior. Cuando fueron uno nuevamente, explotó una tormenta de fuego que los envolvió, confiriéndole urgencia a su ritmo. Aferrándose a los hombros ondulantes de su amor e imitando sus empujes, fue llevada flotando hacia las alturas por él, y con él.

Después de pasado y mitigado el ímpetu, abrió los ojos y fue acogida por la cálida mirada amarilla que le daba una sensación de bienestar interior.

— Adoro despertarme — dijo él, besándola en la boca.

— Yo también...

La alarma contra incendios que había en el hueco de las escaleras se activó, su agudo chillido era el tipo de cosas que te hacían desear haber nacido sordo.

Phury se echó a reír y rodó a un lado, apretándola contra su pecho.

— Cinco... cuatro... tres... dos...

— ¡Peeerrrrrdooooooooooooón! — clamó Layla desde el pie de las escaleras.

— ¿Qué fue esta vez, Elegida? — preguntó también gritando.

— Huevos revueltos — fue su grito de respuesta.

Phury sacudió la cabeza y le susurró a Cormia.

— Ves, yo pensaba que habían sido las tostadas.

— Eso no hubiera sido posible. Rompió la tostadora ayer.

— ¿En serio?

Cormia asintió.

— Intentó poner un pedazo de pizza. El queso.



— ¿Por todas partes?

— Por todas partes.

Phury gritó.

— Está bien, Layla. Siempre puedes limpiar la sartén e intentarlo de nuevo.

— No creo que la sartén vuelva a funcionar otra vez — fue la respuesta que le llegó.

Phury bajó la voz.

— Ni pienso preguntar por qué.

— ¿No es de metal?

— Debería serlo.

— Será mejor que vaya a ayudarlo. — Cormia se incorporó y le gritó —: ¡Ya bajo, mi hermana! En dos segundos.

Phury tiró de ella para besarla, y luego la dejó marchar. Se dio una ducha rápida, es decir a la velocidad del relámpago, y salió vestida con unos vaqueros y una de las camisas Gucci de Phury.

Tal vez se debiera a que durante años se había vestido con túnicas amplias, pero el hecho era que no le gustaba usar ropa apretada. Lo cual a su *hellren* le parecía muy bien, porque le gustaba verla luciendo sus prendas.

— Ese color te queda perfecto — dijo arrastrando las palabras, mientras la miraba trenzarse el cabello.

— ¿Te gusta el color lavanda? — Giró sobre sí misma exhibiéndose ante él, y en la miraba amarilla se encendió una chispa.

— Oh, sí. Me gusta. Ven aquí, Elegida.

Ella se puso las manos en las caderas y en ese momento, comenzó a sonar el piano en la planta baja. Escalas. Lo cual significaba que Selena se había despertado.

— Tengo que bajar, antes de que Layla incendie la casa.

Phury sonrió con esa sonrisa que ostentaba cuando se la estaba imaginando, muy, pero muy desnuda.

— Ven aquí, Elegida.

— ¿Qué te parece si voy y regreso con comida?

Phury tuvo la audacia de echar a un lado la enredada sábana y ponerse la mano sobre la dura y gruesa erección.

—Sólo tú tienes lo que necesito para saciar mi hambre.

Una aspiradora se unió al coro de sonidos que venía desde abajo, con lo que quedó claro quien más se había levantado. Amalya y Pheonia sacaban pajuelas todos los días para ver quién iba a usar la Dyson. No importaba que las alfombras del gran rancho de Rehvenge lo necesitaran o no... siempre eran aspiradas.

—Dos segundos —dijo, sabiendo que si se ponía al alcance de sus manos, iban a estar uno sobre el otro—. Entonces regresaré y podrás alimentar mi boca, ¿qué te parece?

El macizo cuerpo de Phury se estremeció, giró los ojos en las órbitas poniéndolos en blanco.

—Oh, sí. Eso es... Oh, *sí*, ese es un muy buen plan.

Su teléfono emitió un pitido de recordatorio, y él gimiendo, extendió la mano hacia la mesita de noche.

—De acuerdo vete ahora, antes de que te impida salir de aquí por una hora. O cuatro.

Ella río y se encaminó hacia la puerta.

—Dios... querido.

Cormia se giró hacia él.

—¿Qué pasa?

Phury se sentó lentamente, sosteniendo el teléfono en las manos como si valiera más que los cuatrocientos dólares que había pagado por él la semana anterior.

—¿Phury?

Él lo sostuvo ante ella, mostrándole la pantalla.

El mensaje era de Zsadist:

*Niña, hace dos horas. Nalla. Espero que estés bien. Z.*

Se mordió el labio y suavemente le puso una mano sobre el hombro.

—Debes regresar a la casa. Debes ir a verlo. A verlos.

Phury tragó con fuerza.

—Sí. No lo sé. No voy a regresar allí... pienso que quizá sea mejor así. Wrath y yo podemos hacer lo que necesitamos por medio del teléfono y... Sí. Mejor no.

—¿Vas a contestarle el mensaje?

—Lo haré. —Se cubrió las caderas con la sábana y se quedó mirando fijamente al teléfono.

Después de un momento, ella le dijo:

— ¿Te gustaría que lo hiciera yo por ti?

Asintió.

— Por favor. Hazlo en nombre de los dos. ¿vale?

Besó la cima de su cabeza y escribió:

*Bendiciones para ti, para tu shellan y tu hija. Estamos contigo en espíritu, con cariño. Phury y Cormia.*

La siguiente tarde, Phury estuvo tentado de no ir a la reunión de DA. Muy tentado.

No supo con seguridad qué fue lo que lo decidió a ir. Ni siquiera se dio cuenta de cómo llegó allí.

Todo lo que quería era encender un porro para no sentir el dolor. Pero, ¿en qué clase de persona horrible se había convertido que sentía aflicción? Uno diría que el hecho de que la hija de su gemelo hubiera venido al mundo sana, que Z ahora fuera padre, que Bella hubiera sobrevivido y que la niña estuviera bien... le daría motivos para sentirse encantado y aliviado. Era todo por lo que él y los demás habían estado orando.

No cabía duda, de que debía ser el único que estaba jodiéndose la cabeza con eso. El resto de los Hermanos debía estar ocupado brindando por Z y su nueva hija y consintiendo a Bella. Las celebraciones durarían semanas y Fritz estaría extasiado preparando muchas comidas especiales y ceremonias.

Phury podía imaginárselo. La gran entrada de la mansión estaría cubierta con telas colgadas, de color verde brillante, por el linaje de Z, y púrpura, por el de Bella. Se colgarían coronas de flores en cada una de las puertas de la casa, incluso en los armarios y gabinetes, para simbolizar que Nalla había pasado a este lado. Las chimeneas se dejarían encendidas durante días con dulces leños, esos que ardían lentamente, con piezas de madera tratada cuyas llamas de color rojo arderían como símbolo de la nueva sangre amada.

Al comienzo de la vigésimo cuarta hora de nacimiento, todas las personas de la casa llevarían a los orgullosos padres enormes lazos entretejidos con cintas de sus colores familiares. Los lazos se atarían en las barras de la cuna de Nalla, como compromiso de velar por ella a lo largo de su vida. Al final de la hora, el lugar donde tuviera apoyada la

preciosa cabecita estaría cubierto con una cascada de lazos de raso, cuyas largas puntas llegarían hasta el suelo formando un río de amor.

A Nalla le regalarían invaluables joyas, estaría cubierta con ropajes de terciopelo y sería sostenida por brazos gentiles. Sería apreciada por el milagro que era, y su nacimiento le daría regocijo a los corazones de aquellos que habían aguardado con esperanza y temor el momento de darle la bienvenida.

Sí... Phury no supo qué lo impulsó a ir al centro comunitario. Y no supo cómo había hecho para atravesar esa puerta y entrar en ese sótano. Tampoco supo qué lo indujo a quedarse.

Lo que sí sabía era que cuando regresó a la casa de Rehvenge, no pudo entrar.

En su lugar se sentó en la terraza de la parte trasera, en una silla tejida de mimbre, bajo las estrellas. Tenía la mente en blanco. Y a su vez la tenía absolutamente colmada.

En algún momento salió Cormia y le puso la mano en el hombro, como siempre hacía cuando percibía que estaba muy concentrado en sus pensamientos. Le besó la palma de la mano y ella le dio un beso en los labios y volvió a entrar, probablemente para seguir trabajando en los planos del nuevo club de Rehvenge.

Era una noche tranquila y definitivamente fría. De vez en cuando soplaba el viento y se colaba entre las copas de los árboles, las hojas otoñales crujían entrechocándose entre ellas con un sonido arrullador como si disfrutaran de su atención.

Detrás de él en la casa, podía oír el futuro. Las Elegidas estaban extendiendo los brazos hacia este mundo, aprendiendo cosas sobre ellas mismas y sobre este lado. Estaba muy orgulloso de ellas, y supuso que de cierta forma se parecía a los *Primale* de la vieja tradición, ya que mataría para proteger a sus hembras y haría lo que fuera por ellas.

Pero era un amor paternal. Su amor de macho era para Cormia, pura y exclusivamente para ella.

Phury se frotó el centro del pecho y permitió que las horas pasaran, a su propio ritmo, y que el viento soplara en ráfagas como lo hacía, con su propia fuerza. La luna alcanzó su ápice en el cielo y comenzó a descender. Dentro de la casa, alguien puso ópera. Gracias a Dios, alguien la cambió a hip-hop. Alguien encendió una ducha. Alguien pasó la aspiradora. Otra vez.

La vida. En toda su mundana majestad.

Y no se podía disfrutar de ella, si uno permanecía sentado sobre su trasero en las sombras... tanto si se estaba hablando literalmente, o metafóricamente porque estabas atrapado en la oscuridad de un adicto.

Phury bajó la mano y tocó la pantorrilla de su prótesis. Había llegado hasta aquí con sólo una parte de su pierna. Y viviría el resto de su vida sin su gemelo y sin sus hermanos... podía hacer eso, también. Tenía mucho que agradecer, y eso tendría que ser compensación suficiente.

No siempre se sentiría tan vacío.

Alguien en la casa volvió a poner la ópera.

*Oh, mierda.* Puccini esta vez.

«Che Gelida Manina».

De todas las opciones que tenían, ¿por qué escoger el único solo que seguramente le haría sentir peor? Dios, no había vuelto a escuchar *La Bohème* desde... bueno, desde lo que parecía una eternidad. Y el sonido que había amado tanto oprimió sus costillas tan estrechamente, que no podía respirar.

Phury apretó los brazos de la silla y comenzó a ponerse de pie. Sencillamente era incapaz de escuchar la voz de ese tenor. Ese glorioso y encumbrado tenor le recordaba tanto a...

Zsadist apareció en el límite del bosque. Cantando.

Estaba cantando... era el tenor que oía Phury, no era un CD dentro de la casa.

La voz de Z navegaba los picos y los valles del aria mientras avanzaba por el césped, acercándose cada vez más con cada resonante palabra perfectamente afinada. El viento se convirtió en la orquesta del Hermano, haciendo flotar esos espectaculares sonidos que salían de su boca y abrían una brecha sobre el césped y los árboles, elevándose hacia las montañas y los cielos que era el único lugar en dónde un talento como ese podía haber nacido.

Phury se puso de pie como si la voz de su gemelo y no sus propias piernas, lo hubiera levantado de la silla. Este era el agradecimiento que no había sido pronunciado. Ésta era la gratitud por el rescate y la apreciación por la vida que vivía. Esa era la garganta abierta de un padre maravillado, al que le faltaban las palabras para expresarle cómo se

sentía a su hermano y que necesitaba la música para demostrarle todo lo que hubiera deseado poder decirle.

— Ah, demonios... Z —susurró Phury en medio de la gloria.

Cuando el solo alcanzó su punto culminante, y las emociones del tenor golpearon con mayor intensidad, uno por uno los miembros de la Hermandad fueron apareciendo, emergiendo desde la oscuridad, librándose de la noche. Wrath. Rhage. Butch. Vishous. Todos estaban vestidos con el atuendo ceremonial blanco que debían usar para honrar la vigésimo cuarta hora de nacimiento de Nalla.

Zsadist cantó la última delicada nota de la pieza justo cuando se detuvo frente a Phury.

Y cuando la estrofa final, «*Vi piaccia dir!*» se elevó flotando hacia el infinito, Z extendió la mano.

Ondeando en el viento nocturno había un enorme lazo de satén color verde y oro.

Cormia se situó a su lado en el momento exacto. Cuando pasó el brazo alrededor de la cintura de Phury, pasó a ser lo único que lo mantenía en pie.

En la Antigua Lengua, Zsadist dijo:

— *¿Podrían ambos honrar a mi hija recién nacida con los colores de sus linajes y el amor de sus corazones?*

Z hizo una profunda reverencia, ofreciéndole el lazo.

La voz de Phury estaba ronca, cuando tomó la ondeante longitud de satén.

— *Sería el mayor honor de toda mi vida brindarle nuestros colores a tu hija recién nacida.*

Cuando Z se enderezó, fue imposible determinar quién dio el primer paso.

Lo más probable es que se hayan encontrado en el medio.

Ninguno de los dos dijo nada mientras se abrazaron. A veces las palabras no abarcaban lo suficiente, los recipientes de letras y cucharones de gramática eran incapaces de contener los sentimientos del corazón.

La Hermandad comenzó a aplaudir.

En algún momento, Phury extendió la mano y tomó la de Cormia, acercándola a él.

Dio un paso atrás y miró a su gemelo.

— Dime, ¿Tiene los ojos amarillos?

Z sonrió y asintió.

—Sí, los tiene. Bella dice que se parece a mí... lo que significa que se parece a ti. Ven a conocer a mi hija, hermano mío. Regresa y conoce a tu sobrina. Hay un gran espacio vacío en la cuna y necesitamos que vosotros dos lo llenéis.

Phury mantuvo a Cormia muy cerca y sintió que le acariciaba el centro del pecho con la mano. Respirando hondo, escrutó sus ojos.

—Esa es mi opera favorita y mi solo favorito.

—Lo sé. —Z le sonrió a Cormia e hizo referencia a las dos primeras líneas—, «*Che gelida manina, se la lasci riscaldar*». Y ahora tienes una pequeña mano que calentar en la tuya.

—Lo mismo se puede decir de ti, hermano.

—Es cierto. Es benditamente cierto. —Z se puso serio—. Por favor... ven a verla... pero también ven a vernos a nosotros. Los hermanos te añoran. Yo te añoro.

Phury entrecerró los ojos, y algo encajó en su lugar.

—Eres tú, ¿verdad? Has venido al centro comunitario. Me observas mientras estoy sentado en ese columpio.

A Z se le enronqueció la voz.

—Estoy tan condenadamente orgulloso de ti.

Cormia concordó con él.

—Yo también.

Phury pensó que el momento era perfecto. Perfecto porque tenía a su gemelo ante él y a su *shellan* al lado, y el hechicero no se veía por ninguna parte.

Era un momento tan perfecto que supo que iba a recordarlo de por vida, tan claro y tan conmovedor como lo estaba viviendo en ese momento.

Phury besó la frente de su *shellan*, demorándose contra ella, dando gracias. Luego le sonrió a Zsadist.

—Será un placer. Iremos a la cuna de Nalla, con placer y reverencia.

—¿Y sus cintas?

Él miró el verde y el oro, las hermosas piezas de satén entrelazadas, que simbolizaban la unión entre él y Cormia. Repentinamente, ella tensó los brazos alrededor de él, como si estuviera pensando exactamente la misma cosa.

En conclusión, los dos se compenetraban a la perfección.

—Sí, mi hermano. No te quepa duda que iremos con nuestras cintas. —La miró profundamente a los ojos—. Y, sabes, si sobra algo de tiempo para realizar una ceremonia de emparejamiento, sería genial porque...

Los gritos, silbidos y las palmadas en las espaldas de la Hermandad interrumpieron el resto de lo que iba a decir. Pero Cormia percibió lo esencial. Nunca había visto a una hembra sonreír tan hermosa y ampliamente como lo hizo ella mientras lo miraba.

Así que seguramente debió haber entendido lo que quería decirle.

La frase «*Te amo para siempre*», no siempre debía ser dicha para ser entendida.



## Anticipo del Compendio



**De la escritora J. R. Ward, Bestselling del New York Times, llega un acontecimiento único en la vida: Un extraordinario volumen que muestra la vida tras bastidores de la Serie «que es para morirse» de la Hermandad de la Daga Negra.**

Encontrará información sobre la Hermandad, incluyendo su historial, estadísticas y regalos especiales. Leerá entrevistas a sus personajes favoritos, incluyendo una conmovedora conversación entre Tohrment y Wellsie, acaecida tres semanas antes de que fuera asesinada por los restrictores. Descubrirá escenas suprimidas, -acompañadas de las razones por las cuales fueron suprimidas- y respuestas a preguntas planteadas por los lectores de la serie. Se enterará de lo que siente J. R. Ward al escribir cada entrega de la serie, y en una vuelta de rosca fascinante, leerá una entrevista a la autora, hecha por los Hermanos. Totalmente en exclusiva, leerá una historia corta original acerca de Zsadist y Bella, y será testigo del milagro del nacimiento de su hija Nalla y la intensidad del amor que se profesan. Este es un compendio que ningún fan de la Hermandad de la Daga Negra debería dejar de leer... y una guía confidencial que lo seducirá tan poderosamente como la sexy banda de Hermanos y el «ferozmente popular» mundo alterno en el que viven.

**Continúa leyendo si deseas echar una miradita furtiva... Y no olvides echarle un vistazo a «*La Hermandad de la Daga Negra: Guía Confidencial*» que será publicado en octubre del 2008 por la editorial New American Library.**

Bella se paseaba sobre piernas temblorosas por la sala de primeros auxilios y fisioterapia del centro de entrenamiento, dando vueltas alrededor de la mesa de reconocimiento. De vez en cuando se detenía para comprobar el reloj.

¿Dónde estaban? ¿Qué más podría haber salido mal? Ya había pasado más de una hora...

*Oh, Dios por favor, que Zsadist esté vivo. Por favor, que lo traigan de vuelta con vida.*

Caminó y caminó, una y otra vez. Finalmente se detuvo en la cabecera de la camilla y miró a lo largo de la misma. Quizá era el penetrante dolor que sentía dentro de ella; quizá era el pánico; quizá era la desesperación; pero se encontró pensando en cuando había estado sobre esa cosa, como paciente. Dos meses atrás. Cuando había nacido Nalla.

Dios, que pesadilla había sido aquello.

Dios, que pesadilla era esto... esperando a que trajeran a su *hellren* herido, sangrando, sufriendo... y eso sería en el mejor de los casos.

Para evitar volverse loca, o más bien porque ya estaba loca y su cerebro deseaba librarse de algunos recuerdos que de permanecer, harían que continuara en la tierra de los enajenados, pensó en el nacimiento, en ese momento en el cual las vidas de ambos, la de ella y la de Z habían cambiado para siempre. Como para muchas de las cosas dramáticas, se había preparado para el gran evento con anticipación, pero no obstante, cuando llegó, había sido totalmente aterrador. Estaba en el onceavo mes de los dieciocho acostumbrados y había sido un lunes por la noche.

Una mala manera de empezar la semana laboral. Realmente.

Había tenido antojo de comer chili, y Fritz la había complacido, llevándole una porción tan picante como a ella le gustaba... lo que significaba que uno no querría llevársela a los labios ya que seguro que ardería. Sin embargo cuando el querido mayordomo le había llevado el humeante cuenco, había sido incapaz de aguantar el olor ni la vista de la comida. Sintiendo náuseas y empapada en sudor, fue a tomar una ducha para refrescarse, y al entrar al cuarto de baño, se preguntó cómo demonios iba a soportar otros siete meses, con el bebé creciendo en su barriga.

Evidentemente, Nalla, había tomado a pecho ese pensamiento al azar. Porque por primera vez en semanas, se movió con fuerza... le dio un agudo puntapié y Bella rompió aguas.

Bella había levantado la bata, mirado hacia abajo todo ese líquido, y por un momento pensó que había perdido el control de su vejiga o algo. Luego lo entendió. Había seguido el consejo de la doctora Jane y había evitado leer la versión vampira de: *Qué esperar cuando usted está esperando*, pero tenía suficiente noción para saber que una vez que rompiera aguas, no había marcha atrás.

Diez minutos después estaba acostada en esa camilla, y la doctora Jane la estaba examinando rápida pero concienzudamente. Su diagnóstico fue que el cuerpo de Bella no parecía estar listo para seguir con el programa, y que había que sacar a Nalla. Le administró Oxitocina que era un medicamento utilizado frecuentemente para inducir la labor en las mujeres humanas, y poco después Bella aprendió la diferencia entre el dolor y la labor.

El dolor lograba llamar tu atención. La labor exigía *toda* tu atención.

Zsadist había estado afuera en el campo de batalla, y cuando llegó, se puso tan frenético que los pocos cabellos que sobresalían de su corte al rape se le pusieron de punta. Había tirado sus armas formando una pila de plomo y acero inoxidable y se había apresurado a correr a su lado.

Nunca lo había visto tan asustado. Ni siquiera cuando se despertaba sobresaltado por haber soñado con esa sádica Ama que había tenido. Los ojos se le habían puesto negros, no por el enojo, sino por el miedo, y tenía los labios tan apretados que parecían un par de rayas blancas.

Sin embargo, tenerlo a él a su lado, le había ayudado a sobreponerse al dolor. Y había necesitado cualquier alivio que pudiera conseguir. La doctora Jane le había aconsejado que no se diera anestesia epidural, ya que ésta droga a los vampiros podía provocarles una disminución alarmante de la tensión arterial. Así que nada de anestesia para ella.

No habían podido llevarla a la clínica de Havers, porque una vez que la Oxitocina se había disparado en su cuerpo, inesperadamente el trabajo de parto había progresado demasiado rápido como para ser trasladada a cualquier parte. Y como el alba estaba cerca, era imposible que el médico de la raza llegara al centro de entrenamiento a tiempo...

Bella regresó al presente y pasó la mano por encima de la delgada almohada que descansaba en la camilla. Podía recordar haber agarrado la mano de Z con tanta fuerza

como para romperle los huesos cuando se había puesto tan tensa que le dolían los dientes y sentía como si estuvieran rasgándola por la mitad.

Y entonces sus signos vitales habían colapsado.

— ¿Bella?

Se dio vuelta a toda velocidad. Wrath estaba en la puerta de la sala de primeros auxilios, el enorme cuerpo del Rey llenaba el marco. Con el cabello negro que le llegaba hasta la cadera, las gafas envolventes, y los pantalones de cuero negro, parecía una versión moderna del Grim Reaper acercándosele silenciosamente.

— Oh, por favor, no — dijo, aferrándose a la camilla —. Por favor...

— No, está bien. Él está bien. — Wrath se acercó y la tomó del brazo, sosteniéndola —. Está estable.

— ¿Estable?

— Tenía una fractura expuesta en la parte inferior de la pierna, lo que provocó que sangrara un poco.

Ese *poco* era seguramente un *muchísimo*, pensó ella.

— ¿Dónde está?

— Donde Havers, pero lo traerán a casa ahora mismo. Supuse que estarías preocupada, por eso quise venir a avisarte.

— Gracias. Gracias...

Últimamente habían estado teniendo problemas, pero aún así, la idea de perderlo era catastrófica.

— Ven aquí, Bella.

— No, estoy bien. — *Y un cuerno si lo estaba* —. De verdad, estoy...

— Y un cuerno si lo estás. Considéralo un decreto real si eso hace que tu ego se sienta mejor.

Bella sonrió y dejó de luchar. Cuando se acercó a él, el Rey la envolvió en sus enormes brazos y la abrazó suavemente.

— Deja que los temblores te atraviesen. De esa forma podrás respirar más fácilmente, lo creas o no.

Hizo lo que le sugirió, aflojando el rígido control que había estado ejerciendo sobre sus músculos. Como respuesta, todo su cuerpo se estremeció, desde los hombros hasta las

pantorrillas, y tuvo que apoyarse en la fuerza del Rey o hubiera caído directamente al suelo.

Sin embargo, era gracioso. Él tenía razón. Una vez que pasaron los temblores, fue capaz de respirar hondo una o dos veces.

Cuando estuvo considerablemente más estable, se apartó. Mirando fijamente la camilla, frunció el ceño.

— Wrath, ¿puedo preguntarte algo?

— Por supuesto.

Tuvo que pasearse un poco antes de poder formular la pregunta apropiadamente.

— ¿Si Beth... si tú y Beth tuvierais un bebé, amarías al niño tanto como la amas a ella?

El Rey pareció sorprendido.

— Eh...

— Lo siento — dijo —. Eso no es de mi incumbencia...

— No, no es eso. Estoy intentando imaginar la situación.

Levantó la mano y se quitó las gafas de sus brillantes ojos color verde pálido. Estuvo pensando durante un rato y mientras lo hacía jugaba con los delgados brazos de las gafas envolventes, sus dedos romos y fuertes las movían de un lado a otro, y el ruidito de un rechinar de plástico se elevó en la habitación embaldosada.

— Así es la cosa... y creo que esto es cierto para todos los machos emparejados. Tu *shellan* es el corazón que palpita en tu pecho. Incluso, mucho más que eso. Es tu cuerpo, tu piel y tu mente... todo lo que alguna vez fuiste y todo lo que llegarás a ser. Así que un macho nunca podrá sentir tanto amor por otra persona como el que siente por su compañera. Simplemente no es posible... y pienso que las cosas están evolucionando un poco. Cuanto más profundamente ames, más protegerás, y mantener a tu hembra con vida a toda costa significa que ella podrá cuidar a los hijos que tenga. Habiendo establecido ese punto, por supuesto que amas a tus hijos. Pienso en Darius y en Beth... estaba desesperado por mantenerla a salvo. Y Tohr con John... y... sí, quiero decir, sin duda se siente un profundo amor por ellos.

Era lógico. Pero Zsadist ni siquiera sostenía a Nalla...

Las puertas dobles de la clínica se abrieron y Z fue ingresado. Estaba vestido con una bata de hospital, sin duda porque sus ropas debían haber sido cortadas en la clínica de

Havers, y su rostro carecía de todo color. Tenía ambas manos vendadas y llevaba una escayola en la parte inferior de la pierna.

Estaba desmayado. Más que eso, parecía muerto.

Se apresuró a ir a su lado y le puso la mano en el hombro.

— ¿Zsadist? ¿Zsadist?

Las intravenosas y las píldoras no siempre eran el mejor tratamiento para un herido. A veces todo lo que se necesitaba era el toque del ser amado, el sonido de su voz y el conocimiento de que se estabas en casa, para que de repente regresaras del borde.

Z abrió los ojos. Cuando se encontró con la fija mirada azul zafiro de ella su vista adquirió el brillo de las lágrimas. Bella estaba inclinada sobre él, su espeso cabello color caoba resbalando por encima de su hombro, el hermoso rostro de rasgos clásicos surcado por la preocupación.

— Hola — la saludó, porque era lo único que podía hacer.

En la clínica había rehusado que le administraran medicamentos para el dolor, porque el efecto de flojera que le daba le recordaba la manera en que había sido narcotizado cuando estaba en poder de su Ama. Así que con la pierna rota, y lo que le había ocurrido en las palmas de las manos, sentía una agonía espantosa. Y aún así el ver a Bella le ayudó mucho con el dolor.

— Hola. — Le pasó la mano sobre el cráneo rapado — . Hola...

Él echó un vistazo a su alrededor para ver quien más estaba en la sala de primeros auxilios y fisioterapia. Wrath estaba hablando con Rhage en la esquina cercana a la bañera de hidromasaje, Qhuinn, John y Blay estaban de pie frente a las hileras de gabinetes de acero y vidrio.

Cuando pudo enfocar claramente los detalles de la habitación, pensó en la última vez que había estado allí.

*El nacimiento.*

— Shhh... — murmuró Bella, que evidentemente había malinterpretado la razón de su mueca de dolor — . Sólo cierra los ojos y relájate.

Hizo lo que le pidió, porque había regresado al borde del abismo, no por lo mucho que le estaba doliendo.

Dios, la noche en que había nacido Nalla... cuando casi había perdido a su *shellan*...

Z apretó aún más los ojos, no deseando revivir el pasado... ni mirar muy de cerca el presente. Corría el peligro de perder a Bella. De nuevo. Y era su culpa. De nuevo.

—Te amo... —susurró—. Oh, Dios, por favor no me dejes...



## *Jessica Bird como J. R. WARD*

Aunque es una autora relativamente nueva en el mercado de la novela romántica, sus libros han supuesto una auténtica revolución ya que han cosechado espléndidas críticas por las lectoras y han sido nominados a varios de los más prestigiosos premios del género.

Jessica Bird vive actualmente en Kentucky con su marido, su mayor apoyo, y su Golden Retriever. Tras licenciarse en Derecho, comenzó a trabajar en el departamento de asistencia sanitaria de Boston y ejerció, durante muchos años, como jefa de personal de uno de los principales centros médicos de la nación. Escribir ha sido siempre su gran pasión y lo que más le gusta es estar todo el día con su ordenador, su perro, una buena taza de café y escribir....¡en zapatillas!

Bajo el pseudónimo de **J.R. Ward**, nos sumerge en un apasionante mundo de vampiros y fuerzas sobrenaturales:

### SERIE LA HERMANDAD DE LA DAGA NEGRA

#### - The Black Dagger Brotherhood -

1º - AMANTE OSCURO [2005 - *Dark Lover*]

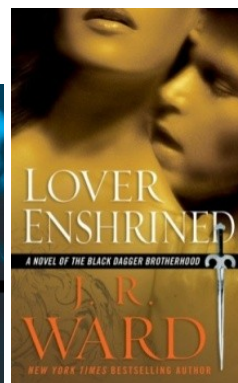
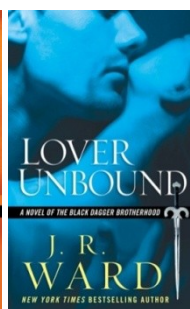
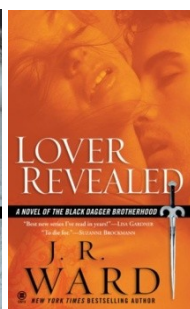
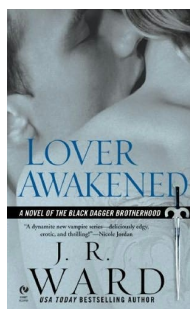
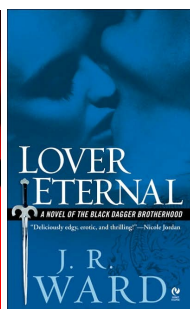
2º - AMANTE ETERNO [2006 - *Lover Eternal*]

3º - AMANTE DESPIERTO [2006 - *Lover Awakened*]

4º - AMANTE DESCUBIERTO [2007 - *Lover Revealed*]

5º - AMANTE LIBERADO [2007 - *Lover Unbound*]

**6º - AMANTE CONSAGRADO [2008 - *Lover Enshrined*]**



<http://www.jrward.com/>



Como **Jessica Bird**, escribe novela romántica contemporánea:

- Leaping Hearts – **¿Salto de Corazones?** (2002)
- Heart of Gold - **¿Corazón de Oro?** (2003)
- An Irresistible Bachelor – **¿Un irresistible Bachelor?** (2004)
- An Unforgettable Lady - **¿Una inolvidable Dama?** (2004)
- **Serie El Legado Moorehouse** [*Moorehouse Legacy*]:
  1. **Un Soplo de Aire** [*Beauty and the Black Sheep*] (2005)
  2. **Amor Hechicero** [*His Comfort and Joy*] (2006)
  3. **Desde Siempre** [*From the First*] (2006)
  4. **Un hombre entre un millón** [*A Man in a Million*] (2007)
- **Serie Los Hermanos O'Banyon** [*O'Banyon Brothers*]:
  1. **Corazón a la deriva** [*The Billionaire Next Door*] (2007)

<http://www.jessicabird.com>